BERNARD FAY

LA REVOLUCION FRANCESA

EDICIONES SIGLO VEINTE
BUENOS AIRES

Título del original francés
LA GRANDE RÉVOLUTION

Le Livre Contemporain - Paris

Traducción de
PATRICIO CANTO

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en la Argentina — Printed in Argentine

"La Revolución no será más que tinieblas para quienes no quieran ver nada más que a ella. Es en la época que la precedió donde se debe bucsar la única luz capaz de esclarecerla..."

ALEXIS DE TOCQUEVILLE

(L'Ancien Régime)

PRÓLOGO

Hace casi dos siglos que Francia enarbola su Revolución como una bandera. Para muchos franceses la historia de su país se inicia con la Revolución, se reduce a ella, se resume en ella y encuentra en ella todo su sentido. Muchos extranjeros sólo conocen a Francia por la Revolución. El mundo oficial, los partidos, las escuelas, las academias, las universidades, todos compiten por exaltar los méritos de la Revolución y por mantener la imagen presente de ella ante el pueblo, como una obsesión. Con la Revolución Rusa y su elección de la Revolución Francesa como antepasada legítima, este culto revolucionario se vio animado de un nuevo fervor.

En este entusiasmo han tomado parte los espíritus más esclarecidos de Francia, que han estudiado, según sus gustos, todos los aspectos de esa gran crisis, desde Napoleón, Chateaubriand, Lamartine, Hugo, Thiers y Tocqueville hasta Taine, Aulard, A. Cochin, G. Bord, Clemenceau, Madelin, Maurras, Mathiez, Gaxotte, etc. Los extranjeros también se interesaron: Burke y Macaulay, Carlyle, Goethe, Stern, von Sybel, Theodore Roosevelt, Benedetto Croce, Guglielmo Ferrero y muchos otros... Se han compuesto libros para enumerar todos los libros escritos al respecto y se han formado bibliotecas para abarcar las obras consagradas al tema. El conjunto es formidable y aterrador. Al parecer, no queda nada por decir.

Sin embargo, un examen cuidadoso deja ver que los libros se repiten. Raras son las obras originales, y más raras aún las inteligencias perspicaces. Siempre dispuestos a juzgar, los hombres son perezosos y los escritores son hombres. Entre el servilismo de los historiadores oficiales y el énfasis de los historiadores literarios, pocos autores han encontrado el buen camino. A pesar de las con-

siderables glosas realizadas por equipos eruditos, hay muchos puntos que siguen siendo oscuros. Cada cual ha visto en la Revolución lo que sus pasiones le han mostrado y pocos investigadores han buscado los resortes que la movieron. La grandeza de las escenas, la majestad de los actores, la importancia del juego han impresionado a los espectadores; no se han atrevido a mirar detrás del decorado de ese teatro, ni a encontrar los hilos que hacían bailar a estos trágicos títeres. Espíritus informados y sinceros, como Augustin Cochin y Mathiez, se han preocupado de este punto, pero el destino suspendió prematuramente la carrera del último, muerto gloriosamente en el campo de batalla en 1917, y el otro —a pesar de sus eminentes méritos— se ha mostrado con frecuencia como víctima de las disciplinas marxistas y de los prejuicios jacobinos. A pesar de la abundancia de los trabajos sobre estos años, el "cómo" de la Revolución sigue siendo oscuro.

La dificultad de la tarea y sus peligros, en una materia tan vasta y tan compleja, se ven aumentados por la excitación que ponen testigos e historiadores cuando hablan de los acontecimientos revolucionarios. Los que vivieron esa época, del mismo modo que los que la han descrito *de visu*, pretenden probar su mérito o su horror. Los mismos documentos son predicaciones. Los actores de ese drama han posado ante la posteridad, y sus víctimas también. No hay una pieza, un testimonio, cuya ascendencia no haya que analizar si queremos comprender. Si uno quiere librarse de todo prejuicio se ve obligado a reconocer que carecemos de una base imparcial, y que repetir la versión común y aceptada equivale a participar en una mentira vasta y bien organizada.

Todo estudio sobre la Revolución nos obliga a discutir incesantemente, a elegir entre los testimonios, entre los hechos mismos. Desde hace siglo y medio los escritores de todos los partidos repiten que Luis XVI era estúpido y carecía tanto de juicio como de valor. Sin embargo, esto es falso. Habría, pues, que revisar el relato de los años 1774-1793. Hay costumbre de hablar de "la corte", sin tomar en cuenta que la reina llevaba a cabo su política personal, a menudo en oposición con la del rey, que madame Elisabeth tenía la suya y que los ministros actuaban por su parte, en ocasiones con mucha libertad. Tal realismo complica la historia, pero permite aproximarnos a la verdad. El mismo problema existe para "el pueblo". De 1787 a 1799 las multitudes combatientes se han renovado

muchas veces, han estado formadas por recaderos, por pobres, por burgueses acomodados o por una mezcla de estos grupos. Se sugiere una idea falsa cuando se emplea este término sin revelar lo que oculta.

Otra causa de error reside en la costumbre pudibunda, siempre respetada, de no definir nunca el papel que desempeñaron las organizaciones secretas en la prerrevolución y en la Revolución. Tan sólo Louis Blanc, Augustin Cochin, Gustave Bord y Gaston Martin se han atrevido a realizar investigaciones fructíferas en esta dirección. Hecho menos sistemático, aunque grave por cierto, la ignorancia de los archivos extranjeros da a los historiadores franceses una estrechez de miras, y a veces una suficiencia, que influyen desfavorablemente sobre sus talentos. Entre estos prejuicios el más grave y el más general es el que fija en 1789 el comienzo de la Revolución, que en realidad se insinúa en 1715, se anuncia ya en 1750 y estalla desde los comienzos de 1787, que fue un año revolucionario del mismo modo que 1789; el asalto contra la monarquía fue realizado entonces por el alto clero y la alta nobleza. ¿Es posible que haya una negativa de abordar la Revolución mientras el "pueblo" no entró en la partida?

Desde 1750 una minoría activa preparaba y proclamaba la Revolución. Libertinos y filósofos, parlamentarios y jansenistas, galicanos y francmasones llevaban a cabo una campaña coherente que forma ya parte de la Revolución, y sólo ella volvió posible un triunfo que no se explica sin ella. El período de sublevaciones y de terror que se suele estudiar con el nombre de Revolución Francesa es tan sólo el punto culminante de ésta, su paroxismo; aislada en el tiempo, nos parece ininteligible. A fin de explicarla, se acumulan las investigaciones más minuciosas y elevadas, pero esto no logra reemplazar la perspectiva del tiempo, única que establece las proporciones exactas y respeta el orden real de las causas y de los efectos; por lo tanto, he resuelto presentar en este libro la pintura de 1715 a 1815, resignándome por necesidad a la disciplina de brevedad que impone esta elección. Sólo he querido describir los hechos esenciales.

En los comienzos de mi investigación me he planteado esta pregunta, que todo intelecto sincero debe tomar en cuenta: ¿cómo fue posible que el pueblo más rico, más inteligente y más poderoso de Europa, en el momento en que acababa de obtener una resonante

victoria sobre su enemigo más peligroso y más inveterado, cómo fue posible que este pueblo sacrificara su posición europea y su seguridad e iniciara contra su gobierno una acción que amenazaba con dividirlo, debilitarlo, y ponerlo a la merced de sus rivales? ¿Cómo fue posible que una resistencia organizada para obtener el derecho de votar sus propios impuestos y obtener una parte más amplia de libertad personal haya llevado a este pueblo a entrar en guerra contra Europa en su totalidad y después a entregarse con deleite a un amo más imperioso y exigente que el anterior? Se responderá sin duda que, a la larga, la Revolución Francesa alcanzó el más completo de los triunfos, ya que en la actualidad todo el universo ha adoptado las doctrinas que ella predicó. De todos modos no hay que olvidar que estas doctrinas habían sido ya predicadas antes de ella y constatar que, desde el momento de la crisis revolucionaria, Francia no volvió a ocupar el rango que tenía entonces en el mundo.

Estos evidentes hechos revelan el rasgo característico de la Revolución Francesa; si la Revolución americana se nos muestra nacional, económica y parlamentaria, la Revolución de Francia, desde los comienzos hasta el fin, tiene un carácter internacional, filosófico y religioso. En todos los recodos decisivos, la obsesión religiosa aparece para reanimar el cielo de los combatientes, el entusiasmo filosófico aporta nuevas armas y crea nuevas dificultades. De Luis XVI a Robespierre, de Robespierre al Directorio, volvemos a encontrar la misma preocupación, y el mismo Bonaparte, para triunfar y durar, debió presentarse como el restaurador de la religión. Si se quiere comprender a la Revolución, es menester ver en ella un conflicto religioso.

Tampoco he olvidado que en este mundo todo depende en último término de los hombres, que todos los actos, inclusive los más inhumanos, se refieren a un hombre y vienen de hombres, y que siempre los hombres hacen lo que son. No es posible escapar a sí mismo, y para conocer los actos de un tribuno o de un rey es menester haber comprendido el temperamento y la razón de ese hombre que vivió y que sigue estando vivo en sus actos. La Revolución no es, por lo pronto, las leyes y los decretos, sino los sueños y las aspiraciones de hombres que, por turno, han arriesgado todo para dar a su patria la forma y el color con que soñaban. Sin pretender juzgarlos, pues esto no corresponde a los hombres, sino tan sólo a

Dios, me he esforzado por comprender a estos hermanos, franceses y europeos del siglo XVIII, cuyas pasiones siguen animándonos y cuya obra llevamos sobre nuestras espaldas. Algunos dirán que esa obra la llevamos como se lleva la bandera que se cubrió de gloria desde Valmy hasta Waterloo; otros responderán: "Como se lleva una cruz".

Mi único deseo es el de presentar los hechos tales como fueron.

Libro Primero

LA REVOLUCION FILOSOFICA

Capítulo Primero

LA MODA CONTRA LA MONARQUÍA

Luis XIV había hecho de Francia la primera nación de Europa. Sin embargo, cuando murió, muchas personas se alegraron en París y en Versalles. Hacía demasiado tiempo que su voluntad de hierro mantenía subordinados a todos los que lo rodeaban e imponía al país una disciplina demasiado estricta para ser agradable, sobre todo a la alta nobleza, que no había olvidado las épocas en que aún conservaba sus derechos soberanos.

Richelieu, Luis XIV y Colbert acababan de rebajar a los nobles al rango de súbditos, sin duda privilegiados, pero sometidos a la misma autoridad que dominaba al pueblo. Esta situación era mal tolerada y los nobles buscaban por todos los medios de volver a adquirir su antiguo rango. Uno de ellos, el conde de Boulainvilliers, hurgó durante cuarenta años en los archivos tratando de encontrar en ellos armas contra la monarquía. Boulainvilliers quería probar la indecencia de sus "usurpaciones" y mostrar que en Francia la soberanía no era propiedad sólo del rey, sino también del cuerpo de la nobleza en su totalidad.

En otros tiempos, Francia se había gobernado de acuerdo a reglas que dependían menos de la voluntad de los hombres que de la naturaleza de las cosas, en el curso de las circunstancias y las necesidades de la vida. Las generaciones se transmitían las leyes; había que someterse a ellas, confiando en la sabiduría de los antepasados y procurando no provocar catástrofes con una conducta nueva o insólita. La tradición parecía la autoridad más legítima; a todos se imponía, sin que hubiera necesidad de textos redactados cuidadosamente; ni Francia ni Inglaterra poseían una Constitución escrita.

Boulainvilliers, a fin de combatir la tradición monárquica, se volvía hacia una tradición más antigua, la de los francos y los ger-

manos que invadieron Galia en el siglo v y la conquistaron. Para estos galos —alegaba— todos los guerreros eran libres, nobles y soberanos; ellos elegían un rey cuando les parecía oportuno y lo cambiaban cuando querían hacerlo. Boulainvilliers lanzaba contra Richelieu y Luis XIV argumentos que consideraba irresistibles, pero que se guardó bien de publicar en vida. Se limitó a dejar que circularan sus manuscritos entre amigos tan influyentes como discretos. Más de un gran señor de la corte lo aprobaba y la doctrina se difundió secretamente desde Francia a Inglaterra, y más adelante desde Inglaterra a Francia.

Esta doctrina chocaba de frente con la creencia general. Para todo súbdito leal al soberano cristianísimo, un pacto antiguo que provenía de Clodoveo, establecía que el rey de Francia era protector y soberano absoluto de su pueblo, al cual gobernaba en nombre de Dios. Los obispos, únicos representantes de Dios y del pueblo en esta época, habían reconocido a Clodoveo esta cualidad y lo habían bautizado en Reims en 496. Los obispos de Francia, y el Papa de Roma en 751 habían una vez más y solemnemente renovado ese pacto, durante el reinado de Pepino, fundador de la dinastía carolingia cuando desaparecieron los merovingios.

Al fin de la época carolingia había indicios de que la monarquía francesa iba a volverse electiva. Carlos el Gordo fue destronado por una asamblea de grandes en 887. Durante un siglo, entre carolingios y robertianos, los señores fueron árbitros; finalmente, después de la muerte del último carolingio, eligieron a Hugo Capeto, descendiente de Roberto el Fuerte, como rey, y el arzobispo de Reims, que junto con su secretario Heriberto había demostrado ser el más activo de sus partidarios, lo consagró solemnemente (987). Este tercer pacto confirmó a los dos primeros: en nombre de Dios, la Iglesia de Francia daba al rey el poder legítimo y la tarea espiritual de velar por el bien moral y físico del pueblo de Francia, de acuerdo con los jefes de éste y sus representantes, los señores. Las ceremonias de la consagración debían recordar al nuevo soberano los orígenes de su poder y sus deberes, al mismo tiempo que lo designaban ante el pueblo como rey.

En tal condición, poseía los atributos y las funciones de protector de la Iglesia, mantenedor de la moral cristiana en Francia, padre de todos sus súbditos, jefe de guerra y también juez en toda la extensión del país. A fin de asegurar la vida y la felicidad

de su pueblo, el rey debía tomar las necesarias medias, pero éstas no debían oponerse a la moral cristiana ni a las tradiciones. Dentro de estos límites el rey era, pues, legislador. Aun se lo consideraba y él se consideraba, por efecto de su consagración, el jefe de todas las familias francesas, a quienes debía mantener bajo su tutela y ayudar. Señores de poca monta, los primeros Capetos se mostraron prudentes en los diversos papeles que debieron desempeñar. Más adelante, en situación más favorable, llegaron a ser los reyes más poderosos de Occidente.

A medida que disminuía el peligro exterior, el pueblo reaccionaba contra los señores y se volvía hacia el rey; éste, ayudado por los obispos, vio aumentar su importancia, sus cargos y sus funciones. En el siglo XIII, Luis IX esbozó la organización administrativa del país; por todos lados envió clérigos que debían informar sobre el estado de los campos y las injusticias que debían ser remediadas. De este modo congregó, con el propósito de encontrar en él ayuda y juzgar en su lugar, un embrión del Parlamento de París, con cien jueces; a fines del siglo XIII y durante el reinado de Felipe el Hermoso, ese parlamento se convirtió en una institución permanente dividida en cuatro "cámaras": Demandas; Encuestas, que preparaban los archivos; la Gran Cámara, que juzgaba; y una Cámara del Crimen para asuntos criminales. El rey contó así con un buen instrumento, al cual completó con una "Cámara de Cuentas", encargada de verificar la gestión de los funcionarios y los gastos; un Gran Consejo que, formado también con juristas y altos dignatarios designados por el rey, lo ayudaba a resolver los asuntos políticos. La cancillería se ocupaba de los asuntos administrativos.

Con este instrumento en las manos, que fue confiado a clérigos laicos, con una formación de derecho romano, Felipe el Hermoso (1268-1314) inició la lucha contra el feudalismo. El rey sostuvo a los burgueses y a las ciudades contra los señores, ayudó a los siervos de las abadías a liberarse y fue convirtiéndose cada vez más en el centro del país.

Llegó un día en que un conflicto grave lo opuso al papa. El rey sintió entonces la necesidad de hacerse apoyar por todo el pueblo y reunió a los primeros "Estados Generales" en 1302, en la iglesia de Nuestra Señora de París. En los momentos difíciles y en las horas de prueba, esta institución permitió al rey y a la nación ponerse de acuerdo y hacer un frente común. Durante la Guerra de los Cien

Años, en un momento en que la monarquía francesa parecía desfallecer, unos burgueses de París intentaron utilizar los Estados Generales para reemplazar al soberano y constituir una especie de parlamento nacional (1355-1357). La empresa fracasó, y gradualmente los Estados Generales volvieron a ser lo que siempre habían sido; también eran un espantapájaros, y muchos reyes prefirieron reunir asambleas de notables, elegidos por ellos, menos numerosas, menos costosas y más fáciles de consultar. Éstas fueron, entre los años 1000 y 1715, las principales ruedas de la vida política francesa. Los Borbones, de Enrique IV a Luis XIV, añadieron mucho al cuadro; principalmente una administración que colocó a Francia a la cabeza de los pueblos civilizados y que permitió a Luis XIV vencer a Europa sin dejar de enfrentar a Inglaterra. Para lograr este resultado, fue menester alcanzar la firme unidad del país, quebrando la diversidad de las creencias, obligando a los protestantes a someterse o a partir, quitando a los señores feudales sus fortalezas, sus derechos soberanos y sus pretensiones de independencia, perfeccionando finalmente la organización administrativa de Francia. Richelieu, Mazarino, Colbert, el mismo Luis XIV completaron esta obra y no sin violencias. A partir de entonces el rey era el amo de todo el país y de todo en el país; sus intendentes, que lo representaban en cada provincia, controlaban la vida económica, financiera, municipal e inclusive política. Sus ministros, en Versalles, aseguraban al poder real una eficacia y una extensión ignoradas hasta entonces. Sin interferir en los privilegios del clero, de la nobleza, de las ciudades o de las profesiones, Luis XIV logró hacerse obedecer de todos, inclusive de los parlamentos.

Se le guardó rencor; en Francia, la alta nobleza criticó su despotismo y su afición a la burguesía; los reproches de Boulainvilliers y los de Saint-Simon encontraron ecos en las más grandes familias y hasta dentro de la casa real; los protestantes desterrados llevaron con ellos el odio al monarca perseguidor; los de Cévennes llegaron a crear una república durante la guerra por la sucesión de España. La república terminó junto con la guerra, pero los polemistas hugonotes continuaron atacando a la monarquía.

En 1715, cuando murió Luis XIV, se sintió en Francia un violento movimiento de reacción. En su testamento, el rey dejaba a su sobrino más cercano, Felipe de Orleáns, la regencia, pero encargaba la educación de su nieto al duque de Maine, el hijo natural

legitimado que había tenido con madame de Montespan; a este último le otorgaba el mando de la Casa del Rey, con sitial en el Consejo de Regencia; es decir, lo convertía en el inspector del regente. Este último no lo toleró. En setiembre de 1715, pocos días después de la muerte del rey, el regente llegó a un acuerdo con el Parlamento que, en reunión solemne, anuló el testamento y otorgó plenos poderes de regente a Felipe. Después de haber ayudado durante más de dos siglos a la monarquía a fortalecerse contra la nobleza, el Parlamento tomó partido contra el rey. El Parlamento de 1717 ya no era más el de 1298; sus miembros, todos nobles, ricos, orgullosos de sus cargos comprados y que podían transmitir a voluntad, conocían desde los tiempos de la Liga el favor popular; en esa ocasión habían dirigido la opinión pública; poseían, pues, un partido en París, compuesto de comerciantes que aprovechaban su lujo, de leguleyos cuya suerte dependía de los primeros y de estudiantes de derecho. Enriquecidos por su profesión, muy lucrativa en un país tan leguleyo como Francia, ligados por millares de uniones con la nobleza de la corte, que casaba de buena gana a sus hijos con sus hijas, los parlamentarios veían con malos ojos a Luis XIV, quien se había permitido reinar sin consultarlos y que, fiel a Roma, perseguía a los jansenistas, a quienes la mayoría de ellos veneraba.

Robustecido por este apoyo, Felipe de Orleáns creó un régimen nobiliario, a la inglesa; reemplazó los ministros por siete consejos compuestos de nobles y parlamentarios; puso a la cabeza del "consejo de conciencia" al cardenal de Noailles, favorable a los jansenistas; se apartó de los Borbones españoles y celebró una alianza con Inglaterra, la cual en el Tratado de Utrecht de 1713 había obligado a Luis XIV a excluir a aquéllos para siempre del trono de Francia. De este modo, los Orleáns se convertían en los herederos legítimos si la rama mayor, representada por un niño de cinco años, llegaba a extinguirse. El regente también adulaba al Parlamento, la única fuerza capaz de ayudarlo o de pararlo en sus grandes ambiciones.

Esto duró tres años; a partir de 1718, Felipe, que ya había aprendido su oficio de rey, disolvió los consejos; éstos no realizaban bien su trabajo; dejó irse al cardenal de Noailles y permitió a los obispos fieles a Roma que dirigieran la Iglesia de Francia; finalmente abandonó la política financiera inaugurada por el duque de Noai-

lles, presidente del Consejo de Finanzas, que preparaba un pago excesivamente lento de la pesada deuda dejada por Luis XIV, y el arreglo gradual del presupuesto, en déficit de casi un 50 % en 1715. El regente nombró ministros e instaló a Law en Finanzas, a fin de llevar a cabo eficazmente el resurgimiento financiero de Francia y nombró a d'Argenson, ex teniente de policía, Guardián del Sello, para enseñar al Parlamento que su primer deber consistía en servir al rey y no obstruir sus voluntades. La monarquía retomaba sus fueros.

Este resurgimiento no se produjo sin accidentes; Law, después de un comienzo brillante, terminó en la bancarrota; de esta manera alivió la deuda nacional pero arruinó a muchos particulares. Los jansenistas nunca se sometieron y, vencidos en todos los terrenos, mantuvieron su posición gracias a una red de resistencia secreta, dentro del clero y entre los fieles, y a un diario clandestino, *Les Nouvelles Ecclésiastiques*, que la policía del rey nunca logró secuestrar. A medida que avanzaba el siglo, la lucha se enardecía. La gran masa de los parlamentarios seguía fiel a esta causa. Pero la oposición más grave, si no la más eficaz, se afirmaba en los salones de los grandes señores. El hijo de un notario, Arouet, que se hacía llamar monsieur de Voltaire, y que buscaba ya entonces su camino, comprendió rápidamente que convenía atacar a los nobles y a la nobleza, pero que aun era mucho más conveniente, en esos medios, donde se hacían las reputaciones y las carreras, luchar contra la autoridad del rey y contra la de la Iglesia. Durante su larga y brillante existencia, Voltaire luchó mucho contra ésta, contra todo su pasado, y especialmente contra la época feudal, cuando la Iglesia reinaba sobre los espíritus. Ensayos, canciones, poemas épicos, tragedias, comedias, bromas de salón, de antecámara o de pasillo, todo le sirvió; como poseía el genio literario más brillante de su tiempo, Voltaire convenció a los salones. Para él y para todo ese mundo elegante, "feudal" llegó a ser sinónimo de absurdo, y "cristiano" de bajo. Con el rey se mostró más prudente, pues el rey era entonces popular y disponía de interesantes favores cuyo poder él, por lo menos, admiraba. Muchos lo imitaron y, sostenida por el gran mundo, se formó una opinión "filosófica".

En esos días una institución venida de Inglaterra, la francmasonería, se implantó en Francia y difundió sus doctrinas. La masonería, establecida en 1717, atacaba al catolicismo, al cual pretendía

reemplazar por un culto racional, y a la monarquía francesa, cuya íntima unión con el catolicismo detestaba. Desde el primer momento operó en Francia; en mayo de 1730 logró captar al más brillante de los jóvenes parlamentarios, el barón de Montesquieu, al conde de Sade y al brigadier Churchill. En 1735 el ministro de la Casa del Rey y de París (departamento análogo a nuestro Ministerio del Interior), el conde de Saint-Florentin, fue iniciado en el rito. Como puede imaginarse, la sociedad creció sin obstáculos. De 1738 a 1743, su Gran Maestre en Francia fue el duque d'Antin, hijo legitimado de madame de Montespan, un señor poderoso e influyente. Después de él un príncipe de la sangre, el conde de Clermont, aceptó el mismo honor y lo conservó hasta su muerte en 1771. Así fue que la oposición a la monarquía y a su tradición se insinuó dentro de la misma familia real.

De 1715 a 1750, estas bromas, estas críticas, estos ataques, estos conciliábulos secretos no salieron de un mundo estrecho, de la gente de alta sociedad, de los escritores de moda y la gente que gravitaba en torno de ellos, ricos o pobres. La masa del pueblo, los campesinos, los artesanos y los burgueses, así como el conjunto de la nobleza y del clero, seguían siendo sinceramente cristianos y eran fieles al joven rey, cuya belleza, valor y gracia admiraban.

De esta manera empezó la tormenta, de una manera muy suave y divertida, con risas y chascarrillos, con canciones y murmuraciones.

Capítulo II

EL INSTRUMENTO REVOLUCIONARIO DE LOS FILÓSOFOS

En 1749-1750, Francia carecía de dinero, no por pobreza, sino porque su economía, rural casi en su totalidad, no le permitía atraer hacia ella, como la Inglaterra comercial, industrial y marítima, el oro del extranjero. Los impuestos daban magros dividendos, debido a su forma anticuada y a la regla tradicional de aplicarlos tan sólo al Tercer Estado; * en efecto, el clero pagaba lo que consideraba justo como "don gratuito", y la nobleza, supeditada al impuesto de la sangre, dado que sólo ella proveía los cuadros del ejército, eludía los otros impuestos. Sin embargo, hacia 1740-1750, estos dos órdenes de la nación usufructuaban una parte muy importante de la riqueza nacional.

Luis XV, que temía nuevas guerras graves y onerosas, decidió intentar una reforma y encargó a su ministro más calificado, monsieur de Machault, fiscal general, un hombre probo, de llevar la cosa a buen fin. Éste publicó el 21 de mayo de 1749 un edicto que suprimía el antiguo impuesto del décimo y lo reemplazaba por un impuesto del vigésimo, pagadero por todos los franceses sin distinción de clases. El ministro preparaba así el momento en que todos los súbditos del rey habrían de ser considerados iguales ante la ley. En un país rico, amenazado por vecinos celosos, la medida pareció sabia y prudente. Correspondía tanto a las necesidades de la nación como a la transformación de las ideas.

Sin embargo, fue muy mal recibida, no por el pueblo, que continuaba trabajando, sino por la "opinión"; formada por los escritores de moda, en especial por los filósofos, la opinión se apo-

* El tercer orden de la nación (I. Nobleza; II. Clero) bajo la monarquía. Estaba formado por burgueses, comerciantes, legistas, etc. (*N. del T.*)

yaba en la alta nobleza, descontenta de su subordinación a los ministros, y en los grandes financistas, impacientes por dominar y deseando mantener sus posiciones en los salones de moda. En esta sociedad ociosa y refinada, las mujeres ejercían un imperio soberano. Y la carrera escandalosa de la Pompadour, esa burguesa que Luis XV impuso a su corte, indignaba a todas las damas. Los salones ardían.

El nuevo impuesto fue execrado por todos. Esta vez el clero tomó partido contra el rey. Por lo general, desde Clodoveo y San Remigio, una alianza unía al rey, piadoso o indolente, al clero, que le hacía falta para dirigir las almas y también las inteligencias. Durante siglos, en Francia, el cura sólo formó la opinión de las masas, pues sólo él las informaba desde el púlpito.

En 1750, la Asamblea General del clero, dominada por los obispos, se negó a aceptar el nuevo impuesto. Machault, en su edicto, había prometido una repartición más equitativa de las cargas y mejores salarios para el sacerdote rural, pero el alto clero respondió por la pluma del obispo de Rennes: "Nuestra conciencia y nuestro honor no nos permiten consentir que se convierta en tributo necesario lo que sólo puede ser una ofrenda de nuestro amor".

De modo más jurídico, la Asamblea alegaba que su inmunidad para todos los impuestos "estaba esencialmente ligada con la forma y la constitución del gobierno", y debía ser puesta "en el rango de las leyes primitivas e inalterables que fundamentan el derecho de las naciones". Además, los obispos alentaban la prosperidad de las asociaciones de sacerdotes, que los sostenían con celo. Las revueltas populares de mayo de 1750, las perturbaciones graves que se produjeron al respecto en los Estados de Borgoña, de Provenza, de Artois y de Bretaña —durante las cuales se habló de separarse de Francia y unirse a Inglaterra—, toda esta efervescencia convenció al rey que era menester no insistir en el asunto, es decir, ceder. Machault siguió siendo el gran vencido; si había podido vencer la resistencia del conjunto de la nobleza, salvo en Bretaña, el clero, que poseía la quinta parte de las riquezas de Francia, se sustraía a sus órdenes y desafiaba la autoridad del rey. Fue menester recurrir nuevamente a los empréstitos, a todos los viejos subterfugios usados y peligrosos que llevaban fatalmente al desastre. Finalmente, cansado e indignado, el ministro abandonó las Finanzas (24 de julio de 1754) manteniendo el cargo de Guardián del Sello y Mi-

nistro de Marina. Asimismo supo conservar la estima afectuosa del rey y una gran popularidad. El clero fue en esta ocasión objeto de críticas universales. Inclusive la masa de los curas y de sacerdotes del segundo orden no ocultó la indignación contra sus directores; uno de ellos, el abate Constantin, quiso expresarlo en un libelo: *La Voz del Sacerdote*. Mediante canciones, juegos de palabras e insultos, el público dio rienda suelta a su desprecio contra aquellos prelados altaneros que se habían negado a compartir los gastos del país y ni siquiera permitían que se conociera el monto de sus fortunas. El odio contra el clero se acrecentó.

Al mismo tiempo, la querella del jansenismo renacía. El arzobispo de París, monsieur de Beaumont, prohibió a los sacerdotes de París dar la extremaunción y el viático a los jansenistas que no hubieran abjurado de sus errores y obtenido una bula de absolución de un sacerdote dócil a Roma. Los jansenistas apelaron ante el Parlamento, que les dio la razón. No muy al corriente de los debates, el pueblo se indignaba al ver tanta intolerancia y egoísmo en la Iglesia; se apartaba de ella; el número de comuniones, en la capital, disminuyó en dos terceras partes. Los jansenistas, cuya propaganda violenta, cuya extremada obstinación y cuyas convulsiones escandalosas sobre la tumba del diácono Pâris, habían repugnado a los más prudentes, volvieron a ganar la simpatía popular, obtuvieron la protección del Parlamento y la de numerosos miembros del gobierno, nobles, escritores y galicanos, tan poderosos dentro del clero francés de la época. Los mismos filósofos volaban a socorrerlos. Esta querella lamentable de unos creyentes contra otros y el escándalo que fue su consecuencia dieron a los incrédulos, a los libertinos, a todos aquellos a quienes la autoridad del Papa y la riqueza de la Iglesia de Francia, su poder y su influencia irritaban, una ocasión muy favorable para atacar los dogmas, la disciplina y la jerarquía católicos.

Los filósofos llevaron a cabo el ataque. Predicaron la "razón", las luces y las útiles enseñanzas que les inspiraba su celo. Tomando por su cuenta la guerra que libertinos y protestantes llevaban a cabo contra el clero y el Papa romano, convirtieron a ésta en uno de los puntos cardinales de sus lecciones. En 1749-1750 esta moda había llegado al apogeo. Marivaux, tan perspicaz en sus juicios como en sus piezas, se había complacido en declarar en su exposición ante la Academia Francesa (diciembre de 1749): "¿Por qué

son los filósofos más respetados que los literatos? ¿Por qué Newton y Malebranche más que Corneille y Racine?" Esta disertación fue largamente aplaudida y los filósofos, en caso de haberlo olvidado, constataron su poder. Desde sus retiros errantes, Voltaire, que lo sabía hacer muy bien, incitaba a sus amigos y discípulos a la acción. Éstos, sólidamente apoyados por algunas hermosas damas influyentes y algunos financistas poderosos, rivalizaban en audacia. Ya no estaban solos para obrar sobre la opinión; su aliada, la francmasonería, los ayudaba discretamente, predicando la igualdad y la religión de la humanidad. A fin de difundir sus puntos de vista, la francmasonería inglesa evitaba la polémica, siempre peligrosa, pero utilizaba una obra, aparentemente anodina, redactada por uno de sus hermanos: la *Enciclopedia* de Chambers. En 1745 los masones franceses trataron de traducirla, pero las estafas del librero editor Lebreton y las querellas consecuentes retardaron la aparición; fue entonces que Diderot, la inteligencia más potente entre la cohorte filosófica, tomó el asunto en sus manos.

A partir de 1748 se puso a la obra, utilizando y volviendo a escribir lo que habían preparado los traductores de Lebreton. Con el apoyo de dos libreros francmasones, Briasson y David, Diderot se puso a preparar la operación, reunió a sus colaboradores y les distribuyó los respectivos papeles. A d'Alembert, las matemáticas; a Jean-Jacques Rousseau, la música, etc. El gran patrón, Voltaire, iba a enviar lo que pudiera y cuando se le diera la gana. La detención de Diderot, que pasó en la cárcel una parte del año 1749, demoró la operación; pero en 1750, cuando apareció el programa de la obra, el momento pareció el indicado. Los salones franceses y extranjeros, todas las academias, el público de París y de Europa, todos se volvían hacia los filósofos y hacia su equipo combatiente. La encantadora mademoiselle de Ligniville, que acababa de casarse con el doctor Helvetius, tan rico en escudos como en filosofía, se convirtió en el centro de esa brigada y reunía en su casa todos los martes a la una, para almorzar, a Duclos, Diderot, d'Alembert, Raynal, y después a Turgot, Condorcet, Galiani, Morellet, Marmontel, Hume cuando pasaba por París, y a las figuras menores. Se charlaba de firme hasta las siete de la tarde; la *Enciclopedia* fue hablada antes de ser escrita.

En aquella época en que aún no existía la prensa de información y en que los personajes distinguidos de todos los países fre-

cuentaban los salones y traían sus noticias, un cenáculo semejante, elegante, cosmopolita y masón (pues madame Helvetius y su marido eran fieles a esta sociedad) formaba un puesto de observación admirable. Las noticias financieras, políticas y administrativas llegaban muy pronto; en cuanto surgía un peligro se daba la alerta, se tomaban las medidas necesarias, ya que ni Machault, ni Malesherbes, ni Saint-Florentin podían negarse a ayudar a un hermano filósofo en apuros. Este salón, la influencia de madame de Pompadour y la moda reinante permitieron a los filósofos el conquistar en esta época la Academia; uno de ellos, Duclos, se convirtió en secretario perpetuo en 1749. Así pudo aportar a la operación en curso una poderosa ayuda: para ser recibido en la Academia había que gustar a los filósofos, prestarles alguno que otro favor... ¿Qué gran señor, qué financista, qué escritor podía negarse a esto? Los censores nombrados por el rey eran también escritores que deseaban entrar a la Academia. Ante esta obra tan considerable, tan sostenida, tan útil, se inclinaban. ¿Cómo sorprenderse de que la *Enciclopedia* haya sido todo un triunfo y que nada ni nadie haya podido detener su publicación?

En las clases altas de toda Europa, desde Inglaterra hasta Rusia, la *Enciclopedia* obtuvo un triunfo resplandeciente. Los grandes señores, los príncipes, los reyes, los emperadores estaban entusiasmados con ella y la ayudaban. Sostenida por el extranjero, la filosofía empezó a establecer su imperio sobre los círculos dirigentes de Francia.

CAPÍTULO III

LA FILOSOFÍA EN EL PODER

En Francia la monarquía nunca gobernó contra la nación. Enrique IV, príncipe protestante, se volvió católico para dar gusto al pueblo; con ello dio un ejemplo rutilante a los príncipes de su raza.

Luis XV, que encontró un clero enconado contra él, sacrificó a monsieur de Machault, cuyas elevadas cualidades morales e intelectuales apreciaba, pero cuyo fracaso también reconoció. Durante algunos años buscó un punto de apoyo en los parlamentos y en los que dirigían la opinión; al mismo tiempo, se esforzó en poner punto final a la lucha entre católicos y jansenistas.

Era urgente rehacer la unidad de la nación, pues las circunstancias llevaban al país a un nueva guerra. Desde 1754, los colonos ingleses de América atacaban las posesiones francesas en el Nuevo Mundo, y las intrigas de Federico II hacían temer una conflicto continental. Fue menester preparar sin demora ejército y flota, pues sin esta última no era posible defender el Canadá, ni Luisiana, ni las Indias, ni las Antillas; pero las flotas son caras y el fracaso de Machault había dejado vacías las arcas del Estado.

A fin de atajar estos peligros en Europa y en el universo, Luis XV decidió dar otra orientación a su política exterior; su ministro Bernis firmó un tratado de alianza con la Casa de Austria (1756). La operación no podía dejar de ser buena, pues alejaba la guerra de las fronteras y la mantenía en Alemania, entre alemanes, dado que los franceses sólo intervenían como mercenarios; pero iba a ser costosa, pues el tesoro de los Habsburgo era mediocre y sus exigencias infinitas. La opinión no recibió bien este cambio, que la sorprendió después de dos siglos y medio de lucha contra aquella dinastía; por otra parte, Federico II, hábil y cínico, había sabido congraciarse con los filósofos, gracias a su incredu-

lidad, sus adulaciones y sus oportunas dádivas. Sin preocuparse por los intereses del país, Voltaire y sus secuaces continuaron en plena guerra prodigando elogios al "rey filósofo". Por su parte, los parlamentos, aprovechando las tribulaciones del gobierno, se obstinaron en negarle dinero en el mismo momento en que Inglaterra atacaba las colonias francesas con toda su fuerza. Francia, después de algunos brillantes éxitos en Europa (la toma de Port-Mahon y de Menorca), y en América (derrota del ejército inglés de Braddock, que había atacado las posesiones francesas sobre el Ohio, victorias de Montcalm al sur del Canadá), vio declinar su estrella. Pitt, nombrado primer ministro en 1757, llevó a cabo el combate con incansable vigor y toda Inglaterra lo apoyó con su esfuerzo, con su celo y su dinero, mientras que en Francia tan sólo el rey, el ejército, la flota y las poblaciones costeras se lanzaron a fondo en la guerra.

Con el propósito de sacudir esta apatía, tanto más peligrosa si se tiene en cuenta que el ministro inglés no quería oír hablar de paz, Luis XV pidió ayuda al conde de Stainville, cuyo brillante valor en el ejército, cuya audaz inteligencia y cuya intimidad con madame de Pompadour habían hecho popular.

El conde de Stainville, que muy pronto llegó a ser duque de Choiseul, levantaba en el aire una naricita puntiaguda, impertinente e incongruente. Su suficiencia remontaba aún más alto. Considerándose descendiente de los antiguos condes de Alsacia y pariente de los duques de Lorena, de los cuales era súbdito por nacimiento, no reconocía a nadie como superior y, si quería servir, era tan sólo para mandar.

Se imponía por la grandeza de su nacimiento, su inteligencia, su autoridad, y la elevada idea que tenía de sí mismo. A nadie más tomaba en cuenta, ni a Dios, para quien tenía algunas cortesías y mucha impertinencia, ni al rey, de quien sólo aceptaba los elogios; pero conservaba una sorda lealtad a su Lorena nativa, a los Habsburgo y Lorena, sus antiguos soberanos, y a Francia, donde le agradaba gustar. A menudo generoso, nunca bueno, Choiseul se mostró tan tierno como infiel con su mujer, hija de un acaudalado financista, encantador y altanero con el rey, lisonjero y leal con madame de Pompadour.

Dotado de un espíritu combativo, se lanzó a la guerra con bríos. Pero empezó con una falsa maniobra; en un momento en que Francia debía reservar todos sus recursos para la campaña colonial, en

la cual se jugaba su porvenir económico, y limitar al mínimo sus compromisos en Europa Central, Choiseul firmó con Austria un nuevo acuerdo que obligaba a Francia a sostener a su aliada con el envío de un enorme ejército de 140.000 hombres (en vez de los 24.000 previstos en un principio) y con un subsidio anual de 30.000.000 de libras.

Este tratado representaba el desastre para las colonias francesas y no lograba la victoria en el continente. Una guerra en dos frentes, en tierra y por mar, resulta muy cara; sucesivamente los tesoreros Pereing de Moras (marzo de 1756 a abril de 1757), Boullongne (abril de 1757 a octubre de 1758), Silhouette (octubre de 1758 a fines de 1759), Bertin (de fines de 1759 a 1763) se agotaron tratando de encontrar recursos. Todos los parlamentos ligados presentaron obstáculos y fueron apoyados por los filósofos, quienes declararon absurdo el gastar tanto dinero en "unas cuantas yardas de nieve" (es decir, el Canadá); y las arcas del Estado seguían vacías. Más aún, los parlamentos, y el de Rouen en especial, aprovecharon la ocasión para extender sus poderes y reclamar el voto y el control directo del impuesto. La marina francesa resultó víctima de estas maniobras y, sin marina que pudiera reabastecerla, sucumbieron sucesivamente las Indias francesas y el Canadá, a pesar del heroísmo de Dupleix y de Montcalm. En tierra, Rusia se coaligó con Francia y con los Habsburgo, y Federico, después de algunas brillantes victorias, se vio en situación muy difícil. Berlín fue tomada dos veces; pero la coalición, poco homogénea, nunca llegó a estrangularla. Su genial ascetismo siempre la sacó de apuros.

De acuerdo con la fórmula preferida por los grandes Estados en dificultades, Choiseul trató de prolongar la guerra; en realidad, sólo prolongaba así los éxitos ingleses. España, a la cual logró intervenir en 1761, perdió en unos meses Cuba, las Filipinas, sus mejores flotas y su prestigio. El conflicto fue liquidado finalmente mediante una serie de golpes de suerte. La emperatriz Elisabeth de Rusia murió y su sucesor, Pedro III, se apresuró a firmar la paz con Federico, a quien admiraba; Prusia se salvó. El nuevo rey de Inglaterra, Jorge III, albergaba sentimientos muy fríos hacia sus ministros *whigs*, especialmente hacia míster Pitt, y consideraba que Inglaterra acababa de obtener todo lo que deseaba, por otra parte a un precio muy alto, pues su deuda había llegado a 140.000.000

de libras esterlinas, lo cual no dejaba de impresionar al soberano; Jorge III quería la paz y aceptó los avances de Choiseul con premura. Pitt, a fin de satisfacer a las colonias americanas, exigió el Canadá; al abandonarlo, Luis XV logró salvar sus hermosas y ricas Antillas, cuya azúcar se vendía muy bien en toda la Europa Central, y las viejas factorías de Francia en la India. Lo más penoso fue tener que aceptar un comisario inglés en Dunkerque, encargado de vigilar la demolición del puerto y de los fuertes. En Alemania, Federico II resultó el gran ganador; se adjudicó definitivamente la opulenta Silesia, quitaba a los Habsburgo, y convirtió a su país en el Estado dominante de la Alemania Oriental. Francia mantuvo su territorio intacto, pero perdió mucho prestigio. Los Estados católicos retrocedían en todas partes.

Los filósofos aprovecharon la coyuntura. Mientras el rey, la familia real y el delfín Luis en particular sentían las humillaciones nacionales en lo más profundo de sus corazones, y la multitud estaba consternada, Voltaire envió felicitaciones a Federico II, fabricó versos burlones sobre las derrotas de su país e hizo chisporrotear un fuego granado de libelos antirreligiosos. Su talento nunca se mostró más resplandeciente. Por su lado, la *Enciclopedia* continuaba su camino sin muchas dificultades, a pesar de las iras de la Sorbona y del Parlamento, del decreto del Consejo del Rey de 1759 y las bulas de los obispos. Sostenida por varios ministros (en particular por monsieur de Malesherbes), que invocaba la consideración debida a los numerosos suscriptores a fin de lograr la continuación de la obra, la *Enciclopedia* publicó sin estorbos todos sus volúmenes, hasta el último, en 1765. Al mismo tiempo, sus principales colaboradores y sus amigos precisaban su doctrina en una serie de publicaciones audaces: Condillac, *Tratado de las Sensaciones*, 1754; Morellet, *Código de la Naturaleza*; Helvetius, *De la Inteligencia*, 1758; d'Holbach, *Sistema de la Naturaleza*, *El Cristianismo Desenmascarado*, 1767; Voltaire, *Diccionario Filosófico*, 1764, etc. Todos estos libros, más o menos crudamente, sostenían un materialismo que hoy nos parece anticuado, pero que llamó la atención del público y que reforzó notablemente las insinuaciones de la *Enciclopedia*, más bien prudente en materia filosófica. Lo esencial de su polémica tendía a sustituir el criterio del bien por el criterio de lo útil, a ridiculizar la fe, la teología y la liturgia, toda espiritualidad y todo lo sagrado en favor de las ciencias que

benefician al hombre y de una moral basada en el interés. La *Enciclopedia* se mostraba violenta contra sus adversarios, a quienes pulverizaba sin piedad. Ninguna oposición coherente se atrevió a enfrentarla y a criticar sus teorías; el único escritor de talento que lo intentó, Fréron, debió soportar la suspensión repetida de su *Año Literario*. Finalmente lo encarcelaron. Salvo la reina y el delfín, nadie lo protegió. Fréron murió en 1777.

Todo anunciaba entonces la declinación de la tradición en las clases altas, mientras que el *Contrato Social* de Jean-Jacques Rousseau (1762) subrayaba la decadencia de los principios monárquicos y daba un catecismo a los demócratas. Autores de canciones y personas del gran mundo, del modo más frívolo, aunque penetrante, se burlaban incesantemente del rey, de su familia, de su querida, de las instituciones y de los ministros. Luis XV soportó los ataques sin perder su sonrisa, su ligereza, y su pesar; Choiseul, más vanidoso, se defendía.

Se jactaba de haber "atrapado a los ingleses" en la paz de 1763, y en esto no mentía, pues la opinión inglesa culpaba a su gobierno por haber aprovechado muy mal las grandes victorias obtenidas; pero Choiseul olvidaba mencionar que el rey Jorge III de Inglaterra había sido su mejor colaborador en aquella paz. Por otra parte, no se detenía mucho en estos asuntos y prefería preparar un desquite a la sordina. Se interesaba especialmente en los asuntos internos. Secreto y sardónico, no dejó documentos que nos expliquen su gran proyecto, pero se lo puede leer en sus actos. Trataba de conquistar la opinión pública. En Finanzas puso a l'Averdy, un parlamentario jansenista (diciembre de 1763 a diciembre de 1768) y lo ayudó en sus negociaciones con Roma, destinadas a lograr que los jansenistas volvieran a caer en gracia, o por lo menos en un apaciguamiento; de acuerdo con su jefe, l'Averdy trataba a los parlamentarios con extremada deferencia. El ministro llegó a proporcionarles una satisfacción esencial a expensas de los jesuitas. En 1761-1762, en plena guerra, el Parlamento de París utilizó la ocasión que le dio un proceso perdido por un jesuita, el padre La Valette, para condenar a toda la Orden, mandando clausurar sus colegios y la expulsión de la Compañía de Jesús de Francia. La sanción no podía ejecutarse sin la aprobación del rey. Ahora bien, Luis XV sentía mucha estimación por los jesuitas, que eran apoyados por la reina y el delfín, con todo un partido detrás. Se consi-

gueron documentos que probaban la colusión de Choiseul con el Parlamento. Éste decidió jugar una carta audaz, negó todo, insultó al delfín y exigió el destierro de los jesuitas, única manera, según se dijo, de obtener de los parlamentos sacrificios financieros indispensables para evitar la bancarrota. Presa del dilema, el rey cedió y los jesuitas tuvieron que partir. Sean cuales hayan sido las imprudencias de algunos de ellos, los jesuitas formaban el vínculo más sólido entre el Papado, la monarquía francesa y la nobleza joven. En sus colegios impartían una enseñanza brillante, otrodoxa y monárquica, mientras que muchos autodidactas se perdían en la alquimia y la filosofía de moda. La disciplina y la sólida organización de los jesuitas mantenían en Francia un grupo compacto de católicos dentro de la ortodoxia y la obediencia a Roma. Finalmente, eran capaces de contrarrestar los golpes de los filósofos y poseían, junto con sus redes de información, una amplia clientela intelectual. Todo esto fue destruido en 1766-1767.

La importancia de la victoria obtenida no pasó inadvertida para los filósofos. Cuando se publicaron en Londres las *Memorias Secretas... de Bachaumont* (1777) el editor escribió: "La invasión de la filosofía en la República de las Letras en Francia indica una época memorable, por la revolución que ha operado en los espíritus. Todo el mundo conoce hoy las consecuencias y los efectos. El autor de las *Cartas Persas* y el autor de las *Cartas Filosóficas* habían sembrado la semilla; pero tres clases de escritores contribuyeron primordialmente a desarrollarla. En primer lugar, los enciclopedistas, que perfeccionaron la metafísica y aportaron la claridad, el medio más justo para disipar las tinieblas con que la teología la había envuelto y destruyeron el fanatismo y la superstición. A éstos sucedieron los economistas; preocupados esencialmente de moral y de la política práctica, éstos procuraron hacer más felices a los pueblos, estrechando los vínculos de la sociedad mediante una comunicación de servicios y de intercambios mejor entendidos, enderezando el hombre al estudio de la naturaleza, madre de los goces verdaderos. Finalmente, tiempos de perturbación y opresión engendraron a los patriotas, quienes remontándose a la fuente de las leyes y de la constitución de los gobiernos demostraron las obligaciones recíprocas de los súbditos y de los soberanos, profundizaron la historia y sus monumentos y fijaron los grandes principios de la administración. Esta pléyade de filósofos, que se colocaron

a la cabeza de las diversas partes de la literatura, surgieron principalmente después de la destrucción de los jesuitas, punto verdadero en el cual estalló la Revolución". De un modo igualmente preciso escribió el barón Grimm a sus corresponsales alemanes en enero de 1768, poco después de la expulsión de los jesuitas: "Esta fatiga general del cristianismo, que se manifiesta en todas partes y particularmente en los Estados católicos, esta inquietud que trabaja sordamente los espíritus y los lleva a atacar los abusos religiosos y políticos, es un fenómeno característico de nuestro siglo, así como lo fue el espíritu de la Reforma en el siglo XVI, y presagia una revolución inminente e inevitable. Se puede decir que Francia es el foco de esta revolución, que habrá de tener sobre las precedentes por lo menos la ventaja de producirse sin derramamiento de sangre".

Choiseul había sido, entre 1765 y 1770, el principal artífice de esta "revolución". Al mismo tiempo que suprimía a la Compañía de Jesús, el ministro se lanzó contra las innumerables órdenes religiosas de Francia. Con el pretexto de imponer el orden en ellas, creó la "Comisión de los Regulares" (1766), con el objeto oficial de clausurar y licenciar los monasterios que tenían un personal demasiado escaso, así como aquellos en que los monjes deseaban la secularización o que tenían deudas financieras. En realidad se trataba de estrangular sin violencia aparente a las órdenes religiosas francesas. Varios obispos ayudaron. Choiseul hizo girar la rueda, despiadadamente. Éste era un rasgo de su carácter: no perdonaba jamás a los débiles. ¿Acaso no dio orden una vez de llevar a cabo una razzia de todos los pordioseros y vagabundos de Francia, para enviarlos a remar en galeras —a los de buena salud— o a la prisión o al hospicio a los viejos y enfermos? A Choiseul no le importaban mucho los sufrimientos ajenos, si lograba dominar y dirigir. Merced a estas medidas, logró tener entre sus manos todos los hilos de las intrigas desde 1759 hasta 1770, junto con el poder y la dirección de la opinión pública.

La muerte de la Pompadour (1764), la del delfín (1765), la de su mujer (1767), y finalmente la muerte de la reina (1768) afectaron profundamente al rey Luis XV. Se sentía viejo y solo. Sus cartas de este período revelan una intensa melancolía, al pensar en los que había dejado morir sin dar muestras de su afecto y sin haber contado con el de ellos. Todos estos muertos se situaron entre

él y Choiseul. El rey lo contempló a la distancia y lo juzgó. Sacó sus conclusiones.

Por todos lados aumentaba la resistencia a su poder y por todos lados descubría que Choiseul era el cómplice de los opositores; más aún: el jefe oculto de ellos. Los parlamentos lo consideraban un oráculo y un bienhechor. ¿Acaso no les había hecho ganar todas las causas desde 1760? La alta nobleza, orgullosa de tener uno de los suyos al frente de la administración y contenta de encontrar un aliado en Choiseul, que siempre daba la preferencia a los grandes nombres sobre la burguesía o la pequeña nobleza, estaba entusiasmada con él. Los salones no se cansaban de elogiarlo, al mismo tiempo que rebajaban al rey cada día un poco más, hasta el punto que los extranjeros, como Horace Walpole, quedaban estupefactos. Los filósofos le dedicaban sus libros y contaban con él; mientras Choiseul estuviera en su puesto, ellos no tendrían nada que temer. Los curas, cuyas entradas él procuraba acrecentar, lo veían con buenos ojos y lo respetaban. Hasta en el ejército y en la marina esperaban de él el desquite y lo elogiaban.

En este plano fue efectivamente un buen ministro, activo y de juicio claro. Choiseul se aprovechaba: dirigía a Francia como se le daba la gana y trataba al rey de arriba a abajo. Los diplomáticos más cumplidos y mejor vistos por Luis XV, como Gravier de Vergennes, eran pulverizados si se permitían expresar la menor duda sobre la azarosa política del duque; los aliados de Francia, si se mostraban humildes, impotentes, y si él creía que le habían faltado en algo, eran aplastados sin contemplación; a fin de arruinar la ciudad de Ginebra, una vieja y fiel aliada de Francia, que no se prestó a una de sus fantasías, gastó millones para construir un puerto en Versoix, sobre el lago de Ginebra, puerto que nunca se llegó a terminar. Hasta llegó a pronunciar palabras ultrajantes sobre madame Dubarry, la nueva favorita del rey, y no ocultó el desprecio que le inspiraba el soberano. Los nietos de éste, hijos del delfín Luis, fueron perseguidos por el ministro con un odio tenaz y pérfido. Los había apodado los "objetos de Sajonia" (la madre era una princesa sajona) y presentó al mayor, el delfín, como a un ser grotesco e imbécil, en una farsa que escribió para distraerse. En la corte hizo correr sobre él millares de anécdotas infamantes; finalmente, lo denunció a su abuelo como el hombre más mal educado de Francia y destinado a ser el horror de la nación.

Luis XV, curioso por naturaleza y muy bien informado, no podía ignorar nada de esto; también sabía que su primo, el conde de Clermont, abate de Saint-Germain-des-Prés y Gran Maestre de la francmasonería, daba su apoyo a Choiseul, otro francmasón, y que su primo, el príncipe de Conti, en su palacio del Temple, complotaba: reunía a filósofos y descontentos, reclutaba vagabundos y aventureros y los lanzaba por las calles de París cada vez que un incidente había perturbado a las multitudes. A pesar de haber envejecido, de padecer de reumatismo y de sentirse cansado en todo su cuerpo y en toda el alma, el rey logró reunir suficiente fuerza y echó bruscamente a Choiseul, poniendo a fin a su política el 24 de diciembre de 1770.

Nunca mencionó el rey los motivos que lo llevaron a librarse del infiel ministro. Choiseul quería la guerra; de acuerdo con España, el rey se negaba a ella, y la razón era suficiente; otra razón fue la alianza íntima de Choiseul con los parlamentarios. Pero hacia esta época las cartas de Luis XV revelan ante todo una gran ternura por sus nietos huérfanos, y hay ciertos indicios de que quiso humillar a Choiseul ante ellos. Después puso orden en su casa, orden que se echaba mucho de menos. El equipo nuevo, que Choiseul apodó "el triunvirato", estaba compuesto por hombres vigorosos y resueltos: d'Aiguillon, en Relaciones Exteriores, René de Maupeou, como canciller; Terray, tesorero general. No era posible que el rey se rodeara de santidad y de buenas costumbres, pero lo cierto es que desde la época de Machault, no se había visto en Finanzas a un economista tan informado y tan capaz. Desde 1774 la deuda disminuyó en 50 millones, el ministro salvó 28 millones de anticipación sobre 110, redujo el déficit del presupuesto de 63 millones a 18 millones 700 mil, en un presupuesto general de 400 millones, y constituyó un tesoro de 4 millones. Maupeou desempeñó el papel dominante en 1770-1771. El aumento de los impuestos, que se volvió indispensable por el crecimiento de la deuda y del déficit, suscitó en el pueblo, empobrecido por un invierno riguroso, y en los parlamentos, fuertes reacciones. Los parlamentos se permitían protestas cada vez más violentas; el rey respondió haciendo detener al abogado general del Parlamento de Burdeos y a dos magistrados del Parlamento de Rennes. El Parlamento de París, siguiendo una vez más una doctrina preferida por los parlamentos, sostenía la unidad y la "indivisibilidad" de todos los parlamentos de Francia, consi-

derados como representantes del pueblo; en este sentido, para sostener a los parlamentos de Rennes y de Burdeos en su lucha contra el rey, se prepararon jefes de servicio y renuncias colectivas: una verdadera "confederación de resistencia". Luis XV no admitía el principio, que el Parlamento alegaba y que por otra parte era falso —pues los reyes habían establecido los parlamentos en épocas diferentes—, de reemplazarlos en el ejercicio de la justicia. Los derechos parlamentarios sobre las leyes sólo alcanzaban a las formas de éstas.

Esta vez Luis XV sostuvo a Maupeou hasta el fin, pues Maupeou fue su canciller hasta lo último. Recordó a los parlamentarios sus múltiples rebeliones, su indisciplina, su irregularidad y terminó declarando "que su corona le había sido dada por Dios" y nadie más, y que el Parlamento no tenía ningún derecho a estorbar su autoridad.

El Parlamento se negó a enterarse de esta resolución. Al día siguiente un fallo de la justicia obligó a los rebeldes a escuchar la lectura del edicto y a ratificarlo (7 de diciembre de 1770). Inmediatamente todos, coaligados, protestaron: los príncipes de la sangre, la alta nobleza, el pueblo más pobre de París, sublevado por los leguleyos; y el Parlamento interrumpió sus funciones. Como respuesta, en la noche del 19 al 20 de enero de 1771, Maupeou envió a cada uno de los parlamentarios un mosquetero con un papel que debía firmarse: sí o no. Todos respondieron que no, en ese instante o al día siguiente. Se negaron a servir a la nación, constituían un caso manifiesto de rebeldía; Maupeou los desterró a provincias y les notificó la confiscación de sus cargos y la interdicción para ellos y sus hijos de ejercer ningún cargo judicial. Las turbas de París se agitaron, se amenazó de muerte al canciller; papeles pegados al día siguiente en el Parlamento solicitaban al duque de Orleáns que dirigiera la rebelión: "Haceos ver, gran príncipe, y todos nosotros colocaremos una corona sobre vuestra cabeza". En los medios de la nobleza circuló una petición en la que se solicitaba a Orleáns que se pusiera a la cabeza del Orden y que actuara en nombre de los nobles contra estos edictos. Todos los parlamentos de provincia protestaron, así como la Cámara de Cuentas, el Châtelet y la Casa de la Moneda de París. El Tribunal de Apelaciones reclamó los Estados Generales, proclamando que el rey sólo reinaba por el pueblo y para el pueblo. La alta nobleza abandonaba

la corte y Versalles se despoblaba; en los salones dorados, las damas vociferaban amenazas contra el rey y la Dubarry.

De nada valió todo esto. Maupeou encontró nuevos jueces. Instauró la justicia gratuita, suprimió la venalidad de los bufetes, aceleró los procesos y, haciendo frente a todos, logró crear seis consejos superiores que reemplazaron al Parlamento de París. Una oleada de libelos infames, de papeles sediciosos y de canciones obscenas se desparramó por París, tomando de víctimas al rey, a la Dubarry y a Maupeou. Pero la gran masa del pueblo seguía en calma y Voltaire aplaudía.

Esta vez, Luis XV se atrevió a dar un golpe de Estado que pudo detener la Revolución que se preparaba contra su poder y dar marcha atrás a los acontecimientos. En caso de mantener su decisión y el ejercicio regular de la nueva justicia, hubiera demostrado así la vitalidad de la monarquía y puesto fin a la rebelión de la nobleza, iniciada en 1715 al morir Luis XIV, y que amenazaba con comprometer el milenario esfuerzo de los Capetos. Pero la lucha iba a ser dura, implacable y peligrosa, pues los parlamentos disponían de riquezas considerables, de un partido sólido y audaz en la capital y en todas las ciudades principales de Francia. La alta nobleza, a la cual estaban unidos por miles de lazos de familia, no iba a abandonarlos, y los filósofos, los francmasones, los opositores y descontentos de todas clases se unieron a ellos. Afortunadamente el pueblo estaba tranquilo; el fin de la guerra había sido seguido por un período de gran actividad económica, que expandía la prosperidad en los puertos, en los cuales la construcción de navíos y el comerico marítimo florecían como nunca, en las ciudades, en las cuales los comerciantes y artesanos ganaban cómodamente sus vidas; en los campos, en donde el trigo y el lino tenían amplia salida. En esos momentos el rey no tenía nada que temer. Pero no podía triunfar en un año: le hacía falta tiempo, obstinación y buena suerte.

El canciller Maupeou no carecía de ninguna de estas cualidades, y tampoco carecían de ellas los otros dos miembros del ministerio. Terray obtuvo resultados inesperados en Finanzas. D'Aiguillon no cumplió mal su tarea. La revolución de Suecia (12 de agosto de 1774), llevada a cabo diestramente por el conde de Vergennes, volvió a poner en el poder a amigos de Francia y nos devolvió en el Norte a un aliado útil. Aunque denigrado por la fracción ad-

versa y detestado por los parlamentarios, el "triunvirato" sabía trabajar por el bien del país.

La opinión seguía siendo la gran amenaza. Al suprimir el Parlamento, una de las instituciones más imponentes de la antigua Francia, con una antigüedad de cinco siglos, Luis XV amenazaba con sacudir a todo el edificio. El rey ejercía un derecho regio, que ningún hombre de buena fe ponía en tela de juicio, pero las canciones, los libelos, los escritos clandestinos y las noticias de mano atacaban a la nobleza y a la monarquía, divididas, ponían en primer término los derechos del pueblo y subrayaban que Luis XV, al privar a los parlamentarios de sus cargos, había cometido una expoliación. A lo sumo, podía revocarlos, pero no debía robarlos; debía devolverles los puestos que ellos habían pagado en dinero contante y sonante. El rey y su gobierno aparecieron así como ladrones. Por su lado, madame Dubarry no añadía nada al prestigio del soberano. Los franceses, siempre dispuestos a despreciar, despreciaban con fruición.

El casamiento del delfín con la archiduquesa María Antonieta de Austria no arregló nada: un antiguo odio, que se remontaba a Carlos V, hacía odiosos a los príncipes de esta casa. A pesar de su encanto, la joven princesa sólo despertó, en un principio, los sentimientos hostiles de la multitud. Más adelante, en la corte, se mostró imprudente al favorecer la causa de Choiseul, que había sido el artífice de la alianza con Austria. También ofendió al rey, al lanzarse a echar pullas contra la Dubarry. Finalmente, en el momento en que resultaba más necesario crear una unión íntima en la familia real y establecer una colaboración real entre el abuelo y el nieto, la delfina se convirtió en causa de desunión. Luis XV, muy sensible, se apartó del delfín y lo mantuvo alejado de todas sus decisiones. Sin embargo, sufría por este estado de cosas y esperaba una ocasión para reconciliarse con él.

La muerte llegó antes. El 27 de abril de 1774 el rey fue presa de una fiebre violenta, que resultó ser un grave ataque de viruela. El rey murió en la tarde del 10 de mayo de 1774, dejando su obra inconclusa, la monarquía en peligro y un nieto sin instrucción política.

Libro Segundo

LA REVOLUCION REAL

Capítulo Primero

EL REY HACE EL BALANCE

Luis XV acababa de morir y una llamarada de odio se elevó contra él; por todas partes estallaron sarcasmos e insultos; mozos de cuadra ultrajaron su ataúd, duques y pares contuvieron la risa durante el entierro y, sobre los muros de París, se leyeron *grafitti* despectivos:

Aquí yace Luis el Quince,
el segundo Bienamado...
Dios nos guarde del tercero...

Rey a los diecinueve años, Luis XVI podía calcular, por esta oleada de lodo, si no la impopularidad del monarca y de la monarquía en el país, por lo menos la audacia y la importancia de la oposición. Por esto, antes de reinar, se encerró en su cuarto para meditar en soledad y hacer el balance.

La gran masa del pueblo seguía ligada sólidamente al régimen. Luis XVI, desconocido entonces, no encontró ninguna dificultad para tomar el poder y no se produjo ningún disturbio. Por el contrario, la simpatía popular se volcó de golpe hacia él. No era aquí donde estaba el peligro: a pesar de algunas huelgas y levantamientos rurales en los períodos de escasez, la monarquía era conveniente a Francia, y la gente modesta lo sabía. Pero los medios más distinguidos, los círculos próximos al poder, se oponían al soberano más y más. Luis XIV, con su incomparable autoridad, había sabido domeñar e intimidar a todos los elementos subversivos. Luis XV, más flexible, más escéptico, se había enmurallado en su oficio de rey y había logrado para Francia, pese a las derrotas en la Guerra de los Siete Años, dos hermosas provincias, la Lorena y Córcega, y un gran crecimiento económico, pero no había logrado, como su

abuelo, mantener un ascendiente sobre los escritores y el mundo elegante. Los filósofos no le prestaban mucha atención y la gente que lo rodeaba no lo respetaba, aunque lo quería. Había dejado el reino en buen estado, pero la monarquía estaba lesionada.

Esta majestad tan gloriosa estaba supeditada, desde 1685, a la propaganda del insulto. Los protestantes de Inglaterra y de los Países Bajos, en sus diarios, muy leídos en Francia, no se cansaban de describir y de exagerar todos los detalles que les llegaban, o imaginaban también los vicios de la corte de Francia y los del monarca, cuyos menores gestos eran espiados, y cuyas queridas eran arrastradas por el fango, y a pesar de que Inglaterra y Holanda nada tenían que envidiar a Francia en este aspecto. Luis XV, madame de Pompadour, madame Dubarry, proporcionaron abundante material que las canciones, los libelos, las noticias que se pasaban individualmente, los periodiquitos manuscritos que se multiplicaron en París después de 1750, no se cansaban de comentar y de adornar. Así, a lo largo de todo el siglo XVIII, los cortesanos tomaron el hábito de despreciar por lo bajo al rey, al cual saludaban con una profunda reverencia en Versalles. Es posible imaginar el mal que hacía esta actitud a un soberano de Francia, un soberano que había sido consagrado por Dios con el poder supremo y ungido de un modo casi sacerdotal. Limitado a los medios literarios y mundanos, los rumores no llegaban al pueblo. Si hubiesen llegado hasta él, la monarquía se habría perdido, pues ésta no podía prescindir del amor y la estima de la nación.

En otro plano, la ruidosa campaña de los filósofos, sus ataques en nombre de la "razón" contra el catolicismo y toda religión revelada, encontraba eco en la alta nobleza, la alta burguesía y muchos claustros. Esta campaña era sostenida eficazmente por la francmasonería, cuyas logias se multiplicaban. Filósofo y masón, Voltaire se distinguía en esta polémica, a la cual añadía su ironía mordaz y su picante imaginación, fértil en razonamientos especiosos, con los que sabía compensar sus libelos, los más crudos y los más coloridos de la época. Siempre práctico, Voltaire tenía un acuerdo con un gran editor calvinista de Ginebra, cuyos seiscientos corresponsales y distribuidores, difundidos por el mundo entero, aseguraban a sus libelos una enorme difusión. En 1774, sin embargo, la irreligión chocaba a muchas inteligencias. Jean-Jacques Rousseau había tomado posición contra ella y, si Fréron

había muerto sin dejar sucesor, se podía sentir en los filósofos más juiciosos una especie de cansancio y de inhibición. Preferían enseñar la moral del interés que, predicada por la francmasonería, resultaba menos ofensiva a los católicos. El buscar en todas partes cínicamente lo que es más útil al hombre físico o social parece lógico, pero de todos modos es una actitud eficaz a largo plazo para apartar de Cristo y llevar al materialismo: los fisiócratas, los economistas y los francmasones empujaban en este sentido. Los funcionarios y la burguesía se mostraban dispuestos a escucharlos.

Los mismos medios prestaban mucha atención a las reclamaciones y proclamaciones de los parlamentarios. Ansiosos de llegar a constituir en Francia un cuerpo tan poderoso como la Cámara de los Lores en Inglaterra, acosaban al rey con sus objeciones, sus rechazos, y sus protestas. Luis XV había suprimido el Parlamento de París, pero sus partidarios seguían vociferando. Desde 1771 esta propaganda se había expandido, y la muerte de Luis XV le dió un nuevo impulso. Un grueso folleto, resumen de todos los otros, se difundió entre el público: *Diario Histórico de la Revolución efectuada en la Constitución de la Monarquía Francesa por M. de Maupeou.* Los príncipes de la sangre, en especial el príncipe de Conti y el duque de Orleáns dedicaron mucho dinero a la difusión de estas publicaciones; los innumerables abogados de París y de las provincias las difundían por todas partes y lograron una gran resonancia.

Luis XVI no ignoraba, dado que su policía estaba informada, los esfuerzos secretos de los jansenistas y la existencia de un diario clandestino. A los ojos de éstos, los Borbones eran unos execrables perseguidores. Sus aliados, los galicanos, numerosos entre los curas, no dejaban de criticar al poder por su condescendencia frente al Papa; en esta forma difundían un espíritu de rebelión entre las capas profundas de la población; los curas, en efecto, constituían para el rey el único vínculo entre él y la masa de su pueblo, como ya hemos indicado. Sólo ellos conocían a los campesinos y sabían hablarles; sólo ellos formaban la opinión popular y la informaban en esta época sin periódicos, en que el cura servía de maestro y de asistencia social. Siempre ligados a la corona, en 1774 se mostraron más reticentes, pues sufrían la pobreza en una época de bienestar, un bienestar creciente en la ciudad y en muchas aldeas, y que hacía resaltar la penuria en que vivían. La

preocupación constante de los reyes de Francia fue la de lograr un aumento de su "porción congruente", pero el alto clero no vio esto con buenos ojos y en 1774 el salario de un cura de campaña sólo llegaba a 1.200 libras y el de los vicarios a 800 libras. Estimulados por los elogios que Jean-Jacques y la opinión les prodigaban, algunos empezaron a manifestar un espíritu rebelde, a federarse, a reclamar y a protestar.

Este descontento entre el bajo clero (mientras que, en el alto clero y hasta en los claustros se insinuaba el espíritu filosófico) representaba un grave peligro para la monarquía. El grupo de los obispos incrédulos, que preferían sus funciones administrativas a la plegaria, y las funciones políticas al ejercicio de la caridad, formaban tan sólo una minoría, pero una minoría activa y vinculada por los parlamentarios y los filósofos, que los cubrían de elogios pomposos y los hacían pasar ante los ojos del público por los mejores sacerdotes de Francia. Esta colusión turbaba a los espíritus simples, impresionaba a los ministros y lograba una situación cada vez más preponderante para el pequeño clan de los "obispos administradores", como se los llamaba. En 1774, vieron aumentar su crédito gracias al abate de Vermont, uno de ellos, que Choiseul había colocado en 1770 al lado de María Antonieta, y que había logrado sobre ella tal ascendiente que ni el rey ni el arzobispo de París pudieron exonerar, pese a sus deseos. Luis XVI sufría en consecuencia, pues veía que el enemigo se instalaba en su mismo hogar.

Con paciencia y con ternura esperaba hacer entrar a su mujer en razón, pero supo calcular muy bien, desde los comienzos de su reino, el peligro que representaban para Francia estos malos sacerdotes y estos prelados intrigantes. El rey no tenía ningún medio para ponerlos en vereda. En lo que se refiere a los filósofos, las órdenes de arresto, el destierro, una breve estadía en la Bastilla tenían influencia moderadora. La censura —llena de amigos de Choiseul— era cada vez más ineficaz, pero la policía, más fiel, dificultaba la importación de folletos y diarios extranjeros y mantenía los libelos más peligrosos a un precio que los volvía inaccesibles para los lectores comunes. Parlamentarios, personas de la corte, alta nobleza y alta burguesía se regocijaban con ellos. Además Choiseul, desde su destierro de Chanteloup, mantuvo un fuego graneado de bromas venenosas y despectivas contra Luis XV, y des-

pués contra Luis XVI. En ese momento, cuando todos los medios se volvían con amor hacia el joven rey, algunos estribillos indecentes, acusándolo de ser incapaz de cumplir con sus deberes de marido, llevan la marca de esta oficina.

A la muerte de Luis XV la propaganda hostil contra la Iglesia y la monarquía había penetrado en toda la nación, salvo en el pueblo, pero tan sólo los círculos ricos y distinguidos, las mujeres sobre todo, parecían ganados por estas ideas.

Además de este peligro, Luis XVI distinguía otros tres, aún más amenazantes. Terray, merced a su trabajo y a sus métodos brutales pero eficaces, había logrado poner de pie las finanzas francesas, si bien aún no había terminado su obra; con un pueblo que empezaba a sufrir de una depresión económica y que se quejaba constantemente de la pesadez de los impuestos, la rehabilitación de las finanzas parecía difícil. Lo iba a ser tanto más cuanto que el peligro de guerra empezaba a precisarse. Inglaterra, en dificultades con sus colonias americanas, vacilaba y andaba a tientas. Numerosos políticos y miembros del Parlamento reclamaban la guerra contra Francia, un ataque contra las Antillas francesas, a fin de desalentar a los colonos americanos en un proyecto de rebelión y de brindarles una nueva carnada. En Europa, el emperador José, hijo mayor de María Teresa, esperaba una ocasión favorable para tomarse un desquite contra Federico II, y el tratado franco-austríaco podía llevar muy lejos, en todo caso hasta la bancarrota. Luis XVI quiso evitar esto a cualquier precio. Se sentía rodeado por demasiados tiburones dispuestos a devorar la presa. Su primo, el príncipe de Conti, continuaba reclutando malvivientes en su palacio del Temple, no se sabe para qué oscuros fines, y mantenía constante correspondencia con los parlamentarios desterrados. El hijo del duque de Orleáns, el duque Chartres, camarada y enemigo desde la infancia de Luis XVI, acababa de reagrupar, con un audaz golpe, a todas las logias masónicas bajo la tutela del Gran Oriente de Francia, del cual fue nombrado Gran Maestre (1772-1774). Pudo así mandar, dentro de esta república fraterna, toda una vasta clientela de cómplices y de clientes dispuestos a actuar si llegaba el caso, y totalmente fieles a la familia Orleáns. Su enorme fortuna y la de su mujer, hija del duque de Penthièvre, le daban los medios de acción, y su genio inquieto no dejó de utilizarlos. A este peligro manifiesto había que añadir uno más enojoso y más cer-

cano al rey: su hermano Provenza, a quien desde los doce años de edad anunciaban servidores y cortesanos como el futuro rey, y que parecía más saludable y más dotado que su hermano mayor, a la sazón tuberculoso. Provenza era taimado, obstinado, sutil y sin escrúpulos. Luis XVI siempre desconfió de él.

Este muchacho corpulento y desgarbado, que llegó a ser rey demasiado pronto, no ignoraba ninguno de los peligros; conocía bien la historia; sabía que los primeros Capetos se habían impuesto al país por la continuidad, pues cada padre hacía coronar mientras vivía al hijo mayor, y le transmitía la tradición. En el siglo XVII dos regentes interrumpieron el hilo y pusieron en peligro la dinastía de los Borbones; en el siglo XVIII dos veces había muerto el rey sin haber podido poner al corriente de los asuntos a su sucesor. Su abuelo, que lo amaba profundamente, no le había dicho nada antes de morir.

Se encontraba solo, rodeado de enemigos y de peligros. Sin amigos, sin confidentes, sin consejeros, la tarea parecía abrumadora y lo hubiera aplastado de no mediar el valor y el sentimiento del deber que lo animaban. Su juventud dolorosa y enfermiza, la muerte prematura de sus padres, su físico ingrato y su miopía lo habían aislado en un mundo en el cual las cualidades sociales y la desenvoltura eran lo principal; pero su carácter se había fortalecido en la soledad, y su inteligencia, sólida y profunda, se había cultivado, la seguridad de su juicio se había afirmado. A pesar de que aún carecía de confianza en sí mismo, ya en este período crítico que se inició en mayo de 1774 no vaciló en aceptar y soportar la carga que el destino le imponía.

En sus comienzos, no tuvo otra guía que su conciencia, su prudencia, su instinto y esa luz que era lo único que le quedaba de su pasado: las conversaciones que había sostenido con su padre en los meses que precedieron a la muerte de éste. Este recuerdo le dictó su primera elección. El delfín Luis había querido que Maurepas fuera nombrado canciller, pues admiraba en él una inteligencia escrupulosa, fina, asidua y, sobre todo, esa rectitud de carácter que lo había hecho detestar y poner de lado por madame de Pompadour. Como ministro de Marina, Maurepas, durante cerca de cuarenta años, fue ejemplar. Luis XVI, que sentía entusiasmo por la marina y la había estudiado minuciosamente, se sentía atraído por él.

¿El conde Maurepas, ministro ya a los diecisiete años, no conocía acaso a todos los hombres y a todos los problemas del siglo? ¿No había llegado a la edad en que la prudencia y el desinterés son naturales en el hombre? ¿No era honrado?

Así fue que Luis XVI comenzó su reinado con un acto de fe en Francia y en el juicio de su padre. Para detener la marea revolucionaria que subía, el monarca eligió al más avisado de todos los franceses.

CAPÍTULO II

EL REY INTENTA UNA REVOLUCIÓN

Luis XVI era lento en las decisiones; no poseía esa sensibilidad viva a las impresiones rápidas que permite al mecanismo del pensamiento formular en un instante juicios precisos, aunque sean falsos. Hombre de fe y de instintos, dejaba a la parte más profunda de sí mismo tiempo para percibir las circunstancias y penetrar en su realidad antes de formular un juicio.

Las conversaciones que había tenido con su padre, sus impresiones de infancia y de juventud, las conversaciones con Maurepas, lo persuadieron que la tarea esencial consistía en devolver a Francia su dignidad moral, su unanimidad y su orgullo. Para lograrlo concibió un plan acorde con su propio carácter: habría de rodearse de hombres honestos, respetados por todo el mundo, y reuniría así a todo el país en torno de la monarquía; habría de reformar todos los órganos del gobierno para satisfacer a su pueblo y fortalecer a Francia; habría de buscar la paz, garantía esencial de la prosperidad, pero también lograría los medios de vengar los ultrajes sufridos por Francia entre 1754 y 1763 y humillar a Inglaterra, la principal enemiga, la gran rival del comercio francés.

El rey quería ver a su pueblo rico, feliz y cristiano; para gobernar eligió los ministros que su padre le designó como los mejores súbditos y los reconocidos universalmente por su capacidad: el conde du Muy, como ministro de Guerra; monsieur de Vergennes en Relaciones Exteriores; Turgot, el excelente y admirable Turgot, el más virtuoso, más instruido y más ciudadano de todos los filósofos, el más filósofo de todos los intendentes, quedó encargado de sanear las finanzas y poner en orden la administración. Como Guardián del Sello escogió a monsieur de Miromesnil, un parlamentario de Rouen, en otros tiempos enemigo encarnizado de la co-

rona, pero que había terminado acatando la autoridad regia, para vigilar de cerca a sus colegas: era el lobo convertido en sabueso guardián. En toda Europa la opinión aplaudió estos nombramientos. El rey lamentó tener que separarse de d'Aiguillon, un ministro activo e inteligente, de Terray, tan diestro y listo en el Ministerio de Finanzas, de Maupeou, que había doblegado a los parlamentos. Pero la opinión los odiaba y no era posible reunir a los franceses en torno al trono si no se prescindía de estos ministros demasiado comprometidos en una política impopular y demasiado conocidos por su inmoralidad (Terray en especial). La razón de Estado convenció a Luis XVI, pero dejó a Maupeou su título de canciller, regaló una fuerte suma a d'Aiguillon y trató a Terray con mucha consideración. Luego restableció los antiguos parlamentos, que sus nuevos ministros, en forma casi unánime, reclamaban. Por ello fue aplaudido en toda Francia y en toda Europa. El siglo XIX y el siglo XX se lo han reprochado. Pero olvidan las circunstancias de esa época: el odio que se había despertado en Versalles y en París a la muerte de Luis XV, la amenaza que representaba la confederación de los antiguos parlamentarios, que estaban furiosos y contaban con Choiseul, lleno de ira y secundado por la reina, por Conti y por Chartres, mientras que él estaba solo, era un desconocido para el ejército, para la flota y para el clero, y envidiado por sus hermanos menores. El rey quiso sacar partido de la inmensa popularidad que así obtenía y conquistar a toda la nación.

La ceremonia de la consagración le dio ocasión de aproximarse al pueblo y de probarle que daba valor a su autoridad; así, se mostró decidido a ejercerla como lo habían hecho sus antepasados desde hacía ocho siglos, en nombre de Dios y para el bien de todos los franceses. Turgot, fiel discípulo de la moral utilitaria, y jefe de fila de los filósofos, deseaba vivamente que el rey fuera consagrado en Saint-Denis, de acuerdo a un ritual más simple; lo reclamaba en nombre de los posaderos y para lograr una hermosa operación turística; también quería que el rey prometiera no perseguir a los incrédulos y a los herejes. Luis XVI no se prestó a esto. Se dirigió a Reims, ciudad en que habían sido consagrados todos los soberanos de Francia. Quienes lo vieron admiraron el recogimiento apasionado con que se volvió hacia Dios, y la cálida benevolencia que puso en sus contactos con el pueblo, especialmente con la gente más modesta que se le acercaba. Luis XVI tenía

aprecio por la gente sencilla en una época en que todos, filósofos, nobles y burgueses, la despreciaban. El mismo Turgot quería trabajar por el pueblo, pero sin él, del mismo modo que se modela una pasta blanda y dócil. Voltaire, Diderot, d'Alembert, despreciaban profundamente a la gente común, y Choiseul sólo aceptaba ser adorado por ella. Tan sólo Luis XVI se complacía, desde su infancia, en charlas con los labradores, los obreros, con el pueblo del campo y de la ciudad. En Reims no pudo dejar de lanzar un grito de alegría al comprobar su entusiasmo y su buena voluntad. "Me mortifica no haber podido compartir con vos la satisfacción que he tenido aquí —escribe a Maurepas el 15 de junio de 1775—; es justo que yo me esfuerce por alcanzar la felicidad de un pueblo que contribuye a mi dicha". Durante todo su reinado y hasta el 21 de enero de 1793, Luis XVI nunca hizo nada que no tuviera como meta la felicidad de la nación.

Más aún, se sentía muy cerca de ella, pues el pueblo de Francia era aún en 1775 esa población que la Edad Media había formado, que había enriquecido con su sabiduría intuitiva y de experiencia, una población en la cual la fe más ardiente en el Cristo se unía a un escepticismo astuto en lo que se refiere a las cosas de este mundo. Así era el pueblo bajo de Francia y así era Luis XVI a los veinte años.

Todos los ministros, y el mejor de ellos, monsieur Turgot, pertenecían a la alta sociedad "filósofa". Turgot representaba el caso más curioso: este muchachón corpulento de contextura pesada, de ojos pardos, inteligente, sincero y sencillo, era un creyente, como el rey y como el pueblo: no había en él nada de disipado ni de libertino. Pero sólo creía en la razón. Su familia lo destinaba a la Iglesia; se le pudo ver con sotana y golilla, pero su medio mundano, el de los escritores del siglo y el de mademoiselle de Ligniville —que le gustaba demasiado, para su desgracia— lo apartaron de Dios y lo ligaron a la razón con la pasión de un devoto. Cuando mademoiselle de Ligniville se casó con Helvetius, Turgot se desposó con todas las opiniones de su amada, acaso por no haber podido casarse con ella: ella era "filósofa", francmasona, anticristiana y enciclopedista. Él fue de todo, pero con la honradez máxima, el mayor celo, el desinterés más sincero. Sus amigos le llamaban "el bueno de Turgot" y lo consideraban el benedictino de la filosofía; de costumbres muy castas, nunca se casó; de un

gran desinterés, sólo puso violencia al defender sus opiniones y las de sus amigos. El jefe del grupo era el marqués de Condorcet, pero los abates Baudeau y Morellet, los señores Dupont de Nemours, de Vaines, madame Blondel y la duquesa d'Anville formaban la cohorte más fiel. Generoso con todos, estaba dispuesto a degollar a sus enemigos en defensa de sus ideas; y creía necesario hacer el bien de la humanidad por todos los medios posibles, inclusive los bastonazos.

Pertenecía a ese grupo de economistas que seguían a Gournay; como ellos, consideraba que las grandes reformas filantrópicas deben realizarse desde arriba, sin vacilar en lo que se refiere a medios. Muy atento a defender los mínimos intereses del pueblo, se preocupaba poco por los intereses particulares que hería. Por sus características y por su manera de ser rectilínea, el ministro resultaba simpático al rey. Pero sus creencias, tan opuestas, habían de crear entre estos dos hombres tan semejantes un conflicto tanto más cruel, si se piensa que uno y otro sabían que nunca iban a encontrar en sus vidas otro hombre igualmente apto para comprenderlo y secundarlo. El programa de Turgot se derivaba de esta esperanza. Turgot contaba con el rey y quería llegar a ser primer ministro, pues tenía condiciones para ello; gracias a él, quería imponer a los franceses un programa de reformas radicales: volviendo a tomar las ideas de Machault, iba a establecer la igualdad de todos los franceses ante los impuestos; sin aumentar éstos, que reducía a una única contribución territorial, iba a equilibrar el presupuesto a base de economías y una buena gestión; iba a asegurar la libertad de comercio y de los oficios, suprimiendo todas las aduanas anteriores, las corporaciones, oficios, etc. En el plano político —ésta era la gran idea de su programa— haría elegir en cada parroquia, por todos los propietarios de la tierra, municipalidades que, reunidas, elegirían a las municipalidades de provincia que, a su vez, elegirían la municipalidad del reino, y una asamblea consultiva, con libertad de expresarse a su gusto y encargada de buscar los verdaderos intereses del país y los mejores medios de servirlos. Dicha asamblea se reuniría todos los años y aconsejaría al rey. Turgot reconocía a Luis XVI que dicha asamblea no podía dejar de adquirir poder e interferir con el poder regio; pero esto era fatal, lógico, filosófico, y el rey, como padrino de la reforma, desempeñaría un noble papel. Por otra parte, para ase-

gurarse contra las desviaciones del pueblo, habría de enviarse a cada ciudad un instructor cívico capaz de dar a la población ideas realmente económicas y filosóficas y formar electores conscientes. De esta manera, monsieur Turgot estaba seguro de tener una mayoría en la Asamblea Nacional. Él no quería una revolución: el clero continuaría oficiando su misa, predicando y orando, la nobleza seguiría yendo a la guerra y cazando, el rey reinaría. Una Francia nueva y filósofa habría de surgir.

En muchos puntos del programa, Luis XVI estaba de pleno acuerdo; él sabía que la tendencia racionalista dominaba entre los funcionarios y las clases altas, y que era menester darles satisfacción. Sabía que era menester extender y flexibilizar la administración francesa, dotándola de un sistema. La creación de un sistema único de pesas y medidas para el país era de su agrado, así como la libertad de comercio. Pero no creía que la Razón fuera tan poderosa como la describía monsieur Turgot. ¿Acaso hubiera aceptado reemplazar los Estados Generales por la Asamblea de monsieur Turgot, a pesar de sus preferencias por la tradición? Pero el rey no admitía que se reemplazara el clero católico por un clero laico, incrédulo y "filósofo". El conflicto entre los dos puntos de vista y los dos hombres era inevitable. Los acontecimientos se encargaron de probar que "el bueno de Turgot" no era "un ministro bueno", y que esta gran inteligencia carecía de visión amplia. La primera decisión importante de su ministerio fue la libertad del comercio de cereales. El principio era justo, aunque desagradó a las provincias no productoras de cereales, que temieron tener que pagar más caro, e inclusive a los campesinos productores, que temían tener que compartir el producto con sus vecinos en épocas de sequía. Conti temía a los otros proyectos de Turgot, y sobre todo a la supresión de las corporaciones (la existencia de éstas garantizaba una parte de sus entradas); e inició una pequeña guerra, "la guerra de la harina", contra Turgot. Luis XVI tomó el asunto en sus manos y obligó al Parlamento a callarse, los subversivos a ocultarse y las multitudes a tranquilizarse. Estos incidentes acercaron a Luis XVI y Turgot. Este último juzgó que había llegado el momento de realizar sus grandes proyectos e intrigó a fin de hacer entrar a sus amigos al Consejo como ministros y trabajar sólo con el rey. Estas medidas lo indispusieron con todos sus colegas; los príncipes de la sangre y el conde de Provenza se inquietaron,

todos los intereses amenazados se ligaron contra él, empezando por monsieur Necker, ese hombre honrado a quien el comercio de granos tanto reportaba, y hasta al abogado Blonde, que pasaba por ser un faisán. Sobrevino un bombardeo de folletos. Turgot se enfadó; envió a Blonde a la Bastilla y empezó a rezongar; hasta llegó a ordenar el arresto de algunos de sus enemigos personales. Después se enfermó. En política, sea el régimen que fuere, un ministro enfermo es un ministro que tambalea. La honradez de Luis XVI aseguraba no obstante a Turgot un tiempo prudencial. No supo aprovecharlo. Mientras se levantaban barreras contra él y sus colaboradores, mientras los disturbios de América creaban una situación internacional peligrosa, aunque interesante, Turgot sólo supo ver su programa. El 3 de mayo de 1776 escribió al rey una carta a medias afectuosa, a medias amenazante, en la cual atacaba a Maurepas y reclamaba para sí, de hecho, la dirección del gobierno. Luis XVI había tomado a Turgot como ministro de Finanzas, pero no deseaba un ministerio Turgot, pues conocía la estrechez de espíritu de su ministro, su rigidez y su hostilidad hacia el cristianismo. Dispuesto a confiarle las finanzas y la economía del reino, no lo estaba para dejar que gobernara. Y lo despidió (12 de mayo de 1776).

Al tomar esta decisión, Luis XVI no ignoraba su gravedad. Entre todos los "filósofos", Turgot parecía el único capaz de ofrecer un programa coherente de reformas graduales y, por su inteligencia, su autoridad y su prestigio, estaba en condiciones de llevarlo a buen fin. De hecho, había fracasado. Continuar en el mismo camino llevaba a la guerra civil. Turgot se retiró del ministerio sin haber resuelto ningún problema; su gestión financiera había dado buenos resultados, aunque inferiores a los obtenidos por Terray; sus otros proyectos habían encontrado tal oposición que resultaban inoportunos. Francia es un país extraño, tanto más hábil para idear inmensos planes de reforma cuanto inhábil para tolerar su realización, incluso una realización prudente.

Sin embargo, el peligro se acrecentaba. Los elementos de la oposición, divergentes y sin coordinación bajo el reinado precedente, se unían y se organizaban.

En Londres, especialmente, se había formado, en el curso de los últimos años, una extravagante colonia de franceses, cuya única ocupación consistía en la explotación de los vicios: la extorsión,

la calumnia, la pornografía, las denuncias, el espionaje y el contraespionaje constituían sus medios de vida. Bajo la protección de la ley y la policía británicas, lanzaban contra Francia una oleada de inmundicias. El más notable de estos autores, en 1774-1775, era el hijo de un jurisconsulto de Champagne, en un principio estafador, más adelante chantajista y escritor de libelos: Théveneau de Morande. Sus escritos contra Luis XV, la Dubarry y la corte en general, estaban repletos de calumnias y de groseras imposturas; de todos modos, con ayuda del odio, eran recibidos en todas partes y circulaban por lo bajo también en Francia (*Gazetier Cuirassé*, *Gazette Noire*). Estos escritos contrastaban con el tono que reinaba entonces en Francia, tan lleno de entusiasmo y optimismo, pero tales contrastes caracterizan a la época. Mientras en todas partes la joven pareja real despertaba el entusiasmo y los elogios, mientras las multitudes esperaban de "Luis el Justo" el reinado de la probidad, de la paz y de la virtud, mientras se multiplicaban las canciones y las cuartetas en honor del nuevo soberano, el desborde de los libelos obscenos, de los ataques contra la Iglesia y las denuncias del "despotismo ministerial" se amplificaba. Luis XVI decidió echar nuevamente mano a las medidas más severas contra los impresores y los difusores; en Saint-Germain-en-Laye se descubrió un negocio y una imprenta consagrados únicamente a esta clase de baja literatura; el descubrimiento perjudicó, pero no detuvo la oleada.

Turgot, por su ministerio y por su caída se convirtió en el centro de una polémica violenta. El desorden de los espíritus y la violencia de las pasiones políticas, apaciguados un instante, en 1774, empezaban a acrecentarse de modo peligroso. Se constataba que, en los medios dirigentes, existía una mayoría hostil a la administración presente, a sus proyectos, y también a cualquier persona capaz de presentar proyectos susceptibles de lastimar algún interés privado. A fuerza de tolerancia y de respeto por los individuos, la administración monárquica había llegado a no poder tomar una decisión sin verse expuesta a desencadenar un huracán de opinión difícil de controlar, que era peligroso descuidar y que también era arriesgado tolerar. Tal fue la razón que obligó a Luis XVI a ser muy prudente en cada una de sus medidas. Turgot salió del ministerio en medio de la silbatina de una opinión pública que le reprochaba a la vez el haber sido un filósofo empecinado, un utopista,

un tirano y un ministro arbitrario. Luis XVI tuvo que tomar esto en cuenta.

Estas disposiciones facilitaban el papel de la oposición, sobre todo la que se presentaba bajo los auspicios de un joven príncipe elegante, fastuoso, amigo de los hombres talentosos y de las mujeres bonitas, de los filósofos, protector de los comerciantes de París, con quienes traficaba libremente, y soberano Gran Maestre de los francmasones de todas las observancias. Adornado con todos estos títulos, Luis Felipe José de Borbón, duque de Chartres, hijo y herederos del duque de Orleáns, poseía además una presencia agraciada, un hermoso rostro borbónico, inteligente y noble, una prestancia regia y la fortuna más colosal del reino. A partir de la Regencia, los Orleáns eran extremadamente ricos y no habían cesado de acumular tesoros: obras de arte, alhajas, tierras, castillos, bosques. Pero Luis Felipe José había tenido un golpe de genio al casarse en 1769 con Luisa María Adelaida de Penthièvre, nieta del conde de Toulouse, hijo legitimado de Luis XIV y madame de Montespan. Toulouse y su hijo Penthièvre habían usufructuado sucesivamente uno de los cargos más lucrativos de Francia: el de gran almirante. Mademoiselle de Penthièvre era el partido más apetecible de Europa. Todos los espíritus juiciosos de la corte estaban inquietos por la forma en que se enriquecían los Orleáns; como herederos del regente, primeros príncipes de la sangre y señores principales de París, parecían rivales designados para oponerse a la rama primogénita; a pesar de sus maneras corteses, no dejaron nunca de tomar posición en favor del Parlamento y contra la autoridad del rey en todos los conflictos del siglo. Sin embargo, Luis XV, por debilidad, se dejó arrancar la autorización de este casamiento, que entregaba al hombre más falaz y más impío del reino la doncella más pura, más piadosa y más caritativa. Ella lo adoró y, hasta 1785, la pareja pareció feliz. Por otra parte, todos festejaban a Chartres, salvo Luis XVI. En un principio se mostró muy galante con María Antonieta, y la familia real presentó el aspecto de una apacible unidad. Sin embargo, Orleáns, Chartres y Penthièvre, a quienes ellos arrastraban, defendían ardiente e incansablemente el Parlamento de París; durante el funeral de Luis XV se negaron a aparecer a fin de no saludar al nuevo Parlamento y, delante del rey Luis XVI, Chartres no ocultaba su ateísmo. En las canteras de Montrouge iba a invocar al Diablo en compañía del

príncipe de Ligne y del duque de Montmorency-Luxemburgo, ambos masones como él. Siempre llevaba consigo un talismán diabólico; su celo por todos los misterios escandalosos de la brujería y por los más concretos de la francmasonería iba tan lejos que despertó el interés de su hermana, la duquesa de Borbón, de su mujer y hasta de su cuñada, la virtuosa princesa de Lamballe, y logró hacerlas entrar en las logias, dentro de las cuales ocuparon un rango elevado. En sus numerosos viajes, que realizaba con frecuencia y que por lo general eran muy rápidos, no dejaba de visitar a sus "hermanos", y el famoso financista Le Ray de Chaumont, intendente de los Inválidos, contaba con una secretaría masónica. Detrás del lujo, del libertinaje y de la ligereza era posible adivinar las intenciones audaces. Pero en 1774-1776, Chartres, como todos los jóvenes nobles de su generación, presentía la guerra que se volvía inevitable con Inglaterra. Y procuraba situarse bien a fin de sacar de ella todo el provecho posible; con intenciones de heredar el cargo de su suegro, se interesaba en la marina.

Ya resultaba imposible evitar la lucha con Inglaterra, a punto de ir a la guerra con sus colonias americanas. En tal caso, el choque iba a ser en el mar. La flota inglesa bloqueaba las costas de América del Norte en donde, desde 1776, los colonos se negaban a pagar los impuestos y no reconocían la autoridad del Parlamento británico, que pretendía imponerles derechos de aduana y otros. Más adelante, cuando el rey quiso que las leyes fueran respetadas, los colonos se volvieron contra él.

Al mismo tiempo, las colonias buscaron la ayuda de Francia. Choiseul en 1764 y Vergennes en 1774 enviaron emisarios encargados de observarlos y estimularlos; al parecer, inclusive alentaron a los tribunos a declarar la independencia del país (4 de julio de 1776).

El rey de Francia y su ministro de Relaciones Exteriores, el duque de Vergennes, no se equivocaron respecto a la gravedad de lo que estaba en juego. El 23 de junio de 1775, Vergennes escribió al conde de Guines, embajador en Londres: "El espíritu de rebelión, en cualquier lugar que estalle, es siempre un ejemplo peligroso. Existen enfermedades morales lo mismo que físicas: tanto las unas como las otras pueden ser contagiosas. Esta consideración debe llevarnos a impedir que el espíritu de independencia, que ha tenido una explosión tan tremenda en la América septentrional,

pueda comunicarse a otros puntos que nos interesan en ese hemisferio... Los ingleses sentirían menos sus desgracias si pudieran compartirlas con nosotros o, por lo menos, desquitarse de ellas a costa nuestra. Nuestras posesiones americanas pueden ser tentadoras..." Alertó al rey a que se ocupara de cerca del asunto, a armar tropas y regimientos con el propósito de no ser sorprendidos como en 1754-1755, a fin de evitar a cualquier precio una guerra en Europa que volvería a la situación peligrosa en que estuvo Francia entre 1756 y 1763: una lucha en tierra y por mar, agotadora, costosa, funesta. Luis XVI no quería tal cosa, pero deseaba vengar a Francia de la humillación de 1763. Sabía que, para sacar ventaja de un conflicto anglo-americano, había que renunciar a toda adquisición importante y que, a este precio, era posible obtener un triunfo, volver a poner a Inglaterra en un segundo plano y a Francia en primer término.

La disposición de los espíritus facilitaba esta operación. Al poner de moda al "buen salvaje" y a las costumbres sencillas, Jean-Jacques había preparado la opinión para recibir favorablemente la rebelión de la lejana y salvaje América en contra de una Inglaterra desbordante de riquezas y de vicios. Los salones, *las noticias de mano*, los cafés, recogían ávidamente todo lo que llegaba del otro lado del Atlántico. La joven nobleza, enamorada de la guerra, lanzaba miradas al continente afiebrado. Uno de los señores más ricos de la corte joven, el marqués de La Fayette, que acababa de verse envuelto en una historia amorosa ridícula y poco honrosa, soñaba con unirse a los "insurgentes" del Nuevo Mundo y cubrirse de gloria. Sus parientes y amigos, el vizconde de Noailles, los Broglie, los Ségur, también anhelaban partir con él: acababa de nacer una moda.

El sentimiento, el patriotismo y la filosofía, todo contribuía a la popularidad de los insurgentes. Y ellos tuvieron la habilidad y la suerte de saber explotar la ocasión: cuando Benjamín Franklin desembarcó en suelo francés, a principios de diciembre de 1776, todos lo recibieron como a un patriarca y le manifestaron entusiasmo, respeto y deleite. Franklin, que acababa de pasar cerca de veinte años en Londres como representante de las principales colonias americanas, poseía un seguro sentido psicológico y unas maneras muy sutiles. Como masón, conocía sus secretos; como masón,

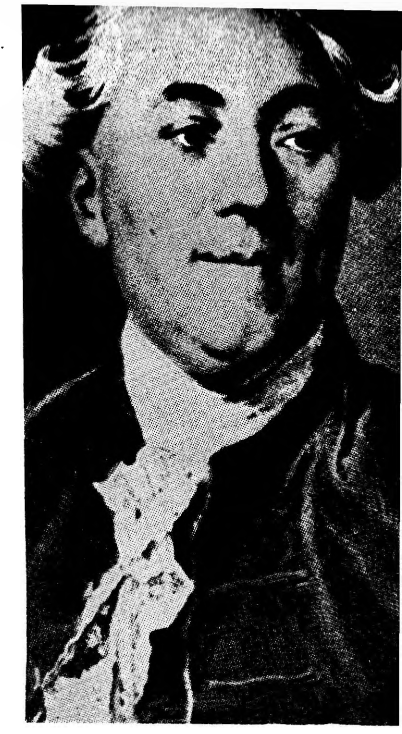
se alojó en el anexo de una casa de monsieur Le Ray de Chaumont, secretario de Chartres para los asuntos francmasones; como masón, adoptó como centro de operaciones el salón masónico y filosófico de Helvetius, frecuentado por los financistas franceses más prominentes, colegas de monsieur Helvetius, filósofo, capitalista prominente y especulador. A consecuencia de esto llegó a ser Venerable en la Logia de las Nueve Hermanas, logia que reunía a artistas, escritores y periodistas y que fusionaba a la Enciclopedia con la masonería. De esta manera dispuso de las avenidas de las finanzas, de los hilos de la opinión pública y de los corazones de las damas más bien situadas, pues esta habilidad tampoco le era desconocida: inclusive se destacaba mucho.

Su mayor habilidad consistió en establecer una leal colaboración con Luis XVI y Vergennes, que no dejaban de protegerlo, utilizarlo y prodigarle honores. Así, de 1776 a 1783, Francia y los Estados Unidos, a pesar del poderío financiero y naval de Inglaterra, a pesar de los vigorosos esfuerzos de ésta, reunieron a su alrededor a todas las potencias neutrales, que se negaban a tolerar el bloqueo británico de las costas americanas; los aliados obtuvieron la supremacía en el mar y lograron vencer al mejor ejército inglés, mientras que en todos los terrenos de operaciones Inglaterra era derrotada: las Antillas, el Senegal, las Indias, etc. La victoria de Yorktown (17 de noviembre de 1781) aseguró la independencia de los Estados Unidos y el triunfo de la alianza, a la cual se habían unido España y los Países Bajos. Francia había borrado la vergüenza de 1763, pero probaba sobre todo su poderío naval, capaz de rivalizar con el de Inglaterra. La nobleza joven había demostrado una vez más ese valor brillante, ese espíritu caballeresco que supo conservar hasta el fin. La América inglesa y protestante se había convertido en aliada y amiga de Francia. Estos hermosos resultados regocijaron al rey. Sin embargo, había algunos que temían el nuevo impulso que estos ejemplos podrían dar al espíritu de reforma y de filosofía. ¿Acaso los Estados Unidos no se habían rebelado en nombre de los derechos del pueblo? Sin duda, pero Suiza y los Países Bajos ya practicaban estas máximas, que no habían encontrado mucho eco en Francia, en donde reinaba la moda inglesa. Parlamentos, grandes señores, filósofos, soñaban con Inglaterra y se apoyaban en su ejemplo, atacando al gobierno francés desde 1748, cuando apareció el brillante libro de Montesquieu,

donde, gracias a la brillante imaginación de este escritor, surgía la Constitución inglesa como la más equilibrada y la más razonable. La Revolución de América demostraba hasta qué punto la misma Inglaterra, la virtuosa Inglaterra, se mostraba injusta y despótica; también demostraba, a quien sabía ver, la impotencia política de los parlamentarios americanos, que no supieron reclutar tropas ni extraer impuestos, entre 1777 y 1783. Ellos solos, Washington y Luis XVI, salvaron la Revolución y el país. Los últimos socorros enviados por Vergennes, los más importantes y decisivos, fueron mandados a Washington por pedido del rey. Los oficiales americanos lo sabían bien; todos ellos veían en Washington el salvador de la patria y sus gustos se orientaban hacia la aristocracia, como lo prueba esa "Sociedad de Cincinnatus" que fundaron para seguir unidos en la victoria. Franklin, de regreso a su país en 1786, no lo reconoció ya y no pudo desempeñar en él ningún papel. La Revolución de América puso en evidencia ante todo los datos desfavorables del parlamentarismo inglés y de la democracia americana. No preparó la democracia de Francia de modo directo y probó, por el contrario, la lucidez de la monarquía francesa.

La paz de 1783 pareció ser aún más un triunfo para esta última. Durante tres años, Luis XVI consagró a esto todos sus esfuerzos y, acaso más aún que Vergennes, fue el artífice de ella. Positiva en sus resultados directos, esta paz lo fue aún más por las perspectivas que abría. Los Estados Unidos obtuvieron todo lo que solicitaron, salvo el Canadá; Francia recobró el Senegal, Tobago, el derecho de fortificar Dunkerque; España recobraba la Florida... Francia había asestado un tremendo golpe a la supremacía inglesa. Consternado, José II, que no sentía amor por Francia, escribió a su hermano Leopoldo: "La gran potencia que ha hecho hasta hoy contrapeso a Francia está ahora completa y definitivamente derrotada". Más aún, Luis XVI había marcado un jalón cuya importancia iba a ser inmensa en el futuro. La alianza de los Estados Unidos, su amistad en 1785, cuando el país se encontraba en plena crisis económica y constitucional, no tenía mucho peso, pero los menos ciegos adivinaron que la joven nación iba a extenderse y a fortalecerse. Sin embargo, la paz de 1783, aprobada por todos los gobiernos, decepcionó a una parte del pueblo francés que ansiaba acciones brillantes; desde 1715 la política de los Borbones las evitaba, pues habían coaligado a Europa con-

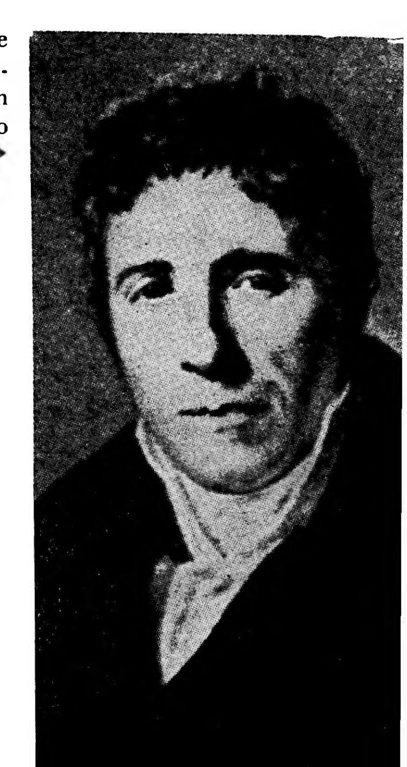
Georges Necker, el banquero suizo que dirigió las finanzas del reino entre 1777 y 1781, retoma el gobierno en 1788 e insta al rey a convocar en 1789 los *Estados Generales*. En vista de ese gran suceso nacional, se acentúa la brecha entre el tercer estado o burguesía, y los privilegiados de la nobleza y el clero. →

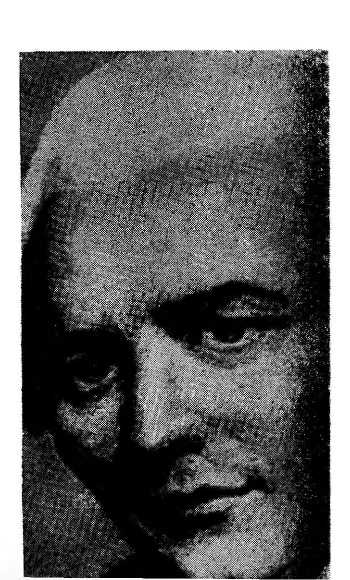




Mirabeau, Gabriel Honoré V. Riqueti (1749-1791). La Asamblea estará dominada por la figura poderosa y elocuente del conde de Mirabeau, a quien el desdén de sus pares ha empujado hacia el Tercer Orden. Hércules de la Revolución, se lo ha proclamado, y aseguraba: "nos está permitido esperar el haber empezado la historia de los hombres". Muy pronto, no obstante, los hechos se precipitan y quedará a un lado.

El Abate Sieyes proclama que ya no es cuestión de preguntarse qué lugar deben tener en el país los aristócratas, "es como preguntarse qué lugar asignar en el cuerpo de un enfermo al tumor maligno que lo atormenta". →





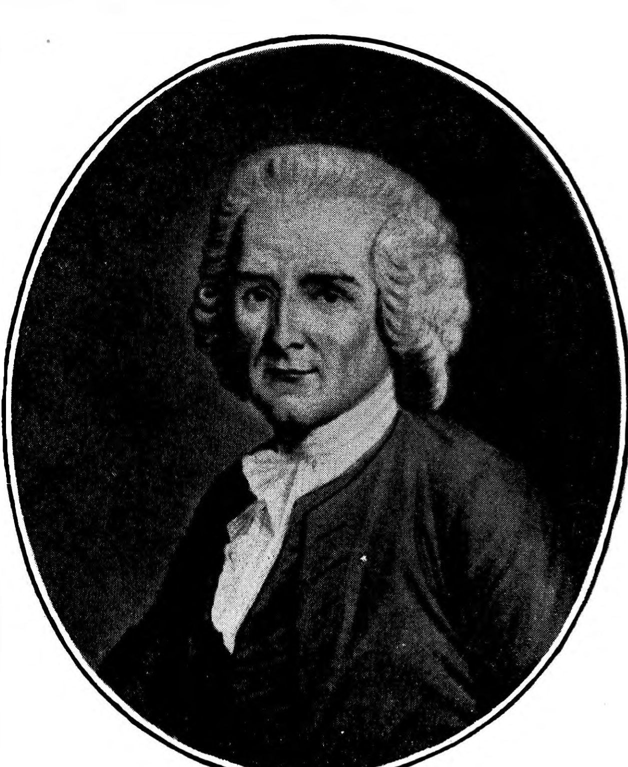
Choderlos de Laclos. En los entretelones de la Revolución se agita Laclos, consejero del duque de Orléans, primer príncipe de sangre que aspira a obtener la Regencia, y a maniobrar hacia una monarquía constitucional. La inmensa fortuna de los Orléans y la influencia sutil y maniobrera de la masonería, de la cual el duque es Gran Maestre, operan activamente en los preludios revolucionarios.



←JEAN LE ROND D'ALEMBERT (1717-1883) quien se ocupa de la redacción y publicación de la *Enciclopedia*, compendio de todos los conocimientos de ese tiempo, desafío al atraso intelectual de la aristocracia francesa, especialmente dedicado a la matemática y la técnica.



→DENIS DIDEROT (1713-1884). Promotor infatigable, redactor y editor de la *Encicloepdia*, contra todas las dificultades. Deísta racionalista en religión, empírico y materialista en filosofía, tolerante en moral, respetuoso del individuo y de la igualdad de los hombres en política.



←JEAN JACQUES ROUSSEAU. Su *Contrato Social* funda la teoría moderna de la soberanía popular. Definía a la ley como expresión de la voluntad general a partir del derecho de libertad e igualdad, con lo que le confería la potencia revolucionaria que ha desplegado en el curso de la historia.



VOLTAIRE, seudónimo de François Marie Arouet (1694-1778). Escritor y filósofo, cuyas críticas llenan todo el siglo XVIII, exhibe una concepción anticlerical de la historia, en la que la idea del progreso universal reemplaza a la divina providencia. →

tra Luis XIV, al extremo de poner en peligro el reino. Luis XV y Luis XVI tomaron en cuenta estas lecciones. Francia, demasiado grande ya para no despertar suspicacias en las otras potencias del continente, no era sola lo bastante fuerte para luchar contra todos.

La política de la monarquía entre 1715 y 1789 siguió otro camino; mediante una extrema cautela en lo referente a las relaciones con los vecinos, mediante sacrificios financieros y económicos realizados deliberadamente, Francia se aseguró la amistad, la confianza y la buena voluntad de todos los pequeños países vecinos. Vergennes consagraba tiempo y cuidados infinitos a todos los asuntos que interesaban a dichos países: las cartas que les dirigía llevaban su propia firma, a menudo las redactaba él mismo y, en los casos delicados, hacía que el rey las firmara: entre 1775 y 1785 celebró tratados con el obispo de Lieja, el elector de Tréveris, el príncipe de Nassau-Saarbruck, el conde de La Leyen, el duque de Deux-Ponts, el príncipe-obispo de Basilea, el duque de Wurtemberg; negoció con los trece cantones la renovación de la alianza suiza, que se firmó en Soleure por un plazo de sesenta años en 1777, aunque era necesario negociar la rectificación con cada cantón cada diez años; antes de él, la política de los Borbones había asegurado la unión íntima de Francia con el Piamonte, mediante tres matrimonios, el de madame Clotilde, hija del delfín Luis, con el príncipe heredero de Saboya, y los del conde de Provenza y el conde de Artois con dos princesas de la casa de Saboya. En 1781, ocupó Ginebra a fin de terminar con los disturbios en la frontera con Francia. En Ginebra, en Friburgo, etc., Francia abastecía de trigo, de sal, daba ayuda en casos de necesidad; cedía sus cárceles y sus galeras para los malhechores; a cambio de ello, los jóvenes de estos países y de todos los países limítrofes de Francia servían en los "regimientos extranjeros" y permitían así que los franceses pudieran ganarse la vida tranquilamente, sin riesgos. Finalmente, la política extranjera de esos países dependía estrechamente de la de Francia, y las principales economías de sus burgueses estaban depositadas en Francia, como lo demuestran las monografías publicadas recientemente por diversos bancos suizos y ginebrinos, en particular el Banco Lou. Sin guerra y sin ruido, Francia asimilaba gradualmente a todos sus vecinos.

Esta política prudente, cuidadosa, lenta, proporcionaba a Francia una irradiación incomparable; más aún, impedía que cristali-

zaran los odios y se formaran coaliciones; en cierto modo mantenía en estado fluido esa región intermedia entre Francia y Alemania en la cual el interés francés requiere que no se formen grandes Estados. La guerra americana, que demostró que Francia podía igualar a Inglaterra en el mar y que era superior en tierra, su diplomacia, la prudencia de su gobierno, su moderación en la victoria, habían situado a Francia en un nivel tan elevado que ni siquiera Luis XIV lo había alcanzado. Rusia tomó inmediatamente medidas para acercarse a Francia y solicitar su alianza.

Estos grandes resultados, obra de un trabajo continuo y meticuloso, seguían siendo precarios; José II se engañaba: Inglaterra, a pesar de su abrumadora deuda, a pesar de sus desórdenes internos, era fuerte y estaba repleta de riquezas; por todos lados, los enemigos de Francia estaban al acecho y esperaban la revancha. Sin embargo, con asiduidad y vigilancia, Luis XVI podía llegar a extender sus triunfos. Por el momento, debía proceder, en el interior del país, a una reforma del sistema y a un reajuste semejante al realizado en la política exterior. Los resultados conquistados en el extranjero inspiraban confianza al país, pero la tarea presentaba dificultades inmensas, tanto en lo referente a la multiplicidad de las opiniones difundidas entre los franceses como al vigor de las camarillas creadas para defender intereses particulares.

Capítulo III

REVOLUCIÓN FILOSÓFICA O REVOLUCIÓN REGIA

Mientras la victoria de los aliados llenaba con su ruido a todo el mundo, en los Estados Unidos, como en Francia, el problema era pagar la cuenta y, disipado ya el entusiasmo, había que hacer frente a la crisis que siempre surge al fin de una guerra. En los Estados Unidos el poder del Congreso se desvanecía; en Francia, Luis XVI se debatía en medio de dificultades.

Los agricultores y los comerciantes estaban pasando por un mal momento: el vino había alcanzado su precio más bajo en 1781 y tardaba en recobrarse; el precio del pan, hasta 1787, disminuyó sin cesar, difundiendo el malestar en las grandes granjas del Norte; el comercio colonial seguía estancado y la crisis de los tejidos, iniciada en 1777, se prolongaba. En algunos puertos las quiebras se acumulaban; en el mismo París, en 1783, se produjo la del príncipe de Rohan-Guéménée, uno de los grandes señores más fastuosos de la corte, cuyo déficit se calculó en treinta y tres millones.

Sobre todo, esta quiebra arruinaba a gente pobre en París y en Bretaña; en todas partes la gente se indignaba.

La penuria de los particulares incidía sobre el tesoro real. Los impuestos no se pagaban. En su informe de 1782, el fiscal general Joly de Fleury anunció un excedente de gastos de 80 millones de libras y, como no veía manera alguna de salir del paso, presentó su dimisión. Con el propósito de tantear a un hombre nuevo, valeroso y honesto, Luis XVI designó a monsieur d'Ormesson, joven consejero de Estado, a quien estimaba mucho. Este nombramiento debía facilitar una maniobra importante y delicada, que el rey procuraba llevar a buen fin, para limitar y regular cuidadosamente los presupuestos de todos sus ministros: se creaba un "Co-

mité de Finanzas", del cual Vergennes, muy digno de tal honor, sería el jefe, y que estaría presidido *ex officio* por el Guardián del Sello, al cual todos los ministros rendirían cuentas. En esta forma se esperaba aclarar las finanzas de los ministerios y lograr una disminución de los gastos. La oposición sistemática de Castries, ministro de Marina, y de Ségur, ministro de Guerra, ambos amigos íntimos de Necker, que los incitaba a la rebelión, volvió inoperante esta reforma.

Al mismo tiempo, d'Ormesson encontraba tremendas dificultades. Hizo transformar a la Granja, tan impopular, en una gestión interesada, pero al enterarse de la noticia se produjo un pánico, sabiamente orquestado por los especuladores y los partidarios de Necker. Para hacer frente al hecho y facilitar su financiación, se esforzó por utilizar la Caja de Descuentos, la institución bancaria más sólida y mejor dirigida de la época; inmediatamente la ofensiva se lanzó contra la Caja de Descuentos, que se vio así amenazada. Fue salvada con expedientes, pero Luis XVI, calculando acertadamente el encarnizamiento de los capitalistas en la baja, el poder que tenían y la nerviosidad del público, despidió a d'Ormesson. En su reemplazo nombró a monsieur de Calonne, intendente de Flandes, cuya competencia financiera, habilidad política y sutileza merecían todos los elogios, en particular los de las damas, pues pasaba por ser un hombre muy apuesto. Calonne tenía el apoyo de sólidos grupos financieros franco-belgas. Supo apaciguar la opinión, restablecer la confianza y, en términos prudentes, prometió una reforma: "No bien se haya franqueado el camino laborioso que debe recorrerse para satisfacer la deuda de guerra, me pondré a la ejecución de un plan de mejoras que, fundado sobre la constitución de la monarquía, comprende a todas las partes, sin dañar a ninguna. . . Aleja para siempre la idea de esos remedios empíricos y violentos, que no vale la pena siquiera recordar y permite encontrar el verdadero secreto de aliviar los impuestos en la igualdad proporcional de su repartición, así como la simplificación de su gestión". Apoyado por los Polignac, por la gente joven de la corte y las damas más elegantes, por los financistas más avisados, sin enemigos en el Parlamento, Calonne podía contar con el éxito de su operación, que habría de terminar con los peligros de disturbios en Francia.

Había que apresurarse. Por todas partes, pese a la victoria, ron-

daba el descontento. La guerra, hecha por la flota sin participación del ejército, salvo unos pocos destacamentos, había dejado a éste descontento y amargado. Todos los favores eran para los marinos; el servicio militar, no habiendo una gran guerra, se volvía fastidioso; no era posible una rápida promoción, ni distinciones, ni cargos lucrativos en el ejército. En vano hizo el rey una promoción de mariscales; el ejército, o por lo menos los jóvenes oficiales nobles, se aburrían, estaban malhumorados, se agitaban. Esta es la época de mayor difusión de las logias masónicas en los regimientos. Cerca de setenta y cinco logias funcionaban entonces: una por cada regimiento. Hasta la Guardia del Rey, en Versalles, contó con una. Los regimientos suizos tenían varias (Sonnenberg, Ernst, etc.). Pero sobre todo la artillería, arma científica y filosófica, se complacía en las logias. En ellas se practicaba la igualdad; soldados, graduados, suboficiales y oficiales superiores se codeaban; se predicaba la fraternidad, la benevolencia, el amor al pueblo, y se brindaba en honor del duque de Chartres, el Gran Maestre.

En la masonería, el papel de Chartres aparecía brillante y decisivo. Con él se consolaba el duque de sus tropiezos en la corte y en la guerra; en malos términos con Luis XVI desde la infancia, peleado con María Antonieta por culpa de una cuestión de protocolo, cuando Maximiliano, el hermano de la reina, visitó Francia, Chartres era insultado por todos después del asunto de Ouessant. Chartres comandaba un ala de la flota y se portó cobardemente, o más probablemente, con torpeza. De todos modos, por culpa suya fracasó una maniobra que habría proporcionado a los franceses una esplendorosa victoria. Durante toda su vida, este hombre se venía abajo en las horas críticas. Esta vez sus envidiosos y sus enemigos aprovecharon para revolcarlo en el lodo. El rey abusó y le otorgó, para consolarlo, el cargo de "Coronel General de las Tropas Ligeras", lo cual originó millares de chistes. A medida que su prestigio disminuía, las relaciones de Chartres con la familia real empeoraban. Todo se daba vuelta contra él: el nacimiento del delfín, los nacimientos del duque de Normandía y de los hijos de Artois, que ponían a los suyos en segundo término. Se le atribuía a la sazón la responsabilidad de los libelos obscenos que se publicaban en Londres contra la reina y que se referían a la ilegitimidad de sus hijos, aunque la verdad es que Provenza también

tenía algo que ver en el asunto. De todos modos, Orleáns procuraba, manifiestamente, imponerse a toda costa; de 1781 a 1785 transformó todas sus propiedades, derribó y volvió a construir su palacio, con gran furor de los parisienses, desolados al perder los hermosos árboles que adornaban el paseo del Palais-Royal; aquí estableció un centro teatral, de atracciones, de mujeres galantes, de cafés y de clubes; en una palabra, hizo de este sector el foco de la opinión popular. También dedicó sus desvelos a la masonería, que le permitió arrastrar tras sí a buena parte de la nobleza, del clero y de los escritores, junto con abogados y burgueses ambiciosos.

Iniciado muy temprano como Gran Maestre del Gran Oriente y de las otras obediencias, entre 1772 y 1774 Chartres se entusiasmó con la masonería. Ligne nos lo describe iniciando a sus amigos, inclusive a Artois, jugándoles bromas pesadas y luego dándoles grandes banquetes. Sabemos también que en 1778 consagraba un día por semana a estos asuntos. Tenía su logia en su "Locura de Mousseaux" (parque Monceau); en el curso de sus desplazamientos, muy numerosos entre 1772 y 1780, que lo llevaron de Toulouse a Estrasburgo y de Estrasburgo a Brest, visitaba las logias y era recibido con entusiasmo; Chartres era así el único príncipe francés que poseía una clientela nacional. Las logias celebraban todos los acontecimientos felices de su familia, nacimientos de niños, curación de enfermedades, etc. Finalmente, en 1784, creó dentro de la masonería un club político, dirigido por sus íntimos, con el propósito de orientar más netamente a las logias en el sentido por él deseado.

Con su inmensa fortuna, Chartres (los Orleáns tenían, en 1770, una renta de once millones y medio; los Penthièvre, una renta de ocho), bien podía albergar esperanzas. Su querida oficial, madame de Genlis, también muy ambiciosa, atizaba el fuego y en 1784 colocó a su hermano, el marqués Du Crest, a la cabeza de la "casa" de Chartres (que se convirtió en duque de Orleáns en 1785, a la muerte de su padre). Du Crest recibió entonces los títulos de "canciller, Guardián del Sello, jefe del Consejo y superintendente de las Casas, de las Finanzas y de las Obras Públicas..." Su hermana Genlis se convirtió en "gobernanta" de los hijos del duque y se instaló en la mansión de Bellechasse, a la cual convirtió muy pronto en un centro político secreto; madame de Genlis se

esforzaba aquí por crear un estado mayor revolucionario para su Felipe.

Du Crest trazaba amplios planes para el futuro de Brissot de Warville, su secretario general, lo ayudaba a instalar, en los feudos del duque y en los centros masónicos, "sociedades filantrópicas", en las cuales ponía a sus amigos, como monsieur Pétion en Chartres, con el apoyo del gran vicario Sieyès. Estas "oficinas de caridad laica" permitían conocer y agrupar a la gente modesta que podía ser útil algún día. El nuevo duque de Orleáns vigilaba estos preparativos con esa fiebre y esa languidez, esa lucidez y esa timidez, esa audacia y esas reticencias, en una palabra, esa impotencia para resistir a sus malos consejeros, que lo caracterizó toda la vida. para resistir a sus malos consejeros, que lo caracterizó en toda su vida.

Muchos otros, en su medio, seguían la misma ruta; se diría que la reacción aristocrática, comenzada bajo el Regente, más adelante entorpecida por la vida encantadora del siglo XVIII, hubiera recomenzado con mayor violencia, y entre las grandes familias reinaba una emulación que los llevaba hacia una común oposición a la monarquía. Los salones más elegantes de París eran los más violentos; la marquesa de Coigny no cesaba de vituperar a la reina; madame Necker y su hija, la baronesa de Staël-Holstein, reunían en su casa a grandes señores y filósofos con el propósito de preparar, junto con la venganza de su padre, marido e ídolo, una gran reforma del Estado. En casa de los La Rochefoucauld, en el salón de la vieja duquesa d'Anville, en el cual dominaban su hijo, el duque de La Rochefoucauld, y su amigo, el marqués de Condorcet, el tono subía tanto que se llegaba a predicar la rebelión abierta contra los Borbones. El duque sostenía las mismas opiniones en la "Sociedad Filantrópica" que presidía, y en la logia del Contrato Social, en donde era considerado Venerable y estaba rodeado por los señores de Rouillé, de Rochelambert, de Pontavice, de Lassone, el duque de Gadagne, el conde de Lowendahl, el marqués de La Fayette y el barón de Staël. En casa de los Noailles, a la sazón la familia más poderosa de Francia después de los Borbones, los primogénitos guardaban cierta medida en sus expresiones —habían sido cubiertos de honores— pero los más jóvenes no se privaban de criticar. La marquesa de La Fayette hablaba con extremada violencia y nitidez y su marido difundía por todos lados la buena palabra filosófica; el vizconde de Noailles no vacilaba en expo-

ner hasta en Versalles las ideas democráticas que libaba en las constituciones de los Estados de América. El hotel de La Fayette, en la rue de Bourbon, era una rumoreante colmena de conspiradores. Decidido a "revolucionar", el héroe de América aún no sabía si tomaría el camino de Egipto, Colonia, los Países Bajos o Francia, pero estaba dispuesto a todo. En malos términos con Orleáns por culpa de una dama demasiado bella, La Fayette fundó su propia masonería bajo la égida de monsieur Mesmer; ésta se llamaba "Sociedad de la Armonía" y pretendía "armonizar" a Francia revolucionándola. Aquí se encontraba con notables parlamentarios, como Adrien Duport, Duval d'Esprémesnil, abogados como Bergasse, hombres de mundo como el marqués de Chastellux, el caballero de Pange, el caballero d'Oraison, hombres de leyes y de finanzas, como Elie de Beaumont, Thilorier, Pastoret, etc. El banquero israelita Kornmann le ayudaba con amplios subsidios. Esta sociedad organizó sesiones en las grandes ciudades de Francia; diversas logias adhirieron a su rito; la misma sociedad sufrió el ascendiente de la masonería regular, pero demostró aún más audacia política. Todos y todas querían reconstruir un mundo maravilloso de justicia y de libertad, echando abajo el mundo en que vivían.

Una extraña embriaguez se había apoderado de todos los espíritus; Franklin, el símbolo perfecto del sabio masónico y apóstol de lo útil, sacó provecho para su país; Mesmer amasó una fortuna; Pinelli, mostrando en el fondo de una garrafa una cabecita de oro que impartía increíbles oráculos, convirtió esta habilidad en una verdadera profesión. Cagliostro, el adivino personal y consejero íntimo del cardenal de Rohan, se estableció como mago y difundió, con un incomparable brillo, su "Francmasonería Egipcia".

Hastío por un presente insípido, por una realidad demasiado monótona, que se disfruta de todos modos, embriaguez ante el porvenir soñado y ciego optimismo: ésta era la atmósfera de los años 1783-1785 en la alta sociedad, que tenía en sus manos la batuta.

El rey no se asociaba a esta euforia, a estos sueños; hacía controlar las prácticas de Mesmer por la Academia de las Ciencias, que lo denunció como un charlatán erótico. Sin embargo, su buena estrella era tan grande que el peligro parecía lejano: un delfín había nacido en 1781; otro hijo en 1785, refutando así las viles

calumnias sobre su impotencia, que la reina no había refutado; la victoria americana probó a todos sus capacidades; nunca su popularidad se había elevado tanto; inclusive en la rebelde Bretaña se le erigían estatuas y de un extremo al otro de Europa se lo elogiaba. Finalmente, la reina se mostraba más confiada y más obediente. Él aprovechaba su ascendiente y reaccionaba contra las malas costumbres de los privilegiados: a los obispos les imponía la residencia en sus diócesis (1784), a los gentilhombres y a los prelados endeudados y morosos les prohibía presentarse ante él y les daba un ejemplo de economía, de la cual dan fe sus libros de dispendios. un buen ejemplo de economía, de la cual dan fe sus libros de dispendios.

En ciertos medios no se lo quería; se olvidaban los grandes servicios que prestaba al país y se evocaban tan sólo sus maneras bruscas, su desprecio por las formas y los intereses particulares; el alto clero, poco creyente pero ávido de honores y de dinero, sufría de estar al margen del poder; estos "prelados administrativos", como se los llamaba entonces, que se aburrían en las ceremonias religiosas y se apasionaban por las sesiones del Parlamento, dominaban ya la Asamblea y el orden del clero; así, la Asamblea de 1785 está consagrada casi enteramente a problemas de dinero, se procura dar el mínimo al rey, y los obispos se niegan a aumentar la porción congruente de los curas, pese a la insistencia de Luis XVI. El clero francés siempre se había opuesto a una mejora de la condición de los protestantes, que desde 1750 Luis XV y luego Luis XVI trataban de hacerle aceptar. Los Loménie de Brienne, los Dillon, los Conzié y los Talleyrand lanzaban diatribas violentas contra los malos libros, pero se abstuvieron de dar ejemplo de piedad. Ésta aún existía en la Iglesia de Francia, pero había que buscarla en los obispos más modestos y los sacerdotes más oscuros, en los que habían formado esa sociedad secreta, la Aa, que luchaba en silencio por la ortodoxia, el celo apostólico y la pureza de las costumbres. Fundada en el siglo XVII, trabajaba en la sombra: su hora aún no había llegado. El abate de Talleyrand, a quien vemos convertido en agente general del clero en 1780-1785, se destaca como una gran figura eclesiástica. Este hombre ilustra y mancilla con su rastro este período.

La nobleza padecía males análogos; sin embargo, en su conjunto, la nobleza de provincias, pobre y leal, en ciertas regiones

incluso indigente, mantenía aún tesoros desconocidos de devoción al rey y a Francia. Tan sólo una minoría, la alta nobleza parlamentaria, tiene una actitud insolente, pero esta minoría posee el poder y la influencia política. Se apoya en Orleáns y en Provenza, que procura inmiscuirse en el Consejo del Rey y crearse un partido. Las últimas grandes familias fieles a los Borbones —los Rohan, los Luynes, los Richelieu— se apartan o caen en decadencia. El duque de Richelieu es demasiado viejo para desempeñar un papel; su hijo Fronsac es demasiado joven para desear uno y d'Aiguillon muere desterrado en su provincia. Los Rohan, deshonrados por la bancarrota de Guéménée, lo son más aún por el disparatado asunto del collar (1785-1786) que muestra al cardenal de Rohan, arzobispo de Estrasburgo, como un intrigante mal aconsejado y manejado por una camarilla de tahures, encabezados por Cagliostro. La exigencia torpe de la reina, que para vengarse de Rohan exige un proceso en el Parlamento, indispone a los Rohan con el rey y no asegura un castigo eficaz, dado que el Parlamento declara inocente a Rohan y parece, en consecuencia, acusar a la reina. Todos estos escándalos aíslan al monarca y vuelven su tarea más difícil, su esfuerzo de reforma más peligroso.

En 1785-1786 le quedan aún dos auxiliares preciosos en quienes apoyarse: por lo pronto Vergennes, el ministro probo, cuidadoso, trabajador e inteligente, que supo imponerse a Europa y que sigue gozando en Francia, pese a unas críticas demasiado fáciles, de un gran crédito. ¿Acaso no dispone de innumerables prebendas? Después, monsieur de Calonne, el financista despierto, ingenioso y lleno de iniciativa que, aprovechando la tendencia general, procura utilizar el optimismo universal para mantener a flote las finanzas de Francia y preparar la reforma necesaria. Sin duda, Necker está acechando por un lado y, por el otro, Loménie de Brienne, pero Calonne dispone de buenas cartas y cuenta con una entusiasta clientela. Su carácter abierto y leal, su inteligencia vivaz, flexible y matizada, le han valido la amistad de los jóvenes más brillantes del momento y le han permitido conciliarse con los espíritus más abiertos. Para favorecerlo, el banquero suizo Panchaud, residente en París y uno de los fundadores de la Caja de Descuentos, que era uno de los técnicos más competentes de entonces, prodiga sus esfuerzos, sus consejos, sus maniobras sutiles. Arrastra consigo a sus admiradores, en particular al abate de Ta-

lleyrand y al conde Honoré Riquetti de Mirabeau, tarados, pero brillantes. El abate Louis forma parte del grupo y también monsier Dupont de Nemours. En un momento en que la monarquía necesita renovarse y adaptarse, Calonne y su equipo forman un conjunto incomparable, el más apropiado para dominar esta generación tan encantadora como charlatana.

Calonne tenía que apresurarse. Se presentaban coyunturas más favorables: excelentes cosechas en 1784-1785, que hacen llover dinero sobre los campos; inmensa cantidad de extranjeros viene a París, lo cual enriquece a almaceneros, artesanos y sobre todo a las industrias del lujo; desarrollo del comercio con las colonias, alentado por los tratados que Calonne y Vergennes se apresuraron a firmar con los Estados Unidos, Holanda, Rusia y Gran Bretaña, y por diversas medidas sabias: decreto del Consejo del 30 de agosto de 1784, que autorizó a las colonias a comerciar con los países extranjeros, y creación de una nueva Compañía de las Indias (14 de abril de 1785). Finalmente una elevación general del producto de los impuestos, lo cual señaló una mejora de la economía nacional que puede discernirse fácilmente por la fiebre de construcción que se apodera de París y de todas las grandes ciudades del reino. En esta atmósfera de prosperidad, el país podía aceptar más fácilmente nuevas cargas. Sin embargo, había que contar con los ardides de los adversarios y los rivales; la gran obra en tres volúmenes que Necker publica a la sazón, *Tratado Sobre las Finanzas de Francia*, indica claramente que el ginebrino no había renunciado al poder. Con un tono de ingenua arrogancia y de vanidad filantrópica, impartía su lección: a sus ojos el presupuesto de Francia estaba equilibrado; pero el pueblo mismo pagaba demasiados impuestos, desigualmente repartidos; sólo podía protestar, pues él consideraba que estos impuestos eran arbitrarios. Y Necker evocaba el sistema inglés y su superioridad: "Hay una diferencia tan grande entre los sacrificios que exige la única voluntad de un monarca y los que una nación se impone a sí misma para lograr objetivos comunes de los cuales es juez, que representa un error de lenguaje expresar con la misma palabra dos disposiciones tan diferentes y obligar a situar paralelamente lo que no se asemeja".

Este libro, que obtuvo un notable éxito (se vendieron 80.000 ejemplares) estaba repleto de cifras falsas y cálculos inexactos: daba una idea muy engañosa de la situación. En realidad, en 1785,

el déficit del presupuesto llegó a los 175 millones sobre unos 880 millones de impuestos pagados por el país que, contrariamente a las afirmaciones de Necker, soportaba a la sazón una carga inferior a la del pueblo inglés y moderada en relación al conjunto de sus recursos. Frente a esta situación, frente a la nueva dificultad que creaban las cuentas fantásticas de Necker, cuentas que el gobierno no podía refutar por miedo a difundir el pánico, Calonne se decidió a practicar bruscamente una operación que se había vuelto urgente. Aprovechó una crisis provocada por un nuevo acuñamiento de moneda, operación necesaria, dado que el patrón oro no había cesado de subir desde 1726, fecha de la última emisión de esta clase.

Esa decisión suscitó una oposición violenta en los medios enemigos del ministro, en particular dentro del Parlamento y entre los príncipes de la sangre, capitaneados por Provenza. El rey, sin dejarse intimidar, sostuvo a Calonne quien, el 20 de diciembre de 1786, presentó al rey un memorial sobre la obra realizada en los últimos tres años y la necesidad de reformar a fondo el sistema financiero francés. Luis XVI quiso examinar el plan con Vergennes y Miromesnil; finalmente lo aceptó y, dándose cuenta del alcance de este acto, se comprometió con entusiasmo a realizar una gran transformación del régimen financiero y político de Francia. El programa tenía cuatro artículos principales: 1) "Subvención Territorial", un impuesto sobre todas las tierras, sin excepción y sin privilegios, pagado en especies; 2) Creación de asambleas provinciales elegidas que habrían de distribuir los impuestos y expresar los deseos de las provincias; 3) Libertad del comercio de cereales; 4) Supresión del tributo directo y de diversos impuestos indirectos.

El 29 de diciembre, después de un Consejo que funcionó cinco horas, el rey aprobó definitivamente el proyecto y convocó a una asamblea de notables que debía ratificarlo. El procedimiento parecía necesario: las necesidades del Tesoro eran urgentes; la convocatoria a Estados Generales hubiera exigido demasiado tiempo; por otra parte, en circunstancias análogas, Enrique IV había convocado a una asamblea de notables para obtener apoyo a su política (1596). Finalmente, el clero y los nobles debían realizar sacrificios y admitir la igualdad ante el impuesto: por lo tanto la honradez exigía entenderse con ellos antes de promulgar estas le-

yes. Calonne consideró necesario actuar con ímpetu y rapidez; la fecha del 24 de enero, elegida en un principio, le parecía demasiado alejada, pero Vergennes, más sistemático y con la salud muy quebrantada, no quiso adelantar la fecha; por otra parte, las primeras reacciones fueron favorables; La Fayette escribía el 13 de enero de 1787 a Washington: "No había ningún medio más patriótico, más franco, más noble de llegar a este fin, de obtener nuevos créditos. El rey y monsieur de Calonne, su ministro, merecen muchos elogios por esta iniciativa, y espero que un tributo de gratitud y de buena voluntad habrá de recompensar esta decisión popular..."

Al parecer, las mayores esperanzas estaban justificadas.

Capítulo IV

FRACASO DE LA REVOLUCIÓN REGIA

A partir del 1º de enero de 1787, todo se volvió en contra de Calonne. Mientras Vergennes se concentraba en el trabajo y se preparaba afiebradamente, la muerte lo sorprendió. Miromesnil debió meterse en cama y Calonne, exhausto, siguió su ejemplo.

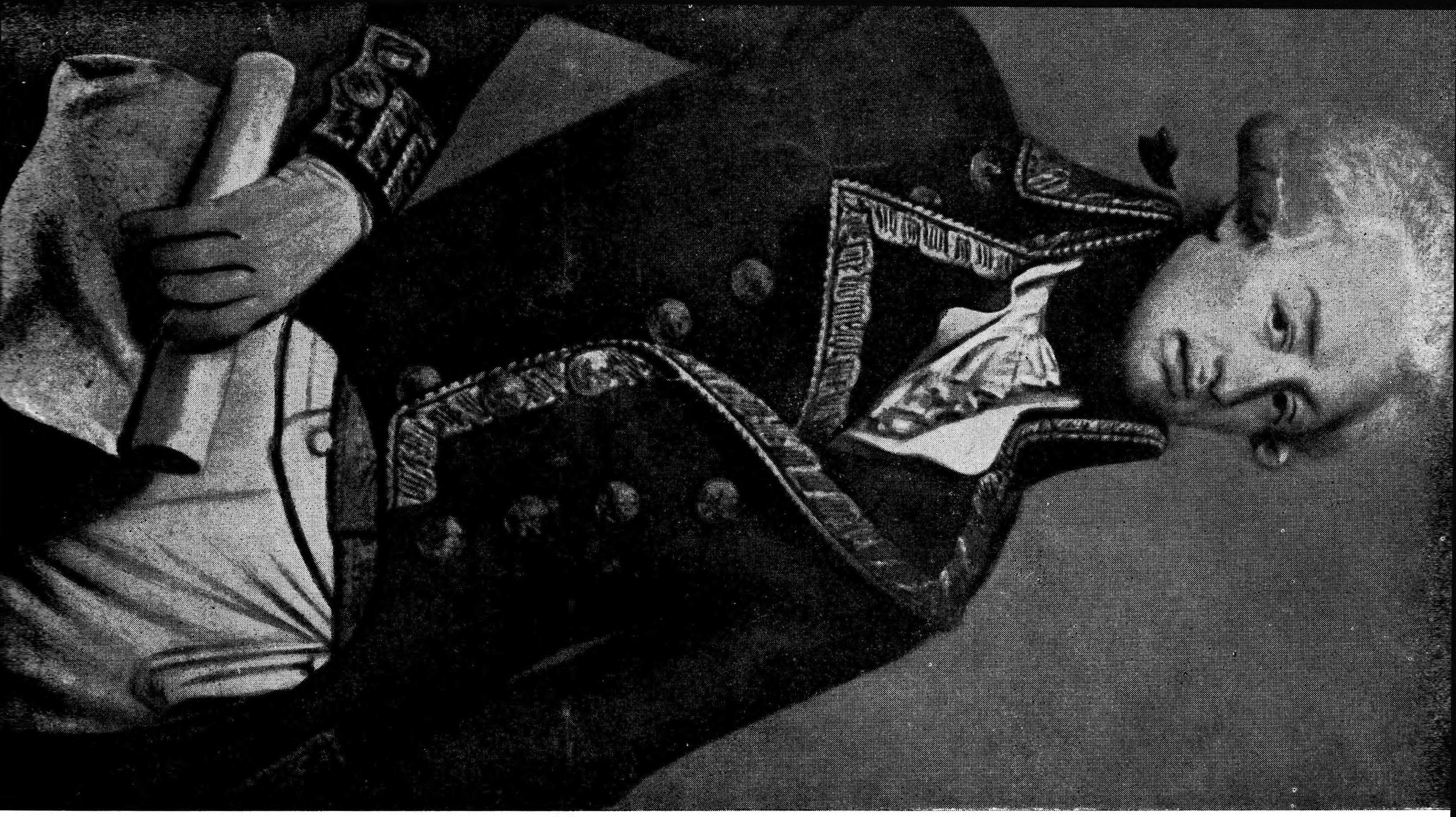
Los notables pasaron un mes entre Versalles, sus salones y los salones de París, los cafés de la capital, los clubes en los que se discutía con violencia, y las logias, en donde se reunían para elogiar a la igualdad y a la libertad junto con el duque de Orleáns. En los salones fraternos y masónicos de madame Helvetius, gobernados por Cabanis y Morellet, en los de la duquesa d'Anville y de madame de La Fayette, en los apartamentos del duque de Orleáns y en todos los cafés que rodeaban a su residencia, y que eran los mejores provistos de París, en todas partes se volvían a encontrar idénticas consignas e idénticas amenazas.

"¿Hay realmente una decisión de hacer el bien o se trata de una nueva comedia?" Así se expresaba la *Correspondance Secrète*, entonces muy a la moda. Su redactor y conspirador, Pidansat de Mairobert, pertenecía a la clientela del Palais-Royal y se destacaba por su celo; el centro de agitación era, al parecer, la Logia de la Armonía, que reunía a grandes señores, banqueros, agiotistas, parlamentarios y escritores; Adrien Duport, consejero en la Tercera Cámara de Investigaciones del Parlamento de París, reinaba allí como inspirador y utilizaba a La Fayette como al instrumento más dócil y más eficaz.

En el mismo ministerio, los amigos de Castries y los de Necker se desataban contra Calonne. Según decían, éste ocultaba a sus colegas sus intenciones y sus proyectos. De este modo, los partidarios del ginebrino, unidos a los enemigos del Fiscal General y a los

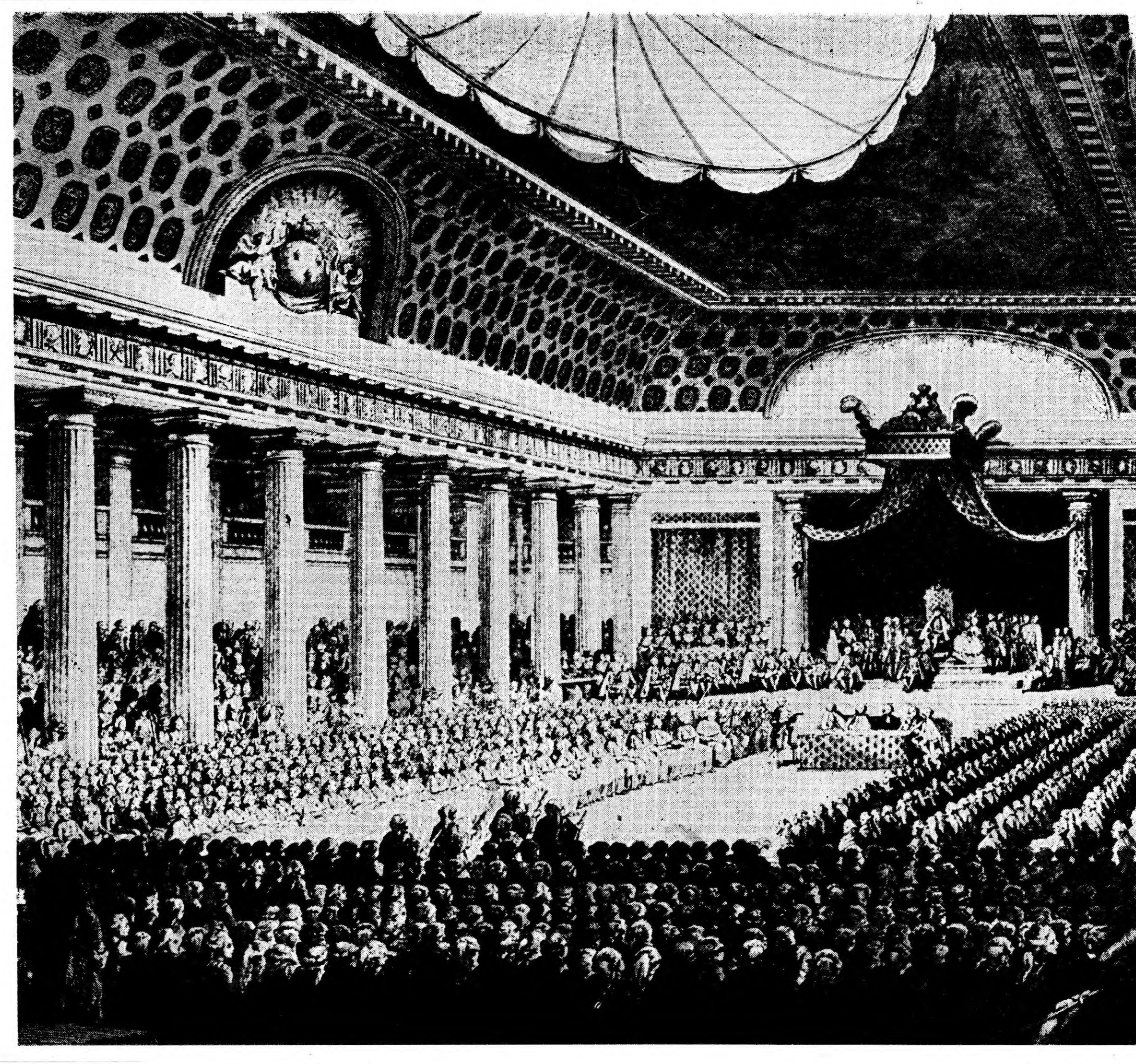
agiotistas, lograron la baja de los efectivos reales e insinuaron que "el gobierno estaba en las últimas". Se difundió la noticia de que el gobierno quería quitar a los parlamentos el derecho de registrar las leyes, los edictos del rey y los nuevos impuestos. Finalmente, por todo París se pegaron carteles que llevaban escritas estas palabras: "La nueva compañía de cómicos reunida por el caballero Calonne, y que iniciará sus representaciones el 29, presentará como gran estreno *Las Falsas Confidencias* y como pieza menor *El Consentimiento Forzado*; estas obras serán seguidas por un ballet-pantomima alegórico que lleva el título de *El Tonel de las Danaides*". Calonne, atento a todos estos rumores, reaccionó inmediatamente y declaró en el Ojo de Buey de Versalles que "el rey está demasiado aferrado a las leyes fundamentales de la monarquía para pensar siquiera en disminuir la autoridad de los parlamentos". Todos los diarios que dependían de él condenaron estas insensatas inquietudes. En los cafés, en las galerías y en todos los lugares públicos se distribuyeron boletines manuscritos en los que se leía que el rey no deseaba obtener ningún socorro "en dinero o en impuestos" al convocar a los Notables, y que se trataba de un plan "destinado a alcanzar la felicidad de los pueblos", digno de un monarca bienhechor y que demostraría el tino y la superioridad del ministro de Finanzas. Al mismo tiempo, se prohibía a los libreros vender ningún folleto, diario o periódico que atacara a los Notables.

Las largas demoras que se produjeron entre la convocación y la reunión de la Asamblea actuaron contra el gobierno y dieron a sus enemigos el tiempo y los medios para perturbar los espíritus. "Quedáis advertidos que la sesión se posterga —se murmuraba— ya que, en lugar de Notables, no hay más que anotados". "La cosa empezará naturalmente en Versalles —añadían— ¡pero sin duda terminará en Bagatelle!" Los volantes de la oposición, las noticias de mano, los chismes de los cafés, insistían en las severas medidas que el rey acababa de tomar contra los parlamentos de Burdeos y de Dijon "por haber defendido los débiles derechos de la nación" y contra las barreras de París, cuya construcción irritaba a los contrabandistas y a las amas de casa. El enorme éxito que alcanzó también en esta época el libro de Necker, *Tratado Sobre las Finanzas de Francia*, agravó el desorden de los espíritus. Dado que, según Necker, que pasaba por ser el mejor financista del mundo, y un hombre muy sensato, todo andaba bien, nadie comprendía la razón



Marie Joseph de Lafayette, cuenta 34 años en 1791. Desciende de un compañero de armas de Juana de Arco, ha combatido por la independencia norteamericana, y tiene una aureola de "Héroe de Ambos Mundos". Reclama la convocatoria de los Estados Generales y se lo designa comandante de la Guardia Nacional de la Revolución. Rico y ambicioso, intenta conciliar revolución y monarquía, pero es odiado por la Corte y la nobleza.

Los Estados Generales. El 5 de mayo de 1789, el rey, al fondo en el trono, se encuentra frente a la representación de toda Francia: 598 diputados designados separadamente por el clero y la nobleza, y otros 598 electos entre todos los contribuyentes, burgueses, artesanos, labriegos. A la izquierda se sienta el clero, a la derecha la nobleza. El tercer estado forma una masa compacta de hombres en primer plano. Las primeras sesiones se desenvuelven en un clima de esperanza. Los problemas se suscitarán en cuanto se fije el régimen de elecciones.



de tal asamblea ni la necesidad de sacrificios financieros. La gente prefería burlarse. Como la Asamblea debía celebrarse en la Sala de Menudos en Versalles, se contaba "que las dos compañías de cómicos, que representaban allí por turno, lo hacían para tener allí diputados". En una esquina de París una vendedora voceaba su mercancía, unos muñecos chinos denominados "pagodas", cuyas cabezas movedizas divertían a los niños; un transeúnte le dio un escudo de seis libras y le dijo: "Buena mujer, gritad «Vendo Notables», y veréis que todo el mundo viene a comprarlos"; la mujer así lo hizo y efectivamente vendió toda su mercancía. Este refrán se repetía en todas partes; un chiste eclesiástico aplicaba a los Notables las estrofas del Salmo 103: "Los ídolos de las naciones están hechos de plata y de oro, son obra de la mano de los hombres. Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven. . ." Y el mariscal de Ségur, gran amigo de Necker, a quien se interrogó para saber si habría de asistir a la Asamblea, contestó: "Nada más falso. En esa Asamblea no hace falta lengua: bastará con tener orejas". Al humillar de antemano a los Notables, la oposición, o mejor dicho las oposiciones federadas, querían forzarlos a eclipsarse. De hecho, mientras duró la larga espera, los Notables se preguntaron con creciente inquietud: "¿Qué quieren de nosotros?" Y todos, inclusive los mejores dispuestos, temían que Calonne tuviera intenciones de servirse de ellos para hacer aprobar medidas impopulares.

Éste, sin embargo, había demostrado ser buen jugador; desde mediados de enero, de acuerdo con el rey, había presentado su proyecto a la reina. El arzobispo de Toulouse, Loménie de Brienne, se encontraba presente, dicen las *Memorias de Bachaumont*; Calonne se esforzó en ganarlo para su partido y le presentó la lista de los Notables eclesiásticos, solicitándole que la completara. Loménie se jactó luego de haber hecho la lista con sus amigos y los de Necker. Por otra parte, la reina apenas se molestaba en ocultar la hostilidad que le inspiraba el Fiscal General, y el público no ignoraba esto. Una noche de enero, mientras asistía a una función en el teatro de Versalles, donde representaban *Théodore*, uno de los actores que interpretaba a un caballerizo del rey, en el momento en que preguntaba a éste en dónde podía encontrar dinero, porque no lo había, se oyó gritar a una voz desde la platea: "¡Reunid a los Notables!" Cada día la campaña se volvía más áspera; ni siquiera se respetaba a la persona de Calonne. Corrían rumores de

que Calonne escupía sangre: "¿La suya o la de la nación?", comentaban sus enemigos.

En un medio preparado de esta manera, la tarea se volvía muy difícil para Calonne, privado de Vergennes y, a la vez, abandonado por Miromesnil, que se volvía hacia la mayoría del Consejo del Rey, con los neckeristas, Castries y Ségur. Sólo le quedó la esperanza de que los personajes importantes que formaban la Asamblea fueran conscientes de sus deberes y del peligro que correrían en caso del fracaso de la reforma; los distribuyó en siete oficinas, cada una de ellas presidida por un príncipe de la sangre, de quienes esperaba que, con su prestigio y su influencia, sostendrían la política del rey. Pero en el momento mismo de inaugurarse la Asamblea, un volante impreso empezó a circular por todas partes, especialmente por Versalles, con los nombres, el *curriculum vitae* y el retrato de cada Notable, acompañado de amenazas formales en caso de dejarse convencer por Calonne. En el estado actual de nuestros conocimientos no es posible saber si este conjunto de fichas fue creado por Necker, en las oficinas del duque de Orleáns, por la Logia de la Armonía o por los parlamentarios. Las apariencias inducen a pensar que todos estos organismos trabajaban unidos, del mismo modo que iban a hacerlo en 1787-1788. En *Las Memorias de Bachaumont*, conocidas por su tendencia orleanista, se publicaron estos volantes, junto con las amenazas en contra de los Notables que no obraran con la suficiente energía o rapidez en el sentido deseado. El 19 de marzo se acusó a los señores d'Estaing, a de Bouillé y a La Fayette de "no haber presentado ninguna propuesta vigorosa" y de haberse mostrado "serviles". Este último fue el más atacado: se contaba con su debilidad para forzarlo a tener un gesto de rebeldía que probara su fuerza. Así, también se difundió delicadamente el rumor de que "el señor conde de Simiane, esposo de la hermosa señora de Simiane. . . se había suicidado recientemente en medio de un ataque de celos causado por el marqués de La Fayette". Azuzado por estos latiguillos, el noble marqués reaccionó.

Finalmente, el 22 de febrero, enterrado ya el conde de Vergennes, curado monsieur de Calonne y Miromesnil restablecido, con todos los preparativos listos, el rey inauguró la Asamblea de Notables. En un discurso breve, caluroso y hábil, recordó la Asamblea celebrada en 1596 por Enrique IV y el discurso de éste: "No os he reunido como solían hacerlo mis predecesores, para obligaros a

aprobar ciegamente mis voluntades. Os he reunido para escuchar vuestros consejos, para creerlos, para seguirlos, en una palabra, para ponerme en vuestras manos". Con estas frases, el astuto bearnés había logrado todo lo que deseaba. Luis XVI fue muy aplaudido, pues no era menos amado que Enrique IV; pero antes de decidir, escuchó a Calonne. Éste pronunció un discurso preciso y brillante; puso las cartas sobre la mesa y reveló la situación financiera en toda su gravedad; declaró que, a partir de Terray, que había hecho bajar el déficit en 40 millones, éste había crecido incesantemente y que al llegar al ministerio se había encontrado con un déficit de 80 millones; insistió en la obra útil que había logrado realizar, aunque reconoció que, con semejante déficit, el Estado se encontraba en serio peligro. Cualquier empréstito, cualquier anticipación eran una locura; había que recurrir a economías y a una reforma de conjunto, suprimir todos los abusos, todos los privilegios financieros que disminuían el rendimiento de los impuestos, a fin de crear la uniformidad en la repartición de las cargas públicas; preconizaba, pues, asambleas provinciales encargadas de distribuir equitativamente los impuestos, una subvención territorial en especies que reemplazara al vigésimo y que se aplicara a todas las tierras, el reembolso de la deuda del clero, el alivio del tributo y la gabela, el reemplazo del impuesto directo por una contribución pecuniaria, la supresión de las aduanas interiores, etc. Y terminaba con estas palabras: "Debéis recordar que se trata de la suerte del Estado y que los medios ordinarios no son capaces de procurar el bien que el rey quiere hacer, ni preservar de los males que quiere prevenir".

Al dirigirse a aquellos privilegiados, Calonne les mostró que, si no aceptaban los sacrificios que les pedía, exponían a Francia a una racha de anarquía, en que los intereses del país y todas sus propiedades estarían en peligro. Les proponía una reforma inmensa y costosa para ellos, pero que habría de garantizarles el mantenimiento de sus rangos, de sus bienes y de sus ventajas esenciales, de los cuales era garantía el Estado monárquico.

Obsesos por la propaganda de las últimas semanas y dejándose guiar por las consignas de la oposición, los principales Notables vieron en este discurso un reconocimiento de debilidad y un esfuerzo encaminado a endilgarles aplastantes responsabilidades. Sus esperanzas se despertaron, excitadas por los temores que habían sa-

bido inspirarles desde hacía un mes. Ellos recordaban que, en su gran libro, Necker describía las finanzas del Estado en estado de buena salud, y que Calonne, en los preámbulos de sus empréstitos, empleaba el mismo lenguaje. Se juzgó que Calonne mentía o que había dilapidado durante su ministerio los tesoros acumulados por Necker. Se quiso pensar esto y se lo pensó. Se declaró que el plan era el de un "Terray borracho"; aunque se sabía que el conjunto de las ideas de Calonne correspondía a los deseos del pueblo; eran ideas sensatas, pero se las rechazó porque venían de él. Lejos de detener este movimiento de rebelión, los príncips de la sangre lo apoyaron, algunos abiertamente, como Orleáns, otros por lo bajo, como Provenza. Siempre reticente en el momento crítico y decisivo, Orleáns declaró a quien quiso oírlo que estos proyectos habrían de costarle 300.000 libras de renta; después se fue a cazar, dejando actuar a sus cómplices; Provenza fingió escuchar con gran atención e imparcialidad, pero en su despacho sólo dejó hablar a los enemigos de Calonne; luego, de común acuerdo, orleanistas, parlamentarios, masones, en una palabra, todos los opositores, se callaron y dejaron un lugar abierto a la gran intriga eclesiástica, incitando al alto clero a comprometerse. Los prelados, después de recibir lo suyo, cedieron; Dillon, arzobispo de Narbona, uno de los obispos "administradores" más escandaloso y más endeudado, fue el primero en abrir el fuego: "¿Creéis que somos terneros o animales para reunirnos con el único propósito de sancionar un asunto ya enteramente digerido?" Como Calonne quería llevar a las realidades al levantisco prelado, éste añadió: "Monsieur de Calonne tiene la intención de desangrar a Francia y les pide a los Notables su opinión sobre el problema que consiste en saber si hay que hacerle una sangría en el pie, en el brazo o en la yugular". Dillon, orgulloso de su intervención y maniobrado hábilmente por Loménie de Brienne, actuó a partir de ese momento como jefe de su Orden, a la cual reunía diariamente en su casa. "Se exponía lo que había ocurrido por la mañana y se fijaba la opinión de lo que habría que declarar al día siguiente". Se distribuían los papeles. Hinchado de orgullo y versado en las tradiciones parlamentarias que su familia había traído de Inglaterra, Dillon se complacía en romper vidrios e insultar al ministro. Esto convenía a los parlamentarios, que reservaban su opinión y tenían largos coloquios en casa de Miromesnil. En los despachos, de acuerdo con la consigna,

observaban y callaban. Poco unidos entre ellos, los nobles seguían al clero. Los miembros del Tercer Estado, intimidados, rivalizaban en celo con los privilegiados a fin de no ser menos: todos se unían en los apóstrofes contra Calonne.

Tan sólo el país lo hubiera aprobado, pues Calonne proponía asambleas parroquiales, de distrito, de provincia, en las cuales todo ciudadano con una entrada de 600 libras o más podía ser elector y elegido. Los privilegiados estarían sometidos a los impuestos, como los otros ciudadanos. A estos últimos les habría hecho falta mucha prudencia, clarividencia y disciplina monárquica para consentir en ello. Ninguno lo comprendió y los más lúcidos, como Provenza, sólo pensaron en sus intereses inmediatos. Desde 1715 los príncipes de la sangre y los grandes señores estaban habituados a la indisciplina; una vez más se abandonaron a ella con brío, sin darse cuenta que se perdían a sí mismos. El despacho de Provenza, que se sentía cubierto por ser hermano del rey, rechazó francamente las asambleas provinciales. Los otros lo imitaron .

La oposición, bien organizada, se encarnizó. Un punto parecía evidente a todos: aceptar el proyecto de Calonne era mantener al ministro en el poder, dar a la monarquía tradicional un nuevo plazo prolongado y evitar la Revolución que todos anhelaban para aumentar sus poderes. Estos textos, en los cuales habían trabajado Panchaud, Dupont de Nemours, Talleyrand y el abate Louis, correspondían al conjunto de las necesidades y los deseos del pueblo francés; por este motivo los Notables evitaron cautelosamente entablar la discusión fundamentalmente; se declaró que se aceptaban los principios, pero se arguyó sobre los detalles; se condenó la percepción en especie, se emitieron dudas sobre la realidad del déficit, se embrolló la discusión y Calonne apareció como oponiéndose a Calonne.

Un autor de almanaques pretendía en un folleto que el total de las entradas públicas se elevaba a 1.000 millones, los gastos a 331 millones y las erogaciones de percepción a 669 millones. El libelo se vendió como pan y contribuyó a confundir más aún los espíritus Calonne, paciente, contestó en su *Supplément d'Instruction en ce qui concerne l'impôt territorial* que Luis XVI deseaba una subvención territorial universal, que él estaba decidido a adoptarla, y que consultaba tan sólo a los Notables respecto a los medios de realizar el proyecto. Hubo una nueva explosión de cólera y de ironía. En

todas partes se difundió la fábula del cocinero y los pollos: el cocinero decía a los pollos estos versitos:

Esforzaos, rascándoos lo cabeza,
en encontrar buenas razones;
de forma, pero no de fondo...
Os tragaré a todos:
éste es mi manifiesto;
en cuanto a la salsa, decidid vosotros;
mi cocinero hará el resto...

Desencadenados, pero dispuestos a hacerse populares, los Notables aceptaron las ventajas materiales que Calonne ofrecía al pueblo: disminución del tributo, libertad del comercio de cereales, transformación de la prestación de servicios en una contribución financiera; pero rechazaron el resto, lo indispensable, lo que hubiera permitido al Estado durar y evitar una revolución.

Calonne, sostenido por el rey y por sus fieles, reunió en una conferencia particular a sus peores enemigos, los arzobispos "administradores", que se habían ligado y trataban de poner en el ministerio a Loménie de Brienne: el mismo Brienne, el grosero Dillon, el sutil Boisgelin y el intrigante Cicé. Sin contemplaciones, les declaró: "No hay nadie que no deba temblar si la operación fracasa: es un recurso extremo... Hagamos una transacción: apoyad mi operación y reemplazadme después". Durante cinco horas discutió, prodigando una inteligencia sutil, flexible y abierta, tolerando todos los argumentos, respondiendo a todas las objeciones; hizo más aún, se presentó en cada uno de los despachos y argumentó; tuvo respuestas y paciencia para todo. Redujo al silencio a sus adversarios y obtuvo de ellos una promesa tácita de aceptar la subvención territorial con las modificaciones de forma. Podía esperar la victoria y la habría logrado si la opinión, dirigida por los conjurados, no hubiera concentrado toda su atención en los "abusos" cometidos por los ministros y por él mismo Calonne, sin querer tomar en cuenta la confianza que se debía a un rey que, desde hacía trece años, gobernaba al país con prudencia, acierto y lealtad, sin tener en cuenta las necesidades urgentes del Estado, los peligros externos e internos que amenazaban al país, y el riesgo inmenso que hacía correr a sus órdenes al empujar la monarquía hacia la bancarrota. Llevados por el impulso que los filósofos, los

parlamentos y la masonería habían impreso a todos los espíritus de las clases altas, se empecinaron. El tiempo pasó y la crisis del Tesoro se agravó.

Las intrigas opositoras se expandían: canciones insultantes contra Calonne, provenientes del Palais-Royal, se difundieron; se creó un "chaleco de los Notables", en el cual se veía la mano del rey hurgando en la faltriquera del portador de la prenda. Carteles, volantes, folletos, alentaban y amenazaban a los Notables; Calonne luchaba en vano. Al defenderse, debió enfrentar a Necker, que había llenado todas las cabezas con sus cálculos falsos. Necker protestó a gritos y exigió una confrontación, que Calonne deseaba, pero que el rey prohibió para no propagar el escándalo; los salones, excitados por la mujer de Provenza, por mademoiselle Necker y sus amigas, estaban llenos de imprecaciones contra el ministro; los partidarios del ginebrino y sobre todo Castries, acosaban al rey con sus protestas; finalmente, consciente del peligro, el ministro de marina imploró a Luis XVI que llamara a Necker e hiciera la guerra, pues era lo único que podía calmar al pueblo. Bonaparte debió emplear también este medio, que culminó en Waterloo.

Manejada por Vermont, la reina se asoció a la intriga: todos los días trasmitía a su marido el orden del día de la sesión de Notables, que Loménie de Brienne, con tanta obsecuencia como perfidia, redactaba para ella.

Fue entonces cuando estalló el asunto que echó por tierra la reputación de Calonne. Con el propósito de detener la baja de los fondos del Estado y de los valores franceses, Calonne había colocado 11 millones y medio de francos en asignaciones sobre el Tesoro, pagaderas a fines de 1787, a especuladores que debían comprar al término acciones de la Compañía de Aguas y de la Compañía de las Indias. Pero uno de ellos, el abate d'Espagnac, aprovechó para dar un gran golpe de Bolsa; compró 46.000 acciones de la Compañía de las Indias, que podían liberarse a fin de marzo, cuando en realidad sólo existían 37.000. De esta manera comprometió a sus colegas y al ministro quien, para librarse, debió pagar cerca de 25 millones. Brienne, que estaba al acecho, lo supo; presentó un memorial al rey, que la reina se encargó de entregar. A la vez Mirabeau, bien pagado por Brienne, publicó su virulento libelo, *Denuncia del Agio*, en el cual, al fulminar en nombre de la moral a los especuladores deshonestos, se las tomaba contra

d'Espagnac, contra los agentes del ministro y, sin osar nombrarlo, aunque claramente, contra el mismo Calonne, que hacía poco le había negado una "subvención". Este folleto tuvo enorme éxito. El gobierno, sacudido en sus bases, se enconó. Varios agiotistas recibieron órdenes de prisión. D'Espagnac debió aislarse en Montargis; monsieur de Veymerange, colaborador del ministro, que había puesto en marcha la operación, se suicidó y aumentó así el escándalo. Atado por todos lados, Calonne se vio obligado a defenderse en las peores condiciones.

En ese momento La Fayette, debidamente administrado gracias a las patadas que los patriotas le habían dado en el trasero, tomó el camino de la gloria. Después de algunas escaramuzas, el 31 de marzo de 1787 apoyó una moción del presidente de Nicolai, en la cual se acusaba al fiscal general haber tolerado ventas e intercambios de propiedades escandalosamente onerosos para el Estado. La discusión se inflamó; La Fayette terminó por escribir al rey una carta en la cual denunciaba el agio del ministro y presentaba detalles circunstanciados aunque falsos, sobre las compras hechas por el rey desde 1774, "de rentas en tierras y bosques, que habían producido cerca de 72 millones de libras, de las cuales 50, aproximadamente, eran rentas viajeras" y de dádivas que alcanzaban a 45 millones. Apoyada por el obispo de Langres y por otros Notables, esta maniobra hizo mucho ruido y llevó el nombre de La Fayette a las nubes entre los opositores, perjudicando tanto al ministro que atacaba de frente como al rey, cuya prudencia, ya que no su honestidad, fue puesta en tela de juicio. Calonne estaba dispuesto a contestar sin cautela y podía hacerlo, pues en este terreno se había limitado a protestar y a frenar. Pero la Semana Santa estaba próxima y los Notables ya estaban a punto de disgregarse por unas cuantas semanas y aún no habían formulado más que críticas. Luis XVI se encontraba frente a una situación incomprensible, a un déficit que aumentaba sin cesar y un Tesoro que se agotaba. De todos modos, no acusó a su ministro, a quien estimaba mucho, dado que lo había visto, desde el 22 de febrero, combatir valerosamente contra los ardides de los conjurados, y aquilataba el peligro inmenso en que se encontraban el Estado, la monarquía y Francia.

De todo esto, los Notables no se preocupaban; su inquietud iba en otras direcciones. Mientras la lucha transcurrió a puertas cerradas, dentro de los muros de la Sala de Menudos, Calonne no

los alarmaba; pero sabían que, si aquel adversario lograba exponer ante el pueblo francés sus proyectos y los del rey, la causa de los privilegiados se derrumbaba. Y el fiscal general, cansado de luchar contra la mala fe, procuraba el apoyo del público a su programa. A este efecto, el abogado Gerbier acababa de redactar, siguiendo órdenes de Calonne, una "Advertencia" que resumía las sugestiones y los argumentos del ministro; aquí se señalaba que el pueblo no iba a tener que sufrir aumento de impuestos y que se trataba de mejorar la distribución, exigiendo más de los privilegiados. Calonne hizo diseminar este folleto en todo el país. Los Notables entonces se apresuraron, todos estrechamente unidos, junto a los amigos de Necker, los partidarios de Loménie, los parlamentarios masones y orleanistas a protestar de viva voz contra el agio y la impertinencia de Calonne; ellos, que por mil canales subterráneos no cesaban de hacerle la guerra y de difundir rumores, calumnias e insinuaciones mendaces, se indignaron cuando el ministro se tomó la libertad de informar al público. ¿Acaso no había hecho vocear la publicación en las calles? ¿Acaso no la había enviado a los curas de campaña? Los grupos opositores, que tenían en la manos los principales órganos de información, gacetas, noticias de mano, academias, salones, logias, alentaban el firme propósito de silenciar al ministro. Levantaron el tono. Fue la señal convenida. Todas las oficinas protestaron ante el rey en términos virulentos, la más exaltada fue la del príncipe de Conti; Loménie unió su voz a esta bulla confusa e imponente, que hasta entonces había sido moderada, y sus informes al rey subrayaban el descrédito de Calonne entre los Notables.

Luis XVI se encogió de hombros. Conocía a Necker y conocía a los Notables. Pero sus ministros se agitaban. Montmorin, honrado e impresionable, ligado además a Necker; Breteuil, violento e intuitivo, no quisieron sacrificarse por Calonne. Fueron a ver a la reina, lograron que ella uniera sus instancias a las de ellos y dijeron y repitieron al rey: "Para salvar los proyectos de Calonne, si se los considera buenos, hay que hacer que él se vaya". Su sola presencia bastaba para echarlo todo a perder. María Antonieta lloró; Provenza añadió su voz y sus promesas, y el rey pudo constatar que, a menos que declarara la guerra a todo el alto clero francés, tenía que abandonar a Calonne.

La tradición de su raza no le permitía castigar a los obispos in-

trigantes, como hubiera sido necesario a fin de dominarlos. Los conjurados habían calculado bien: un rey de Francia no podía enviar seis arzobispos a la Bastilla.

En consecuencia, resolvió prescindir de Calonne sin retirarle su estima ni su confianza. Luis XVI sabía muy bien que tan sólo el plan de su ministro ofrecía a la monarquía la esperanza de una nueva prosperidad, y que nadie fuera de él poseía la inteligencia, el valor y el ingenio necesarios para dominar la situación; por lo tanto eligió como sucesor a Bouvard de Fourqueux, hombre honorable y opaco, que no habría de negarse a seguir el programa y las instrucciones de Calonne, a quien el rey recomendó sigilo y no abandonar Versalles. Calonne debía seguir dirigiendo la operación por lo bajo.

Al mismo tiempo, Luis XVI despidió a Miromesnil, cuyas dobleces lo indignaban. Lo reemplazó por Guillaume de Lamoignon, pues su valor y su gran inteligencia lo recomendaban en aquellas circunstancias (10 de abril de 1787).

Alarmados, los conspiradores se precipitaron a la acción; en cuanto se supo la noticia del despido del Fiscal General, la gente de los tribunales, el Palais-Royal, los agentes del Parlamento, de la Logia de la Armonía, y Orleáns, organizaron en todo París desfiles y manifestaciones; quemaron en todos los barrios muñecos que representaban al ministro; se habló inclusive de ir a su casa y quemarlo vivo; y mientras tanto, los salones celebraban a La Fayette y a los prelados, héroes de los Notables. A fin de protegerlo, el rey debió enviar a Calonne lejos de Versalles, y Fourqueux, solo, se vino abajo. Su mujer no carecía de ambiciones, pero él no tenía conocimientos, ni voluntad. No conocía las oficinas, ni los negocios, ni a los Notables. Deseaba librarse de ellos y, con ayuda de Lamoignon, hacer que los parlamentos aceptaran el programa del 22 de febrero. El rey, que apreciaba a éstos en su valor y que se fiaba de las promesas de Provenza, defendió a los Notables y los reunió el 23 de abril. Su alocución fue amistosa, firme y breve.

El conde de Provenza lo había engañado al prometer la obediencia de la Asamblea. Los Notables lloraron al oír el discurso y lo aplaudieron, gozaron de su victoria, pero cuando Fourqueux les leyó dos memoriales redactados por Calonne, cuando Lamoignon como hombre de gobierno, les recordó sus deberes, los incitó al

trabajo y vituperó al escandaloso e incapaz arzobispo de Narbona, los Notables se encresparon. La oposición se reanudó.

Ya sin control, la Bolsa marchaba cuesta abajo; el Tesoro estaba vacío, la catástrofe que Calonne había predicho parecía inminente. Espantado, Montmorin recomendó al rey la conciliación; madame de Staël trabajaba en los salones, en las antecámaras, hasta en las ochavas, predicando en pro de su padre. Loménie, más hábil, logró llegar hasta el rey, presentado por la reina, y prometió reanudar el programa de Calonne.

Luis XVI ya no tenía ilusiones. Y no confiaba en este sacerdote vicioso y vil. Pero Loménie parecía estar en contacto con el clero, con los Notables y con la opinión, y se encontraba de este modo mejor situado para triunfar que el ginebrino arrogante, demócrata, plebeyo y protestante.

El 3 de mayo de 1787 se hizo el nombramiento de Loménie de Brienne como miembro del Consejo del Rey y presidente del Consejo de Finanzas.

Después de haber servido a los Capetos durante ocho siglos, la Iglesia de Francia acababa de volverse contra ellos y contra su propia tradición, al mismo tiempo que contra sus deberes y sus intereses. Y la Iglesia confió al más indigno de los suyos los cuidados del gobierno del reino, de acuerdo con las máximas de los filósofos y para bien de los privilegiados.

Libro Tercero

LA REVOLUCION PARLAMENTARIA

Capítulo Primero

EL ALTO CLERO DIRIGE LA REVOLUCIÓN

Siempre fiel a la opinión pública, el marqués de La Fayette escribía a su director de conciencia, el general Washington, el 5 de mayo de 1787: "...Ahora tenemos a la cabeza de Relaciones Exteriores al arzobispo de Toulouse, un hombre de perfecta honradez y de una notable capacidad. Monsieur de Villedeuil, un hombre muy hábil, trabajará bajo sus órdenes y, de hecho, podemos considerar que el arzobispo es el primer ministro".

A partir de ese momento, La Fayette consideraba el camino abierto para una democratización apacible, dichosa y triunfal de Francia, en la unión de todos los espíritus y en la fraternidad.

El arzobispo de Toulouse, pródigo en sonrisas y en genuflexiones alentaba estas esperanzas. Ya había adulado a La Fayette para ponerlo en una oposición sistemática y violenta contra Calonne; cuando el levantisco marqués quiso reclamar al rey una "Carta Fundamental y Estados Generales periódicos", Brienne prometió presentar a unos prelados que lo apoyaban. Incitó a denunciar, sin pruebas, las malversaciones de Calonne, y respondió a las demandas de ayuda y de apoyo: "Todo anda bien; volved dentro de dos días". Dos días después todo marchaba tan bien que Loménie de Brienne era ya ministro y recibió a La Fayette con unción, sin dejar de advertirle que lo había denunciado ante el rey como a un subversivo peligroso.

Así se nos muestra Étienne-Charles de Loménie de Brienne, arzobispo de Toulouse en su nueva dignidad y en su profunda indignidad. A los sesenta años alcanzó los supremos honores que no había cesado de ambicionar desde los comienzos de su carrera. Ya en el seminario, su origen prominente, sus maneras perfectas, sus impresionantes vínculos de sangre y un gusto refinado por la

intriga lo destinaron a los cargos más altos. Richelieu, Mazarino, Fleury eran sus modelos, si no por sus máximas y sus caracteres, por la carrera que habían hecho. Efectivamente, él tenía intenciones de satisfacer los gustos del día; empezó siendo incrédulo, libertino y mujeriego sin trabas. Esto le valió una gran reputación de hombre hábil y sabio (según el mundo). De sus amigas obtuvo muchas dádivas, siendo las más ostensibles unas llagas siempre supurantes y un eczema purulento crónico en la cara y en el cuerpo, como una librea, que vanamente combatía con repetidos tratamientos. Más adelante se interesó en la ciencia, en la filosofía, en la diplomacia, y se especializó en la economía y en la administración, para las cuales tenía reputación de ser excelente. Pero no se tomaba el trabajo de presentarse como creyente o buen sacerdote, pues nadie lo hubiera tomado en serio. Monsieur de Choiseul lo promovía, monsieur de Malesherbes lo trataba con remilgos, monsieur Turgot lo respetaba y monsieur Necker sentía por él una deferente amistad... Tan sólo el rey lo tenía por un fraude y un petulante. El rey le impidió llegar a ser ministro hasta ese día de abril de 1787 en que la opinión pública y los Notables se lo impusieron para salvar al reino.

Brienne no carecía de experiencia administrativa. Choiseul lo había utilizado colocándolo al frente de la Comisión de Regulares encargados de vigilar el mayor número posible de monasterios; esto le valió el apodo de el "antimonje". En los Estados del Languedoc se decía que había realizado toda la tarea útil, mientras que el presidente (Dillon, arzobispo de Narbona) participaba en la cosa; en realidad, quienes habían realizado la tarea eran unos delegados del Tercer Estado; Loménie sabía, por lo menos, servirle de pantalla hábilmente. Por todo esto era querido en su provincia. Gozaba de un gran crédito en la asamblea del clero, dominada por una mayoría de obispos "administradores". Especialmente favorables a su carrera habían sido las relaciones con el abate de Vermont que, a pesar de las tempestades, estaba decidido a favorecerlo y a sacar provecho. Ni el abate ni el arzobispo parecen haber tenido más programa que el de llenarse los bolsillos y mantenerse en el ministerio el mayor tiempo posible.

Los filósofos, entre quienes vivía Loménie, describían al ministro como todopoderoso y bien pertrechado para el despotismo; esta ilusión aduladora lo convenció de que era capaz de maniobrar

a unos y a otros —si llegaba la ocasión— a unos contra otros; contaba con su habilidad, su rango y los recursos del poder para desempeñar una carrera "a lo Mazarino". Como carecía de escrúpulos, se creía carente de debilidades.

Una primera tarea, muy delicada, se imponía: reconciliarse con el rey. Luis XVI experimentaba un desagrado instintivo a la vista de este sacerdote indigno, de este gran señor tarado, de este hombre de Estado turbio, con un rostro que siempre exudaba un pus menos mugriento que sus costumbres. Lo había aceptado con la esperanza de salvar por medio de él el programa de Calonne, es decir, la monarquía y el país. De buen grado o no, Loménie tomó este camino, poniendo en ello un empeño bien simulado. No podía evitar tal cosa, pues su talento se reducía a las intrigas y a las diminutas habilidades, y desconocía totalmente los grandes mecanismos del Estado, las finanzas francesas, y no tenía ninguna concepción original.

Para su desgracia, se había complacido en sugerir que Calonne era un ladrón y un intrigante, que en cuanto este ministro desapareciera se verían las grandes concepciones, sabias, prudentes y reparadoras que el arzobispo de Toulouse había concebido. Sus colegas lo esperaban aquí. Tras ayudarlo en sus ataques contra Calonne, esperaban alguna muestra sustancial de gratitud: una secretaría de Estado o, en rigor, una subsecretaría. Como nada llegó, el arzobispo de Burdeos le hizo saber que se confiaba en que iba a gobernar con los Notables, para ellos y de acuerdo a los puntos de vista de ellos. Por otra parte, todos participaban de esta opinión; reunidos desde hacía dos meses, en ellos se había impuesto ya ese espíritu de cofradía, propio de las asambleas, y cuya principal preocupación es la de mantenerse. Pero, símilmente, alegaban que se habían impuesto a los parlamentarios. ¿Acaso éstos no acababan de tragar sin protestas el empréstito de 60 millones de libras aconsejado por los Notables, para encarar las urgentes necesidades del Tesoro? Dispuestos a escuchar nuevos proyectos, siempre que no afectasen sus bolsas, nunca aprobaban los proyectos de Calonne remendados por Loménie de Brienne. El éxito de la maniobra, la popularidad que les ganaba, la importancia misma que les confería esta actitud, bastaban para embriagar a los más prudentes, y sobreexcitaban a los más calenturientos. Muchos de ellos, como el arzobispo de Narbona, endeudados hasta la coroni-

lla, se veían frente a la bancarrota si los proyectos ministeriales eran aprobados; por lo tanto, peleaban con la violencia de la desesperación, y la lucha redobló cuando creyeron posible la victoria.

El 9 de mayo de 1787, Brienne hizo su aparición en la Asamblea, durante una reunión de los delegados de despachos. Les anunció un déficit de 140 millones, reclamó la votación de un impuesto territorial, pagadero en dinero y limitado a 80 millones, un considerable acrecentamiento del impuesto de sellos, amén de otros impuestos secundarios. La respuesta fue brutal e inmediata: "...El arzobispo de Toulouse ha tenido un furioso altercado con los Notables e inclusive con su Orden... El obispo de Nevers, sobre todo, ha pronunciado contra él un vigoroso discurso, en el cual le reprocha haber cambiado de conducta y de principios, estar ya en contradicción con sus propios puntos de vista, consignados en los registros de los Notables... El arzobispo de Toulouse ya es más detestado que monsieur de Calonne, pues, además de los partidarios de éste, interesados en denigrarlo, también tiene por enemigos a los Notables y a los patriotas, que están indignados al oírle predicar la misma doctrina que su predecesor: *impuesto y sumisión*".

Los Notables, afirmados ya en la lógica parlamentaria, querían discutir, pero no decidir. A las asambleas les gusta votar; tan sólo al hombre de acción le gusta actuar y es capaz de hacerlo. Muy pronto Loménie comprendió que no iba a obtener nada de sus antiguos colegas. Éstos reclamaban cifras y, si éstas resultaban contradictorias, no entendían una palabra; exigían incesantemente nuevas piezas justificativas y, como el rey había dado orden de darles satisfacción, no encontraban la salida, sumergidos en la masa de documentos. Sin embargo, se servían de ella como de un recurso que los ayudaba a no aprobar nada: algunos, muy en forma, empezaban a difundir que tan sólo la nación, representada por los Estados Generales, podía aceptar nuevos impuestos. La Fayette, instrumento dócil y entusiasta de la intriga, era el que chillaba más alto. Por otra parte, la doctrina no era nueva: reaparecía cada vez que la monarquía estaba en aprietos, a partir del siglo XIV.

Del mismo modo, la aristocracia volvía a estar en ascenso cuando el gobierno se debilitaba. Las guerras de religión, la Liga y sobre todo la Fronda son pruebas de ello. La alta nobleza de 1787, enriquecida por sesenta años de elevación regular y casi constante del precio de los productos agrícolas y de las tierras, disponía de

grandes recursos frente a un Estado empobrecido, dividido, desconcertado. Sin duda la pequeña nobleza provincial, en su conjunto pobre y necesitada, mantenía la fidelidad a la dinastía, pero las casas más prominentes, los Montmorency, los La Rochefoucauld, los Noailles, y sobre todo los Orleáns, organizaban la rebelión. Felipe de Orleáns dirigía el baile. Todo lo destinaba a este papel, todo lo llevaba a desempeñarlo. El primero, el más conspicuo y el más rico de los príncipes de la sangre, se presentaba como heredero de una raza que ya había reinado y que ejercía en la capital una supremacía de prestigio y de clientela; finalmente, representaba ante Luis XVI, católico piadoso y honesto, una doctrina nueva, audaz y sin escrúpulos. La burguesía de París, al mismo tiempo que vociferaba contra sus vicios, admiraba a este príncipe anglófilo, fastuoso, ávido de dinero y de especulaciones, y que era capaz de llevarlas a cabo. Jefe de la francmasonería, disponía de la mayor clientela del reino; su "Casa Civil" comprendía en 1787 a más de 30 dignatarios y aumentaba sin cesar. Era un punto de encuentro para todos los espíritus audaces e innovadores; el Palais-Royal, con sus cafés, sus clubes, sus tabernas y sus teatros, sin olvidar sus calles, tan frecuentadas por las damas fáciles, o sus librerías, repletas de publicaciones escabrosas, constituía un centro de agitación maravilloso; además había junto a Orleáns una mujer que lo empujaba, lo asediaba, y lo mantenía en primer plano. En el pabellón de Bellechasse, habitado por la Genlis con sus alumnos, esta mujer no disimulaba su actuación política; desde julio de 1784, por otra parte, la "Sociedad Patriótica Bretona" la había invitado a asociarse a sus trabajos y la había proclamado "ciudadana", título característico que el club confería a las damas que lo protegían. La Genlis reunió en torno de ella a los agentes más secretos y más audaces del príncipe: el abogado Camille Desmoulins, de veintisiete años, el abogado Danton, el académico Chamfort, al célebre conde de Mirabeau, rey de los caballeros de industria, y el duque de Lauzun, que era entonces el alma negra de Felipe de Orleáns. El caballero Shee, con su espía Forth, facilitaban al duque los contactos ingleses, y un misterioso mulato, el caballero de Saint-Georges, tan buen compositor de música como notable espadachín, se contaba entre sus guardias. De la oscura caterva de brujos, adivinos y hechiceros, con quienes le gustaba rodearse al duque, sólo conocemos algunos nombres: el de Etteila, que Ligne le presentó hacia 1770,

y que profetizó a Orleáns sangre derramada, revoluciones y el trono. "Estoy persuadido que eso le hizo perder la cabeza", comenta Ligne, que lo conocía bien.

El poder del príncipe se apoyaba en el poder parlamentario. Después de tres siglos de leales servicios, los parlamentos se habían vuelto contra la monarquía de los Capetos. Había en ellos deseo de poder político, natural en las personas opulentas y bien situadas, a quienes el ejemplo inglés estimulaba y las máximas de Montesquieu embriagaban. En el siglo XVIII todo llevaba al Parlamento a resistir al rey para obtener un papel político cada vez más importante. Los millones, que las cargas hereditarias habían asegurado a un centenar de familias, les permitían hablar con soltura; también les permitían mantener detrás de ellos a toda una población de leguleyos, procuradores, abogados, escribanos, etc., enraizados en el bajo pueblo y en el populacho más criminal, que podían ser usados en caso necesario. Por lo tanto, los magistrados podían pronunciar palabras extremadamente graves y solemnes y suscitar serios levantamientos. Unidos y federados entre ellos desde 1750, los trece parlamentos de Francia hicieron desde entonces el mismo juego y usaron las mismas armas. Su poder había llegado a ser inquietante.

En este medio altanero, la francmasonería y los filósofos lanzaron sus semillas; sus adeptos, bien ligados entre sí, arrastran consigo al resto de la compañía. En París, la Cámara de Investigaciones agrupa a los agitadores: Robert de Saint-Vincent, Morel de Vindé, Duval d'Esprémesnil, Goislard de Montsabert y, ante todo, al hombre que sabe organizarlos y procurarles consignas: Adrien Duport, hombrecito prudente, silencioso, a veces sentencioso y siempre audaz en su reserva. Duport es un gran agitador. Ha sabido poner de su parte a La Fayette, siempre ávido de popularidad, y a los duques que forman parte del Parlamento. Desde hace tres años, es jefe de fila de las logias políticas fundadas bajo la cubierta de las doctrinas de Mesmer: las Logias de la Armonía. El banquero Kornmann, La Fayette y un grupo de nobles opulentos las ayudan con su celo y su dinero. Duport logra tener numerosos corresponsales en las provincias —parlamentarios, abogados—, y en los diversos medios de la capital, lo cual lo convierte en intermediario entre el Parlamento, la alta nobleza, la alta banca y los grupos enciclopedistas, siempre dispuestos a luchar contra el po-

der del rey. A su lado, el abate Sabathier de Cabre establece el vínculo con el duque de Orleáns; elocuente, "lleno de audacia e inclusive de insolencia, nada lo detiene", dice el duque de Montmorency, que lo conoció bien y que estaba entonces bajo su influencia.

Frente a una parte tan fuerte, las pequeñas astucias de sacristía que dominaba Loménie no podían hacer nada. Los Notables no concedían al rey ningún nuevo impuesto y multiplicaban las demandas: disminución del tributo, supresión de la lotería y de la gabela, creación de un comité de finanzas compuesto por ciudadanos independientes y encargados de examinar toda operación financiera. En lo que se refiere al impuesto, los Notables lo rechazaban totalmente. Cuando el mismo Brienne los acuciaba, alegaban las cifras dadas por Necker y retomadas por Brienne para hacer caer a Calonne: no había déficit en el presupuesto de 1780; en consecuencia, el enorme déficit de 1787 sólo podía ser la consecuencia de los errores de Calonne, de su mala gestión, de los gastos extravagantes de la corte, de los "abusos" de todas clases. "Suprimidlos y lograréis un excedente", argumentaban los Notables. Si Brienne gritaba que no tenía ya nada en caja, La Fayette le contestaba: "Hay que convocar a Estados Generales" y "mejor que eso", pues ya reclamaba una Asamblea Nacional, la reforma del Código Criminal, la rehabilitación de los protestantes, etc. En fin, seis de los siete burós rechazaron todo subsidio nuevo y declararon que no tenían poder para votarlos. Sin dinero, sin argumentos y sin paciencia, exasperado, agotado, Brienne decidió disolver a los Notables.

De todos modos, debió celebrar una sesión final, a la cual los enemigos del régimen concurrieron con regocijo. En una atmósfera de lírico entusiasmo, los unos complementaban a los otros y todos se aplaudían entre sí. El rey, en especial, fue coronado de laureles. Se proclamó "el reconocimiento, el amor sin límites, la devoción de todos los franceses por su persona sagrada, la emulación del bien público, que incendiaba todos los corazones... la rápida ejecución de los planes de orden, de justicia y de economía que la sabiduría del monarca había presentado". Lamoignon respondió en el mismo tono, utilizando una palabra muy a la moda entonces: "Revolución". "Habéis aconsejado a vuestro rey, habéis preparado y facilitado la más deseable de las revoluciones, sin más autoridad

que esa confianza que constituye el primero de todos los poderes en el gobierno de los Estados". ¡Como si los Notables no acabaran de destruir toda la confianza que los franceses y los extranjeros podían tener en la gestión de las finanzas del Estado francés! No menos decidido a la suavidad, pero preparando ya su venganza, Loménie de Brienne dejó entrever, en relación a las futuras asambleas provinciales, que tenía intención de convocar al Tercer Estado. "Dado que un solo y único interés debe animar a los tres Estados, se puede suponer que cada uno puede tener un número igual de representantes. Los dos primeros han preferido fundirse y reunirse y, por ello, el Tercer Estado logra por sí sólo tantas voces como el clero y la nobleza juntos, por lo cual no podrá temer que un interés particular extravíe los sufragios... Compartiendo este punto de vista, el rey ordenará que los sufragios no se realicen según el Estado representado, sino por cabeza". Frente a tantas palabras y tantas chicanas, el Parlamento contestó en tono amenazador. De pie, en medio de todos los colegas que también se habían parado, el presidente d'Aligre declaró: "Los Notables ven con temor la profundidad del mal... Una administración prudente y mesurada debe proteger hoy a la Nación contra las consecuencias enojosas que han sido previstas por vuestro Parlamento... Los diferentes planes propuestos a Vuestra Majestad merecen la deliberación más atenta... Sería indiscreto el atreverse a indicar los objetivos que podrían, preferentemente, merecer vuestra elección... En este momento, el silencio más respetuoso es la única actitud que nos corresponde". Marcando ya su victoria, el Parlamento anunciaba que iba a hacer su voluntad.

La derrota de Calonne recaía sobre su sucesor. Brienne hacía gala inútilmente de optimismo; los 140 millones del déficit debían, según él, ser cubiertos con 40 millones de economías, 50 millones de empréstito y 50 millones de nuevos impuestos; y esto demostraba, de todos modos, el fracaso del ministro, que esperaba nuevos asaltos. Las confesiones de Calonne, tras el fracaso de su gran plan, servían de arma a la oposición. Se exageraba la gravedad de la situación a fin de crear pánico. Según los cálculos del historiador mejor informado, Marion, el conjunto de las entradas anuales del Tesoro se elevó a 588 millones de libras, aproximadamente, de 1785 a 1789, y los gastos a 765 millones, o sea un déficit de 177 millones, equivalente a menos de un cuarto del presupuesto.

En 1715 el déficit había sobrepasado el 50 % de éste: 147 millones de gastos en contra de 69 millones de entrada, o sea 78 millones de déficit, sin que hubiera en consecuencia una situación grave. Inglaterra, por su parte, estaba agobiada por la deuda más pesada de toda Europa desde el fin de la guerra americana —más de 243 millones de libras esterlinas, o sea, más de 6.000 millones de libras francesas al cambio normal—; y, sin embargo, en este país no había amenazas de revolución. En Francia, la querella del presupuesto y del déficit fueron una ocasión utilizada por los Notables, y en particular por el alto clero, para forzar al rey a hacer concesiones y reformar el régimen, pues los prelados consideraban esto provechoso para sus fines. Adrien Duport lo declaraba crudamente a la Asamblea Constituyente el 1º de diciembre de 1789: "El déficit de las finanzas ha sido la única circunstancia que nos ha permitido recuperar la libertad".

El más violento de los arzobispos, Dillon, quería obligar a Luis XVI a constituir un gobierno a la inglesa, con dos Cámaras, en el cual sus colegas y él habrían de ejercer el poder legislativo en la Cámara alta. Los "patriotas" más astutos, Duport, la Genlis, Orleáns, veían más lejos; guiados por el ideal y las fórmulas masónicas, preveían un país regido por la ley, en la libertad y la igualdad, liberados del clericalismo, del derecho divino y de la rama mayor de los Borbones, demasiado piadosa y popular. Ni uno ni otros dudaban que los nobles, obispos, parlamentarios y filósofos, acostumbrados a mandar y dotados de una educación muy por encima de la del populacho, debían tomar las riendas y manejar a la nación. El mismo Turgot lo había creído siempre y los enciclopedistas estaban persuadidos de ello; en el pueblo sólo veían un instrumento cómodo. Habituados a los conciliábulos secretos, confiados en su propia inteligencia, en sus doctrinas, en su dinero y su complicidad, marchaban alegremente hacia la conquista del poder.

Capítulo II

LOS PARLAMENTOS CONTRA LA MONARQUÍA

En mayo de 1787, Loménie de Brienne aparece como el árbitro de la situación; en la corte, en la ciudad, es comparado con Mazarino y hasta con Richelieu; se recuerda su habilidad frente a los Estados del Languedoc y al Parlamento, y nadie duda que habrá de engañar y dominar a todos sus adversarios. Maniobrado por el abate de Vermont, a quien Brienne acaba de conceder una importante abadía, la reina sostiene impetuosamente al arzobispo; el rey, consciente del peligro en que se encuentra la monarquía, intenta utilizar la popularidad del nuevo ministro para lograr los créditos imprescindibles para hacer marchar al gobierno y defender a Francia. Luis XVI da a Brienne un amplio margen de acción.

Éste aprovecha para mejorar su situación, poner en todas partes a sus hombres y enriquecerse. Por otra parte, cuenta con su destreza, su estrella y sus complicidades secretas, que desde 1750 le han permitido hacer una carrera, pese a su ateísmo; la del partido enciclopédico, encantado de insinuarse dentro de la Iglesia, ensuciándola; y la de los otros obispos, demasiado caritativos para no utilizar al colega que les permite mantener el contacto con el adversario principal. Brienne quiere proceder suavemente y utilizar su crédito en estos dos grupos. Ya se ve triunfador. Pero se equivoca, pues en 1787 la generación de los Voltaire, de los d'Alembert, de los Duclos, violentos de espíritu, astutos en la acción y siempre deseosos de entenderse con el poder, ha muerto; sus discípulos de 1787 tienen intenciones de tomar ese poder y lograr que el ejercicio de éste sea ya imposible para los ministros. El programa de esta gente es el que expresaba Mably en 1785, al oponerse a toda reforma de la administración y de los impuestos con estas palabras: "No me gustan los remedios que sólo sirven

para aliviar el mal y que, haciendo bien en el momento, dan un vigor falso a una vieja máquina que debe ser destruida". Así pensaban los elementos jóvenes y combativos que se agrupaban en la Cámara de Investigaciones y que estaban guiados por los miembros de la Logia de la Armonía, en especial por su jefe, Adrien Duport.

Con un aire muy suave y un tono muy reposado, Duport dirigía las operaciones. Los magistrados más antiguos del Parlamento lo respetaban por su vida correcta, regular, y confiaban en él por la moderación de sus declaraciones; mientras tanto, en secreto, Duport entusiasmaba a los jóvenes, a quienes galvanizaba con su sorda violencia, y que se dejaban arrastrar por sus planes, tan misteriosos como bien combinados.

Duport pudo proceder con tanta más libertad porque el duque de Orleáns apoyó su maniobra e intentó utilizarla. La antigua alianza entre los Orleáns y el Parlamento acababa de fortalecerse gracias a Geoffroy de Limon, intendente de finanzas del duque. Este hombre, encargado de liquidar la sucesión enorme y complicada del finado duque en 1785, logró utilizar para ello a los miembros del Parlamento, con quienes había establecido una sólida camaradería. Uno de ellos, el abate Sabathier de Cabre, fue simpático a Felipe por su desvergüenza. El abate cultivó al duque y a madame de Genlis, considerándolos buenos instrumentos para medrar. Las complicidades de esta clase resultaban peligrosas para el rey, si no se apresuraba a actuar.

A pesar de la opinión de Lamoignon, partidario de la audacia y de la autoridad, Brienne escogía medios más lentos; en vez de presentar inmediatamente al Parlamento todos los proyectos de Calonne, empezó por mostrar el 5 y el 6 de junio reglamentos que instituían, de acuerdo al deseo de los Notables, un Consejo de Finanzas y de Comercio, encargado de discutir y controlar el presupuesto; pero este consejo, compuesto por el Guardián del Sello, por el Fiscal General, por los ministros de Estado y por los dos consejeros estatales miembros de la administración y dependientes del gobierno, no correspondía en absoluto a los deseos de los Notables, y la medida no suscitó ningún entusiasmo: se vio como una pantalla. Más tarde Brienne presentó al Parlamento, uno tras otro, los edictos; al comienzo todo anduvo bien; el 17, 22 y 27 de junio el Parlamento tomó cuenta del texto que instituía la libertad del co-

mercio de cereales, lo que creaba, en las comarcas de elección, asambleas de parroquias, de elecciones y de provincias, por último el que suprimía el servicio provincial y lo reemplazaba por una contribución pecuniaria. De todos modos, Duport aprovechó la envidia que despertaban en los parlamentarios estas asambleas destinadas a disminuir la función de los parlamentos, y reclamó que el ministerio publicara los reglamentos antes de cualquier aprobación. Aunque no pudo obtener la mayoría, Duport consiguió la aquiescencia en principio y una cláusula añadida según la cual "los reglamentos serían verificados en la corte". Así se inició el conflicto, que estalló el 3 de julio, cuando Brienne presentó para su aprobación el edicto sobre los sellos, que perjudicaba a todos los franceses, en especial a los banqueros y a los capitalistas. Inmediatamente, el Parlamento reclamó una versión de las entradas y los gastos antes de tomar cualquier decisión; el ministro se negó, alegando que este examen no correspondía al cuerpo del Parlamento y que los notables ya estaban enterados. Duport se puso entonces abiertamente a la cabeza de la oposición parlamentaria; erigió su egoísmo en contra de los planes de Brienne, cuyo "despotismo" denunció. El 16 de julio una nueva iniciativa del arzobispo, encaminada a obtener la aprobación de su edicto, suscitó una violenta resistencia; Robert de Saint-Vincent y Duval d'Esprémesnil atacaron a los hermanos del rey y a la condesa de Provenza, cuya "Casa" arruinaba al Estado; Sabathier de Cabre, volviéndose hacia sus colegas, exclamó: "Estáis pidiendo los libros de entradas y de gastos, pero lo que nos hace falta es la convocación a Estados Generales". Otro conjurado, Huguet de Sémonville, declaró: "Cuando el contribuyente carece de fuerzas, el impuesto no tiene efecto... el déficit es atroz, pero el impuesto (que proponen) es aún más atroz: todavía no conocemos el déficit, pero ya conocemos el impuesto... Suplicamos al rey que retire el impuesto y convoque a los Estados Generales..."

Adrien Duport retomó con más precisión las mismas ideas, reclamó una Asamblea Nacional permanente y ganó a los oyentes; se votó que "encargado por el Soberano de anunciar sus voluntades al pueblo, el Parlamento nunca había recibido el cargo de reemplazarlo; que tan sólo la nación, reunida en Estados Generales, podía dar a un impuesto permanente el consentimiento necesario". ¡El Parlamento renegaba así las máximas de la monarquía de los

Capetos y sus propias prácticas, pues en los últimos diez años había dejado pasar más de 12.000 millones de impuestos!

El tono se elevó aún más el 30 de julio, cuando se discutió la subvención territorial que creaba, a partir del 1º de julio de 1788, un tributo de 80 millones que debían ser repartidos por el Consejo entre las provincias, y en las provincias por los Estados o las Asambleas provinciales. Todos los fondos, sin excepción, debían pagar. Este impuesto reemplazaba los vigésimos suprimidos; se aligeraba la carga del Tercer Estado estableciendo la igualdad fiscal, lo cual suscitó una explosión en el Parlamento, que se apresuró a confundirlo todo para ocultar el egoísmo de los privilegiados. El 10 de agosto, Duport pronunció el discurso clave de toda esta campaña; en nombre de la felicidad y el crédito de Francia, reclamó los Estados Generales para establecer sobre bases ciertas la constitución del país.

También atacó directamente al ministerio y se atrevió a pedir que se reunieran todas las cámaras para pronunciar delante de ellas, contra Calonne, una denuncia en regla, que debía caer sobre Loménie, heredero de los proyectos de su predecesor. Duport habló en un tono amenazador, a la vez en nombre del Parlamento y de los capitalistas, acreedores del Estado; arrastró a sus colegas más allá de sus intenciones, pues tenía consigo "la opinión". Gracias a las cifras falsas del informe de Necker, estableció que el déficit no existía y que Calonne había mentido tanto al rey como a los Notables, o que, si el déficit existía, se debía a la administración de Calonne, que había de ser juzgado. Su demostración, tan falaz como lógica, fascinó a la Asamblea; verídicas o no, las cifras ejercen un extraño influjo sobre las inteligencias; por obra de su precisión, se imponen y dominan.

Ésta fue la función de estas evaluaciones fantásticas en la propaganda revolucionaria de 1787-1788. De un extremo al otro del territorio, campesinos, obreros y tenderos se enteraron de estas fórmulas y las repitieron con fervor. El gran ataque de Duport decidió al Parlamento a dar un decreto por el cual habría de informársele "de las depredaciones de las finanzas... cometidas por monsieur de Calonne en la administración financiera".

Este decreto revolucionario afectó al rey, a la reina y a todos los príncipes, que habían cubierto a Calonne y habían aprovechado su administración; por todas partes, María Antonieta se convirtió

en objeto de violentas acusaciones y su impopularidad se acrecentó a tal punto que ya no se atrevió ir a París; el discurso de Duport, difundido por la *Gazette de Leyde* y los otros diarios de los filósofos, comentado con pasión en todos los clubes del Palais Royal, pareció ser una denuncia contra la soberana. La agitación empezaba a ganar la calle y en ella los hombres del Foro, los estudiantes y el público del Palais-Royal aclamaban al Parlamento.

Frente a tantas amenazas, Brienne recurrió a una medida de propaganda a expensas de Luis XVI; el "reglamento del 9 de agosto" suprimía una serie de cargos en la Casa del Rey; esto dejaba descontentos a los cortesanos afectados por la medida y aislaba más al soberano en un momento en que necesitaba la fidelidad de los suyos; por otra parte, los clamores de la oposición, que gritaba pidiendo la muerte de Calonne y de la reina, sofocaban el ruido que pudo haber provocado tal decisión. La anarquía acechaba. El 14 de agosto el rey debió decidirse a firmar órdenes de prisión que enviaban a todos los miembros del Parlamento de París al destierro de Troyes; al mismo tiempo se dejaba sin efecto el arresto.

La autoridad parecía victoriosa, pero este éxito seguía siendo precario, pues la oposición redobló la violencia y las amenazas. Todos los cuerpos judiciales de Francia sostenían al Parlamento, los parlamentos provinciales apoyaron al de París y difundieron por todas partes sus argumentos y sus imprecaciones: el de Grenoble lo hizo el 21 de agosto, el de Toulouse el 27, etc. Especialmente París se había convertido en el centro de una agitación revolucionaria: como en 1770, como en 1754, como en todas las épocas en que el Parlamento luchó contra la corona, una multitud espesa, formada por abogados, por empleados de tribunales, por estudiantes de derecho y todos los proveedores que dependían de los parlamentarios y de la Casa de Orleáns, se levantaron contra el poder real y contra sus agentes; el conde d'Artois casi fue ahorcado cuando Provenza y él llevaron en nombre de Luis XVI los edictos que debían ser registrados en la Corte de Apelaciones y en la Cámara de Descuentos. En todos los barrios se pegaron carteles injuriosos contra la reina y el rey; la policía y los realistas eran acosados; se gritaba: "¡Vamos a la guerra civil! ¡Pelearemos!" Se repetían unos versos ultrajantes que un joven abogado vinculado al partido de Orleáns, Camille Desmoulins, acababa de escribir en Gennevilliers, en una propiedad del duque y bajo los propios ojos de éste:

...¡Un individuo desafía a millares de hombres!
Cree que sólo para él debe correr el sudor
de la frente del artesano, de la frente del labrador,
que los pueblos están hechos en nuestra triste Francia
para fabricar juguetes a los augustos muñecos,
y que todos han de sufrir para que en Trianon
nuestras desgracias hagan bailar a la austríaca Antonieta.
En Francia reina Claudio, y de Mesalina,
los años acrecientan el furor uterino...
¿Acaso cree hablar como amo de sus pueblos?
¿Lo cree...? Sin embargo, si Clodoveo
hubiera dictado a los francos su voluntad suprema,
de un mazazo habría sido derribado por tierra.
Entérate, Luisito, mi gordo papanatas,
que "Esto me gusta" ya no es ley...

Estas imprecaciones absurdas, que convertían a Clodoveo en un rey constitucional y al soberano más inteligente, más humano, y más preocupado por los intereses del país en un tirano sanguinario y obtuso, circulaban por todas partes. Ya se estaba instalando en Francia el clima revolucionario, la obsesión republicana.

Un ministro honrado y valeroso podía reaccionar aún, pues esta agitación provenía de una débil minoría y no respondía a los sentimientos ni a los deseos del pueblo en su conjunto. Bastó que el rey dijera a Breteuil que cerrara los clubes políticos y volviera a poner el orden en París, y gracias a Biron y sus guardias franceses, además de algunos otros regimientos, la calma se restableció en la capital. Los comerciantes no deseaban otra cosa: la ciudad retomó su vida normal. El rey deseaba dar pruebas de igual energía en relación a Prusia e Inglaterra, cuyas intrigas en Holanda amenazaban a los amigos y los intereses de Francia, y a la alianza franco-holandesa de 1785. Después de un largo período de hostilidad, la política acertada de Luis XV, y sobre todo la de Luis XVI, habían logrado apartar al pueblo holandés de Inglaterra; en 1780 una mayoría popular y los jefes de la aristocracia habían arrastrado a los Países Bajos a la guerra americana, salvo al Stathuder; éste, desde ese día, no había cesado de asistir a la disminución de su poder; despechado, se retiró a Frisia. Pero su mujer, hermana del rey de Prusia, más valerosa, y sostenida por un ministro inglés

tan hábil como audaz (Sir James Harris) preparaba su revancha. Inglaterra, que consideraba a Holanda uno de los peones más importantes en el tablero europeo, la alentaba con dinero y con intrigas; Federico Guillermo de Prusia, rey desde 1786, acechaba una ocasión favorable para intervenir. Una imprudencia de los "patriotas" holandeses le proporcionó un pretexto, y la insubordinación de los Notables franceses le hizo creer que no se corrían grandes riesgos con una actitud audaz. Exigió a los "patriotas" de Holanda que devolvieran al Stathuder su autoridad y que ofrecieran a su mujer una reparación conspicua. Para apoyar su ultimátum, reunió en Westfalia a 20.000 hombres. Confiados en el apoyo que el ministro francés no dejaba de darles desde hacía diez años, los tribunos holandeses se negaron. Vergennes y Calonne les habían prometido ayuda y el gobierno francés quería reunir un ejército, en el campo de Givet, para responder a la provocación prusiana. Siguiendo órdenes del rey, Montmorin pidió al Consejo que realizara el proyecto: los ministros lo votaron. La Fayette o Rochambeau debían ponerse al frente de este ejército. Sus nombres añadían para el pueblo holandés una promesa a la garantía constituida por el ejército.

Todo contribuyó entonces a entorpecer la acción con que Luis XVI intentaba mantener para Francia los beneficios de 1783 y evitar un conflicto europeo. Para reunir un ejército hacía falta dinero; en nombre del rey, el duque de Nivernois lo dijo a los "patriotas" del Parlamento y a sus amigos, que se encogieron de hombros; partidarios de una alianza con Prusia y deseosos de estorbar al gobierno, su "patriotismo" no se preocupaba de lo que pudiera ocurrirle a Holanda; continuaron sus obstrucciones; al mismo tiempo, dos de los ministros que habían luchado sordamente contra Calonne para obligar al rey a aceptar a Necker, Castries y Ségur, descontentos de la presencia de Brienne, presentaron sus renuncias (julio de 1787). En plena crisis, hubo que encontrar ministros para Marina y Guerra. A fin de intimidar a los opositores de Francia y a los enemigos del extranjero, el rey nombró a Loménie "ministro principal", dio el de Guerra a su hermano, el conde de Brienne, que era estimado, y el de Marina a de la Luzerne, que Castries recomendaba y que parecía ser competente. Al mismo tiempo, Montmorin se apresuraba a buscar una mediación austríaca en Holanda. Hubiera logrado su propósito si Brienne no hubiera

descuidado el reunir el ejército de Givet. Por culpa de esto, los prusianos invadieron los Países Bajos el 13 de setiembre. Abandonado a su suerte, el partido patriota holandés se desmoronó. La aristocracia, que desde hacía diez años apoyaba a los patriotas, se puso del lado del Stathuder, cuya autoridad quedó restablecida. Una doble alianza entre Prusia y Holanda, entre Holanda e Inglaterra, consagró esta victoria de los enemigos de Francia y este retroceso de la influencia francesa, el más grave desde 1783.

La oposición aprovechó esta ocasión para culpar al rey y sus ministros de una derrota de la cual era ella responsable. Tan sólo Orleáns, que acababa de enviar a los Países Bajos a su canciller Du Crest y a su agente Brissot, encargados de ver si no era posible conseguirle alguna corona de rey o de príncipe, quedó decepcionado. Pero Orleáns alimentaba otros sueños. Demasiado tarde, Loménie se asustó de los argumentos y las intenciones de Pitt; convocó a Suffren a Versalles, donde fue recibido por el rey, y recibió el mando de la Gran Flota; al mismo tiempo, empezó a armar a Brest, y Luis XVI, mediante una rápida correspondencia, obtuvo el apoyo de España. El ministerio inglés retrocedió: aceptó reducir sus armamentos y mantener la paz. La Francia monárquica aun intimidaba. Fue menester que los ingleses se contentaran con su éxito holandés, bastante precario, pues el Stathuder carecía de genio y el pueblo seguía inquieto.

Esta dura lección... ¿fue comprendida en Francia, en donde los disturbios populares empezaban a alarmar a los parlamentarios menos ciegos? No es posible saberlo, y el otoño trajo una especie de apaciguamiento.

Recibido en Troyes con entusiasmo, después de ver diputaciones que venían de toda Francia, seguro del apoyo que le prometían las Cortes del Reino, el Parlamento se atrevió el 27 de julio de 1787 a votar una nueva declaración en que repetía sus argumentos a favor de los Estados Generales. Duport había sabido aprovechar la languidez de todos para obtener sus fines. Pero después de los grandes discursos, la gente se aburrió, reflexionó y, por un movimiento natural, se negoció.

Desde hacía algunas semanas, los elementos más moderados de la masonería y los parlamentarios de más edad, asustados por las iniciativas de Duport y adivinando sus intenciones, intentaron llegar a un acuerdo con Loménie de Brienne. El duque de Montmo-

rency-Luxemburgo, fundador y secretario del Gran Oriente, le servía de vocero. Pero la totalidad de su vida privada, dedicada a las extravagancias, y su vida pública de encarnizado opositor, junto con una inteligencia cuya mediocridad era universalmente reconocida, le daban poco crédito en Versalles. Brienne prefirió utilizar medios más bajos, más sordos y más personales. Utilizó una amable dama para negociar con d'Oultremont y el clan de los jóvenes del Parlamento. Duport y sus amigos chillaron en vano; sus colegas se aburrían en Troyes; la agitación se calmaba y el entusiasmo también. Quedó entendido que el Parlamento habría de prorrogar por dos años el segundo vigésimo y que el ministro habría de retirar sus edictos. Esta solución absurda, que obligaba a la autoridad y a la oposición a desdecirse, satisfizo a los dos partidos, y el Parlamento volvió a París el 20 de septiembre de 1787 a fin de cumplir su parte en lo tratado.

En París se encontró con una acogida tumultuosa. No sólo se aplaudía a los que volvían; se silbaba a sus enemigos; una muñeca que representaba a la reina debió soportar interminables vejaciones; se arrastró por el barro otro maniquí que representaba a madame de Polignac. Estos clamores, muy alentadores para quienes manejaban el juego, no dejaban de acrecentar las alarmas de los consejeros de más edad y más juicio. El arzobispo llegó a la conclusión de que convenía sacar partido de estas nuevas disposiciones, y la oposición pensó que debía encontrar nuevas armas, fuera de ese vacilante cuerpo. Duport organizó en secreto la Sociedad de los Treinta, con presidente y burós elegidos, sesiones tres veces por semana en que se discutía la propaganda a realizar, las sumas requeridas, las maniobras necesarias y el programa en general: se iba a exigir una declaración de derechos a la americana, una Constitución y una Asamblea Nacional. Por su parte, Orleáns preparaba a sus agitadores.

El día en que Loménie de Brienne, ya en las últimas y sin dinero, creyó segura una mayoría en el Parlamento, lo convocó urgentemente a París, antes del fin de sus vacaciones, el 19 de noviembre de 1787, con el propósito de obtener una serie de empréstitos escalonados, que le permitieran postergar los Estados Generales. De acuerdo con Duval d'Esprémesnil y los personajes más considerables de la compañía, evitó un ámbito judicial, que no agradaba a estos señores, y se contentó con una "sesión regia", en la

cual cada uno habló, pero en la que no se votó, y que terminó con un tácito asentimiento. En cambio, el rey habría de prometer Estados Generales y pronunciaría palabras de paz. Se habló de 420 millones de libras escalonadas en cinco años; cansado de esta cocina, indignado en el fondo de sí mismo, aunque deseando favorecer la maniobra de Brienne, Luis XVI habló del derecho de la Nación, pero lo hizo con tono firme. Lamoignon, en cambio, se mostró brutal y recordó que sólo el rey era soberano y que el Parlamento incurría en una grave responsabilidad. La Cámara grande, en la forma convenida, se pronunció a favor del registro puro y simple. Luego hubo una larga serie de discursos en que los conjurados desplegaron una violencia que llegó hasta el ultraje contra el ministro y el rey. Torpe como siempre, Duval d'Esprémesnil hizo un llamamiento teatral al rey, quien no respondió palabra, para no complicar más la operación. El chorro de palabras manó durante siete horas. Finalmente, Lamoignon se levantó para protestar contra el registro del empréstito y el traspaso a los comisarios del proyecto de estatuto para los católicos. Al parecer, todo había terminado; pero se oyó entonces una gritería bien orquestada, y el duque de Orleáns, asesorado por el abate Sabathier, se levantó y declaró con voz baja y balbuceante: "Señor: ese registro me parece ilegal". Luis XVI lo hizo callar: "Sí, es legal, puesto que yo lo quiero". Después se retiró. Aprovechando su partida, los patriotas de la Cámara de Encuestas anotaron en los registros las protestas de Orleáns y le atribuyeron así una firmeza y una importancia que la intervención no tenía en sí misma. Finalmente, la multitud lo llevó en andas triunfalmente. La rebelión había encontrado un jefe y lo proclamaba.

Al día siguiente, Orleáns estaba desterrado en su castillo de Villers-Cotterets, donde se consolaba cazando con sus galgos, mientras sus principales cómplices, el abate Sabathier y Fréteau, fueron llevados al Mont-Saint-Michel y a Doullens, mansiones menos cómodas. Naturalmente, estas medidas dieron ocasión para que el grupo de Duport y los orleanistas pusieran el grito en el cielo; el Parlamento se agitó y el fin de año fue muy curioso. El empréstito no daba resultados; los Parlamentos provinciales asociaban sus indignaciones a las de sus colegas parisinos, y a sus maniobras. En vano el gobierno se esforzaba por realizar economías (decreto del 13 de octubre de 1787 en que se reducen las pensiones a un total

de 15 millones, disminuyendo el número de los consejeros de Estado y eliminando del ministerio de Guerra a los oficiales, empleados y generales supernumerarios...); a pesar de todo el Tesoro no se llenaba y el Parlamento no se calmaba. Por el contrario, buscaba por todos los modos "popularizarse"; Duport, experto en extremismos, reclamaba que se extendiera a los israelitas los beneficios del edicto en favor de los no católicos; lograba que sus colegas votaran un decreto en el cual denunciaban las órdenes de prisión y acusaban a la monarquía de "degenerar en el despotismo". Sin duda el rey hizo borrar estas líneas de los registros del Parlamento, pero de todos modos circulaban por todas partes. La opinión seguía enardeciéndose y Brienne, retenido en cama por achaques cuyo carácter vergonzoso era muy comentado, dejaba pasar los días. No hubo viaje a Fontainebleau por razones de economía, y en un Versalles a medias vacío Luis XVI se encarnizaba en el trabajo, procurando defender los intereses de Francia, en todas partes comprometidos desde que los extranjeros veían a Su Majestad muy cristiana reducida a la impotencia por sus enemigos internos. Inglaterra y Prusia, continuando sus éxitos, quitaban a Francia su aliado turco y lo lanzaban a una loca guerra contra Austria. Francia seguía neutral, y era lo menos malo que podía hacer.

El marqués de La Fayette se complacía en sacar el balance para su gran amigo George Washington. Encantado de sí mismo, como siempre, describía "el espíritu de oposición y de patriotismo que se ha difundido en la primera clase de la Nación", oponiéndolo a "la insolencia burlona del populacho de las ciudades, siempre dispuestos a dispersarse ante un destacamento de guardias", y a la pasividad del pueblo del campo, descontento y "sumido en la ignorancia". Seguro de sí mismo y de sus amigos, contaba con el triunfo: 'Llegaremos... a meter en la cabeza de todos que el rey no tiene derecho a imponer impuestos a la Nación y que nada en este sentido puede estipularse en ausencia de una Asamblea Nacional".

Capítulo III

EL RECURSO A LA ANARQUÍA

Filippo Mazzei, a quien el rey de Polonia había enviado a París para que lo tuviera informado sobre los acontecimientos de Francia, escribía a su soberano el 26 de julio de 1788: "La tiranía aristocrática lucha contra el despotismo de la monarquía, y el pretexto es el bien del pueblo, al cual, sin embargo, la aristocracia es aquí, como en todas partes y siempre ha sido, mucho más contraria que la monarquía..."

Grandes señores rumbosos, parlamentarios opulentos y capitalistas especuladores, durante el invierno de 1787-1788 combinaban sus esfuerzos con los del duque de Orleáns y sus logias masónicas para forzar a la monarquía a capitular. Más esperanzas albergaban cuanto más inferior a su tarea se mostraba Loménie; hasta había asombrado a sus enemigos que, engañados por la opinión pública, no lo habían tenido por tan nulo. El peligro no estaba allí: el peligro estaba en otra parte. A pesar de todo lo que la sociedad de Duport, los parlamentos y la cancillería de Orleáns hacían, la masa no había sido sacudida. Siempre ingenuo, La Fayette explicaba esto a Washington con estas palabras: "Los asuntos de Francia marchan hacia una crisis, cuyos resultados son tanto más inciertos si se piensa que el pueblo, en general, no siente ninguna inclinación por llegar a los extremos. «Morir por la libertad», no es la divisa de este lado del Atlántico. El pueblo, mi querido general, está tan sumido en la ignorancia que yo me he enfermado en consecuencia y los médicos han tenido que refrescarme la sangre". (25 de mayo de 1788). Los médicos lo habían purgado.

Ese invierno todos se sentían mal: Loménie de Brienne estaba en cama y seguía una dieta de leche; Luis XVI también guardaba cama con una erisipela que lo torturaba menos que las noticias po-

líticas. Sólo se levantó para los funerales de su tía Luisa, muerta en olor de santidad en el Carmelo (17 de diciembre de 1787). A pesar de su enfermedad, vigilaba a ministros y adversarios. El 29 de enero de 1788, después de algunos esfuerzos de obstrucción y de propaganda, el Parlamento pasó el edicto que devolvía a los protestantes el estado civil y los reintegraba a la nación francesa.

Para obedecer las órdenes del rey, los burós tomaron una serie de sabias decisiones: fomentaron vigorosamente las economías y la supresión de empleos, procuraron alcanzar una unificación de las cajas y de los descuentos para el Estado: "La parte sana de la nación ve con admiración y reconocimiento las reformas inmensas a las cuales se han resignado nuestros amos —decía la *Correspondance Secrète* del 24 de marzo de 1788—; la demolición de las casas reales, que tanto cuestan al Estado, por servicios y manutención, se ha detenido. El rey sólo conservará Versalles, Fontainebleau, Compiègne y Rambouillet... La reina ha consentido en eliminar 173 cargos de su casa". Al mismo tiempo, Brienne hizo publicar el *Compte rendu de l'état des finances*, reeditado por Soufflot de Mérey, tan exacto como lo permitían las circunstancias. Aquí se revelaba la grave situación del Tesoro, que mal podía disimular el tono optimista de los razonamientos. Brienne confirmaba las cifras de Calonne, y aprovechó la ocasión para lanzar un nuevo folleto: *Respuesta de monsieur de Calonne al escrito de monsieur Necker*. Pero de nada le sirvió tener razón: nadie quiso escucharlo, y desde entonces se consideró su querella con el ginebrino lo mismo que se contempla una partida de pelota muy reñida. Ya no se trataba de saber quién tenía razón, sino quién iba a ganar.

La fiebre crecía en el Parlamento y en los salones. Con el propósito de atraer al pueblo, el tono se elevaba; para poner en aprietos al gobierno, se organizaba la anarquía y el rechazo del impuesto. El 4 de enero el Parlamento de París se inició con una protesta contra el destierro del duque de Orleáns, de Fréteau y de Sabathier. El rey dejó sin efecto el decreto el 17 de enero, aunque lo renovó el 18. El 18 de marzo hubo nuevas demostraciones, en términos muy violentos, contra las órdenes de prisión; después, el 11 de abril, contra la sesión regia y la casación de las sentencias del Parlamento; finalmente, el 29 de abril, Goislard de Montsabert presentó una moción para librar a los capitalistas del préstamo de fondos al Estado, y denunció las encuestas que habían hecho los

fiscales del vigésimo para aplicar el impuesto; hasta se llegó a amenazar con pleito para intimidar y favorecer la rebelión de los contribuyentes. En este terreno triunfaban los parlamentarios: el empréstito de 120 millones no marchaba bien; las asambleas provinciales, estorbadas por los agentes de Duport, se negaban a pagar las cifras exigidas; en Riom, La Fayette logró bloquear todas las iniciativas ministeriales; en Tours, Alençon, Poitiers, se lo imitó. En París, Châlons, Caen, Estrasburgo, Metz, etc., se discutió tanto que los aumentos impositivos quedaron reducidos a nada. En el mercado financiero desorganizado el Parlamento difundió el pánico con su sentencia. En unas pocas semanas, Loménie corrió el riesgo de encontrarse sin un sueldo, ya que se impedía al Estado hacer empréstitos y modificar sus estipendios revisando la repartición del vigésimo.

Exasperado, el ministro preparó una respuesta aplastante. En secreto, realizaba una operación análoga a la de Maupeou; ayudado por el abate Maury, Lamoignon lo había puesto al corriente. Por desgracia, la corte y los diplomáticos acreditados husmearon algo; Mercy-Argenteau describió a José II el 25 de marzo de 1788: "Al parecer, se piensa reducir los parlamentos a simples funciones de judicatura, establecer una Corte Plenaria compuesta por representantes de todos los órdenes del Estado y formar con ella un tribunal que habrá de registrar las leyes. Es poco verosímil que una tentativa de esta importancia, que cambiaría la constitución de la monarquía, pueda salir bien de manos de quienes la han imaginado; sin recursos de dinero, obtenidos de una u otra manera, el peligro de una catástrofe habrá de ser hacia fines de año tan inminente que será muy difícil suspender los efectos". Mercy expresaba así sus deseos, pues albergaba en relación a Francia y a Luis XVI sentimientos de odio. Sus relaciones íntimas con Necker y con varios parlamentarios lo volvían peligroso. Por él o por otro el Parlamento fue informado del peligro que lo amenazaba.

El grupo Duport mantenía espías en las principales administraciones. El 3 de mayo uno de ellos, tipógrafo, se encontraba en el taller en que se imprimían los edictos. El espía consiguió un juego completo de pruebas, lo hizo una pelota, lo metió dentro de arcilla y lo tiró por la ventana; un compañero se apoderó de la pelota y la llevó a sus patrones. Por lo menos, ésa es la historia que circuló... Seis edictos habrían de transformar la adminis-

tración de justicia en Francia; por el primero se creaban 47 tribunales de apelación, (o "grandes bailías") repartidos en toda Francia; al Parlamento tan sólo le dejaban los asuntos de primera instancia relativos a los clérigos y a los gentilhombres y, en segunda instancia, las causas civiles que alcanzaran a sumas superiores a 20.000 francos. Por el segundo y el tercero quedaban suprimidos los tribunales especiales, tan impopulares, el "interrogatorio en el banquillo" y la tortura previa. Por el cuarto, quedaba reducido el número de parlamentarios a 67 y se anunciaba el reembolso por los empleos suprimidos. Por el quinto, se creaba un tribunal plenario, único competente para registrar las leyes, y que estaría compuesto principalmente por altos funcionarios y miembros de la gran cámara. Por el sexto se declaraba en vacaciones al Parlamento. El conjunto de estas medidas parecía prudente y conforme a los deseos y las necesidades del pueblo.

Los más audaces entre los magistrados se dieron cuenta que era menester una respuesta que hiciera ruido. Duport dejó que Duval d'Esprémesnil se tirara a fondo y redactara una declaración solemne, apropiada para sublevar a las multitudes; los magistrados, se decía en ella, "advertidos por la pública notoriedad de los golpes que amenazan a la Nación, a través del atentado contra la magistratura, y considerando que la resistencia del Parlamento a los dos impuestos, su declaración de incompetencia para otorgar subsidios, sus solicitaciones para obtener los Estados Generales, y sus reclamaciones sobre la libertad individual de los ciudadanos han sido las causas de las acciones de los ministros contra la magistratura, que estas acciones no tienen otro fin que cumplir las *antiguas disipaciones* sin recurrir a los Estados Generales, si ello fuera posible, y que el sistema de la única voluntad manifestada por los ministros anuncia el funesto proyecto de aniquilar los principios de la monarquía, deciden que Francia es una monarquía gobernada por el rey, de acuerdo a leyes, algunas de ellas fundamentales, que comprenden y conciernen los derechos de la casa reinante, el derecho de la Nación de conceder libremente los subsidios por el órgano de los Estados Generales, regularmente reunidos, la inamovilidad de los magistrados, las costumbres y capitulaciones de las provincias, el derecho de las Cortes de verificar las voluntades de los reyes y de ordenar el registro de las mismas, cuando están conformes con dichas leyes, el derecho de cada ciudadano de no ser juz-

gado más que por sus jueces naturales, y no ser arrastrado más que para ser puesto en manos de jueces competentes". A continuación juraron no aceptar otro empleo que el cargo que desempeñaban.

Esta declaración molestó a los ministros y no suscitó el entusiasmo que anhelaban sus autores. Resumía bastante bien las pretensiones que el Parlamento proclamaba desde hacía algunas décadas, pero no correspondía a las máximas de la monarquía, que el Parlamento mismo había practicado desde los tiempos de Carlos VIII. De 1500 a 1788, ni el rey ni el Parlamento habían considerado que fueran necesarios los Estados Generales cada vez que se creaba o se modificaba un impuesto. Con estas frases el Parlamento condenaba, pues, su conducta pasada frente a los reyes. Las personas enteradas lo sabían; pero el pueblo ignoraba todo esto o percibía aquí un esfuerzo de los privilegiados para evitar esos impuestos que los ministros querían imponerle y que debían pagar equitativamente. De todos modos, en su tendencia a querer reducir a unas cuantas propuestas, aparentemente racionales, las instituciones complejas de la antigua monarquía, fundada en el poder espiritual y familiar del rey, la propuesta presentaba tantos peligros como inconvenientes. Nunca pareció prudente que los monarcas franceses discutieran en la plaza pública los orígenes y la extensión de sus poderes, establecidos desde hacía siglos sobre la confianza y los servicios realizados.

Por eso, la respuesta de Brienne fue ruda y rápida: hizo arrestar a Goislard de Montsabert y a Duval d'Esprémesnil, enviando a uno a Pierre Encise, y al otro a las islas Sainte-Marguerite. Prevenidos por sus amigos y agentes, los dos magistrados se refugiaron en el Palacio de Justicia, en el cual se reunió desde muy temprano el Parlamento, para deliberar con tanta pompa como agitación. El Parlamento puso a los dos culpables bajo la "protección del rey que los golpea y de la ley que él olvida"; envió una delegación a Versalles, y esperó el retorno sin cerrar la sesión; muchos pares, los hombres más grandes de Francia, se habían unido al Parlamento, donde estaban sentados por derecho propio: los duques de Montmorency, de Uzès, de La Rochefoucauld, de Praslin, de Fitz-James... También había otras personas más equívocas... Se esperaba; a la medianoche se oyó el galope de caballos: un regimiento de caballería rodeaba el Palacio; los patios se llenaron de soldados. El marqués d'Agoust se hizo presente para exigir al Par-

lamento que le entregara los dos condenados. El marques leyó la orden de arresto. Sintiéndose fuertes por su número, por su pompa y sus rojas investiduras, los parlamentarios rehusaron. D'Agoust se retiró; después de él volvió la delegación enviada a Versalles por el Parlamento; el rey se había negado a recibirla, Lamoignon los había hecho esperar y la delegación traía un "no" muy duro. En el Palacio, ciudadela asediada, cada uno se preparó a dormir mal, aunque solemnemente. D'Agoust reapareció a las once de la mañana y exigió que se le señalara a los dos rebeldes. Duval se resignó al heroísmo: se entregó él mismo diciendo: "Soy la víctima que vienen a inmolar sobre el mismo altar..." Después rogó que no lo olvidaran. Goislard lo siguió; el Parlamento redactó nuevas representaciones ante el rey, en las cuales reclamaba la liberación de los dos consejeros. Después abandonaron la sala en la que habían sesionado durante treinta horas. El ujier cerró las puertas del Palacio y se metió la llave en el bolsillo. El Parlamento de París se destruía al querer dominar a la monarquía.

La sentencia solemne fue pronunciada en Versalles el 8 de mayo. En medio de una gran pompa, el rey ocupó su lugar; brevemente, aunque con firmeza, censuró la campaña llevada por el Parlamento de París contra la Corona, y el impulso que había dado a los otros parlamentos. Luego Lamoignon explicó sus decisiones y presentó sus edictos, que se habían vuelto necesarios por la actitud subversiva y la carencia de tribunales. Los magistrados debieron escuchar los textos que suprimían la crueldad en los interrogatorios y la bárbara tortura, así como la obligación de los jueces de definir bien el delito condenado y la promesa de indemnidad para los acusados reconocidos como inocentes... El rey realizaba así, con su propia autoridad, las reformas que aquellos jueces políticos debían haber hecho hacía ya tiempo. Mientras lo escuchaban, se sentían condenados. Sin embargo, llenaron la sala con sus murmullos cuando un último edicto reveló la creación de un Tribunal plenario, encargado de registrar los impuestos y las leyes. Tan sólo figuraba aquí la Cámara grande con los pares, el canciller, los prelados, los gobernadores de provincia, diez consejeros de Estado y delegados de los parlamentos de provincia. Finalmente, el furor del Parlamento llegó a su colmo al enterarse de que estaba en vacaciones, *sine die*, tanto el de París como los otros doce parlamentos de Francia. Los parlamentarios se retiraron restallando de furia; la Cámara

grande misma se esforzó, en vano, por protestar. El rey la despidió. En París los conjurados y sus familias, los medios orleanistas, los grupos organizados por Duport y los "salones patriotas" se agitaron. Sin embargo, el público se burló de los distintos actores del drama, y no se movió un ápice. De pura indignación, La Fayette debío meterse en cama; Duport tomó buena nota de todo esto: hacía falta un brebaje más fuerte para sacudir a la multitud.

Brienne, aunque vencedor, estaba preocupado. Ya el 9 de mayo reunió al Tribunal plenario sin dificultades, pero sin resultados. Tan sólo el tiempo podía consagrar a aquel nuevo organismo y volverse eficaz. En este caso, el tiempo era oro. Sin oro, imposible esperar, imposible ganar la batalla. Contaba con su orden, el clero, para que le diera una mano: a este efecto lo convocó en Asamblea. Brienne olvidaba que, desde hacía veinte años, estas asambleas eran siempre dominadas por los "obispos administradores", sus semejantes, poco devotos y muy aferrados al dinero. En mayo de 1788 los obispos no se conmovieron; según el modo de ver de ellos, se había hecho la lista de sus bienes en relación al descuento del vigésimo, no para hacerles pagar, sino para tener una idea de los montos; veían en esto una amenaza y sólo pensaban en apoyar al Parlamento contra el rey. "El pueblo francés —declararon el 15 de junio— no puede ser sometido a impuesto a voluntad. La propiedad es un derecho fundamental y sagrado... Cuando la nación no está reunida en Asamblea, los parlamentos que velan por sus derechos merecen todo su reconocimiento..." Después de protestar contra el establecimiento del Tribunal plenario y haber proclamado el carácter sagrado de la propiedad eclesiástica, exigieron una declaración del rey afirmando esta verdad, antes de aprobar ningún crédito. La obtuvieron, pero lograron la magra suma de 1.800.000 libras, pagaderas en dos años; como el Parlamento, también el clero de Francia se levantaba contra la monarquía tradicional y la empujaba hacia la bancarrota. Para salvar la opulencia, el clero favorecía la subversión.

Ésta se produjo en las regiones más alejadas de la capital, donde se demoraba el espíritu feudal y la oposición a la unidad francesa. Mientras el conjunto de las ciudades y de los campos del reino recibía con pasividad satisfactoria las medidas que ponían fin al poder de los parlamentos, tan impopulares después de los asuntos de Calas, Sirven y La Barre, las regiones en donde la Corte local

representaba un último resto de gloria y de soberanía se agitaban, estimuladas por grupos de nobles que concurrían a las logias y a los clubes masónicos: la Bretaña, el Béarn, el Delfinado, la Provenza fueron teatro de tumultos. En cuanto se enteró de las medidas que se preparaban en los Tribunales, el Parlamento de París, aprovechando la red creada, dio el alerta a todos sus afiliados. La nobleza de Bretaña, desde el momento de su unión a Francia (1491) no cesaba de buscar ocasión para recobrar la autonomía y desempeñar un papel político. El Parlamento de París no vaciló en apoyarse en estos elementos hostiles a la unidad nacional y se obstinó en proclamar: "La ley es la voluntad de la nación, es decir, la voluntad del rey controlada por los parlamentos y con los Estados Generales como árbitros en caso de conflicto".

Para enfrentar esto, Brienne despidió de sus empleos a todos los gobernadores e intendentes de provincia, sin darse cuenta que los mismos nobles (o "ennoblecidos") se mostraban muy accesibles a los argumentos de los parlamentarios. En Bretaña, el conde de Thiard, hombre de mundo y de talento, no carecía de valor militar ni de dignidad, pero no comprendió nada de la lucha civil y no le gustó el papel que le tocaba desempeñar; el intendente Bertrand de Molleville, muy inteligente pero poco valeroso, comprendía todo muy bien y temía recibir un golpe. Los dos hombres no se querían. Cuando llegaron a Rennes, las sociedades secretas y los clubes afiliados ya estaban alertados. Rennes, ciudad sin comercio, vivía de su Parlamento; los posaderos y los tenderos lo sabían muy bien. La ciudad estaba repleta de leguleyos verbosos y agitados. Resultó fácil a sesenta u ochenta gentilhombres, que se jactaban de ser de "la nobleza" y que constituían la "cámara ardiente" o el "bastión", es decir, el centro de la nobleza "filosófica" local, poner en jaque a los diversos cuerpos constituidos y hacerles tomar decisiones hostiles a las órdenes que se esperaban de Versalles; el Parlamento votó el 5 de mayo un decreto violento, que se difundió por la provincia. El 9 llegó la noticia de los acontecimientos de París; el tribunal plenario de la nobleza, rápidamente convocado, decidió en una sesión tumultuosa protestar ante el gobernador. Después decidió rechazar cualquier empleo en las instituciones recientemente creadas. Al comprobar que aumentaba el desorden, el gobernador y el intendente decidieron precipitar las cosas y convocaron al Parlamento el 10 para registrar los edictos. Inmediatamente el lado "pa-

triota" se puso en pie de guerra. Se quería atacar a los oficiales del rey a la salida del Parlamento. Este último sesionó de las siete y media hasta la una; a pesar de su obstrucción, tuvo que ratificar los edictos. Pese a los agitadores, la subversión no tuvo tiempo. El gobernador y el intendente hubieran podido volver a sus casas sin tropiezos, pero el primero cometió la tontería de despedir a su escolta; en seguida recibió un bastonazo en la cabeza, y el intendente una pedrada: los dos debieron salvarse a la disparada, mientras la "juventud" dominaba la calle y protegía a los magistrados: de todos modos, dejaron de reunirse; el primer objetivo de Loménie estaba alcanzado; ahora había que obligar a los magistrados a alejarse de Rennes y establecer la nueva justicia; los "patriotas" lograron impedirlo, difundiendo por todas partes protestas y apoyándose en la nobleza, cada vez más excitada, mientras el pueblo permanecía indiferente. Ante esta situación, Loménie creyó que había llegado la hora de ejecutar sus órdenes.

Prudente, solicitó refuerzos de tropas, que entraron en Rennes el 3 de junio de 1788 —alrededor de unos 1.900 hombres. Esto debía ser suficiente para asegurar la partida de los parlamentarios, a quienes había intenciones de despachar muy temprano. Pero los "patriotas", avisados por sus espías, dieron el alerta a los magistrados en las primeras horas de la noche y los llevaron al hotel de Cuillé, propiedad de uno de ellos. Allí deliberaron en contra de las órdenes del rey, mientras los jóvenes nobles, los abogados y empleados del "palacio bajo" dominaban la calle. El gobernador había dado a los soldados órdenes de no tirar. La pequeña ciudad se alborotaba, y la emoción de los espectadores acrecentaba el tumulto. Pálido de miedo, Thiard aceptó la partida de las tropas. Sin embargo, en la noche siguiente, distribuyó discretamente las cincuenta y ocho órdenes de prisión, y los parlamentarios se fueron finalmente de Rennes. Esa jornada escandalosa reveló la organización eficaz de las sociedades secretas y políticas, y la debilidad de los agentes del poder. Ante todo, puso de manifiesto por primera vez el éxito de las ideas "filosóficas" y de las logias masónicas. Todos los oficiales bretones, olvidando sus juramentos y con la mano sobre el corazón se recusaron antes de la revuelta. El coronel de regimiento de Rohan quedó solo al frente de sus hombres, de los cuales ni uno aflojó.

El carácter nobiliario de esta primera revolución se revelaba

por todos lados. En Pau, el Parlamento empezó obedeciendo al rey y cesó en sus funciones. Inmediatamente unos jóvenes nobles de Béarn organizaron un tumulto e hicieron venir a unos vascos de las montañas para obligar al Parlamento a reanudar las sesiones. Con orgullo declararon: "¡Reclamamos nuestro contrato y la fe en ese rey que amamos!" En Provenza, donde la nobleza también se agitaba, el pueblo no sólo no la seguía, sino que le manifestaba su desaprobación, recordándole en la Asamblea de Lambesc que lo importante no era el Parlamento ni los estatutos provinciales, sino la igualdad ante el impuesto, el voto por cabeza y en común de las órdenes, como la monarquía había concedido ya en 1639 en su "Asamblea de las Comunidades". De esta manera se producían conflictos en cadena. No bien triunfaba la orden regia, la nobleza sufría los efectos de la anarquía que ella misma había organizado.

En el Delfinado, los acontecimientos se precipitaron.

El gobernador, el duque de Clermont-Tonnerre, de gran alcurnia e impregnado de espíritu enciclopédico, el intendente Caze de la Bove, personaje mediocre, eran poco aptos para la lucha. Frente a ellos, el Parlamento, enteramente compuesto por nobles, apoyados por los abogados, los procuradores, y todo el mundillo de comerciantes, empleados y gente de servicio que dependía de ellos, demostraba desde hacía tiempo un espíritu subversivo. Desde hacía cincuenta años este mundillo no cesaba de luchar contra los ministros y había logrado inclusive impedir que funcionara la Asamblea Provincial del Delfinado. El 10 de mayo logró obstruir durante veinte horas las órdenes de Brienne, y Clermont-Tonnerre no logró imponerles nada más que un registro forzado de los edictos del 8 de mayo; Clermont-Tonnerre no se sentía a gusto cuando se alejaba del Palacio de Justicia, cuyas llaves llevaba en el bolsillo. El 20 de mayo el Parlamento, reunido en casa del primer presidente, lanzó un virulento manifiesto contra los principales puntos del edicto del 8 de mayo, y ¡se atrevió a enviarlo al ministro, a todos los otros Parlamentos y a todos los tribunales de jurisdicción! Irritado, Lamoignon ordenó la remoción de los magistrados rebeldes de Grenoble y la instalación de las dos grandes bailías previstas para la provincia. Pero no se pudo reclutar el personal: hasta ese punto tenían miedo los jueces y los abogados a los señores del Parlamento. El 7 de junio, Clermont-Tonnerre envió muy tem-

prano a unos oficiales a casa de los treinta y seis magistrados, con órdenes de prisión (destierro). El día fue mal elegido, pues había feria. Los procuradores y los ujieres no tardaron mucho en levantar a los campesinos que habían venido a vender su leña y se difundió por toda la ciudad, gracias al repique de todos los campanarios, un desorden creciente. El gobernador había prohibido a los soldados el uso de la bayoneta y, para mayor precaución, se había evitado darles cartuchos. La multitud se dio cuenta de esto y se envalentonó; desde las azoteas se lanzaron tejas; mal dirigida, sin órdenes precisas, la tropa era impotente. Al terminar el día la multitud invadió el hotel del gobernador, que capituló.

El gobernador dio a los soldados orden de retirarse y permitió a los parlamentarios permanecer en la ciudad; inclusive aceptó que el cuerpo parlamentario entrara solemnemente al Palacio de Justicia rodeado de una multitud que le arrojaba flores y laureles; ¡llegó su debilidad hasta meter preso a un oficial que había demostrado su celo y permitió que los oficiales de la marina hicieran una colecta para las víctimas de ese día! ¡Semejante "despotismo" no podía durar!" La ciudad celebró su victoria durante varios días; después, todo el mundo tuvo miedo. El Parlamento se eclipsó, los ricos lo siguieron; el ministerio reemplazó a Clermont-Tonnerre por el conde de Vaux; en la ciudad, abogados y burgueses desautorizaron la sublevación, especialmente los excesos cometidos "por las capas más groseras del pueblo".

Loménie quedó pues en condiciones de detener a los agitadores e instalar las bailías, pero no hizo nada de esto. Dejó que los conjurados continuaran con sus operaciones; la "red" de Duport alimentaba al Delfinado con nuevos incendiarios venidos de Bretaña o de los Pirineos; en los volantes se insistía en los derechos de las provincias; la labor de la monarquía, vieja de cinco siglos, se veía amenazada, junto con la unidad francesa. No menos revolucionario, aunque más juicioso que los otros agitadores, J. J. Mounier, juez real de Grenoble, imbuido de Blackstone, de Delolme, de Montesquieu y de las constituciones americanas, empezaba a destacarse, sostenido por su amigo Barnave, abogado del Parlamento de Grenoble. Con el pretexto de reunir dádivas "para aliviar la miseria presente del pueblo", convocó para el 13 de junio una reunión de Notables de los tres órdenes que, después de una discusión de doce horas, publicó un manifiesto revolucionario en que se atacaban los

edictos de mayo en nombre de los "derechos nacionales", y no ya los privilegios de la provincia; se oponían a la creación de nuevos tribunales; reclamaban el regreso de los Parlamentos y la reunión de los Estados Generales. Sobre todo convocaban una Asamblea de los tres órdenes en Grenoble. La nobleza había ganado la primera partida contra la realeza; la alta burguesía se disponía a sacar provecho. Loménie, una vez más, envió instrucciones estrictas, aunque pusilánimes: alertar los cuerpos ciudadanos, lograr que los sacerdotes predicaran la calma, utilizar la tropa en caso de sublevación. Pero tanto en el Delfinado como en Bretaña los regimientos ya no eran seguros; los oficiales y los comandantes locales, obligados por sus consignas masónicas, vacilaban en obedecer las órdenes del rey; en cuanto a los soldados, eran comprados con regalitos de tabaco, alcohol y alimentos. No obstante, en 1788 los jefes aún podían contar con ellos.

Era necesario detener la propaganda que desmoralizaba a la población y se desencadenaba como una marea: los informes sobre la reunión del 14 de junio, los folletos, los afiches, las cartas y las circulares les habían costado a los señores del Parlamento 50.000 libras en los meses de junio y julio, con la colaboración del duque de Orleáns, gobernador de la provincia; nobles opulentos y burgueses fastuosos, como los Périer, no se negaron a pagar. Se enviaba a las aldeas y a los burgos modelos de las deliberaciones que debían realizarse. No se vacilaba en publicar el texto de resoluciones tomadas en el curso de deliberaciones ficticias. Mientras tanto, de Grenoble a Versalles y de Versalles a Grenoble, galopaban delegaciones y correos; tres gentilhombres llegaron a la corte, pero el ministro convocó a los dos primeros cónsules para que los reprendieran; el 30 de junio el Consejo del Rey vetó la deliberación del 20; pero el comandante de la provincia toleró reuniones de Notables fuera de Grenoble. Así, Mounier y sus asociados siempre tenían que hacer. La nobleza, que empezaba a vacilar, sospechando que era tomada de tonta, fue arrastrada... El 14 de julio, en el hermoso castillo de Vizille, prestado por Périer, que ofreció un suntuoso banquete, 22 eclesiásticos, 29 nobles, 89 diputados del Tercer Estado, rodeados de 187 hombres de negocios de Grenoble" se reunieron. Se discutió hasta medianoche y la reunión terminó a las cuatro de la mañana. Mounier fue el vínculo de la empresa, y la nobleza, a pesar de su repugnancia, aceptó unos textos que le im-

ponían grandes sacrificios: doble representación del Tercer Estado en los Estados provinciales, voto individual, acceso del Tercer Estado a todos los empleos, pago por los tres órdenes del impuesto que reemplazaba al servicio provincial, etc. En sus quejas, reclamaban al rey que levantara los edictos del 8 de mayo, la convocación de los Estados Generales y el restablecimiento de los parlamentos, y terminaban apelando a todas las provincias para una acción común. "Los tres órdenes del Delfinado no separarán nunca su causa de la de las otras provincias y, sosteniendo sus derechos particulares, no abandonarán los derechos de la Nación".

La firmeza del lenguaje, la dignidad de la reunión y el tono "patriota" de esta declaración le valieron una amplia difusión en todo el país, gracias a los cuidados de la oposición. Todo este ruido ocultaba sin embargo un éxito a medias: en torno a la nobleza regional y a algunos jurisconsultos, sólo se habían reunido algunos pocos delegados de las otras ciudades de la provincia. Algunas asambleas preparatorias sólo consiguieron un ínfimo número de asistentes: 120 en Romans sobre 4.500 habitantes, 77 en Die, 76 en Saint-Marcellin, 30 en Crest. En muchas aldeas estas asambleas fueron teóricas: cinco o seis personas hablaron en nombre de 700 u 800 ausentes. El público de las zonas rurales no se interesó mayormente en la "jornada de las tejas". Mounier, que no carecía de vanidad, observaba: "Las clases más humildes del pueblo esperan tranquilamente el resultado de nuestros trabajos".

Pocas tropas, pocos figurantes, pero mucho ruido: éste era el carácter común de todas estas revueltas. En Versalles el rey recibía fastuosamente a los enviados de Tippoo Sahib, en medio de una batahola chillona de personas que entraban y salían, todas curiosas. Los sublevados de Bretaña, sin pérdida de tiempo, habían creado un "Comité de Correspondencia Particular", copiado de los de la guerra americana, que celebró en junio una serie de reuniones, como resultado de las cuales doce gentilhombres, delegados por su orden, se dirigieron a Versalles para hablar con el rey. Breteuil los recibió, pero el rey no les concedió audiencia, juzgando que su mandato era irregular; se consolaron dando un banquete a todos los bretones nobles de París, el 14 de julio, en el Hôtel d'Espagne; los duques de Chabot y de Praslin, los marqueses de Sérent y de La Fayette asistieron. Después del banquete, cuando volvían un poco achispados a sus casas, los doce fueron detenidos y llevados a

la Bastilla, donde los recibió el gobernador, con deferencia. Los caballeros fueron tan poco vigilados que aprovecharon el tiempo libre para entablar una correspondencia con las sociedades parlamentarias del Delfinado, de Artois, del Languedoc y de Provenza, todas representadas en París. Como únicas sanciones, monsieur de La Fayette perdió su comando militar, y madame de Praslin su cargo de dama de honor de la reina. Una nueva delegación de bretones llegó sobre las pisadas de los primeros y Breteuil, que los recibió, debió presentar su dimisión. Esto no impidió a Loménie practicar un ardid demasiado sutil para ser eficaz —convidar a La Fayette a que lo visitara y otorgarle una larga audiencia, con abundantes melindres; Loménie se preparaba a dar un nuevo salto, abandonando a Lamoignon y convocando los parlamentos.

Rechazado por su orden, que se negaba a ayudarlo, asediado por sus amigos "filósofos", estorbado por la anarquía jurídica que reinaba en la mayor parte de las provincias, Loménie se sostenía tan sólo por el favor de la reina y la dificultad de encontrale un reemplazante. El golpe de gracia le fue dado a principios de agosto por sus ayudantes, cuando el primer secretario de Finanzas, Gojard, vino a decirle que la caja estaba vacía y la cosa fue confirmada por los otros funcionarios. En vez de culpar a su propia incuria, Loménie vio aquí un complot de los amigos de Calonne. La intervención de Artois ante el rey, enterándolo del peligro, y el hecho que este príncipe nombrara a Gojard para un alto cargo en su casa, a fines de agosto, permiten pensar que Loménie había entendido la situación. De todos modos, el abismo se abría ante él. Sus aprietos eran ya conocidos en las embajadas. Sus dificultades se hicieron públicas cuando el 16 de agosto declaró que aplazaba por un año el pago de todos los capitales y primas, y que los pagarés superiores a las 1.200 libras iban a ser pagados en parte en billetes del Tesoro, como las rentas. Los gastos de los diversos departamentos, excepción del salario de los soldados, serían regulados con el mismo método. Brienne intentó disimular esta bancarrota parcial publicando su edicto con el título de *Medidas referentes al orden y la forma de los pagos del Tesoro real.* Pero nadie se llamó a engaño. Inmediatamente la Bolsa se desmoronó y el griterío contra el ministro incapaz se generalizó. La duquesa de Polignac, que hasta ese momento no había hablado de política con la reina, fue a verla y le dijo que, si no despedía a Loménie sin pér-

dida de tiempo, su vida estaría en peligro y sus amigos temían no poder salvarla. Poco después llegaron *Mesdames*, las hijas de Luis XV, y le hablaron de la misma manera.

Impresionada, María Antonieta obtuvo que su marido llamara a Necker y le hiciera aceptar a Loménie, que veía en esta maniobra una manera de reconquistar el favor popular y encontrar dinero. Asimismo, la reina pidió a Mercy-Argenteau, muy ligado a Necker y bastante metido en la intriga, que sondeara al ginebrino. Loco de alegría y temblando de miedo, éste se excusó, proclamando su devoción a la Corona. Él no podía, dijo, aceptar ningún cargo mientras ocupara el poder un primer ministro tan odiado: esto le hubiera cortado todos sus medios de acción y lo habría arruinado ante la opinión pública. Mercy no tardó en trasmitir esta hábil respuesta a la reina y a Loménie, insinuando que la única solución era el despido inmediato del último. Durante tres días, María Antonieta se preguntó cómo era posible despedir sin indignidad a un hombre que le era "tan devoto". Sin embargo, el arzobispo ya negociaba por lo bajo con Emmanuel de Haller, un banquero suizo agiotista a quien tenía intenciones de poner en Finanzas. Las horas pasaban. Finalmente Mercy hizo entender a todos la extensión del peligro que corrían.

Pero faltaba convencer al rey. Luis XVI conocía al obispo impío y al piadoso ginebrino; de todos modos, prefería al primero; pero comprobaba que el peligro se acrecentaba; se resignó a apoyar a Necker, ya que todos sus consejeros se lo presentaban como el único salvador posible. Eran necesarios créditos inmediatos y Necker se jactaba de poder obtenerlos. Loménie, enterado de la suerte que tenía de zafarse del asunto, y por otra parte inundado de favores por la reina, desapareció sonriente, mientras que, presentado por el austríaco Mercy, el banquero ginebrino de origen prusiano rendía honores a la soberana de Francia y le juraba con emoción hacer todo lo posible para salvar al país (25 de agosto de 1788).

La Bolsa empezaba ya a recobrarse.

En todas las esquinas de París había bandas que quemaban, ahorcaban y destripaban muñecos con la efigie de Loménie de Brienne; varias noches seguidas echaron agua a la guardia, quemaron las garitas de vigilantes y obligaron a los sargentos de patrulla a arrodillarse en la calle y pedir perdón al pueblo. Según monsieur de Mercy todo esto se inició con toques de clarín y gran-

des reuniones populares en el Palais-Royal. El rey envió dos mil hombres y tropas para vigilar la ciudad y se logró restablecer la calma.

Lleno de malos presentimientos por todo lo que veía, el embajador de Austria escribió a José II que Necker había sido bien recibido, "pero ¿será posible que dejen actuar a este hombre capaz a quien han llamado? ¿Será este hombre capaz de sobreponerse a las intrigas y los inveterados desórdenes de este país? Veo muchas nubes en el horizonte". Y Mazzei resumía el peligro en sus informes al rey de Polonia: "La reflexión (aquí) es un artículo extremadamente raro. Se siente con la cabeza y se juzga con el corazón".

Libro Cuarto

LA REVOLUCION ORLEANISTA

Capítulo Primero

MONSIEUR NECKER DIRIGE EL BAILE

Con el abdomen prominente, la cabeza echada hacia atrás, ostentando su gran papada, monsieur Necker llegaba al poder henchido de falsa modestia y lleno de sincera vanidad, tan decidido a servir al rey como a seguir únicamente sus propias ideas; en una palabra, tan mareado como asustado.

A todos, incluso al rey, Necker dijo que su popularidad le iba a permitir restablecer las finanzas y salvar al país. Por lo tanto, no había que hacer nada que pudiera perjudicar su popularidad. Su mujer y su hija Germaine, casada con el barón de Staël, encargado de negocios de Suecia, lo rodeaban con un ardiente halo de amor, admiración, propaganda, intrigas y promesas. Con sumas considerables a su disposición y movidas por un celo infatigable, estas mujeres servían a un solo dios con medios diferentes; madame Necker sólo deseaba la apoteosis de su marido y estar a su lado para disfrutar de ella; madame de Staël buscaba su propia apoteosis y la de todos los hombres que podían darle gusto adulándola, distrayéndola o amándola. Madame de Staël buscaba especialmente los hombres jóvenes, de porvenir y vigorosos. Monsieur Necker estaba bien servido.

Un inmenso concierto de elogios provenientes de todos los rincones de Francia y de todos los grupos lo acogió. Tan sólo un oído muy fino escuchaba las críticas que se murmuraban a la sordina o se gritaban a lo lejos. Monsieur Panchaud, a quien Necker llevó a la bancarrota, no se lo había perdonado y tenía detrás a un inquieto grupo de jóvenes que incluían a Mirabeau, Talleyrand, el abate Louis y los mejores intelectos de la nueva generación; Filippo Mazzei, que sin embargo era su compinche en la masonería inglesa y en la Revolución, lo juzgaba crudamente. El 10 de octubre de 1788 escribió al rey de Polonia: "La naturaleza ha dotado

a este hombre de una violenta pasión por la gloria sin darle a la vez las condiciones necesarias para obtenerla por el camino recto; lo ha dotado de una imaginación fecunda unida a un talento limitado, lo cual le impedirá siempre profundizar los temas, combinarlos y captar el conjunto... Su propósito es impresionar a la opinión pública: lo ha logrado muy bien y no ha sido delicado en la elección de los medios. Puesto en el poder por una camarilla sorda a la dirección de las finanzas, ha empezado por rechazar los emolumentos de su cargo; ha afectado un espíritu de economía y de austeridad que ha impresionado a las naciones extranjeras, demostrando que podía hacer la guerra sin establecer nuevos impuestos; por lo menos, se ha jactado de esto; pero lo cierto es que los impuestos han aumentado bajo su administración en cerca de 20 millones, en parte por un aumento secreto de los tributos y de la capitación, en parte por algunas verificaciones de los derechos sobre consumos, por el aumento sucesivo de la población, de las riquezas y de los gustos dispendiosos.

"Todo esto le ha valido una reputación deslumbrante, y su caída lo ha consagrado. No se ha querido reflexionar, en los breves momentos de su ministerio, que este hombre no hizo más que doblar su fortuna; no por haber robado: es demasiado inteligente y orgulloso para rebajarse a esta maniobra de imbéciles, sino creando los fondos para la guerra con empréstitos y costosas operaciones bancarias y continuando como socio de la casa a la cual acudía para emprender la mayoría de las negociaciones. No se ha tomado en cuenta que los grandes principios económicos eran sólo una pantalla y que los empréstitos hechos para evitar los impuestos han sido la fuente del veneno que ha llevado las finanzas a la alarmante situación en que se encuentran hoy. En cuanto a su informe, se le han disculpado los elogios fastidiosos que hace de sí mismo y la afectación que consiste en traer a colación a su mujer para hacerla elogiar; también se le ha hecho el honor de no examinar sus falsos cálculos. Pero monsieur de Calonne se ha encargado de esto. Incapaz de justificarse a sí mismo, Calonne ha empezado a desenmascarar a su antagonista y nos promete desenmascararlo aún más...

"...La opinión pública no tiene sobre sus talentos y sus virtudes una idea tan elevada como se dice. Hay quienes pretenden (entre éstos su amigo Duport) que esta reputación está mejor que

nunca. Es un error. El deseo ambicioso que siempre demostró por entrar al ministerio, su obra sobre la importancia de las opiniones religiosas, y las Memorias de monsieur de Calonne le han quitado una buena parte de esa buena reputación". Y empleando un tono más íntimo, lo describe, el 19 de setiembre, como "un charlatán fanfarrón".

El problema era delicado para Necker. Después de haber llevado a buena parte de la alta sociedad, de la burguesía y del pueblo ginebrino a hacer inversiones en los fondos franceses, en condiciones muy ventajosas, no podía así como así empujar a Francia a la bancarrota. Sin duda no había olvidado "tomar precauciones" para sí mismo, pero sus compatriotas lo iban a maldecir si los arruinaba. Tampoco podía albergar la intención de sacudir a Francia. Y no conocía bastante el país para saber en dónde debía realizar las reformas ni cuáles eran los medios políticos convenientes. Confiado en su propia sabiduría y en algunos principios demasiado simples, amenazó con dejarse arrastrar, no tanto por sus amigos de la oposición, los La Fayette, los La Rochefoucauld, Orleáns, como por su rutilante hija y por su vanidad, que le impedía tolerar de parte del rey ninguna medida que perjudicara su reputación o disminuyera su popularidad.

La reina, entonces embaucada por él, albergaba sin embargo algunas inquietudes. El 19 de agosto escribió a Mercy: "Habría que frenarlo". Gracias a ese don profesional de los soberanos, que suele pasar por doblez, la reina no dejaba de recibir a Necker y de prodigarle sus mayores amabilidades. Y, como mujer perspicaz, madame de Staël adivinó el juego de la reina y no se lo perdonó. Fue así que, lejos de proteger a la reina de los odios, como lo deseaba Mercy, la llegada de Necker hizo aumentar el peligro para María Antonieta, para el rey y para Francia.

Capítulo II

NECKER FRENTE A LA INTRIGA ORLEANISTA

Al tomar el poder, monsieur Necker pudo elegir su política. Pero las primeras semanas eran decisivas.

Los desórdenes, penosamente iniciados gracias a los esfuerzos conjuntos de los parlamentarios, del grupo Duport y de los orleanistas, seguían localizados y, aunque empezaban a difundir por el país cierto malestar y a paralizar la administración, no eran aprobados por todos. La Fayette, fastidiado, escribió a una hermosa amiga, lamentando el fracaso de Brienne, al cual él tanto había contribuido: "Antes de ayer pasé un rato con un consejero que conozco y le dije que me parecía ridículo que el Parlamento se ocupara de sus intereses particulares; le había hecho reconocer la utilidad de varias bailías y la necesidad de dar al gobierno los medios de moverse hasta el mes de mayo; le repetí diez veces que lo tomaba demasiado en cuenta para creer que él fuera lo que se llama un «parlamentario»..."

Más crudamente, el marqués de Condorcet, había dicho unas cuantas frescas a todos los agiotistas intrigantes en un opúsculo titulado: *Cartas de un ciudadano de los Estados Unidos a un francés sobre la situación actual, por el señor marqués de C...* Mazzei analiza así la obra: "El objeto del autor es sólo examinar, dentro de los principios de un republicanismo rígido, las nuevas operaciones del gobierno y la resistencia que éstas han encontrado. Trata de probar que se combate para defender las pretensiones aristocráticas de los diferentes cuerpos y no para el restablecimiento de los ciudadanos en sus derechos naturales, y que las operaciones del gobierno, buenas o malas, no representan un nuevo ataque a la libertad de la nación. Este sentimiento ha sido en general el de las personas razonables que no tienen interés en la querella y no per-

tenecen a ningún partido... Estas cartas, cuyo autor es, al parecer, el señor marqués de Condorcet, presentan el análisis más instructivo y sensato que se haya hecho hasta ahora de los asuntos nacionales".

Aprovechando esta corriente de opinión, Necker podía mantener lo esencial de las reformas de Lamoignon, que representaban un gran progreso en relación a la organización judicial antigua. Podía conservar a Lamoignon, hombre íntegro y valeroso. Podía sacar provecho de las imprudencias, las locuras, las brutalidades que la oposición se permitía, para instaurar una política de orden y de transición gradual hacia una reforma completa de la administración. De acuerdo con los deseos del rey, esta política hubiera coincidido con el carácter y los medios de monsieur Necker; hubiera ganado el asentimiento de la gran mayoría del pueblo francés si se hubiera tomado un poco el trabajo de explicarla al público y sostenerla con un uso prudente de la fuerza. La popularidad del rey, aún intacta, y la de Necker, apenas raspada, la habrían sostenido eficazmente.

Monsieur Necker decidió tomar otro camino: estaba decidido a no hacer nada que pudiera menoscabar su prestigio. De esta manera se convirtió en el esclavo de "la opinión", a la cual se complacía en llamar "la Nación", y no se sabe si por ingenuidad o por astucia. En sus comienzos recurrió a un silencio "romano" y a las intrigas de sus mujeres. De esta manera se oponía a la voluntad de Luis XVI, que quería advertir al pueblo sobre los peligros presentes y precaverlos contra las maniobras de los ambiciosos, orientando los espíritus hacia las posibles reformas y marcando los límites de las innovaciones, a fin de evitar el caos. Necker se negó; al rey, a la reina, les repitió que su "buen pueblo", siempre fiel, serviría de protección contra las ambiciones y el egoísmo de los privilegiados: había que dejarle la iniciativa. De manera discreta y sorda orientaba a la población por medio de sus agentes provinciales, e hizo llegar a las municipalidades de las ciudades y a los párrocos mensajes que desencadenaron un alud de cartas dirigidas al ministro y que reclamaban doblar el Tercer Estado y el voto por cabeza. Y no olvidaban celebrar en términos líricos la nobleza de alma del ministro. Al mismo tiempo, por medio de Duval d'Esprémesnil, a quien estaba muy vinculado, incitaba a Duport a dirigir al Parlamento en este sentido. Gracias a su amigo y correligionario Rabaut-Saint-Étienne, controló la opinión en la

región de Nîmes, y por medio de su protegido Mounier estimuló en el Delfinado la corriente que oponía el Tercer Estado a los nobles. Otros agentes obraban en diversas partes de Francia, pues Necker poseía una red completa.

Estas maniobras no pasaban inadvertidas al rey, bien informado por sus agentes secretos y lo confirmaban en su desconfianza hacia Necker, a quien no podía, de todos modos, despedir. El rey aceptó de mala gana el alejamiento de Lamoignon, que Necker sacrificó para congraciarse con el Parlamento. Luis XVI nombró Guardián del Sello a un parlamentario que le recomendó Artois: Barentin, un personaje de poco relieve pero leal. Sin interferir en el poder de Necker, cuya primera preocupación era la de dominar en el Consejo del Rey, Barentin trabajaba contra él en la sombra. Este grupo, que combatía a la sordina, aunque eficazmente, la influencia de Necker, enviaba al rey informes y sugestiones redactadas por el abogado Moreau. El Parlamento y la nobleza se daban cuenta por fin del error que había cometido al atacar a la Corona y parecían dispuestos a apoyar los esfuerzos de Barentin.

El 24 de setiembre, una vez más y solemnemente, Necker prometió la reunión de Estados Generales para el 1º de enero d 1789. Inmediatamente la mayoría del Parlamento, escapándose de la tutela de Duport, reclamó para esta Asamblea el reglamento de 1614. Ahora bien, en ese año no se había hecho duplicación del Tercer Estado ni voto individual. Esta decisión del Parlamento suscitó una algarabía. Todos sus antiguos admiradores y partidarios fervientes se volvieron contra él y lo acusaron. Duport juró vengarse y Necker, incómodo, buscó la manera de parar el golpe. Se apresuró a convocar a los Notables, que nunca habían sido despedidos: deseaba obtener la duplicación de la representación del Tercer Estado. Esta vez, como la precedente, los Notables (12 de diciembre de 1788) se negaron a seguir al ministro. Muy despechado, Necker se dirigió al conde de Provenza, siempre dispuesto a cualquier maniobra oblicua si esto podía favorecer su posición; Provenza y su buró votaron por doblar el Tercer Estado, ínfima minoría frente al conjunto de los Notables.

Necker, aterrado, y su hija Germaine, enfurecida, sólo encontraron un recurso: el Consejo del Rey. Éste se reunió el 27 de diciembre de 1788 y, por primera vez, la reina estuvo presente. Necker señaló el extremo peligro en que se encontraba la monar-

quía. Mercy describe en estos términos la actitud del ministro: "Aunque el último informe de monsieur Necker... no revela toda su ansiedad, no por ello deja de ser menos real ni menos bien fundado. Efectivamente, no es posible prever hasta dónde habrá de extenderse la resistencia de los dos primeros Estados, el clero y la nobleza; es posible que su oposición vuelva infructuosa la convocatoria de los Estados Generales y produzca efectos cuyas consecuencias tampoco es posible prever..." Previamente Necker había aleccionado a la reina, que se mostró tan iracunda contra la nobleza que llegó a hacerle una escena al duque de Montmorency-Luxemburgo, en casa de madame de Polignac, acusándolo de tener una actividad hostil al Tercer Estado. En el Consejo, la reina votó a favor de doblar el Tercer Estado y Necker, apoyado de esta manera, ganó la decisión. Desde hacía cerca de dos años los privilegiados atacaban tan violentamente a la monarquía que la medida, prevista ya por Loménie de Brienne, pareció lógica; gracias a un golpe de audacia brillante y audaz, Duport arrancó una aprobación de esta política al Parlamento. En un día en que los antiguos miembros estaban ausentes... (3 de diciembre de 1788) Necker triunfaba.

Orleáns también. Después de la partida de Du Crest, este príncipe confió su cancillería a Choderlos de Laclos, famoso por su novela *Les Liaisons dangereuses*, a la que rodeaba a la sazón una atmósfera de escándalo. Esto lo favorecía a los ojos del duque. Felipe de Orleáns no era un monstruo, pero poseía todas las cualidades que permitían llegar a serlo: un extremo orgullo unido a una cuna ilustre; una inmensa fortuna, una inteligencia vivaz que le permitía defenderse, pero que se convertía en una tortura por la extrema sensibilidad que despertaba en él el más leve insulto; una afición ardiente a la intriga y a la especulación, que su languidez, muy principesca, nunca satisfacía y sólo sería para irritarlo, dado que tendía a ver todo como un espectáculo. Finalmente, una voluptuosidad insaciable, ingeniosa, devoradora, que lo precipitaba a las aventuras más audaces si podían proporcionar algún alimento a sus sentidos o a su imaginación. Muy temprano se había enemistado con Luis XVI, su superior en rango, a quien él juzgaba inferior en todo lo demás. Lo odiaba mucho más por respetarlo y porque Luis jamás se había rebajado a maltratarlo. Su odio, en cambio, había aumentado contra la reina, cuya altanería habs-

burguesa no le había ahorrado sinsabores. Estimulado por de Laclos, por Chamfort, por La Touche, por el abate Sabathier y ofuscado por las predicciones de Etteilla, Orleáns se atrevía a todo.

Le bastaba, por otra parte, con dejar las riendas a Laclos; a partir de su entrada en funciones, éste dio un nuevo impulso a la máquina, construida pacientemente desde hacía diez años por madame de Genlis y su hermano. Los documentos que poseemos prueban que el esfuerzo de Laclos se concentraba en tres puntos: por lo pronto, una amplia difusión de folletos destinados a exaltar la ambición del Tercer Estado, a señalarle la extensión de sus derechos y de sus posibilidades, mostrándole a Orleáns como protector natural de ellos; el famoso libelo de Sieyès: *¿Qué es el Tercer Estado? — Nada — ¿Qué debe ser? — Todo — ¿Qué quiere ser? — Algo*, fue el más exitoso de sus folletos y el más eficaz; después estableció en los principales centros del duque unas oficinas de beneficencia que permitían, a la vez que socorrer a los pobres más miserables, encontrar individuos dispuestos a dar pistoletazos y que familiarizaban al personal del duque con el pueblo bajo, acrecentando la popularidad de Orleáns; Pétion, Brissot y muchos otros se ocuparon de esta organización, preparándose de este modo para su papel revolucionario; finalmente, se acostumbró a los jefes del personal orleanista a promover una revolución total y brutal, que permitiría intimidar a la nobleza cautelosa y al clero discutidor; esta revolución no respetaría nada del pasado y crearía una sociedad nueva, conforme al ideal masónico: igualdad, fraternidad, libertad. Orleáns puso claramente de manifiesto su voluntad de favorecer esta tendencia con la actitud que tuvo ante la solicitud que el príncipe de Conti, su buró y otros nobles distinguidos entre los Notables presentaron a Necker para que la entregara al rey al terminar la Asamblea. En ella se decía: "Tened a bien, señor, convencer al rey hasta qué punto es importante para la estabilidad de su trono, para las leyes y para el buen orden, que todos los nuevos sistemas sean proscritos para siempre y que la Constitución y sus antiguas formas se mantengan en su integridad". Orleáns se negó a firmar.

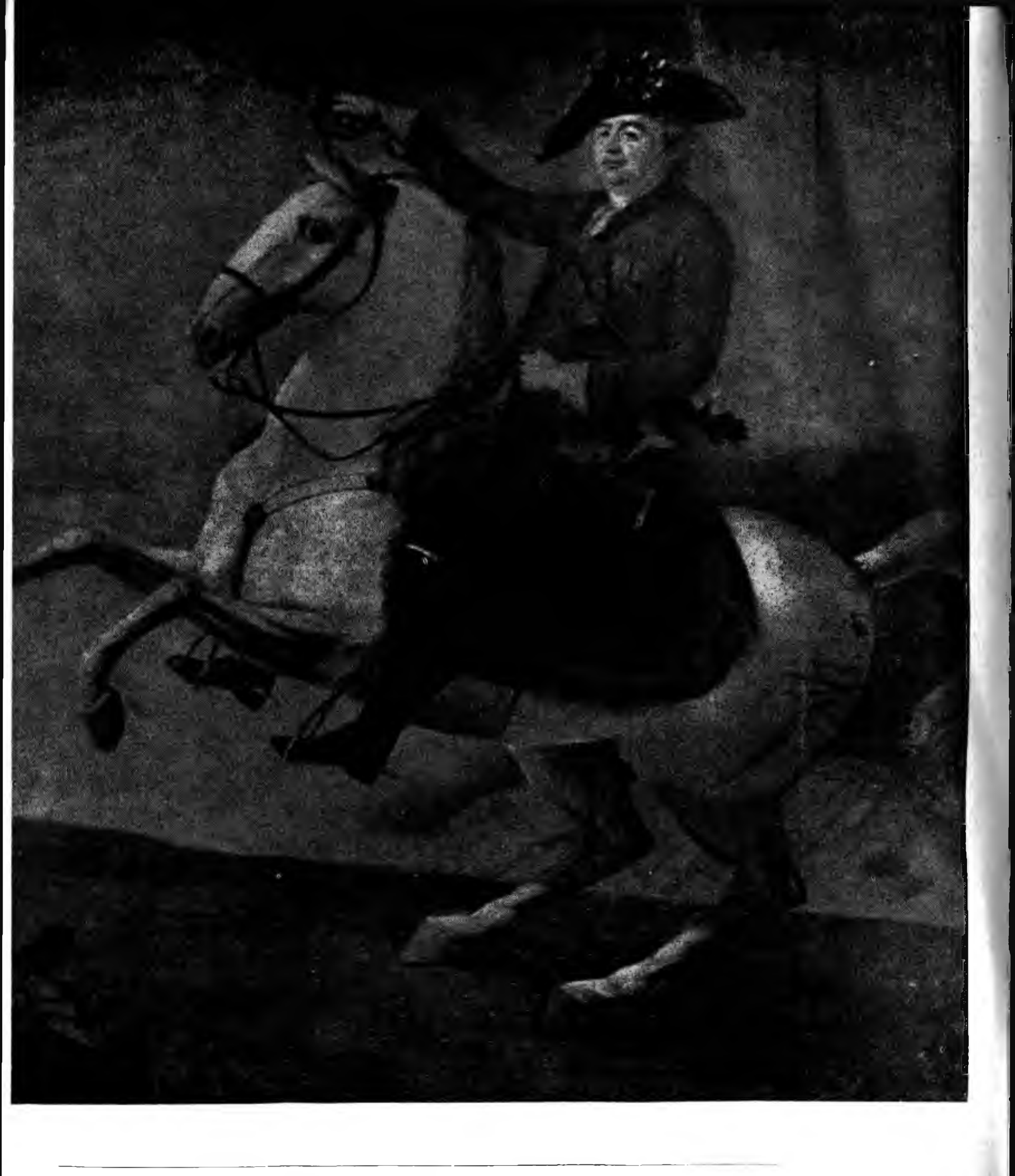
Necker jugaba el mismo juego; en efecto, el ministro hizo contestar por el rey a Conti que los Notables no tenían por qué ocuparse de esta cuestión. Éste es un indicio junto a otros, que permitió a los espíritus perspicaces suponer que Necker adulaba al

Tercer Estado y se apoyaba en él. Orleáns quiso ganar de mano; podía hacerlo gracias a su contacto con el populacho de París, que reunía en el Palais-Royal para divertirlo, y con las otras ciudades vecinas de París, cuyos elementos más miserables socorría, mientras que Necker contaba con los Notables. Por otra parte, Orleáns también contaba con Duport y su organización. Compuesta en un principio por doce, después por treinta miembros, esta sociedad ya era bastante numerosa; estaba la alta nobleza filosófica: los Noailles, La Fayette, La Rochefoucauld, Lameth, el duque d'Aiguillon, el duque de Luxemburgo, el mariscal de Beauvau, el marqués de Condorcet, etc. Y los orleanistas: Lauzun, Castellane; influyentes burgueses: Target, Trudaine, el abate Louis, Barnave, Lacretelle; y aventureros: Mirabeau, el abate Sieyès, Talleyrand (entonces llamado abate de Périgord), etc. La sociedad había tomado la forma de un club de propaganda y de acción secreta. El duque de Luxemburgo la describe así: "Se elegía al presidente, que presidía sentado frente a una mesa, planteaba la cuestión y daba la orden de iniciar la discusión. Desde allí tomaba cuenta de los votos, resumía y anunciaba la sesión próxima. La sesión se iniciaba con un informe sobre la situación de los ánimos de los Notables y de los ministros, el efecto de los folletos que se habían distribuido, y se decidía la actitud que habría de tomar la Asamblea y los medios de dirigir la opinión pública para que los acontecimientos respondieran a las ideas. Se utilizaban todos los medios y cada apóstol estaba encargado de preparar una doctrina que, después de haber germinado en los espíritus y ponerlos en fermentación, trajera la revolución deseada... Sólo se hablaba de dificultades, de los medios de vencerlas y especialmente de la manera de volver poderoso al pueblo. Se despreciaba a Necker y se lo consideraba un maniquí necesario para agitar al populacho, llevarlo a la efervescencia y hacerlo romper las barreras; para mostrarlo después y arrancarle la máscara. Las sesiones se celebraban los domingos, martes y viernes de cinco de la tarde a diez de la noche y sólo se podía ser admitido con el voto unánime de la sociedad".

Además de este centro tan activo, la mejor arma del grupo era la red de emisarios distribuidos por todo el país. Duport, que dominaba a la sociedad, había logrado distribuir innumerables abogados y procuradores por todo el territorio, los cuales empezaban a apartarse del Parlamento y a tener esperanzas más osadas.



Fotografía de un cuarto de David, pintor que fuera diputado de la Convención. Todas las cabezas son retratos. "Juramos reunirnos donde lo exijan las circunstancias y no separarnos antes de establecer la Constitución del Reino". Es el 20 de junio de 1789. El Tercer Estado, desalojado del recinto de los Menus-Plaisirs, de Versailles, se reúne en el salón de Juego de Pelota. El astrónomo JEAN SYLVAIN BAILLY (al centro, arengando a la multitud) pronuncia el juramento, aclamado por los diputados. Siete días después del Juramento, el rey Luis XVI capitula, aceptando el voto individual de los miembros de la Asamblea. La voluntad del soberano deja de ser ley.



LUIS XVI, rara imagen en la que está representado el rey llevando en el sombrero la cocarda tricolor, nuevo símbolo de la nación francesa, que une al color blanco de la dinastía, el azul y el rojo del emblema de París. El soberano vacila entre obedecer las nuevas leyes o iniciar la represión. Entretanto, la reina María Antonieta, insiste en los planes de huída. Muchos nobles han tomado ya el camino del exilio, y la familia real se siente prisionera en Las Tullerías, palacio real.

Embriagados por su victoria y seguros de poder arrastrar tras sí a la población, que ignoraba el derecho, la política y el arte de expresarse, ya se veían amos del reino. Sólo bastaba que Duport utilizara este orgullo y les diera armas.

En esta cruzada participaban también los capitalistas. Después de la caída de Calonne, las finanzas habían pasado a la oposición; cansados de los procedimientos a que la monarquía los había sometido desde los tiempos de Felipe el Hermoso, convencidos ingenuamente que un gobierno parlamentario los iba a tratar mejor, los banqueros de París, unidos a los industriales, como los Périer, y a los agiotistas —como Kornmann, Clavières y otros— jugaban a la inflación y subvencionaban los organismos revolucionarios. Después de un ascenso vertical de breve duración, a fines de agosto de 1788 la Bolsa no cesaba de bajar. Se echó la culpa a Necker, demasiado lento para dejar sin efecto las medidas del 16 de agosto. Se alejaban de él, se negaban a verlo y se vivía al día. Para dar gusto a la turba, Necker había publicado, con cierta imprudencia e inclusive no mucha decencia, un *Informe del Consejo de Estado del 27 de diciembre de 1788*. Aquí se citaba una frase del rey, que éste había dicho en Versalles el 26 de agosto: "Desde hace años, sólo conozco instantes de dicha", y su respuesta: "Os prometo una dicha firme garantizando al pueblo que no habrá impuestos sin el consentimiento de los Estados Generales, que éstos podrán reunirse a voluntad, reformar las instituciones del país y sus finanzas, suprimir las órdenes de prisión sin juicio, establecer la libertad de prensa. . ." A fin de acrecentar su popularidad, Necker comprometía al rey y no persuadía a nadie. Sus adversarios, especialmente la gente de las finanzas, esperaban que actuara.

La situación seguía agravándose en los primeros meses de 1789: la anarquía instaurada por los parlamentos y la nobleza se instalaba y se difundía. En Bretaña se había reiniciado la lucha. Alentados por Necker, los jefes del Tercer Estado y los dirigentes masones habían roto con el Parlamento, la nobleza y los ennoblecidos. A pesar de la tibieza de la población, que demostraba poca simpatía por todo este alboroto, el pequeño grupo de dirigentes, bien organizados y seguros de su impunidad, ganaba terreno. En la reunión de los Estados provinciales, en Rennes (29 de diciembre de 1788) se protestó contra el voto por orden y se exigió el voto individual. Los esfuerzos del arzobispo para actuar como concilia-

dor entre la nobleza y el Tercer Estado no llevaron a nada. El "resultado del Consejo del Rey del 27 de diciembre" llevó el entusiasmo y la audacia del Tercer Estado a su punto culminante. La lucha entre los órdenes se intensificó; mientras que Necker daba largas, los "patriotas", bien regimentados por los masones, depuraban las municipalidades bretonas y reunían bandas. Se negaban a cualquier celebración de Estados Generales sin voto individual; el rey, por el contrario, se mantenía firme y hubiera impuesto su voluntad, pues el pueblo no seguía a los jefes, si la nobleza no hubiese cometido el error de querer suscitar un levantamiento del populacho contra el Tercer Estado; los "jóvenes" contestaron matando a tres jóvenes nobles y a un despachante de carnicería que luchó a favor de la nobleza; también hirieron a una treintena de otros adversarios. Fue menester renunciar a convocar los Estados, y los "patriotas" dominaron la provincia, aprovechando la emoción provocada por los levantamientos de enero. Las logias socorrieron a las víctimas, mientras una propaganda ruidosa atribuía a la nobleza y al rey la responsabilidad de los disturbios. Los Treinta no habían cesado de ayudar y de estimular al Tercer Estado; uno de sus jefes, Target, envió a los bretones un memorial en el cual se indicaba la línea a seguir (15 de enero): lograr el reconocimiento de la soberanía de la nación, la igualdad de impuestos y la igualdad de voto. La misma doctrina, propagada por el mismo organismo, prevaleció en los Estados provinciales del Delfinado gracias a Mounier, a Barnave y a la ayuda que recibían de Necker. En el Delfinado no se produjeron levantamientos antes de marzo; pero el intenso frío, la mala cosecha de trigo o el temor al hambre perturbaron a los campesinos, que se pusieron a saquear castillos, inclusive los de los parlamentarios. Por otra parte, la policía y la gendarmería empezaban a ser desbordadas por todos lados; especialmente en París, en donde la colaboración tácita y espontánea entre la población y las autoridades había permitido siempre mantener el orden con 1.500 agentes policiales, los disturbios se multiplicaron en los suburbios: mercados saqueados, depósitos y barcas con cereales secuestrados, mercaderes amenazados, etc. El tremendo invierno de 1788-1789, tan penoso para todos en un París que carecía de leña redujo a la miseria a numerosas familias de obreros y artesanos; los campesinos sin recursos y los obreros sin trabajo afluían sobre la capital desde todas las ciu-

dades vecinas, y en París la gente se hubiera dado de puñaladas si los ricos no hubiesen rivalizado en generosidad suntuosa y caridad de ostentación: distribución de víveres, grandes fogatas en las plazas y en las esquinas, antecámaras y reparticiones de servicio convertidas en refugios para los pobres. El más caritativo fue monseñor de Juigné, arzobispo de París, que gastó todas sus entradas y 400.000 libras que debió pedir prestadas para socorrer a los desdichados. El duque de Orleáns, a partir del 20 de diciembre de 1788, daba todos los días 1.000 libras de pan a los pobres de San Eustaquio, hacía atender gratuitamente a las mujeres de parto y mantuvo a todos los pobres que le indicaron, hasta la época del deshielo. De esta manera, todo París proclamó sus méritos y la opinión, conquistada ya por su valor y conmovida por su destierro, no dejó de glorificarlo como un gran príncipe y amigo del pueblo.

En el momento más crudo de ese invierno, Necker seguía cuidando su popularidad: el 1º de enero de 1789, por orden suya, se publicó un decreto real que tomando en cuenta el aviso de la minoría de los Notables, la opinión de varios príncipes de la sangre, los deseos de la Asamblea del Delfinado, etc., el rey ordenaba que "el número de diputados debía ser de 1.000 por lo menos; este número sería determinado en razón compuesta de la población y de las contribuciones de cada bailía, y el número de los diputados del Tercer Estado debía ser igual al de las dos primeras órdenes reunidas". Esta última medida no amenazaba tanto el orden y la paz pública como la decisión de aumentar de esta manera la Asamblea: esto la volvía poco manejable. Todo París se enteró de esto de buen grado o a la fuerza, pues nadie se atrevía a oponerse a los conjurados. El 24 de enero apareció el reglamento definitivo para las elecciones. A medias entre las antiguas costumbres y las nuevas tendencias, en este reglamento reinaba la complicación; la elección era a veces directa, a veces de dos, tres o incluso cuatro grados; todo francés de veinticinco años de edad, con domicilio y pagador de un impuesto directo cualquiera podía votar. No había restricciones para la elegibilidad. El Tercer Estado podía elegir entre los Tres Estados a sus representantes. Junto con el sufragio universal, se mantenían ciertos privilegios para los nobles que poseían feudos y para los eclesiásticos que gozaban de algún beneficio. En todo esto, ninguna mención de lo que habría de ser la votación en la Asamblea. Necker, de modo bastante hipócrita, se reservó esta

cuestión decisiva; si se debía votar por órdenes, la duplicación del Tercer Estado perdía sentido; si se votaba por cabeza, el Tercer Estado iba a dominar a la Asamblea. El ministro ayudaba las intrigas de Mounier, de Duport y de Laclos, pero prefería dejarles el trabajo de imponer el voto individual a la nobleza, a la cual no deseaba tener como enemiga. En cuanto al rey, le dejó creer que valía más autorizar a los Tres Estados a entenderse entre ellos, que verían en esto una prueba de deferencia...

Las elecciones empezaron en Alsacia, el 7 de febrero, y terminaron en París durante el mes de mayo; aunque no se produjeron graves violencias, todo revelaba una creciente nerviosidad y antagonismos exasperados: la nobleza local, que tendía a reservar sus privilegios contra la nobleza de corte, dispuesta a cambiarlos por dinero contante o una útil popularidad; los curas, hostiles a los beneficios, contra el alto clero; el Tercer Estado se mostró más sereno; los abogados y los leguleyos tenían aquí una superioridad que nadie se atrevía a discutir.

Algunas elecciones excitaron las pasiones y La Fayette tuvo que luchar contra una fuerte oposición en la Alta Auvernia; Mirabeau fue rechazado por la nobleza pero elegido por el Tercer Estado de Provenza, gracias al dinero que pusieron para ello los ministros. Monumental y mudo, monsieur Necker examinaba en Versalles los resultados, enigmáticos aún, con un buen humor mezclado de inquietud.

Al mismo tiempo, en toda Francia se redactaban pliegos de demandas destinados a informar al poder sobre los deseos del pueblo y a imponer en principio a los diputados la conducta que debían seguir, pues muchos de estos pliegos eran imperativos. Algunos han querido ver erróneamente en ellos la expresión cándida de los deseos y la descripción de las necesidades de la población de Francia en 1789. Se olvida que el duque de Orleáns hizo redactar modelos de pliegos y que sus oficiales, amigos y agentes los distribuyeron por todo el país, especialmente en la región de París. Necker había actuado del mismo modo. Por lo general, en lo referente a los pliegos de demandas del Tercer Estado, el abogado local, afectado por la propaganda de la Sociedad de los Treinta, o adherente a este grupo, se conformaba a las instrucciones recibidas de París y redactaba en su región un pliego modelo; por lo general, un jefe regional daba las consignas en nombre de los

Treinta; en el norte del Languedoc, el pastor Rabaut-Saint-Étienne; en el Delfinado, Barnave y Mounier; en Provenza, Mirabeau; en Artois, los Lameth; en Bretaña, Le Chapelier; casi en todas partes circulaban las consignas del abogado Target, uno de los Treinta; una parte del bajo clero seguía el mismo impulso y la alta nobleza masónica lograba imponerlas en muchas reuniones de nobles. El estado de ánimo, los diarios y los folletos hacían el resto. Sin embargo, existen solicitudes redactadas por campesinos, sacerdotes o nobles, que se negaban a someterse a ninguna influencia o que no se atrevían a correr riesgos. De todos modos, la presión ejercida por los grupos revolucionarios falseó los resultados. Fue claro que los pliegos de demandas de los Estados Generales, lejos de reproducir la opinión sincera de las poblaciones, revelaban las consignas lanzadas por las diversas propagandas que luchaban por la supremacía política. El lenguaje pomposo con que están redactados deja ver su origen. El programa común de Orleáns, de la masonería y de Necker, cómplice de ellos, el programa de todos los "patriotas", se resumía de esta manera: ante todo, una Constitución que garantizara al "pueblo" sus "derechos", definidos en una "declaración solemne", una Asamblea Nacional periódica y única habilitada para votar impuestos; finalmente, la duplicación del Tercer Estado y la votación por cabeza. Después de esto se podía tratar el problema del déficit. A estas primeras exigencias se añadían otras: supresión de todos los impuestos actuales y su reemplazo por un impuesto único; utilización de los bienes del clero y del patrimonio real, en todo o en parte, para cubrir el déficit; supresión de la Granja General e impuestos que debían ser en adelante repartidos y percibidos por asambleas provinciales; supresión de las órdenes de prisión sin juicio previo, de los intendentes, de los derechos feudales; igualdad de todos ante el impuesto; abolición de todas las aduanas interiores, de las milicias, de las justicias particulares, etc.; la eliminación de los parlamentos o reducción de éstos a una función limitada. Aunque el rey era proclamado jefe legítimo del Poder Ejecutivo, este programa confería a la Asamblea un poder soberano; al mismo tiempo, se destruían casi todos los órganos de la administración. Sometido desde entonces a la opinión, el Estado iba a ser incapaz de cumplir sus funciones. Cada provincia volvía a ser soberana de hecho, sino de derecho.

Todos los pliegos de demandas, con pompa o simplicidad, proclamaban su amor al rey y a su casa; un buen número de ellos aclamaba a Necker. Todo esto suscitaba enormes esperanzas; se hubiera podido pensar en niños que redactaban la lista de los regalos que esperan de los Reyes Magos. Pero los redactores de estas páginas no se mostraban unánimes en ningún caso, salvo el único que era irrealizable y sigue siéndolo: la disminución de los impuestos. En todo otro terreno se distinguen en estos escritos tendencias más o menos fuertes, más o menos organizadas, aspiraciones más o menos vagas, pero nada coherente ni sólido fuera del programa de los "patriotas". Buena cantidad de pliegos manifiestan un abierto anticlericalismo, una viva hostilidad hacia los monjes, los sacerdotes o los laicos que gozan de beneficios; los mismos curas atacan a estos últimos; otros, por el contrario, hacen gala de un gran celo por la religión y protestan contra la admisión de todo culto fuera del católico (por ejemplo los de Quimper, de Chaingy en Orleanais, de Combloux, cerca de Orleáns), etc. Con frecuencia se expresa el deseo de lograr la unificación de las pesas y las medidas; respecto de las corporaciones, hay una gran división de opiniones; los privilegiados les son hostiles, el Tercer Estado vacila; Lille, Nancy, las defienden, etc. En Lorena todos se quejan de los judíos, que son muchos, de la usura que practican, pero algunos quieren que se los expulse o que se les aplique los reglamentos de rigor en Alsacia; otros (los patriotas) quieren que se los convierta en ciudadanos y que se los obligue a practicar un oficio manual. Algunos se lanzan contra las "usinas de fuego" y la industria, a la cual denuncian. En Bretaña, más de un pliego expresa el deseo de que el rey no haga nada que pueda disminuir su poder. La anarquía, sabiamente difundida por los "patriotas", empieza a alarmar a las personas juiciosas. En el conjunto del país, el Tercer Estado bajo se abstiene; no se oye su voz sino la de los burgueses y los nobles, que arrastran a los otros, conducidos por la masonería y los Treinta.

A medida que se redactan, estos pliegos inquietan y decepcionan a todo el mundo: al rey, que abarca la dificultad de la tarea, a Necker, nunca satisfecho de los elogios que se le hacen y furioso por los elogios que olvidan hacerle; los "patriotas", inquietos por no haber podido levantar a todo el país y encontrar por todos lados restricciones, mandatos imperativos, límites puestos a las reformas,

inclusive en las regiones en que tienen predominio. Por otra parte sería difícil extraer una doctrina coherente y conclusiones prácticas de estas solicitudes contradictorias, minuciosas y discordantes, en las cuales se adivina ya la vanidad, tanto más cuanto se siente todo el tiempo, levemente, un permanente recurso a la violencia. En Bretaña, la nobleza, descontenta de las condiciones de votación, prefiere no votar. En Provenza, todos se agitan en torno a Mirabeau y ya el tribuno eleva la voz. En el Franco Condado, la nobleza protesta contra la duplicación del Tercer Estado; veintidós nobles se plantan contra la mayoría de la nobleza; el Parlamento de Besançon los condena y condena al notario que ha redactado la protesta. El gobierno condena al Parlamento de Besançon. En el Languedoc todo el mundo chilla; los "patriotas" atacan a la vieja organización, defendida por el arzobispo de Narbona; en Bretaña, los "jóvenes masones" de Nantes han federado a otros grupos de jóvenes formados en la provincia y mantienen con ellos una correspondencia regular para tenerlos a mano y dispuestos a la acción. Por aquí y por allá, las poblaciones se sublevan porque carecen de pan o temen que éste les falte.

En todas las rutas, hay grupitos, desocupados famélicos, personajes equívocos y diputados harapientos que marchan a formar los Estados Generales, a pie o a caballo, en carromatos y en diligencias, todo en medio del gran frío invernal, con la cabeza afiebrada de esperanzas y de indignación.

En Versalles, el rey medita; a veces habla con Malesherbes o con los escasos cortesanos que están aún dispuestos a tomar su partido. No ignora que se avecina un huracán: sabe que su autoridad va a sufrir en consecuencia. Tiene confianza en el pueblo, pero desconfía de Necker, tan silencioso y tan ambiguo como una esfinge, tan ladino como un gato. El ministro ginebrino es una pantalla entre el rey y su pueblo. A su alrededor, la reina, los fieles consejeros, su ayuda de cámara, Thierry de Ville-d'Avray, le hablan bien del Tercer Estado y de sus buenas intenciones. Pero no puede olvidarse de su mujer, que se exhibe en todas partes con Fersen, ni de la salud de su hijo mayor, el delfín, consumido por una tuberculosis a los huesos y que se está muriendo. Sin doblegarse, Luis XVI prevé la extensión de su desdicha.

CAPÍTULO III

ORLEÁNS DESENCADENA AL TERCER ESTADO

Hacía dos años que los privilegiados luchaban contra el rey y hacían esfuerzos para que el gobierno no funcionara bien; hubiera sido milagroso que el pueblo, finalmente, no hubiera seguido el ejemplo. El invierno y la primavera de 1789 vieron reinar en Francia a la anarquía tan deseada por los "patriotas", por Orleáns, por Duport, por el virtuoso La Fayette.

La población, inquieta, compraba menos, e Inglaterra aprovechaba el desorden administrativo para llevar a cabo un fructuoso contrabando; como resultado, la industria francesa padecía de una grave crisis en el Norte y también en el Sur. Los capitulares, llevados por un agitador, se inquietaban; los papeleros de Languedoc se sublevaban; en Tolón, el arsenal estaba en huelga un día por semana. En todas las provincias circulaban rumores siniestros, en particular el anuncio de un hambre inminente, provocado por la mala cosecha de 1788. Por todas partes se veían pobres, mendigos, desocupados que imploraban la piedad o amenazaban, según las circunstancias. El clero y las organizaciones caritativas no daban abasto. En París, adonde afluían los miserables, reinaba una extrema nerviosidad. Ya las revueltas de agosto de 1788 habían producido 300 muertes, y se temía algo peor; a partir de enero de 1789 se multiplicaron los robos: hubo 120 en 1788 y 560 en 1789.

En noviembre de 1788, los carniceros y las amas de casa llegaron a darse golpes. Más adelante los panaderos se la tomaron contra los molineros, apoyados por Necker. Aunque ya eran muy ricos, reclamaban un aumento del precio del pan, y terminaron exigiéndolo; hasta llegaron a pagar los servicios de un escritor, Rutledge, para defender su causa. En los suburbios aumentaba la efervescencia y los revoltosos proliferaban; los mercados eran saqueados, se de-

tenían los convoyes y los carros de cereales; los comerciantes eran amenazados de muerte.

A esta agitación Necker respondía con agitación; prodigaba grandes gestos y hermosas palabras, promesas solemnes e intervenciones espectaculares: en agosto de 1788 creyó su deber anunciar una mala cosecha y difundir el pánico; dejó sin efecto las exportaciones de cereales; en noviembre, denunció a los acaparadores pero no los nombró; mientras tanto, compraba trigo a precios muy altos y lo distribuía gratuitamente: esto costó 70 millones de francos a un Tesoro ya empobrecido. Todo por nada, al parecer. El 30 de noviembre de 1790, en la tribuna de la Asamblea Constituyente, el diputado Boislandry, al referirse a 1789, declaró: "A fuerza de precauciones y de gritos de alarma se llegó a crear un hambre de opinión, más terrible que un hambre real". Por lo menos, monsieur Necker había establecido así una reputación de gran filántropo y de genial organizador, lo cual era lo más importante para él. Por otra parte, su bolsa estaba en muy buen estado (desde su juventud, había especulado con los cereales).

Para colmo de tantos desórdenes, los jueces nombrados en 1788 por Lamoignon no tuvieron tiempo de instalarse y los parlamentos, que volvieron llenos de amargura, evitaron hacer justicia, como les correspondía. Sus chicanas detuvieron todas las colectas de impuestos. Para durar, Necker debió tomar prestado de la Caja de Descuentos, de los notarios, etc. El mismo Brienne no habría hecho peor las cosas. Un Estado sin recursos asistía al sofocamiento de sus servicios y a la explotación de la crisis social más grave que Francia había conocido.

Monsieur Necker, impotente y satisfecho, contemplaba el espectáculo con su sonrisa beatífica y sin ninguna política. Mejor dicho, en él había demasiadas "políticas". Ostensiblemente, sólo pensaba en servir al rey y ayudar a la nación; en lo más profundo de sí mismo sabía que siempre iba a obedecer a su mujer y a su hija, pero no sabía exactamente qué querían estas mujeres y su inclinación lo llevaba a complacer a todo el mundo, favoreciendo al Tercer Estado y realizando buenos negocios al mismo tiempo. Por lo tanto había difundido en torno al rey la opinión de que el Tercer Estado era la gran esperanza de la Corona, pero que no había que enemistarse con la nobleza ni el clero, órdenes que estaban llenas de amigos y admiradores suyos. Todo su esfuerzo se concentraba

en la manera de encontrar bastante dinero de los empréstitos para llegar a los Estados Generales, de los cuales todo lo esperaba y sobre los cuales iba a descargar la responsabilidad. Afectaba una estricta neutralidad para obligar al rey a la pasividad y permitir que Orleáns, los Treinta y La Fayette tuvieran tiempo y medios para realizar sus operaciones en las cuales su hija metía las narices y algo más.

Aunque no lo quería, Provenza lo apoyaba y lo observaba, pues tenía intenciones de aprovechar las circunstancias; Artois, que lo detestaba, procuraba convertirse en el centro de reunión de los órdenes privilegiados, y soñaba en reconciliarse con el rey. La reina, azorada, consciente del peligro mortal en que la había puesto el odio popular, no sabía a quién acudir; el conde de Mercy, cómplice de Necker, aprovechaba la situación para imponerse cada día más como consejero de la reina y convertirla en protectora del ginebrino. El rey se daba bien cuenta del peligro que representaba el confiar en Necker; pero no podía despedirlo sin peligro de guerra civil y desde hacía mucho tiempo había decidido no imitar a Carlos I y no derramar sangre francesa. Buscaba para actuar un punto de apoyo que no encontraba; pasaba largas horas junto al lecho de su hijo agonizante; con las coyunturas hinchadas, con el cuerpo consumido por la fiebre y los ojos desmesurados, el delfín se moría, rehusaba ver a su madre y llamaba a su padre, que intentaba calmarlo, del mismo modo que intentaba apaciguar a Francia. Mientras tanto, la condesa de Provenza, para olvidar sus contratiempos, se emborrachaba a solas en sus habitaciones y Fersen se deslizaba, a escondidas, en el dormitorio de la reina. La familia real no ayudaba a Luis XVI.

Sin embargo, había que actuar; llegaban ya las primeras delegaciones de provincia; los diputados se instalaban en los hoteles, en los cafés; iban a visitar la corte; buscaban el gran salón cubierto de diamantes y rubíes con una silla de oro macizo, del cual habían oído hablar, y no lo encontraban; llegaban a la conclusión de que se les ocultaban muchas cosas; iban a ver al rey, siempre enfurruñado, aunque trataba de ser afable; iban a ver a la reina, tensa; a ver a los príncipes y a los ministros, que vacilaban; a casa de madame de Polignac, que se esforzaba en ser amable, pero que sólo invitaba a los nobles a sus comidas; la gente del Tercer Estado estaba resentida; volvían a París; a pesar del tremendo ruido, que

los asustaba, encontraban muy pronto guías y simpatizantes; en casa de monsieur de Orleáns se los recibía con los brazos abiertos; todo el Palais-Royal los festejaba; en el café de Foy se sentían a gusto con los "patriotas" inflamados que los hacían beber y les explicaban la situación. Los más emancipados se atrevían a ir a casa de monsieur de La Fayette, que los estrechaba contra su corazón; a casa de la marquesa de Coigny, que los distraía hablándoles de los crímenes de la reina; a casa de la duquesa de La Rochefoucauld d'Anville, que reavivaba su celo "patriótico"; a casa de mesdames de Simiane, de Poix, de Tessé, d'Henin, etc., todas ellas entusiastas por los derechos del hombre y ansiosas por saber qué iba a pasar.

Algunos, por lo bajo, se deslizaban hasta llegar a algún ministro o intendente que conocían y preguntaban: "¿Qué quiere el rey?" Pero la autoridad de Necker se interponía. Bertrand de Molleville lo ha relatado: el ministro despedía dignamente a los burgueses y les recomendaba que "consultaran con su conciencia". Muy pronto se formó lo que iba a llamarse el "Club Bretón". Éste sesionaba en el café Amaury, en la esquina de la avenida de Saint-Cloud y una calle transversal, próxima al Hotel de los Menudos, en donde debían reunirse los Estados Generales: había sido fundado por los diputados bretones del Tercer Estado. Como casi todos eran francmasones y formaban un equipo, que las luchas provincianas contra la autoridad real y más adelante contra la supremacía de la nobleza habían fogueado y favorecido, estaban dispuestos a seguir unidos y a ejercer una gran influencia. Los más celosos vigilaban a los más tibios. Se ponían de acuerdo para estar en correspondencia con sus electores, mantenerlos a la expectativa y conservar su confianza. Le Chapelier, diputado por Rennes, era el más notorio; introducido por Mirabeau, participaba en el trabajo de los Treinta. De este modo se establecía el vínculo entre las fuerzas revolucionarias. Otros diputados se acercaban a ellos en busca de información, para conocerlos y desempeñar algún papel.

Entre ellos y los Treinta, que siempre tenían a la vista los asuntos de Bretaña, y que participaban en ellos por intermedio de sus miembros más influyentes —Target y La Fayette— los vínculos eran muy numerosos. Durante el otoño y el invierno 1788-1789, la Sociedad envió a Rennes, en donde funcionaba una logia muy activa, al filósofo y patriota Volney, que publicó *La Sentinelle du*

Peuple (El centinela del pueblo), primer diario francés revolucionario. Esta época de diciembre de 1788 a agosto de 1789 fue sin duda de una gran prosperidad y actividad para la Sociedad de los Treinta, que ya sobrepasaba en mucho su número. Todos los grandes problemas se discutían aquí; Mirabeau había solicitado que cada orden eligiera como diputados a los miembros de este orden (Mirabeau, aristócrata en lo más profundo de sí mismo, veía sin duda en esto un medio de reforzar la solidez de los órdenes, sobre todo de los órdenes privilegiados). La Fayette solicitó que cada orden eligiera a quien quisiera, y la Sociedad aprobó esto, pues era la manera de preparar la fusión de los órdenes y el voto por cabeza. En cuanto a Duport, concentró sus esfuerzos en el Parlamento, que estaba asustado por la marcha de los acontecimientos y que procuraba obtener, junto con el voto por orden, el registro de todos los que habrían de votar en los Estados Generales. Pero supieron curarlo de estas tendencias aristocráticas. Al mismo tiempo, los Treinta preparaban, junto con un programa financiero, un programa político, difundían folletos en las provincias, enviaban a ellas circulares en blanco a favor del Tercer Estado, esperando que volvieran cubiertas de firmas, y creaban sobre todo una vasta red por toda Francia y particularmente en París. En realidad imitaban de cerca los métodos revolucionarios americanos de 1763 a 1776. El duque de Montmorency y el abate Sieyès, que formaban parte del grupo, comenzaron a alarmarse ante la violencia de los proyectos y la resolución, proclamada por esta Sociedad, de no vacilar en derramar sangre.

Temor, acaso ambición decepcionada, se ignora el sentimiento que apartó a Mirabeau de los Treinta y lo convirtió en un agente orleanista cuando se reunieron los Estados Generales. El tono doctrinario de Duport y de su Sociedad debía molestarlo. Con sus manera de *condottiero* y su cinismo de hombre por encima de las leyes, con su sensualidad brutal y sus necesidades de dinero, el clan de Orleáns, no menos audaz, pero más dadivoso, más noble en sus intenciones y más concreto en sus objetivos, ya que buscaba la regencia o el trono para el duque, resultaba más conveniente a su naturaleza, a su inclinación secreta por la monarquía, a todos sus vicios. Gracias a la masonería, Orleáns contaba con una inmensa clientela, más eficaz que visible; de todos modos, como sabía que hablaba mal en público, tenía necesidad de Mirabeau. Su

opulenta fortuna ayudaría al tribuno en la lucha y en los placeres. Con Laclos para las intrigas secretas, con La Touche para los golpes de mano, y con Mirabeau para las justas oratorias, el equipo de Orleáns resultaba el más fuerte. Poseía ya una parte de la nobleza, ligada a su casa desde hacía un siglo, burgueses y comerciantes para quienes el Palais-Royal siempre habría de ser el punto de encuentro; Laclos había sabido rodear al palacio de una vasta red de clubes semiclandestinos: la Sociedad de Viroflay (que funcionaba como la de los Treinta), el Club de Valois, en donde se reunían los nobles "patriotas" Montmorency, La Rochefoucauld, Condorcet, Sieyès, etc. Su agente Brissot había creado una sociedad galo-americana para difundir las ideas republicanas de América y una "Sociedad de los Amigos de los Negros", que buscaba la liberación de todos los esclavos de color. Ésta era sostenida por filántropos y espías ingleses. Para esta sociedad se encontraron los mismos nombres que para los Treinta y para el Club de Valois. El Gran Oriente, más prudente, orgulloso de contar con un 60 % de hermanos en el Tercer Estado, lanzó en enero de 1789 dos circulares en las cuales se decía que había que dar a Francia un gobierno representativo, la libertad y la igualdad. Éste era el programa de Orleáns. Hasta en sus orgías, este príncipe no olvidaba la política y la filosofía. Cuando evocaban un baño de sangre, Chamfort y Laclos estaban, por cierto, lejos de asustarlo.

La voluptuosidad encuentra placer en la crueldad, del mismo modo que en la ambición.

Éstos eran los principales centros de oposición a la monarquía francesa en los cinco primeros meses de 1789, pero se daría una idea falsa si se deja creer que funcionaban aisladamente; estaban unidos por innumerables lazos; los agentes circulaban incesantemente de una a otra sociedad. Los elementos que componían cada centro ingresaban constantemente a otros; estos diversos complots formaban una gran intriga, o mejor dicho una vasta empresa, que tenía por objetivo la destrucción del régimen establecido en Francia desde hacía ocho siglos. Mirabeau pontificaba en todos lados; Sieyès rondaba por todas partes; Talleyrand se informaba donde podía. El joven abogado d'Anton (así escribía su nombre en 1788) se apoyaba en Duport y en Orleáns para que lo lanzaran, y Maximilien de Robespierre, todavía desconocido, después de ser promovido por los Lameth en Artois y de haber comido en casa de

Necker, recibió las azucaradas lisonjas de madame de Staël y empezó a acercarse a Mirabeau. Cada cual hacía su juego.

Laclos no perdía tiempo; bajo sus aspectos pomposos, esta masa flotante de diputados, fuera de lugar y desconcertados, seguía siendo impresionable. Ellos se preguntaban en dónde estaba la fuerza; esta corte, que detestaban, pero cuyo fasto no dejaba de impresionarlos, tenía sus debilidades. El temor del hambre difundía por toda la región de París —Besenval era entonces comandante militar— una agitación que obligaba a enviar destacamentos a todos los mercados, aldeas y villorrios; este procedimiento, que dispersaba a las tropas y las ponía en contacto estrecho con la población, disminuía la vigilancia y relajaba la disciplina. En París, donde ejercían el control el teniente de policía, los guardias suizos y los guardias franceses, la muerte del duque de Biron, comandante coronel de los guardias franceses, y el accidente ocurrido al conde d'Affry, coronel de los guardias suizos, obligaron a confiar estos delicados cargos a dos teniente-coroneles que no estaban al tanto del servicio: el duque de Châtelet, demasiado duro, y Besenval, demasiado astuto, demasiado ligado a Necker. Los dos formaban un equipo mediocre.

Desde principios de junio, se notó que llegaban a París unos forasteros de aspecto patibulario, harapientos y provistos de grandes bastones, que se agrupaban en los alrededores del barrio de Saint-Antoine. Muchos provenían de la Saboya y del Piamonte. La policía descubrió después que la casa de un fabricante de papeles pintados, Révillon, hombre estimado y que acababa de ser nombrado elector en los Estados Generales en lugar de un candidato orleanista, parecía señalada; por todo el barrio paseaban un muñeco con su efigie, que insultaban y amenazaban. Afirmaban, erróneamente, que Révillon había dicho: "Los obreros pueden vivir con quince sueldos diarios". También se acusaba a su vecino, Hébert, de haber dicho frases semejantes. Frente a sus tiendas se apostó un sargento y a treinta soldados de los guardias franceses. A pesar de estos guardias, en sus narices y sin que ellos pudieran moverse, una multitud brutal y abigarrada saqueó la casa del salitrero Hébert el 27 de abril de 1789, y el 28 la de Révillon, mientras estallaba un inmenso tumulto en el barrio de Saint-Antoine. Los agitadores trataban de arrastrar también a los espectadores. Esta multitud gesticulante y vociferante obedecía sin embargo a

una disciplina, puesto que el duque de Orleáns, que pasó en su carroza, por una casualidad bastante bien calculada, fue aclamado y recibido como amo y señor, en el mismo momento en que otras carrozas eran insultadas y amenazadas. Las turbas provocaron tres incendios, destruyeron meticulosamente todo lo que pudieron, sacaron los toneles de la bodega y se emborracharon. Al cundir la alarma, Châtelet envió a los granaderos de los guardias franceses para restablecer el orden; pero fue en vano, a pesar de que buscó el apoyo de nuevos destacamentos que se perdieron infructuosamente en medio de la multitud. La tropa tiró esta vez y fue un espectáculo horrible el de la lucha entre una multitud trepada sobre los techos y arrojando pidras, tejas, toda clase de objetos, y el fuego graneado de los soldados que los diezmaba y los hacía caer a tierra, ensangrentados y dislocados. Al atardecer la batalla duraba todavía y el incendio iluminaba el barrio. Finalmente Besenval, al comprobar la impotencia de los guardias franceses, envió un batallón de guardias suizos con dos cañones dispuestos a tirar; los rebeldes se dispersaron, pero por todo el barrio los obreros exhibieron los cadáveres sobre camillas diciendo: "Son los defensores de la patria: dadnos algo para enterrarlos". Los burgueses pagaban por miedo. En esos años éste fue el método de los jefes revolucionarios: atacar brutalmente, mostrarse implacables con el enemigo demasiado débil para defenderse, y luego provocar la piedad popular si el enemigo tenía posibilidad de resistir.

Esta sublevación parece absurda; Révillon era un buen patrón, que permitía vivir a doscientas familias; la cosa es comprensible si creemos a Besenval y a la policía, que afirmaron haber visto a agitadores "que excitaban al tumulto e inclusive distribuían dinero"; también calcularon entre 400 ó 500 a la tropa de revoltosos a sueldo, dado que los otros eran espectadores arrastrados por el entusiasmo o por el miedo: empleados de mercería, tipógrafos, cloaqueros, pintores de paredes. Por supuesto, la policía sólo detuvo a estos últimos. Necker y los ministros, que deseaban conciliarse al Tercer Estado, afectaron no dar sentido ni importancia a este encontrón. Sin embargo, el gobierno pudo comprobar que se reclutaba una fuerza en el mundo de los desocupados y los miserables y enseñó a los agitadores que, sin una tropa regular y sin cañones, las revueltas no producían nada útil. Lo que Necker no quería saber fue comprendido por otros.



LA TOMA DE LA BASTILLA. Nunca se sabrá quién lanzó la mañana del 14 de julio el grito "A la Bastilla", pero el eco en el pueblo fue súbito y turbulento. La masa se dirige hacia la fortaleza, no para tomarla sino para reclamar fusiles. El jefe de la Bastilla, marqués de Launay, no entiende las inten-

la multitud. El combate sangriento dura dos horas, hasta la rendición de la fortaleza, un símbolo de la realeza más que una prisión temible, en la que sólo se encuentran en ese momento siete prisioneros. Es un símbolo que tiene su precio en esos momentos trágicos

LOS NUEVOS LEGISLADORES

Este es el agricultor y diputado Michel Gérard, retratado por David con sus hijos. La autoridad de la Asamblea aumenta día a día, y las cartas de los diputados mantienen informadas a sus provincias de los acontecimientos. Algunos municipios, considerando incompleta la abolición del feudalismo que ha tenido lugar, rehusan recaudar impuestos a las masas rurales.



En esta atmósfera perturbada y en medio de sordas amenazas se inauguraron los Estados Generales el 4 de mayo de 1789. Comprendían a 291 eclesiásticos (208 de ellos eran curas), 270 nobles y 557 miembros del Tercer Estado (entre ellos 272 abogados) —o sea un total de 1.018 miembros (en 1614 habían sido 496). La inauguración se inició con una suntuosa procesión en la cual el Tercer Estado se presentó con gollete negro; la nobleza apareció llena de plumas y ornamentos; los religiosos y los curas discretamente vestidos, los obispos cubiertos de encajes; finalmente la reina y el rey precedían al Santísimo. La oposición convirtió esta procesión en una manifestación política: se aclamó al Tercer Estado, se vociferó a plenos pulmones: "Orleáns solo, Orleáns solo", se aplaudió al rey y se guardó silencio ante la reina, que estuvo a punto de desvanecerse.

Al día siguiente se celebró en la Sala de los Menudos, soberbiamente decorada, la sesión inicial. Después de los saludos de uso, en los cuales ya pudo verse la voluntad del Tercer Estado de no aceptar desigualdad, el rey habló brevemente y Necker pronunció un largo discurso. "El discurso del rey encantó a todo el mundo —escribe madame de Créqui a Sénac de Meilhan— pero el de Necker no gustó a nadie. Por lo pronto, duró tres horas y media y ya nadie podía aguantarlo más; a este discurso ha añadido cincuenta preguntas inútiles". El rey, de buena gana, demostraba ser "el primer amigo de su pueblo". Mercy-Argenteau, Fernán Núñez, todos los diplomáticos y todos los auditores participaron de esta opinión. En su larga lección, leída por un secretario, Necker habló del déficit (que redujo arbitrariamente a la cifra de 56 millones) y después sugirió reformas: igualdad ante el impuesto, liberación de los negros, etcétera. "Estos Estados Generales deben servir para todos, deben servir para los tiempos presentes y para los tiempos futuros". Pero se mostró discreto en el punto esencial: ¿cómo habría de votarse? Entre tanto deseaba que los nobles y el clero hicieran los indispensables sacrificios antes de reunir a los tres órdenes y convenir el voto por cabeza. De esta manera, creía poder conciliar a todo el mundo. Pero todos se enfurecieron.

El 6 de mayo cada orden se reunió en un local que le había sido asignado. Necker se equivocó al darles la venia para verificar sus poderes, de acuerdo al método que les conviniera; la verificación por el Guardián del Sello hubiera evitado las querellas. Y

la obligación de reunirse impuesta a los órdenes hubiese, por lo menos, satisfecho al Tercer Estado. Éste, enfurecido, se negó a considerarse como un orden y reclamó la reunión de todos los diputados, mientras que la nobleza votó la verificación separada de los poderes por 188 contra 47, y el clero por 133 contra 114. ¡Podía adivinarse que los curas no iban a seguir mucho tiempo a los obispos! El Tercer Estado envió, pues, mensajeros al clero, se nombraron comisarios conciliadores y presionó a la nobleza para que lo imitara. Los delegados de la nobleza fueron a ver al Tercer Estado el 13 de mayo y le dijeron que ella sola habría de verificar sus poderes y que invitaba a los otros órdenes a "una unión fraternal". El desacuerdo, seguido de besos, era uno de los procedimientos preferidos en esa época. Esta vez la cosa no gustó al Tercer Estado, que quería algo sólido; Mirabeau se desató contra los nobles. Rabaut-Saint-Étienne hizo votar por el Tercer Estado que éste "no habría de cejar en sus principios de opinar por cabeza y en la indivisibilidad de los Estados Generales" (18 de mayo). Pero procuró conciliar a la nobleza enviándole comisarios. Se negoció a oscuras hasta el 26 de mayo, fecha en que la nobleza rompió las conversaciones. Necker se había equivocado: había creído que los grandes señores iban a sacrificar su orden. Pero los nobles rurales se negaron a ello. Sin embargo, se decidió en principio el abandono de los privilegios nobiliarios. Este sacrificio teórico no impidió que innumerables folletos, entre ellos las *Lettres à mes Commettants* de Mirabeau, y los clubes y los diarios secretos se desataran contra los dos primeros órdenes, culpables de obstaculizar los Estados Generales. Necker se lamentaba y decía que los privilegios iban a echar todo a perder.

El rey ordenó, el 29 de mayo, reiniciar las conferencias entre los órdenes, en presencia del Guardián del Sello y de los comisarios reales, a fin de llegar a un acuerdo e iniciar el trabajo, sin el cual Francia iba a la bancarrota. El rey propuso un plan de conciliación: cada orden habría de verificar y aprobar por sí mismo los poderes de sus miembros; si había duda o disputa, se deliberaría en común; y si no había entendimiento, el rey sería el árbitro. El Tercer Estado se juzgaba ya capaz de arrestar consigo a la mayoría del clero y recibió de mala gana esta propuesta, que sin embargo acató; el clero aceptó, pero la nobleza la esquivó y lanzó una declaración: "La deliberación por órdenes y la facultad de vetar, que

pertenece por separado a cada orden, es constitutiva de la monarquía". El proyecto del rey se volvió impracticable.

En ese momento, el 4 de junio, terminó la larga agonía del delfín; el desdichado niño descansó al fin, pero su padre, que estuvo junto a su cabecera, muy angustiado, se sintió desgarrado; más aún lo estaba la reina. En su agonía el delfín la rechazó repetidas veces y le dijo que ella no lo amaba. Luis XVI, después de este golpe, evitaba el contacto de los hombres. Entre tanto, en los tres órdenes, reinaba la discordia. Por último, el 10 de junio de 1789 el abate Sieyès, uno de los mejores equilibristas del Tercer Estado (y de los Treinta, que llevaban a cabo la maniobra de acuerdo con Orleáns y por medio del Club Bretón) hizo votar por los diputados burgueses el envío a los otros dos órdenes de una última convocatoria, previniéndolos que, en el plazo de una hora, se procedería a nombrar las bailías y que los ausentes serían considerados en falta. A partir del 12 el Tercer Estado empezó a verificar sus poderes y se estableció como una asamblea autónoma. De esta manera realizó su primer acto revolucionario.

Frente a esta iniciativa, la nobleza se agitó. Descontenta de su presidente, monsieur de Montboissier, acababa de reemplazarlo por el duque de Montmorency-Luxemburgo, uno de los Treinta, que empezaba a asustarse de las intrigas de sus antiguos cómplices. Después de tres días de tumultuosas deliberaciones, en las cuales fue posible ver que se enfrentaban la nobleza de provincias con los señores de la corte, la nobleza votó, por gran mayoría, notificar al Tercer Estado que persistía en sus decisiones precedentes; pero esta vez la minoría, dirigida por Duport y por Alexandre de Lameth, que protestaron con energía, dejó ver que no iba a seguir mucho tiempo a la mayoría. Duport, maestro consumado de la maniobra, después de haber dejado que se comprometiera la nobleza, arruinando el esfuerzo conciliador del rey, consideró que había llegado la hora de la ruptura. Los curas, muy próximos al Tercer Estado, del cual salían, y el alto clero "filósofo", también se prepararon, de acuerdo con Duport, a unirse con las "comunas", como ya empezaba a llamárselas. De manera sorda, Necker prestaba su apoyo y madame de Staël empujaba la rueda.

En el Tercer Estado, sin embargo, un observador hubiera podido percibir vacilaciones y roces. Dos tendencias diferentes, a menudo divergentes y a veces opuestas, luchaban por la suprema-

cía: por un lado Mounier, sostenido por su joven camarada de combate, Barnave, que trabajaba en estrecha vinculación con Necker y soñaba con que el Tercer Estado tomara el poder, con la aprobación generosa de los privilegiados. Mounier no deseaba una acción brusca; por el otro lado, el Club Bretón, dirigido y apoyado por Le Chapelier y los amigos de Duport, e incesantemente reforzado por nuevos reclutas, los diputados del Delfinado, los del Franco Condado, Dubois-Crancé, Robespierre, etc., que querían pelear. Esta batalla era preparada con tanto cuidado como audacia. Todas las noches había una reunión (los "bretones" y sus amigos votaban de acuerdo a las instrucciones del Club) para preparar la maniobra del día siguiente. A la mañana siguiente los "bretones" circulaban por las filas del Tercer Estado diciendo: "Se ha decidido tal cosa o tal otra". Ese "se" representaba a 10 ó 50 personas, pero arrastaba consigo a centenares. Los que vacilaban eran intimidados por cartas amenazadoras. Sieyès tenía intención de preparar unos atentados. Bruno de Cypierre, que un día comió en casa de Necker con los "bretones", "se asustó al oírles decir las extravagancias más bárbaras e insolentes". Imitando el juego de los privilegiados que intimidaron al rey entre febrero de 1787 a noviembre de 1788, también querían ellos intimidar a la nobleza. Aunque estaban compuestos por una mayoría de abogados (en la delegación bretona había 17 abogados, y 10 hombres vinculados a la ley frente a 17 negociantes, agricultores, médicos, etc.), su coraje no retrocedía ante el derramamiento de sangre. Ya lo habían probado en Rennes.

En este tereno, se encontraban con Orleáns. Aconsejado por Laclos, este príncipe no cesaba de acrecentar su popularidad desde mayo. En ocasión de la procesión inaugural de los Estados, renunció a sus prerrogativas de príncipe de la sangre y permaneció entre las filas de la nobleza; en la primera sesión general, se hizo ver junto a los diputados de la bailía de Crespy-en-Valois. Tanta modestia le valía ovación tras ovación. El Palais-Royal, iluminado, testimoniaba el celo de los Orleáns por la causa "patriota"; más aún, los jardines de este palacio se habían convertido, junto con los cafés y los clubes de los alrededores, en un inmenso crisol de patriotismo; aquí se bebía por el triunfo del Tercer Estado, se hablaba y se discurría a su favor, se formaban planes, y a veces, dando un salto sobre una silla, un orador benévolo, aunque no

desinteresado, exhortaba la multitud a la acción. En casa de Orleáns y en casa de madame de Genlis, en la calle de Bellechasse, se multiplicaban los conciliábulos y las deliberaciones. En todas partes resonaban elogios para Felipe de Orleáns; el rey, perplejo y atormentado se retiraba a Marly, para hacer un examen de conciencia y reflexionar sobre los informes que le llegaban de todas partes, contradictorios e insistentes. Pero a Luis XVI le repugnaba dar el golpe de gracia a la nobleza, como le recomendaba Necker. Estaba apegado a las instituciones de la monarquía y sabía que, sin ellas, un trono se desmorona muy pronto. Pero cuando Montmorency fue a pedirle que se pronunciara por el Primer Orden, el rey recordó la ceguera y el egoísmo de los privilegiados que acababan de poner a Francia en la situación en que se encontraba. "Los Estados Generales —respondió el rey al duque— han sido queridos por vos". ¿Adónde mirar?

La reina, valiente, sonreía en público, pero no podía olvidar la muerte de su hijo ni ese odio popular que sentía todo el tiempo y que era visible por todas partes; lloraba con sus amigas; vacilaba entre madame de Polignac, que le señalaba el creciente peligro, y el optimismo de Necker, apoyado por Mercy, que le mostraba horizontes gloriosos, y un pueblo reconocido que volvía a amar a su soberana. Con la obsesión de esta quimera, desbordado por el entusiasmo de su hija, Necker no veía el peligro, ni las posibilidades de maniobrar; cuando Mirabeau, siempre lúcido, siempre realista, siempre atento a venderse al mejor postor, vino a ofrecer sus servicios a Necker en una visita secreta, el ministro lo recibió como recibían los fariseos a María Magdalena y no sacó partido de este ofrecimiento sórdido, aunque sincero y oportuno.

Frente a esta pasividad, el Tercer Estado avanzaba. Gracias a maniobras bien realizadas, se logró separar a los curas de su orden; tres lo dejaron el 13; otros el 14 y el 15, en particular el famoso cura de Embermesnil, el abate Grégoire, vocero de los jansenistas y los galicanos. Estimulada por los bretones y por los Treinta, la multitud empezó a asistir a las sesiones del Tercer Estado; Mounier se inquietó e intentó impedirlo, pero Volney lo hizo callar. A partir de entonces el "pueblo" vigiló a sus diputados. Este "pueblo" se parece un poco a figurantes pagados, que utiliza a gusto un empresario. También había aquí, por supuesto, espectadores casuales, indispensables para la puesta en escena. Fortalecidos por este

apoyo, los diputados buscaron un nombre para sus reuniones, que desde entonces se llamaron "las comunas". Esto no era bastante; Sieyès, siempre sutil, sugirió: "Asamblea de los Representantes conocidos y verificados de la Nación", título demasiado bonito para ser conveniente; Mirabeau sugirió: "Representantes del Pueblo"; finalmente se propuso "Asamblea Nacional", fórmula competente que fue aceptada el 17 de junio, después de muchas discusiones, por una votación de 491 contra 90. El 19, añadiendo la amenaza a la prudencia, el Tercer Estado declaró ilegales a todos los impuestos percibidos hasta el momento, aunque tolerándolos y aceptando su percepción mientras la Asamblea estuviera reunida; los impuestos ya no debían ser pagados por nadie si se disolvían los Estados Generales. Se terminó con un saludo a los capitalistas, colocando a los acreedores del Estado "bajo la custodia del honor francés" y con una reverencia al pueblo, prometiéndole ocuparse de la sequía. El clero no podía seguir insensible a tanta habilidad, unida a tanta audacia; el 19 de junio, gracias a los curas, el orden eclesiástico votó la unión con el Tercer Estado.

Cuando le anunciaron estas votaciones, por intermedio de Bailly, presidente del Tercer Estado, Luis XVI reunió a su Consejo en presencia de la reina y de sus hermanos. Hubo sesiones el 18, 19, 20 y 21. Fiel a su doctrina y a su carácter, el rey quería evitar la violencia. Algunos hablaban de detener a Orleáns. Luis XVI se negó. El cardenal de La Rochefoucauld, presidente del orden del clero, reconoció su derrota, pues se sentía excedido por los acontecimientos. Montmorency, por el contrario, estaba dispuesto a resistir. Apoyado por d'Esprémesnil, tan violento en sus denuncias contra el Tercer Estado como lo había sido antes en sus ataques a los ministros, y gracias a una mesa suntuosa, que siempre estaba a la disposición de todos, mantenía dentro de su orden una mayoría disciplinada. Esto le permitió levantar la voz, reclamar la colaboración del rey y la disolución de los Estados Generales si el Tercer Estado no quería ceder. Madame de Polignac, Vaudreuil, Breteuil, Coigny, eran de la misma opinión: todos ellos apoyados desde arriba por el conde de Artois. Provenza, que husmeaba la maniobra de Orleáns, decidió no sostener a los "patriotas". Pero dentro del Consejo se manifestaba otra corriente, igualmente violenta: Necker solicitó que el rey se pusiera a la cabeza del Tercer Estado y terminara al frente de éste la Revolución comenzada. En

la intimidad del rey, esta tesis era bien vista; su ayudante de cámara y amigo, Thierry, recibió en su casa de Ville-d'Avray al abate Sieyès, que deseaba servir de intermediario en la maniobra. Thierry dijo: "El rey no será menos poderoso cuando nosotros seamos más libres, y será mucho más feliz". Por otro conducto, Barnave hizo los mismos ofrecimientos a la reina. Al parecer, la monarquía aún podía elegir.

El rey sólo quería el bien de su país y la concordia entre sus súbditos; por los dos lados se solicitaba su arbitrio, amenazándolo. Montmorency mantenía a la nobleza en un alto tono de indignación, sin poder impedir que la minoría publicara una declaración el 20 de junio para protestar contra la mayoría. De acuerdo con la nueva mayoría del clero, estos nobles "patriotas" preparaban su unión con el Tercer Estado; Orleáns, elevando la voz por primera vez, la reclamaba.

Necker, que sentía que se le escapaba la iniciativa, se dirigió a Marly, con los dos ministros con quienes contaba: Saint-Priest y La Luzerne, y solicitó al rey que celebrara una sesión real de los Estados Generales, diera las órdenes para dicha sesión y trazara un programa: deliberación en común con voto individual sobre cada tema de interés general; derecho de modificar la Constitución del reino, siempre que la Legislatura tuviera dos Cámaras; abolición de todos los privilegios frente al impuesto; igualdad de todos para el acceso a los cargos militares y civiles. En suma, era aplicar a Francia el modelo de Inglaterra. Y el programa, sin duda preparado por Mounier, no carecía de equilibrio, pero el Tercer Estado no lo habría aceptado, dado que no concordaba con los puntos de vista de Duport, ni con los de Orleáns, ni con los del Club Bretón. Este plan asustó a la reina y a Artois. Provenza reservó su opinión. Luis XVI juzgó que no le dejaba bastante poder en un país tan difícil de gobernar como Francia. De todas maneras se decidió que se celebraría una sesión real el 22 y, a fin de prepararla, se clausuró la sala de los Estados.

El 20 de junio, un día gris y lluvioso, cuando los diputados del Tercer Estado se encontraron con que estaba clausurada la sala en donde solían deliberar, sintieron cierta frustración; después se metieron en el salón del Juego de Pelota, que tenía las puertas abiertas. Dominados por la cólera, los violentos propusieron medidas brutales y la transferencia inmediata de su asam-

blea a París; Mounier, para parar el golpe, cuya gravedad adivinaba, y para retomar la iniciativa de su orden, propuso: "Los miembros de la Asamblea Nacional prestarán el juramento solemne de no separarse hasta que la Constitución del reino y la regeneración del orden público queden establecidas y afirmadas sobre bases sólidas". Bailly, de pie sobre una silla, leyó la fórmula; el entusiasmo se apoderó de la Asamblea: Barère, Robespierre, Pétion, Dubois-Grancé, todos esos tribunos que iniciaban sus carreras, aprobaron y aplaudieron; se juró, hubo abrazos; Grégoire, cura de Embermesnil, estrechó contra su corazón a Rabaud-Saint-Étienne, pastor de Cévennes. Sieyès no se movió e hizo sus cálculos; uno solo, Martin d'Auch, se negó a firmar. A partir de este momento el Club Bretón tuvo la certeza de que era capaz de arrastrar consigo a todo el Tercer Estado, y de llevarlo lejos.

Mientras tanto, en Marly, el Consejo del Rey se reunió a las cinco de la tarde para examinar nuevamente el proyecto de Necker. Se discutió hasta las diez de la noche sin llegar a un acuerdo y el rey levantó la sesión hasta el domingo 21, a las cinco de la tarde. Esta vez estuvieron junto al rey sus dos hermanos, que opinaron contra Necker, vigorosamente defendido por Montmorin, La Luzerne y Saint-Priest. Se terminó por redactar dos textos, uno que mantenía la división por órdenes y recomendaba a los dos primeros mostrar su espíritu de concordia, y otro que concedía una serie de reformas, las que parecían más apropiadas para satisfacer al Tercer Estado sin comprometer la autoridad del rey. Luis XVI los aprobó; después, como Provenza intentó protestar, le ordenó callarse y la sesión se levantó.

El 23 de junio, con tiempo frío y un cielo nublado, el rey celebró a mediodía su sesión real en la sala de los Estados Generales. Frente a los tres órdenes reunidos, y con un noble aparato militar, el rey dijo: "Señores: Yo he creído hacer todo lo que estaba en mi poder por el bien de mi pueblo cuando tomé la decisión de reuniros". Y, con tono firme, les reprochó su división. Luego el Guardián del Sello leyó las declaraciones regias, la que anulaba todas las decisiones del Tercer Estado, que prohibía los mandatos imperativos y que mantenía la división por órdenes, y la segunda, que esbozaba las grandes líneas de una reforma: voto de los impuestos por los Estados Generales; abolición del servicio provincial, de otros derechos feudales; restricciones del derecho de caza;

organización de los Estados provinciales; libertad de la prensa para definir y organizar, de acuerdo a los Estados Generales, lo que no fuera perjudicial a las costumbres, ni a la religión, ni al Estado; el rey solicitaba a los privilegiados que abandonaran sus privilegios pecuniarios, declarándose dispuestos a sancionar este sacrificio, aunque no el de los diezmos, rentas y otros derechos señoriales. Como tan sólo los nobles aplaudieron y el Tercer Estado se mostró silencioso y hostil, Luis XVI volvió a decir con energía: "Soy yo quien hasta el momento ha hecho todo por la felicidad de mis pueblos, y tal vez es raro que la única ambición de un soberano sea la de lograr que sus súbditos se pongan de acuerdo para aceptar sus bondades". Después ordenó a la Asamblea que se disolviera y se retirara, seguida de la nobleza. Tras haber entorpecido, desde hacía quince años, la aprobación de indispensables reformas, la nobleza parecía al fin dispuesta a apoyarlo.

Demasiado tarde. El Tercer Estado, que la nobleza había sublevado contra la monarquía, exigía más. La víspera, el 22 de junio, en número de 143 contra 291, el orden del clero y dos nobles, el marqués de Blacons y el conde d'Agoust, se unieron al Tercer Estado en la Iglesia Saint-Louis. Alentado por esta victoria y envalentonado por los jefes del Club Bretón, que habían organizado la resistencia, el Tercer Estado se negó a abandonar la sala cuando el Gran Maestro de Ceremonias, monsieur de Brézé, les repitió la orden del rey; mientras Bailly no se atrevía a responder, Mirabeau le gritó, de acuerdo a su propio relato: "Os declaro que si intentáis sacarnos de aquí, deberéis pedir órdenes para emplear la fuerza, pues no abandonaremos nuestros puestos si no es por la fuerza de las bayonetas". Esto fue aprobado. Brézé se retiró para informar al rey. La Asamblea continuó deliberando y Sieyès pronunció sus célebres palabras: "Sois hoy lo que habéis sido ayer". Las decisiones fueron confirmadas y la Asamblea declaró la inviolabilidad de sus miembros. La idea provenía de Mirabeau, que conocía demasiado bien la cárcel para no tomar alguna precaución.

Luis XVI, al volver al palacio, se encontró con Necker: su ministro se había permitido asistir a la sesión real. En realidad, había deseado ir, pero las protestas, los llantos, los gritos de sus mujeres, la desesperación de su esposa y la cólera de su hija, lo retuvieron en casa. En consecuencia, era el ídolo del partido po-

pular; la multitud iba hacia él y lo aclamaba, mientras que la nobleza, reconfortada por las palabras del rey se dirigía al palacio para dar las gracias a Luis XVI, a la reina, y a Artois; Provenza, consecuente con su actitud equívoca, se desentendió. Abandonado por su ministro, que quería renunciar, tomado dentro de aquel tumulto de pasiones contradictorias, el rey no ordenó la expulsión del Tercer Estado de la sala de sesiones. Si lo hubiera hecho, nada habría logrado. En Versalles había otras salas de reunión, y París estaba próximo. El rey comprendía que frente a él, por encima de él, se levantaba la soberanía de la nación, y que había la voluntad, no de modificar la Constitución, sino de cambiar de régimen. También comprendía que la lucha iba a ser dura y que carecía de armas. Por lo tanto, rechazó la renuncia de Necker, que avanzó a través del patio de mármol, en medio de los gritos de alegría y las bendiciones de la multitud. Después, se retiró para meditar a solas sobre el nuevo peligro.

Capítulo IV

EL GRAN ASALTO REVOLUCIONARIO

El Tercer Estado, en su totalidad, se había levantado contra Luis XVI, desde los furibundos del Club Bretón, que rechazaron toda la declaración real, hasta Mounier, que estaba dispuesto a aceptarla en conjunto, si la cláusula que mantenía la división por órdenes y el deseo de mantener su popularidad no lo hubieran detenido. El Tercer Estado se sentía seguro de la victoria; a pesar de la prudencia que las autoridades tuvieron al interrumpir las comunicaciones entre las salas en que sesionaban los tres órdenes, la mayoría del clero logró unirse al Tercer Estado; también lo hicieron algunos nobles.

En las deliberaciones de la nobleza, la minoría patriota se hacía más insistente. Clermont-Tonnerre y Lally-Tollendal, ambos moderados y promovidos por Duport, propusieron aliarse con el Tercer Estado. D'Esprémesnil les respondió con violencia; Cazalès gritó a la minoría: "¿Reuniros con el Tercer Estado? ¡No os atreveréis!" Pero se atrevieron: el 25 de junio, dirigidos por el duque de Orleáns, que desde entonces se puso a la cabeza de la Revolución, 47 nobles abandonaron su orden y se unieron al Tercer Estado. Como los aplaudían al pasar, Orleáns, modesto, declaró: "Amigos, no hagamos ahora ruido. Yo quiero vuestra felicidad y voy a ocuparme de ella. Esta noche aplaudiréis, si es de vuestro agrado". Después rechazó la presidencia de la Asamblea, que el Tercer Estado le ofreció.

Estimulado por los agentes del príncipe, el Palais-Royal firmó en masa una petición belicosa. Los electores que sesionaban en el Hôtel de Ville felicitaban al Tercer Estado y, los "aristócratas" eran amenazados cuando se los veía. A pesar de su caridad, muy conocida, el arzobispo de París, monseñor de Juigné, fue perse-

guido por una multitud furibunda, que le reprochaba haber detenido la fusión del clero y del Tercer Estado. Monseñor pudo salvar la vida por la ligereza de sus piernas. Y comprendió: el 26 se unió al Tercer Estado. Junto con él cedió el último contingente de sacerdotes independientes y piadosos. Más grave aún eran los signos de insubordinación que se sentían ya en el regimiento de los guardias franceses; su nuevo coronel, el duque de Châtelet, se esforzaba por mantener la disciplina. Minucioso y autoritario, no era querido por sus hombres, que echaban de menos a su ex coronel, el duque de Biron, muerto en 1788. Por medio del vino, las prostitutas y el dinero, los espías de Orleáns encontraban fácil acceso a los guardias. Como se los consignaba a los cuarteles para tenerlos a mano día y noche, un buen día varias compañías se escaparon e invadieron los cafés de Vaugirard, bebiendo mucho más allá de sus recursos; sin embargo, las cuentas fueron pagadas. ¿De dónde venía el dinero? La noche del 26, cincuenta soldados, sin fusiles, pero con sables, marcharon hacia el Palais-Royal, vociferando: "¡Viva el Tercer Estado! ¡Aquí estamos y ya no nos iremos más, salvo para defenderlo contra los enemigos de la nación!" Sus oficiales, alarmados, dieron cuenta al coronel de estos incidentes, que resultaban tanto más graves si no recibían el condigno castigo. Châtelet advirtió a Versalles.

Sin este regimiento, de unos 3.600 hombres, era imposible controlar París; el rey veía que la subversión aumentaba por todos lados, inasible y victoriosa. Se la sentía presente hasta en Versalles; los príncipes, la reina, el rey, eran vigilados de muy cerca. Un día, Luis XVI sorprendió a un lacayo que leía por encima de su hombro la orden que escribía. Había "patriotas" que abrían sus cartas, y enviaban copias a la cancillería de Orleáns y al Club Bretón.

Luis XVI no disponía de fuerza alguna y Necker lo asediaba tratando de obtener una autorización para reunir a los órdenes en una sola Cámara; las finanzas se deterioraban constantemente y en este punto el ginebrino tenía razón: había que encontrar un remedio urgente si no se quería llegar a una anarquía sangrienta. Desde 1750 los filósofos y sus émulos, los patriotas, habían creado una "opinión", en la cual masones y literatos se asociaban en un esfuerzo común para dominar, y que dominaban efectivamente, a las clases altas. Si hubiera podido llegar al pueblo y marchar a la cabeza de sus tropas, el rey hubiese luchado, pero con la defec-

ción de los curas y la indisciplina de las tropas estaba obligado a la huida o a la derrota.

El 26 de junio por la tarde escribió a los presidentes de los dos primeros órdenes, rogándoles que se unieran al Tercer Estado en bien de la paz. El cardenal de La Rochefoucauld se inclinó sin decir una palabra: se sabía vencido. Pero Luxemburgo intentó una última jugada el 27 de junio; muy temprano por la mañana se presentó a ver al rey; le suplicó que se pusiera a la cabeza de la nobleza y que se dejara matar, si llegaba el caso, antes que ceder. "Señor de Luxemburgo —dijo Luis XVI—: espero de la fidelidad y del afecto del orden que presidís su reunión con los otros". El duque, consternado, insistió y repitió: "Vuestra fiel nobleza está dispuesta a morir por vos". "Señor de Luxemburgo —replicó el soberano— yo no quiero que un solo francés sea expuesto por mí. Decid a mi fiel nobleza que le ruego que se reúna a los otros Estados. Si es menester algo más, se lo ordeno como soberano". A su alrededor, los príncipes guardaron silencio y la reina estalló en sollozos. Luxemburgo se retiró y, como su orden aún vacilaba, Artois le comunicó por medio de una nota que era menester actuar de una vez. Setenta y cinco nobles no quisieron saber nada. Finalmente, a las cuatro y media, Montmorency y La Rochefoucauld se pusieron en movimiento encabezando a los nobles, altaneros y rígidos, en dos filas paralelas. El Tercer Estado manifestó su contento con violentos aplausos, que parecían más bien insultos a los recién venidos. Esa noche Versalles fue iluminado.

Los días siguientes señalaron, sin embargo, un período de tranquilidad y de calma. Se aplaudió al rey, a la reina, al mismo Artois. En la Asamblea, Mirabeau hizo el elogio del rey. El Tercer Estado eligió el 3 de julio al arzobispo de Vienne como presidente de la Asamblea y a Mounier como a uno de los seis secretarios, con Sieyès, Le Chapelier, Grégoire para recordarle sus deberes si esto fuera necesario; los moderados del Tercer Estado esperaban, con el apoyo de la nobleza y del clero, tomar el poder y redactar a la brevedad posible una Constitución. Éste era el deseo de Mounier. La Fayette también apenas pensaba y declaraba que la Revolución era asunto terminado en poco tiempo. Su doctrina se resumía en la fórmula de Mounier: "Estamos llamados no a reformar todos los abusos sino a preparar las reformas. Estamos llamados a redactar una Constitución". De todos modos, el acuerdo estaba lejos

de reinar en la Asamblea; para Mounier y sus amigos se trataba de modificar y de precisar la Constitución francesa tomando en cuenta el pasado y las nuevas necesidades; para Duport y los "bretones" se trataba de hacer tabla rasa con todo y reemplazar "un caos gótico" por una Constitución que estuviera precedida de una Declaración de Derechos. La Fayette aprobaba este punto de vista, dado que en América se había redactado también una Declaración de Derechos. El Club Bretón, apoyado por un cierto número de nobles, Duport, los Lameth, d'Aiguillon, Orleáns, por algunos curas como Grégoire, disponía de mayoría para todas las votaciones importantes.

El país también disponía de grupos decididos a todo que, diariamente, se mostraban más audaces. Después del 27 de junio la capital se llenó de carteles, estampas y alegorías de todas clases, que llevaban un triángulo que significaba para la multitud la unión de los tres órdenes y, para los iniciados, el triunfo de la masonería inspiradora de la Revolución y centro de la igualdad. Los patriotas se complacían en ostentar estos emblemas. Circulaban a través de la ciudad afiebrada, cuya enervación acrecentaban. La escasez, que misteriosmente aumentaba pese a las medidas tomadas pomposamente por Necker y a las sesiones ociosas de la Asamblea, esta escasez, que había llegado a ser una obsesión para el pueblo, formaba multitudes sobreexcitadas frente a las panaderías. Se gritaba contra los acaparadores, se los denunciaba sin conocer sus nombres y de repente se quería descuartizar al primer recién llegado, por no encontrar a nadie mejor. El diapasón se elevaba aún más en el Palais-Royal; el 27 de junio "se" obligó a todos los habitantes de la zona a iluminar en honor de Orleáns, del Tercer Estado y de Necker, mientras un gentío enorme, que se demoró hasta la una de la madrugada, discurría y discutía. Cualquiera que hablara en contra del Tercer Estado era echado a patadas y puñetazos; un abate que se permitió defender al arzobispo de París fue debidamente azotado sobre una mesa, obligado a arrodillarse, pedir perdón y besar los pies mugrientos de un saboyano. Estos juegos crueles, deleite de una multitud delirante, se acompañaban de mociones incendiarias, de gritos y de cantos injuriosos contra los "aristócratas". El barrio Saint-Antoine se hacía eco de estos rumores.

Frente a esta multitud sobreexcitada, los oficiales encargados de mantener el orden empezaban a perder la sangre fría. Y daban

órdenes a sus soldados, los guardias franceses, de cargar los fusiles; los hombres se negaban. Sin emplear violencia y con procedimientos hábiles, se logró meterlos presos en la Abadía. El 30 de junio, al atardecer, se difundió por el café de Foy la noticia de que habían enviado una carta solicitando el apoyo de los "patriotas" del Palais-Royal; inmediatamente Loustalot, redactor de *Révolutions de Paris*, se lanzó al jardín, se trepó a una silla y soliviantó a la multitud que lo aclamaba: "¡A la Abadía, a la Abadía!" Partieron. El cortejo se engrosó con obreros y transeúntes; armados con hachas y barras de hierro, reclamaron al portero la libertad de los soldados; se les entegaron las llaves; se abrieron todas las puertas de la prisión y se recuperó a los guardias presos. Un destacamento de caballería, que llegó para restablecer el orden, se limitó a saludar y a retirarse. Fue una noche de triunfo y de embriaguez en el Palais-Royal, y los once rebeldes fueron agasajados. Al día siguiente el café de Foy demandaba a la Asamblea que interviniera en favor de esas "víctimas del despotismo". Ésta, muy incómoda por cierto, envió una delegación al rey, suplicándole que se mostrara clemente.

Luis XVI veía que, pese a todas sus concesiones, la anarquía se expandía. Besenval lo había indicado al ministro de Guerra, Puységur, que no lo ignoraba, y que decidió traer a París, discretamente, las tropas más seguras —los Suizos y el Real Alemán. Primero fueron seis regimientos, después diez, que formaron un pequeño ejército.

El rey aprobó estas precauciones.

El conde d'Artois, estimulado por madame de Polignac, por Vaudreuil, por la gente que lo rodeaba y por Breteuil, podía fácilmente mostrar a su hermano mayor que todos los sacrificios de la nobleza, del clero, de la corona, sólo eran beneficiosos para el Tercer Estado, que seguía un plan establecido para llegar a la supremacía. Desde que se reunieron, los diputados no habían hecho nada para aliviar el déficit. En ellos todo indicaba la voluntad de tomar el poder y no el deseo de sacar al país de sus dificultades. El rey ya no quiso tolerar más desorden. Llamó a su lado a monsieur de Broglie, para que se encargara de la tropa, intimidara a la Asamblea y restableciera el orden en París. Pero nunca aceptó la idea de derramar sangre francesa: quería una demostración vigorosa, no una guerra civil.

Frente a personas demasiado comprometidas y que temían por sus vidas, decididas además a no ahorrar sangre para el triunfo de su causa, la empresa de Broglie amenazaba fracasar. Tan sólo la rapidez y el secreto podían darle el triunfo. Pero los espías del Tercer Estado y de Orleáns se pusieron inmediatamente a la faena; alertaron a la Asamblea, que empezó a temblar; entre la violencia de la sublevación y ese ejército realista, la Asamblea se veía en grave peligro; Mirabeau redactó una súplica al rey: "Los movimientos de vuestro corazón, señor, son la verdadera salvación de los franceses. .. ¿Qué quiere decir este aparato amenazador? ¿Dónde están los enemigos del Estado y del rey que es menester doblegar. . . ? Señor, os conjuramos en nombre de la patria, en nombre de vuestra dicha y de vuestra gloria: enviad esos soldados a los puestos de donde los sacaron vuestros consejeros. . ." Cuando llevaron este hermoso texto a Luis XVI, el rey contestó sencillamente que uno de sus deberes era velar por el orden público, que su intención era pura y que, si la Asamblea así lo deseaba, podía retirarse a Noyon o a Soissons, en cuyo caso él iría a Compiègne para no alejarse de ella.

Necker no era el hombre apropiado para esta política firme. El rey apeló entonces a los únicos hombres en quienes podía confiar: el barón de Breteuil, hombre valeroso, fiel, pero duro y poco prudente, el duque de La Vauguyon, buen diplomático y espíritu penetrante, el intendente Foullon y La Galaizière. Estos hombres recibieron órdenes de presentarse en Versalles. Sin embargo, en el Consejo de Despachos, Luis XVI fingía dormir, para no tener que hablar. Cuando terminó la sesión, envió a La Luzerne para que pidiera a Necker su dimisión y su inmediata partida para el extranjero por la ruta de Flandes, todo ello en secreto. Necker, tomado de sorpresa, tuvo el mérito de obedecer exactamente las órdenes. Montmorin, su auxiliar en todo, fue despedido y reemplazado por La Vauguyon, Puységur por Broglie, y Malesherbes se retiró voluntariamente. Saint-Priest también fue destituido. Los nuevos ministros empezaron a instalarse, con más satisfacción que apresuramiento.

La noticia, sin embargo, circulaba ya gracias a los espías en la Asamblea, en el Palais-Royal y en el Club Bretón. En París la noticia provocó una violenta emoción; los capitalistas y agiotistas, que veían en Necker una garantía de la deuda francesa y en el

triunfo del Tercer Estado la promesa de que iban a pagarles con los bienes del clero, no tardaron en agitarse. Conducidos por los banqueros Laborde y Dufresnoy, miembros de los Treinta, subvencionaron la sublevación. Los agentes de cambios se congregaron, decidieron cerrar la Bolsa el lunes y enviar a uno de ellos, monsieur Madinier, a Versalles para informarse. Los bonos de la Caja de Descuentos bajaron de 4.261 a 4.161 en dos días, y todo se desmoronó. Se decía que el rey estaba decidido a declararse en bancarrota y que los rentistas iban a quedar arruinados. Esto afectaba a 60.000 capitalistas y agiotistas; en estas condiciones los principales financistas, ya ganados por el Tercer Estado, no vacilaron en ofrecerle sus personas y sus fortunas. Proporcionaron el dinero necesario para pagar las tropas revolucionarias y ellos mismos se enrolaron con sus hijos y sus empleados. Esta movilización se estaba preparando desde hacía cierto tiempo. "Los ciudadanos celosos y patriotas reunidos en los cafés de Foy y en el Sótano del Palais-Royal" (detrás de los cuales se ocultaba la cancillería de Orleáns), enviaron a todas partes circulares y "convocatorias para presentarse dentro de las veinticuatro horas"; se incluyeron también amenazas para los vacilantes. El *Journal des Citoyens Arquebusiers royaux*, de la ciudad de París, del 3 de julio nos da la prueba. Este ejemplo basta para comprometer el método empleado y su eficacia: los arcabuceros respondieron al llamado.

¿Quién tenía la batuta en la mano? Todas las miradas se volvían hacia el duque de Orleáns que, desde hacía dos años, no cesaba de hacer una oposición sistemática con sus actos, su dinero y sus agentes, a su primo, Luis XVI. Un filósofo de Silesia, que estaba a la sazón en París y frecuentaba medios patriotas, Charles Oelsner, cuenta que Mirabeau, Le Chapelier y Rabaut fueron a ver al príncipe, a quien Mirabeau declaró. "Ya sabéis, señor, el destino que os aguarda si los planes de Breteuil, que hace mucho tiempo ha jurado vuestra pérdida, llegan a realizarse. El Consejo del Rey se reúne esta tarde y debe dar los últimos toques a estos planes. La jornada de mañana habrá de traernos, tal vez, su realización. Convertíos, pues, en plenipotenciario del pueblo, exigid que las tropas se retiren y que se forme una guardia civil para la Asamblea Nacional. Reconozco que la acción que os aconsejamos es temeraria, y que significa adelantarse al peligro, pero vos no podéis escapar a los peligros que os amenazan, salvo desafiándolos. Si no

os matan allí mismo. .. y esos miserables no se atreverán a hacerlo. . ., si se contentan con deteneros, podéis contar mañana con una insurrección que no sólo os pondrá en libertad, sino que os convertirá en Teniente General del Reino". Según Oelsner, cuando oyó estas palabras, Orleáns "tomó un aire consternado, que revelaba a la vez el deseo y el temor". Pero la propuesta no agradaba a su temperamento. Aunque no era cobarde, Orleáns, fiel a una tradición más fuerte que su voluntad, no podía aparecer públicamente como el autor de una revolución que había derrocado a su primo. En 1788 tomó la palabra en el Parlamento para oponerse a las órdenes del rey, pero hacía mucho tiempo que se había preparado para esto, estaba rodeado de cómplices y se mantenía dentro de la legalidad; en 1789, tenía también menos ganas de mostrarse, porque había tomado responsabilidades más pesadas y más sangrientas.

Según Louis Blanc, masón de alto grado, que escribió en 1846 y que no se contentaba con las apariencias, Orleáns celebraba sus conciliábulos secretos en Montrouge, junto con La Touche, Sillery, Laclos y Biron. No es posible dudar que iban muy lejos y que Orleáns encontraba en estas excursiones un placer, ese placer sordo, agudizado por el temor, que es tan apreciado por los voluptuosos disipados. Gracias a estos hombres, la acción revolucionaria fue vigorosa, eficaz, y bien coordinada con la Asamblea, donde Mirabeau, Le Chapelier, Rabaut, todo el Club Bretón, La Fayette y sus agentes (lo confesó a Bonaparte en 1800), los Treinta y los Lameth trabajaban en el mismo sentido. Los banqueros y capitalistas aportaron su oro. Por otra parte, había rivalidad al mismo tiempo que emulación y colaboración entre los grupos, como se vio después. Por lo pronto, todo transcurrió de acuerdo a los planes: el Palais-Royal funcionó como centro de reunión; el Hôtel de Ville (en el cual los electores de París, cumplida ya su misión, continuaban reuniéndose sin mandato, aunque no sin celo) fue el centro político; los Treinta sirvieron de regulador. El papel de la Asamblea fue mediocre. La batalla se libró en París.

El 12 de julio por la mañana la capital se despertó con un hermoso día; los vendedores de diarios anunciaron una moción del duque de Orleáns en relación a un impuesto de honor, una cotización voluntaria para ayudar a los pobres; él se suscribía con 300.000 libras. Así, se ponía a la delantera. En las primeras horas

de la tarde circuló la noticia de la destitución de Necker; se inició entonces una agitación sorda, alimentada por rumores amenazantes. De acuerdo a un guión bien preparado, Camille Desmoulins tomó la iniciativa en el Palais-Royal. "No veía los grupos, listos para la sublevación, a pesar de estar tan emocionados y consternados... Fui más bien levantado por la multitud (sobre una silla). No bien estuve allí me vi rodeado por una cantidad enorme de gente. Ésta es la breve arenga que pronuncié, y que no olvidaré jamás: «Ciudadanos, no hay un momento que perder. Vengo de Versalles. Han destituido a monsieur Necker. Esta destitución es el clarín que anuncia una San Bartolomé de patriotas. Esta noche, todos los batallones suizos y alemanes saldrán del Campo de Marte para degollarnos. No nos queda más que un recurso: ¡a las armas!»" Inmediatamente toda la gente se adornó con escarapelas verdes, cintas u hojas, color de la esperanza; se formó un cortejo que fue a casa del escultor Curtius, donde se apoderaron de un busto de Necker y un busto de Orleáns. Un grupo abigarrado, compuesto por burgueses, por saboyanos con casquetes negros, por elegantes como hermosos chalecos de seda, etc., marchó por los bulevares, precedido de estandartes. En todas partes se exigió que se cerraran los teatros y la adhesión al Tercer Estado. El grupo encontró en la plaza Luis XV a una patrulla de caballería, enviada por Besenval para custodiar París e impedir que desmoralizaran a la infantería; la multitud la apedreó; cayó un soldado, otros tiraron y un joven cayó también; un saboyano fue herido; Besenval había concentrado sus tropas en esta plaza, a la que acudía la multitud de todas partes; exasperado, envió al príncipe de Lambesc con su Real Alemán a patrullar las Tullerías, llenas de transeúntes y espectadores. Los soldados empujaron a algunas personas que los asaltaron. Las tropas tenían orden de no derramar sangre, y la cumplieron; pero son insultadas, apedreadas, se procura desbandarlas, corre la voz de que están masacrando a los paseantes. Gracias a los horrendos rumores que corrieron todo el día y a los preparativos de las semanas precedentes, un agente orleanista, Gonchon, logró sacar a los guardias franceses de sus cuarteles de la calle Verte, en donde estaban acuartelados. Se los lanzó contra las tropas extranjeras, tiraron, mataron tres de sus adversarios y se exaltaron en consecuencia.

De Versalles no llegaban órdenes. Después de pasar la jornada

en esta situación absurda, Besenval, que temía por sí mismo y por su hermoso hotel de París, dio la orden de retirada para salvar —dijo— a sus tropas y salvaguardar su autoridad. Abandonó París y solicitó órdenes a Broglie, que lo había dejado sin instrucciones.

Mientras tanto, en la ciudad presa del pánico, todos los transeúntes y todos los burgueses habían vuelto a sus casas. La calle está en poder de "bandidos", mal vestidos, mal armados, que van de derecha a izquierda amenazando a los paseantes con sus picas y sus palos. Durante la noche, la mayor parte de la barrera donde se percibían los impuestos municipales es forzada, saqueada, incendiada. París se queda sin policía; al día siguiente aumenta el desorden; se saquean las panaderías y las vinerías; mujeres de la calle arrancan las alhajas a las damas, les arrebatan los aros de las orejas. Se invade el hotel del teniente de policía y sacan los muebles a la calle; el teniente logra salvarse huyendo rápidamente. Envalentonados por la impunidad, los "bandidos" dan aullidos, asaltan y se apoderan de la Force, cárcel reservada a los presos por deudas; echan abajo la puerta del convento de San Lázaro, repleto de provisiones destinadas a socorrer a los pobres; deshacen la biblioteca, rompen los cuadros y los gabinetes de física; devastan la sacristía; se utilizan los ornamentos religiosos para desfiles sacrílegos, y especialmente se organizan banquetes con los víveres robados y el populacho se emborracha con los vinos de la bodega. La orgía dura veinticuatro horas. Otra banda invade el guardarropas y se apodera de las armas que contiene. El Tesoro Real y la Caja de Descuentos corren peligro. En todo París y en los alrededores estallan incendios.

Realizada esta primera parte del programa, se pasa a la segunda. La Asamblea que no ha sesionado el domingo 12, se reúne el 13 para enterarse de la decisión del rey, del cambio de ministerio y de los desórdenes de París. Asustada por las tropas reales, espantada por la violencia de los "bandidos", la mayoría acepta aliviada la idea de una milicia burguesa, encargada de protegerla. La Asamblea vota urgentemente una declaración en la cual expresa su pesar por la destitución de Necker y los colegas de éste, proclama a los nuevos ministros responsables de los disturbios y protesta contra cualquier bancarrota, declarando que la deuda pública se encuentra "bajo la custodia de la lealtad francesa". En el Hôtel

de Ville, como siguiendo estas instrucciones, los "electores" convocan al preboste de los comerciantes, Flesselles, lo nombran presidente y deciden crear un comité permanente y obligar a los sesenta distritos de París a proporcionar cada uno 200 hombres para formar una milicia parisiense que habrá de velar por la seguridad pública bajo las órdenes del comité; éste invita a todo particular dueño de un sable, de un fusil, de una pistola o de una espada a presentarse en su distrito para ingresar a la milicia, que estará comandada por el marqués de la Salle, uno de los Treinta. Toto esto es totalmente ilegal, pero ha sido concebido y dirigido por los Treinta. Por su parte, Orleáns utiliza a sus "bandidos"; éstos gritan que hay que ir a Versalles y ponen precio a la cabeza de la reina y a la de Artois.

Por el momento, el horror ha ido demasiado lejos. Con ayuda de los banqueros y los agentes de cambio, la milicia se forma rápidamente y se arma sin demoras. Las balas se funden en casa de Étienne Delessert; se envían víveres para el batallón de San Eustaquio; otro banquero, Prévoteau, paga de su bolsillo, durante un mes, a un batallón de la milicia; otros lo imitan. Ese 13 de julio se ve, pues, a delegados de las secciones burguesas que solicitan armas en los Inválidos y en toda la ciudad, y que van sustituyendo a los "bandidos". Éstos, sin embargo, siguen aún en la calle, ya han invadido el Hôtel de Ville y resulta muy difícil expulsarlos de allí; iban de casa en casa pidiendo armas, víveres, dinero y sobre todo vino; no se respetó ni una sola panadería o vinería: las abrían a la fuerza y las vaciaban. Semidesnudos en estos días tórridos y más que borrachos de excitación, de fatiga y de alcohol, estaban dispuestos a todo. Durante la noche, por prudencia y por patriotismo, las milicias burguesas ahorcaron a un número respetable de estos "bandidos", con el propósito de volverlos a la sobriedad. Otros siguieron saqueando, pero la nueva guardia se imponía y se instalaba.

El 14 por la mañana el buen tiempo y el calor prometían ser mayores. La excitación aumentó. Una multitud mezclada de "bandidos" y de milicia burguesa se dirigió a los Inválidos, intimidó al conde de Sombreuil, gobernador, y con la ayuda de los Inválidos se apoderó de 28.000 fusiles y 24 cañones. Después se gritó: "¡A la Bastilla!" La Bastilla guardaba armas, pero era ante todo el símbolo de la autoridad regia. La corte la creía, con mucha ra-

zón, inexpugnable, pero su gobernador, monsieur de Launay, carecía de vigor y de lucidez. Por otra parte, la Bastilla era inofensiva y sus cañones de fachada; sólo había en ella a la sazón siete presos, monederos falsos o locos; nunca había albergado gente del pueblo, pero habían pasado por ella nobles crapulosos y escritores subversivos: Voltaire, La Baumelle, Marmontel, Linguet. Este úl-tiamo había escrito un libro elocuente, *Memorias de la Bastilla,* que había gustado en los medios literarios; la Bastilla constituía para ellos el símbolo de la tiranía, aunque reconocían que eran tratados cortésmente en ese lugar. La Bastilla acaso amenazaba a la Enciclopedia, no al pueblo. Sin embargo, la opinión la había elegido como emblema. Los electores enviaron una delegación a Launay, que la recibió con cortesía, pero no pudo hacerles ninguna concesión, ya que las órdenes del rey eran formales. Llegó entonces una segunda delegación, encabezada por Thuriot, quien conminó a Launay, "en nombre de la nación y de la patria", a abrir la fortaleza. En ese momento un millar de vagabundos y de desarrapados se apretaba contra los muros; de hora en hora se excitaban más; entraron al primer patio que estaba abierto, pero el puente levadizo, que aislaba al segundo patio, seguía levantado. Un soldado, Louis Tournay, y un desconocido, lograron escalar el puente levadizo y cortar las cadenas a hachazos; el puente descendió. Launay, al sentirse burlado, dio orden de tirar y la multitud se retiró en desorden.

Se intentó intimidar de nuevo enfilando hacia la prisión un cañón, pero sólo se logró herir a los dos inexpertos artilleros; llegó entonces un destacamento de guardias franceses con dos cañones; Launay se dio cuenta que, para defenderse, no le quedaba más remedio que matar a alguno de los atacantes; hombre filantrópico, hubiera preferido hacer saltar la fortaleza y volar él también; los suizos querían resistir; los Inválidos querían entregarse. La multitud aullaba: "¡Abajo los puentes!" Finalmente, no pudiendo más de ansiedad, el gobernador envió un billete a los sitiadores: "No nos masacréis: nos rendimos". Los guardias franceses recibieron el mensaje y juraron: "A fe de militares: no os haremos mal. Bajad los puentes". La muchedumbre entró en la prisión; en un instante se produjo el caos. Corrió la sangre; un suizo, que intentaba huir, recibió un sablazo que le hendió la cabeza; por todas partes se buscaban víctimas que no existían y se hacían víctimas reales;

la turba se encarnizó contra Launay, le arrancó los cabellos, lo arañó, lo amenazó apuntándole el rostro con una espada. Un ayudante de carnicero le cortó la cabeza mientras él se defendía como podía, demasiado tarde. La turba apuñaló también al intendente de la Bastilla, le cortó el brazo a un Inválido, mató a unos suizos y puso triunfalmente sus cabezas sobre unas picas; también enarbolaron las vísceras mientras cantaban:

Ay, ay, ay, la fiesta ya no es fiesta,
si nos falta el corazón...

En los escalones del Hôtel de Ville destriparon al presidente de los comerciantes, cuyo puesto era codiciado. Los sitiadores tuvieron noventa y ocho bajas; Launay apenas había tirado, pera la excitación hizo que tiraran los unos contra los otros. La sangre, las atroces cabezas, las tripas sanguinolentas suscitaron en un primer momento asco y horror. Se proclamó la ley marcial, no se sabe muy bien por quién, acaso por la guardia burguesa, que patrullaba las calles para poner fin al pillaje.

La maniobra del 12-14 de julio lleva la marca de Duport; además, sirvió de modelo a todas las grandes "jornadas revolucionarias". Es una maniobra triple: en el primer momento se crea el desorden; después, una vez que las autoridades legítimas están paralizadas, se las reemplaza por un comité revolucionario que toma el poder y lo ejerce no contra los autores de disturbios, sino contra los defensores del antiguo régimen; finalmente, una vez obtenida la calma, se entrega el poder a los cuerpos formados por los "patriotas".

Caía la noche; los "vencedores de la Bastilla", poco seguros de sí mismos, se escondieron. Sin embargo, habían ganado la jornada. En Versalles reinaba una pesada calma. Llegaban pocas noticias y se silenciaban las que se recibían. María Antonieta había escrito a su querida princesa de Lamballe, que estaba ese día en París y no se había atrevido a salir de su casa, una primera carta confiada, por la mañana: "Estaríamos en la mayor de las inquietudes si monsieur de Launay (el gobernador de la fortaleza) no nos hubiera dado seguridades de que responde de la Bastilla; se harán transportar los fondos del Tesoro Real, de la Caja de Descuentos al Montespío; hay temores de que sean saqueados. Mien-

tras contemos con esta ciudadela, los disturbios de París no pueden ser peligrosos, y como nos dicen que es inexpugnable, estamos tan tranquilos como se puede estarlo en este momento... El pueblo avanza hacia la Bastilla, pero está desarmado. El rey está inquieto, muy inquieto; de esta jornada depende el destino de todo lo que me es querido..." Esa noche, madame de Lamballe recibió una segunda carta, un llamado desgarrador: "Todo se ha perdido. La Bastilla está en poder de la gente de París. El desdichado de Launay ha pagado con su vida la imprudencia de bajar el puente. No perdáis un instante y venid a mi lado. Todos mis amigos se alejan; ojalá puedan escapar a los furores del pueblo. La consternación, el miedo me rodean. El rey cede a la dura ley de la necesidad: abandona todo proyecto de defender los derechos de la monarquía. Una horrible soledad nos rodea; sólo los guardias de corps y los Suizos nos son fieles. ¡Ojalá podamos recompensarlos!" La reina ignoraba que en estas horas trágicas los guardias suizos habían quedado sin oficiales, que todo el día habían recibido órdenes de los suboficiales: sus jefes estaban en el club y sólo aparecieron por la noche. Por esta causa su soberano, el Estado de Friburgo, los castigó. Pero la reina tenía razón al decir que el abandono era completo. Por todos los caminos del Norte y del Este, los nobles, los cortesanos y los hombres de Estado huían, encabezados por Duval d'Esprémesnil y Luxemburgo. También habían partido los Polignac; sin duda hubieran sido masacrados en caso de ser reconocidos por la turba. Más misterioso es el pánico del duque de Orleáns. ¿Por qué, la noche del 14 de julio, ante el triunfo de su causa, se refugió en casa de su cuñada, madame de Lamballe, para esconderse? ¿Acaso tenía miedo que vinieran a apoderarse de él para nombrarlo Teniente General del Reino, poniendo en peligro su vida? ¿O comprendía ya que la burguesía de Nantes había engañado a sus agentes y que La Fayette, su enemigo, salía vencedor de esta batalla?

Capítulo V

EL FRACASO DE LOS MODERADOS

El 14 de julio, por la noche, todo el mundo reconocía el triunfo del Tercer Estado, la derrota de los privilegiados y de la monarquía; reducido a la impotencia por los conjurados, el rey perdía su soberanía.

No lo ignoraba. Poco importa que el duque de Liancourt lo haya despertado esa noche a las dos de la madrugada y que el rey le haya dicho: "Entonces, esto es una rebelión en serio". A las seis de la mañana el rey reunió al Consejo y lo consultó. Como deseaba reflexionar, fingía dormir mientras los ministros discutían; algunos querían seguir luchando, emplear nuevos medios y, sobre todo, no perder sus puestos en el ministerio. Luis XVI, mejor informado que ellos, sabía —pues Besenval se lo había dicho— que las tropas estaban desalentadas. Incluso el Real Alemán de Lambesc se negaba a participar de nuevo en la refriega; no es posible seguir pidiendo a los soldados que den pruebas de un valor pasivo, sin reacción, frente a una multitud que los amenaza, los insulta, los apedrea, les tira inmundicias y dispara contra ellos. Frente a los organismos revolucionarios, que no vacilaban en iniciar una guerra civil para lograr sus fines, el rey, que se negaba a derramar sangre francesa, tenía que ceder.

Y se apresuró a hacerlo para salvar al menos un poco de su dignidad, algunas briznas de su popularidad. También debía salvar la vida de los suyos. Durante la revuelta se había puesto precio en el Palais-Royal a la cabeza de la reina —300 libras— y a la de Artois —100 libras; había listas impresas que circulaban hasta en los corredores de Versalles, con los nombres de doscientas cuarenta y seis personas de rango condenadas a muerte. La tarea del rey fue facilitada por los terrores de la Asamblea; la crueldad

de las turbas espantaba a la Asamblea: aún no se sabía hasta dónde iba a llegar el conflicto; los diputados se preparaban a enviar una nueva delegación a Luis XVI y vacilaban entre la amenaza y la súplica, cuando Liancourt llegó para anunciarles que el rey iba a hacerse presente en la Asamblea.

El rey se presentó sin escolta. "Señores, os he reunido para consultaros por asuntos del Estado. No hay nada que afecte más sensiblemente mi corazón en este instante que el tremendo desorden que reina en la capital..." Añadió que estaba lejos de pensar en atacarlos: "Soy yo quien confía en vosotros", dijo en un arranque sincero y hábil. Terminó anunciando la retirada de las tropas que rodeaban Versalles y París. Los diputados, sensibles a tanto valor, lo aclamaron. Y luego, respetando las formas, reclamaron a Necker. El rey pudo contestar que ya lo había mandado llamar con un mensajero. La Asamblea quiso entonces acompañarlo hasta el palacio y la multitud, congregada frente al Palacio de Menudos, se precipitó sobre él en medio de un delirio de entusiasmo.

Después los acontecimientos se sucedieron rápidamente: la Asamblea despachó 88 de sus miembros más valerosos con la misión de palpar la opinión de París. Los banqueros, prodigando su dinero a los guardias franceses y a los guardias nacionales, acababan de crear una fuerza sólida, que mantenía dentro de sus límites a los "bandidos" de Orleáns. Por lo tanto, todo anduvo en orden: el Hôtel de Ville hizo una calurosa recepción a los diputados, que ratificaron en nombre de la Asamblea la elección de Bailly como intendente y la de La Fayette, plebiscitado la víspera, como comandante de la Guardia Nacional. Se leyó el discurso del rey a la Asamblea. Después todos concurrieron a Notre-Dame para un Tedéum, pues el clero quería asociarse estrechamente a los vencedores. Mounier volvió mareado de esta jornada que lo afirmaba (la Asamblea no corría peligro de ser estrangulada en París) y lo exaltaba: se sentía elevado por la opinión inmensa de una multitud con ojos sonrientes, pues para estos abogados habituados a los tímidos triunfos de los tribunales de audiencia, la cosa era inolvidable. Lo dijo a sus colegas: "Nunca se ha visto una fiesta más hermosa... la historia no nos ofrece un ejemplo igual; la historia nunca volverá a crear lo que hemos visto y sobre todo lo que hemos sentido". Luis XVI decidió afrontar él mismo, sin ninguna protección, la turba de París, a la cual habían soliviantado

contra su autoridad. Fue a la ciudad el 17 de julio. El día anterior, Artois le había suplicado que emigrara, y no había logrado persuadirlo. Acababa de destituir el ministerio que había defendido tan mal la monarquía y que le recomendaba ahora seguir a las tropas que se alejaban de la capital. Sabía que el futuro del reino se jugaba en París y, a pesar de arriesgar la vida, quería luchar. El 17 por la mañana, llevando en su carroza tan sólo al mariscal de Beauvau, los duques de Villeroy y de Villequier, el vizconde d'Estaing y el marqués de Nesles, todos ellos grandes señores "patriotas", partió seguido de 240 constituyentes. Por la mañana había comulgado, había tranquilizado los temores de su mujer y había rogado a Provenza que lo sustituyera en caso de asesinato: ¿acaso no iba al antro controlado por Orleáns? Todo transcurrió pacíficamente, pero con lentitud. La Fayette, menos modesto de lo que se creía, cuenta que había dado estrictas instrucciones a la multitud: durante la ida gritar "Viva la Nación", pues el rey merecía una lección; de vuelta, había que gritar "Viva el Rey", pues el rey merecía una recompensa. Por orden del Comité de Electores, 150.000 ciudadanos armados formaban doble fila desde la barrera de Passy hasta la plaza de la Grève. Bajo un cielo nublado, el viento hacía ondular por primera vez los estandartes rojos y azules, los colores de la ciudad de París (y también los del duque de Orleáns). Una multitud enorme se apretaba durante todo el trayecto. El rey llegó a las 3 de la tarde a la barrera, pues su carroza iba al paso; fue recibido por Bailly, quien lo condujo al Hôtel de Ville (Ayuntamiento) donde fue recibido bajo una bóveda de acero (espadas entrecruzadas por encima de su cabeza, símbolo masónico de salvación y de amenaza). Aquí aprobó la decisión de echar abajo la Bastilla, que había sido tomada el día anterior por los "electores", el nombramiento de Bailly y de La Fayette, y la creación de la Guardia Nacional. Moreau de Saint-Méry uno de los electores, le dijo: "Erais deudor de vuestra corona a vuestro nacimiento: ahora seréis deudor de ella nada más que a vuestras virtudes". Después, La Fayette proclamó a Luis XVI: "Regenerador de la libertad francesa". Bailly le presentó la escarapela con los colores de París y el rey la prendió a su sombrero, que agitó. Entonces el pueblo, encantado, lo saludó con un inmenso "Viva el Rey", que lo siguió hasta la salida de París. Finalmente La Fayette, rodeado de su nuevo Estado Mayor, lo acompañó hasta la barrera, en donde

lo esperaban los guardias de corps y la Guardia Nacional de Versalles. Gracias a la energía de Luis XVI y a las intrigas de La Fayette, el rey ya no era el único perdedor del 14 de julio: Orleáns, que no supo aprovechar su éxito y asistió impotente al triunfo de su primo, compone aquí una figura lamentable.

Con el propósito de llevar a buen fin esta delicada operación, La Fayette utilizó una leyenda que debía alcanzar mucha popularidad: la debilidad de carácter de Luis XVI. En la hora misma en que el rey daba una notable prueba de fuerza de alma, se habló de su "debilidad" para explicar la crisis del 13 al 14 de julio. Esta razón debía ser citada incesantemente a partir de este momento con el fin de cubrir las violencias de la Asamblea contra el rey desarmado, al cual quería utilizar quitándole la autoridad. De hecho, Luis XVI resistió durante más tiempo que ningún jefe revolucionario y fue menester matarlo para librarse de él. Durante esos días de fines de julio, sus ex ministros habían partido, Necker aún no había regresado, y estaba en Versalles con Montmorin, que se había unido a él sin demoras. Artois, los Condé, Vaudreuil, Montmorency-Luxemburgo y la mayor parte de los cortesanos habían escapado sin demoras a Renania. Besenval hubiera querido imitarlos, pero en el cadáver de Launay habían encontrado cartas suyas y, sin haberlo podido impedir La Fayette, fue detenido, vigilado y encarcelado; se logró sólo que lo pusieran en el Châtelet; esto equivalía a salvarle la vida; más adelante Flesselles, el intendente Foullon y su yerno Bertier, que habían inspirado las iras de ciertos banqueros patriotas, en particular los Laborde, fueron señalados al furor popular, atrapados en el campo, traídos de vuelta a París y sacrificados como se sacrifica a las bestias. Ni Bailly ni La Fayette pudieron impedirlo.

En estas ocasiones las bandas de Orleáns se apoderaban de la calle y nadie podía hacerlas retroceder. La gente se limitaba a decir: "¡El pueblo cumple sus justas venganzas!", aunque en realidad se trataba de forajidos que mataban a sueldo. Debe hacerse esta observación en honor del pueblo francés.

Más de un diputado contemplaba con inquietud los desórdenes; otros se regocijaban. Ya empezaban a formarse diversos grupos entre los vencedores del 14 de julio. El Tercer Estado, que formaba un bloque en junio, empezaba a dividirse. Los partidarios del antiguo régimen, nobles y obispos, huían y sólo dejaban detrás un

puñado de gente batalladora, dispuesta a arriesgar la vida, que dirigía el abate Maury, Cazalès y el alcalde Mirabeau. Éstos aún podían hablar abiertamente, pero ya no contaban. Todo el resto de la Asamblea parecía formar el bloque de los revolucionarios; algunos sólo pensaban en terminar a la brevedad posible y tan tranquilamente como se pudiera la Revolución, y mantener la continuidad entre el antiguo y el nuevo régimen; Mounier, junto con Malouet y Virieu dirigían a este grupo, que apoyaban La Fayette y Bailly, a quienes sus cargos retenían en París. Del 15 de julio a mediados de agosto se pudo creer que estos hombres iban a ganar la mayoría. La otra fracción, cuyo centro era el Club Bretón, movido por Adrien Duport, quería llevar la Revolución a un extremo y renovar completamente el cuadro político de Francia. Disciplinado, bien organizado, audaz, este grnupo vio que su ascendiente aumentaba entre el 5 de julio y el 4 de octubre. Barnave, que acababa de pelearse con Malouet, había adherido. Algunos tribunos, más ambiciosos, como Sieyès y Mirabeau, lo servían sin identificarse con él: Sieyès era demasiado astuto y orgulloso para prestarse a intrigas tan groseras y sangrientas, Mirabeau era demasiado venal y realista para no buscar a alguien que le pagara bien y le brindara una buena posición, mientras los locos furiosos del Club Bretón sólo pensaban en destruir. Mirabeau hubiera preferido venderse por un ministerio; de todos modos, a falta de otra cosa, Orleáns le convenía. Mediante una mezcla de violencia y de imparcialidad, mediante sordas actividades, manifestaba su deseo, que no era ignorado en las altas esferas.

Los dos grupos, enfrentados, sólo esperaban una ocasión para destruirse, pero se unían para luchar contra el rey, no bien este quería liberarse de su tutela. También sentían agudos temores en relación a París; los moderados, porque esta ciudad constituía un centro de desorden, en la cual Orleáns se permitía difundir impunemente la anarquía; el Club Bretón, porque sus miembros pertenecían a todas las provincias del reino y se sentían perdidos en la inmensa capital; en todo caso se veían dominados, desorientados, disminuidos. También desconfiaban de la Guardia Nacional y de la municipalidad, en manos de los moderados, La Fayette y Bailly. Orleáns mantenía numerosos espías entre las tropas, pero fuera de los períodos de disturbios no contaba con un partido sólido.

La gente temía comprometerse con un príncipe de carácter débil, de quien todos decían que usaba y abusaba de la venalidad.

El 14 de julio lo había perjudicado. En París, en toda Francia y en toda Europa se decía que Orleáns había sido el principal iniciador, el motor principal de esta jornada de subversión y barbarie. Mercy lo escribió a su ministro Kaunitz en términos prudentes el 23 de julio; Fernán Núñez señaló a la corte de Madrid "los revoltosos del Palais-Royal" como autores de todos los trastornos; en la corte de Londres se acusaba sin miramientos a Orleáns; éste era denunciado hasta en Polonia, dado que la imprudencia de Cagliostro permitió a unos agentes polacos apoderarse de los papeles masónicos del alcalde de Loras; se había encontrado una correspondencia masónica "que hacía luz sobre el papel desempeñado por el Gran Oriente de Francia y su Gran Maestre, el duque de Orleáns, en los disturbios de París". Se veía aquí la prueba de que "las jornadas del 13 y el 14 de julio, el asalto de la Bastilla, fueron organizadas por los Hermanos", y se citaban los detalles masónicos sobre la famosa bóveda de acero que recibió a Luis XVI en París el día 17. Pero la prueba más formal de su culpabilidad estaba en los reproches que le dirigió Mirabeau, quien no le perdonó su falta de valor; según Mirabeau, Orleáns debió ir el 13 por la noche o el 14 a mediodía a Versalles y presentarse ante la Asamblea como mediador entre París y el ministerio; debía haber reclamado el cargo de Teniente General del Reino, que hubiera obtenido sin dificultad. Se comprende así la razón de que, en la noche del 14, el duque se escondiera en casa de madame de Lamballe para que no lo llevaran a Versalles a la fuerza y lo obligaran a jugar el gran juego: tenía miedo. Frente a un soberano tan valeroso como Luis XVI, este príncipe excesivamente nervioso hacía mala figura. El 14 de julio de 1789 perdió así la oportunidad de convertirse en soberano de Francia y asestó un grave golpe a su partido. De todos modos, éste siguió siendo el partido de los revolucionarios violentos. Desde ese día, pues, por mucho desprecio que haya sentido por él, la fracción extrema de la Asamblea se apoyó en el duque más de lo que él la apoyó, mientras que la parte moderada se apoyó en Necker y en Luis XVI, dándoles el menor apoyo posible.

París aparecía como la fortaleza del orleanismo. En 1788, Orleáns pagaba ya 3.100 pensiones; a partir de los comienzos de la

crisis revolucionaria, empezó a gastar a cajas abiertas; en Inglaterra se comentaba que estaba arruinado; esto no impidió a la duquesa de Orleáns dar una cena a los invitados del Hôtel de Ville y brindar por la salud "de los buenos ciudadanos de París y los valerosos vencedores de la Bastilla"; la hija de Orleáns se había hecho un prendedor con un pedacito de piedra de la Bastilla, que Palloy le había vendido; durante esa semana en el Palais-Royal no hubo más que fuegos artificiales e iluminaciones nocturnas; durante la jornada se sucedían fiestas y diversiones que llegaban al delirio; se retenía en el Palais-Royal a los suizos que habían sido hechos prisioneros en la Bastilla y se les dio una vida de Jauja. Una exaltación patriótica reinaba en el palacio y los jardines. En la ciudad, el juego seguía siendo más sutil, más sombrío; el joven tribuno que dirigía el sector de los franciscanos, Danton, hizo votar una resolución que exigía la reconstitución del régimen de guardias franceses, del cual sería nombrado como coronel Orleáns. La Fayette, puesto al corriente, respondió con una contrabatería; entre estos dos hombres se inició una sólida enemistad. Vencido en este terreno, Orleáns ensayó otro. Entre enero y agosto de 1789 se creó en París una serie de diarios que orquestaron y sostuvieron a la Revolución con violencia. El 19 de junio Barère, un joven abogado orleanista, lanzó el *Point du Jour*; un poco después, Gorsas lanzó el *Courrier de Versailles à Paris*; al poco tiempo publicaba Mirabeau el *Courrier de Provence*. El 28 de junio, Brissot, ex empleado de Orleáns, publicaba el primer número del *Patriote Français*, que tuvo un gran éxito; quince días después Prudhomme, que reemplazó a Loustalot, empezó a sacar *Les Révolutions de Paris*, que consiguió 200.000 suscritores. Loustalot frecuentaba el Palais-Royal. Un poco más tarde Camille Desmoulins, la figura más notable del equipo orleanista, difundía sus *Révolutions de France et de Brabant*. Entre todos, era el escritor más dotado. Poco a poco, empezaron a surgir las nuevas estrellas: *Journal des Débats*, *Journal Universel*. ... de Audouin, el *Observateur* de Feydel, el *Courrier National*, los *Annales Patriotiques* de Carra y Mercier, el *Chronique de Paris*, patrocinada por Rabaut-Saint-Étienne, Condorcet, etc. El 12 de septiembre apareció el primer número del *Ami du Peuple* de Marat, la más violenta y la más vil de todas estas gacetas. También Marat trabajaba para Orleáns. En esta época, en su conjunto, la prensa de París cortejaba al Palais-Royal, cuyos afilia-

dos eran los redactores de los diarios más brillantes y más ruidosos.

La Fayette abandonaba la Asamblea, pues como no era elocuente, no podía lucirse en ella, pero vigilaba a París y a Orleáns, su enemigo. El príncipe se apoyaba en los escritores y en la paz del pueblo; el marqués, en la burguesía, la banca y, sobre todo, en la Guardia Nacional. Después de algunos tanteos, los Treinta le habían dado este cargo, gracias a una votación confirmada por la delegación de la Asamblea el 15, y por el rey el 17. En su origen, este cuerpo estaba formado por los combatientes de las luchas de 1787-1788, por la gente de pluma del Palais y del Châtelet, así como por los alumnos de las escuelas; más adelante, los guardias franceses ofrecieron sus servicios, del mismo modo que algunos suizos desertores. Se les dio la escarapela azul y roja de la ciudad, a la cual añadió La Fayette el blanco. Gradualmente, este último la convirtió en una fuerza considerable, y alistó a la burguesía de todos los distritos, utilizó los cañones tomados en la Bastilla y en los Inválidos, disciplinó, dio forma a todo este mundo y consiguió un estado mayor de financistas. La Fayette demostró ser un organizador hábil y paciente, pues no todo se hizo en un día y sus enemigos le tendieron más de una emboscada. Del 14 al 31 de julio cerca de diez mil desertores, que provenían de diversos regimientos franceses y extranjeros, entraron a París. Orleáns y La Fayette se los disputaron, pues estos hombres eran convertidos en competentes "bandidos" o excelentes guardias nacionales, según el país, la circunstancia, el jefe que tenían y su estado de sobriedad o embriaguez.

Del 14 al 21 de julio, París siguió siendo un matadero. La Fayette no pudo salvar a Foullon, ni a Bertier, a pesar de que los sabía inocentes. Sin emhargo, se jactó de haber arrancado muchos desdichados de las garras populares. Después de la humillación del rey, todo el mundo se creía soberano y justiciero; la soberanía se había fragmentado en veinticinco millones de pedacitos, y lo que quedaba era una anarquía estimulada por la borrachera y atemperada por los buenos sentimientos. "Todos los días —dice La Fayette— el Hôtel de Ville se enteraba de las intrigas que surgían entre las diversas facciones; y las personas que escuchaban con aire de interés los gritos o las insinuaciones de estas facciones, en los grupos, se asombraban de meter las manos en los bolsillos y

encontrarse con un escudo de seis libras, que había llegado allí no se sabe cómo". París, invadido por treinta mil extranjeros, desocupados, ladrones, mendigos y vagabundos, era teatro de revueltas en todas las esquinas. Los tribunales no funcionaban, los asesinatos quedaban impunes, existían catorce "talleres de caridad" en los suburbios con 8.000 inscritos, bien pagados para la época (9 libras por día, salario normal de una semana), pero los obreros no tenían herramientas y preferían vagar; para acrecentar sus ganancias, suscitaban a menudo reyertas o se mezclaban a los tumultos que encontraban. Fuera de los crímenes reconocidos, había muchas personas que desaparecían, eran tiradas al Sena o eliminadas de otro modo. Nada más típico que el hecho ocurrido en Versalles a comienzos de agosto: un parricida iba a ser descuartizado a las cuatro de la tarde. La multitud, apiadada, se lanzó en contra del verdugo, salvó al condenado, lo condujo hasta la Asamblea y, no encontrándola en sesiones, fue a buscar al ministro; éste, un hombre sensato, que no quería cometer un acto ilegal y tampoco deseaba arriesgar su vida, hizo escapar al criminal. La turba, orgullosa de haber obtenido un resultado tan filantrópico, se volvió contra una mujer, que llevada de la intemperancia de lenguaje propia de su sexo, se había puesto a protestar. Inmediatamente la colgó, y la mujer hubiera muerto si un transeúnte no hubiera cortado la cuerda, hecho feliz que fue posible porque la turba ya se había dispersado.

Este desorden ciudadano parece un orden idílico en comparación con el estado de las provincias. Desde mayo de 1788 ya no había más jueces; el pueblo francés había extraído la lógica conclusión de que no valía la pena pagar los impuestos, y los ladrones, monederos falsos, contrabandistas, etc., habían llegado a la acertada conclusión de que el momento era bueno para ampliar sus operaciones. Cuando la toma de la Bastilla hizo ver al reino el fin de la autoridad real y de su policía, los franceses comprendieron que "el orden estaba de vacaciones" y que había llegado el momento de tomar lo que uno tenía ganas de tomar. Por supuesto, sólo aprovecharon los violentos, las bandas organizadas y los agitadores políticos. En pocos días el desorden había alcanzado enormes proporciones y Francia estaba ensangrentada. Los jefes militares no podían, no querían, o no se atrevían a resistir: el comandante de Borgoña quedó prisionero en Dijon; el de Caen, asediado, capi-

tuló; el de Burdeos entregó todo a los sublevados; el de Bretaña huyó, pero fue alcanzado y detenido en Normandía; tan sólo el de Metz logró imponerse, aunque no sin dar batalla. Los ladrones estaban a sus anchas; en Estrasburgo ocuparon y saquearon el ayuntamiento, robando todas las botellas de la bodega; las mismas escenas se vieron en Cherburgo, en Maubeuge, en Rouen. En Caen monsieur de Belzunce fue descuartizado vivo; en Troyes el intendente, monsieur Huez, fue torturado. Un movimiento de rebelión se produjo de oeste a este contra las gabelas, recolectores de diezmos, empleados de aduanas, cobradores de impuestos: eran cazados y ultimados. De este a oeste se propagó otro movimiento contra los señores, cuyos palomares y cartularios eran destruidos, lo mismo que sus castillos, después de haber robado vinos y provisiones. Algunas regiones mantuvieron ciertas peculiaridades: en Alsacia y en Lorena se persiguió a los judíos por ser numerosos. Por todas partes se culpaba a los "bandidos", en todas partes se hablaba de ellos, y nunca nadie los vio. Fue "El Gran Miedo".

Los privilegiados, que habían hecho esfuerzos tan ardientes la víspera por soliviantar al pueblo contra el rey, estaban indignados. Unos denunciaban las maquinaciones de Orleáns, otros acusaban a Mirabeau, otros a Duport. Ha pasado más de un siglo y medio y se sigue discutiendo. Sin embargo, el análisis de las circunstancias permite discernir algunas verdades: la agitación alimentada por los Parlamentos, los Treinta y Orleáns engendró excesos populares desde fines de 1788 en Bretaña, en el Delfinado y en París, que siguieron siendo los focos del Gran Miedo. Las zonas rurales seguían tranquilas, a causa de las promesas de Necker y las esperanzas entrevistas y reflejadas en los pliegos de condiciones. Se contaba con el buen rey y con su genial ministro; pero los largos meses de espera, las interminables reyertas entre los órdenes de mayo y junio llegaron a inquietar; finalmente, cuando el rey y el ministro se indispusieron, cuando se vio que París echaba a las tropas y abría las prisiones, las cabezas calientes y acaloradas ya por la propaganda en aquel cálido verano de 1789 no vacilaron más y se apoderaron de lo que se les había prometido, que tardaba en llegar, y era tan fácil de obtener, ya que no había jueces ni gendarmes que molestaran. Al saqueo se asociaron los desocupados, los saboyanos sin trabajo, los desertores, los ladrones y los malhechores, evadidos a centenares gracias al desorden, las bandas

de monederos falsos, de contrabandistas e infractores, numerosas en Bretaña, provincia en la cual se refugiaban (la gabela no existía aquí y desde 1765 la indisciplina era favorecida). En el Este, la frontera de Lorena, como la de Saboya, fáciles de franquear, ofrecían las ricas llanuras de Francia y sus fastuosos castillos como una presa suculenta a los salteadores y bandidos de los países vecinos y pobres. Una vez dado el primer impulso, en este período de tensión política y social, el movimiento no tardaba en trasmitirse y amplificarse.

Las declaraciones de Barnave en julio de 1789 permiten completar este cuadro. Barnave se apartó entonces de su amigo Mounier y se vinculó a los Lameth, a Duport, a los orleanistas y al Club Bretón. A madame de Tessé, amiga suya y tía de La Fayette, que se lo reprochaba, Barnave contestó: "¿Qué puedo hacer, señora? Estoy comprometido". El 23 de julio, Mounier, Lally y sus amigos, apoyados por Mirabeau, se pronunciaron contra el asesinato de Foullon y de Bertier. "Esta clase de barbarie deshonra la libertad pública", afirmó Demeusnier. Barnave le contestó con sus famosas palabras: "Se nos quiere conmover, señores, con la sangre que se ha derramado ayer en París. ¿Era tan pura esa sangre?" Barnave planteaba así el principio de la guerra civil, que otros, sus amigos, organizaban alegremente. Duport declaraba, según La Fayette, que "deseaba el desorden para calar hondo". Ahora bien, en una carta del 15 de julio, Barnave hace un largo relato, brillante y novelesco, de la toma de la Bastilla; en él muestra la sublevación de todos los ciudadanos como causa de la victoria e insiste en la creación de las guardias burguesas, que habían impedido la masacre, es decir, la lucha con las tropas reales. "Los enemigos se han visto obligados a replegarse —decía—, tan sólo la impotencia los retiene, tan sólo el aparato de la voluntad general puede desalentarlos. ¿Qué hace falta, pues? Dos cosas: pedidos multiplicados a la Asamblea Nacional y milicias burguesas dispuestas a marchar. No existe ningún buen ciudadano que deba negarse a esta clase de alistamiento. Los ricos son los más interesados en el bien general. La mayor parte de la milicia de París es «burguesa», y por esto resulta tan segura para el orden público y tan temible para la tiranía. No hay que perder un momento y hacer circular estas ideas por todas las provincias. Esto lo escribo únicamente para vos. Cuento enteramente con la energía de vuestra ciudad, a la cual corresponde ini-

ciar el movimiento. Éste existirá en todas las provincias. *Está concertado desde aquí.* Adiós". Esto prueba que Duport y su facción enviaban circulares a una red nacional que los obedecía. Y también prueba que querían armar a la población, inclusive a los ricos, pues era menester evitar que fueran disidentes. Ahora bien: ¿cómo se había hecho para armar a la Guardia Nacional de París? Se había desencadenado a los "bandidos", pagados por Orleáns y por Duport. El propósito de Barnave no era evitar los saqueos y asesinatos, sino el de armar a la nación contra el rey. La anarquía y la declaración de anarquía favorecieron el celo que todos tenían en armarse. Así se presentaba la situación y éste era el objeto de la carta y el del "Gran Miedo". Bien orquestado desde hacía un año, el desorden cundía. La circular de Barnave-Duport le dio armas. Más adelante se vería si convenía apoyar a los sublevados —éste fue el caso— o desautorizarlos.

En estas condiciones, la lucha política en la Asamblea tenía que ganar en aspereza, en violencia y en pasión.

En un principio hubo peleas por los asesinatos de París, pero todo terminó con una declaración vaga y sin fuerza. Duport, Barnave y Le Chapelier no toleraban otra cosa. Se habló sobre todo de una declaración de derechos, con la cual soñaba La Fayette. Éste había vuelto con ese gusto de los Estados Unidos, pero sus amigos moderados veían con malos ojos su proyecto, y el Club Bretón tenía en la cabeza otros designios. La minoría patriota de la nobleza, que constituía aquí un elemento importante y rico, era presa del Gran Miedo. El Club los obligó a tomar una grave decisión; al mismo tiempo se preparó el escenario. Thouret, un moderado, acababa de ser elegido presidente de la Asamblea; cartas anónimas y amenazas de muerte lograron aterrarlo; encontró un pretexto para declinar este honor y fue reemplazado por Le Chapelier (3 de agosto de 1789). En la reunión de esa noche el Club Bretón dio el toque final al guión destinado a la sesión de la Asamblea del día siguiente: el duque d'Aiguillon, sostenido por algunos nobles del partido, habría de tomar la iniciativa, y cada uno de los diputados del Club recibió una orden sellada en la cual se le encomendaba "aplaudir ruidosamente todas las mociones destinadas a lograr sacrificios de los privilegiados". Se trataba de crear un estado histérico. La operación tuvo un éxito total. Instalado Le Chapelier como presidente, Target se levantó y leyó un proyecto de proclama,

en el cual se pedía a todos los ciudadanos que respetaran las personas y las propiedades. No se lo escuchó. Después el vizconde de Noailles solicitó impetuosamente la palabra y declaró que, para fundar el reino de la ley, era menester la justicia, es decir, la igualdad ante el impuesto, la destrucción de los privilegios, la abolición de los derechos feudales mediante compensaciones, la abolición, sin compensaciones, de los servicios obligatorios a los señores de provincia, así como toda clase de servidumbres personales. Aiguillon le dio un apoyo total. La declaración fue saludada con una tempestad de aplausos. Se sucedieron discursos pintorescos: un campesino bretón y un campesino del Franco Condado denunciaron el feudalismo; el duque de Châtelet propuso convertir el servicio provincial en pagos pecuniarios; el vizconde de Beauharnais propuso que todos los cargos públicos fueran accesibles a todos los franceses. Se recurrió al patetismo: el duque de La Rochefoucauld pidió que se liberara a los esclavos negros; monsieur de Rocher que se aboliera la venalidad en los empleos; Barère hizo una dádiva de las finanzas que estaban a su cargo; Virieu donó su palomar; el obispo de Nancy renunció a los privilegios feudales eclesiásticos a cambio de un arreglo que favorecía a los pobres; en las provincias la gente renunciaba a sus privilegios... Los diputados, de pie, se abrazaban sollozando; Liancourt propuso que se acuñara una medalla encargada de eternizar aquellos momentos; se decidió cantar un Tedéum solemne y la Asamblea en pleno propuso ir a entregar al rey su nuevo título: "Restaurador de la Libertad Francesa", suplicándole que asistiera al Tedéum. Los concurrentes se separaron a las dos de la mañana, agotados, exhaustos, como después de una noche de orgía.

Orgía, es el nombre que dio Mirabeau a esta sesión delirante, a la cual decidió no asistir. Acaso constituía esta sesión un doble engaño; por lo pronto, estaba a favor del Club Bretón, que aparecía como triunfador sobre los prejuicios feudales; y después estaba a favor de los privilegiados que, gracias a las renuncias solemnes a sus privilegios, que estaban a punto de serles arrancados por la fuerza, lograban salvar por lo menos una parte apreciable de sus propiedades: los derechos vinculados a las tierras. Sin embargo, Mounier, Malouet y su grupo no veían con buenos ojos estos atentados a la propiedad, y el rey se negó a ratificarlos. Luis XVI escribió al arzobispo de Arles: "El sacrifio es hermoso; pero sólo

puedo admirarlo; nunca consentiré en despojar a mi clero y a mi nobleza... No daré sanción a los decretos que los despojan". Una vez más el ala activa de la Asamblea se irritó al verse contrariada y las polémicas se exacerbaron. La gente se puso a destruir las instituciones; se decretó que, de ahora en adelante, la caza sería permitida a todos los poseedores de bienes inmuebles en sus tierras. Después se habló de los bienes eclesiásticos. Desde hacía más de veinte años los filósofos los reclamaban para la nación, y Linguet, en 1777, había consagrado un largo artículo a la refutación de estas ideas. Sin embargo, las ideas se habían abierto camino. El 8 de agosto, Buzot declaró: "Los bienes eclesiásticos pertenecen a la nación". La mayoría de los miembros de la Constituyente creía también que era necesario terminar con los diezmos eclesiásticos. El clero defendió sus intereses, el Tercer Estado los atacó; finalmente Sieyès pronunció un discurso perspicaz: cada comprador de estos bienes, desde hacía siglos, había tenido en cuenta los diezmos en el precio de la compra. Suprimirlos sin compensación equivalía a dar un suntuoso regalo a los poseedores actuales, a expensas de los contribuyentes, pues servían para compensar a los servicios públicos y equivalían a 120 millones de renta, que el pueblo iba a tener que desembolsar. Este juicioso razonamiento no convenció a nadie. Se prefirió el idealismo... y las combinaciones.

Esto se vio cuando empezaron a discutir la Constitución el 17 de agosto y se abordó la Declaración de Derechos. Esta última fue considerada necesaria, pero unos querían empezar por la Constitución y otros por la Declaración. Se eligió, como base de discusión, el proyecto de La Fayette, el de Sieyès y el del 6º buró. Se habló poco de justicia, un poco más de igualdad y mucho más de libertad y se redactó, de acuerdo con el proyecto del 6º buró, un texto noble y coherente, aunque curiosamente limitado: "Artículo I: Los hombres nacen y mueren libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales sólo pueden fundarse en la utilidad común. Artículo II: El fin de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión. Artículo III: El principio de toda soberanía reside esencialmente en la Nación. Ninguna organización, ningún individuo pueden ejercer la autoridad que no emane expresamente de ella..." Después de haber definido la ley como "la expresión de

la voluntad general", de haber proclamado la libertad individual, la libertad religiosa, la de las opiniones y la del pensamiento, la igualdad ante el impuesto, el voto de impuesto por la nación, la responsabilidad de los funcionarios ante la nación y finalmente el carácter sagrado de la propiedad, el texto enumeraba las instituciones del antiguo régimen que se suprimían: venalidad de los cargos, veedurías, votos religiosos, etc. No se trataba el derecho de asociación, ni el derecho al trabajo, ni la instrucción pública, ni se especificaban los deberes. Esta declaración parecía un cheque en blanco y destinado a garantizar a la nación una serie de ventajas que tan sólo un Estado rico, tranquilo y poderoso podía procurarse.

Éstos eran bienes que un poder débil no podía garantizar a los ciudadanos. "El derecho, es por naturaleza, dependiente de la fuerza", declara acertadamente Simone Weil. Al atribuir al pueblo numerosos derechos, mientras se sigue debilitando al Estado, se realiza una obra absurda. Esta teoría de los derechos, precisada por los juristas anglosajones en el siglo XVIII, difundida después por la masonería en la alta sociedad, no reclamaba lo justo, sino lo útil, y correspondía a las necesidades comerciales de las colonias inglesas de América. La "declaración" de la Constituyente resume así el pensamiento mercantil y optimista del siglo, pero no ofrece una base sólida y original para crear una nueva sociedad francesa; de esta manera, fue utilizada más para destruir que para construir. A la Revolución Francesa le faltó un espíritu vigoroso que supiera elevarse por encima de las reyertas y de las pequeñas intrigas para formular la filosofía social que trataba de nacer.

Después de semejante inauguración, se pudo ver en la Asamblea el desarrollo de una serie de querellas y malentendidos. La batalla más encarnizada se concentró en torno a las dos cámaras, que los moderados defendían como un freno esencial contra la demagogia. Ellos esperaban obtener lo que deseaban porque contaban con una mayoría de cinco contra tres en el Comité de la Constitución, elegido el 14 de julio. Pero en la Asamblea había una violenta oposición contra sus proyectos, y los acusaban de crear una aristocracia. Por una decisión del 31 de julio se redujo en consecuencia la importancia de todos los comités. Le Chapelier, presidente de la Asamblea, celebró de noche y de mañana sesiones generales que ahogaron a los burós y sofocaron la acción de

los moderados. El partido de éstos, por otra parte, tenía necesariamente que sentirse en condiciones de inferioridad en cualquier conflicto, pues estaba compuesto por personas asustadas ante la creciente anarquía; estas personas combatían en la retaguardia, mientras que los miembros del Club Bretón, por el contrario, se lanzaban alegremente a la Revolución y al desorden y atacaban sin cesar. Para salvaguardar la autoridad regia, Provenza quería dar al rey un veto absoluto sobre todas las leyes o decisiones de la Asamblea, y la facultad de disolverla; estas ideas las resumió en su folleto *Considérations sur les Gouvernements*. . . *Versailles*, 1789, que apareció el 18 de agosto. Inmediatamente se desató contra él la facción orleanista y el grupo Duport. Pero Provenza reunía a su alrededor un conjunto de hombres distinguidos, y los más valerosos, entre ellos, Virieu, Malouet y Lezay-Marnésia, lo ayudaron a tomar un partido; crearon un comité central de quince diputados que, a su vez, presidían otros comités subordinados. Así lograron que se creara un buró en la Asamblea el 31 de agosto, con un presidente y tres secretarios, pero sus tropas estaban menos disciplinadas que las de los furibundos.

La Fayette, rebosante de unanimidad, se presentó como conciliador entre los partidos; reunió en su casa, y después en casa del ministro de los Estados Unidos, Jefferson, a fines de octubre, a Barnave, Duport, Alexandre de Lameth y a Mounier, Blaçon y d'Agoust. Duport propuso una transacción: aceptarían el veto absoluto del rey y de las dos cámaras, pero el rey sólo podría disolver la Cámara de los Representantes, y la Cámara Alta sólo tendría un veto suspensivo sobre los textos votados; finalmente, se preveían convenciones periódicas para revisar la Constitución. Mounier terminó por dar una franca negativa; entonces los triunviros lo amenazaron con soliviantar a la opinión pública y a París contra sus ideas. De todos modos, mantuvo su negativa (29-30 de agosto). Inmediatamente, en el café de Foy, la gente empezó a hablar de una expedición contra Versalles; en el Palais-Royal se votaron mociones contra los partidarios del veto; Mounier y sus amigos recibieron cartas anónimas y amenazadoras. En vano quería Mounier denunciar las maniobras ante la Asamblea; Duport contestó altivamente que no había motivos para deliberar y la mayoría lo apoyó: el miedo seguía siendo un método persuasivo. Menos valeroso que Mounier y manejado por su hija, Necker negociaba con Duport y

Barnave; Necker les declaró que, en su opinión, el rey se iba a contentar con un veto suspensivo. Se produjo una larga y confusa discusión desde el 31 de agosto hasta el 1º de setiembre, fecha en que se votó la "permanencia de la Asamblea Nacional"; el 10 de setiembre las "dos cámaras" fueron rechazadas por 149 votos contra 89 y 122 abstenciones. Un buen número de aristócratas y obispos votaron en contra de las dos cámaras, con la intención de volver inoperante al régimen. De hecho, esta votación fue el resultado del miedo. París hacía manifestaciones y todos comprendían. El 11 de setiembre, Duport, apoyado por una carta de Necker, según la cual el rey prefería el veto suspensivo, hizo votar esto último por 673 votos contra 325. Con la ayuda del ministro, los "furiosos" habían quebrado al partido moderado. El 12 de setiembre, Lally, Bergasse y Mounier presentaron sus dimisiones al Comité de la Constitución.

La locura de Necker es tanto más grave si se toma en cuenta que acababa de confesar a la Asamblea la crisis del Tesoro. Los impuestos ya no se percibían, el Estado carecía de recursos y de fuerza. El ministro solicitó ayuda. La Asamblea se le rió en las narices; la mayoría dudaba de las palabras de Necker, que volvía a utilizar la cantilena de Calonne, y que él mismo había declarado embustera; por otra parte, si la cosa era cierta, tanto mejor. ¿Acaso no debían a las tribulaciones financieras del rey la facultad de imponerle su voluntad? Sólo algunos espíritus realistas, como Mirabeau, escuchaban estas quejas con interés. Necker, privado de la recolección de impuestos y de empréstitos, se encontraba con una entrada mensual de 37 millones de libras y un gasto de 68 millones. Necker pidió un empréstito de 30 millones al 5 %. El 9 se hizo la votación, reduciendo la tasa al 4,5 %, lo cual la volvía menos interesante. Pero el resultado fue lamentable: ¡2 millones 600.000 libras! El 29 de agosto Necker volvió a la carga y reclamó un empréstito de 80 millones al 5 %, la mitad en dinero contante y la otra mitad en bonos públicos. Gracias a Talleyrand y a Mirabeau, que preferían esto a la nada, aunque no lo aprobaban, el proyecto se aprobó. Pero el empréstito sólo produjo en seis meses 27 millones de libras contantes. Es decir, el Estado estaba arruinado y Necker vivía de los adelantos de la Caja de Descuentos, que llevaba a su pérdida. Finalmente, el 19 de setiembre, cuando ya

sólo había 12 millones 800.000 libras en billetes en la Caja Necker propuso una contribución voluntaria de un cuarto de la renta, reembolsable cuando el Estado se hubiera recuperado. "Mi valor, mis fuerzas se agotan", exclamaba. La Constituyente seguía mostrándose escéptica. Mirabeau la sacudió y le advirtió la inminente bancarrota: el texto quimérico fue votado. De reojo, sus enemigos veían hundirse a Necker. Tan sólo un hombre de genio podía restaurar las finanzas arruinadas de un Estado en ruinas y con un pueblo presa del pánico. Este hombre de genio habría empezado por poner fin al pánico mediante una política de fuerza y de autoridad. Necker estaba demasiado tembloroso para hacer nada parecido. Orleáns y Duport podían estar orgullosos de los resultados obtenidos. Mounier lo comprendió así y su preocupación principal fue levantar la hipoteca, muy pesada, de este miedo. El grupo se pulverizaba entre sus manos: cansado de las luchas, de las derrotas, de los insultos y de las amenazas de muerte, los moderados huían o se enfermaban uno tras otro. El conde de Morges escribió a monsieur de Viennois: "Chaléon tiene fiebre desde hace unos días, aunque mejora. Lanton, la tuvo durante tres días. Marsanne no se siente bien. El abate de Dolomieu ha estado gravemente enfermo y aún no se ha recuperado. En cuanto a mí, la salud se debilita y casi no puedo dormir... Mounier está desalentado, no dice una palabra y se mantiene aparte..." El conflicto entre la Asamblea y el rey se reavivaba y Necker estaba desolado. Luis XVI se negaba a sancionar las votaciones del 4 de agosto y Necker advertía a la Constituyente (18 de setiembre de 1789) que las decisiones de ésta, en particular la abolición de la venalidad en los empleos, iba a traer graves cargos para el Estado, ya arruinado. Duport se empecinó; hizo votar por la Asamblea una moción que exigía al rey la promulgación de estos textos. Pálido de miedo, Necker cedió el 11 de setiembre, pero Luis XVI se negó a sancionar.

Ante este grave conflicto, Mounier pensó que el soberano estaría dispuesto a escucharlo. Se presentó con otros dos moderados en casa de Montmorin y de Necker, y trató de convencerlos de que persuadieran al rey a alejarse a la brevedad posible de París, haciéndose seguir por la Asamblea. Según decía, más de 300 diputados participaban de este punto de vista. Los dos ministros abundaron en este sentido. En el Consejo del Rey, propusieron ir a Briare, de allí a Chambord o a Compiègne, y después a Rouen o

al norte, que estaba todavía bastante tranquilo. Luis XVI escuchó, fingió dormir y, al terminar el Consejo, respondió: "No". "El rey es bueno pero no es fácil de convencer", declaró Necker. En realidad, Luis XVI sabía muy bien que alejarse de París en ese momento significaba entregar la ciudad y la Asamblea a Orleáns, que no hubiera vacilado entonces en tomar las insignias de la autoridad de Teniente General. Luis XVI prefería morir antes que traicionar a su tradición. Sin embargo, dio seguridades a Mounier que se iban a tomar medidas para poner a la familia real y a la Asamblea al abrigo de cualquier empresa.

Saint-Priest, como secretario de Estado del Interior, se ocupó de este punto; Saint-Priest había llamado a Versalles a uno de los regimientos más disciplinados de Francia: el Flandes-Infantería. El ministro se ocupaba de esta tarea con discreción y habilidad. Gracias a las relaciones que mantenía con la municipalidad de Versalles, totalmente realista, se tomaron medidas para que ésta, alertada por una carta de La Fayette del peligro permanente que representaba París, pidiera al gobierno que reuniera tropas para proteger a Versalles. Mediante otro ardid, Saint-Priest utilizó una reclamación de la ciudad de París, que solicitaba fusiles; los hizo traer del arsenal de Douai y del regimiento de Flandes, estacionado en Douai; los fusiles salieron, pero un poco antes de llegar a París bifurcaron hacia Versalles. Ese día, al volver de caza, Luis XVI se encontró con unas tropas que se aproximaban al palacio; el rey les dijo algunas palabras amistosas, que encendieron el celo de los soldados, y se lo aclamó.

A pesar de la habilidad de Saint-Priest, la municipalidad de París y el Club Bretón se enteraron de la noticia y se movieron para que el regimiento no llegara a destino. Lameth y Barnave protestaron en nombre de los "patriotas". Saint-Priest los trató de engañar, alegando que la llegada de tropas se había producido de manera totalmente constitucional. Durante una o dos semanas, se pudo creer que la fuerza cambiaba de mano; la Asamblea eligió presidente a Mounier el 28 de setiembre. Ahora bien, todos sabían que éste anhelaba un fortalecimiento de la monarquía. En París se acababa de encarcelar al "marqués" de Saint-Huruge, uno de los jefes más activos de la banda de Orleáns. Camille Desmoulins, otro de estos agitadores, estaba escondido, y La Fayette, aprobado por el rey, celebró con gran pompa en Notre-Dame, el 27 de setiem-

bre, la bendición de las banderas de la Guardia Nacional. Casi se creyó que anunciaba a todos su triunfo sobre Orleáns.

Los dirigentes de este partido tomaron en seguida la ofensiva. Denunciaron la ceremonia de Notre-Dame como una adulación del rey a la Guardia Nacional, a Mounier como vendido, puesto que habitaba con su familia en las caballerizas del conde de Provenza; y dijeron que la llegada del regimiento de Flandes era una amenaza contra la soberanía de la nación. Difundieron mil otros rumores: la formación de una legión realista en Versalles, grandes movimientos de tropas para preparar la huida de los reyes, etc. Además, habían empezado a merodear alrededor de los soldados flamencos, a solicitarlos, a enviarles mujeres... Entonces estalló el incidente que debía encender la chispa del polvorín: deseosos de formar en torno del rey un conjunto fiel y coherente, los guardias de corps invitaron a los oficiales y a los sargentos, los guardias de los otros cuerpos, un total de 210 hombres, el 1º de octubre de 1789, a la sala de espectáculos del palacio. La comida fue buena, copiosa, alegre. La reina se hizo presente, a pedido del conde de Luxemburgo, según se dijo. Se bebió a su salud, naturalmente. Después de la comida, unos granaderos se acercaron para beber; algunos quisieron abrazar al delfín y subieron por la breve escalera hasta las habitaciones reales, en donde se encontraba. Hacía calor, se había tomado vino, y los hombres bailaron y cantaron. Un dragón confesó que había recibido dinero y quiso matarse. Cuando el rey volvió de la cacería, los convidados quisieron cantar el estribillo, *Oh, Ricardo, oh, mi Rey*, bajo su ventana. Es posible que algunos hayan llevado escarapelas blancas y negras, que otros, en medio de la confusión, hayan dejado caer sus escarapelas nacionales; la cosa es posible, aunque los testigos lo hayan negado y en París se haya comentado mucho el asunto. Comparado con lo que ocurría noche a noche en el Palais-Royal, desde hacía seis meses, esta fiesta no era más que un banquete de niños serios, alegres e ingenuos.

Pero dio el pretexto que se buscaba.

Capítulo VI

ORLEÁNS JUEGA EL GRAN JUEGO

A comienzos de octubre, el rey soportaba los ataques de la Asamblea, de la municipalidad de París, de monsieur de La Fayette, del Club Bretón y del Palais-Royal, que vociferaba más alto que todos los otros.

La Asamblea reclamaba la sanción real para la Declaración de Derechos, los artículos ya votados de la Constitución y todos los decretos aprobados la noche del 4 de agosto y los días siguientes. La municipalidad de París exigió el alejamiento de las tropas de Versalles; La Fayette, irritado por la instalación de estas tropas cerca del palacio, estaba aún más enojado porque los ministros utilizaban, para explicar su decisión, una carta suya en que se hablaba de la indisciplina de los guardias franceses y del deseo que tenían de invadir Versalles. El Club Bretón se las arreglaba para obtener la partida de los regimientos y para sostener a la Asamblea en su lucha contra la Corona. El Palais-Royal exigía, a grandes gritos, lo que los otros solicitaban muy discretamente.

En este período crítico, la situación de París empeoraba y el histerismo se difundía por la gran ciudad. Después del rey, su capital parecía la principal víctima del 14 de julio. En esta época, París era la metrópoli del lujo en Europa, una ciudad en la cual los barones bálticos, príncipes polacos, condes alemanes, húngaros e italianos, las mujeres bellas de todo el mundo venían a comprar vestidos, ropa, alhajas, carrozas, platería, perfumes, etc. París estaba repleto de extranjeros que pasaban en ella la mitad de su vida gastando más de las tres cuartas partes de sus entradas. Después de la semana del 12 al 18 de julio, la mayor parte de estos extranjeros huyó. El embajador de España estimaba en más de 100.000 las partidas de grandes señores franceses y extranjeros, lo cual

equivalía a una entrada anual de más de 220 millones de libras anuales: el salario de 300.000 artesanos. Los artesanos querían seguir a sus clientelas, pero se les negaban los pasaportes; en cuanto a los criados despedidos por los extranjeros y por los franceses que emigraban, constituían un número tan grande que llegaron a crear un grave problema. Al mismo tiempo, muchos saboyanos habían quedado desocupados, y los que aún trabajaban despertaban la envidia del populacho, que exigía su expulsión. Monsieur de Mercy escribió al conde de Kaunitz el 17 de agosto: "Desde hace algún tiempo el terror se ha apoderado de los espíritus y está motivado por las violencias que se permite el pueblo en las ciudades e incluso en el campo; la menor sospecha, el menor descontento decide la vida de un hombre; los nobles, especialmente, son los más expuestos, y las municipalidades aún no están en condiciones de poner freno a este desorden; la nobleza de las ciudades se retira a sus tierras; los que no están en condiciones de portar armas se refugian en el extranjero..." En los meses de agosto y setiembre los disturbios persisten en el mdio obrero: una asamblea de 3.000 ayudantes de sastre exige, en el Louvre aumentos de salario; hay una reunión de criados en el Palais-Royal; toman medidas para celebrar otra reunión en los Campos Elíseos e intentan marchar sobre el Louvre; hay agitación en los mercados; los empleados de carnicería gritan en la calle Saint-Jacques; los peluqueros en la plaza de la Grève; los albañiles, los jornaleros, las mujeres protestan. A pesar de que la cosecha es buena, falta el pan; algunos acusan a grandes voces a los ministros; otros murmuran que Orleáns es el responsable de la escasez.

Nadie se atreve a atacar de frente. A pesar de La Fayette, Orleáns volvía a cobrar influencia y popularidad en París. Había vuelto a sus conciliábulos en la casita de Montrouge, que pertenecía a Lauzun, y Mirabeau asistía de cuando en cuando. Los miembros más influyentes del Club Bretón también iban a París y se entrevistaban con los jefes orleanistas. Los Lameth y Barnave se acercaron entonces a la cancillería de Orleáns, en donde actuaba Chamfort. Los agentes del duque, Desmoulins en particular, estaban preparando la marcha sobre Versalles. Este último nunca dejaba a Mirabeau, en cuya casa habitaba a la sazón. Las personas interesadas en política sabían que Orleáns gastaba grandes sumas para corromper a los guardias nacionales e insinuarse en el regi-

miento de Flandes. A través de ese joven abogado, tan ardiente y tan feo, monsieur Danton, Orleáns contaba con el distrito de los franciscanos. Frente a los jefes, como Mirabeau y Desmoulins, Laclos empleaba otro método: les hacía ver las altas funciones, las abultadas prebendas que recibirían después de la victoria, los tenía a todos anhelantes, sin que nadie adivinara el pacto secreto; es entonces que Mirabeau, probablemente, pidió prestado dinero a su amigo La Marck y que Desmoulins lo pidió a su padre; es él el primero que reclamó en su diario el repudio de la reina, que se la encarcelara en Saint-Cyr, y la vuelta del rey a París. Esta idea era del agrado de todos; el lento trabajo de Orleáns y de Provenza había logrado que se detestara a María Antonieta; en cuanto a Luis XVI, se lo quería, pero se pensaba que su puesto estaba en la capital, en medio de su pueblo, que, según había dicho Bailly el 17 de julio, había reconquistado a su rey; y París merecía por sus servicios convertirse en el centro político del reino. Los comerciantes creían que esto aseguraría el abastecimiento. El Club Bretón empujaba la rueda, pensaba que en París sería fácil eliminar a los moderados y a La Fayette; ayudada por las turbas de París, la Revolución podía llegar redondamente a su culminación. Orleáns, que seguía frecuentando la corte, y que mantenía espías en ella, conocía los terrores de la reina y los esfuerzos de Malout, ayudado por Necker y Montmorin, para convencer al rey de que debía refugiarse en Metz o en alguna otra ciudad de Francia. Si Luis XVI se resignaba a partir, Mirabeau —estimulado debidamente— iba a lograr fácilmente convencerlo de que nombrara a Orleáns "Teniente General del Reino" o "Regente". Éste era el plan.

Sin embargo, Mirabeau preparaba en secreto, con ayuda de Servan, una obra imitada de un libelo de Milton: *Teoría de la monarquía, según la doctrina de Milton, por el conde de M. . ., París, 1789*. Sin pie de imprenta. Mirabeau sostenía aquí que "los reyes, es decir, por lo general, los mortales más indignos", no eran nada más que los servidores del pueblo y que "la justicia y la razón nos ordenan castigar indistintamente a todos los culpables". Mirabeau mostraba que los reyes estaban sometidos a las leyes como los ciudadanos, y la revolución contra un tirano injusto era legítima por ley de la naturaleza. Citaba a Carlos I, castigado legítimamente, a pesar de que sus faltas eran leves, porque "si un mo-

narca es simplemente incapaz, será depuesto legítimamente, si esta es la voluntad unánime de la nación". En cada página volvía Mirabeau sobre el mismo principio: la mayoría de la nación goza de un poder superior al del rey y tiene el derecho de juzgarlo. "Pueblo francés, vigila", añadía. Este terrible libelo debía aparecer a fines de setiembre, pero la edición, demorada por dificultades de composición, no llegó a Mirabeau hasta después del 6 de octubre. Demasiado tarde.

Para disculpar estas maniobras, Mirabeau sostenía que en torno del rey se agrupaba un ejército amenazador y peligroso: junto con el regimiento de Flandes, dos regimientos más de guardias suizos, dos escuadrones de guardias de corps (en vez de uno solo, cifra normal) y un escuadrón de cazadores. En cuanto a la Guardia Nacional de Versalles, mandada por el conde d'Estaing, parecía poco segura. Para dirigir este pequeño ejército, aunque sólido y bien adiestrado, el rey había elegido al conde de Mun, el más antiguo y el más capaz de los generales, pero la reina logró que se diera el cargo al duque de Guiche, capitán de los guardias de corps, cortesano elegante, pero carente de experiencia militar. Los rumores aumentaban a gusto estos magros efectivos. Se hablaba de una organización de las fuerzas reales. Los diarios patriotas tenían este tema como centro. "Cien oscuros sirvientes de la opinión diaria envenenan a París y a las provincias con sus periódicas imposturas. Sólo elogian el furor, sólo citan el delirio, algunos mienten con reticencia, otros lo hacen a cara abierta. Unos terceros sólo enuncian opiniones de algunos diputados para alterarlas, interpretarlas y presentarlas, desfiguradas, al fanatismo popular". Así habla Mallet du Pan, director del *Mercure de France* (17 de setiembre de 1789).

El Palais-Royal seguía siendo el centro de esta agitación, con sus tumultos, sus mociones incendiariasy su café de Foy, en donde se redactaban manifiestos que se repetían en los sesenta distritos, siempre dispuestos a deliberar; en todas partes se decía que para abastecer y alimentar a París el único medio era traer el rey a la capital. Loustalot en *Les Révolutions de Paris*, Villet, en la *Chronique de Paris* (25 de setiembre), Marat en su *Ami du Peuple* se ponen de acuerdo para pedir la instalación del rey y de la Asamblea en París, la expulsión de los "malos miembros", o una nueva Asamblea. Los folletos que denuncian a La Fayette se multiplican.

A fin de mes, los miembros del Club Bretón llegaron a París y algunos agitadores parisienses fueron a Versalles; los orleanistas organizaron allí un servicio regular para vigilar las tribunas de la Constituyente, sostener a los "buenos diputados" e "intimidar a los malos". Los guardias franceses visitaron Versalles de civil, y un bienhechor discreto les dio 25 sueldos diarios por esta tarea. En todas partes se preparaba el levantamiento.

El 4 de octubre fue un día hermoso y frío, pero el 5 se anunció ventoso y húmedo; una violenta ventisca del sudoeste barría la Isla de Francia. El rey salió temprano para cazar en los cotos de Meudon; la reina permaneció en Trianon; la Asamblea se puso a discutir la respuesta del rey a su solicitud: Luis XVI se negaba a ratificar la Declaración de Derechos y quería juzgarla a la luz de las decisiones ulteriores de la Asamblea; si bien aceptaba los primeros artículos de la Constitución, planteaba una cuestión esencial. "Que, por obra del resultado general de vuestras deliberaciones, el Poder Ejecutivo debe ser totalmente efectivo en manos del monarca". Después de esta lectura, la Asamblea se agitó y subió el tono. Mirabeau aprovechó la ocasión para atacar a la reina en forma indirecta pero violenta. Finalmente se votó que el presidente habría de solicitar del rey, en nombre de la Constitución, una ratificación pura y simple de la Declaración de Derechos y de los artículos ya votados de la Constitución. La izquierda estaba enterada del levantamiento de París, en donde Le Chapelier había pasado toda la mañana, y que parecía violento. Mirabeau y Barère parecen haber estado también informados. Mounier, que presidía a la sazón, se sentía desarmado ante ellos.

Desde las primeras horas del la tarde del 4, París se agitó. En la ciudad empobrecida por el debilitamiento del comercio, por la desocupación de los criados y la afluencia de mendigos, el temor de carecer de pan y la cólera ante la falta de toda mejora de la suerte de los trabajadores, pese a las recientes promesas, la propaganda prendía fácilmente. Después de unas cuantas palabras amables, un poco de alcohol y algunos centavos, se podía provocar la violencia en las mujeres del pueblo, irritadas por la falta de alimentos y los precios del mercado, y seguras de la impunidad, ya que no había policía y la Guardia Nacional compartía sus indignaciones. La revuelta empezó muy temprano el 5. Una muchachita se apoderó de un tambor de la sección Saint-Eustache y empezó

a recorrer las calles comerciales gritando que la siguieran; las comadres, numerosas a esa hora en el mercado, la rodearon y arrastraron a las más vacilantes, amenazándolas con cortarles el pelo si resistían. Entre tanto, se tocaba la diana en Sainte-Marguerite, y una compañía de "Vencedores de la Bastilla", comandados por Hulin, grupos de matones de los mercados (algunos vestidos de mujer), y mendigos barbudos con gorros puntiagudos, todo este mundo confuso rodeó el Hôtel de Ville, ocupado a esa hora por unos centenares de soldados. Éstos se desbandaron en seguida. La revuelta, dueña de la plaza de Grève y del Hôtel de Ville, puso en libertad a unos cuantos prisioneros, ladrones o estafadores; después, a eso de las diez de la mañana, los hombres y las mujeres tocaron el clarín y se apoderaron de las armas del Hôtel de Ville, que habían sido dejadas a cargo de un sacerdote, el abate Lefevre a quien empezaron a ahorcar antes de terminar con la tarea. La multitud empezó a girar como un torbellino, arrastrando todo a su paso y aumentando con amigos y también con opositores aterrados. Había la idea de ahorcar a Bailly y a los "Trescientos" que se consideraba responsables de todas las reprimendas impuestas a las turbas desde el 13 de julio. La revuelta se lanzó contra La Fayette y su clan, antes de volverse contra el rey, y se oyeron innumerables gritos exigiendo su regreso a París: "¡El panadero a París!", repetían los hombres, las mujeres, y los hombres-mujeres. En ese momento, poniéndose a la cabeza de la insurrección, un agente orleanista, Maillard, orientó las turbas hacia Versalles; lanzó a las mujeres en diversas direcciones con la misión de sublevar, de buen grado o a la fuerza, a todas las comadres y a todas las prostitutas que encontraran; después él mismo se situó en la primera fila de una columna que, con un tambor a la cabeza, irrumpió en la plaza Luis XV, lugar de encuentro desde donde debían partir para atacar a la corte. Al frente del cortejo llevaban, sobre picas, dos cabezas cortadas de cartón y el emblema de una balanza. Estos detalles indican la voluntad de asustar, al mismo tiempo que se espera que no haya necesidad de derramar sangre, y los cuidados que se ponen en la preparación de la operación, pues una multitud delirante no se toma el tiempo necesario para pintar y modelar dos cabezas de cartón.

Uno de los jefes orleanistas más notorios había ido a ver a Bailly y lo había invitado a participar en la campaña. Ayudado

por la escolta que La Fayette le había enviado, el alcalde recobró su valor y se fue a deliberar con los miembros de la Comuna. A toda prisa, se despacharon mensajeros que previnieron a la corte y a la Asamblea del peligro inminente. Encargado por la Comuna de restablecer el orden e impedir la expedición, La Fayette se dirigió al Hôtel de Ville. Allí se encontró con una multitud hostil, e intentó varias veces hablar y hacerles frente, sin dejarse intimidar. En un momento, sus granaderos se acercaron y le dijeron: "Mi general: el rey nos engaña a todos, a vos como a los otros. Hay que deponerlo. Su hijo será rey, vos seréis el regente y todo saldrá bien". La Fayette comprendió entonces la maniobra, pues "se" quería echar al rey y establecer luego una regencia, pero no para él, como decían estos ingenuos, a quienes se había tenido mucho cuidado de no revelar el secreto de Orleáns. Los conjurados habrían destituido al rey, luego habrían ahorcado a La Fayette; después habrían instalado a Felipe de Orleáns como regente. A partir de ese momento, el general sólo pensó en salirle al camino al príncipe.

La Fayette, enterado de que un contingente de mujeres marchaba sobre Versalles, seguidas por unos millares de hombres, de acuerdo con la Comuna, y haciéndose dar instrucciones por ella, se apresuró a alcanzar a los sublevados. Tomó órdenes, a fin de dar seguridades a París, y partió con varios batallones hacia Versalles. Eran las cinco de la tarde pasadas. Cuando se lo vio poner en movimiento, se lo aplaudió.

A partir de las diez de la mañana, en la corte, Saint-Priest había tenido noticias de que se marchaba sobre Versalles; un diputado que venía de París había confirmado la noticia. Inmediatamente, Saint-Priest hizo advertir al rey, que estaba cazando. Luis XVI montó en seguida su "caballito arcabucero" y volvió al galope, seguido del duque de Ayen, capitán de sus guardias, junto con los otros gentilhombres. En la Avenida de París (Versalles) se encontró con un contingente de mujeres, que tomó una actitud correcta. Otros informes que recibió en el momento lo decidieron a apresurarse; fue a sus aposentos y escribió al conde d'Estaing, que tenía el comando de Versalles, prohibiéndole tomar ninguna medida militar ofensiva. Después, sin tardanza, convocó a su Consejo para las tres y media. Los ministros se presentaron muy consternados. Saint-Priest solicitó el empleo inmediato de las tropas

contra los amotinados y el retiro de la familia real a Rambouillet, en donde se encontraba el regimiento de cazadores a caballo de Lorena. Saint-Priest quería que los suizos y los soldados de Flandes acudiesen a los puentes de Neuilly, de Saint-Cloud y de Sèvres, para impedir el acceso, y que el rey, a caballo con los guardias de corps y los cazadores de los Tres Obispados, hiciera frente a las tropas de París y las arengara para que volvieran a la capital. En caso de que la maniobra fracasara, su opininón era que el rey debía partir. El mariscal de Beauveau, los condes de La Luzerne y de La Tour du Pin apoyaron este punto de vista, que fue combatido por Necker, Montmorin, los arzobispos de Vienne y de Burdeos. Necker luchó con encarnizamiento; manejado por su hija, ese día no cesó de hacer el juego a los sublevados; afirmaba que las turbas no estaban mal dispuestas y que, en el peor de los casos, la estadía del rey en París lo iba a hacer popular. Como alternativa veía el comienzo de una guerra civil, con consecuencias incalculables y terribles. Se limitaba a recitar la lección que le había dado madame de Staël, pero también expresaba así el punto de vista de La Fayette, que se hubiera vuelto contra Luis XVI en caso de conflicto armado. Necker subrayaba que el rey no tenía dinero para mantener una guerra civil más allá de unas semanas. Luis XVI, dueño de un espíritu serio y prudente, sólo se decidía lentamente, después de reflexionar. Quiso consultar a la reina y suspendió el Consejo. María Antonieta, espantada, se negó a separarse de él y partir a Rambouillet. En consecuencia, se renunció al plan.

Mientras ellos comían, las mujeres invadieron la ciudad, seguidas de la banda que dirigía Maillard. D'Estaing seguía inmóvil y hacía esperar a sus tropas. Nada hizo para impedir el saqueo del hotel de los guardias de corps, hacia donde se dirigía la turba de París. A las cuatro de la tarde ya se iba a levantar la sesión de la Asamblea cuando el oficial de servicio informó a Mounier, presidente a la sazón, que las mujeres venidas de París exigían ser oídas. Mounier dio orden que dejaran pasar a doce. Las mujeres entraron y siguió la comitiva mezclada de hombres y mujeres. Maillard, extenuado y exaltado, hosco, habló largamente: reclamó pan para París, la supresión de los aristócratas, excusas de los guardias de corps y del Regimiento de Flandes, la partida de éste y, finalmente, la libertad para la nación. "Forzaremos a todo el mundo a ponerse la escarapela patriótica", gritó. Entonces Mounier

protestó y la algarabía aumentó; las mujeres se habían metido en todas partes y hacían ojos a todos los hombres, salvo al clero, que era insultado. Para calmar a la multitud, la Asamblea decidió señalar al rey la angustia de París, y Mounier, contento de poder eclipsarse y ponerse de acuerdo con los ministros, partió junto con algunos diputados hacia el palacio.

Llovía, y la multitud, andrajosa y llena de odio, se había congregado en la Avenida de París. Los habitantes de la ciudad, asustados, contemplaban el tumulto y empezaban a mezclarse. En la Plaza de Armas los guardias de corps, el Regimiento de Flandes y la Guardia Burguesa protegían los accesos al palacio. Mounier tuvo que aceptar una delegación de mujeres y presentarlas al rey, a quien explicaron las penurias de París. El rey las recibió afablemente; hubo llantos y la delegación se retiró muy enternecida. Eran cerca de las seis y el rey fijó audiencia a las nueve para la gran delegación de la Asamblea. Los diputados, al salir, tuvieron dificultades para abrirse paso entre la multitud asustada de cortesanos y servidores que se apelotonaban en la Gran Galería y en los salones.

Al volver junto a sus compañeras, las comadres que se permitieron elogiar al rey estuvieron a punto de ser ahorcadas. Un nuevo Consejo funcionaba desde las seis de la tarde. Saint-Priest demostró la imposibilidad de organizar la defensa del palacio y reclamó la partida inmediata de la familia real a Rambouillet. La reina, consultada, aceptó esta solución, y el rey se decidió. Se dio orden de preparar los coches. Necker, furioso, protestaba, amenazaba a su colega: "Estáis dando un consejo que os puede costar la cabeza". Saint-Priest se encogió de hombros y fue a decirle a su mujer que se apresurara. En su ausencia, la discusión se reinició. Mientras la Asamblea, informada de la decisión, se declaraba —en ausencia de Mirabeau y Mounier— inseparable del rey y decidida a seguirlo, Necker y el duque de Liancourt le describían al rey París y luego Francia entregados a sus enemigos, y a él mismo errabundo entre poblaciones hostiles que se veían obligadas a saquear para poder vivir; también hablaron de la situación que iba a ser la suya si se convertía en un rey fugitivo, mientras otros gobernaban París y Francia.

Estas reflexiones fueron repetidas incesantemente y persuadieron al rey, si no de su deber, por lo menos del abandono de sus

ministros y del peligro que esto creaba. El rey decidió suspender su partida y dio órdenes de llamar a Mounier.

Éste, que estaba esperando desde hacía horas, se encontró frente al rey y a los ministros. Se enteró que La Fayette se acercaba, al frente de la Guardia Nacional. Al oír esto, se turbó y suplicó a Necker que se presentara junto con los otros secretarios de Estado ante la Asamblea y denunciara el avance del comandante de la Guardia Nacional como un atentado, que tratara de conseguir que la Asamblea prohibiera a las tropas de París el avance y declarara a su jefe traidor al Estado y culpable de lesa majestad. Los ministros le respondieron que no podían obtener esto de sus colegas. Entonces Mounier suplicó al rey que se retirara a Rouen. Por un extraño contraste, aunque lógico en el espíritu de un jurista, Mounier solicitaba a la vez la aceptación pura y simple de todas las decisiones de la Asamblea.

Eran las diez de la noche. Ya se había producido una reyerta sangrienta entre los guardias de corps, que patrullaban y la Guardia Nacional de Versalles. Los ministros declararon que era demasiado tarde para huir; el rey comprendió que también era tarde para resistir. Consciente de su derrota, firmó los papeles que Mounier le tendía. Se los devolvió con las lágrimas en los ojos; acababa de firmar su declinación como monarca. Se había quebrado su poder, se había despreciado su juicio, se le había forzado a obedecer; a partir de este momento, su reino estaba terminado; ya luchaba sólo por el porvenir, por su hijo y porque llegara la hora en que los franceses, recobrando el buen sentido, volvieran a la tradición que negaban ese día.

En esa trágica hora en que naufragaba la monarquía, los moderados contribuyeron a su debilitamiento y a su humillación. Al volver a la Asamblea a las diez y media de la noche, Mounier tuvo sin duda conciencia de la situación y se avergonzó. Se apresuró; quería arrastrar a sus colegas a luchar contra la sublevación. Se encontró con una sala llena de sublevados y vacía de diputados. Se habían ido a dormir, muy contentos de estar fuera de la reyerta. Para reunirlos fue menester recurrir a un tambor, que recorrió las calles hasta medianoche. Mirabeau, que acababa de pasar la jornada con su amigo La Marck, estaba acostado; fue menester sacudirlo para que se despertara. En realidad, éste era un ardid destinado a ocultar sus actividades secretas. Por su parte, Mounier

trató con tanta cortesía como idiotez de persuadir a las comadres y a las prostitutas que el lugar que les correspondía no estaba en la Asamblea. Les hizo distribuir pan y víveres; como agradecimiento, ellas lo cubrieron de buenos consejos y le recomendaron "evitar la linterna". Cuando Mirabeau se presentó en medio de este caos, quedó indignado; su voz poderosa hizo retroceder a la turba, que evacuó el lugar, pero permaneció en las tribunas, en donde, capitaneada por una comadre que parecía jefa de banda y dominaba la discusión, amenazaba a los enemigos de Orleáns, aplaudía a sus amigos y gritaba a voz en cuello: "¿Quién está hablando ahí? ¡Que se calle ese charlatán! ¡A nadie le interesa eso: queremos pan! ¡Que hable nuestra madrecita Mirabeau, queremos oírla!" Pero Mirabeau se calló, lleno de desprecio por estos viles homenajes que lo comprometían.

Anunciado por el ruido formidable de los cañones sobre el pavimento de Versalles, apareció finalmente La Fayette, preocupado y fríamente recibido por Mounier, quien le preguntó qué significaba esta visita. El Héroe de los Dos Mundos exclamó: "Nunca se ha gastado más dinero en el pueblo"; afirmó que había salvado por muy poco su cabeza de la linterna, pero que sus tropas le obedecerían si el rey licenciaba al Regimiento de Flandes, adoptaba la escarapela tricolor y aceptaba como custodia a los antiguos soldados de la Guardia Francesa. Mounier no encontró nada admirable o temible en este discurso. Pero llegó un mensaje del rey en el cual se rogaba a la Asamblea que se presentara en el palacio para ayudarlo a contener a la multitud. Mounier apoyó inmediatamente esta demanda; Mirabeau se opuso altivamente en nombre de la dignidad de la Asamblea. Mounier salió entonces, seguido por un centenar de diputados. La Fayette se había adelantado; solo, con dos comisarios de la Comuna de París, logró que le franquearan la entrada del palacio; al pasar, la multitud que se apretaba en los corredores y en los salones, temblaba de odio y de indignación. Se lo señalaban unos a otros con el dedo y decían: "Ahí va Cromwell". Él contestaba: "Señor: Cromwell no habría venido solo". Se presentó ante el rey y afirmó que su tropa iba a restablecer el orden y que era fiel a su servicio; después partió para colocar patrullas alrededor del castillo y en la ciudad, albergó al resto de sus hombres, agotados por las siete horas de marcha bajo la lluvia y finalmente se acostó, a eso de las cinco de la ma-

ñana, en el Hôtel de Noailles, próximo a la capilla del palacio. Estaba rendido y no pensó en designar a uno de sus oficiales para que vigilara la marcha de los acontecimientos. A las dos de la madrugada, al no tener nada que hacer, la Asamblea se levantó; el rey y la reina se retiraron y sólo se pudo escuchar, en la noche húmeda, los gritos, las canciones y las imprecaciones mezcladas de esas turbas que llenaban las calles y las posadas, en las cuales no cesaban de beber y vociferar.

La Fayette dormía cuando, al amanecer del martes 6 de octubre, la reja del Patio de Mármol se abrió y dejó pasar a una multitud vociferante, armada de picas, de bastones, de sables y de fusiles, que buscaba la escalera de las habitaciones de la reina. Ya durante la noche las rejas mal custodiadas habían sido entreabiertas por guardias nacionales de París y otros. En la primera sala de guardias, los invasores asesinaron al guardia de corps de servicio, Des Hutes; inmediatamente plantaron su cabeza en una lanza, como un estandarte. El ruido despertó a la reina y a sus servidores; rápidamente, los criados hicieron una barricada junto a la puerta de la antecámara, mientras María Antonieta se ponía las medias y una falda. Fersen había querido custodiar esa noche trágica la puerta de la reina: lo hicieron salir por una escalera secreta. Mientras tanto, el palacio se llenó de aullidos y clamores. Tras unos instantes de pánico, María Antonieta logró deslizarse hasta el dormitorio de Luis XVI, donde se encontró con el rey que la buscaba y su hijo, a quien acababan de traer. Se oía el ruido que hacían unos hombres rompiendo a culatazos las puertas del Ojo de Buey, amenazando invadir la habitación de los soberanos. Todo este furor no era gratuito: un guardia nacional, decorado con la Cruz de Malta, al pie de la escalera, distribuía dinero a los "bandidos" que lo rodeaban y les recomendaba que respetaran tan sólo al "señor delfín y al duque de Orleáns". Éste, allí presente, miraba la escena sonriendo. La multitud invadió todo el palacio, corrió a los guardias de corps, a los que degolló o llevó para ser ahorcados; por todas partes se oían aullidos pidiendo la muerte. No había ninguna resistencia, ningún esfuerzo organizado para resistir a los invasores. En los defensores del palacio, el temor y la propaganda habían hecho su obra. El príncipe de Poix, gobernador de Versalles, había huido, disfrazado con la librea de su lacayo; los oficiales del regimiento y los guardias suizos, los cabos mismos no

habían concurrido a cumplir con el servicio esa mañana; vestidos de civil, se escondían o vagaban por Versalles. Tan sólo los soldados se mantenían en sus puestos, con un valor firme pero pasivo. Los clamores aumentaban incesantemente y el rey se creyó perdido.

Después, de repente, se hizo la calma. Informado tardíamente del ataque al palacio, La Fayette envió dos compañías en dirección al tumulto y rápidamente la chusma huyó. Él mismo, en el momento de llegar, salvó la vida de los guardias de corps que habían sido hechos prisioneros. La Fayette avanzó con sus guardias nacionales y se presentó ante el rey, que lo recibió cortésmente. La familia real lo rodeó y madame Adelaida lo abrazó. Desde el patio seguían llegando gritos de odio, amenazas y ultrajes contra la reina. La Fayette salió al balcón y gritó en vano con el propósito de hacer callar a los miserables. Al comprobar su impotencia, suplicó a la reina que se presentara. La reina logró dominarse y salió al balcón entre sus dos hijos. Algunos, en medio de la turba, la apuntaron con sus armas, se oyeron algunos estampidos en el aire; otros hicieron el gesto de cortarle la cabeza. La reina se irguió. Finalmente, La Fayette la toma de la mano, avanza con ella y le besa la punta de los dedos. Este gesto, el valor de la mujer, la reacción que es propia de las pasiones violentas, provocaron una emoción contraria en la muchedumbre. Se gritó: "¡Viva la reina, viva el general", pero también, indefinidamente: "¡A París, el rey a París!" Luis XVI, que comprende el peligro mortal de estos gritos, la servidumbre que representan, quiere ganar tiempo. Temporiza. Dos diputados leales, que se encuentran en el palacio, vuelven a la Asamblea para transmitir el deseo del soberano de estar rodeado por ella, que deberá aconsejarlo y mostrar al pueblo la majestad del poder. Mounier se esfuerza por dar al rey esta prueba de devoción, pero con voz estentórea Mirabeau, apoyado por Barnave y por los jefes del Club Bretón y las tribunas, se opone. Se envía sólo una delegación de treinta y tres miembros. Orleáns, que ha logrado entrar al palacio, sigue toda la escena sin decir palabra; la suerte de la dinastía y la suya propia se están jugando. A pesar de La Fayette, a pesar de los guardias, aún puede esperar la cólera de una multitud trabajada por sus agentes, manejada por sus instigadores; el asesinato del rey sigue siendo posible. Frente a este peligro, frente al abandono de los diputados y de todos los partidos, Luis XVI, tras un nuevo Consejo, cede una vez más. Ruega a La Fayette que

proteja a los guardias de corps y, cuando el general aparece con uno de ellos en el balcón, logra hacerse aplaudir al declarar: "Amigos míos, iré a París con mi mujer y mis hijos. Confío a mis buenos y fieles súbditos lo que tengo de más precioso en el mundo". Aunque se entrega, Luis XVI sigue empleando un lenguaje de rey.

La multitud, triunfante, quiere gozar de esta victoria, que marcará para siempre a Luis XVI como un vencido y que mancillará por largo tiempo el renombre del pueblo de Francia.

Capítulo VII

DERROTA DE LA REVOLUCIÓN ORLEANISTA

A mediodía del martes 6 de octubre de 1789, el rey, la reina y el delfín se encontraban sanos y salvos bajo la protección de las tropas burguesas de La Fayette (unos 24.000 hombres), capaces de dominar la sublevación. Luis XVI, al firmar todos los decretos de la Asamblea, acababa de reconciliarse con ella y, por su presencia de espíritu, había reconquistado la lealtad de La Fayette. Una vez más fracasaba la intriga orleanista.

Pero la intriga de Duport triunfaba; Mirabeau y Barnave hicieron efectivamente que la Asamblea votara la solidaridad con el rey. En consecuencia, la Asamblea habría de seguirlo a París. De este modo se aseguraba el control de la Constituyente por medio del Club Bretón, que apoyaba el público "patriota" de las tribunas, bien organizado y que reducía a la impotencia a los moderados. Por este voto la sublevación, que ya había vencido al rey, obligado a ir a París, arrastraba también a la Asamblea en su triunfo. Mounier, derrotado en todos los puntos, recurrió a la única venganza posible: se negó a incluir a Mirabeau en la delegación que rodeaba al rey. El tribuno se irritó; calculaba la derrota de Orleáns y deseaba reconciliarse con la corte, lo cual le hubiera dado ocasión de hacer lo que anhelaba. Mirabeau dijo a Mounier: "Tenéis razón si consultáis mi gusto, pero si consultáis el interés del rey y de la reina, debéis tener en cuenta que tengo cierta popularidad, y que ésta os puede servir". Por toda respuesta, Mounier levantó la sesión. El odio es una enfermedad contagiosa.

En el palacio el tumulto aún no se había aplacado; después de haber saqueado los cuarteles de los guardias de corps, de haber robado sus caballos, sus armas y sus efectos, la turba pretendió llevarse a doce de ellos encadenados a París para que los juzgaran.

La Fayette imploró, vociferó y, haciendo un gran gesto, se descubrió el pecho: los infelices le fueron devueltos. Hacia la una y media de la tarde el pesaroso y horrendo cortejo se puso en marcha. Se había enviado antes a un hombre y a dos niños que llevaban dos cabezas de guardias de corps, clavadas en la punta de unas picas. Así recorrieron París que se preparó, en medio de una gran agitación, a recibir a las turbas victoriosas y al rey vencido. Al frente de este cortejo confuso se apretaba una masa de parisienses ociosos, vagabundos, víctimas y "bandidos". Después venían las tropas de La Fayette; cada soldado llevaba un pan en la punta de su bayoneta; después venía un chusmaje femenino, a horcajadas sobre los cañones o sobre los caballos de los guardias de corps, de cuyas corazas, cascos y armas se habían apoderado; blandían fusiles y sables, en medio de los eructos del vino que habían bebido. Una multitud abigarrada, harapienta y sucia de barro, de vino y de sangre las rodeaba. Una fila de carretas de trigo y de harina, tomadas en Versalles, estaban cubiertas de hojas y de ramas verdes. Después venían los granaderos y los guardias de corps, a pie, en cabeza, sin armas, como prisioneros. Y los dragones, los soldados de Flandes, los cien suizos rodeaban las carrozas del rey y de la familia real. La Fayette, a caballo, protegía la puerta de la carroza. El rey era tan impasible a los ultrajes como a la lluvia que caía espesa; la reina, muy acicalada y convulsivamente serena; los niños con los ojos desorbitados; todos se esforzaban por soportar aquella prueba y no manifestar ningún sentimiento.

Confusa y lenta, la marcha se prolongó hasta las siete y media de la tarde, en medio de la tempestad y de un viento del sudoeste que soplaba por ráfagas. En el momento en que se inició, una salva de mosquetería señaló la partida; a lo largo de la ruta hubo paradas y nuevas salvas; las furias descendieron de sus cabalgaduras y bailaron alrededor de las cabezas degolladas y del rey, formando rondas mientras cantaban: "¡La panadera tiene escudos, que no le cuesta ganar. . . !" También gritaban: "¡Viva el panadero, la panadera y el panaderito!" Y también: "¡Viva el rey!", y luego: "¡Abajo las sotanas!" "¡Abajo la misa, abajo la confesión!", todo esto en medio de abrazos obscenos, ovaciones insultantes, bajo la densa lluvia, como orquestado por un maestro de coro invisible, que prolongara a gusto el sufrimiento y la vergüenza. Como si se hubiera querido marcar con un fango indeleble a la monarquía hu-

millada; al mismo tiempo, el pueblo soberano se revolcaba en la misma inmundicia y, al inaugurar su reino, se coronaba de lodo.

Finalmente, ya entrada la noche, llegaron a París. Por pedido del alcalde fue menester pasar por el Hôtel de Ville, aunque la cortesía obligaba a éste a concurrir a las Tullerías para saludar al rey. La reina, exhausta, sólo quería retirarse y llegar al palacio. Se le hizo comprender que su vida corría peligro. En el Hôtel de Ville, monsieur Bailly se mostró como un súbdito celoso y repartió flores; después de un primer discurso quiso presentar al pueblo la respuesta del rey, con un segundo discurso. María Antonieta mantuvo bastante presencia de ánimo como para recordarle que se había olvidado de mencionar la "confianza" que el rey acababa de dar a su buen pueblo de París. Cuando todas las frases fueron dichas, fue posible llegar al fin a la vieja mansión, que los reyes no habitaban desde los tiempos de Luis XIV. En otras épocas, la reina había instalado aquí un elegante departamento para ella y Fersen. Volvía ahora en circunstancias atroces. Dignatarios y cortesanos, ministros y servidores, debieron instalarse como pudieron, en medio de gemidos, protestas y furores. El desorden reinaba en todas partes y, en medio del desorden, en el centro de esta inmensa ciudad hostil, Luis XVI, María Antonieta y los niños reales sentían oscuramente a los espías y enemigos que allí se infiltraban. Vencidos por la fatiga, cayeron al fin en un sueño de pesadilla.

La Fayette triunfaba. Al salvar la vida del monarca y de su mujer, al dominar a duras penas la sublevación, resultaba el árbitro de la situación. De ahora en adelante París "tenía" al rey y a la Asamblea, pero La Fayette con su Guardia Nacional, bien en forma, pagada y ejercitada, tenía a París. Su fortuna y los fondos que le habían proporcionado los banqueros que constituían su estado mayor le permitían afirmarse contra Orleáns, e inclusive ante el populacho. Desde la época de sus campañas americanas, había organizado cuidadosamente el espionaje y la propaganda; aunque menos cínico que Laclos, lo sobrepasaba en experiencia. Estas dos jornadas habían sido instructivas y le habían revelado algunos mecanismos, mostrándole una parte del personal utilizado por Orleáns. Se sentía fuerte; finalmente, llegaba a la meta que se había trazado; a sus ojos, se podía ahora constituir un ministerio que le fuera conveniente, del cual iba a formar parte, y que terminaría con la Revolución. La gente ya se ocupaba de esto. Mira-

beau, Talleyrand, Narbonne y sobre todo sus mujeres y queridas, las señoras de Stäel, de Simiane, de Tessé, de Coigny, de Flahaut, se agitaban.

En medio de esta victoria, el Héroe de los Dos Mundos conservaba un recuerdo desagradable y lacerante: el 5 y el 6 había sentido el contacto de la soga al cuello: lo habían humillado. El viejo encono que tenía a Orleáns, nacido por una alcoba que los dos hombres se habían disputado y de la cual lo habían expulsado, volvía a encenderse; desde 1715 los Orleáns eran el centro de reunión de la oposición en contra de la monarquía absoluta; pero La Fayette, desde el momento de sus triunfos americanos, se presentaba como el campeón de la libertad en Francia y en los Estados Unidos. Orleáns lo odiaba pues veía en él a un soldadote que se permitía presentarse como rival de sus placeres y sus ambiciones. No cabe duda que si La Fayette hubiera sido ahorcado, el regocijo habría sido intenso en el Palais-Royal. Recíprocamente, La Fayette anhelaba con toda sinceridad la muerte del príncipe.

Siempre formalista, La Fayette hubiera preferido deshonrarlo y probar sus intrigas. Trató de descubrir pruebas tangibles después del 6 de octubre. Pero Laclos era un hombre cuidadoso y La Fayette no podía ir muy lejos por este camino, ya que Orleáns estaba en condiciones de probar la participación del marqués en otras intrigas y otras revueltas: ¿acaso no habían trabajado juntos con los Treinta y en la preparación del 14 de julio? A la sazón, La Fayette escribía a su querida: "Con frecuencia he utilizado instrumentos que convienen que desaparezcan". Además, ¡quería romperlos sin ruido! ¡Qué escándalo podían dar los dos héroes de la libertad, denunciándose mutuamente!

En los medios de La Fayette se esperaba un estallido. Su amigo Mazzei escribió al rey de Polonia el 12 de octubre: "Las sospechas contra el duque de Orleáns aumentan diariamente y empiezan a difundirse. Hace un mes que el marqués de La Fayette me ha dicho muchas cosas al respecto, y de repente he observado con asombro que este príncipe (aunque no puedo adivinar los motivos) tiene una conducta muy correcta y cuida su popularidad. Esto no es natural en él y es indicio de propósitos ocultos". La Fayette se daba cuenta que no podía gozar tranquilamente de su victoria mientras Orleáns estuviera allí para discutírsela, pero no podía arruinar esta victoria haciendo un escándalo en torno al príncipe, es-

cándalo que hubiera mancillado el buen nombre y la unidad de la Revolución. Por esto rogó a Orleáns que se viera con él en casa de una de sus amigas, una de las sacerdotisas más virulentas de la Revolución: la marquesa de Coigny.

El sábado 10 de octubre los dos hombres se encontraron en ese salón.

"Señor —dijo La Fayette—, constato que hay en París dos escarapelas o dos partidos. El mío es sin duda el del rey y, aunque yo haya contribuido a que el rey descienda uno o dos peldaños de su trono, pues he creído que esto favorecía a su persona y a su reino, siempre me mantendré al pie de ese trono y perderé la vida antes de permitir que otro suba a él". El duque, sorprendido, no contestó. Pero La Fayette, excitándose, añadió que: "Disponía de varios medios para perderlo y deshonrarlo en la opinión pública, que no temía hacerlo y que el duque podía tener la seguridad de que, si lo hacía asesinar, al cabo de una hora, su propia persona sería la segunda víctima". También declaró que al duque sólo le quedaba un medio para salvar su familia, su persona y sus bienes: irse inmediatamente a Inglaterra llevándose a La Touche, Lauzun y Laclos, sus almas malditas. Felipe hizo una reverencia y prometió seguir el consejo. Basándose en esto, La Fayette le aseguró respetarlo.

Pero el duque de Orleáns no era hombre de cumplir un pacto en estas condiciones. No le gustaba la discusión y no se lucía en ella. Por otra parte: ¿a qué llevaba una discusión? La maniobra de Laclos exigía el secreto. Un escándalo echaba todo por tierra. Además, las jornadas de octubre no habían respondido a sus esperanzas; si bien representaban una victoria para la Revolución, no habían hecho adelantar la causa orleanista, y el duque, a quien no le gustaba ser usado, sentía que se deseaba que abandonara el juego por cierto tiempo. Nada de esto le resultaba fácil. Contrariado en sus asuntos, decepcionado en sus esperanzas, cansado de tanta agitación, se entregó con frenesí a su pasión por madame de Buffon; y llegó a pensar sin molestias en una estadía en Inglaterra.

No era ésta la opinión de sus amigos. Lauzun, Laclos y La Touche se indignaron y vociferaron en tal forma que, al día siguiente, Orleáns escribió a La Fayette para desdecirse. Este último exigió un nuevo encuentro en casa de madame de Coigny, y el prín-

cipe, fascinado o subyugado, concurrió. Allí debió oír un lenguaje aún más duro: "Tengo razones para creer que aspiráis al trono. He sido contrario al despotismo en la medida en que he podido serlo; si vuestros designios son los que creo, es menester que ocurra una de estas tres cosas: o cae mi cabeza, o la vuestra, o abandonáis este país". Una vez más, Orleáns consintió en todo lo que se le imponía. Prometió partir en un plazo de veinticuatro horas; una vez más sus amigos debieron luchar contra esa decisión; ellos consideraban que esto era una confesión de culpa, que el público lo iba a ver como deshonroso y que haría un tremendo daño al movimiento orleanista. Lauzun se mostró muy violento y habló de La Fayette en términos ultrajantes; a fin de alentar a su patrón lo llevó a consultar a Mirabeau. Éste declaró sin rodeos: "Contra vos sólo hay rumores: daréis pruebas"; después le propuso su apoyo: "Si partís, denuncio vuestro viaje y me opongo. Si os quedáis, hago conocer la mano invisible que os aleja, denuncio la autoridad que reemplaza a las leyes. Elegid".

Sin embargo, el martes 13 de octubre La Fayette se presentó con Orleáns en la corte; fueron a ver al rey que, sin pestañear, los recibió y oyó a su primo que le prometía "tratar de descubrir en Londres a los autores de los disturbios". Bruscamente, La Fayette añadió: "Nadie más interesado que vos, pues nadie está tan comprometido como vos". Después fueron a casa de monsieur de Montmorin, para que éste entregara al duque las instrucciones y los papeles que habían de acreditarlo ante el rey de Inglaterra, que no estaba muy contento de la llegada del duque, pues temía su influencia corruptora sobre el príncipe de Gales.

Estas instrucciones, redactadas con premura, parecen obras maestras de ironía sangrienta y rematan de manera digna estas jornadas de sangre. "El primer objetivo del señor duque de Orleáns consistirá en descubrir si, y hasta qué punto, la corte de Londres ha fomentado nuestros disturbios, qué medios y qué agentes ha utilizado". Luego, como si se quisiera indicar al príncipe que debe olvidar sus ambiciones francesas, se deja entrever para él una corona en los Países Bajos, a la sazón en plena efervescencia. Para lograr dicha corona, había que conseguir la aprobación de Inglaterra y servir bien al rey de Francia. Orleáns no manifestó darse cuenta de la irrisión que había en todo esto y, volviéndose hacia La Fayette, dijo: "Mis enemigos pretenden que tenéis pruebas con-

tra mí". En ese instante crítico, en que se decidía la negociación, La Fayette encontró una respuesta hábil: "Más bien son mis enemigos quienes lo dicen. Si yo estuviera en condiciones de presentar pruebas contra vos, os habría hecho arrestar ya, pues las estoy buscando por todos lados".

En buen lenguaje de político, esto significaba que, si desaparecía, el duque podía contar con la impunidad.

Orleáns partió de París el miércoles 14 de octubre, dejando a La Fayette una carta que lo ponía al abrigo de los ataques de Mirabeau. La complicidad de estos hombres, llena de odio pero sólida, se continuaba y se continuó más allá de la muerte. La Fayette veía en ella un medio de servir a la Revolución. Lauzun, que quería más a Orleáns que a la Revolución, y que quería más a la gran intriga que a Orleáns, "llevaba el crespón del luto". En cuanto a Mirabeau, decía su antiguo patrón: "Es cobarde como un lacayo; es un mamarracho que no merece la atención que uno le ha prestado". Afirmaba así, al mismo tiempo, su complicidad con Orleáns y su tendencia monárquica.

A partir de ese día, su idea fija fue llegar a ser el defensor y el vocero de la corte. Pero le gustaba demasiado la intriga para apartarse de la Revolución, de la cual siguió siendo uno de los tribunos más populares y menos influyentes, pues nunca llegó a tener tropas fieles, ni un partido dispuesto a seguirlo. Los moderados, espantados, se negaban a ir a París; trescientos de ellos se pusieron de acuerdo para presentar conjuntamente su dimisión y protestar de este modo contra el servilismo de la Asamblea ante el Club Bretón y la violencia. Y del mismo modo que no tenían el coraje de luchar contra estas fuerzas, tampoco lo tuvieron para mantener sus dimisiones ante las amenazas que llovían desde el Club Bretón. Tan sólo cincuenta y seis de ellos lograron escaparse, Mounier y Lally-Tollendal entre éstos; sus nervios ya no aguantaban más. Soñaban con soliviantar a la provincia contra el despotismo de París. Pero ese despotismo estaba en todas partes. Su ausencia en la Constituyente dejó frente a frente a una extrema derecha, valiente pero impotente, y a una izquierda todopoderosa pero dividida; Duport, Barnave y los hermanos Lameth intentaban empujar la Revolución a nuevas destrucciones y nuevas conquistas. Mientras que La Fayette, Clermont-Tonnerre y Sieyès la consideraban terminada. El Club Bretón apoyaba a Duport. Así fue que

este grupo contó durante más de dieciocho meses con una autoridad predominante en la Asamblea.

La Fayette reunió a la mayor parte de los elementos orleanistas y a los combatientes de octubre de 1789. Por lo tanto, fue él quien llevó a cabo la guerra contra Luis XVI. En efecto, en 1790 el rey y la reina se encontraban en París como prisioneros y La Fayette, que comandaba a los guardias, poseía las llaves del palacio y de la multitud; ésta llenaba la ciudad, hacía alborotos en torno al palacio y de día y de noche se dedicaba a espiar a la familia real.

Por obra de La Fayette, María Antonieta fue objeto de manifestaciones amistosas y cálidas el primer día de su llegada y en las semanas siguientes. Por unos instantes María Antonieta pudo creer que había vencido el odio. Pero no tardó en volver a sentirlo a su alrededor. "Me siento bien —escribió el 10 de octubre a Mercy— y a pesar de todas las maldades que me hacen, tengo la esperanza de conquistar a la parte sana y honrada de la burguesía y del pueblo..." Para congraciarse con las comadres enfurecidas, compró todas las alhajas empeñadas en el Montepío y las devolvió a sus propietarias. Hubo algunos aplausos, pero los gestos de este tipo eran olvidados muy pronto; hubiera sido necesario recomenzar todos los días.

El rey se daba cuenta de esto. Sin ilusiones, calculaba su caída y el abismo al cual se habían precipitado sus enemigos: la alta nobleza, el alto clero, Orleáns, que desde hacía treinta meses dirigía las operaciones de asedio contra él, y que estaba ahora en una situación atroz. Orleáns, a medias arruinado, más que a medias deshonrado, huía con su amante, dejando en París a sus hijos bajo la custodia de una antigua querida, y a su mujer sola y con dificultades de dinero. Grandes señores y prelados habían visto la destrucción de sus órdenes, habían visto sus castillos incendiados, sus graneros y sus bodegas saqueados; aquellos a quienes el pánico no llevaba al destierro, se refugiaban en el campo o se arrinconaban en algún extremo de la Asamblea. Ésta, al parecer, triunfaba; pero por la menos un cuarto de sus miembros la había abandonado; el miedo dominaba a la mayoría, y en la minoría dirigente crecían las violentas divisiones; en seis meses de actividad sólo se había logrado humillar a la monarquía, dislocar al Estado francés, quebrantar la administración, destruir a la policía, consagrar la

ruina de las finanzas y difundir la indisciplina dentro del ejército.

Como potencia internacional Francia ya no contaba. La Constitución, apenas esbozada, dio ocasión a reyertas furiosas, y todo anunciaba la anarquía, más que la democracia.

Gracias a su valor, Luis XVI seguía siendo popular, pero ya no poseía autoridad, ni crédito, y la Constituyente lo miraba con malos ojos, porque lo sentía amado por el pueblo. El rey apenas lograba mantener cierta influencia sobre la diplomacia, a pesar de ser el francés mejor informado sobre estas cuestiones; pero toda acción le estaba vedada. Sus esfuerzos de los seis primeros meses para restablecer la situación sólo contribuyeron a agravarla. Por lo tanto, el rey quería observar atentamente las circunstancias e informarse antes de intentar nada nuevo. Dócil a La Fayette, se prohibía cualquier iniciativa y se mantenía en las Tullerías, sin salir ni siquiera para ir de caza, su única distracción. Encerrado en el palacio con los suyos y algunos servidores fieles, se replegaba sobre sí mismo, oraba y trabajaba. ¿Podía esto acaso devolverle la confianza de la Asamblea, conmover el corazón de los franceses? Desde principios de 1789 el rey sufría demasiado para querer mostrarse y, si daba algunas caminatas en medio de algunos transeúntes o se paseaba por la terraza de las Tullerías, abierta al público, lo hacía tan sólo como un sucedáneo de la caza, y más para conocer al pueblo que para halagarlo.

Por otra parte, veía que este pueblo estaba agitado, perturbado y que era desdichado. La monarquía no era la única en sufrir por culpa de la Revolución; la Nación pagaba muy caro su acceso a la "libertad". Una vida económica desorganizada, finanzas caóticas, por todas partes agitación, disturbios, penurias. Los abogados que pontificaban en la Asamblea, manejada por tribunos aristocráticos, conocían poco al pueblo y despreciaban a los pobres. Durante el otoño de 1789 se suprimieron los "talleres de caridad" de París, que habían permitido vivir a numerosos desocupados y vagabundos. En el mundo del trabajo, todos protestaban: veterinarios, cerrajeros, herradores, carreteros, silleros, pintores, cocheros, guarnicioneros, puesteros de carrozas de alquiler; los trabajadores de las peluquerías, de las imprentas y aserraderos se indignaban por los bajos salarios que recibían. Concentrada en los "grandes principios" y dedicada a las intrigas, la Asamblea no

hacía nada por socorrer a los artesanos o por reanimar el comercio moribundo.

De tal modo, las violencias continuaban; el 21 de octubre se asesinó al panadero François, porque había horneado unos panes tiernos para la Asamblea; ese mismo día unos obreros de los barrios Saint-Antoine y Saint-Marcel se reunieron para saquear los conventos. Fueron detenidos. Pero entre la multitud se oía cada vez con más frecuencia los gritos de: "¡Abajo las sotanas!", "¡Abajo el clero, el clero a la linterna!" En medio del desorden y de la penuria, se insinuaba ya la guerra religiosa.

Libro Quinto

LA REVOLUCION ARISTOCRATICA

Capítulo Primero

MONSEÑOR[1] JUEGA Y PIERDE

Octubre de 1789 constituye una bisagra de la Revolución. Mientras los diarios de París se felicitan de los acontecimientos y elogian al rey por haber ido a la capital, las noticias de esos días sangrientos difunden en Francia y en el extranjero un sentimiento de horror, que toma el color de las pasiones de cada uno; alegría entre los enemigos de Francia, espanto en el gran público, entusiasmo de los "patriotas", inquietud sorda en el pueblo. El miedo se expande y gana en profundidad. La mayoría de la Asamblea se felicita; después de la nobleza reducida a la impotencia en junio-julio, un rey y unos ministros vencidos y obligados a obedecer, la Nación soberana encuentra esos "derechos" que la Asamblea, su única intérprete, hará respetar de ahora en adelante con la ayuda de la rebelión, reconocida como legítima.

De esta manera, la Nación está segura de la situación y se atreve a enfrentar el problema de las finanzas, que se agrava de semana en semana. Empieza por plantear la base de su legislación fiscal con un decreto del 7 de octubre. "Todas las contribuciones y cargos públicos serán soportados proporcionalmente por todos los ciudadadanos y por todos los propietarios en razón de sus bienes y facultades. . ." Ningún impuesto debe adoptarse que se demore más de la sesión siguiente. Pero la Asamblea no se apresuró a votar impuestos que la hubieran vuelto impopular. Por el contrario, esta fórmula razonable y clara unía el conjunto del país que, en numerosos pliegos de demandas, ya lo había reclamado. Revelaba la actitud de esos leguleyos que constituían el ala avanzada de la Asamblea y que eran dirigidos por algunos aristócratas audaces.

1 Monseñor (Monsieur). Nombre que se daba en Francia al hermano menor del rey. (*N. del T.*)

Por otra parte, unos y otros conocían poco los problemas financieros; se lanzaban a ellos con paso cauteloso, tomando como guía más la lógica que las circunstancias.

Los resultados seguían siendo decepcionantes, pues dependían más de las circunstancias que de la lógica. A los diputados les pareció razonable votar, el 28 de noviembre, contra el consejo del Comité de Finanzas, que los antiguos privilegiados debían sufrir un impuesto complementario en los lugares en donde se encontraban sus bienes raíces. Pareció legítimo extender esta disposición a todas estas personas susceptibles de pagar réditos. Sin embargo, esto obligaba a rehacer en todas partes los sistemas de impuestos, un trabajo que hasta entonces había correspondido a las municipalidades, demasiado débiles y desorganizadas ahora para llevarlo a cabo.

Como era menester salir del caos y encontrar recursos, Talleyrand fue bien recibido, cuando el 10 de octubre propuso utilizar los bienes del clero para liquidar el déficit, pagar la deuda nacional y obtener así los fondos indispensables. La idea no era nueva; hacía mucho tiempo que reformadores y financistas soñaban con esta vasta operación. Choiseul la había iniciado cuando cerró buen número de conventos. Turgot, en el artículo "Fundación" de la Enciclopedia, había demostrado, a su propia satisfacción, que ningún particular podía hacer una convención indefinida; el Estado mantiene el derecho de modificar los tiempos o revocarlos. Las fundaciones religiosas seguían, pues, a disposición del Estado. Como respuesta a esta tesis, Linguet, en sus *Annales politiques* de 1778, sostenía que el rey no podía consentir esta explicación, dado que, en el momento de su consagración, había jurado proteger al clero. Además, esto equivalía a violar el derecho de propiedad, "es decir", la ley", a ejercer un saqueo legal, "insultar al soberano, a las leyes, a la patria", todo ello sin ningún beneficio, pues el ejemplo de Inglaterra, de Suecia y de Alemania prueba que tan sólo los especuladores y los comerciantes de bienes aprovechan de estas operaciones, no los pobres. Linguet no persuadió a nadie; el escándalo de lo beneficios, distribuidos a sacerdotes indignos o a abates opulentos, el egoísmo del clero, que se negaba a aligerar las cargas de la Administración y del Tercer Estado, su obstrucción a cualquier reforma impositiva, decidieron a Calonne, en 1787, a tolerar dos libelos hostiles al clero. Así, la idea ya se había abierto ca-

mino y, al reorganizar el país, volvía a parecer necesaria y legítima. El obispo de Autun retomó un discurso de Duport de Nemours, del 24 de setiembre, que dejó entrever unos 16 millones de ganancia; incluso sugirió no un empréstito basado sobre estos bienes, sino la "devolución a la Nación", una medida legal, según él, pues el clero era depositario y no propietario. Gracias a estos recursos, Talleyrand mostró el fin de las dificultades y el comienzo de una era de prosperidad.

La discusión fue larga y apasionada. Los oradores del Club Bretón, Thouret, Treilhard, Barnave y Le Chapelier defendieron el proyecto. La Iglesia, argumentaban, de acuerdo con el derecho romano, no es un verdadero propietario, pues éste tiene "*Jus ab uti et abuti*", la facultad de usar y abusar de sus bienes; el clero sólo puede utilizar la propiedad para el culto y los pobres; el verdadero propietario es, pues, la Nación. Que ésta recobre sus bienes, garantizando a los sacerdotes compensaciones suficientes y tomando a su cargo el socorro de los menesterosos era una medida que nadie podía reprocharle.

Tales razones garantizaban una mayoría al proyecto, que fue atacado francamente por Boisgelin, arzobispo de Aix, por los obispos Maury y Sieyès, al obispo d'Uzès y el abate d'Eymar; todo fue inútil; Malouet, el abate Grégoire y el abate Goutte propusieron vanamente una transacción; Mirabeau, leyendo un discurso preparado por su secretario Pellenc, ganó la votación; el 2 de noviembre los bienes del clero fueron declarados "a disposición de la Nación", por 568 votos contra 346. Entre el 19 y el 21 de diciembre una nueva votación de dos decretos decidió la puesta a la venta de 400 millones de francos de bienes eclesiásticos y la creación de 400 millones de asignados de 1.000 libras que habrían de dar un interés del 4,5 % y que serían admitidos preferentemente para pagar los bienes nacionales. La burguesía volteriana, que había preparado celosamente la Revolución, pero que estaba ahora alarmada ante su violencia, iba a encontrar aquí una fructuosa compensación y una razón sólida para seguir al orden nuevo, fuera cual fuere el desorden. Fiel a la doctrina de que el interés bien entendido es la guía del sabio, la Revolución procuró ganarse a los sabios.

Después de estos últimos triunfos su clientela aumentó, sus preocupaciones también. El hombre del siglo XVIII conservaba el culto de los grandes. La presencia de Orleáns en medio de los revo-

lucionarios daba seguridades, alentaba, estimulaba a los burgueses grandes y pequeños, a los diputados que estaban dispuestos al heroísmo más que al valor. La partida de Orleáns dejó un lugar vacío, una inquietud. Sus agentes lo sabían muy bien e hicieron todo lo posible para retenerlo. ¿Cuál habría de ser ahora el centro de la acción? Los Treinta se dispersaban y se dividían; el Club Bretón, tan eficaz en Versalles, en donde había logrado reunir a su alrededor a todos los diputados, desaparecía junto con su instalación en París, y aquellos provincianos se sentín tanto más perdidos por no ver ya en el Palais-Royal las caras conocidas del príncipe, de Laclos, de La Touche... ¿Quién iba ahora, se preguntaban, a conducir la Revolución victoriosa y también agotada por sus victorias?

Nadie se lo preguntaba con más perplejidad que Mirabeau, pues carecía de dinero y buscaba un futuro triunfador que pudiera proporcionárselo, al mismo tiempo que una carrera para su genio. Con la dualidad que caracteriza a este tribuno, Mirabeau trabajaba para destruir los antiguos cuadros, nobleza, clero, ministerio, pero tenía temores por el rey, a quien se declaraba dispuesto a salvar si se le daba una ocasión; daba su voto a una "ley marcial" (octubre de 1789) destinada a poner coto a las insurrecciones y asediaba a su amigo, el conde de La Marck, para que advirtiera al rey y a la reina de los inmensos peligros que corrían. Estas preocupaciones y estos tanteos lo pusieron en contacto finalmente con Monseñor.

El conde de Provenza, hermano segundo de Luis XVI, a quien se daba en la corte el título de Monseñor (Monsieur), mereció la atención de Mirabeau. Provenza poseía uno de los espíritus más penetrantes y más dobles de Francia, estaba dotado de una inmensa y sorda ambición, que se volvía devoradora a medida que pasaban los años. De niño había sido robusto y hermoso, inteligente y despierto; todos esperaban y creían que él habría de reinar y no su hermano mayor, entonces duque de Berry, delgado y enfermizo, miope y modesto. Luis XV mimaba a Provenza. Berry, sin embargo, llegó a ser Luis XVI. Berry reinó y no se prestó a satisfacer los deseos de su hermano; ni en 1774, en los comienzos de su reinado, ni en 1782, después de la muerte de Maurepas, su consejero íntimo, cuando no escuchó los pedidos de Monseñor, que anhelaba formar parte del Consejo. Así fue que Monseñor llegó a

ser, por lo bajo, el jefe de la oposición en la época en que Orleáns aún cortejaba a María Antonieta.

Provenza criticaba incesantemente las actitudes de su hermano; hizo que atacaran en los diarios su decisión de disolver los parlamentos; más adelante, se las tomó contra la reina; financiaba a innobles escritorzuelos de Londres para que la arrastraran por el fango; en el bautismo de madame Royale provocó un incidente escandaloso; desde el momento de la llegada de los primeros Notables, hizo una guerra disimulada pero terrible contra Calonne y contra todo lo que proponía Luis XVI; hasta llegó a confeccionar un archivo que pretendía probar que los hijos de María Antonieta eran ilegítimos; este archivo fue confiado al duque de Fitz-James y Monseñor procuró hacerlo discutir por la Asamblea de Notables. Fitz-James retrocedió ante el horror de semejante escándalo; el Parlamento rindió homenaje a Monseñor, que había combatido tan asiduamente al ministro detestado. Monseñor, a fines de 1788, votó la duplicación del Tercer Estado en la segunda reunión de los Notables; a la sazón era, pues, popular y estaba bien situado para reemplazar a Orleáns como dirigente de la Revolución.

Mirabeau mantenía relaciones regulares con un personaje menor, aunque amable e inteligente, el duque de Lévis, capitán de guardias de corps de Monseñor. Lévis sirvió de intermediario. Hizo comprender facilmente a Monseñor el interés que había en utilizar al tribuno más audaz, al orador más elocuente, a la vez más potente de toda la Revolución. La idea fue bien acogida. Monseñor no fue mezquino. Quedó entendido que Mirabeau recibiría lo necesario para pagar sus deudas y un sueldo mensual de 20.000 francos. Como consecuencia, el tribuno pudo dejar el Hotel de Malta, donde ocupaba una habitación bastante sórdida, e instalarse a comienzos de 1790 en un coqueto departamento de la Chaussée-d'Antin. Mediante este sueldo, Mirabeau se convirtió en el consejero político de Monseñor y en su secretario. Mientras el conde de Provenza se preparaba a desempeñar un papel, Adrien Duport, los Lameth y Barnave, a quien empezaban a denominar "los Triunviros", quisieron aprovechar la victoria de octubre, imponer al rey la partida de Necker y de sus colegas e instalar finalmente un ministerio "patriota". El 13 de octubre se encontraron en Passy, en casa de madame d'Aragon, sobrina de Mirabeau, con La Fayette, acompañado por Latour-Maubourg, Mirabeau y el proveedor de fondos,

el banquero Laborde de Méréville. En el primer momento todo marchó a las maravillas y Mirabeau pudo describir a Monseñor los servicios que había de prestarle cuando llegara a ser ministro.

En la euforia de la hora, La Fayette se aproximó a Mirabeau, quien le hizo algunos servicios y lo elogió en la Asamblea el 19, dando apoyo a algunos decretos favorecidos por él. Esto se hizo con la esperanza de llegar a un acuerdo duradero. La Fayette se encontró con él en casa de Montmorin y le ofreció 50.000 francos, pues en esta época el Héroe de los Dos Mundos apoyaba a Luis XVI. La Fayette acababa de presentar al rey un informe en que le exponía las razones y las ventajas de sostener a la Revolución y le prometía su colaboración leal. El rey, a fin de testimoniarle su confianza, le permitió meter mano en los fondos de la Lista Civil. Pero el soberano, frente a Mirabeau, se mantenía desconfiado y distante. En el fondo, La Fayette participaba de este desagrado; por eso dejó que las negociaciones se prolongaran y abortaran. En los papeles de Mirabeau, las listas de probables ministros se sucedían. Estas listas permiten seguir la evolución de sus esperanzas. En la primera: "Necker, Primer Ministro (La Fayette vetaba la partida del ginebrino); y para "anularlo": Cicé, Canciller; Liancourt, Guerra; La Rochefoucauld, Casa del Rey; La Mark, Marina; Talleyrand, Finanzas (con Laborde); Mirabeau, Consejo del Rey; Target, Alcalde de París; Montmorin, Gobernador (del delfín); Segur, Relaciones Exteriores; Mounier, Biblioteca del Rey; Le Chapelier, Obras Públicas". La lista siguiente revela las dificultades de las negociaciones: "Parte de La Fayette: Justicia, duque de La Rochefoucauld; Relaciones Exteriores, Talleyrand; Finanzas, Lambert; Marina. . . ; Parte de la reina: Guerra, La Marck; Educación Pública, Sieyès; Guardián del Sello. . ." Para consolarlo, se le ofreció la embajada de Constantinopla, pero él quería la de Londres, que le fue negada, por temor de que se pusiera a hacer de las suyas con Orleáns.

Estas negociaciones se interrumpieron bruscamente cuando los Triunviros constataron que no podían echar a Necker, su bestia negra, ni formar un gabinete con una mayoría del Club Bretón. La Fayette, dueño de la fuerza, bloqueaba estas combinaciones. Muy pronto ya no quiso siquiera ser ministro, ni ocuparse del asunto. Prefería seguir como árbitro. Champion de Cicé, prelado sutil y ministro satisfecho, no tuvo inconveniente en suscitar en la Asamblea inicia-

tivas clericales que los Triunviros, may dispuestos hacía Mirabeau, no dejaron de apoyar. El 7 de noviembre la Constituyente votó un decreto en el que se prohibía a todo diputado aceptar un cargo, una función, una dádiva, un honor del ejecutivo. En un movimiento de despecho, Mirabeau propuso una enmienda: reemplazar "cualquier diputado" por "monsieur de Mirabeau". Hizo reír, pero perdió la partida. ¿Fue acaso entonces que, encolerizado, Mirabeau decidió secundar la audaz empresa de Monseñor, en la cual ya estaba mezclado? No lo sabemos, pero de todos modos participó en ella. Después de hacer todo lo posible por disminuir a la corona y poner al rey a merced de los revolucionarios, después de haber llevado a cabo la campaña contra la reina, Mirabeau, en octubre de 1789, mostró una generosa solicitud por el soberano y su mujer, desde que éstos se encontraban bajo la protección de La Fayette, a quien detestaba. Por lo tanto, preparó hacia el 15 de octubre un plan para hacer huir a los reyes a Normandía. De no mediar esto, los veía perdidos en muy poco tiempo; veía "sus cadáveres, golpeados por el pueblo". Mostró este documento a Monseñor, que se guardó muy bien de transmitirlo, alegando la debilidad de carácter del rey. Monseñor conocía la desconfianza que le inspiraba a su hermano y no quería comprometer la intriga que se estaba cocinando por culpa de un plan que la elocuencia indiscreta de Mirabeau volvía muy vulnerable.

El gozne activo de esta empresa era un personaje extraño y caballeresco, Thomas Mahy, que se decía marqués de Favras y tenía reputación de jugador, aventurero y aventurado y también de valiente. Durante algunos años, hasta 1775, había formado parte de la Guardia Suiza de Monseñor; después se casó con la princesa Carolina d'Anhalt y se fue a Austria y a Holanda en busca de fortuna; finalmente, después de muchos fracasos, volvió a Francia. Mahy propuso a monsieur Necker proyectos financieros, no peores que otros, pero que no fueron bien recibidos; el 5 de octubre se ofreció a monsieur de Saint-Priest para salvar al rey. Todo esto en vano. Por intermedio de monsieur de La Fayette se había puesto en relaciones con Monseñor, a quien hacía falta a la sazón un hombre de confianza. A fines del verano de 1789 la intriga tomó forma. Se trataba de raptar al rey y, para ello, había que matar a La Fayette y a Bailly. Con este fin, Favras formó un equipo de 300 ó 400 asesinos, como era fácil encontrar entonces en París, y reclamó

dinero. Monseñor decidió solicitar un empréstito de 2 millones de libras sobre algunas de sus propiedades. Todo esto parecía bien concebido: Favras creía lograr así la salvación de la familia real, a la cual veneraba sinceramente. Monseñor veía en esto el medio de eliminar, a la vez, a su enemigo La Fayette y a su hermano, que lo estorbaba para llegar al poder. Orleáns puesto a un lado, si Luis XVI desaparecía, Monseñor quedaba solo y heredaba la Corona. Se ignoraba si Mirabeau participó en el proyecto como agente de Monseñor, defensor de Luis XVI, partidario de la monarquía o jefe revolucionario. Los grandes espíritus guardan sus secretos; los grandes corazones ocultan sus virtudes.

Desgraciadamente, La Fayette se jactaba, con toda razón, de ser muy capaz de organizar redes de espionaje. En 1789 la cosa era fácil: las calles de París rebosaban de necesitados, de personas ávidas y sin escrúpulos. Por otra parte, Favras, en su candor, acudió para solicitar el empréstito al banquero Chomel, muy amigo de La Fayette, que fue inmediatamente advertido. Poco tiempo después el conde de Luxemburgo, a quien Monseñor hizo participar en la empresa, se enojó por alguna causa y contó todo a La Fayette. Finalmente, entre los hombres reclutados por Favras, había algunos que también servían a La Fayette. Como se trataba de matarlo a él y como la intriga le proporcionaba un medio de hacer patinar a Monseñor, a quien odiaba desde 1774, La Fayette siguió el asunto de cerca y lo dirigió con mucho tacto. La noche de Navidad, mientras los fieles se apretaban en la Misa de Gallo y los libertinos atacaban al champaña en ruidosos banquetes, Favras, su mujer y monsieur de Chédeville, intendente de Monseñor, fueron arrestados, en el momento en que iban a recibir 40.000 francos del banquero Sertorius como primer pago de la hipoteca. Después, los agentes de La Fayette pegaron por todo París el siguiente cartel: "El marqués de Favras, Place Royale, ha sido detenido con su señora esposa, en la noche del 24 al 25, por ser autor de un plan para reunir 30.000 hombres que habrían de asesinar a monsieur de La Fayette y al intendente de la ciudad, dejando a París sin víveres. Monseñor, el hermano del rey, estaba a la cabeza de este complot. Firmado: Barauz".

Poco después, un ayuda de campo de La Fayette llevó a Monseñor una carta, firmada por él, y muy comprometedora, que se había encontrado en poder de Favras. De esta manera, Monseñor

y París pasaron una Nochebuena muy agitada. El príncipe celebró inmediatamente consejo con los suyos: Lévis, La Châtre, Sénac de Meilhan y algunos otros. Se decidió actuar sin tardanza para borrar una impresión tan peligrosa. Inmediatamente fueron a buscar a Mirabeau para que redactara una declaración que Monseñor decidió leer a la Comuna de París. Monsieur de Saisseval la redactó y Mirabeau, al fin en descubierto, la corrigió. El lunes 26 de diciembre, Monseñor solicitó y obtuvo audiencia inmediata de la Comuna, ante la cual se presentó, en muy buena hora, modestamente vestido, y sombrío. Leyó el discurso amistoso, untuoso y hábil que habían redactado sus amigos. Añadió algunos gestos y algunos rasgos de conmovedora confianza. Presentaba a la Comuna su asombro, su indignación, su total ignorancia de los proyectos de Favras, a quien no veía desde 1775. Esa hipoteca, él la había hecho para compensar la disminución de sus entradas, a consecuencia de la Revolución. En unas pocas fórmulas felices declaraba que el rey era el jefe de la Revolución, añadía también un recuerdo de sus servicios y de su celo a la gran causa desde 1787. Adulados, encantados y conquistados, los miembros de la Comuna le aseguraron sus buenos sentimientos. Monseñor salió como triunfador. La Fayette, que se ocupaba entonces de la paz dentro de París y que temía siempre la enemistad de Orleáns, y que no quería ofender a Luis XVI, no se atrevió a iniciar un proceso contra Provenza. En cambio, Monseñor y él intercambiaron cortesías notables y amenazadoras, lo cual significaba una tregua. Todos se pusieron de acuerdo para sacrificar a Favras. Éste fue a parar al Châtelet, que estaba en ese momento ocupado en absolver a Besenval (liberado el 1º de marzo de 1790), y de declarar a Lambesc inocente. Favras, debidamente adoctrinado por su mujer, a quien habían prometido ayuda y socorro por intermedio de los jueces y de su confesor, demostró una discreción heroica y una confianza infantil. Hasta el fin creyó que Monseñor lo iba a salvar.

Murió ahorcado el 19 de febrero de 1790, rodeado de una multitud que apludía, contaba y bailaba. Todos quedaron contentos, salvo el mismo Favras, que consideraba indigno para un gentilhombre el ser ahorcado, y que solicitó ser decapitado. De todos modos, aceptó el sacrificio como un cristiano.

Ese día Monseñor almorzó muy bien: se sentía salvado. Pero La Fayette no había podido hacer callar a todas sus mujeres: es-

posa, queridas, consejeras, admiradoras, etc., enteradas de la historia, la difundieron por todos los salones de París y hasta en los suburbios; Favras apareció como un héroe y Monseñor como un cobarde. Monsieur Talon, el juez, que oyó las últimas confidencias de Favras, poseía también un documento completo que había recibido de aquel desdichado. En cuanto a madame de Favras, ¿podía callar acaso? Sus lágrimas hablaron por ella. Las estelas de este asunto desagradaban a Monseñor y a Mirabeau, que no podían resignarse a esta nueva victoria de La Fayette. Siguiendo su método habitual, Mirabeau incitó a Monseñor a aprovechar las ovaciones de la Comuna y persuadir a Luis XVI de que utilizara su popularidad, convirtiéndolo a él en primer ministro, previo despido de Necker. Monseñor vaciló, pues no era dueño de este cinismo crudo que caracterizaba a Mirabeau; finalmente, dominado por el brío de su consejero, y consciente de que su reputación iba a declinar si dejaba difundir aquel infame rumor, presentó el proyecto a su hermano a fines de 1789. Luis XVI no se negó. Las circunstancias trágicas en que se encontraba lo obligaban a estudiar todas las posibilidades cuidadosamente. Durante tres días Monseñor y Mirabeau pudieron creer que habían ganado la partida. Finalmente, el rey rehusó. Y Provenza, que conocía la fuerza de carácter de su hermano, no insistió. A pesar de todo, el asunto Favras pesaba mucho sobre sus hombros.

Ese día Mirabeau se desató contra él, como solía desatarse contra Orleáns. Mientras maldecía a La Fayette una vez más, empezó a echar el ojo a un nuevo proveedor de fondos, el más serio de todos: el rey.

Capítulo II

LOS TRIUNVIROS Y SU MÁQUINA DE GUERRA

Cuando pretendía, en su discurso a la Comuna de París, que el rey iba a ser el jefe de la Revolución, Monseñor estaba mintiendo y lo sabía. Luis XVI quería ser y seguir siendo el rey de Francia y el jefe de los franceses; por lo tanto, se negaba a convertirse en jefe de un partido, pues hasta su muerte consideró que la Revolución era obra de un partido.

En diciembre de 1789, la Revolución triunfante parecía privada de jefe y de espíritu combativo; La Fayette mismo esperaba que terminara muy pronto para bien de todos; pero quienes querían que continuara y estaban dispuestos a imponerle cambios más profundos que los previstos en el programa de 1789, estaban buscando un jefe. Desde enero de 1787, la Revolución tomaba impulso gracias a la triple intriga de los Parlamentos, de Orleáns y de la nobleza masónica. En 1791, Elzéar de Sabran lo recordaba: "...Y es constante el hecho de que la vuelta de las Asambleas nacionales se debe a la valerosa resistencia y al patriotismo de la nobleza; y sin embargo, ella debía temer menos que nadie los funestos efectos del sistema que, sin ella, había prevalecido..." Después de haber obligado al rey a convocar los Estados Generales, estos nobles revolucionarios habían realizado grandes sacrificios para mantenerse a la cabeza de la Revolución; la noche del 4 de octubre es una prueba. Mientras que su clase y su orden se desmoronaban, ellos se veían recompensados por el ascendiente que lograban sobre la nación: lo que quedaba de fuerza armada obedecía a La Fayette, la Asamblea consideraba al conde de Mirabeau como a su más grande tribuno, los señores de Lameth y Adrien Duport, los tres nobles, la dirigían; todos los ministros eran nobles; el ejército, la flota estaban mandados por nobles; las embajadas

seguían en sus manos. Los jefes revolucionarios que empezaban a destacarse llevaban partículas que los aproximaban a la nobleza: Maximilien de Robespierre, Brissot de Warville, d'Anton, etc. La burguesía aún vacilaba en ocupar los primeros puestos.

Desde el momento de la instalación en París de la Asamblea (19 de octubre de 1789) los jefes del Club Bretón se sentían desplazados; por instinto, se agrupaban alrededor del arzobispado, donde funcionaba la Constituyente. Pero encontrar un local para el Club e instalarse en él sin hacer demasiado ruido, reunir en él a los miembros dispersos, constituían tareas por encima de sus fuerzas y de sus recursos financieros. Sin embargo, adivinaban el acercamiento entre La Fayette y Luis XVI, husmeaban en la actitud de Mirabeau algo turbio. Desde entonces los moderados, mejor agrupados y mejor dirigidos, lograron muchas veces hacer nombrar el buró de la Asamblea. Todo anunciaba luchas ásperas, escaramuzas e intrigas, contra las cuales estos políticos expertos en intrigas querían defenderse. La inmensa ciudad, que volvía esto más difícil, los incitaba con su entusiasmo y su fiebre. A la sazón se hablaba de los bienes del clero y de su utilización; las pasiones se animaban. El espíritu de partido aumentaba tanto a la derecha como a la izquierda y se comprende que un día, al presentarse en la Asamblea, Gourdan, diputado por el Franco Condado, antiguo miembro del Club Bretón, le haya preguntado al abate Sieyès "si los diputados de sus amigos que habían compuesto el Club Bretón no tenían el propósito de reanudar las mismas conferencias en París"; y le hizo observar que era urgente enterarse al respecto. Sieyès respondió tibiamente; siempre orgulloso, las actividades del Club lo habían ofendido doblemente por su desprecio de las contingencias y por el poco valor que atribuían a su aprobación. Gourdan, decepcionado, cayó en brazos de sus amigos, que buscaron con él un local. Los del Franco Condado, los bretones, los angevinos, "patriotas" celosos, daban mucho valor a su Club. Pero estos provincianos vagaban por la ciudad que no conocían. Laclos ya no estaba allí para ayudarlos y todos andaban a tientas.

No poseemos una prueba directa de que los famosos Triunviros hayan intervenido entonces, pero todo lo indica, y Alexandre de Lameth lo deja entrever en su *Historia de la Constituyente*. Alrededor de Adrien Duport y de los dos hermanos Charles y Alexandre de Lameth se agrupaban desde hacía meses los nobles revolu-

cionarios más vigorosos, del mismo modo que se agrupaban alrededor de La Fayette, en la calle de Bourbon, o en casa del duque de La Rochefoucauld, los elementos moderados y "constitucionales". Duport poseía una gran fortuna; Charles y Alexandre de Lameth tenían bienes considerables en Santo Domingo, que les proporcionaban una situación aún más opulenta; sus amigos, el duque d'Aiguillon, dueño de inmensas propiedades, Laborde de Méréville, Target, el más fastuoso de los abogados de París y, junto a ellos, cantidad de armadores, agentes de cambio, industriales, representaban un conjunto de recursos suficientes para emprender esta operación decisiva.

Los Triunviros poseían otras cualidades que los designaban para el papel de pilotos de la Revolución. El más autoritario, el más autorizado de los tres, Adrien Duport, llevaba el juego desde hacía años con una profundidad, una persistencia, un secreto y unos buenos resultados que lo colocaban por encima de La Fayette, de Laclos y de cualquier otro jefe revolucionario. A una fuerte voluntad, unía una doctrina tan lógica como sólida y una pasión alerta, siempre despierta. Duport desempeñaba magistralmente su papel de animador y de iniciador. Los hermanos Lameth, dotados de valor, de brío, de elegancia, de mordacidad (sobre todo Charles) le servían de consejeros, estimulantes y auxiliares; Barnave, el más joven y menos conocedor del mundo, tenía una elocuencia sabia y espontánea, aguda y rápida que le permitía dominar a la Asamblea y desafiar a Mirabeau, más atronador, más poeta, más grandioso, pero más lento en la respuesta. Todas estas cualidades juntas formaban un conjunto admirable, tanto más cuanto que todas realmente unidas. En este período de lucha tortuosa y despiadada, estos hombres permanecieron leales los unos a los otros; formaron el único equipo coherente que conoció la Revolución, pues Laclos, La Fayette, Robespierre y Danton hicieron solos sus juegos, rodeados por cómplices y sin confiar enteramente en nadie. De modo que el poder, la eficacia y la irradiación de los Triunviros fueron incomparables desde diciembre de 1789 a julio de 1791; estos hombres tuvieron la Revolución entre sus manos y la impulsaron; a pesar de las intrigas de Mirabeau, de las combinaciones de La Fayette y de los esfuerzos del rey, consiguieron sus fines por obra de su cooperación y del instrumento magnífico que lograron crear, ese club que recibió el nombre de "Club de los Jacobinos".

Por obra de ellos, el primer problema, el del alojamiento, fue rápidamente zanjado. Era menester que el Club se instalara junto a la Asamblea (que debía funcionar cerca de las Tullerías). Los dominicanos, cuyo convento principal se encontraba en la calle Saint-Jacques y a los cuales se llamaba por esta razón "jacobinos", tenían otro en la calle Saint-Honoré (donde estaba el mercado Saint-Honoré). Abiertos a las ideas revolucionarias, como suele ocurrir a los dominicanos, esta orden religiosa dio una acogida favorable a la solicitud de la diputación que fue a verlos, y pusieron a disposición del Club su refectorio, habitación con arcadas, sombría, mal iluminada con quinqués, pero, como el Club se desarrollaba, tuvieron que darles la sala más grande y mejor iluminada de la biblioteca. Se fijó el alquiler en 200 francos anuales. En la primera reunión, los miembros presentes, un centenar en número, nombraron presidente al barón de Menou, a Target, Barnave, Alexandre de Lameth, Le Chapelier y Adrien Duport como secretarios. A partir de entonces el grupo ya no se llamó "Club Bretón" ni "Comité de Bretaña", sino "Sociedad de la Revolución" en un principio, y después, para evitar este nombre demasiado franco y llamativo, en febrero de 1790 fue llamado "Sociedad de los Amigos de la Constitución", título que fue propuesto por Barnave como más promisorio a pesar de su aparente moderación. Decidieron reunirse todos los días a las seis de la tarde, cuando no hubiera sesión en la Asamblea, a excepción de los domingos y los días de fiesta. También se resolvió admitir a todos los diputados, siempre que éstos fueran presentados por un miembro del Club, con el apoyo de otros dos. El ciudadano corriente necesitaba cinco miembros para presentar su candidatura.

Por lo pronto, la sociedad estuvo formada sólo por diputados, y uno de sus objetivos esenciales siguió siendo la acción parlamentaria, la influencia que podía ejercerse sobre la Constituyente. "Preparaba" discretamente, en las reuniones del buró, las elecciones para los comités y los empleos importantes de la Asamblea y, durante dieciocho meses, raros fueron los períodos en los que el Club no eligió para estos cargos a sus miembros o a sus amigos. Se discute, se redacta, se enmiendan diversos proyectos de leyes que la Asamblea examina o debe examinar. Gracias a los diarios, que difunden estos debates, la opinión adhiere a las sugestiones del Club y se vuelve cada vez más difícil a los diputados el eludir esta

presión. Sin duda los amigos de La Fayette se ven regularmente, y la derecha también realiza reuniones, pero tan sólo el "Club de los Jacobinos", pues éste fue el nombre que le dio casi inmediatamente el público, posee la manera de intimidar y de forzar a la Asamblea. Para completar esta operación, el Club crea una brigada encargada de ocupar las tribunas y de aplaudir las gestiones de los amigos, de silbar y abuchear las de los enemigos; muchas veces, a la salida, los opositores peligrosos son designados a la multitud y la vida se les vuelve tan dura que más de uno se eclipsa o se calla. Este equipo está formado por unos treinta o cuarenta sólidos mocetones, por lo general desertores, dirigidos por un tal caballero de Saint-Louis y vigilados por un hombrecito contrahecho, ex húsar, que les transmite las consignas y toma medidas para que la ejecución sea exacta. Estos mocetones garantizan así el predominio de los oradores de su partido, pues la sala es muy grande, la acústica mala, y la agitación de la Asamblea y de los tribunos, no contenida por ninguna disciplina y no vigilada por ninguna policía, vuelven penosa la tarea a los oradores, salvo a Mirabeau, cuya voz atronadora vence fácilmente todos estos estorbos. Así, el éxito está asegurado.

Eran procedimientos groseros, aunque eficaces en una época brutal, dominada por la fuerza física. Pero esto no era suficiente para asegurar el dominio de los jacobinos; sus organizadores, hay que hacerles ese honor, comprendieron esto y encontraron una forma muy flexible, muy bien adaptada a las circunstancias y a las pasiones de la época para encauzarlas en nombre de la razón. El reglamento, redactado por Barnave, constituye, en su género, una obra maestra. Se inicia con un tono majestuoso y suave: "Al deleite de conversar y franquearse con hombres que profesan los mismos sentimientos y que están unidos por los mismos deberes, se une la ventaja de llevar a la Asamblea Nacional espíritus preparados para la discusión y armados contra toda clase de sorpresas... Es menester que los principios que han dirigido (la redacción de la Constitución) se difundan universalmente... y, si ocurriere que un pequeño número de hombres, desprovistos por sí mismos de las fuerzas necesarias para luchar ventajosamente contra la masa de las voluntades, quiere restablecer su imperio y dividir a la nación, suscitando las rivalidades, irritando las pasiones, el amor propio, los prejuicios y todos los intereses privados contra el interés general,

los amigos del bien podrán oponer a sus gritos sediciosos palabras tranquilas y serenas, e informados exactamente, prevenidos en contra de la mentira, no cesarán de esclarecer al pueblo y lo preservarán de los errores que han llegado a constituir la única esperanza de sus enemigos". Encontramos aquí una idea familiar de Duport, un método que, desde hacía cincuenta años, aseguraba a los parlamentarios muchas victorias contra los ministros y los intendentes: para resistir al poder real, para forzarlo y conquistarlo, los parlamentarios habían formado entre ellos, entre todos sus amigos y clientes, una federación que se había extendido por toda Francia e inclusive por el extranjero. El nuevo Club recurrió a los mismos procedimientos y anunció los mismos propósitos; mientras el Club Bretón se limitaba oficialmente a desempeñar un papel parlamentario, los jacobinos se volvieron hacia toda la nación, hacia todas las naciones. Su programa está hecho para todos, sobre todo para "la gente de talento" de todas las profesiones, los escritores, artistas, profesores, actores, industriales, banqueros, médicos, etc. La modesta cuota de ingreso (12 libras), la cotización anual (24 libras) no excluía a nadie, pero se procuraba que ingresaran tan sólo amigos seguros y personas cuya influencia local, nacional o internacional podía ser útil. Se recibió de buen grado al príncipe de Hesse, alemán, al judío Efraim, a Charles Oelsner, a Schlabrendorf, al barón Clootz, todos de esa nacionalidad; a Garoni, a Pío, italianos; a Clavière, suizo; a Cabarrus, español; a Vandermonde y Praet, belgas; a van den Iver, holandés; a lord Fitzgerald, irlandés; a Alexander y Miles, ingleses; y también recibieron a más de un espía extranjero, pero esto no importaba si todos estos hombres servían al Club y acrecentaban su influencia.

Los jacobinos se presentaban como un Club de propaganda. Es un Club que apela a las "asociaciones de celosos patriotas", como han sido creadas en Bretaña, en el Delfinado y otras provincias a partir de 1788, bajo la influencia de las logias masónicas y el impulso de los Treinta. En esto radica el golpe maestro de los jacobinos: por esta decisión, reúnen en torno de ellos todas las inquietudes, todas las ambiciones, todos los apetitos suscitados por la elección de los Estados Generales y las grandes promesas hechas entonces o después, y que jamás se cumplieron. Ellos buscan, dice el reglamento, "una manera de establecer entre los buenos ciudadanos la uniformidad de los anhelos, de los principios y de

la conducta, y que habrán de realizar, del modo más veloz y más apacible, la feliz Revolución que todos desean". Incitan a los "buenos ciudadanos" a discusiones políticas, que son "en todos los tiempos, las delicias de los hombres libres"; está en ellas la mejor manera de servir a la patria: "Su libertad, su tranquilidad nos incitan a unir a los buenos ciudadanos por una correspondencia íntima y, si aún quedan enemigos, todo, incluso su seguridad, nos incita a formar contra sus esfuerzos una reunión tan poderosa que habrán de cesar, perdiendo las esperanzas, de solicitar para nuestra patria disturbios que sólo representarán peligros para ellos". A este fin el Club de los Jacobinos, sociedad madre de otras sociedades, "recibirá sus instrucciones y transmitirá los puntos de vista que surjan de la combinación de las luces y los intereses; transmitirá sobre todo el espíritu de los decretos de la Asamblea Nacional, a cuya ejecución todas estas sociedades se dedicarán particularmente".

Por un golpe maestro, en esta hora en que se rompían por toda Francia los lazos que desde hacía diez siglos unían a los hombres entre ellos, la lealtad feudal, la lealtad personal hacia el rey, la obediencia a los intendentes, a los gobernadores y a los otros agentes del soberano, la obediencia a los obispos y a los curas, la caridad cristiana en una palabra, en este momento en que, maravillados pero asustados por su nueva independencia los franceses andaban a tientas y procuraban crear nuevos vínculos entre ellos, se presentaron los jacobinos. Por otra parte, no eran los únicos; "federaciones de guardias nacionales" surgían de un extremo al otro del país, pero corrían el riesgo de obrar en beneficio de La Fayette, mientras que los Lameth, que las habían concebido, al parecer, se indignaban de que se les escapara el cargo de Comandante de la Guardia Nacional, para el cual creían tener derechos. Y gracias a los jacobinos, detenían el golpe. Esta federación de sociedades populares apelaba a la gente desarmada, aunque ya ejercitada en los combates de la opinión o de la política, y más movediza que los guardias nacionales. Al designarles la emulación como una disciplina, los Triunviros se aseguraban su sufragio, pero jugaban un juego peligroso, pues el francés —discutidor, ambicioso, fácilmente celoso y dotado para la intriga— corría peligro de no detenerse en el momento elegido por sus jefes. Desde un comienzo, esta operación fue coronada por un enorme éxito, que fue ampliándose; en setiembre de 1790 se contaba ya con 152

sociedades afiliadas; en junio de 1791, el número era mayor de 500. Un "Comité de Correspondencia" mantenía contacto entre ellas y la sociedad madre, recibía sus comunicaciones y les enviaba órdenes, instrucciones e informes, libelos, folletos y volantes impresos por el Club, para ser publicados y difundidos según los casos. Adoptando un procedimiento utilizado en América de 1765 a 1776, los jacobinos buscaron la manera de suscitar petitorios individuales o colectivos en todos los rincones de Francia, de hacer circular consignas y de que surgiera en cualquier ciudad o aldea una sugestión cuya presentación en París podía ser peligrosa. Al mismo tiempo, esto llevaba a sus archivos un enorme conjunto de datos, tomados de todas las denuncias que se les mandaban desde las provincias o que ellos recogían. Esto constituyó un arma temible, cuyo poder no cesaba de crecer y de conferirles una fuerza cada vez más tremenda.

Una propaganda intensa y particular trabajaba a las "secciones" de París. Es aquí que residía el poder político, aquí que se establecían las bases de toda autoridad; cada sección era un centro de discusiones apasionadas, un foro estrecho pero febril, y cada una contribuía a formar la Guardia Nacional de París, a la cual enviaba un cierto número de hombres. Infiltrándose en las secciones y adquiriendo influencia, los jacobinos podían minar la situación de La Fayette y finalmente destruirla. Una lucha sorda y violenta se inició entre los Triunviros y el Héroe de los Dos Mundos, que en un principio se había suscrito al Club pero que después lo abandonó, acompañado de sus amigos. La Fayette trató de apoyarse en otras sociedades. Pero los jacobinos no cesaron de perseguirlo con sus ataques, con un fuego graneado de folletos y artículos de periódicos, de rumores y canciones, de bromitas y apodos despectivos, entre los cuales, el más benigno era "Blondinet" (Rubiecito), maligno homenaje a su hermosa peluca rubia, lo cual no dejó de perjudicarlo en los medios populares. La Fayette se inquietó. Juzgó severamente la obra de los Lameth y de su célebre Club de los Jacobinos, cuya influencia buscaba, según él, "disminuir la influencia (de La Fayette) sobre los guardias nacionales y las municipalidades de Francia e imponer a cada cuerpo civil y militar, anteponiéndola al orden legal, una sociedad dedicada a la denuncia y a la desorganización... Éste fue el plan en grandes líneas: está dirigido por un comité de cada club que

termina en los señores de Lameth y, entre los detalles de sus medios, citaremos tan sólo lo que ellos laman «el aquelarre», es decir, una asociación de diez hombres para todo servicio y que reciben órdenes diarias. Cada uno de éstos transmiten la orden a otros diez hombres que pertenecen a distintos batallones de la Guardia Nacional de París, de modo que todos los batallones y todas las secciones reciben a la vez la misma propuesta de sublevación, la misma denuncia contra las autoridades constituidas, el presidente del departamento (duque de La Rochefoucauld) el alcalde (Bailly) y el comandante general (La Fayette)". Tal organización se vinculaba por la base con grupos de estudiantes de derecho y empleados menores del Palacio de Justicia que, generación tras generación, luchaban contra la autoridad; la sociedad debía mucho al trabajo clandestino de Laclos y de los jefes orleanistas, que el Club de los Jacobinos heredaba, añadiendo todos los elementos, dispares aunque entusiastas, que había englobado. El equipo de los jacobinos dominó el campo siempre que fue necesario. Sabía difundir por todas partes las publicaciones del Club y sofocar las de los otros partidos.

Un diario de derecha describe en febrero de 1791 el método utilizado: "La calle Percée de la Harpe ofrece todas las mañanas algo interesante para un observador curioso. Cada esquina de esta calle es una tienda que vende o distribuye gratis los libelos o los volantes que nos inundan todos los días. Aquí se difunde profusamente el plato *Mercure National*, en el cual Roberto el Diablo y la ilustre mademoiselle Keralio rompen lanzas para hacernos adoptar las máximas republicanas. Aquí se distribuye una infinidad de volantes contra el rey y la reina; se denuncian grandes complots para apoderarse del Poder Ejecutivo, grandes incendios, grandes masacres, grandes proyectos de contrarrevolución; se habla de grandes discursos pronunciados en la tribuna de los jacobinos por el gran Dubois de Crancé, los grandes Lameth, el gran Chabroud y todo lo que París tiene de más grande; vemos que se distribuye a quien lo desee millares de libelos contra las bases más firmes de la libertad. Sin duda, puede uno sorprenderse de que todas estas publicaciones sean distribuidas gratis *pro republica.* Más nos asombraremos aún al comprobar la influencia de los jacobinos en una asamblea general de todos los changadores de París y de los alrededores, pues con unos vasitos de aguardien-

te hicieron quemar de buen grado todo lo que tendía a desenmascarar esta secta sediciosa, fanática e intolerante, y pisotear los volantes que tratan de esclarecer al pueblo sobre sus verdaderos intereses, que le predican el amor a la patria y la sumisión a las leyes". Por estos detalles es posible comprender la forma en que el Club de los Jacobinos modeló la opinión de París y gradualmente impuso a la provincia su punto de vista y su lógica.

Detrás del aspecto sórdido de estos procedimientos, hay que distinguir a los Triunviros que ordenan, organizan y dictan la conducta a seguirse, al mismo tiempo que las ideas a inculcar. Los filósofos sólo habían tocado la minoría de las clases altas; en la época de las elecciones para los Estados Generales, la propaganda revolucionaria sólo llegaba a un número limitado de ciudades y de aldeas, y aun así llegó a inspirar inmensos y vagos deseos de libertad, de mejora de la suerte, de disminución de impuestos y de reformas urgentes, pero no llegó a agrupar a una mayoría detrás de una doctrina concreta. Los pliegos de demandas, que reflejaban de manera total las ideas y principios "patriotas", no eran más que una débil minoría dentro de la inmensa masa de dichos pliegos. El campesinado y la mayoría de la burguesía seguían siendo, en 1790, cristianos, monárquicos y tradicionalistas. Por lo tanto se trataba de que prevaleciera la nueva lógica, instalándola en las zonas rurales, imponiéndola en las ciudades, por medio de los diarios, los libros, las escuelas, los discursos, la misma violencia. El esfuerzo de los jacobinos en este sentido fue sistemático, coherente y poderoso. El cristianismo y su representante local en cada aldea, el cura, predicaban desde hacía diez siglos la obediencia al poder civil consagrado por Dios: el rey. La nueva lógica enseñaba que, para ser libre, el ciudadano debía vivir en un estado de continua sospecha ante el Poder Ejecutivo y negarle todo carácter religioso, toda obediencia servil. El rey era tan sólo el primer ciudadano a cargo del Poder Ejecutivo, en razón de los servicios prestados por su familia.

El ciudadano debía rebelarse si juzgaba que el Poder Ejecutivo faltaba a su deber o atentaba contra los derechos del ciudadano. A esta desconfianza, había que añadir el odio contra todos los enemigos de la patria y de la nación. ¡Qué contraste con el pasado! Los franceses, desde la Alta Edad Media, oían repetir desde los púlpitos que debemos practicar el amor hasta con los enemigos,

hasta con los perseguidores. La Iglesia repetía que cada uno debe ocuparse ante todo de su destino espiritual y no dejarse obsesionar por las cuestiones materiales. La nueva moral declaraba que el ciudadano debe empezar por cumplir sus deberes políticos, estar dispuesto a sacrificarles todo y buscar por todas partes la igualdad (que la francmasonería presentaba como el ideal social desde hacía ochenta años). La masonería quería que la gente se preocupara ante todo de lo que podía ser útil a la patria y a sí mismos, pues la moral sólo consistía en un sentido juicioso de lo útil; esta doctrina destruía la antigua idea del bien espiritual y moral y el precepto que nos enseña a buscar a Dios y descuidar el resto.

La mayor parte de estos principios estaban ya expuestos, directa o indirectamente, en la Declaración de los Derechos; correspondían a las enseñanzas de los enciclopedistas y de Turgot, pero parecían nuevos a los ojos del pueblo, que desconfiaba de ellos. La gran difusión de estas ideas en la multitud fue la obra de los jacobinos, de sus agentes parisienses y provinciales. El vigor de esta propaganda, el celo de las secciones locales, que por lo general no tenían nada que perder y todo que ganar, ya que estaban compuestas por personas muy modestas, la violencia medida y la habilidad audaz que demostró tener el Club, mantuvieron una atmósfera de temor, favorable a todas las cobardías, a todas las decepciones y a todos los compromisos; todo esto facilitó el triunfo de esta empresa, que parece prodigioso. La nitidez de las órdenes impartidas por Duport, la firmeza que pusieron los Lameth en su ejecución, la elocuencia de Barnave, siempre dirigidas en un mismo sentido, dieron a la obra común tal solidez que absolutamente nadie fue capaz de resistirla.

Para rivalizar con los jacobinos se trató, sobre todo, de imitarlos. Ya a comienzos de 1790, Malouet fundó un club moderado, que fracasó. La Fayette, cuando dejó el club jacobino con toda su clientela, Bailly, Talleyrand, La Rochefoucauld y el mismo Sieyès, que se sentía ofendido por la actitud más bien altanera que tenían con él los Triunviros, y Mirabeau —que a la sazón buscaba un entendimiento con La Fayette— fundaron la "Sociedad de 1789"; su aparición fue brillante; los miembros parecían más ricos, más distinguidos, más influyentes que los jacobinos; pero eran hombres que ya habían llegado, hombres agrupados por el miedo o la necesidad de defenderse, no de atacar; el Club de 1789 nunca ejerció

influencia en las provincias, y los grandes banquetes que dio fueron más perjudiciales que beneficiosos para sus fines. El apoyo que le dio el ministerio resultó ser muy dañino. El mismo La Fayette, al cabo de algunos meses, se dio cuenta de esto; dejó morir al Club en junio de 1791. Los realistas también intentaron agruparse; en abril de 1790 crearon el "Salón Francés", una especie de sociedad de conferencias y de enseñanza pública, que se instaló en el convento de los capuchinos de la calle Saint-Honoré, pero muy pronto se convirtió en objeto de manifestaciones hostiles y, denunciado por los diarios "patriotas", debió resignarse a desaparecer. Algo más tarde los diputados realistas, agrupados en torno al abate Maury y al vizconde de Mirabeau, fundaron un "Club Francés" en la calle Royale. Alrededor de estos tribunos se reunieron sacerdotes, financistas y burgueses indignados. La oposición de la calle, maniobrada por los jacobinos, les hizo la vida imposible. Fueron silbados ocho días seguidos; se impidió que los proveedores les entregaran víveres; a pesar de la Guardia Nacional y de los discursos de Bailly, el encarnizamiento era tan grande contra ellos que la policía debió prohibirles, "por razones de prudencia", que siguieran existiendo; el orden reinaba para beneficio del desorden. El Club de los "Imparciales" de la Chaussée-d'Antin, cuyo animador era el conde de Clermont-Tonnerre, y que tenía socios muy mezclados aunque, en su conjunto, representaba al grupo de los monárquicos constitucionales, tuvo un destino menos contrariado, pero no pudo ejercer influencia: fundó un diario y trató de difundirlo; ya hemos visto por qué motivos no podía prosperar esto.

Sin embargo, los jacobinos tenían rivales en las sociedades que, como ellos, se proclamaban autores de la Revolución. El club más influyente después del Club de los Jacobinos, fue el Club de los Franciscanos (Club des Cordeliers) instalado en la vasta capilla de esta orden (cerca de la Escuela de Medicina). El Club de los Jacobinos estaba vinculado a todas las sociedades nacidas con la creación de las secciones de París, pero el Club de los Franciscanos encontró en Danton un jefe tan activo, tan audaz y tan bien apoyado por la cancillería de Orleáns, que logró desarrollarse y convertirse en una de las instituciones más vigorosas de la Revolución. Mientras el Club de los Jacobinos, por su organización y su espíritu conservaba la impronta de esos medios jurídicos que

engendraron la Fronda y que mantuvieron en París una agitación sorda o activa desde 1645 hasta 1789, los franciscanos se presentaban como un anexo o una continuación del Palais-Royal; todos podían ingresar; hablaba quien quería hacerlo; Marat, Camille Desmoulins, Hébert, Momoro, Théroigne de Méricourt, la amazona de la Revolución, todos lanzaban arengas sobre diversos temas, siempre con el mismo tono de entusiasmo y de violencia. Sin filiales fuera de París, el Club de los Franciscanos disponía en la capital de un poder real sobre la multitud más menesterosa, que podía soliviantar a voluntad. Aquí se veían pocos extranjeros, pero hay indicios serios que permiten pensar que Danton recibió dinero inglés y fue apoyado por algunos agentes británicos, sin duda no por la Corona, ni por los servicios oficiales, sino por organismos a la vez más discretos y más activos. Danton, por su ruda y pastosa voz, con sus modales populacheros, no carecía de astucia, ni de relaciones; entre él y los Lameth existían ciertos vínculos que permitían coordinar la acción con la de los jacobinos cuando era menester. A pesar de su poderosa personalidad y su popularidad, Danton parece ser en 1790-1791 un muchachito frente a los Triunviros, y su club es poca cosa frente a los jacobinos. Estos dos clubes, que trabajaban paralelamente, se imponían a todos.

El "Círculo Social" o "Asamblea Federativa de los Amigos de la Libertad" celebró su primera reunión el 1º de octubre de 1790 en el circo del Palais-Royal, ante 5.000 ciudadanos y ciudadanas, pues este club no negaba la entrada al bello sexo. Con un tono de éxtasis místico, el abate Fauchet declaró: "Un gran pensamiento nos une: se trata de iniciar la confederación de los hombres... las leyes generales han olvidado la amistad, que asocia todo, y sólo se han ocupado de la discordia, que todo lo destruye. Aún no se ha tomado como base social el hecho de que el hombre es un ser amante, y no se han dirigido hacia ese aspecto conciliador las instituciones humanas..." Esta doctrina, hija de Rousseau y de Mably, más que de los enciclopedistas, llevaba la marca de las doctrinas profesadas por ciertas logias esotéricas; los dos dirigentes de este club, el abate Fauchet y Nicolás de Bonneville, que pretendía descender de Racine, pertenecían a la francmasonería y se esforzaban en 1790 por predicar en todas partes un espíritu de fraternidad social y panteísta. En su diario *La Bouche de Fer* (La boca de hierro) prodigaban efusivos llamados a la unión, para

crear un mundo en el que reinara el amor y todos fueran felices. Tampoco olvidaban a los delatores, porque habían colocado a la entrada de la redacción del diario un buzón de hierro en el cual se podían deslizar billetes anónimos y denuncias contra quienes las merecían. Sin embargo, el Círculo Social, en su conjunto, ponía el acento en la unión de los hombres y no en el odio. Las mujeres predicaban por primera vez en Francia los derechos de la mujer y reclamaron mejorar la condición femenina. Por lo demás, el Círculo Social recomendaba la paz, el entendimiento entre los hombres y su asociación espontánea para asegurar a todos el goce del derecho de propiedad. Fauchet quería federar a todos los círculos masónicos en torno a un consistorio único, que habría de funcionar en París, "capital de la humanidad". Estas enseñanzas impartidas con tanta emoción, y con el énfasis que gustaba entonces, tuvieron un notable éxito; la multitud se agolpaba en el circo del Palais-Royal, al cual se podía ingresar sin grandes formalidades, y se era admitido como miembro del Club mediante el pago de 9 libras. Para alegrar la atmósfera, a veces se daban banquetes, se bailaba y se organizaban algunos juegos. Este éxito, esta actitud fraterna, tan próxima al cristianismo, este espíritu, tan alejado de todo punto de vista jurídico y constitucional, irritó al Club de los Jacobinos, burgués y de espíritu jurista. Así fue que, a partir de noviembre de 1790, estalló el conflicto, conflicto en el cual intervinieron los jacobinos con armas aplastantes.

Por el contrario, los jacobinos favorecieron a las "Sociedades Fraternas". La primera se estableció el 2 de febrero en el Jardín de los Capuchinos, de la calle Saint-Honoré. El maestro de escuela Claude Dansard tuvo la idea de reunir todos los domingos y días feriados a gente modesta, artesanos, vendedores de frutas y de legumbres, para darles una educación política, y leerles y explicarles los decretos de la Asamblea Nacional. En agosto, Dansard fue a instalarse en el mismo local que los jacobinos, muy próximo a su antiguo centro de reunión; para ello contó con la aprobación del Club; asimismo, la sociedad empezó a prosperar y se amplió. Dansard fijó una cotización de un sueldo por el alquiler de las sillas y las velas. Admitía el ingreso de mujeres y niños, siempre que se portaran correcta y cortésmente. Aunque no se mezclaba a las polémicas violentas, Dansard apoyaba a los jacobinos; creó un curso nocturno para el estudio de la Constitución y la Declaración

de los Derechos; se complacía en discurrir con el tono ingenuo y pomposo de los maestros de escuela de esa época. A Dansard le gustaba mucho este trabajo, pero como no era tribuno se negó a ir más allá. Cuando sobrevinieron las crisis de 1791 y Marat hizo explotar la idea de Dansard para difundir en el pueblo el odio contra la Iglesia, este último intentó resistir, pero como no tenía las agallas suficientes, se eclipsó prudentemente, resignado a perder la gloria en vez de la cabeza. Las Sociedades Fraternas prosperaron considerablemente, pero en un sentido muy distinto; una vez más el espíritu de lucha cívica y social triunfó sobre la adaptación pacífica a los tiempos nuevos.

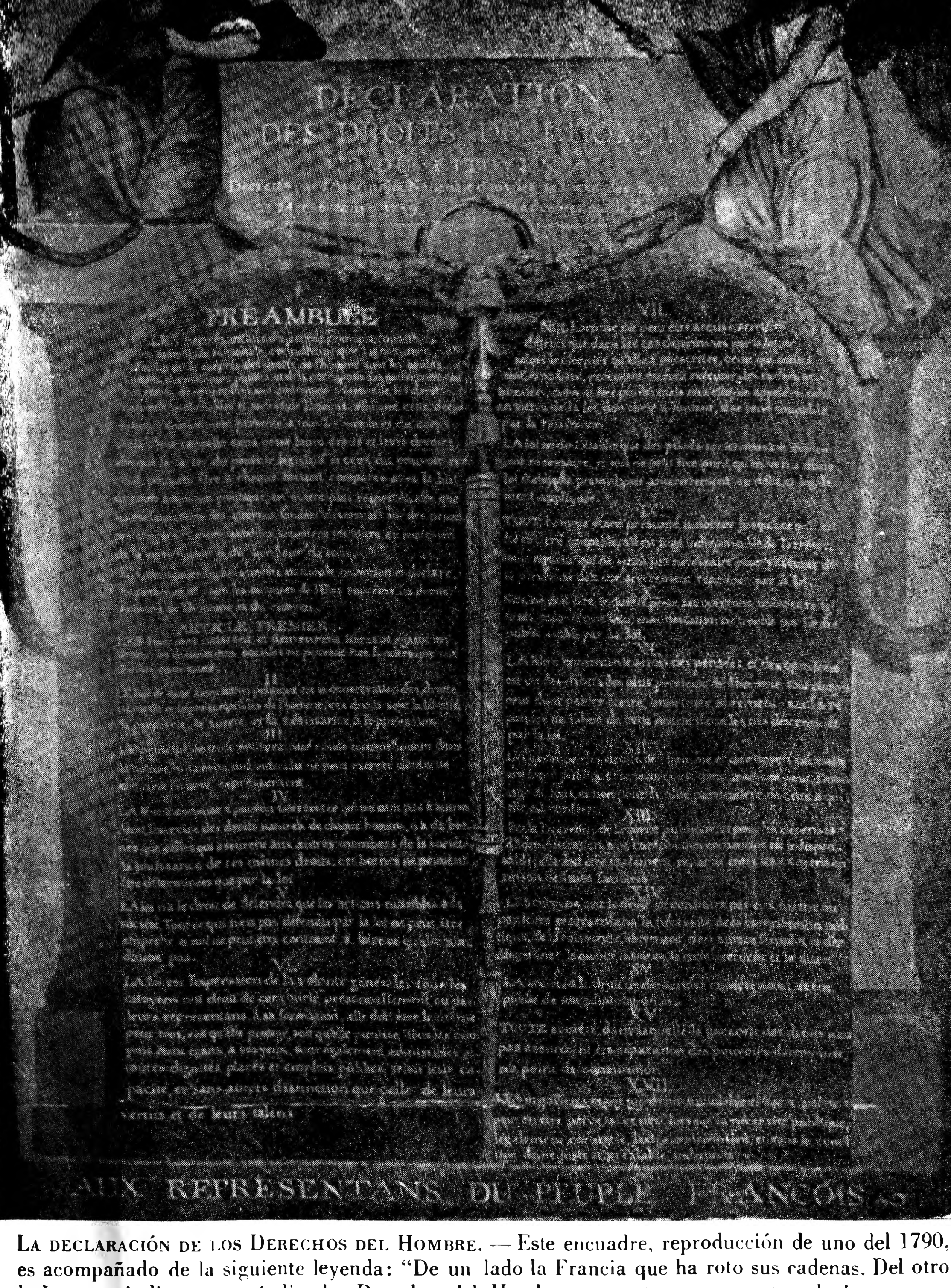
El carácter violento de los clubes se nota aún más en los clubes formados por extranjeros, que, en su totalidad, los crearon con propósito implícito o reconocido de hacer la Revolución y volver a sus países de origen como triunfadores.

El primero fue la "Sociedad de los Patriotas Suizos", o Club Helvético, fundado en junio de 1790. El abogado Castella, de Friburgo, emigrado después del levantamiento de 1781, atacaba desde aquí a la aristocracia de Friburgo. En agosto de 1790, publicó *La Revolución Suiza*, folleto incendiario; y envió a la región del Jura los 10.000 ejemplares gracias a los fondos que le proporcionó J. G. Schweiger, de Zurich, banquero en París. Más adelante, en octubre, creó "La Sociedad Secreta de Correspondencia con los Cantones Suizos", que protegió y apadrinó el abate Grégorie. Una gran cantidad de ginebrinos, piamonteses y saboyanos inundó este club, que muy pronto prosperó y se lanzó a la acción directa. Así, impulsados y protegidos por el ejemplo de los jacobinos, todos estos huéspedes de Francia se lanzaban a una cruzada internacional, del mismo modo que los jacobinos organizaban en Francia una cruzada permanente en favor de la democracia. Bajo este doble impulso el gobierno, intimidado, entorpecido, dominado, debió modificar su política.

Los jacobinos, que llevan la marca de la fuerte personalidad de Duport, constituyen entre 1790 y 1795 el eje de la Revolución. Nada ni nadie fue capaz de hacerles frente, pues respondían exactamente al estado de espíritu de esa fracción de franceses que dirigía el país, después de haber asustado a los otros franceses y haber quebrantado los cuadros del país. La dirección seguía siendo aristocrática, los Triunviros dirigían todo, pero ellos mismos

siguieron la gran corriente que se remonta a 1750 y que caracteriza, junto con la doctrina enciclopédica, a los métodos jurídicos franceses. Discípulos de Voltaire, de Diderot, de Helvetius, los jacobinos rechazan la obra de Jean-Jacques y su espíritu, sólo utilizan algunas fórmulas cuyo alcance y designios modifican, como lo ha demostrado muy bien Simone Weil. Mientras que *El Contrato Social* entraña una unión moral y un sentimiento fraterno de carácter religioso, el jacobinismo se enmuralla en la política. Se sirve de los cuadros y de las promesas de la Declaración de los Derechos para iniciar un largo proceso, sin cesar renovado, contra las autoridades establecidas, que no satisfacen ni pueden satisfacer tampoco, dado su debilidad, las infinitas exigencias de los tribunos. A partir de estas grandes esperanzas, ellos comienzan una polémica despiadada, que apoyan sobre una opinión cada vez más violenta y dispuesta a la acción, aunque sin abandonar nunca el terreno jurídico, sin alejarse de la Constitución.

Llevados por su victoria, los Triunviros van tan lejos que un día hasta ellos mismos habrán de asustarse.



LA DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE. — Este encuadre, reproducción de uno del 1790, es acompañado de la siguiente leyenda: "De un lado la Francia que ha roto sus cadenas. Del otro la Ley que indica con su índice los Derechos del Hombre y muestra con su cetro el ojo supremo de la razón que viene a disipar las nubes del error. La lanza. el haz, el gorro, la serpiente, la guirnalda de encina, representan a un tiempo la unión de las provincias, la libertad, el civismo, la



JEAN BAPTISTE BELLEY, un negro nacido en Senegal, entra en la Convención. en febrero de 1794, como diputado por Santo Domingo. La Asamblea, que en junio de 1893 ha aprobado una nueva constitución basada en el sufragio universal, en febrero de 1894 decreta: "Todos los hombres de las colonias, sin distinción de color, son ciudadanos franceses". Un *club* de amigos de los hombres de color, reclama la igualdad también para los negros de las colonias francesas de Santo Domingo y ne la Martinica, encontrando fuerte oposición de los dueños de plantaciones. La "Declaración de los Derechos" en las lejanas islas traerá gravísimas complicaciones.

PIERRE VERGNIAUD, uno de los más brillantes diputados de la Asamblea Legislativa. A los 30 años representa al grupo jacobino, pero pronto se hará más moderado, incorporándose a los girondinos.



Capítulo III

LOS TRIUNVIROS SE PONEN A LA OBRA

La mayoría de la Constituyente, movida por el miedo, se doblegaba ante el ascendiente de los Triunviros y de su fuerza de choque, los jacobinos. Sin embargo, a veces los diputados se rebelaban, ya fuera porque había intereses demasiado importantes en juego, o por que sus espíritus jurídicos se negaran a dejarse arrastrar, o porque la voz atronadora de Mirabeau o una maniobra hábil de La Fayette o de los ministros lograba atraerlos. Entonces, según la gravedad de la situación, los jefes jacobinos se inclinaban y esperaban una ocasión oportuna para desquitarse, o también podían suscitar un "movimiento popular", que imponía a la mayoría la línea revolucionaria y un estado de juicioso temor.

El programa jacobino parecía quimérico a muchos diputados, odiosos a otros; rompía brutalmente con el pasado e imponía una lógica nueva, elaborada en las logias masónicas, ilustrada por la Enciclopedia, aceptada con entusiasmo por muchos salones desde 1760 a 1789 y readoptada por un abultado número de parlamentarios y legistas en su lucha contra la monarquía, pero insólita y chocante para la mayoría de los franceses. En la embriaguez de los primeros meses sólo se había visto la libertad y la disminución de los impuestos, pero ahora la humillación de la nobleza y de los ministros, a medida que la Constitución tomaba forma, afirmaba las resistencias. Los antiguos privilegiados elevaban la voz más que los otros, pero el descontento cundía entre los obreros y las masas campesinas.

En noviembre de 1789 sólo se discernía los principios de algunos puntos llamativos de la futura Constitución; la Declaración de los Derechos prometía la igualdad; desaparecía todo lo que recordaba al pasado feudal y a sus detestadas instituciones: la granja, la gabela, los mayordomos parecían condenados. Ya se sabía que

el papel del rey habría de reducirse al Poder Ejecutivo; la nación iba a votar las leyes y los impuestos; reconocida como soberana, dotada del Poder Legislativo, iba a reinar de hecho por intermedio de la Asamblea. Las municipalidades elegidas tendrían la función más importante después de la de la Asamblea: repartirían el impuesto, lo recaudarían, mantendrían el orden con ayuda de la "fuerza armada", puesta a su disposición, y constituirían la célula esencial de la nueva organización política. En cuanto a lo demás, si los iniciadores de la Revolución poseían un plan claro, el público nada sabía de esto, salvo que se quería hacer algo nuevo y razonable.

Se quería terminar con todo el "pasado gótico", con toda la historia de Francia desde el siglo VI al siglo XVIII, y volver a los romanos y a la "razón". Estas provincias, tan variadas, cada una de ellas dotada de un estatuto particular, de privilegios, de aduanas, de un carácter y una civilización originales, parecían anticuadas; parecían presentar cuadros demasiado angostos para la actividad francesa y sus vastas ambiciones; esas pequeñas "libertades" individuales o colectivas que a menudo eran el producto de la impotencia y a veces de la sabiduría del poder, no resultaban convenientes a hombres de principios, que exigían reglas uniformes y fijas. En la ambición, que hacía palpitar el corazón de los jefes y de las tropas revolucionarias, entraba una parte de patriotismo meditado; Francia, los franceses, necesitaban una unidad más sólida y más vasta. Antes de ellos Luis XIV e inclusive Luis XV y Luis XVI lo habían sentido; su paciente obra se esforzó en ligar más estrechamente todas las partes del país unas con otras, pero los vigorosos patriotismos locales y los celos parroquiales subsistían, y habían impedido llevar más lejos la obra; incluso habían ayudado al movimiento revolucionario en Bretaña, en el Delfinado y en el país vasco. Los reyes querían unir respetando las tradiciones y las particularidades locales, sin emplear la violencia. Trataban de suprimir de modo gradual, tolerándolas por lo pronto, las fronteras administrativas, financieras, aduaneras, etc., que separaban a las diversas provincias de Francia. Los revolucionarios, sin comprender que la variedad es una forma de la libertad, y tal vez la más esencial para cada uno, se orientaban hacia una unidad en la uniformidad. El nivel, emblema de la masonería, correspondía a su preocupación principal.

Aún más importante, la doctrina sobre el origen del poder oponía de manera irremediable el movimiento revolucionario a los diez siglos transcurridos. Para los reyes de Francia, los buenos y los malos, los felices y los desgraciados, los piadosos y los frívolos, todo poder venía de Dios, el rey era un depositario y seguía siendo responsable de sus actos ante Dios y sólo ante Él. Este poder, que Dios le había dado, lo confería el rey a delegaciones que estaban por debajo de él y que eran responsables ante él, pero toda la autoridad emanaba de él. Según las fórmulas de ciertos legistas antiguos: "El rey de Francia es emperador en Francia". En Francia el rey tenía el mismo poder que el emperador sobre el resto del mundo: tenía el derecho y el deber de manejar ese poder en nombre de Dios. Por lo tanto, el rey ejercía un poder a la vez espiritual, paterno y político sobre sus súbditos; servía de brazo a la Iglesia, que era a su vez consejera e inspiradora. En este punto no había diferencia entre Luis XVI y Hugo Capeto, o San Luis. En su alma vivía la misma fe que había vivido en el alma de sus antepasados. ¿Cómo podía entenderse con los revolucionarios, que afirmaban: "Todo poder está en la nación, que es el número y que, por elección, lo delega a una Asamblea, emanación del soberano?" El rey, como sus antepasados, había trabajado bien por el país, y manejado el Ejecutivo, del cual era responsable ante la nación. La Iglesia, encargada de vigilar la salud moral del pueblo y proporcionarle la ayuda espiritual que éste pudiera desear, era un cuerpo público como los otros. Por amor a su pueblo, por odio al derramamiento de sangre, por sentido del deber, Luis XVI pudo tolerar el equívoco, pero no pudo adherir a la tesis revolucionaria; del mismo modo los jefes revolucionarios, reconocidos a un rey justo, bueno y popular, podían mantenerlo al frente del Ejecutivo, pero este acuerdo seguía siendo precario. A medida que se desarrollaba el plan de la nueva Constitución, este contraste se acentuaba y el conflicto se hacía más probable.

El campesinado y las clases bajas se encontraban en la misma situación que el rey. Más del 80 % de la población francesa, en 1789, seguía viviendo aún en la Edad Media, con la fe, el espíritu de familia, la sencillez de las costumbres, los prejuicios de los tiempos pasados. Para ellos el rey seguía siendo el jefe nacional y religioso que habían visto en el acto de la consagración en Reims; el orden civil no se distinguía del orden moral y espiritual; se

obedecía al rey como al sacerdote y a Dios. Es verdad que existían algunos malos súbditos, pero no eran muchos. ¿Cómo puede explicarse de otro modo que la monarquía de Luis XVI haya mantenido en la paz y en el buen orden, entre 1774 y 1787, a la ciudad de París, con 800 empleados policiales, mientras que monsieur de La Fayette con sus 48.000 guardias nacionales no lo lograba, y que fueron suficientes 2.000 gendarmes para custodiar el resto del país, mientras que los innumerables guardias nacionales de Francia no lograron, entre 1790 y 1791, imponer la calma en las provincias?

Bajo la antigua monarquía este prestigio religioso del rey y de todos los que lo representaban, lograba de cada uno, gracias al sentido del deber, lo que habría de obtener la fuerza pública mediante la coerción exterior de la Revolución, que liberó todos los deseos y dejó que cada uno juzgara lo que era útil y bueno para él. Esta transferencia de la coerción, que pasa del interior al exterior, del temor de Dios al miedo a la policía, explica la razón por la cual la Revolución se vio obligada a utilizar la fuerza en tal grado, a abusar del miedo y de la sangre. En diciembre de 1789 se pensaba aún que la razón podía proporcionar una disciplina suficiente a los franceses.

Los abogados, los juristas, los sabios y los filósofos que dirigían al partido revolucionario, querían hacer de Francia un edificio regular y satisfactorio para la inteligencia. Adrien Duport deseaba la supresión de las provincias y su reemplazo por 70 departamentos, idénticos en la medida de lo posible. La cuestión fue discutida en noviembre de 1789. Thouret presentó el plan preparado por Sieyès en nombre del Comité de la Constitución; 80 departamentos de tamaño uniforme, cada uno dividido en 9 distritos que a su vez se subdividían en 9 cantones cada uno. Los electores, nombrados primarios de los cantones, debían formar las asambleas de distrito; los electores nombrados por las asambleas de distrito habrían de formar las asambleas de departamento, y los diputados nombrados por las asambleas de departamento iban a formar la Asamblea Nacional. Mirabeau se desencadenó contra esta hermosa construcción; reclamó una división del país en 120 departamentos, que debían conservar en la medida de lo posible las antiguas fronteras y tomar en cuenta, no la extensión, sino la población, único factor esencial el día de la elección. Mirabeau también reprobó la

elección en tres etapas; obtuvo un éxito mediano; se reunió a los electores de distrito; los departamentos iban a ser subdivididos en 3, 6 ó 9 distritos de acuerdo a las conveniencias locales, y cada uno de ellos se habría de dividir en cantones de 4 leguas cuadradas.

La elección iba a hacerse en dos etapas, primarias y departamentales, en las cuales se elegirían los diputados para la Asamblea, su nombre sería determinado en función de la extensión del territorio, el número de la población y la contribución directa del departamento. Sólo podían votar los "ciudadanos activos", es decir, los hombres de 25 años cumplidos, domiciliados en el cantón desde hacía por lo menos un año, y capaces de pagar un impuesto directo de un valor equivalente a tres jornadas de trabajo; tan sólo los servidores asalariados quedaban excluidos. Los electores de segundo grado debían pagar una contribución directa igual al valor de diez jornadas, y el que solicitara una banca de diputados debía pagar una contribución de un marco de oro, ó 54 libras. De esta manera, la Asamblea reemplazaba a la antigua nobleza por una aristocracia financiera, más amplia, más abierta, pero más egoísta. Los diarios y los tribunos revolucionarios pusieron el grito en el cielo. Loustalot lloró; Camille Desmoulins aulló; Target tembló. De nada sirvió. En este punto la mayoría se mostró resuelta (3 de diciembre de 1789). La mayoría acentuó estas medidas al votar que, de los 745 miembros de la futura Cámara, elegida por dos años, 247 habrían de representar el territorio; 247 a la población, 247 a la contribución directa. La oposición protestó vivamente contra la medida, que obligaba a los electores a elegir su diputado en su departamento. Pero Barnave defendió el texto y ganó la mayoría, pues los diputados de campaña no deseaban que sus ciudades y aldeas fueran representadas por abogados o banqueros de París.

Toda la administración, que antes estaba en manos del rey y de sus representantes, pasó a manos de los elegidos por el pueblo. La Asamblea del distrito contaba con 12 miembros, la del departamento con 36; 8 de ellos formaban el "directorio del departamento", que administraba a éste de modo permanente "en nombre del rey y bajo sus órdenes, y a él subordinado". De esta manera se mantenía una sombra de unidad en el sistema, que dislocaba a las viejas provincias y que tendía a suprimir los patriotismos locales, y que también quebrantaba todos los lazos concretos, regulares, jerárquicos entre el Estado y sus súbditos. Ningún artículo

explicaba cómo, en estas condiciones, el rey iba a conservar la menor autoridad, o el más mínimo control. Los directorios de departamento ejercían funciones vastas y variadas: repartición de impuestos en el cuadro de los decretos de la Asamblea, vigilancia de la educación pública, de la policía, de las aguas y los bosques, de los caminos y los ríos, de los trabajos públicos, mantenimiento de las iglesias y edificios públicos, asistencia a los pobres, administración de las prisiones, vigilancia policial de mendigos y vagabundos.

Una vez tomadas todas estas decisiones, en los tres últimos meses de 1789, cuando los jacobinos aún estaban en formación, se hizo un esfuerzo por vincular estas construcciones nuevas con las municipalidades. En buena lógica, debieron ser supeditadas a los distritos, así como éstos lo eran a los departamentos; pero la municipalidad, órgano social y político esencial de la vida de las naciones, merecía algo más que un papel subalterno; por lo tanto, la Constituyente buscó un término medio, que no fue feliz. El poder municipal conservó la administración de los bienes de los establecimientos y entradas locales, los pagos por los gastos locales y los trabajos públicos que interesaban a la comuna y a la policía. En lo que se refiere a las cuestiones de impuestos y a las construcciones o reparaciones de iglesias, estaban sometidas a los cuerpos administrativos: distritos, departamentos. Se adivina que el resultado de esto fue una rivalidad constante entre las municipalidades, una vez constituidas las primeras y dotadas de una gran actividad, y los departanmentos, más aburguesados y menos activos.

Entonces nadie dudaba: se admiraban estas instituciones nuevas y armoniosas, que ofrecían perspectivas vastas y satisfactorias para el espíritu. Un sincero celo animaba a los diputados; las ideas de fraternidad, tal como se enseñaban en la masonería, surgían con frecuencia en los contextos. Finalmente triunfaron al terminar el año, el 24 de diciembre, cuando se votó la ley que declaraba a todos los no católicos admisibles para todos los empleos civiles y militares; los protestantes y los judíos obtuvieron de este modo satisfacciones inesperadas a los pocos meses, y la mayoría de la Asamblea se complació en ofrecérselas, pues se trataba de principios y al parecer la cosa no costaba nada.

Generosa en el terreno de las doctrinas, muy atenta en mantener todas las ventajas del dinero, la Asamblea andaba a tientas

en medio de los innumerables problemas políticos, militares, religiosos, financieros y diplomáticos que afluían de todos lados. El trabajo de la Constitución se veía incesantemente detenido, y la multitud, que La Fayette soñaba en apaciguar, se inflamaba nuevamente con el anuncio de acontecimientos o incidentes de los cuales sabían sacar provecho los jacobinos para dar el tono y arrastrar a la opinión. A comienzos de enero los jacobinos iniciaron una gran operación: se trataba de soliviantar a los guardias nacionales asalariados; la cosa parecía fácil, pues los agentes de Orleáns los conocían bien desde hacía tiempo. Pero se advirtió a La Fayette. Acompañado por las mejores tropas de caballería, La Fayette se presentó en las Tullerías y en el mismo momento en que se iniciaba la revuelta detuvo a los rebeldes y los llevó a las prisiones de Saint-Denis. Pero los disturbios se extendían; en la Baja Bretaña, el Bajo Limousin, el Périgord, el Rouergue, el Quercy, los campesinos se sublevaron para no pagar los derechos feudales que aún se mantenían. Quemaron los castillos y los conventos. Los propietarios intentaron procesarlos, y ellos respondieron con nuevos motines.

Era necesario salir de esta sangrienta anarquía; Adrien Duport juzgaba, junto con Robespierre, que lo mejor era suprimir todos los bienes feudales, pero La Fayette insistía en el restablecimiento del orden y la mayoría de la Asamblea se mostraba quisquillosa; se votó una ley que fue completada por la ley marcial (23 de febrero de 1790); en caso de disturbios, las municipalidades pudieron proclamar la ley marcial, debían ayudarse unas a otras y se hacían responsables por los daños que no habían podido impedir. Pero la izquierda protestó y recordó la frase de La Fayette: "La insurrección es el más santo de los deberes", y gracias a Duport, logró que se quitara toda efectividad al texto. Antes de proclamar la ley marcial, los magistrados debían parlamentar con los descontentos, conocer la causa de la rebelión y explicarles las razones que los hacían culpables. Era cambiar una operación policial en una confabulación de mercado.

Hostigado por los jacobinos, La Fayette buscó por todos los medios popularizarse y fortalecer su posición. El 23 de enero proclamó que no quería un comando general de todos los guardias nacionales de Francia, comando que Fauchet quería atribuirle: "Suspended este movimiento que me honra. . . . ", exclamó. Y siem-

pre y en todos lados proclamó su desinterés. Al mismo tiempo, se vinculó más al rey y procuró hacerle tomar una actitud revolucionaria y llegar a un entendimiento con la Asamblea. Siguiendo sus sugestiones, Luis XVI se presentó en la Constituyente el 4 de febrero de 1790 y fue bien recibido. Pero La Fayette era exigente y celoso como una niña cuando se trataba del poder. Sospechaba que el rey y la reina no le eran fieles y, al no encontrar pruebas concretas, se quejaba de la tibieza de los soberanos. Sobre todo, tenía mucho apuro por la promulgación de la Constitución, dado que, al perder la fuerza, podía perderlo todo por un incidente. El 24 de mayo las turbas quisieron ahorcar a un hombre acusado de haber robado una bolsa de trigo. Una enorme multitud lo rodeó: el incidente se produjo en Saint-Germain-l'Auxerrois. La Guardia intentó vanamente detener al culpable y meterlo en la cárcel para salvarle la vida. Las calles estaban rebosantes, los muelles bloqueados, los refuerzos no podían aproximarse. La Fayette llegó en su carroza. Abriéndose paso entre la multitud llegó hasta el desdichado, cuyo cadáver, pisoteado y desfigurado, yacía en tierra. La Fayette pronunció entonces un gran discurso a la multitud, recordándoles sus deberes. Incluso arrestó él mismo a uno de los autores del desorden y lo condujo por el cuello hasta el Châtelet. Después, de pie sobre un parapeto, hizo un nuevo discurso. "Mientras tanto la gente ahorcó, en el otro extremo del muelle, a mi ladrón, a quien yo había creído muerto". El "pueblo" era consecuente con sus ideas; La Fayette también lo era; se lanzó de nuevo en busca del hombre, descolgó el cadáver, se encontró con que el sujeto aún vivía y lo llevó él mismo a la cárcel para descubrir si era culpable. Después pronuncio su tercer discurso, que la turba interrumpía con "Viva La Fayette". Contento de sí mismo, escribió al fin a su amante: "Creo haber realizado una hazaña".

Todas las noches se acostaba extenuado, pero maravillado de sí mismo, y por las mañanas encontraba que debía recomenzar el trabajo. Se agotaba. La Constituyente también. En esta época su trabajo tiene algo vertiginoso. El 10 de marzo la Asamblea votó el mantenimiento de la trata de negros: los Lameth poseían demasiados intereses en Santo Domingo para sacrificarlos, Barnave también, y la masa de los diputados desaprobaba toda violación a la propiedad, cuando ésta no era la del clero o de la nobleza. En la misma época se decretó el envío del *Libro Rojo* (registro de

todas las pensiones pagadas por la monarquía) el Comité de Pensiones que, poco discreto, permitió que Baudoin publicara el conjunto del libro, aunque no la parte relativa a Luis XV, que Luis XVI, por respeto a su abuelo, había conservado. Naturalmente, se produjo una algarabía estimulada por los jacobinos. El público no pudo comprender la necesidad de asignar salarios a los príncipes extranjeros y asegurar la fidelidad de los que rodeaban al monarca poniéndolos al abrigo de las necesidades. Para cualquier gobierno, una publicación semejante sería una catástrofe. Nada podía servir mejor a los revolucionarios.

Victoriosos y dueños de la situación, éstos guardaban no obstante una preocupación lacerante: el dinero. Se había contado en un principio con Necker para resolver la cosa; ahora ya sabían todos que el hombre no servía. Se asustaba, elevaba los brazos al cielo, solicitaba ayuda y proponía nunevos empréstitos. El 19 de diciembre de 1789 adoptó, además de los decretos relativos a la venta de los bienes eclesiásticos y la emisión de asignados, dos medidas que preveían un préstamo de 80 millones de la Caja de Descuentos al Estado y la creación de una Caja Extraordinaria, destinada a pagar la deuda pública. Después de esto, se respiró. Pero fue por poco tiempo; el 6 de marzo de 1790 Necker se presentó en la Asamblea, y con tono quejumbroso, reconoció que la Caja estaba vacía; la gente no pagaba los impuestos; finalmente, a pesar de una inversión de 39 millones de la Caja de Descuentos, faltaban, para los gastos de los dos primeros meses del año, 58 millones. Necker propuso crear un "Buró del Tesoro", pero la Asamblea se opuso. Mirabeau dijo: "Estamos durmiendo al pie del Vesubio".

El conflicto se acrecentaba en medio de un juego de artificio de libelos y artículos periodísticos, manifestaciones populares y sordos rumores. Como la Nación no quería pagar impuestos y el Ejecutivo, impotente, no podía obligarla a hacerlo, ya que la Asamblea, que temía a la impopularidad, se negaba a comprometerse en el asunto, todos pensaban en los bienes del clero. Se deseaba "utilizar" estos bienes, tanto más si se toma en cuenta que el clero era el único poder sólido frente a los clubes y a la Constituyente. Toda la fuerza de los jacobinos se lanzó a intimidar a los sacerdotes y a los católicos; el debate fue a la vez la más confusa de las discusiones financieras y la más violenta batalla que se haya dado

en Francia en torno a la religión. Se saltaba de un tema a otro, se volvía al primero, pero el tono no bajaba. El 9 de abril se abordó el tema y el abate Maury, que procuraba salvar los bienes de la Iglesia, predijo en un discurso exacto y brillante que si se adoptaba el sistema de los asignados, se llegaría a la bancarrota pública, acompañada de bancarrotas privadas en cadena. El partido revolucionario unido se levantó contra él, desde el duque de La Rochefoucauld hasta Robespierre. La Fayette, para proteger a la Asamblea, pero también para ejercer una presión sobre la derecha, a la cual odiaba, hizo rodear al Circo Ecuestre (Manège) de batallones de la Guardia Nacional. Pero la oposición continuaba resistiendo. Comprendiendo el peligro y tratando de desviarlo, el arzobispo de Aix quiso ofrecer a la Revolución lo que le había rehusado al rey: un empréstito de 400 millones garantizado por el clero. Thouret le respondió altaneramente, citando a Cristo sin nombrarlo: "Cuando la religión envió a los sacerdotes al mundo, ¿les dijo acaso: "Id, prosperad, enriqueceos?" No, la religión les dijo: "Predicad mi moral y mis principios". Sin embargo, el conflicto alcanzó tal violencia que un religioso jacobino, Dom Gerle, creyó conciliar los ánimos exclamando: "Decretad que la religión católica... es siempre la religión de la Nación". Entonces todos los obispos y todos los creyentes de la Asamblea aprovecharon para obligar a los diputados a pronunciarse sobre este punto esencial, y reclamaron una votación. Charles de Lameth detuvo el golpe con su habitual habilidad. Esta votación, según él, lejos de probar la fe religiosa de la Asamblea iba a dar la impresión de ponerla en duda. La Asamblea había tomado como base de sus decretos a la moral del Evangelio. Ir más allá equivalía a caer en las trampas de los aristócratas que hacían vender en las puertas de las iglesias un libelo insultante para la Asamblea: *La pasión de Luis XVI*.

El 13, la moción de Dom Gerle fue rechazada en una atmósfera que recordó a octubre de 1789. La *Chronique de Paris* esparció voceros por toda la ciudad que gritaba su denuncia: "¡Asamblea de aristócratas, conspiración descubierta!" Los barrios se agitaron, se gritó en los cafés del Palais-Royal, y una multitud amenazante rodeó al Circo Ecuestre. Cazalès, a la salida, salvó por muy poco su vida y Maury fue perseguido por una turba que quería colgarlo. No es posible resistir a estos argumentos. La mayoría, dirigida por los jacobinos, hizo votar una ley en once artículos

que declaraba "nacional" la deuda del clero, imponía los asignados como moneda y decidía que habrían de imprimirse 400 millones de libras en asignados con un 3 % de interés para reembolsar a la Caja de Descuentos y alimentar el Tesoro (16-17 de abril de 1790). El clero francés iba a ser, a partir de entonces, asalariado, según un sistema que preveía 25.000 francos anuales para el arzobispo de París y bajaba gradualmente hasta los 1.200 francos anuales para los curas rurales. Si se llegaba a pagarlos, estos salarios serían suficientes y reemplazarían ventajosamente los salarios demasiado bajos que tanto habían hecho padecer a los curas de campaña, a pesar de los esfuerzos de los monarcas. En cambio, el clero, un orden independiente en otros tiempos, y una de las potencias del país, se convertía así en un cuerpo de funcionarios supeditados al Estado, e incesantemente amenazados por la intromisión de la política. Maury, que no había podido impedir este fracaso, quiso por lo menos salvar el porvenir; el 19 de abril demostró que la Asamblea, compuesta de representantes de los respectivos órdenes, no podía legislar después de la desaparición de dichos órdenes, y debía retirarse. "¿Un diputado puede acaso ser mandatario cuando su mandato ya no existe?", preguntó. Y, frente a este argumento, tan sólido, todos los revolucionarios quedaron estupefactos. Mirabeau arregló la situación. Evocó las luchas revolucionarias, las bayonetas que los habían amenazado en junio y en julio y, citando la frase del patriota romano que salvó a la patria contraviniendo sus leyes, declaró: "¡Juro que he salvado a la República!" Mirabeau dijo luego al ala izquierda: "Juro que vosotros habéis salvado a la República".

Así, los mismos a quienes había asustado la Revolución continuaban marchando hacia adelante, borrachos por ella. Sin embargo, la tempestad se avecinaba por todas partes; la Asamblea había roto los parlamentos y había suspendido a los Estados provinciales; Mounier, después de haber intentado crear en el Delfinado una opinión hostil a los jacobinos, tuvo que refugiarse en Suiza; los esfuerzos de Artois, refugiado en Turín, para suscitar alguna residencia en el país, fueron vanos. La votación de la ley por la cual se hacía la emisión de los asignados aumentó en todas partes la oposición, aún sorda, al movimiento revolucionario; muchos obispos, sacerdotes, fieles, hasta ese momento favorables a las ideas nuevas, temieron que éstas fueran demasiado lejos. Los exaltados

y los intrigantes se aprovecharon. Las personas honradas empezaron a buscar los medios para defenderse. En Nîmes, en Montauban, los católicos, que veían triunfar a sus antiguos enemigos, los protestantes, publicaron una "Declaración de los Ciudadanos Católicos de la ciudad de Nîmes". Se reunieron y organizaron un banquete. Algunos protestantes fueron amenazados. Todavía la gente no se mataba entre sí, pero las pasiones se enconaban.

En el ejército, la confusión crecía incesante. La Fayette, a quien esto asustaba, escribía a su primo, el marqués de Bouillé, procurando detener la marea de deserciones y los actos de indisciplina. En su carta del 14 de noviembre de 1789 reconoce que había iniciado a los hombres a desaforarse en mayo, junio, y julio, pero declaraba que la cosa tenía que terminar. Era más fácil decirlo que lograrlo. A las logias masónicas, que habían preparado el terreno en los regimientos, sucedían los clubes jacobinos que recomendaban a los hombres vigilar a los oficiales y suboficiales, hacer reclamaciones con cualquier motivo y afirmarse como revolucionarios contra los aristócratas que los comandaban. Por todas partes se aflojaba la disciplina: en Lille los regimientos allí acampados iniciaron una guerra intestina que fue difícil calmar (abril de 1790). Fue necesario hacer un desplazamiento de guarniciones. En Marsella, los guardias nacionales unidos a los revolucionarios se apoderaron de los fuertes que dominan la ciudad (29 de abril) y masacraron al caballero de Beausset, que no quiso entregar las llaves del polvorín; en Valence se asesinó al comandante de la fortaleza, monsieur de Voisins; en Montpellier se apoderaron de la ciudadela; en Bastia mataron al conde de Rully. En los puertos el desorden fue aún más lejos a partir del mes de diciembre; en Tolón, una multitud vociferante, formada por marineros, obreros del arsenal y guardias nacionales, atacó al almirante que comandaba la escuadra, monsieur d'Albert de Rioms, y lo encarceló junto con todo su estado mayor. La Fayette y los moderados tuvieron muchas dificultades para lograr su liberación gracias a la Asamblea (indulgente hacia todas las sublevaciones, ya que a éstas debía su poder). Monsieur d'Albert fue enviado a Brest, donde había indicios de sublevación; en Tolón volvieron a levantarse contra monsieur de Glandevez (3 de mayo). La flota francesa, minada por los jacobinos, por los agentes ingleses y las intrigas de todos los partidos, era ya incapaz de combatir.

Luis XVI, que había trabajado más que nadie por lograr la grandeza de la marina, sufrió muy profundamente este contratiempo. Esos meses de primavera de 1790 le traían continuamente preocupaciones, dolores y ultrajes. Reducido a luchar sin otra arma que una popularidad atacada por todos lados y el dinero que le toleraban, el rey no desesperaba de la sabiduría de los franceses y trataba de conciliarse por medo del oro o de las promesas con los tribunos revolucionarios, a quienes el temor de los desórdenes, una vinculación sorda a la monarquía o una ambición inquieta acercaban a él. El rey trataba de mantener buenas relaciones con La Fayette, suspicaz, sentimental y exigente en sus relaciones personales; inclusive aceptó comprar a Mirabeau, como propuso el conde de La Marck. El rey no estimaba a Mirabeau, y sabía que estaba demasiado tomado por la Revolución para despegarse enteramente de ella, pero era la personalidad más viril, más audaz, y el orador más dotado de la Asamblea. Se trató de sacar partido de él. Se le prometió la suma que le hacía falta para pagar sus deudas (208.000 francos), 6.000 francos mensuales y un millón al clausurarse la Asamblea, si las cosas iban bien. Del lado del rey y de La Marck el convenio y el secreto fueron respetados; Mirabeau, orgulloso como todos los *déclassés*, no pudo contenerse y dejó entrever su nueva riqueza y sus nuevos contactos, que lo honraban a sus propios ojos. Inmediatamente los diarios revolucionarios, las secciones, los franciscanos, hablaron a gritos de "la gran traición de monsieur de Mirabeau" y, en consecuencia, su crédito disminuyó junto con sus posibilidades de maniobra.

En la discusión sobre la organización policial, el papel de Mirabeau fue mediocre. Los parlamentarios y los juristas dirigían el juego; Duport acababa de preparar un gran plan inspirado en los sistemas inglés y americano; Thouret presentó otro, que había tomado de Bergasse, y que coincidía con el proyecto de Duport en varios puntos; finalmente Sieyès propuso un tercer plan. Sostenidos por los jacobinos, Duport y Thouret triunfaron en esta larga discusión, en la cual el primero fue muy prolijo. Estos hombres llegaron a quitarle al rey toda influencia sobre el poder judicial. El sistema imaginado confiaba a la elección el nombramiento del juez de paz, que regulaba los diferendos locales y los asuntos que no iban más allá de un valor de cincuenta libras; el jefe de distrito, elegido en el distrito por los ciudadanos activos, juzgaba los

asuntos y, cuando había apelación, los asuntos de otros distritos. Un tribunal de casación, igualmente elegido y sedentario, constituía la jurisdicción más alta. El rey no disponía del derecho de elección ni del derecho de investidura. Nombraba en cada tribunal de distrito al ministerio público, inamovible y encargado de hacer respetar la ley, mientras que la obligación de la acusación recaía sobre un acusador público elegido por el pueblo; esto equivalía a llevar muy lejos la desconfianza y la hostilidad hacia el Ejecutivo. En lo criminal, un jurado de ocho miembros decidía sobre la acusación, y otro jurado de treinta miembros emitía el juicio. El juez sólo figuraba para fijar la pena de acuerdo a la ley. Este sistema sometía toda la función judicial al pueblo y suprimía los jueces profesionales. Duport hubiera querido que, en lo civil, todo fuera juzgado por un jurado, pero los innumerables abogados y juristas de la Asamblea no se resignaron a ello (fines de abril, comienzos de mayo).

Después de estos brillantes éxitos, los jacobinos procuraron ir más lejos. Un incidente internacional les dio la oportunidad. Una diferencia súbita y brutal oponía a españoles e ingleses en la Bahía de Nootka, y en Madrid se creía en la inminencia de un ataque inglés. Luis XVI, fiel al Pacto de Familia, ordenó que se armaran catorce navíos de guerra, y Montmorin lo hizo saber a la Asamblea. Ésta decidió deliberar inmediatamente; esa misma noche los jacobinos tuvieron una ruidosa sesión, en la cual se acusó al rey de desencadenar la guerra para impedir la marcha de la Revolución. ¿Tenía acaso ese derecho? Esta era la pregunta que el 15 de mayo Alexandre de Lameth planteó a la Asamblea. Barnave, d'Aiguillon, Robespierre y todos los jefes jacobinos lo apoyaron, así como numerosos diputados. Tan sólo Mirabeau se levantó y, en un discurso vigoroso pero lleno de matices demostró que el rey no iniciaba una guerra, sino que tomaba precauciones: había que estarle agradecidos. La cosa pasó. Pero la Asamblea quiso discutir al día siguiente el gran problema: "¿La Nación debe delegar al rey el ejercicio del derecho de paz y de guerra?" En la ciudad y en torno a la Asamblea todas las fuerzas revolucionarias orquestaban con violencia, con amenazas y con hechos, la argumentación de los jacobinos. Después de haber oído a unos cuantos oradores sentimentales, como abundaban en esa época, y que condenaron la guerra, Mirabeau fue a los hechos en un discurso escrito por Reybaz,

muy brillante, y demostró que el rey, encargado de las negociaciones con el extranjero, era el único que podía hacer frente a los ataques imprevistos, y que era prudente dejarle que declarara la guerra o negociara, siempre que hiciera sancionar su decisión por la Asamblea; ésta podía entonces aprobar o desaprobar, votar o rechazar los subsidios y hacer respetar su voluntad.

A este discurso Barnave contestó con una violenta andanada, de penetrante argumentación y aguda precisión. Según él, la Asamblea expresaba la voluntad general, y el rey ejecutaba tan sólo lo que ella decidía. El derecho de determinar la guerra pertenecía, pues, a la Asamblea. Barnave suscitó sin trabajo la animosidad de sus colegas contra toda extensión del poder regio. Esa tarde, en las calles, Barnave y sus amigos fueron aclamados incesantemente, mientras que Mirabeau recibió amenazas e insultos. Su discurso del día siguiente, hábil y más insinuante, logró un éxito parcial. Finalmente se decidió: "El derecho de paz y de guerra pertenece a la Nación. La guerra sólo podrá ser decidida por un decreto de la Asamblea Nacional, que se tomará sobre la base de la propuesta formal y necesaria del rey, y que será consentida por él". Quedaba al rey la obligación de vigilar la seguridad exterior, negociar, elegir sus agentes y decidir los armamentos y su repartición, a fin de llevar a cabo la guerra cuando ésta fuere declarada. Esto permitió a Mirabeau cantar victoria ante los soberanos, pero Barnave se hacía oír más lejos. Los diarios revolucionarios protestaban y aullaban. *Los Actos de los Apóstoles* fueron quemados en la calle, se expulsó a los aristócratas del café de Foy y de la librería Gattey; finalmente el pueblo ahorcó a dos personas y lapidó a una tercera, con el pretexto de que habían robado. El pobre La Fayette, descompaginado y desolado, enfermó varios días en consecuencia.

Sin embargo, ponía un verdadero valor en la lucha; se esforzaba apasionadamente por popularizarse y popularizar al rey; hizo que éste estuviera presente en el desfile de los guardias nacionales, le rogó que suprimiera las pruebas de nobleza para el ingreso a la corte y recibiera a los burgueses, que ordenara espontáneamente la demolición de la fortaleza de Vincennes y que diera una proclama a favor de la escarapela nacional; al mismo tiempo, tenía con Mirabeau unos conciliábulos en casa de La Rochefoucauld para fortalecer a su partido en la Asamblea, y el 19-20 de agosto se unía con Alexandre de Lameth para sugerir a la Asamblea la

abolición de la nobleza hereditaria, la supresión de los títulos, de los blasones, las libreas, etc. La Constituyente votó estas supresiones con entusiasmo, y Luis XVI, considerando que no era prudente librar batalla por estas vanas formas exteriores, cuando lo esencial ya no existía, estampó su firma. La Fayette, por otra parte, le guardó rencor, y Condorcet aún más, si bien el más furioso de todos fue Mirabeau. Todos ellos estaban muy apegados a esas "fruslerías", de las que hablaban con tanto desprecio.

El gran consuelo del Héroe de los Dos Mundos se presentó bajo la forma de la "Fiesta de la Federación". A los franceses les gusta divertirse, son aficionados a las fiestas, a los hermosos desfiles, a los bailes y las celebraciones entusiastas; la Revolución los había llenado de tragedia y de sangre; todo el pueblo pensó que una gran fiesta en honor del 14 de julio —la última fiesta que unió a todos los revolucionarios— iba a ser un intervalo útil y agradable. Inclusive podía recrear la unidad; algunos se atrevieron a esperarlo. La Fayette vio aquí un medio de ampliar su influencia. Esta ceremonía correspondía a una tendencia popular, pues, con los viejos cuadros rotos y todas las razones, medios y ocasiones de reunirse suprimidos de golpe, las poblaciones buscaban apoyo, afecto y aliento. Desde noviembre de 1789, cuando catorce ciudades del Franco Condado se federaron, hasta el 14 de julio, hubo grandes ceremonias de federación en la zona del Ródano, en Montélimar, después en Pontivy, en Valence, en Metz, en Orleáns, en Limoges, en Estrasburgo, en Lyon, etc. El 5 de junio Bailly propuso a la Asamblea dar una fiesta en París para celebrar el 14 de julio, abarcando a todas las federaciones en una unidad nacional. La idea fue bien vista; se preparó en el Campo de Marte un altar y unas tribunas; la multitud se unió a los obreros a fin de acelerar los preparativos, y todo el mundo dio una mano. Hermosas damas acarrearon tierra necesaria para los rellenos en carretillas de mimbre. A pesar de los siniestros rumores que corrían en los medios realistas, y que atribuían a La Fayette la voluntad de hacerse elegir rey, Luis XVI se preparaba sin temores a este encuentro con su pueblo.

Tres millones de guardias nacionales eligieron a 14.000 delegados, que se dirigieron a París, junto con las delegaciones de todos los cuerpos de tierra y de mar. Debían prestar en la capital el juramento de lealtad a la libertad e igualdad constitucionales. Tam-

La huida y prisión de la familia real
En la noche del 21 de junio de 1891, Luis XVI y su familia abandonan secretamente Las Tullerías, con pasaportes falsos. En veinte horas llegan a Varennes, pero su plan de huída es descubierto y los patriotas irrumpen en la casa de un boticario, donde se han refugiado. Luis, con el sombrero puesto, sentado a la mesa.



MAXIMILIANO ROBESPIERRE (1759-1794). Ha llegado a París como diputado de Arras, a los 31 años. Ha tomado parte activa en la Asamblea, escandaliza a sus componentes proponiendo el sufragio universal. Elegido primer diputado de París a la Convención, adquiere total dominio de la misma cuando ordena guillotinar a los girondinos, los hebertistas y los dantonistas. Sucumbe a su vez, cuando el régimen del terror llega al paroxismo. Figura conflictiva y contradictoria, imprimió a la Revolución el giro abiertamente revolucionario que finalmente adquirió.

bién tenían intenciones de beber y de comer. En sus patios, La Fayette había hecho levantar un pabellón y en él, de día o de noche, se pudo siempre encontrar refrigerios y bebidas entre el 11 y el 15 de julio. El 10 de julio, en el Hôtel de Ville, los jefes de los federados eligieron por aclamación a La Fayette presidente de la Asamblea de los Confederados. La Constituyente y el rey recibieron a la Confederación de los Federados, encabezada por La Fayette, el 13 de julio. Aquí leyó él una arenga entusiasta, en la cual elogió a la Asamblea por "haber destruido el gótico edificio de nuestro gobierno y nuestras leyes", pero le rogaba que se apresurara a terminar la Constitución, a fin de que el Estado volviera a encontrar su fuerza; adoptó un tono pedante; después, en las habitaciones del rey, pronunció un breve discursillo: "Gozad, señor, del valor de vuestras virtudes; estos puros homenajes, que el despotismo no podría imitar, sean la gloria y la recompensa de un rey ciudadano..." Después juró obediencia al rey en nombre de los guardias nacionales de Francia. El rey respondió con una nobleza y una emoción que conmovieron a todos los federados: "Decid a vuestros conciudadanos que yo habría querido hablarles a todos como os estoy hablando ahora; decidles que el rey es su padre, su hermano, su amigo..." Estas palabras dieron en el blanco e impresionaron a los delegados. Además, en esos días el rey llamó y encantó a todas las delegaciones que vinieron a verlo: bretonas, turenesas, del Oeste, del Este y del Sur. Un espíritu de concordia y de entusiasmo reinaba en París: políticos influyentes, banqueros y personas adineradas, desde Beaumarchais hasta Le Pelletier de Saint-Fargeau, tendieron mesas a los federados, y muchos burgueses hacían lo mismo.

El 14, desde las ocho de la mañana, se puso en movimiento el gran cortejo, que partió del bulevar del Temple, lugar del encuentro. Divididas por departamentos, las cuarenta y ocho delegaciones seguían cada una a una gran bandera blanca ornada de una corona de hojas de roble, llevada por un anciano; los diputados precedían a la milicia; en la Plaza Luis XV, la Asamblea se juntó con el cortejo y se situó entre un pabellón de ancianos y una tropa de niños. Cuando pasaban, los hombres abrazaban a los federados, las mujeres y los niños les brindaban vino y frutas. Atravesaron el Sena sobre un puente de barcas y a las tres de la tarde llegaron al Campo de Marte, donde se apretujaban ya varios centenares de

miles de espectadores —según informaron los diarios. Bajo unas vastas galerías ornadas y cubiertas, situadas del lado de la Escuela Militar, estaba de pie el rey, vestido a la francesa; la reina, siempre fiel a las plumas, las había elegido tricolores. Entre el rey y la multitud se levantó el Altar de la Patria, rodeado de doscientos sacerdotes con túnicas blancas. La misa fue dicha por Talleyrand, poco habituado a estos menesteres, y que debió ensayar bajo la dirección de Mirabeau, más piadoso. Toda la ceremonia se desenvolvió mientras sonaban instrumentos militares y estallaban violentos chaparrones, alternados con relámpagos, que parecían seguir un ritmo. Después de la misa, se oyó el fragor del cañón, mientras La Fayette, apoyando sobre el altar su espada desenvainada, pronunciaba el juramento cívico, y todos los brazos se levantaban hacia él, todas las bocas le hacían eco y confirmaban, al parecer, sus solemnes palabras. Desde su trono, el rey declaró: "Yo, rey de los franceses, juro emplear el poder que me ha delegado el acto constitucional del Estado para mantener la Constitución decretada por la Asamblea Nacional y aceptada por mí". El sol, en ese instante, iluminó repentinamente la escena y la reina hizo dar a su hijo unos pasos en dirección a la multitud, que saludó con ovaciones prolongadas: "¡Viva la reina, viva el delfín!" Después, la multitud multiplicó alegremente las farándulas, las danzas campesinas y otras, que el mal tiempo no logró suspender, hasta tal punto estaba animada por la fuerza del patriotismo o la del vino. Esa noche los federados cenaron en unas mesas tendidas en La Muette, donde se habían puesto 22.000 cubiertos: la comida fue excelente. La Fayette, durante todo el día, fue ovacionado, pero el rey fue objeto de homenajes y manifestaciones más vivas y más espontáneas.

En líneas generales, la Federación fue realista. Si ese día hubiera habido una votación, el rey hubiera sido plebiscitado. Las demostraciones a su favor y a favor de la reina fueron entusiastas. Durante la comida de los distritos, los federados obligaron a los parisinos a beber a la salud de la reina, y lo que pudieron ver de la Asamblea causó mal efecto a más de uno. Mallet du Pan cita esta frase de los delegados de Vesoul: "Vuestra Asamblea es un burdel. ¡Ah! Teníais razón cuando nos escribisteis esto, y nos equivocamos cuando no os creímos". Se retiraron, pues, llenos de estima por la cocina de París y de amor por la familia real. Los

periodistas revolucionarios lo notaron, se indignaron de las efusiones del 14 de julio de 1790; Loustalot y Marat competían en la indignación; a Mirabeau no se le pasaba la rabia, hasta tal punto le parecía escandaloso el triunfo de su enemigo La Fayette. Y Mirabeau se puso a vociferar contra el pueblo, contra Orleáns, contra Monseñor y el antiguo régimen. La Fayette se esforzaba por afirmar su discreto triunfo: ninguno de los peligros previstos se concretó. Orleáns, que había vuelto de Londres la víspera de la fiesta, no tuvo ninguna participación; las delirantes pretensiones del barón Clootz, quien deseaba, después de una irrisoria visita a la Asamblea de los "delegados de la humanidad", transformar a la fiesta nacional en una fiesta internacional, se perdieron en medio del estruendo, la alegría y el patriotismo. La masa del pueblo francés quería la unión y un nuevo régimen encabezado por Luis XVI.

¿Qué podía hacer la masa del pueblo francés, sin organización y sin jefes? Entre ella y el rey no había nada que uniera, y los equipos de destrucción trabajaban con método y perseverancia. Hubo prueba de ello antes y después de la Federación. Los violentos disturbios de Nîmes, en la primera quincena de junio, que opusieron la municipalidad y un club local afiliado a los jacobinos, terminaron con una masacre de católicos. Toda la provincia se inundó de sangre y de odios religiosos. Más grave aún fueron los disturbios militares que siguieron al 14 de julio. La situación se alteraba dentro del ejército; desde mediados de junio de 1787 a julio de 1789, en la mayor parte de los casos, los oficiales se negaban a ejecutar las órdenes del rey o trataban de eludirlas. Esto concordaba con la rebelión de los parlamentos, de la nobleza y del clero. Concordaba sobre todo con la multiplicación de las logias de regimiento y su influencia. Después del 14 de julio, los ataques de que fue objeto la nobleza por parte de las turbas y las autoridades revolucionarias, la emigración de muchas grandes familias, el saqueo de muchos castillos, la supresión de los títulos de nobleza por la Constituyente cambiaron las disposiciones de los oficiales, que intentaron entonces restablecer el orden y cerrar filas en torno al rey. Las tropas, por el contrario, sumergidas por los emisarios y los clubes jacobinos, sensibles a la indisciplina que se difundía por todas partes, sólo pensaban en aprovechar la situación. Inquieta, pero preocupada ante todo por su popularidad, la Asamblea no quería sermonear a los soldados, y La Fayette,

que deseaba un restablecimiento del orden constitucional, multiplicaba sus cartas a Bouillé, el mejor general del ejército francés, para combinar con él una reorganización del ejército. Por su parte, los clubes jacobinos sólo pensaban en acrecentar su influencia. Estas dos fuerzas, que trabajaban en sentidos contrarios, debían chocar en perjuicio de los franceses —soldados y oficiales— víctimas de estas facciones y estos odios.

Nancy fue el teatro de esta lucha. En esta época los oficiales, obligados a prestar nuevo juramento a la Constitución, refunfuñaban. Al mismo tiempo, los clubes jacobinos de Nancy prosperaban; se habían puesto a obrar sobre los tres regimientos allí apostados: Mestre de Camp, caballería, Suizos de Chateauvieux, Regimiento del Rey, infantería. Mestre de Camp estaba ganado; Chateauvieux, formado por soldados ginebrinos y suizos de la región del Lemán, se mostraban favorables a la Revolución; el Regimiento del Rey, tropa privilegiada formada por oficiales escogidos y con un gran contingente de soldados de origen burgués, pasaba por ser "seguro". Pero desde setiembre de 1789 los emisarios orleanistas y la célebre Théroigne de Méricourt, que había sido ganada por el duque, se llevaban todo por delante; los soldados empezaban a mostrar indisciplina y los oficiales debilidad. Un Comité Patriótico, es decir, jacobino, se formó aquí y acrecentó el desorden; lo mismo ocurría en Metz, donde Bouillé estuvo a punto de ser asesinado. La Asamblea, enterada por La Fayette, se apuró a prohibir la existencia de clubes en los regimientos y decidió, para evitar todo pretexto de disturbio, que las cuentas de los regimientos debían ser fiscalizadas por oficiales generales nombrados por el rey. El decreto terminaba con amenazas contra cualquier movimiento de indisciplina.

Para La Fayette y sus amigos se trataba de "dar un golpe que hiciera ruido". El general enviado a Nancy fue monsieur de Malseigne, hombre célebre por su severidad, quien se encontró con una guarnición soliviantada. Para evitar los amotinamientos, los oficiales habían consentido en pasar a los soldados sumas de dinero que les permitían beber y fraternizar entre ellos, sobre todo con los elementos jacobinos; la Asamblea Nacional, alertada, votó el 16 de agosto un nuevo decreto en el cual exigía la confesión de las faltas de los culpables, su arrepentimiento o su castigo como criminales de "lesa nación". Al enterarse, los soldados empezaron

por firmar un acta de arrepentimiento; en medio de todo esto, monsieur de Malseigne llegó a Nancy; al enterarse que los Suizos de Chateauvieux se habían insubordinado, les ordenó que partieran hacia Sarrelouis. Los hombres se negaron y fueron apoyados por el Regimiento del Rey y una parte de la población. Frente a esta situación, monsieur de Malseigne, inquieto por su propia vida, huyó, mientras que los soldados, entusiasmados por las nuevas incitaciones que llegaban de París, se apoderaron de las armas, maltrataban a sus oficiales y los metían en las cárceles. Un destacamento de Mestre de Camp persiguió a Malseigne, refugiado en Lunéville, de donde envió una compañía de carabineros en dirección a la ruta de Nancy. Allí se encontraron con la caballería rebelde y, en una breve escaramuza, mataron a unos cuantos e hicieron huir al resto. El incidente produjo furor en los cuarteles de Nancy; sin embargo, los carabineros de Lunéville, trabajados por elementos jacobinos, se volvieron y marcharon hacia Nancy con monsieur de Malseigne como prisionero.

Frente a tantos desórdenes, monsieur de Bouillé consideró necesario actuar. Sostenido por La Fayette, la Asamblea y el rey, marchó sobre Nancy con un ejército poco numeroso pero seguro. Iba allí para aplicar el decreto del 16 de agosto y reducir a los insurrectos. La guarnición se puso en estado de defensa el 31 de agosto. Estaba compuesta de 10.000 hombres, frente a los 1.400 soldados de caballería y 3.000 infantes de Bouillé, pero carecía de jefe. Asustados, los amotinados enviaron una delegación de soldados y consejeros municipales. Bouillé exigió que la guarnición saliera de Nancy dirigida por Malseigne y los oficiales prisioneros, y que designara a cuatro hombres en cada regimiento como jefes de la sublevación, que habrían de ser juzgados según la ley militar. De lo contrario, amenazaba con tomar militarmente a Nancy. Inquietos, los tres regimientos rebeldes salieron de Nancy y liberaron a los principales oficiales prisioneros. Sin embargo, cuando Bouillé quiso entrar en la ciudad, los amotinados cañonearon a las tropas. Bouillé, de todos modos, ocupó Nancy, y sus soldados, enfurecidos, tomaron represalias enérgicas para terminar con esta situación de sublevación endémica. Estas represalias no dejaron de sorprender a la Asamblea que, maniobrada por los jacobinos, acababa de preparar una moción conciliadora. La moción llegaba demasiado tarde; utilizando su derecho y siguiendo

el deber que imponían las capitulaciones, los consejos de guerra de los regimientos suizos condenaron a muerte a 32 soldados de Chateauvieux, y a galeras a 41. Por primera vez desde 1787 se había sofocado una sublevación civil o militar. Dado que había triunfado, la Asamblea felicitó a Bouillé. La Fayette, que por un instante había pensado en hacerse enviar a Nancy, se vio obligado a expresar a su primo su satisfacción y sus felicitaciones. Se difundió entonces la noticia de que 3.000 franceses y suizos habían encontrado la muerte en este altercado; al parecer, esta cifra debe ser reducida a 500. De este modo, por primera vez en tres años, corrió la sangre.

En el embrollo de la revuelta de Nancy, que despertó todos los odios internos, que emergieron rápidamente después del perfecto acuerdo de la Federación, intervino la tontería, el malentendido y el encono; de todos modos, un país como Francia no podía tolerar un ejército indisciplinado, si no quería quedar a merced de sus vecinos, amigos o enemigos. La operación iniciada en 1787, al prolongarse, trajo un desgarramiento cada vez más trágico dentro de la nación. La Fayette, que había servido en los Estados Unidos, se daba cuenta de ello, Mirabeau lo sabía, Duport y Barnave, Alexandre y Charles de Lameth empezaban a darse cuenta. Pero en ellos el problema constitucional, ya complejo, se unía a un problema individual. Inclusive de acuerdo sobre los principios, estos hombres no se entendían sobre la acción que debía seguirse, pues Mirabeau quería dinero y un ministerio, Charles de Lameth el lugar de La Fayette, y Duport se consideraba digno de gobernar la nación. La manifestación pacífica del 14 de julio de 1790, la operación militar de agosto, no arreglaron nada. Indicaban un deseo de orden, pero también revelaban el gran poder de los clubes revolucionarios y, en la hora en que algunos jefes se orientaban hacia un entendimiento, sus tropas, adoctrinadas por ellos, ya no estaban dispuestas a seguirlos. La nobleza "patriota" había enseñado la rebelión a la plebe, a matar y a reinar por medio de la fuerza. Había formado dirigentes capaces de suscitar y orientar la sublevación. Pero estos hombres y estas tropas ya se volvían contra la nobleza.

Capítulo IV

LOS TRIUNVIROS Y EL EXTRANJERO

Desde 1688, Francia tuvo en Inglaterra a una enemiga paciente, encarnizada, despiadada. Ni Luis XIV ni Luis XV habían logrado vencerla; más afortunado, Luis XVI obtuvo sobre ella una victoria plena de innumerables frutos. Al continuar la política de su abuelo, aunque con más inteligencia, evitó todo conflicto en Europa y, de este modo, conservó la alianza con Austria, que bastó para mantener frenada a Prusia; por otra parte, se apoyaba en el Pacto de Familia, que le proporcionaba la ayuda española contra Inglaterra, la flota y ante todo el oro de España, en una época en que este país seguía siendo el más opulento de Europa. Luis XVI, por otra parte, no buscaba la destrucción total de Inglaterra, ni la expansión territorial inmediata de Francia; sólo buscaba su expansión económica y un acrecentamiento de su autoridad; la intervención a favor de los Estados Unidos y el tratado comercial franco-americano (1778), el tratado comercial franco-británico (1787) y los esfuerzos realizados para reavivar el comercio francés con el Levante revelan el carácter original de la política del rey. El rey había obtenido en 1780 un gran éxito al atraer a Holanda dentro de la órbita de Francia, pues Holanda era entonces el gran país bancario del continente.

Esa política de fuerza, de paz y de prosperidad, implicaba por lo pronto el entendimiento con los países vecinos; en caso de guerra, éstos servían de tapón; en tiempos de paz, eran los compradores naturales de los productos agrícolas e industriales de Francia. El Pacto de Familia entre los Borbones de Francia y los de España protegía la frontera en el Sur, que podía ser desguarnecida sin peligro; los casamientos de Monseñor y del Conde d'Artois con princesa piamontesas, el de madame Clotilde con el príncipe here-

dero del Piamonte, crearon numerosos vínculos entre París y Turín. Luis XVI también estaba atento a Suiza, y negoció un tratado de "alianza general" con todos los cantones (1774 y años subsiguientes). Y siempre se las arregló para tener relaciones íntimas con ellos. En cuanto a los príncipes alemanes de la región renana, en particular los Dos Puentes, se les prodigó subvenciones y honores; eran llamados a la corte, invitados a la ópera, y en este lugar más de uno de ellos se pavoneó con alguna querida. La política renana de Luis XVI estaba marcada por la prudencia, la habilidad y el éxito. Nada tenía que temer del lado de los Países Bajos austríacos, gracias a su alianza con los Habsburgo; sin embargo, temía la agitación que allí reinaba, que facilitaba las intrigas inglesas y creaba un centro de disturbios cerca de Francia.

A pesar de la animosidad de José II, quien nunca comprendió el valor de Luis XVI y le creó innumerables dificultades, en 1786 la política seguida parecía ser excelente por sus resultados. El nuevo aliado, los Estados Unidos, atravesaba una crisis, pero gracias a Washington parecía ser capaz de salir de ella, y la rica colonia de Santo Domingo nunca estuvo más protegida. En Europa, hasta Rusia se aproximaba a Francia. Después de un largo período de hostilidad, Rusia intentó llegar a un entendimiento con Luis XVI, y José II soñaba con una gran alianza que habría de unir a Austria, España, Francia y Rusia. Nada puede probar de mejor manera hasta qué punto Luis XVI había triunfado en su política. Por otra parte, a pesar de las instancias del conde de Mercy, el rey no tenía apuros por firmar esta alianza, que amenazaba con inquietar a aliados tradicionales y fieles de Francia: Turquía, Suecia y la desdichada Polonia. Aunque hubiera querido hacer tal, en 1789 ya no había posibilidad de celebrar una alianza en medio del caos de la política interior del país. Como ya hemos visto, la resistencia de los Notables en 1787 y la debilidad de Brienne habían permitido a los ingleses y prusianos vencer al partido francófilo en Holanda y restablecer al Stathuder en el trono, haciéndole firmar una alianza con Inglaterra. Sin embargo, el sentimiento nacional holandés se encrespaba, y la última palabra aún no se había dicho; de todos modos, por el momento, Luis XVI no pudo hacer nada.

A medida que se desarrollaba la situación, la posición del rey y su diplomacia se agravaba. En julio de 1789, Mercy señalaba a su gobierno, de manera prudente pero franca, la polémica encarni-

zada que habían iniciado los principales diarios revolucionarios contra Austria y María Antonieta, en quienes los revolucionarios veían un agente austríaco.

Esta campaña no amenguaba. Durante el 5-6 de octubre de 1790, Saint-Priest aconsejó a Mercy que se ocultara, pues corría peligro. El 10 de marzo de 1790, Charles de Peyssonnel, "antiguo cónsul general de Francia en Esmirna", pronunció un gran discurso a los jacobinos. Allí volvía a tomar las principales ideas de su libro, *Situación política de Francia y sus relaciones actuales con todas las potencias europeas* y se esforzaba por demostrar "mediante los hechos históricos y los principios de la sana política, todos los males que había causado a Francia la alianza con Austria". La muerte de José II (noviembre de 1790), la atmósfera de guerra en Europa, parecían exigir una revisión por la Asamblea de toda la política francesa; también se reclamó la utilización exclusiva de "generales y diplomáticos" patriotas. España no fue perdonada; se la detestaba por el catolicismo intransigente de su monarquía absoluta y por su altivez. A pesar de las amistades que le había ganado al embajador Aranda su condición de masón prominente, su sucesor Fernán Núñez sólo encontró hostilidad en los medios revolucionarios. Núñez señala que las turbas, en el verano de 1789, cuando detenían a extranjeros, les preguntaban si eran ingleses. Y, cuando descubrían que eran españoles, trataban de ahorcarlos. El gobernador Morris, en su *Diario*, confirma esta anglofilia de la multitud. En el estado mayor de la Revolución, los Orleáns, los Lameth, Duport y la alta nobleza jacobina habían elegido a Inglaterra como modelo y copiaban las maneras inglesas. Los pueblos continentales pasaban por estar llenos de prejuicios, de atraso e inferioridad. Inclusive una nación republicana, como Suiza, era satirizada, pues en los principales cantones el gobierno estaba en manos de una aristocracia imbuida de principios religiosos.

Sin embargo, estas consideraciones cedían el paso en 1789-1790 a una preocupación más urgente: conservar la paz a cualquier precio para tener tiempo de llevar a cabo la Revolución y no correr el riesgo de recaer bajo la férula del rey, apoyado por el ejército y la flota, con el pretexto de la necesidad militar. A esta preocupación respondió la declaración hecha por la Asamblea el 22 de mayo de 1790: "La nación francesa renuncia a iniciar ninguna guerra que tenga como mira las conquistas y jamás empleará

sus fuerzas contra la libertad de ningún pueblo". De esta manera se pensaba notificar a los países extranjeros que no serían inquietados y que se quería la paz. Este programa prudente convenía a las circunstancias y a los medios de Francia, cuyo ejército y flota estaban en plena crisis: se situaban en la línea política de Luis XVI. Pero iba a ser cada vez más difícil seguirla. Los acontecimientos de julio y octubre de 1789, la efervescencia en que se encontraba París, el alza de los precios y la desaparición de la corte, todo esto y el temor que reinaba en Francia provocaban la partida de los extranjeros ricos y de los turistas elegantes que, desde hacía un siglo, se complacían en vivir en Francia, o creían que no podía hacerse una gira por Europa sin una larga estadía en París y en la corte. Las cartas de Mazzei a Stanislas Poniatowski mencionan continuamente el éxodo de todas las grandes familias polacas de París: Czartoryski, Potocki, Sangusko, Tyszkiewic, Sapieja, etc.; los embajadores extranjeros fueron unánimes en estas observaciones. Mientras que las carrozas, las calesas, las berlinas y las sillas de posta se llevaban a los viajeros de fortuna, en carretas o a pie llegaban turbas famélicas procedentes de Saboya, de Suiza, de Renania, que marchaban hacia París para encontrar, si no trabajo, por lo menos alguna ganancia. Precediéndolos, los holandeses "patriotas" en número de 40.000, según se dice, habían emigrado a Francia, así como los jefes del partido popular de Ginebra, Clavière, Dumont, d'Yvernois, etc., y el abogado Castella, de Friburgo. Todos éstos y muchos otros habían participado en los comienzos de la Revolución; después se habían apresurado a entrar en el ambiente jacobino, en el cual no cesaron de empujar la rueda, preparando la extensión del movimiento revolucionario, pues querían volver a sus países como triunfadores. Algunos miembros franceses de los jacobinos se inquietaron, como ese conde de Crillon, que amenazó con dejar el Club si no se restablecía el orden.

Los jacobinos tomaron medidas, aunque poco eficaces. Por el contrario, la presencia de extranjeros en los clubes revolucionarios franceses se acentuó sin cesar. No vacilaron en admitir, el 17 de setiembre de 1790, a W. A. Miles, pastor anglicano y propagandista inglés, que Pitt enviaba a París para intrigar contra el Pacto de Familia. Inclusive se lo admitió al Club de 1789. Después le llegó el turno al judío Efraim, agente del rey de Prusia. Carra, otro agente prusiano, tenía en todas partes las puertas abiertas.

Por lo tanto, no hay que asombrarse de que las relaciones entre Francia y sus aliados hayan empezado a deteriorarse a partir de 1789. Friburgo, en Suiza, era una pequeña república aristocrática, próspera y apacible, de la cual venían todos los jóvenes para servir en el ejército francés, que compraba a Francia trigo, sal y cañones, y cuya aristocracia era tan francesa como suiza; en una palabra, manteniendo su autonomía, vivía bajo la égida de Francia, a la cual enviaba sus presos, pues no poseía bastantes cárceles. Con mucha cortesía, el embajador de Francia era allí árbitro. Desde julio de 1789 el tono cambió. Las autoridades revolucionarias quisieron que las tropas de Friburgo prestaran un juramento cívico contrario a las capitulaciones firmadas entre Francia y Friburgo. Después, el cantón se inquietó en razón de que la indisciplina que se difundía en sus regimientos de Francia amenazaba contagiar al cantón. Después, Friburgo y las principales ciudades suizas, en primer término Zurich, se alarmaron por las inversiones francesas, considerables en aquella época, ¡especialmente por las rentas del clero, que los suizos consideraban desde hacía tiempo como las más seguras! La política de los asignados los horrorizaba y la baja de la moneda francesa les costaba caro. El 20 de mayo de 1790 el Estado de Friburgo fue atacado personalmente por Grégoire en la Asamblea Nacional; el sacerdote revolucionario denunció al gobierno de esta república como tiránico; elogió la rebelión de 1781 como "un medio siempre legítimo cuando se trata de quebrantar el yugo vergonzoso de la opresión". Las quejas llegaron también a Berna y a Zurich, que habían apoyado a su aliada. La Asamblea votó la liberación de los friburgueses retenidos en las galeras francesas de Tolón. Unas semanas más tarde, el ministro francés debió reconocer la imposibilidad de enviar a Friburgo la sal prometida, pues los departamentos querían guardarla. En un año, la amistad y el espíritu de alianza habían desaparecido. El comercio mismo sufría, a causa de la crisis de la moneda y de las dificultades del correo. Éste era vigilado estrechamente a fin de que ninguna carta pudiera escapar a la censura revolucionaria; del mismo modo, ningún viajero —aunque fuera un campesino que venía a vender su vaca— podía entrar a Suiza sin complicados trámites.

Una nueva situación se presentaba a lo largo de la frontera: por todas partes profesores, escritores, burgueses cultos y nobles

elegantes prestaban un interés apasionado a los acontecimientos de Francia; del mismo modo, en los cantones suizos y en los Estados romanos, los descontentos se volvían hacia Francia. El nuevo emperador de Austria, Leopoldo II, ocupado en instalarse, no se inquietaba, pero España, dotada de una eficaz policía, y los cantones suizos, siempre prudentes, se alarmaban. Mercy daba seguridades a su gobierno, afirmándole que a partir de ese momento, y por mucho tiempo, Francia no iba a ser capaz de hacer nada en bien o en mal; él se ocultaba y aconsejaba a la reina una absoluta pasividad. Fernán Núñez fue obligado a actuar cuando surgió el incidente del Nootka Sund, que se demoraba. Este conflicto con Inglaterra exasperaba a España, que reclamaba el apoyo de Francia. El embajador exigió, en nombre de su soberano, que el gobierno francés diera seguridades formales en relación al Pacto de Familia. Luis XVI, de acuerdo con La Fayette, logró demorar la prueba y, en el período que siguió a la Federación, en el cual la Asamblea, impresionada por la autoridad del rey y de La Fayette, parecía más dócil, le planteó la cuestión. La discusión fue larga, llena de alternativas. El Pacto de Familia no era popular, pero la reciente obra de Burke, *Reflexiones sobre la Revolución de Francia*, en la cual el autor se indignaba por el papel desempeñado por los revolucionarios franceses, molestó a muchos jacobinos y los indispuso con Pitt. La Asamblea vacilaba antes de quebrantar el Pacto, pero exigía nuevas negociaciones para transformar este tratado diplomático y dinástico en un pacto nacional. Fue entonces que Pitt envió a Miles y a Hugh Elliott, bien llenos de oro. Estos hombres no tuvieron dificultades en ponerse de acuerdo con Mirabeau que, en materia de política exterior, lograba hacerse escuchar en la Constituyente; ya se creían seguros de la victoria; pero Fernán Núñez, advertido, vio que Mirabeau se aproximaba a los ingleses, y le envió una suma más apetecible; cuando llegó el día señalado, Mirabeau pronunció a favor del Pacto de Familia un maravilloso panegírico, que ganó la votación; el texto del decreto contenía, por otra parte, muchas reticencias; pero lo esencial no faltaba: "...La Nación francesa, al tomar todas las medidas apropiadas para el mantenimiento de la paz, observará los compromisos defensivos y comerciales que su gobierno ha contraído previamente con España", y se decidió armar treinta navíos; pero la Asamblea pedía al rey que "fortaleciera con un tratado nacional los fecundos vínculos entre

los dos pueblos". Este lenguaje, y la sublevación de los marinos franceses en Brest, por esa época, procuraron al gobierno español los datos requeridos y, ya sin esperar nada de Francia, España se apresuró a tratar con Inglaterra. Montmorin se sorprendió de que Fernán Núñez y Floridablanca, siempre corteses, no le dieran las gracias por el éxito diplomático logrado. La causa no fue, sin duda, el consabido descuido de los españoles, sino el sentimiento de que no corresponde agradecer lo que uno ha pagado.

Arreglado este problema, se presentaron muchos otros. Marsella y el Sur del valle del Ródano estaban llenos de grupos y propagandistas jacobinos. Por esto les resultó fácil apoderarse de Avignon, ciudad que había sido vendida al Papa por la casa de Provenza en 1348, y cuyos habitantes también gozaban de autonomía en Francia. El golpe de mano, perpetrado redondamente el 11 de junio de 1790, no encontró resistencia. Después, a partir del 26 de junio, los "delegados" de Avignon se presentaron a la Constituyente y declararon: "Diputados de un pueblo independiente y soberano, venimos a jurar una inviolable fidelidad a la Nación francesa. . ." La Asamblea, entre su doctrina: "La voluntad del pueblo es la ley", y su política: "No queremos guerra", se vio en aprietos y trató de evitar por el momento la decisión. En efecto, el rey no admitía este procedimiento. La situación tampoco era clara en el Este: los príncipes y los barones alemanes poseían en Alsacia territorios que les pertenecían; los campesinos, por su parte, se consideraban franceses y se negaban a pagar los derechos feudales; pero los propietarios citaban el tratado de Westfalia, que les garantizaba estas tierras con dichos derechos feudales. En este punto la Asamblea, perpleja, reservó su opinión; pero un día sería menester tomar posición y lanzarse a una Revolución europea si no se quería limitar a la Revolución Francesa.

El asunto de Bélgica parecía más peligroso y más complicado. Desde hacía mucho tiempo, La Fayette mantenía relaciones con elementos brabanzones y con los belgas descontentos de la política brutal de José II; desde hacía mucho tiempo, Orleáns enviaba emisarios a Spa, Lieja y las principales ciudades de los Países Bajos austríacos. También aquí los jacobinos ponían jalones. Pero especialmente los ingleses, junto con los holandeses y los prusianos, observaban de muy cerca la tormenta que se preparaba. Nunca, desde 1300, habían tolerado en ese país el establecimiento de una

potencia fuerte y rival. Por lo tanto anhelaban la independencia de estas provincias, mientras que los Países Bajos trataban de atraerlas y Prusia procuraba sobre todo debilitar a Austria. Los jacobinos franceses se asociaron a este deseo y al de Inglaterra. La facción de Vonck y del general van der Meersch, favorable a la política de La Fayette quería crear una república democrática que se inspirara en la Constituyente francesa, pero la nobleza, dentro de la cual el conde de La Marck jugaba un papel importante, la Iglesia y la burguesía conservadora deseaban ante todo volver a los antiguos privilegios de su país. Desde los comienzos de diciembre de 1789, la Revolución triunfaba y los Estados de Brabante se reunían. Muy velozmente el partido eclesiástico asumió la dirección; perseguidos y detenidos, los demócratas se esforzaron por resistir y, en medio de este desorden, el emperador tuvo tiempo de preparar la reconquista.

La Fayette mantenía en Bélgica tres agentes principales: Sémonville, Tort y Torfs (belga). Deseando instalar en este país una república de tipo americano, La Fayette se negaba a ayudar a los rebeldes aristócratas y obedecía al rey, que quería, sin indisponerse con Austria, mantener el contacto con los belgas a fin de ayudar a la reconciliación. Luis XVI recibió una carta de los "Estados Belgas" y la transmitió a la Asamblea (18 de marzo de 1790), que ya había recibido dos. La Fayette aconsejó a los diputados que no se mezclaran en el asunto y que dejaran la cosa en manos del rey. Había soñado con reunir un ejército de 25.000 hombres en las Ardenas para apoyar esta rebelión. Las querellas que oponían a los belgas entre sí y la elección que hicieron de una Constitución de tipo suizo lo irritaron. La Fayette se daba cuenta, por otra parte, que el estado caótico del ejército francés y su propio agotamiento no iban a permitirle al país, ni a él jugar aquí un papel activo. Las tropas imperiales entraron en Bélgica en diciembre de 1790; para Navidad toda la comarca estaba en sus manos. Francia recibió un nuevo contingente de "patriotas", de jacobinos y de revolucionarios que venían a buscar en ella un refugio y la ocasión de ejercer sus talentos.

La Revolución Francesa inspiraba tal temor y tal horror a los jefes belgas que las posibilidades de imitación habían desaparecido; además, por haberlos dividido, se volvía responsable de su derrota. Al mismo tiempo, los agentes jacobinos franceses se habían

enterado de la situación de Bélgica, de sus incalculables riquezas, sus aspiraciones y sus puntos débiles. Ellos sabían que, aunque restablecido sin mucho esfuerzo, el dominio austríaco iba a ser precario y difícil de mantener en caso de guerra, pues las líneas de comunicación austríacas eran malas y la población, que había probado la libertad, aguantaba mal la autoridad.

Mientras en 1786, en torno de las fronteras francesas, se alineaban naciones estables y aliadas, hacia fines de 1790 todos los vecinos de Francia se agitaban. La mayor parte de las autoridades constituidas en España, en el Piamonte, en Suiza, en la Alemania renana y los Países Bajos, contemplaban con ojos hostiles a la Francia jacobina, mientras algunos grupos aún débiles, pero muy activos, se volvían hacia ella. Grandes disturbios se preparaban.

CAPÍTULO V

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

Los éxitos de la Revolución no trajeron prosperidad a París, no hicieron bajar el precio del pan, ni procuraron trabajo y bienestar al bajo pueblo. Por el contrario; el éxodo de los extranjeros ricos, la marea de mendigos y desocupados, la amenaza constante de sublevaciones dificultaba el comercio, y la práctica de todas las profesiones se había tornado más ardua y menos lucrativa. Las multitudes de París, o por lo menos los que no recibían salarios de los jacobinos, de La Fayette o de la corte, sufrían todo esto y estaban de mal humor. La gente estaba harta de proclamas, vacías y vanas.

La Constituyente no lo ignoraba; el 11 de febrero de 1790 presentó su defensa con solemnidad: al enumerar todos los "abusos", todos los "privilegios", todas las "servidumbres" que pensaba abolir, intentó responder a las quejas principales: "Todo lo habéis destruido y sin que nadie os haya autorizado a ello". "Nosotros hemos destruido para reconstruir; tenemos con nosotros todos los sufragios que se pueden contar". "Habéis actuado con excesiva precipitación; vuestras asambleas son tumultuosas; aspiráis a una perfección quimérica; *aún no se ha hecho nada por el pueblo.* Habéis destruido el Poder Ejecutivo... En la actualidad, sin fuerza..., habéis armado al pueblo... habéis cedido vuestros poderes". A todos estos reproches, el Comité nombrado por la Asamblea respondió pomposamente, pero no podía cambiar la realidad, ni convencer a personas que cada día se agriaban más. En el segundo semestre de 1790 los jefes revolucionarios se inquietaron ante esta situación, y ante su creciente pérdida de popularidad, sobre todo La Fayette, el más sensible a esta pérdida, pues no podía prescindir de "la sonrisa de la multitud", ni de la tierna amistad de sus cómplices. Que Mirabeau lo llamara "Gilles César", "Gilles

el Grande", "Cromwell Grandecito", o "El Pequeño Gran Hombre", poco le importaba. ¿Acaso el tribuno era un inmoral y un tarado? Pero que la multitud no lo contemplara con amor, que Duport, Lameth, Barnave lo atacaran a la primera ocasión, era algo que no podía soportar. Y escribió a su confidente ordinario y agente oficioso en la Asamblea, el marqués de Latour-Maubourg, después del 14 de julio de 1790: "... No sé si es el sentimiento de nuestra fuerza en el momento, o el amor de la Revolución, o esta amistad que uno se complace en volver a encontrar en el fondo del corazón, pero la división del partido popular se me hace más intolerable que nunca..." De hecho, esta oposición, conocida por todos, perjudicaba a los jefes revolucionarios, a quienes se acusaba de intrigar, y sobre todo a La Fayette.

Su papel de custodio del rey lo volvía odioso a los realistas, su papel de gendarme lo hacía detestar por los jacobinos, y su incapacidad de mantener el orden después de un año de poder, cuando todo el mundo sabía que era el jefe de los ministros e inclusive del soberano, lo convertía en un personaje grotesco: en su crudo italiano, la mujer del embajador de Nápoles, no tuvo reparos en calificarlo de *coglietta e birbantello.* El mismo Montmorin reconocía su impotencia y el gobernador Morris se lo decía en público. Sus enemigos aprovechaban; multiplicaban contra él los folletos insultantes y lo acusaban, especialmente, de ser amante de María Antonieta. Marat se encarnizaba contra él. Harto de estos ataques, cometía imprudencias e impertinencias que irritaban aún más. Nada le salía bien; su Club de 1789 no servía para nada; sus guardias nacionales estaban sumergidos por los franciscanos, los jacobinos y sus secciones, y ya no constituían más que un arma precaria. Estaban tan invadidos por elementos contrarios a La Fayette, que jamás logró éste echar mano a Marat, a pesar de estar condenado.

La idea de reformar la unidad del "partido popular" lo obsesionaba; veía aquí el único remedio a sus tribulaciones, la única manera de "llevar a cabo la Revolución" con un triunfo y hacer de ella una obra duradera. Para esto creía necesario reconciliar y reagrupar a la *élite* de esa minoría de la nobleza que, desde hacía cerca de cuatro años, llevaba el asalto contra la monarquía. Utilizó como intermediario a Danton, siempre dispuesto a prestar servicios por un precio razonable, y se entrevistó con los Triunviros secretamente en las noches de julio y agosto de 1790; no pudieron

entenderse; de los dos lados, sin dejar de combatir, la gente se puso a hacerse cumplidos; Barnave sostuvo a La Fayette en el debate sobre la sedición de Nancy; La Fayette se arregló para hacer que los Triunviros adhirieran al Comité de Revisión de la Constitución. Pero actuaba sin Mirabeau, que no dejó de hacer todo lo posible para envenenar las relaciones entre estos hombres, cuya unión los hubiera convertido en árbitros de la situación. Cuando negociaba con La Fayette, a quien había visto en julio de 1790, y que ayudó a la mayoría de la Asamblea a enterrar la investigación del Châtelet sobre las jornadas del 5 y 6 de octubre de 1789, investigación tan embarazosa para Mirabeau y para Orleáns, Mirabeau llevó al mismo tiempo contra él una guerra implacable y fue al Club de los Jacobinos para denunciarlo (15 de diciembre de 1790); después se hizo elegir jefe de batallón de la Guardia Nacional en la sección de Grange-Batelière, un buen puesto para importunar al general. De vuelta a Francia en julio de 1790, junto con Laclos y con dinero renovado, el duque de Orleáns añadió sus intrigas a las de los tribunos; Laclos se había instalado en el Club jacobino y desempeñaba allí la función clave de redactor y editor del *Journal des Amis de la Constitution*, publicación semanal que aseguraba el vínculo entre la sociedad madre y las sucursales. Mediante estos cuidados, Orleáns recobraba gradualmente su clientela y La Fayette era sometido a un fuego graneado de ataques.

De esta manera se presenta el "partido patriota" en el otoño de 1790. Exteriormente nada ni nadie lo amenazaba, los soberanos extranjeros se regocijaban demasiado del desorden y la declinación de Francia para emprender nada que pudiera poner fin a la cosa; los emigrados se agitaban en medio de la impotencia y la división; en el interior el rey sólo tenía un poco de dinero, su única arma, y trataba de utilizarlo para salvar los restos de su poder, el ejército, la flota y las alianzas de Francia; el miedo, la delación y las bandas armadas impedían que se formara cualquier otro partido, cualquier otra agrupación. Seguros de dominar la política nacional, los jacobinos daban rienda suelta a su celo democrático, a su pasión igualitaria y a su voluntad de promover la Revolución. Gracias a la situación adquirida, a sus riquezas y a su prestigio, los Triunviros seguían manejando los hilos, pero otros jefes comenzaban a surgir y a imponerse; el más notable era Maximilien de Robespierre. Desde abril de 1790 se lo había elegido presidente de esa

sociedad; menos elocuente que Mirabeau, menos inteligente que Barnave o que Charles de Lameth, no por ello dejó de imponerse a la mente de la gente modesta de manera más profunda y eficaz. El pueblo, y en general cualquier oyente, comprende poco lo que se le dice, pero lo siente; y se sentía perfectamente que Mirabeau, La Fayette, Barnave, Charles de Lameth, e incluso el mismo Duport luchaban por el poder y el dinero. No así Robespierre; las personas inteligentes podían reprocharle su falta de espíritu práctico y de ingenio; como tribuno era excelente; su posición, siempre la misma, sencilla, obstinada, subrayada por una lógica monótona, encarnizada y de ritmo muy lento, lo revelaba como el apóstol de la plebe y de los sublevados, a quienes siempre defendía: los marinos amotinados contra su almirante d'Albert y sus oficiales, los soldados de Nancy contra Bouillé y los otros jefes, los ciudadanos pobres, privados del derecho de voto, y para quienes él lo reclamaba. El Club, libre de su elemento moderado, que se había ido de la Sociedad de 1789 junto con La Fayette, estaba ya maduro para seguir a Robespierre.

Mirabeau, La Fayette, los triunviros, todos tenían vínculos con la Enciclopedia y con Voltaire; Robespierre, el único, estaba vinculado a Rousseau por su orientación más que por sus principios, pues la doctrina fina y profunda de Rousseau se le escapaba. Poseía el tono del catecismo y la facultad desinteresada de indignación que Jean-Jacques manejó tan bien antes de él. Muy pronto llegó a ser el "predicador" de los jacobinos y, en esta condición, fue un verdadero dirigente. Para todos estos seres inquietos y descontentos, que se apiñaban en el Club, tan sólo Robespierre aparecía como puro, apasionado de pureza y capaz de inflamar las almas. Ahora bien, la Revolución entraba en su fase religiosa: a fuerza de "laborar en lo hondo" y de cortar las raíces del pasado feudal, Duport y sus amigos se habían enfrentado con el problema esencial: ¿qué autoridad suprema habría de reconocer la Nación? ¿Dios, el dios predicado por Jesús, el dios de los filósofos o el ciudadano, el hombre esclarecido, que vota y delega sus poderes al Estado? A pesar de las numerosas declaraciones deístas y cristianas de la Constituyente, la minoría dominante y los jacobinos se negaban a inclinarse ante cualquier divinidad que no fuera la Razón, representada por sus razones y conforme a sus razones. Al apoderarse de los bienes del clero, habían dado un golpe doble; habían parado

el déficit del presupuesto y habían destruido el primer orden del Estado, del mismo modo que el 14 de julio y el 4 de agosto habían destruido a la nobleza. Arreglado el asunto, no tenían intenciones de devolver al clero su lugar; por el contrario, se proponían aprovechar la situación para domesticar a los eclesiásticos y convertirlos en servidores del Estado revolucionario, como ya lo habían sido del Estado monárquico durante más de doce siglos. Ninguno de ellos reconocía la realidad de lo "espiritual", ni ponían en duda la importancia de esta decisión, que hubiera llevado a Francia a un estado inferior al del antiguo paganismo; veían aquí la conclusión lógica de un problema delicado: encontrar un empleo útil para un cuerpo estimable, aunque decaído, privado de honores y las funciones irrazonables que había acaparado en otros tiempos, pero destinado a desempeñar un papel subalterno en la sociedad nueva; no dudaban de que el cuerpo se iba a prestar a ello; como el pueblo, para llegar a ser democrático y "razonable" requería una educación, el clero, que conocía bien al pueblo y lo dominaba desde hacía mucho tiempo, podía servir de instrumento, siempre que se penetrara él mismo del nuevo espíritu. Así se iba a evitar el crear con grandes gastos y lentamente ese cuerpo de instructores públicos que Turgot, que no se había atrevido a tocar a la Iglesia, imaginaba en 1775.

El ejemplo de Inglaterra, en donde el gobierno dominaba a la Iglesia, el apoyo dado por la mayoría de los curas a las causas defendidas por el Tercer Estado, la presencia en las logias, y después entre los jacobinos, de sacerdotes que irrumpían con diatribas "patrióticas" y democráticas, todo permitía pensar que la operación iba a salir bien y que los elementos masónicos, que deseaban rebajar al cristianismo, arrastrarían a los tibios; una vez lograda la votación, los ministros, aterrados por la Asamblea, temblando por sus carteras y poco inclinados a la religión, iban a obtener fácilmente el consentimiento de un rey que ya no contaba con ninguna arma para imponer su voluntad y que se esforzaba, evidentemente, en ganar tiempo. La operación se llevó a cabo redondamente; no fue necesario apelar a grandes tribunos o a medios extraordinarios. Fue una operación conforme con el espíritu de la Enciclopedia y las enseñanzas de la masonería, con los deseos de los jansenistas, de los protestantes, de los galicanos y de todos los que, sin compartir las creencias de éstos, se asociaban a sus

odios, y la resistencia no fue posible en 1790. Sin embargo, el Comité Eclesiástico de la Asamblea, presidido por el obispo de Clermont, asistido por el obispo de Luçon, contaba con una mayoría de católicos y en noviembre de 1789 rechazaron un proyecto presentado por Durand de Maillane, que hubiera parecido moderado de no haber previsto la ruptura con Roma, privada de elección e inclusive del control de los obispos. De tal modo, en febrero de 1790, la mayoría de la Asamblea, dirigida esta vez por el abogado Treilhard, atacó al Comité eclesiástico, culpándolo por su inacción; se decidió añadirle quince miembros nuevos, "bien pensantes", es decir, decididos a reducir a la Iglesia de Francia al Estado revolucionario. Treilhard se convirtió en el jefe de equipo, ayudado por dos abogados, Lanjuinais, un bretón obstinado, y Martineau, un parisiense arrivista. A instigación de Treilhard, y siguiendo la batuta del partido "patriota", la Asamblea votó que el Comité eclesiástico debía someterle a la brevedad posible un "plan constitucional para la organización del clero". La crisis se aproximaba.

Los dos obispos, desalentados, se fueron del Comité; se sentían incapaces de resistir y rechazaban de antemano toda responsabilidad en lo que se estaba preparando. De todos modos, mantuvieron en sus lugares a algunos amigos que los informaron y los previnieron de que había la intención de reorganizar las diócesis, disminuyendo su personal eclesiástico; inmediatamente recurrieron a un abogado famoso, Jabineau, que el 15 de marzo de 1790 publicó una consulta firmada por él y ocho colegas en nombre de los principios del derecho galicano y de las libertades del clero. Así se probaba la incompetencia de la Asamblea para modificar y destruir, con su sola autoridad, las legislaciones episcopales que los reyes más arbitrarios no se habían atrevido a tocar. También se denunciaba la ultrajante "usurpación" del Estado. Vanas palabras, pues los dos partidos ya no hablaban el mismo lenguaje y no seguían la misma lógica. Los juristas jacobinos partían del principio de la soberanía absoluta de la Nación, representada por la Asamblea, y seguían la lógica del derecho romano. Los obispos partían del principio de la soberanía de Dios, representado por su Iglesia, y argüían de acuerdo a las reglas del derecho canónico y de las antiguas costumbres francesas. No fueron escuchados. El 21 de abril la Comisión eclesiástica presentó su informe a la Asamblea.

Este texto, hábil y de apariencia cortés, iba mucho más lejos que lo que habían temido algunos obispos. Retomando argumentos de los protestantes y de los jansenistas, el texto recordaba la necesidad de depurar a la Iglesia de Francia, mancillada por tantos abusos, y evocaba "las máximas de la antigua Iglesia", como el ideal que debía alcanzarse.

Esto había de permitir la supresión brutal de todos los beneficios sin cargo, todos los capítulos, todos los obispos, (salvo uno por departamento), todos los arzobispos (salvo los diez que habrían de ser, desde entonces, "obispos metropolitanos"), así como todas las parroquias urbanas de menos 10.000 almas, todas las parroquias rurales que no estuvieran a una distancia mayor de tres cuartos de legua de una ciudad o aldea. Una elección en dos grados debía nombrar a los curas y a los obispos, los primeros iban a ser elegidos por todos los electores de sus distritos, y no por los habitantes de la parroquia; los segundos por todos los electores del departamento, sin tomar en cuenta su religión (se recuerda que los protestantes y los judíos ya habían recibido el derecho de votar). La única condición para votar era la de asistir, antes del escrutinio, a una misa parroquial que habría de celebrarse en esa ocasión. El rey podía aceptar o rechazar estas elecciones empleando su veto; tres votaciones sucesivas en el mismo sentido podían dejar sin efecto dicho veto. Del Papa no se decía nada; tan sólo el Metropolitano confería al nuevo elegido su carácter episcopal y lo consagraba. El artículo 20 añadía: "El nuevo elegido no podrá apelar al obispo de Roma. Podrá tan sólo escribirle, como se escribe al jefe visible de la Iglesia universal, en testimonio de la unidad de la fe".

Mediante una astucia destinada a disimular la audacia de las innovaciones y hacerlas aceptar, se le ofrecían al clero sueldos convenientes que correspondían a los deseos de los sacerdotes de campaña: los vicarios de las aldeas más pequeñas iban a recibir 700 libras anuales y esta suma se elevaba, de acuerdo con la importancia de la aldea, del burgo, de la ciudad, hasta 2.400 libras para los vicarios de París; los emolumentos de los curas variaban de un mínimo de 1.200 libras anuales hasta 6.000; los obispos recibían entre 12.000 a 50.000 libras, lo cual, para los primeros, constituía una considerable mejora, y para los últimos, estaba muy por debajo de los antiguos emolumentos. Este programa, a la vez cismático

y despótico, se adornaba así de una sabiduría burguesa y de una munificencia aristocrática, muy al gusto del día.

Sólo podía esperarse un rechazo que atacara el proyecto en nombre de la realidad y la preeminencia de lo espiritual; pero en la Asamblea no había ningún sacerdote lo bastante puro para atreverse a hablar como debe hacerlo un apóstol de Cristo. Los prelados y eclesiásticos de nota pertenecían en su totalidad a ese grupo de los "administradores" que desde 1750 habían pactado con los enciclopedistas para no romper con el mundo, reservándose un medio de "devolver servicios" y tener acceso a los empleos. En el fondo de sí mismos se sentían cómplices de la mayoría, y durante demasiado tiempo se habían prestado al juego de los tribunos revolucionarios para conservar alguna autoridad. Muy pocos entre ellos conservaban algún valor, y el más enérgico, el abate Maury, que la Asamblea escuchaba en razón de su talento y su vehemencia, no gozaba de una estima suficiente. El más respetado de estos eclesiásticos, el obispo de Clermont, Bonal, alma recta, no tenía nada de luchador. Fue el más hábil, Boisgelin, arzobispo de Aix, quien habló en nombre de todos en el momento en que se abría la discusión, rodeado de numeroso público; protestó con dulce gravedad contra el sacudimiento que sufría la Iglesia de Francia y, en particular, habló contra la supresión de los obispos; reclamó, para hacer un arbitraje, un concilio de la Iglesia galicana; Treilhard, en su respuesta, lo aplastó recordando los abusos atribuidos al antiguo clero, la evocación de la primitiva Iglesia, a la cual se resucitaba con esta máxima decisiva: "Cuando el soberano cree que una reforma es necesaria, nada puede oponerse a ello". Una ovación le probó que la Asamblea lo apoyaba. Después, la discusión se prolongó; el jansenista Camus atacó al clero en una larga arenga; una serie de malos sacerdotes se puso de pie para elogiar el proyecto, en cuyo honor el obispo de Angers envió a sus diocesanos, ¡una carta incitándolos a que dieran las gracias a la Asamblea por sus buenas obras!

A fines de mayo Robespierre tomó la palabra; después de tantos discursos untuosos y calculados, su arenga sorprendió. Con un tono tajante reclamó la supresión de los cardenales y de los arzobispos, la igualdad de salario para todos los sacerdotes, y luego, adoptando una manera insinuante, emitió una propuesta para vincular estrechamente los ministros del culto a la sociedad civil:

reclamó el matrimonio de los sacerdotes. La Asamblea no quiso escuchar esto y los murmullos interrumpieron a Robespierre, de tal modo que no pudo continuar. La Constituyente se negó a llegar hasta el extremo de sus intenciones; deseaba mantener la ambigüedad y, menos clarividente que Robespierre, no preveía que, tarde o temprano, la inmensa masa de los sacerdotes iba a unirse a la Iglesia católica, a menos que se los tentara con la carne y la vergüenza. Entonces se le hizo callar, pero esto no le impidió volver a ocupar la tribuna cuatro veces durante la discusión de los artículos de la Constitución Civil, para insistir en favor de medidas más radicales. Ante su encarnizamiento y el de la mayoría, los prelados ortodoxos se cansaron y abandonaron la lucha. La mayor parte de los miembros de la Asamblea dejó de concurrir a las sesiones. Las revueltas de Nîmes y la masacre de trescientos católicos por los protestantes no interrumpieron la discusión. Finalmente, el proyecto del Comité Eclesiástico fue votado en su conjunto, entre el 12 y el 24 de julio de 1790, sin modificaciones esenciales, salvo la supresión del recurso al rey después de la votación que elegía a los curas y obispos, y algunos detalles que agravaban la situación del clero.

Si el público de París no se conmovió por esta votación, la gran mayoría de los obispos y sacerdotes quedó consternada. Muchos de ellos esperaban que el rey, cuya fe profunda era conocida, habría de emitir su veto, o por lo menos, que procuraría ganar tiempo. Luis XVI se encontraba a la sazón en Saint-Cloud, con su mujer y sus hijos; por primera vez desde enero de 1787 podía gozar de un descanso, podía hacer un poco de ejercicio y andar a caballo, mientras que María Antonieta realizaba interminables paseos con Fersen y los niños respiraban con alegría el aire de este hermoso parque. Sin duda, al fin de cada avenida, La Fayette había puesto a sus guardias nacionales para defender al rey en caso de ataque y vigilarlo todo el tiempo, pero de todos modos era un descanso y esto permitió que el rey reflexionara en paz. La decisión que debía tomarse respecto del clero exigía extremas precauciones, pues habría de influir de manera decisiva en el futuro y comprometía a su conciencia. El rey ya no poseía de hecho ningún poder, pero había comprobado el 14 de julio que seguía siendo popular. También había visto que la gran masa del país aceptaba alegremente la Revolución, esa Revolución que no había pedido. Sabía también,

sin embargo, que la Asamblea, por sus decisiones brutales e incoordinadas, estaba preparando la anarquía en Francia, el debilitamiento del país frente al extranjero y una terrible crisis. En julio y en octubre de 1789 sus esfuerzos por resistir habían fracasado gracias a la violencia de los conjurados y a la inercia del público; en la actualidad, cuando se encontraba más débil y desarmado ante adversarios mucho más poderosos, un acto de oposición formal a la Asamblea hubiera significado para él el derrocamiento o la muerte. La única esperanza consistía en hacerse invisible, en dejar que se envenenaran las querellas entre los revolucionarios, en permitir que la policía de éstos acumulara imprudencias y errores a fin de tomar nuevamente en manos un día los asuntos, con ayuda de los franceses, vueltos finalmente al buen sentido y a una idea sana de sus propios intereses.

Por su parte, los obispos, habituados desde hacía tres años a sostener la oposición a la monarquía y a cultivar la amistad de los revolucionarios, se negaban a romper con ellos; su vocero, Boisgelin, después de haber luchado honradamente contra las peores locuras de la Constitución Civil, solicitó a Roma una aquiescencia, por lo menos condicional y transitoria, una medida prudente que evitara la ruptura entre el Papa y la Iglesia galicana, en una palabra: un cisma. Golpe tras golpe, en su discurso del 29 de mayo a la Asamblea y después en su "Exposición de los Principios sobre la Constitución del Clero", trató de lograr la unanimidad de los obispos para evitar el conflicto con la Asamblea y obtener una medida conciliadora del Santo Padre. El cardenal de Bernis, que estaba en la Ciudad Eterna, donde servía como embajador del rey, sólo veía una esperanza en unas negociaciones prudentes. ¿Cómo podía Luis XVI despreciar todas estas advertencias y apurar el conflicto? Prisionero y golpeado por las turbas católicas, no podía conocer la opinión de los creyentes, ni la orientación de las masas cristianas; el triste espectáculo que le daba el alto clero y los sacerdotes de la Asamblea lo incitaban a la prudencia y a medidas destinadas a evitar una crisis aguda. Su confesor, el abate Poupart, cura de San Eustaquio, lo aconsejaba en este sentido. Finalmente, sabía desde hacía tiempo, como ya lo había dicho en 1788 a Malesherbes, que una guerra civil que se convierte en guerra religiosa suscita los actos más atroces.

Roma, que sentía por él más respeto que por ningún otro prín-

cipe de su raza, ya había publicado su condenación de las ideas revolucionarias a propósito de la Declaración de los Derechos del Hombre; pero el Papa obraba lentamente y reflexionaba con mucha moderación antes de tomar una decisión. La distancia que separaba a Roma de París volvía más difícil la cooperación entre Luis XVI y Pío VI. La intolerancia de la Asamblea, celosa de su autoridad y estimulada por todos los anticatólicos —jacobinos, protestantes, jansenistas, galicanos, richeristas, libertinos—, su apuro por imponer su voluntad en momentos en que sentía que el pueblo francés se había cansado de ella, todo esto agravaba el conflicto con la corte pontificia, atenta a sopesar todos sus actos y decidida a hacerse respetar. Los ministros hacían presión sobre el rey para atenuar el conflicto y querían que se mostrara conciliador con uno y otro poder. Como el Papa, a fin de aconsejarlo en materias del culto, le había designado sus ministros eclesiásticos (el venerable arzobispo de Vienne, Pompignan, conocido desde hacía tiempo por su piedad, por lo cual se le había encomendado la redacción de la hoja de beneficios, y el competente arzobispo de Burdeos, Cicé, Guardián del Sello) Luis XVI los consultó. Ellos no vacilaron: el rey debía firmar a fin de evitar lo peor al clero francés, y comunicar al Papa, en términos deferentes, que la única manera de evitar el cisma en Francia era dar formas canónicas a las nuevas reformas. En estas condiciones, Luis XVI otorgó su sanción a una ley que lo horrorizaba. Sin embargo, quiso demorar la promulgación y la ejecución de dicha ley. Pero los jacobinos, estimulados por los más furibundos de sus miembros, los amigos de Robespierre y de Danton, insistieron, amenazaron, manifestaron. El 24 de agosto, gracias a los servicios de ministros temblorosos, la ley fue promulgada. Esta indecente premura indispuso aún más al Papa y a las congregaciones romanas, que continuaron deliberando.

En esta situación tan difícil, tan trágica, la mayoría de los obispos, conducidos por Boisgelin, pensaban ante todo en las persecuciones que los amenazaban. Poco seguros de sus obispados y de sus feligreses, y también poco inclinados al martirio, se vieron ante un abismo; y trataron de apoyarse en aquel rey que habían combatido desde hacía tres años y medio; le recomendaron prudencia y procuraron formar un grupo bastante grande para impresionar a la Asamblea y obtener algunos acomodos; si éstos se lograban, sería más fácil lograr que el Papa fuese comprensivo. Si el

Papa consentía en dar en seguida un consentimiento provisional, todo podía calmarse, pensaban erróneamente. Asediaban al nuncio en París y multiplicaban sus cartas a Bernis. A fines de octubre, Boisgelin publicó un folleto, *Exposición de los principios sobre la Constitución del Clero*, en donde, al demostrar el carácter cismático de esta ley, insistía en que los católicos debían multiplicar las concesiones para "salvaguardar la unidad del culto y la enseñanza de la fe". Ciento cuarenta y dos obispos franceses apoyaron con sus firmas este manifiesto, así como numerosos curas y la mitad de los diputados eclesiásticos.

Pero ya se levantaban otras voces. Detrás de los que, desde hacía veinte años, dirigían tan mal la Iglesia de Francia, aparecían nuevos apóstoles, y surgía una generación más viril, más espiritual. La voz desfalleciente del viejo obispo de Quimper, que antes de morir condenó la Constitución Civil formalmente, ya empezaba a suscitar numerosos ecos.

Algunos obispos, incluso entre los que seguían a Boisgelin, estaban lejos de aprobarlo en todo, y hacían conocer su opinión a Roma. Sin embargo, los jacobinos y sus aliados hacían presión para instalar la nueva Iglesia del Estado... Desde fines de octubre, el primer obispo constitucional, Expilly, fue elegido para la sede de Quimper. Por todas partes se promulgó la ley, se prepararon las elecciones que habían de echar a tierra un orden establecido desde hacía más de trece siglos. Entre los sacerdotes y los seminaristas jóvenes la *élite* se pronunció de modo casi unánime contra la Constitución Civil; pero no tenía un jefe ni una dirección; en una época en que la mayoría de los obispos y los sacerdotes famosos sólo pensaban en administrar, en desempeñar un papel político o social, una asociación secreta, tan humilde como poderosa, mantenía agrupados a los sacerdotes más piadosos o a los aspirantes al sacerdocio, todos ellos unidos en un doble ideal: facilitar mediante un estímulo recíproco la marcha hacia la virtud y la caridad, y acrecentar, por la cooperación, el trabajo del apostolado. Esta agrupación vacilaba por algunos lados con la antigua "Compañía del Santo Sacramento", pero dependía más estrechamente de la Compañía de Jesús, que la alentaba en sus seminarios: había recibido el nombre de "la Aa". Ni la policía, ni los obispos, ni los filósofos, ni los grandes de este mundo le prestaron atención. Pero entre 1790 y 1800 constituyó el baluarte principal de la Iglesia de Fran-

cia en varias regiones, especialmente en Toulouse donde poseía un centro muy activo, y en Poitiers y en el Oeste, desde donde influía eficazmente. A partir de la promulgación de la Constitución Civil la Aa de Toulouse, que tenía correspondencia gracias a sus redes de comunicación, desconocidas por todos, con una veintena de grupos análogos, difundidos por toda Francia, adoptó una valiente postura de rechazo. Mientras que los obispos se asustaban y se desolaban, estas jóvenes almas se inflamaban de mística alegría. No habían olvidado que estaban al servicio de un Dios crucificado. Por la misma época, el abate de Clorivière consideraba que había llegado la hora de crear dos congregaciones piadosas para los eclesiásticos y para los laicos: la Sociedad del Corazón de Jesús y la Sociedad del Corazón de María. El abate creía que había llegado el momento de acudir al socorro de las almas e invitarlas a la santidad. Lo que parecía a los débiles un crepúsculo sangriento, se mostraba a los fuertes como una aurora sangrienta pero llena de promesas.

La Asamblea percibió la resistencia que empezaba a formarse. La repugnancia de los obispos, la indignación de los jóvenes sacerdotes, la alegría y las esperanzas que esto había despertado entre los emigrados, la inquietud que reinaba en varias provincias, no les pasaron inadvertidas. Los moderados querían atemperar el rigor de la ley; los jacobinos vieron aquí una ocasión para efectuar una maniobra decisiva, y sólo pensaron en imponer inflexiblemente la nueva medida. ¿Acaso no proporcionaba un medio de hendir en dos partes enemigas a la Iglesia católica de Francia, y arruinarla en el espíritu del pueblo? La Revolución, que estaba soñolienta, se despertó y los espíritus se inflamaron nuevamente. Cuando se empezaba en el país a preparar las elecciones episcopales y parroquiales controladas por los clubes jacobinos, los Triunviros se dijeron que había llegado la hora de tomar el poder. Organizaron una agitación en contra de los ministros y, para obligarlos a partir, suscitaron en casa de los Necker un miedo tan intenso a perder la vida que el ginebrino, ya cansado de las afrentas que le hacía tragar la Asamblea, presentó su renuncia y se eclipsó (4 de setiembre de 1790). Danton llevó la impertinencia hasta hacerlo detener como sospechoso en Arcis-sur-Aube; liberado por orden de la Asamblea, Necker desapareció rápidamente y se escondió en su casa de Coppet, tan despreciado en setiembre de 1790 como fue venerado en

julio de 1789. Los otros miembros, que también temían por sus vidas, sólo pensaron en imitarlo; pero Luis XVI, en esta hora trágica, insistía en que debían quedarse. Sin embargo, el ministro de Marina, La Luzerne, se fue en octubre, seguido por La Tour du Pin, ministro de Guerra, Cicé, Guardián del Sello, y a fin de año Saint-Priest, ministro del Interior a cargo de la Lista Civil. Montmorin, amigo de infancia del rey, íntimo de La Fayette e intermediario entre los dos, no se movió. Este último molestaba al soberano tratando de encontrar puestos para sus criaturas; negárselo equivalía a indisponerse con los únicos gendarmes que aún protegían las Tullerías contra los jacobinos; el rey aceptó a Fleurieu para Marina, a Duportail (un camarada de La Fayette en América) para Guerra, y a Duport du Tertre para Guardián del Sello. En cuanto a la Lista Civil, tomó a Arnaud de La Porte, intendente de Marina en Brest, a quien estimaba, y cuya fidelidad servía tanto mejor la causa real si se piensa que La Porte, francmasón de larga data, conocía las redes y las complicidades que utilizaban los jacobinos, los orleanistas y los propagandistas extranjeros. Estaban tan bien enterados que, a la sazón emigrado volvió cuando el rey lo llamó.

Estas medidas no aplacaron la agitación. Decepcionados al verse excluidos del poder, los Triunviros continuaron su pequeña guerra contra los ministros, La Fayette y la corte. El esfuerzo de ellos se concentró en la Constitución Civil; un jacobino, Voidel, propuso a la Asamblea, para quebrantar la oposición clerical, que se tomaran medidas rigurosas y se obligara a todos los sacerdotes con funciones públicas a jurar la Constitución. "Se ha formado una liga contra el Estado y contra la religión" —dijo en la sesión de la tarde del 26 de noviembre, en nombre del Comité Eclesiástico— "entre algunos obispos y algunos curas. La religión es el pretexto: la ambición y el interés son los motivos reales". Los acusaba de querer desafiar las leyes, enseñando a despreciarlas, de preparar al pueblo a la rebelión... excitar la guerra civil...", y proponía un decreto muy duro que constaba de 34 artículos; Barnave lo sostuvo y Mirabeau intervino; en un discurso ultrajante contra el clero y la derecha, Mirabeau sugirió un texto análogo y no menos insultante, aunque trató de que la reina no lo viera así. La propuesta de Voidel, ligeramente modificada, fue votada el 27 de noviembre, a pesar de un vigoroso discurso de Maury. Todos

los eclesiásticos funcionarios públicos debían en el término de ocho días jurar fidelidad a la nación, a la ley y al rey; debían comprometerse a mantener la Constitución; los refractarios serían dejados cesantes y los perjuros iban a ser perseguidos.

Los triunviros echaban leña al fuego. Este texto no podía dejar de intimidar a la mayoría de los sacerdotes, de incomodar a La Fayette, cuya mujer, católica ferviente, no ocultaba sus sentimientos, y de poner al rey en una situación difícil, a la vez que glorificaba a los jacobinos, contentos de que se humillara al clero católico. Para Luis XVI creaba un problema terrible; desde el 6 de octubre de 1789 el rey trataba de evitar todo conflicto con la Asamblea, "se hacía el muerto", como decían los Lameth, pues ya nadie lo obedecía y él no quería abdicar. Pero después de la advertencia que el Papa le hizo en su carta del 10 de julio de 1790, la conciencia del rey se fortaleció; Pío VI le escribía: "Vuestra Majestad ha realizado los más grandes sacrificios por la dicha de la Nación; pero si Ella ha podido renunciar a los derechos ligados hasta ahora a su Corona, Ella no puede, en ninguna forma, sacrificar lo que debe a Dios y a la Iglesia, de la cual es el hijo primogénito". En cuanto a los textos de la Asamblea, decía: "...Si aprobáis los decretos sobre el clero, induciréis a error a vuestra Nación en su totalidad, precipitaréis a vuestro reino en el cisma y tal vez provocaréis una cruel guerra de religión..." Luis XVI, a fines de 1790, veía el comienzo de esta guerra y, mientras el Papa aún reservaba su opinión sobre la Constitución Civil, debía —a riesgo de su vida, de su alma— decidirse. Sus ministros insistían que debía firmar el acta, y su confesor se lo aconsejaba; sin embargo, esperó aún un mes; volvió a consultar a Boisgelin, quien el 1º de diciembre, en una larga carta, le aconsejaba ceder; el arzobispo de Aix y los obispos presentes en París pasaban por una crisis de miedo; declararon al rey que los curas estaban dominados por el pánico y que había que hacérselo saber al Papa, previniéndolo contra las opiniones de los príncipes emigrados. Boisgelin le propuso ir a Roma a predicar la conciliación, y logró que se enviara un informe en este sentido. En consecuencia, el 3 de diciembre, Luis XVI envió apresuradamente un mensaje a Pío VI, con el memorial de Boisgelin, y un despacho de Montmorin, en el cual se suplicaba al pontífice que hiciera las concesiones requeridas.

Jamás se había sentido el rey tan atormentado. En este comien-

zo del invierno de 1791 la violencia y el odio se sentían por todos lados. En la Asamblea la gente se insultaba desenfrenadamente y se amenazaba con la cárcel o la muerte; en París algunos grupos de jacobinos habían saqueado el hotel del mariscal de Castries (su hijo había cometido el crimen de haber herido el hombro de Alexandre de Lameth en un duelo); al nuncio Dugnani, mientras recorría la ciudad, le tiraron una cabeza degollada dentro de la carroza; las mismas escenas ocurrían en la provincia; en Aix se masacraba a los moderados; en Marsella los jacobinos tenían aterrorizada a la ciudad; en Lyon la rebelión fermentaba y los emigrados de Turín soñaban con atacarla; en Bretaña, la población se indignaba en contra de la Constitución Civil, etc. De manera aún más sorda, las intrigas de Orleáns ganaban terreno en todas partes; a partir de noviembre su hijo mayor, Luis Felipe, había ingresado al Club de los Jacobinos, era asiduo concurrente y desempeñaba allí funciones que, si bien modestas, no contribuían poco a la popularidad de la familia y el acrecentamiento de su influencia. Madame de Lamotte había vuelto a París y se podía temer que Laclos reavivara nuevamente el asunto del collar, lo cual hubiera terminado por perder definitivamente a la reina ante la opinión pública. Nunca estuvo más cerca el peligro de una toma del poder por Orleáns, pues su ruidosa adhesión a la Constitución Civil le confería en los medios revolucionarios una gran superioridad sobre Luis XVI, demasiado piadoso, demasiado ortodoxo. El rey se sentía más aislado que nunca; a su alrededor nadie de los que seguían siendo fieles lo comprendía y compartía su fe profunda; Mirabeau, a quien La Marck presionaba y apuraba, se perdía en combinaciones maquiavélicas y contradictorias, sin más resultados que unos embrollos aún mayores. En realidad, lo único que le importaba era combatir a La Fayette y llenarse los bolsillos. Luis XVI, sin más armas que el dinero de que disponía, incapaz de controlar el uso del mismo o de castigar su derroche, se debatía vanamente.

La última carta del Papa le inspiró la firme resolución de no hacer nada que no fuera aprobado por la Iglesia; pero la desgracia quiso que los consejeros sugeridos por el Papa, Cicé y Pompignan, hubiesen partido de París, haciendo la correspondencia peligrosa, difícil, lenta. Por otra parte, Pompignan, debilitado por la edad, no conservaba bastante lucidez, ni carácter para emitir una opinión sensata. Luis XVI se dirigió en una ocasión a Boisgelin,

quien redactó para él un informe en el cual consignaba las amenazas, los peligros y las intrigas que rodeaban al soberano; Boisgelin reconocía aquí un caso de coerción, y le aconsejaba que cediera si la presión se hacía más fuerte: en este caso iba a ser un consentimiento forzado. El rey seguía vacilando; nada llegaba de Roma y la Asamblea se agitaba; el 23 de diciembre envió su presidente a las Tullerías para solicitar las razones de la demora que ponía el rey en sancionar la ley del 27 de noviembre; Luis XVI eludió la respuesta. Esa misma noche la Asamblea, después de una sesión en la cual abundaron las blasfemias y los insultos contra el Papa, decidió enviar de nuevo su presidente con la exigencia de traer la sanción regia. La jornada del 24 fue larga y ansiosa; al atardecer, una multitud amenazadora se puso a aullar frente a las Tullerías, y durante la noche continuó la agitación. Los ministros temblaban. El Guardián del Sello, Duport du Tertre, insistía en que había que ceder, y Saint-Priest, que acababa de renunciar, unía sus votos a los de sus colegas. Todos estaban de acuerdo en que la dinastía estaba amenazada. El 27 por la mañana Luis XVI firmó.

"Si hubiera rechazado, o demorado su consentimiento, no es improbable —escribe desde París el agente Miles a su corresponsal H. J. Pye, el 5 de enero de 1791— que en ese momento las aguas del Sena se hubieran transformado en sangre".

Miles, revolucionario él mismo y miembro de los jacobinos, describía así la situación de Francia en esos primeros días de 1791: "La Nación se encuentra sin entradas y sin gobierno, su capital y las ciudades de provincia no tienen policía, su legislatura carece de talento, probidad o crédito, salvo entre una turba enloquecida y sanguinaria que colgaría a sus representantes con tanta facilidad y tan poca razón como la que ponen en aplaudir sus arengas tumultuosas e indecentes. No es posible prever el retorno de la paz pública, ni siquiera en un futuro lejano..." Efectivamente, la nación parecía entregada al odio y al desorden. Mientras la mayoría de la Asamblea quiere obligar a todos los sacerdotes miembros de la Constituyente a prestar juramento, y no retrocede ante ninguna medida intimidatoria, sólo logra movilizar a una tercera parte de estos diputados, y los otros, en especial los obispos —salvo cuatro—, se niegan y la multitud aúlla en las calles; Marat, Fréron, Camille Desmoulins, en sus periódicos, aumentan la

violencia y el tono amenazador contra el clero, contra La Fayette, culpable de querer mantener el orden, y contra el rey, cuyos esfuerzos por estar en contacto con Roma y demorar la aplicación de la Constitución Civil no son ignorados. Sin embargo, Talleyrand, Brienne, Gobel, los obispos y los curas que habían consentido jurar la Constitución Civil eran despreciados por los fieles; la Sorbona fulminaba contra el juramento y arrastraba a la mayor parte de sus doctores; finalmente, de un extremo al otro del país, a pesar de los clubes jacobinos, las autoridades constituidas y los diarios, más de la mitad del clero, los obispos y la gran masa de los católicos piadosos se rebelaron contra la Constitución Civil del clero y contra las medidas brutales que se tomaron para imponerla; a través del país se inició una lucha cada vez más encarnizada en la mayor parte de las ciudades, de las aldeas, de los caseríos, entre los jacobinos y la mejor parte de los creyentes. Los primeros nada descuidaban para imponer la nueva Iglesia cismática, aunque fuera por la violencia, mientras que los católicos fieles rivalizaban en celo, secreto e ingenio heróicos para mantener el culto, a pesar de la persecución que se iniciaba.

Los aristócratas que desde 1787 dirigían la Revolución empezaron a inquietarse; sus recursos financieros se agotan; la gente que los rodea se alarma y ya no los sigue; a fuerza de avivar el fuego ya avistan el momento en que sus mayordomos y sus criados habrán de sobrepasarlos, abjurarán de ellos y los denunciarán. Mirabeau declara a María Antonieta que todo está perdido, que hay que preparar la huida y la vuelta triunfal basándose en la fuerza; la Asamblea le niega la presidencia a Mirabeau a principios de enero de 1791; los jacobinos se prestan a una serie de maniobras que los Lameth y Barnave urden contra él; si bien logra hacerse aplaudir en el Club y se pavonea como vencedor al terminar un largo debate, lo debe tan sólo a su poderosa voz, a su aplomo y a su valor físico. La Fayette siente aún más pesadamente la Revolución, que persiste en adorar; su mujer, su tía Tessé, su amante, madame de Simiane, detestan la Constitución Civil y le muestran todo el tiempo el lado tiránico de "su" Revolución; por otra parte, la Asamblea presta cada vez menos atención a sus voluntades; el rey y la reina, cansados de su protección chapucera, pierden toda confianza en él y dudan de su sinceridad; la Guardia Nacional misma, trabajada por Mirabeau, por Lameth y sus agen-

tes, por los orleanistas (Danton y sus emisarios), es sensible a las campañas de prensa desencadenadas contra su jefe y no se muestra más dócil. Aún logra hacerse obedecer por los geenrales, pero no sin resistencia. Aprovechando las fuerzas que aún le quedan, quiere "terminar la Revolución" a la brevedad posible, lograr que se redacte de una vez la Constitución y se la revise; para esto agrupa en su casa a los amigos más firmes, Emmery, Beaumetz, d'André, Thouret, convoca a Mirabeau, reanuda relaciones con Bouillé y se acerca a los Lameth. Por su parte, éstos no se hacen los difíciles ante los avances de Mirabeau y de Montmorin. Aunque el poder de los hermanos nunca ha sido más grande, aunque su popularidad se acrecienta sin cesar, ya sienten que los jacobinos se les escapan de las manos; Robespierre, en particular, se está convirtiendo en el orador más escuchado de los jacobinos. La inquietud de todos estos tribunos los acerca entre sí y los acerca al rey, único punto fijo; sin embargo, aún no son capaces de dominar sus antipatías y sus desconfianzas; Mirabeau y los Lameth detestan a La Fayette, cuyos éxitos envidian; La Fayette desprecia cada vez más a Mirabeau y desconfía de los Triunviros, que los han abandonado y han traicionado su amistad; siente la repugnancia que inspira al rey y se muestra más altanero en su presencia. Entre estos grupos, monsieur de Montmorin, en ese momento el ministro más influyente, se agota tratando de crear algún entendimiento en vistas a un esfuerzo común y en beneficio del orden. Se discute, se charla, se acercan los unos a los otros, pero la inexorable lógica de las ideas, de las pasiones y de los hechos desborda a estos hombres que, de acuerdo para destruir el antiguo régimen, no se han puesto a pensar a tiempo en las instituciones que querían crear; estos hombres creyeron que sus ideas y sus pasiones iban a seguir siendo "suyas", y ven con sorpresa que se les escapan, como se escapan los instrumentos que habían imaginado; el desprecio que sienten por el pueblo, al cual han adulado, sin conocer sus cualidades ni sus defectos, los vuelve ahora incapaces de guiar a esos equipos que ellos mismos han constituido y que traducen al lenguaje de la pasión lo que ellos les enseñaron como ideas. Estos aristócratas ambiciosos, que han odiado y han admirado de lejos al poder, lo han debilitado para adueñarse de él; ahora la máquina de guerra que ellos han construido resulta más fuerte que el poder en el momento mismo en que están cerca de él.

En febrero-marzo-abril de 1791, una serie de acontecimientos brutales les hace medir el abismo que los aguarda; el 18 de febrero las hijas de Luis XV parten a escondidas hacia Roma; logran ocultarse antes de que una manifestación, destinada a detenerlas, esté lista. Con un pasaporte en regla y el permiso del rey estas damas se apresuran a dejar un país que quiere obligarlas a traicionar su fe. Todos los clubes se desatan contra ellas: franciscanos, jacobinos, secciones parisinas, y la misma Asamblea atruena de imprecaciones contra estas mujeres. Se inicia una discusión, pero Menou dice: "¿Qué importa que tres mujeres (mesdames Adelaida y Victoria, acompañadas por la condesa de Bombelle) prefieren oír misa en Roma y no en París?" Y a pesar de la municipalidad de Moret y la de Arnay-le-Duc, que las detiene, las princesas prosiguen su marcha. Pero Menou se equivoca: estas tres viejas no son insignificantes y su partida acrecienta la cólera de los jacobinos y el peligro del rey. La Fayette, furioso y desolado, sólo ve en este incidente una torpeza de Luis XVI. Éste, a su modo de ver, hace todo lo posible por "hacerse impopular". El 22 la multitud acude al palacio de Luxemburgo para vigilar a Monseñor, pues se sospecha que también tiene ganas de escapar; el 28 un gran disturbio orleanista, dirigido por Santèrre, trata de destruir la fortaleza de Vincennes; La Fayette se hace presente inmediatamente y está a punto de ser asesinado: es rozado por algunas descargas de fusil. Aún enervado por el incidente, se entera que algunos gentilhombres armados han aprovechado su ausencia para reunirse en torno al palacio del rey. La Fayette liquida rápidamente su operación policial en Vincennes y corre a las Tullerías: los gentilhombres, enterados, tiran al suelo las armas y procuran escapar.

En realidad, ¿qué querían, qué esperaban? Danton, o algún otro agente doble, habría —al parecer— revelado la coartada de Vincennes y, para proteger al rey, en caso de muerte de La Fayette, habían acudido unos doscientos o trescientos nobles de todas las edades. La Fayette adoptó una actitud muy altiva: exigió que se entregaran las armas y las hizo romper inmediatamente por la Guardia Nacional a su servicio, borracha ese día; después expulsó a los gentilhombres, que fueron echados a puñetazos y patadas, mientras que él mismo trataba al duque de Villequier, mayordomo de la Casa del Rey, como a un criado infiel. Al mismo rey le

exigió explicaciones. Ni Luis XVI ni los suyos le perdonaron nunca su insolencia de aquel día.

Un acontecimiento más grave fue la llegada de una bula del Papa fechada el 10 de marzo, dirigida a los obispos franceses. Ya el 23 de febrero, Pío VI había condenado solamente a Brienne, arzobispo, cardenal y juramentado; despechado, Brienne había enviado su capelo de vuelta a Roma. En este segundo documento, el soberano pontífice volvía a formular, en términos mesurados aunque firmes, la condena de la Constitución Civil, a la cual declaraba cismática; sin referirse aún a penas canónicas, el Papa solicitaba informes exactos y no cerraba las puertas a la negociación; pero la bula del 10 de abril, dirigida al rey, a los obispos, a los sacerdotes y al pueblo de Francia estaba redactada con más energía; todo juramento que no se retractara en el término de cuatro días quedaba bajo amenaza de suspensión; las elecciones parroquiales y episcopales estaban viciadas de nulidad, y las consagraciones eran sacrílegas; los prelados consagrados quedarían en suspenso, en particular Talleyrand; la bula terminaba con palabras de aliento y caridad para los prelados, los sacerdotes y los laicos fieles. Estas bulas, a pesar de la interdicción, a pesar de la vigilancia de la policía y de los jacobinos, se difundieron por toda Francia; el internuncio Salamon las hizo imprimir; mujeres piadosas, los miembros de la Aa, todos los eclesiásticos celosos las distribuyeron discretamente, aunque con eficacia; los juramentados se inquietaron y se retractaron en buen número; los obispos recapacitaron y organizaron el culto en privado; por todas partes, la fe, el valor y la devoción suscitan un entusiasmo de apostolado y de sacrificio en esta Iglesia de Francia que parecía entorpecida desde hacía medio siglo. Uno puede imaginar la cólera y el asombro indignado de la Asamblea y de los clubes. Éstos no vacilan y organizan grupos de comadres enfurecidas que van a insultar a las mujeres piadosas que oyen misa dicha por un sacerdote no juramentado. Es el caso que ocurrió en el convento de las Hijas de María, en el barrio de Saint-Antoine; a pesar de La Fayette y de su guardia, el 8 y 9 de abril, quince iglesias y capillas se convirtieron en teatro de escenas escandalosas. La provincia sigue e imita, a menudo con más violencia. Así, mientras en París, Ile-de-France, en Picardía, en Borgoña, en el país de Orleáns, en Turena, en Berry, en el Delfinado, en Provenza se instala un nuevo culto y

los católicos ortodoxos sufren en consecuencia, en Francia, en Artois, en Poitou, en Normandía, en Anjou, en el Maine, en Bretaña, en Alsacia, en el Macizo Central y en una parte del Languedoc, el culto resistente se organiza y los sacerdotes juramentados quedan expuestos a la hostilidad general.

En el centro de este reinado desgarrado, el rey sucumbe de dolor. Todo ese mes de marzo permanece en cama, atormentado, sintiendo dolor en todos sus miembros, afiebrado, ensangrentado y lleno de vergüenza. Se siente vencido por el dolor moral y él, que no se ha doblegado ante el 14 de julio, ni ante el 6 de octubre, cuando su poder y su felicidad se venían abajo, ahora se siente derrotado. La guerra civil y la guerra religiosa, que ha querido apartar por todos los medios y todos los sacrificios, surge por todas partes. Lo sabe, los reproches que se hace y las perspectivas que prevé lo aterran. Nada puede decidirlo a admitir en su capilla a los sacerdotes juramentados; esta vez ministros, consejeros y amigos se esfuerzan en vano; por el contrario, al separarse de su confesor, el abate Poupard, que acaba de jurar, el rey elige en reemplazo a un sacerdote humilde, santo y valeroso, cuyos pasos sigue desde hace mucho tiempo: el padre Hémon, de los eudistas. Por lo menos aquí encuentra un apoyo sólido y un alma que comprende su alma. La muerte de Mirabeau, el 2 de abril, lo afecta muy poco, pues nunca ha tenido confianza en él. Enfermo, agotado, obsesionado con sus deseos sensuales y sus necesidades de dinero, acostumbrado a los razonamientos y a los discursos demagógicos, Mirabeau no podía contribuir a salvar una monarquía cuya esencia siempre había ignorado, ese carácter religioso y sagrado que, durante ocho siglos, había ligado al pueblo francés con la familia de los Capetos. Mirabeau podía anudar intrigas, pero incluso en estas tareas se mostraba más astuto que hábil y más ingenioso que realista. La muerte de Mirabeau fue una gran fecha revolucionaria, pues con él perdió la Revolución a su tribuno más famoso, pero el acontecimiento no influyó sobre el destino de la monarquía francesa.

De todos modos, la cosa consternó a monsieur de Montmorin, a quien la fuerte personalidad de Mirabeau impresionaba, y a quien el tribuno ayudaba a soportar el pesado fardo; en cambio encantó a monsieur de La Fayette, a los Lameth y a los jefes jacobinos, que se deleitaron organizando soberbios funerales, en los

cuales el pueblo sollozó, mientras se procedía rápidamente a esconder los innumerables papeles que mostraban la venalidad del héroe, y sus enjuagues con el ministerio, la reina y el extranjero. Esta desaparición dejaba un puesto vacante para Barnave o para Robespierre. Entre los que se seguían llamando los Triunviros y el que ya apodaban "el Incorruptible" se acentuaba la rivalidad; mientras los primeros se acercaban a la corte, Robespierre logró que la Asamblea votara el decreto del 7 de abril de 1791, por el cual se prohibía a todo diputado de la Constituyente aceptar un cargo ministerial dentro del término de los cuatro años que seguirían al fin de su mandato. Robespierre había visto claramente. Tomaba así la ofensiva e iniciaba la ruptura del partido revolucionario, que tanto afligía a La Fayette, pero a la cual contribuyó al establecer la libertad religiosa con ayuda de sus amigos del Directorio departamental del Sena, es decir, todo el grupo de La Rochefoucauld, Talleyrand, Sieyès, etc. El 11 de abril, este Directorio dio un decreto por el cual se permitía el culto a los sacerdotes no juramentados en los locales alquilados por ellos, siempre que en la puerta hubiera una inscripción aceptada por dicho Directorio, y que no se escuchara detrás de la puerta ningún ataque contra la Constitución o las autoridades establecidas. Aunque esta medida estuvo rodeada de otros procedimientos, que volvían más dura la vida de los católicos fieles y más difícil su apostolado, a los jacobinos les pareció escandalosa, y también a una buena parte de los diputados; los moderados y La Fayette necesitaron mucho valor para lograr que la aceptaran y la respetaran.

De todos modos la Asamblea, por una maniobra bien planeada de La Fayette y sus amigos, discutió esta decisión el 18 de abril, y el 7 de mayo terminó por adoptarla en forma de decreto. Esta victoria de la habilidad y la moderación no podía poner fin a la guerra religiosa, ni intimidar a la única fuerza organizada que subsistía, el Club de los Jacobinos con sus sociedades federadas. La Fayette y los otros jefes de la Revolución se habían impuesto, entre 1787 y 1790, por medio de amotinamientos. Pero frente a la sublevación, cuando ésta se insurgía contra la libertad religiosa en nombre de la Constitución, se sentían incómodos y desarmados. El 17 de abril, a pesar de ellos, se clausuró la iglesia de los Théatins, alquilada normalmente por los sacerdotes no juramentados para ejercer su culto; el 18 de abril, Luis XVI no pudo salir

de las Tullerías y dirigirse a Saint-Cloud; esta vez la Guardia Nacional misma se asoció a la revuelta, y La Fayette, a pesar de sus órdenes, de sus súplicas, de sus discursos, de sus lágrimas, nada pudo lograr. Amenazado de muerte y ultrajado, el rey cedió; de todos modos, ya el 19 anunció su visita a la Asamblea. El 17 de abril los franciscanos difundieron por París un libelo ultrajante: *La gran traición del rey de los franceses*, en el cual se denunciaba (falsamente) a Luis XVI por haber recibido la comunión el día 17 de manos de un sacerdote no juramentado; al obrar así, el rey había revelado ser "refractario a las leyes del reino"; el hecho iba condimentado con injurias y amenazas; al mismo tiempo, el Directorio de París dio un mensaje, apenas menos violento, que exigía al rey que licenciara a los sacerdotes no juramentados que lo rodeaban. En el Circo Ecuestre, Luis XVI declaró que, el 18 de abril, él se había negado a utilizar la fuerza contra los sublevados, pero añadió: "Importa que la nación pruebe que yo soy libre; nada es más esencial para la autoridad de las sanciones y aceptaciones que debo dar a vuestros decretos. . ." El rey reclamaba que se le permitiera viajar a Saint-Cloud y mencionaba su amor por el pueblo. Se lo aplaudió, se lo elogió y no se decidió nada. Tan sólo las secciones de París contestaron con un manifiesto, en el cual se exigía que permaneciera en las Tullerías. Esta vez La Fayette tuvo vergüenza. Presentó su dimisión a la Guardia Nacional. Pero 48 horas más tarde, después de mil cumplidos, besos y juramentos, volvió a aceptar su "mando", que ya no significaba nada. Ya era incapaz de proteger al rey y no podía mantener el orden, del mismo modo que Luis XVI no podía tomar ninguna decisión libre. Nacida de un debate financiero, la Revolución desembocaba, de modo lógico, en una guerra religiosa, en el fanatismo y la dictadura de las bandas armadas, que la nobleza joven de la corte había empezado por lanzar en contra de la monarquía; a partir de este momento las bandas ya no se contentaron con trabajar para sus empleadores e impusieron su ley. . . o la muerte.

Capítulo VI

EL REY ROMPE CON LA REVOLUCIÓN

En esos días de abril-mayo de 1791, Luis XVI se esfuerza por ver con claridad: desde el 6 de octubre de 1789 se pliega a la Revolución, acepta a La Fayette como consejero y "ministro por encima de los ministros", y dócil a sus consejos escoge los dignatarios y aprueba las leyes patrocinadas por este tribuno, se pasea familiarmente por las calles, visita los hospitales, asiste a los desfiles de la Guardia Nacional, evita todo conflicto y procura "popularizarse".

A pesar de esto la Asamblea multiplica las votaciones que lo privan de todo poder, y continuamente interfiere en sus funciones; cuando el rey cede, es acusado de "hacerse el muerto", cuando resiste, se pretende que no marcha "por el camino de la Revolución", se lo insulta, se lo amenaza y se lo obliga a ceder. La Constituyente tiene placer en humillarlo, en marcar su nulidad y hacerla sentir por todos. Si el rey se queja de esto a unos diputados, ellos alegan la presión que ejercen los jacobinos; los menos cobardes reconocen que todos están dirigidos por el miedo, salvo un puñado de tribunos que lleva las riendas para imponerse y un puñado de doctrinarios que se creen llamados a regenerar el mundo. Con la autoridad del rey desaparece la de los cuerpos constituidos: oficiales de ejército, empleados de aduana en las fronteras, cobradores de impuestos, e inclusive jueces. Ya no funciona ninguno de los servicios administrativos; el Estado gasta 45 millones de francos mensuales y recibe 5; en todas las fronteras se contrabandea; ya no se pagan los antiguos impuestos y aún no se cobran los nuevos; los soldados no obedecen a sus jefes y la policía es impotente; por todos lados se multiplican los robos; tan sólo en París trabajan 30.000 ladrones y ladronas que gozan de impunidad, aunque la multitud ahorca alguno de cuando en cuando.

Esta anarquía se agrava por la hostilidad que se siente surgir en todos los países extranjeros contra Francia; España está irritada a consecuencia de un atentado contra el primer ministro Floridablanca y organiza un cordón sanitario de tropas a lo largo de su frontera. Prusia fomenta la Revolución a través de sus emisarios, de los cuales el más famoso es Efraim, un miembro del Club de los Jacobinos; Inglaterra la imita; sus agentes en Francia, Augustus Miles, Paul Wentworth, Drummond, Wilkinson y el padre Mac Dermott, capuchino, etc., trabajan la opinión, los clubes, la calle, algunos en el Club de los Jacobinos, como Miles, los otros en París y en las provincias. La misma Austria sigue atentamente el curso de una Revolución que desarma al ejército francés y difunde el desorden en Alsacia, antigua tierra austríaca. Mientras estos peligros se precisan, el pueblo, cansado de que su vida sea cada vez más difícil después de las hermosas promesas de 1787-1789, multiplica las huelgas; en esa primavera de 1791, 25.000 herreros, carpinteros y sastres dejan de trabajar a fin de obtener mejores salarios; y frente a esta agitación social, política y económica, los últimos extranjeros huyen, acrecentando la desocupación y la miseria: el *Orateur du Peuple* pretende que ¡partieron 60.000 extranjeros en un período de veintiún días! El fracaso de la Asamblea es aplastante. Tan sólo prospera el Club de los Jacobinos, tan nutrido que, el 29 de mayo, se instala en la capilla del convento de los jacobinos. Resulta una amenaza tanto para el Circo Ecuestre como para las Tullerías.

La Fayette, harto de los insultos que no dejan de prodigarle Fréron en su *Orateur du Peuple*, Marat en su *Ami du Peuple* y los otros periodistas jacobinos, inquieto por la creciente indisciplina de los guardias nacionales, sólo abriga una idea, una esperanza: terminar la Constitución, disolver la Asamblea, poner punto final a la Revolución. Ésta es también la opinión de ese estado mayor de jóvenes nobles enciclopedistas y ambiciosos que han estado dirigiendo el juego desde marzo de 1787; el dinero que tienen se acaba, sus fuerzas también, sus familias se inquietan, ya es tiempo de gozar de los frutos de la victoria, y de gobernar pacíficamente el país, desembarazado de sus antiguos jefes. Mirabeau pensaba así; Adrien Duport, Charles y Alexandre de Lameth, Alexandre de Laborde, el duque d'Aiguillon han llegado finalmente a esta constatación. También los Triunviros, que monsieur de Montmorin

se esfuerza en atraer a su bando, no son ya tan contrarios. Ministros y tribunos procuran encontrar un terreno de acuerdo; Sieyès, por su parte, hace decir a la corte, por intermedio de Cabanis, que ve con buenos ojos una revisión de la Constitución que esté hecha por él y tenga la aprobación de la Corona.

El rey se reserva; ha perdido toda confianza en La Fayette, que le había prometido para 1790 el fin de la Revolución y una Francia unida y apaciguada si el rey seguía sus consejos. Luis XVI mide el abismo y el inmenso peligro que corre el país y todo lo que él ama. Mirabeau, a quien ha tenido a sueldo varias veces desde 1787, no le ha servido más que La Fayette, a pesar de ser más inteligente y más valeroso frente a la multitud. Todos estos hombres, esclavos de su popularidad, no pueden ya sustraerse al poder creado por este conjunto de periodistas afiebrados, que espantan a la buena gente para galvanizar a los más amargados o a los más infelices, y de agitadores que, en el Club de los Jacobinos, en el de los Franciscanos y en los clubes populares forman un nudo resistente de demócratas decididos a gobernar y a imponer sus opiniones.

¿Cómo resistir? Miles cuenta en su carta del 18 de setiembre de 1790 que en un mes, como miembro de los jacobinos, ¡ha recibido mil quinientos folletos gratis, o sea cincuenta por día! Puede medirse por esta cifra la amplitud del esfuerzo realizado para encender la Revolución en los espíritus. Luis XVI, siempre hábil en sus informaciones, no ignora esta situación; gasta mucho dinero en un servicio de contrapolicía y espionaje, a cargo de Talon y Sémonville, antiguos agitadores que se han convertido en agentes del rey y que son poco eficaces en su nuevo empleo, aunque hábiles para informarse e informar al soberano, que lee cuidadosamente todos los documentos. Por lo tanto, Luis XVI no alberga ilusiones. Al conde de Duras, a quien envía con un mensaje a Artois, le confía el 7 de abril: "...El rey y la reina no tienen confianza en monsieur de La Fayette; lo consideran un malvado y un faccioso fanático... El rey ha ido a la Asamblea forzado por sus ministros, con quienes no puede contar... Monsieur de Montmorin tiene buena voluntad pero carece de fuerza y de medios". En medio de estos peligros, esta soledad y esta impotencia, el rey permanece en su puesto por una idea del deber, con la única esperanza de que el pueblo habrá de volver a encontrar un día el sentido de su

interés y de la realidad; también conserva su gran recurso: la confianza en Dios.

Los acontecimientos de fines del año 1790 y comienzos de 1791 lo afectan profundamente, pues se considera culpable frente a Dios de no haber defendido la Iglesia de Francia contra las empresas de los incrédulos y los herejes. El 4 de mayo algunos agitadores organizan en el Palais-Royal un proceso burlesco al Papa representado por un muñeco cubierto de trapos rojos y con una tiara en la cabeza. El muñeco es condenado y quemado en medio de los aplausos de una turba tan estimulada como bien pagada. Más grave aún es la lucha sorda que se extiende por todo el país entre sacerdotes fieles a la jerarquía y sacerdotes que acatan al Estado. Esta lucha tiene repercusiones hasta en las Tullerías, en donde los constitucionales, en particular el piadoso obispo de Autun, Talleyrand, insisten en que el rey debe tomar sacerdotes juramentados en vez de los miembros de su Casa de Limosnas, a quienes acaba de destituir para evitar una masacre. Nunca accede a esto; pero a fin de evitar lo peor, concurre una vez más a misa en Saint-Germain-l'Auxerrois, donde oficia un sacerdote juramentado. Esta medida, que le parece intolerable, no le da la paz; la gente se acerca para increparlo e insultarlo hasta dentro de su capilla, pues todo pretexto es bueno para suscitar un incidente. Cada día que pasa siente más claramente que su papel es odioso e inútil. El pueblo, al cual pretende servir, sufre más y más cada día. Los asignados se desvalorizan rápidamente, el costo de la vida aumenta y los mercados se vacían; el 22 de mayo la discusión en la Asamblea prueba el estado desesperante de las finanzas y la impotencia de los constituyentes; tan sólo un gobierno fuerte podría remediar la situación. Pero los diputados sólo piensan en destruirse los unos a los otros, sólo se ponen de acuerdo para disminuir la autoridad real, a la cual le niegan facultad para disolver la Asamblea (20 de abril) y el derecho de otorgar gracia (4 de junio). En cuanto a todo lo demás, se pelean. El partido constitucional no logra hacer pasar el decreto que pone un límite a la oleada de libelos, de peticiones y afiches (27 de abril); del 11 al 15 de mayo La Fayette y sus amigos, unidos a la extrema izquierda, hacen votar una ley que reconoce los derechos cívicos y políticos a los mulatos nacidos libres en las colonias, a pesar de los esfuerzos de los Triunviros, que ven aquí una medida destinada a revo-

lucionar las colonias y a arruinar a los Lameth y a los Laborde que, como es sabido, son dueños de inmensas plantaciones en Santo Domingo. Más grave aún es la decisión que Robespierre, espíritu lógico y táctico hábil, logra hacer aceptar gracias a sus amigos de izquierda y de derecha, exasperados por la arrogancia de los Triunviros, el 19 de mayo: prohibición a los diputados de la Constituyente de presentarse a las elecciones para la Asamblea subsiguiente. En un duelo oratorio, Robespierre le gana a Adrien Duport; el 27 de mayo, aprovechando su ventaja, después de otro debate sensacional con Barnave, arranca a los Triunviros el Comité de Correspondencia de los Jacobinos, órgano esencial para quien quiere dominar a la opinión, y que éstos hasta ese momento tenían en sus manos. A pesar de un nuevo ataque de Duport contra Robespierre, entre el 11 y el 15 de junio el Incorruptible es el vencedor en la Asamblea; todo anuncia la declinación de los Triunviros en esta hora en que se han reconciliado con La Fayette (31 de mayo) y se acercan al rey.

El destino, si bien da a algunos el poder de destruir, rara vez les deja tiempo para reconstruir. Los Triunviros, La Fayette, los La Rochefoucauld y los amigos de Mirabeau sólo deseaban poner punto final a la Revolución, encontrar un gobierno viable con el rey a la cabeza y una Constitución efectiva, pero sus pasados los tienen aferrados con cien lazos: su clientela, a la cual no quieren decepcionar, su popularidad, que no quieren y no pueden perder, la lógica de sus intelectos, que no son capaces de cambiar... Luis XVI lo sabe y lo siente; el apoyo que se le ofrece, la colaboración que se le propone es tan sólo un medio para aprovechar su popularidad, su autoridad moral, su Lista Civil, los empleos que aún puede dar y el poder que tiene o parece tener. En el momento en que Duport, Barnave y los Lameth empiezan a flaquear, y en que Ropesbierre gana a los jacobinos, los Triunviros se vuelven sensibles a los argumentos del rey. Pero nada comprenden de las exigencias de la autoridad, de las necesidades del orden o de los deberes de la religión, pues desde 1787, y tal vez mucho antes, han renegado de todo ello. En su desconcierto, aportaron a Luis XVI un nuevo problema en vez de darle un apoyo firme.

El rey empieza a pensar de nuevo en la idea de la evasión, rechazada muchas veces como un abandono de los deberes, un acto de cobardía, una falta. El ejemplo de Carlos I de Inglaterra, y

sobre todo el de Jacobo II, cuya huida comprometió para siempre la causa de los Estuardo (1688), lo atormentaban. Desde mayo de 1789 muchas personas, amigas y enemigas, le recomendaron la fuga; los ministros y Artois el 14 de julio; los mismos ministros, los moderados y la reina, el 6 de octubre; mientras que Orleáns, Mirabeau, el Club Bretón hacían toda clase de combinaciones para llevarlo a ello, y más tarde las hizo Mounier y algún otro. Los rumores de su huida o de su rapto se han difundido y circulan casi continuamente desde que la Asamblea ha tomado medidas que ofenden a sus convicciones profundas; sus amigos lo saben; las instancias de los jacobinos en otoño de 1790, a fin de que vuelva de Saint-Cloud a la brevedad posible, y el obstáculo que se puso a su partida el 18 de abril, la guardia redoblada con que La Fayette y los emisarios de Danton lo rodean hasta en la Casa de la Reina, en donde una de las camareras es una espía conocida, todo le prueba la idea fija de sus enemigos. Sus amigos también apoyan este proyecto; en julio de 1790, en febrero de 1791, Mirabeau aconseja la huida a la reina; en octubre de 1790, en Saint-Cloud, el obispo de Pamiers, d'Agoust, da el mismo consejo al rey; en ese bello verano de Saint-Cloud la reina, que ve a Fersen casi todos los días, habla con él del proyecto y los medios de realizarlo; los obstáculos y los peligros parecen ser innumerables: están rodeados de espías, vigilados por carceleros, observados por enemigos. Sin embargo, el valor de María Antonieta y la intrepidez del caballero no reparan en tal cosa; si se cuenta con el apoyo de los príncipes extranjeros, con el dinero y la cooperación del último general francés leal y en posesión de un ejército sólido, Bouillé, la empresa puede salir bien. Esta es la opinión, luego la decisión del rey. El 23 de octubre de 1790 envía a Bouillé un emisario de su confianza para preguntarle si acepta prestarse a esta operación, y cuál es su opinión al respecto. Bouillé, uno de los gentilhombres más nobles de Francia, y uno de los mejores generales de Europa, está mordiendo el freno desde junio de 1789; tiene bajo su mandato a Metz, que conserva por devoción al rey; por lo tanto se apresura a aceptar, aunque señala a Luis XVI los riesgos y los peligros del proyecto. Envía su hijo a París para asegurar el contacto con el rey y organizar la colaboración. De hecho, cartas y mensajes habrán de circular entre noviembre de 1790 y mediados de junio de 1791, sin que nada sea captado,

interceptado o descubierto. El rey no quiere abandonar a Francia, sino tan sólo refugiarse en una de las ciudades del Este, rodeado de un ejército leal y en condiciones de recibir ayuda de su cuñado, el emperador Leopoldo. Por lo tanto, es menester preparar del mejor modo el viaje mismo, asegurarse el ejército y obtener la colaboración de Leopoldo. Todo esto exige más de siete meses.

Bouillé sugiere tres ciudades para que el rey elija: Valenciennes, fuera de los límites de su ejército, pero con una municipalidad y una población favorables a la causa monárquica; Besançon, también favorable, aunque más alejada; Montmédy, una ciudad muy pequeña a una milla de la frontera con Austria. Luis XVI elige esta última; queda por decidir la ruta que habrá de seguirse; si se va de París a Montmédy por Reims y Stenay, los grandes centros son evitados; si se va por Châlons, se pasa por Verdún, en donde hay una municipalidad jacobina que sería conveniente evitar; es preferible pasar por Varennes, ruta más segura, pero sin postas de recambio. Por lo tanto, habría que instalarlas, lo cual llamaría la atención y crearía un peligro; Bouillé aconseja, por lo tanto, la ruta de Reims y Stenay. El rey no quiere; en el momento de su coronación todo Reims lo ha visto durante varios días seguidos; es imposible no ser reconocido, y esto echaría todo a perder. Escoge el itinerario Châlons-Varennes, a pesar de las dificultades que esto trae a Bouillé, que se ve cada vez más asediado desde el día en que Duportail, convertido en ministro de Guerra y sometido a la influencia jacobina, le retira sus mejores tropas y las reemplaza por contingentes indisciplinados. De todos modos, por este lado la operación se organiza bien y en secreto.

En cambio, por el lado de los reyes, no hay más que reticencias y demoras. Luis XVI negocia con España por intermedio de la reina y el embajador español, Fernán Núñez, hombre fiel. Pero Carlos IV no quiere comprometerse a nada, ni a enviar tropas, ni a prestar dinero; mantiene un tono afectuoso pero se desentiende; Leopoldo, con quien Luis XVI se comunica por intermedio del barón de Breteuil, enviado discreto y seguro, sólo quiere actuar el día en que el rey haya abandonado París y esté seguro fuera de la capital. Por este lado, las idas y venidas de los correos y la imprudencia de la gente de la reina constituyen graves peligros; más grave aún es el celo de La Marck y de Mirabeau, que han acariciado un proyecto análogo en febrero de 1791 (La Mark va a

ver a Bouillé que, siguiendo órdenes del rey, lo escucha y se calla). Finalmente, es posible imaginar la sorpresa, la inquietud y la turbación de Luis XVI cuando el duque de Biron le viene a contar, en abril de 1791, que el duque de Orleáns desea salvarlo y que él mismo, junto con el general Heymann, están dispuestos a realizar esta operación. Biron parece sincero y el rey lo escucha sin desalentarlo; pero Biron no vuelve; es decir, hay ya muchas personas que han husmeado la cosa. No es nada extraño, pues, si en diciembre de 1790, Marat en su *Ami du Peuple*, y Prudhomme en *Les Révolutions de Paris* denuncian la partida inminente del rey, y si Dubois-Crancé se refiere a ella, en el Club de los Jacobinos, el 30 de enero de 1791; por su parte, La Fayette recibe frecuentes cartas, anónimas o firmadas, con advertencias; tantas cartas llegan que finalmente La Fayette apenas las lee. Pasan los meses y ya nadie cree la cosa. Es lo que siempre ocurre cuando intervienen los servicios de espionaje y de policía; el excesivo número de informaciones termina por destruir su valor. Inclusive si una dama de palacio, amante de uno de los oficiales de La Fayette, Gouvion, de ideas jacobinas, ha sospechado que se prepara la evasión y ha enviado una carta a Bailly, éste sólo podía encogerse de hombros: y es lo que hizo.

Finalmente todo está listo, o lo parece; después de haber vacilado mucho tiempo, de haber consultado y reflexionado, el emperador Leopoldo se decide a colaborar con Luis XVI; en cuanto el rey esté en un lugar seguro, fuera del alcance de los revolucionarios, le hará un adelanto de quince millones de libras y dará orden a sus tropas de aproximarse a la frontera. El rey de España, por su parte, empieza a interesarse en el proyecto. Los reyes de Suecia y de Cerdeña se declaran dispuestos a participar en la medida de sus fuerzas. Los meses que se han dedicado a la persuasión de todos ellos, y sobre todo de Leopoldo, han costado caro a Luis XVI; Bouillé se inquieta y se pone nervioso; Duportail lo vigila; las intrigas del conde de Artois, que procura levantar un ejército para invadir a Francia y acude a todos los príncipes, sin dejar de lado los cantones helvéticos, no deja de embrollar más una situación que ya es complicada. Pero Luis XVI no duda de que podrá llamarlo a la razón una vez que recobre su libertad. Artois, a quien su hermano mayor ayuda y frena constantemente, no ha tomado aún ninguna decisión irrevocable. Aunque excesi-

vamente demorada, la evasión puede tener buen resultado en este momento en que la Constitución Civil del clero, el derrumbe financiero y la perturbación económica indignan, irritan e indisponen a la población contra la Asamblea, y cuando los jefes de la mayoría andan a tientas.

El 12 de mayo Luis XVI envía un millón a Bouillé para los gastos preliminares; él mismo gasta 1.200.000 francos en preparativos y en pagar el trimestre de su casa; conserva con él medio millón de francos; ha adoptado innumerables precauciones para desviar la atención y las sospechas de su carcelero La Fayette, por quien no tiene ya ninguna estima y a quien sólo trata de despistar. La reina se dedica a la misma tarea con esa astucia que las mujeres saben poner en estas empresas, pero comete la locura de enviar a Bruselas sus valijas de viaje, con el pretexto de regalárselas a la archiduquesa Cristina. Fersen, por su lado, ha hecho construir la berlina, prepara ropas, busca el personal de comitiva, los caballos, etc. También se ha procurado dineros, que ha pedido prestados a su amigo Quentin Craufurd y a madame de Korff; para ello ha contado con el consentimiento de la reina, no del rey, que ignora estas tratativas. Madame de Korff tiene la generosidad de ceder a la familia real su pasaporte; frente a las autoridades, la dama habrá de decir que su pasaporte se le ha caído dentro de la chimenea, y consigue que se le dé otro. La gobernanta de los niños reales, madame de Tourzel, desempeñará el papel de madame de Korff, la reina será su camarera, el rey su criado, los príncipes sus hijos; Fersen actuará como cochero, y tres guardias de corps, los señores de Malden, de Moustiers y de Valory, serán picadores y postillones. Todas estas son personas leales, fieles y valerosas.

Un último contratiempo demora la partida. Una camarera, muy segura, que debía entrar en funciones en los aposentos del delfín, cae enferma, y hay que soportar hasta el 20 la presencia de una mujer de ideas jacobinas. Hay que demorar veinticuatro horas la partida fijada para el 19. El rey previene tan sólo a La Porte y a su confesor, el abate Hébert; Monseñor, que debe partir por la ruta de Flandes, combina la partida con la de su hermano. Luis XVI redacta cuidadosamente su mensaje a la Asamblea, que confía, lacrado, al fiel La Porte. Para la seguridad de sus otros servidores y empleados, debe evitar que nadie sospeche nada. Un gran número de emboscadas y de espías los rodea: en cada puerta, en

cada corredor, y sobre todo en los accesos a las habitaciones del rey, están apostados guardias nacionales; cada salida del palacio tiene un centinela con órdenes de no dejar entrar ni salir sin un salvoconducto de La Fayette; frente a la puerta cochera hay dos soldados a caballo, apostados permanentemente; en la terraza del lado del estanque vigilan centinelas cada cien pasos; finalmente, 600 miembros de las secciones, distribuidos alrededor del palacio, espían incesantemente, con toda la vigilancia que inspira el odio. A partir de medianoche el número de los carceleros disminuye, pero no su celo.

El 20, a eso de las once de la noche, madame de Tourzel, con atavío de viajera, muy arrebujada, salió llevando a dos niñas de la mano; la más pequeña era el delfín, vestido de chica. Utilizaron la puerta del departamento que había ocupado un antiguo ministro, monsieur de Villequier, y que estaba desocupado desde su partida. El departamento daba sobre el patio. Desde aquí, las viajeras se deslizaron, guiadas por uno de los tres guardias de corps, hasta la plaza del Petit Carrousel, en donde las esperaba un coche conducido por Fersen, disfrazado de cochero. A las once y media llegó madame Elisabeth, a la medianoche el rey; La Fayette y Bailly lo habían importunado esa noche con una larga conversación de la que sólo pudo librarse dándoles la razón en todo. La reina apareció en último término: se había perdido entre las callejas oscuras y la carroza de La Fayette la había rozado. Finalmente, cuando todos estuvieron dentro del coche se abrazaron y Fersen los condujo, aunque equivocándose en el itinerario, hasta la barrera de Saint-Martin, muy ruidosa esa noche, pues un empleado de la aduana festejaba su casamiento. Los pasaportes rusos, obtenidos por Fersen, dieron resultados maravillosos; la berlina los estaba esperando un poco más lejos.

Mientras Fersen volvía a París para cambiarse y partir nuevamente por la ruta de Flandes, la berlina real avanzaba hacia el este. En la noche pegajosa y encapotada, los caballos resbalaron, los arreos se rompieron; levantaron a los animales, repararon los arreos y se siguió adelante, a toda velocidad. Por primera vez desde hacía cuatro años el rey volvía a albergar esperanzas; una vez en Lorena, en medio de su ejército, contaba con atraer y reunir a su alrededor al conjunto del pueblo francés, realizar su proyecto del 23 de junio de 1789, establecer una Constitución prác-

tica, satisfactoria para la nación y que le garantizara la suficiente autoridad para reinar útilmente. Quería evitar la guerra civil, la invasión extranjera y las sanciones crueles. Pero ante todo quería restablecer la religión católica en toda su pureza, como acababa de prometerlo al Sagrado Corazón. "Hemos salido de la ciudad de París —exclama— en donde he debido apurar tantas amarguras. Quedad persuadidos de que, en cuanto tenga el traste sobre la montura, seré un hombre muy distinto del que he sido hasta ahora". Había una sofocada alegría pensando en la confusión en que iba a verse el celador de los soberanos: La Fayette. Su suficiencia, tanto como su insuficiencia, merecían una lección. El trote regular de los caballos marcaba el ritmo de estos pensamientos azarosos; y Luis XVI, agradeciendo a Dios el haberle puesto una vez más entre personas leales y amantes, lo bendecía sobre todo por haberle dado los medios de proclamar y hacer respetar al fin su fe.

Atravesaron Châlons en la tarde del 21, sin inconvenientes; la primavera resplandecía en toda su belleza y nada amenazaba, al parecer, seriamente. Cansado de su jaula rodante, el rey deseaba hacer un poco de ejercicio, pero no había ni un minuto que perder y se siguió viajando todo el día; finalmente llegaron a Pont-de-Somme-Vesle, en donde debía encontrar los primeros centinelas apostados por Bouillé. El rey no vio a nadie. Una trágica casualidad había obligado a los soldados a alejarse para no difundir el pánico entre los campesinos de esas aldeas que, como tantos otros, habían pagado los impuestos exigidos y estaban muy alerta, de miedo que alguien viniera a forzarles a pagar. El duque de Choiseul, que comandaba estas tropas, cometió el error de replegarse sobre Varennes sin dejar estafeta. La angustia cerró la garganta de la familia real.

La angustia reinaba en París. En la mañana del 21 todo el pueblo se despertó como de costumbre; pero, en el Palacio, a partir de las 5, cundió la agitación, pues se había advertido la desaparición del rey y de los suyos. Inmediatamente se comunicó la novedad a la Asamblea y La Fayette se entrevistó con Montmorin, que no sabía nada; por lo tanto debió sufrir doblemente: por el propio peligro y por la prueba que acababa de darle el rey de su desconfianza. La Fayette, furioso y consternado, no perdió la cabeza y envió por todas las rutas emisarios que debían alcanzar a los fugitivos, pues consideraba que su vida estaba en peligro si Luis XVI

lograba huir. En la ciudad, que empezaba a despertarse, todos decían: "¡Está bien: se ha ido!" Sorpresa, temor, cólera se sucedían. Se acusaba a La Fayette de traición, al rey de deserción; algunos creían en un rapto; ¿acaso los diarios revolucionarios no hablaban incesantemente de esto desde hacía dos años? Tres cañonazos disparados por orden de la municipalidad terminaron por generalizar la inquietud. Las clubes se declararon en sesión permanente. Por todas partes se escuchaba el redoblar de los tambores. Las multitudes se congregaban y se armaban con picas. Pero como nadie preveía esta evasión y ningún club había preparado disturbios, no pasó nada. La Fayette, apoyado en su clientela de almaceneros y pequeñoburgueses, aún seguía fuerte; la Asamblea, reunida a toda prisa, no escuchó a Rewbell, que la atacaba y aplaudió a Barnave, que se levantó para darle, en nombre de los Triunviros, un certificado de civismo. Instintivamente la Asamblea adoptó la tesis de los volantes revolucionarios, difundidos desde hacía tiempo, y que La Fayette, siempre lúcido en los momentos graves, había adoptado nuevamente: "El rey acaba de ser raptado por los enemigos públicos". Duport hizo un discurso elogioso para el pueblo y los guardias nacionales; después se confirmó la orden de perseguir al rey por todas las rutas; la partida de las estafetas fue demorada por los obstáculos que puso la multitud para dejar salir a los mensajeros y al edecán Romeuf. Los ministros, convocados por la Asamblea, recibieron orden de continuar sus funciones; La Porte trajo la carta lacrada del rey. El presidente la guardó. Sin embargo, en todos los barrios de París los jacobinos se dedicaron a borrar los blasones de Luis XVI y su nombre, a destruir sus estatuas y a hacer requisiciones en casa de los aristócratas.

Esa noche el Club celebró una sesión. Aquí surgió el peligro para La Fayette. De todos modos, durante el día, se cimentó la aproximación de los nobles revolucionarios; si La Fayette se indignaba sinceramente al pensar que Luis XVI había podido renegar de los Derechos del Hombre y de la soberanía de la nación, los Triunviros, más atentos, más cínicos, pensaban en las ventajas que iban a lograr de una evasión lograda. Lejos de exasperarse, se pusieron a calcular. ¿Había llegado para ellos el instante de anexarse a La Fayette y a sus tropas? ¿Era este el medio de volver a adquirir el ascendiente que amenazaba con escapárseles? ¿Era esta la ocasión para destruir los elementos que intentaban desbordarlos? Va-

rios jefes revolucionarios se preparaban ya a negociar con el rey y se acercaban a la derecha. La consternación de Robespierre, que no sabía qué pensar, no les desagradaba. Si Brissot y algunos republicanos se agitaron, su número limitado, su insignificancia y su torpeza los hacía poco peligrosos. Así fue que, esa misma noche, La Fayette entró al Club de los Jacobinos del brazo de los dos hermanos Lameth y seguido por más de 200 diputados. Desde la mañana el Club hervía de agitación y Robespierre pronunció un importante discurso, bastante descosido, en el cual acusaba a Luis XVI, pero sobre todo a los ministros; Robespierre reclamó el poder para la Asamblea y evocó el recuerdo glorioso del juramento del Juego de Pelota; terminó ofreciendo, en medio de atronadoras aclamaciones, su vida por la patria. La Fayette y sus amigos apenas acababan de sentarse junto al estrado del presidente cuando Danton, arrastrando un gran sable entre las piernas, se levantó y empezó a atacarlo violentamente: "Monsieur La Fayette —dijo—, vos respondíais últimamente por la persona del rey con vuestra cabeza. ¿Creéis que habéis pagado vuestra deuda al haceros presente en la Asamblea?" Y terminó con esta fórmula, cortante como un estilete: "En una palabra, monsieur de La Fayette nos responde del rey con su cabeza: lo que nos hace falta es o el rey o su cabeza", vociferó con su estentórea voz. A fin de evitar la impresión producida, Alexandre de Lameth pronunció un discurso hábil, La Fayette emitió una homilía efusiva, Sieyès arguyó diestramente su causa y Barnave conquistó la aprobación de los jacobinos con una arenga llena de vida y emoción, que puede resumirse en estas palabras: "Sigamos unidos y Francia se salvará". Al invocar de esta manera el espíritu combativo y la necesidad de unión de todos los jacobinos, Barnave salvó al Héroe de los Dos Mundos, que pudo, hacia la medianoche, volver tranquilizado a la Asamblea con sus doscientos diputados. Ésta, durante esos días, gobernó sin estorbos y Francia nombró nuevos generales en sus ejércitos.

Entre tanto el rey, en medio de la confusión general, llegaba a Varennes, donde se encontraban los húsares de Choiseul. Su salvación parecía segura, pero el hijo del maestre de postas de Sainte-Menehould, Drouet, lo había reconocido; tomando por un atajo, logró adelantarse y llegó a Varennes para dar el alerta a la población. Luis XVI, después de bajar en la hostería para descansar un instante, fue detenido, y Choiseul llegó demasiado tarde y no se

atrevió a cumplir con su deber hasta el fin. En ese instante sonaba la medianoche y los guardias nacionales se unieron para respaldar a los magistrados. La familia real fue conducida a casa del procurador de la Comuna. En medio del desorden, Choiseul llegó hasta Luis XVI y le propuso huir al galope en el caballo de un húsar; pero el rey rehusó. Previó esta batalla en la noche, la sangre francesa derramada, su hijo en peligro y su mujer, su hermana, amenazadas por una muerte casi segura. También vio en esto el comienzo de la guerra civil que quería evitar por todos los medios, aunque fuere a riesgo de su vida, que en ese instante sacrificó. Rechazó a Choiseul y aceptó la derrota.

Ésta sobrepasó en amargura todo lo que hasta entonces había conocido. Toda la noche fue retenido en Varennes; al amanecer llegaron sin aliento los mensajeros de La Fayette, encabezados por Romeuf. Luis XVI leyó sus órdenes y comprendió: "Ya no hay más rey en Francia", dijo. Monsieur de Romeuf actuó respetuosamente, pero la multitud, excitada por los jacobinos, se mostraba cada vez más insultante. Romeuf logró restablecer alguna calma y a las ocho de la mañana la berlina tomó el camino de París. Los clubes de los alrededores enviaron delegados para vigilar. Ciento cincuenta dragones precedían la berlina, que estaba rodeada por cincuenta zapadores; un calor, un polvo asfixiantes entraban por los vidrios bajos, por todas partes se oían ultrajes y a veces se les escupía en el rostro. La reina por orgullo, los niños por inconsciencia, el rey gracias a sus plegarias, todos soportaron las afrentas sin quejarse. Bouillé, a quien advirtieron demasiado tarde, no pudo llegar a Varennes con el regimiento del Real Alemán de Caballería antes de las nueve. Ya era tarde.

En París se difundió rápidamente la noticia de la detención y los nobles revolucionarios, esta vez más asustados que contentos, se apresuraron a enviar, para que precedieran a la carroza real, a tres comisarios, con el fin de que vigilaran y sobre todo protegieran a la familia real ya que, ante la amenaza de un cambio de régimen, había temores. La Fayette hizo elegir a su amigo Latour-Maubourg, los Triunviros nombraron a Barnave y los jacobinos lograron designar a Pétion. Llegaron junto a la berlina el 23 de junio en Dormans. Barnave presentó al rey el decreto que les confería atribuciones y Luis XVI los acogió con palabras serenas: "Señores: me alegro de veros. No quería irme del reino. Iba a Montmédy con

la intención de quedarme allí para examinar y aceptar libremente la Constitución". Barnave, sorprendido por tanta presencia de espíritu, murmuró a Mathieu Dumas: "Si el rey se las arregla para repetir esta historia, podremos salvarlo". Y en el espíritu de aquel joven que no carecía de valor ni de ambición, se formó un proyecto. La vista de la reina, tan noble, tan conmovedora y tan atenta a distinguirlo, terminó de decidirlo. ¡Qué hermoso papel el que consistía en restablecer la monarquía constitucional, salvar a una mujer heroica y llegar al poder! Gracias a su caballerosidad, algunas vejaciones le fueron ahorradas a María Antonieta y a los suyos, mientras Pétion acumulaba impertinencias y Latour-Maubourg tomaba el camino de regreso.

Bajo un cielo de plomo, en medio de una inmensa nube de polvo quemante, entre una multitud innumerable y silenciosa, la carroza hizo su entrada en París. Se tomó por la avenida de los Campos Elíseos; los hombres no se quitaban el sombrero a su paso y, como en el 16 de julio, por orden de La Fayette, no se oyeron gritos amistosos: "El que aplauda al rey será apaleado; el que lo insulte será ahorcado", decían los carteles pegados en todo París. En el pescante de la carroza estaban atados los tres guardias de corps; se veían huellas de sangre en las ruedas y en la caja de la berlina. Los guardias nacionales formaban una triple fila, con las culatas de los fusiles al aire, en señal de infamia. Al acercase a las Tullerías los prisioneros fueron saludados con insultos groseros y amenazas sangrientas. Hubo un sacudimiento en medio de la multitud que se precipitó sobre ellos, pero Mathieu Dumas pudo rechazarlos después de un encontronazo sangriento. Algunos diputados nobles, Noailles, d'Aiguillon, se hicieron presentes para que todo transcurriera tranquilamente; el rey, cubierto aún de sudor, del polvo y las escupidas que había recibido durante el viaje, les dijo irguiéndose: "He creído mi deber alejarme de París, pero jamás he tenido la intención de abandonar a Francia. He querido establecerme en una de sus fronteras y convertirme en mediador de los diferendos que cada día se multiplican en la Asamblea; he querido, ante todo, trabajar libremente y sin distracciones por el bien de mi pueblo, objeto continuo de mis preocupaciones". Después se dejó llevar a las Tullerías, que se habían convertido en su cárcel.

Las órdenes de la Asamblea preveían un régimen estricto: de

noche y de día el rey, su mujer y sus hijos no debían ser perdidos de vista; Luis XVI había quedado "suspendido provisionalmente en sus funciones" y debía ser interrogado, tanto él como los que habían participado en la evasión. No podía salir ni ver a nadie fuera de los amigos de La Fayette, que daba las autorizaciones. Profundamente ofendido, éste no procuró suavizar el cautiverio. Olvidando que de 1787 a 1789 había organizado una rebelión secreta y armada contra el rey, a quien como noble debía sumisión, reprochaba amargamente a Luis XVI su "traición" y, sobre todo, que no lo hubiera querido, pues este tribuno era un sentimental, este conspirador era un puritano, este revolucionario exigía incesantemente la cortesía. Nunca perdonó a Luis XVI la aventura de Varennes, pero el rey seguía siendo para él una rueda dentro de ese Estado que quería crear y, en esta condición, no podía romper con un soberano que, a partir de entonces, ya no confiaba en él para nada.

Los Triunviros, por el contrario, vieron en estos acontecimientos tan sólo un motivo y un medio para acercarse a Luis XVI. La Fayette enojado con su amo dejaba el lugar libre; Barnave se dedicó a hacer avances a la reina, que le respondió en el tono más afable, y sirvió así de medio de comunicación. Por primera vez el acceso al poder les pareció abierto. La partida a Varennes y la carta dejada por el rey les había probado el vigor de la inteligencia y el valor de este hombre de aspecto pesado. El acontecimiento, que había suscitado una crisis de fiebre entre los elementos extremistas que acababan de desenmascararse con imprudencia, daba a los Triunviros el medio de reunir a su alrededor a la mayoría de la Asamblea y presentarse como los jefes designados del futuro gobierno. A partir de ese día se esforzaron en salvar la monarquía, en hacer viable la Constitución y se prepararon a administrar el país.

El rey, sacando cuentas, tenía que constatar que su evasión, sin duda peligrosa, sólo había fracasado por la tontería y la falta de decisión de los jóvenes oficiales elegidos por Bouillé. Nada demuestra que éste haya traicionado; por el contrario, sus declaraciones, sus cartas, su exposición tienen un tono de dolor muy sincero; pero Bouillé estaba con los nervios alterados y también lo estaba la gente de su medio. Tres meses antes el rey hubiera logrado su propósito; las demoras de Leolpoldo y de Carlos IV

habían sellado su suerte. La huida, en vez de lograr la salvación de la monarquía y el restablecimiento de Francia no fue más que un incidente que agravó la Revolución y no cambió su curso. Sin embargo, permitió al rey liberar su conciencia. El rey había escrito en su *Proclama a los Franceses*: "Cuando el rey ha podido esperar que iba a renacer el orden y la felicidad por los medios empleados por la Asamblea Nacional, ningún sacrificio le fue difícil; ni siquiera hubiera protestado por la falta de libertad en que se encuentra desde octubre de 1789; pero hoy, cuando el resultado de todas las operaciones es ver al reino destruido, las propiedades violadas, la seguridad de las personas comprometida, una anarquía completa instalada en todas las partes del imperio, sin ninguna apariencia de autoridad suficiente para detener esto, el rey, después de protestar contra todos los actos emanados de él durante su cautiverio, cree su deber presentar ante los ojos de los franceses el cuadro de su conducta". Y recordaba todas las violencias, todos los excesos que se habían cometido contra él y los suyos desde julio de 1789, la insignificancia y la impotencia a que lo relegaba la Constituyente, los motines organizados contra sus tías y contra él, la obligación en que lo habían puesto de renegar de su fe religiosa y de hablar en contra de su pensamiento. Y terminaba con un llamado a los franceses: "Volved a vuestro rey, que será siempre vuestro amigo, cuando nuestra santa religión sea respetada, cuando el gobierno esté establecido sobre un pie estable y la libertad afirmada sobre bases inquebrantables" .

Pronunciadas ante Dios y ante los hombres estas palabras habían aliviado su alma. Incluso en caso de no poder realizar ya este programa, siempre podía legarlo a sus descendientes y a su raza. A partir de este momento ya no tuvo esperanzas para sí mismo y pocas para su familia, pero seguía esperando en relación a Francia. Después de la exaltación de los períodos revolucionarios, este mensaje debía quedar.

CAPÍTULO VII

SE LIQUIDA LA REVOLUCIÓN ARISTOCRÁTICA

El cautiverio del rey dejaba a la Asamblea todopoderosa y soberana en Francia. De hecho, ya lo era desde el 6 de octubre de 1789; pero a partir de este 20 de junio de 1791, el rey seguía siendo en teoría responsable del gobierno, y esta situación presentaba ciertas comodidades para la Constituyente. Nada resulta más conveniente a una Asamblea que un gobierno débil al cual se le pueden endilgar los errores y los tropiezos. Sola frente a la nación y a los jacobinos, la Asamblea nada tenía que ganar.

Los tribunos más lúcidos, los Triunviros, se daban también cuenta que, al eliminar al rey, se les imponía una tarea aplastante; hubiera sido necesario revisar la Constitución de punta a punta, en un momento en que el crédito de la Asamblea disminuía entre el público, cansado de oír hablar de los mismos hombres, y dispuesto ya a envidiar a los poderosos del momento. Se iba a reforzar así, también, la posición de los emigrados, y se iba a terminar por indisponerse con los vecinos de Francia y sus antiguos aliados. Si éstos eran hostiles al catolicismo, al feudalismo, a la tradición de los Capetos, los aristócratas que dirigían la Asamblea no se consideraban suficientemente maduros para la República, y La Fayette experimentaba cierto embarazo cuando recordaba su condición de noble, ligado al rey por el honor. Su mujer y su amante no se lo dejaban olvidar.

Por lo tanto, una especie de malestar se apoderaba de la totalidad de la Asamblea, salvo algunos extremistas; sin duda todos reprochaban al rey su huida, y sobre todo su proclama; pero el procedimiento seguido por La Fayette y la Asamblea no correspondía en nada al texto de la Constitución. Ésta había previsto una huida del rey y había contemplado los pasos a seguir: el rey podía

salir legalmente de París y alejarse a una distancia máxima de veinte leguas; si iba más lejos la Asamblea debía, por lo pronto, hacerle un llamado para que regresara "dentro del perímetro constitucional". El arresto, la detención de Luis XVI y los ultrajes de que fue objeto ofendían igualmente al espíritu y a la letra de la Constitución. La Fayette, al dar orden de traerlo por la fuerza, cometió un acto ilegal. Para salvar su cabeza, que sintió en peligro, decidió hacer el juego a los jacobinos, que supieron aprovechar.

De todo esto resultó, en casa de La Fayette y en medio de los diputados, un embarazo que se siente en este período de la Revolución. El 25 de julio, cuando Roederer se refirió a la detención del rey en la Asamblea, sintió una molestia tan fuerte que Thouret se apresuró a atribuir esto al deseo de colocar al soberano y a su familia al abrigo de la indignación popular. La fórmula es conocida; ha sido muy utilizada desde entonces; siempre satisface a los parlamentos y suscita la indignación de las personas informadas y de nadie más. Cuando el 25 de julio de 1791 la mayoría votó la suspensión del rey *sine die*, la derecha de la Asamblea sabía lo bastante para protestar con voz estentórea y aprovechar la ocasión para romper con la mayoría. Como este cuerpo no respetaba siquiera los textos que votaba, los elegidos de derecha decidieron no participar más en los escrutinios; al obrar así, acaso demostraron falta de destreza y de razón, pero no de razones.

La condición del rey y de los suyos, en las semanas que siguen al 25 de julio, fue la de cautivos, vigilados visualmente, a quienes los carceleros apartan de sus amigos y muestran a sus enemigos; las secciones, siempre que querían asegurarse que Luis XVI o su mujer estaban bien guardados y no podían escaparse, podían comprobarlo aunque fuera en medio de la noche. La Fayette hizo amurallar todas las puertas y todas las ventanas sospechosas, a fin de volver más eficaz la vigilancia, pero no pudo impedir que los soldados y los oficiales discutieran largamente antes de admitir al palacio a las mismas personas que el general o la Asamblea autorizaban a entrar. El rey y la reina no tenían ninguna posibilidad de conversar sin testigos; ante tanto odio, Luis XVI estaba atento y mantenía al delfín en su habitación, pero los soldados se divertían llamando al niño risueño y lo divertían con un nuevo juego: "La detención del rey, de la reina y del delfín en Varennes".

Al mismo tiempo, una campaña de calumnias se desataba con-

tra el soberano; se decía que el rey parecía un loco furioso, que había roto los péndulos y los espejos de sus habitaciones, que en su adolescencia se distraía quemando vivos a perros y gatos, que escupía incesantemente a su alrededor, que su brutalidad era tan conocida que, en una ocasión, le había dado a su mujer una paliza tan violenta que Luis XV lo había castigado con un destierro de cuatro días... Estos cuentos de comadre, y otros más groseros, llenaban los diarios jacobinos, y también las reuniones del gran mundo; el joven Montmorin se los contaba a monsieur Trudaine, que se los repetía al gobernador Morris. Todos los partidos se complacían en acusar al rey de todos los errores cometidos desde hacía diez años y de todas las desdichas presentes. Después le llevaban los diarios en que se contaban estas cosas.

La Fayette quería castigarlo como se castiga a un niño insubordinado, pero no quería excluirlo de una Constitución en la cual había de ser la piedra fundamental. Los Triunviros, él y la gran mayoría de la Asamblea se aferraban a la monarquía ahora que estaba amenazada y que los amenazaba en su caída. Bouillé, consciente de su responsabilidad en el fracaso de Varennes, se había apresurado, no bien se refugió en Luxemburgo, en escribir a París que él había organizado la huida del rey y era responsable de ella. Añadía en su nombre y en nombre de los soberanos de Europa algunas amenazas contra la Asamblea si ésta mantenía prisionero al rey y lo maltrataba. Esta carta facilitó la tarea de los constitucionales; aceptaron la versión de Bouillé y la profesaron públicamente, evitando así el comparecer ante un juez; el 15 de julio declararon "inviolable" al rey; todos podían adivinar que, a pesar de la intervención de Robespierre, la Asamblea se orientaba hacia una absolución o un "no ha lugar" en relación a la familia real.

La emoción, en Francia y fuera de Francia, no cesaba de aumentar; el rey de España, tardío pero leal, escribió a comienzos de julio a la Constituyente, encareciéndole que respetara a Luis XVI; sin embargo, su embajador no se atrevió a presentar la nota y le quitó su vigor. El miedo reinaba nuevamente en todo el país; los ataques contra los castillos y sus habitantes recomenzaban y se multiplicaban; los nobles de provincia, hasta entoces reticentes y muy aferrados a la tierra que los nutría, habían empezado a emigrar en masa; seis coroneles y más de 20.000 oficiales —se decía— habían abandonado el ejército en ese momento; la clase adi-

nerada de París y de las grandes ciudades se enloquecía; las rutas se cubrían de coches y de jinetes que escapaban. A este éxodo, los jacobinos respondían con medidas de seguridad contra el clero; a pesar de la ley liberal de mayo, los departamentos se pusieron a perseguir a los sacerdotes que obedecían al Papa; los directores del departamento del Bajo Rin decretaron que todos los no juramentados debían reunirse en la ciudad de Estrasburgo; en Quimper, en Angers, en Nantes se adoptaron medidas análogas; sin ningún texto legal y contrariamente a la ley de mayo, los jacobinos y las municipalidades empezaban a considerar y a tratar a los no juramentados como "sospechosos". En todas las provincias se abrían las cartas, se hacían visitas domiciliarias, se suspendían los correos y se ordenaban detenciones. Del miedo se estaba pasando al Terror.

Los mismos que antes organizaban los motines y el saqueo de la casa Révillon, el estado mayor orleanista dominado por Laclos, volvían a encontrar en ese verano de 1791 toda su actividad, todo su ascendiente sobre las multitudes y todo su crédito; sus maniobras tan complejas como audaces amenazaban a Luis XVI, pero también a La Fayette y a los constitucionales. La colusión entre los orleanistas, los principales periodistas jacobinos, Marat y Camille Desmoulins en particular, parece evidente en este período. Sus vínculos con el grupito extremista, que reclamaba la República —Brissot, Thomas Paine, Condorcet, Achille Duchatelet, los emigrados suizos, Etienne Dumont, Clavière, etc.— es igualmente evidente. ¿Acaso Brissot no había sido un antiguo empleado de Orleáns? Paine recibía dinero de quien quisiera pagarlo; Condorcet, gran filósofo y carácter prudente, siempre creyó que su genio estaba destinado a ser apoyado por las finanzas de las personas esclarecidas; Clavière no cultivaba los escrúpulos, y Duchatelet no retrocedía ante ninguna alianza útil. De todos modos, estos hombres recibieron las sumas necesarias para fabricar y empapelar París con los afiches republicanos que aparecieron después de la huida del rey; también lanzaron el diario *Le Républicain.*

Orleáns subrayó esta maniobra al renunciar en una carta que se difundió entre el público a todos los derechos a la regencia. Al adelantarse a la historia, ¿prefería acaso, el papel de teniente general de un rey holgazán, el de príncipe-presidente de una república que se buscaba a tientas, o trataba solamente de "romper los ca-

ballos"? La sesión del 13 de junio alarmó a sus amigos, pues ese día la Asamblea oyó a Muguet de Nantou, jacobino bien visto por los Triunviros e informante de la comisión elegida, que fue elegido para redactar un informe sobre la huida del rey. Nantou anunció que, a los ojos de la ley, el rey no era culpable, y que, en caso de serlo, su inviolabilidad lo cubría; el único culpable era monsieur de Bouillé, que lo había "raptado" con sus cómplices: Klinglin, Damas, Bouillé hijo, etc., todos culpables. La Asamblea recibió bien este informe, preparado por los Lameth, como una rueda dentro de su maniobra. Los jacobinos no lo recibieron así; a partir de Varennes, ya no se veía más a los Triunviros y Robespierre llevaba la batuta del Club, en la cual algunos, entre el 27 de junio y el 6 de julio, se atrevieron a hablar de República.

Pétion, y después Robespierre, en la sesión del 13 de julio denunciaron la maniobra de los Lameth y arrestaron con ellos a todo el Club.

El 14 se mantuvo este entusiasmo con un banquete fraterno, en el cual se celebró la libertad, y el 15, después de haberse enterado de la votación en la Constituyente, que decretaba la culpabilidad de Bouillé y la inocencia de Luis XVI por preterición, sin nombrarlo, estalló la indignación. El Club estaba maduro para aprobar una sugestión de Laclos: "Una petición sabia, aunque firme, no en nombre de la sociedad, pues las sociedades no tienen ese derecho, sino en nombre de todos los buenos ciudadanos de la sociedad". Así, en toda Francia, los llamados buenos ciudadanos, agrupados en los clubes jacobinos, debían firmar y hacer firmar una petición que habría de esclarecer a la Asamblea; esta petición, naturalmente, debía solicitar el derrocamiento del monarca; Robespierre y Danton apoyaron a Laclos y, como por milagro, surgió una gran manifestación que, procedente del Palais-Royal, fue admitida al recinto de los jacobinos. El orador de la delegación declaró: "...Los ciudadanos reunidos en el Palais-Royal me han encargado presentarme ante vosotros como su intérprete. Os invitan a que concurráis mañana a firmar individualmente una petición en el Campo de Marte y a jurar sobre el altar de la Patria que no admitiréis a Luis XVI como rey, a menos que, consultados los ciudadanos franceses de los ochenta y tres departamentos, obtenga el voto favorable de la mayoría". Laclos agradeció a los solicitantes y declaró que eran la voz de Francia; Danton lo apoyó y se decidió

redactar la petición, que Laclos y Brissot pasaron en limpio. Todo esto llevaba la marca de Orleáns.

Brissot, adoctrinado por Laclos, escribió una petición en la cual dejaba de manera discreta la puerta abierta a una regencia orleanista, reclamando un voto nacional a favor o en contra del mantenimiento de Luis XVI. Los jacobinos lo aprobaron, pero concurrieron al Campo de Marte, en donde ya estaban los franciscanos y el Círculo Social, provistos de una petición francamente republicana que se entregó a los jacobinos para su examen. Con el fin de contrarrestar inmediatamente estra intriga tan bien urdida, los Triunviros recurrieron a una maniobra doble: por lo pronto se logró que la Asamblea votara un decreto previsor estipulando que, en cuanto la Constitución fuera firmada por Luis XVI, el rey recobraría la libertad y el poder. Este texto significaba que la monarquía "dormida" no estaba abolida y continuaba formando parte de la Constitución. El texto volvía inconstitucional la petición propuesta a los jacobinos. Al mismo tiempo, los Lameth utilizaron la emoción sentida por los diputados miembros de los jacobinos y, de acuerdo con ellos, decidieron transportar la sociedad a una sala del convento de los benedictinos, puesto a disposición de ellos por la administración de bienes nacionales. El presidente en ejercicio de los jacobinos y los secretarios Bouche, Antoine y Salle se prestaron a la maniobra y los miembros fueron convocados para reunirse al día siguiente en el convento de los benedictinos. El 16 de julio vinieron en gran número; toda la clientela de los Lameth, muchos "patriotas" de viejo cuño, como Le Chapelier, Pétion, Grégoire, etc., que querían seguir la corriente, y algunos moderados. Orleáns se presentó, pues no carecía de genio ni de sutileza. De esta manera se creó una sociedad más vasta y completamente nueva. La votación estipuló que sería menester un escrutinio para admitir a todo miembro nuevo. Los Triunviros, mediante este procedimiento, pensaban recuperar su club y aplastar cualquier competencia.

Robespierre paró el golpe. En el Club de los Jacobinos mantuvo su resistencia a la maniobra de los Triunviros y la autonomía del club de la calle Saint-Honoré; después, en cuanto se enteró de la votación de la Asamblea, determinó que, al día siguiente muy temprano, unos comisarios jacobinos debían ir al Campo de Marte a prevenir al "pueblo" que la petición proyectada no podía tener

lugar. En esta forma, los jacobinos evitaron el reproche de ilegalidad. Pero no evitaron las graves responsabilidades. La mañana del 17 de julio la multitud sorprendió a dos personas que se ocultaban bajo el altar de la Patria en el Campo de Marte y, creyendo que eran espías, las masacró. Este asesinato, tan oportuno, permitió a los benedictinos y los constitucionales atronar contra los jacobinos, los franciscanos y los orleanistas. En poco tiempo hicieron votar la ley marcial y un decreto contra los que provocaban la oposición a la ley. El presidente (Treilhard) invitó a Bailly a tomar urgentemnte las medidas necesarias para detener el desorden.

En el Campo de Marte, los franciscanos reunidos en número imponente se negaron a seguir a los jacobinos y lanzaron una nueva petición, francamente republicana; en ella se solicitaba a la Asamblea que considerara que Luis XVI había abdicado el 20 de junio y convocara "un nuevo cuerpo constituyente para proceder, de manera realmente nacional, al juicio del culpable y al reemplazo y la organización del nuevo Poder Ejecutivo". Tres oficiales municipales, enviados para investigar por la municipalidad, consideraron que la reunión de los franciscanos nada tenía que ver con el asesinato de los dos hombres y no era responsable de él. Llegaban demasiado tarde: fueron escuchados. La municipalidad partió del Hôtel de Ville, precedida por la bandera roja que anunciaba la ley marcial, hacía las seis y media de la tarde; La Fayette guiaba a los guardias nacionales. Se llegó al Campo de Marte a eso de las siete y media; los peticionantes ocupaban el terreno; antes de toda convocatoria, hubo pedradas y un disparo en dirección a las tropas, que sin esperar órdenes, tiraron de vuelta. En seguida los franciscanos se desbandaron y huyeron en todas direcciones; hubo oficialmente nueve heridos de la Guardia Nacional y unos cincuenta muertos entre los peticionantes; algunos autores han afirmado que fueron trescientos o cuatrocientos, e inclusive seiscientos. Es imposible saber la cifra exacta. La impresión producida fue profunda; por primera vez, La Fayette se había vuelto contra esa multitud que tanto amaba. Entre él y los clubes, a partir de ahora, la lucha no cesó.

Las publicaciones extremistas pretendieron que los constitucionales habían organizado una trampa; según ellos, la multitud del Campo de Marte no organizaba un motín ni había participado en el asesinato. También se supo que los Triunviros habían acon-

sejado el 17 por la mañana a Danton, a Camille Desmoulins, a Fréron y a Legendre, es decir, a los miembros extremistas más notorios, ausentarse esa noche; puede ser esta la prueba de que, si los constitucionales querían enconarse, los Lameth no querían destruir los instrumentos que habían utilizado antes... Retrospectivamente, estas combinaciones arrojan cierta luz sobre los motines de 1790 y 1791.

Por la noche, en el Club de los Jacobinos, Robespierre pronunciaba delante de un público poco numeroso e inquieto una arenga sombría, en que lamentaba los excesos de quienes perseguían a él y al pueblo; los soldados de La Fayette llegaron para clausurar el Club; todo el mundo huyó y la sesión terminó. Los constitucionales, aprovechando su éxito, escribieron a las provincias para que se les enviaran peticiones reclamando una fuerte represión de los agitadores. Felicitaron a La Fayette y a Bailly en la sesión del 18 y esa noche hicieron arrestar a nueve extranjeros, entre ellos al famoso espía prusiano, Efraim. La medida, por otra parte, llegaba demasiado tarde para producir efecto; se descubría ahora que personajes mancillados, cuya colaboración se había aceptado desde hacía dos años, podían ser agentes enemigos.

El Comité de Investigación dirigía la operación y centralizaba las denuncias; se arrestó y se llevó a la Force a unas veinticinco personas, sobre todo extremistas, pero entre los que estaba también el realista Suleau; algunos propusieron la creación de un tribunal especial, pero esto fue rechazado; después se ocuparon de otras cosas; demasiados vínculos unían a los Triunviros con los jacobinos, los franciscanos y los orleanistas para que la represión pudiera ir muy lejos. Laclos y Orleáns, buenos jugadores, al ver que su empresa había fracasado, fueron a los benedictinos y la vida retomó su curso normal; esta operación bastó a los Triunviros y a La Fayette —así creyeron— para cubrir la vasta maniobra que tenían intenciones de llevar a cabo.

Se trataba de revisar la Constitución para que el rey la aceptara, permitiera la reconciliación de los franceses y el regreso de los emigrados, al mismo tiempo que una distensión diplomática. Esta vez Barnave y buen número de constitucionales aceptaron las ideas que el 15 de julio de 1791, Beauharnais, presidente de la Constituyente, había expuesto a Bouillé. Asediado por sus mujeres, La Fayette anhelaba, si no la anulación de la Constitución Civil del

clero, por lo menos que ésta no figurara en la Constitución y se mantuviera en la categoría de las leyes ordinarias; los Triunviros procuraban esencialmente la supresión de los decretos que impedían la reelección de los diputados y su acceso al nivel ministerial; todos profesaban el mismo deseo de devolver al rey una autoridad suficiente y, de acuerdo con los elementos más moderados (d'André, Malouet) algunos hablaban de disminuir el número de los electores, de limitar la libertad de prensa y de reunión. Se quería terminar con la Revolución. Los Triunviros y La Fayette deseaban aprovechar este período en que la extrema izquierda parecía intimidada y proceder rápidamente.

A partir del 23 de septiembre de 1790, La Fayette había tomado la iniciativa de promover la revisión de la Constitución, y había añadido al Comité de la Constitución siete miembros nuevos: los Triunviros, Clermont-Tonnerre y Beaumets, que defendían los principios "monárquicos", Pétion y Buzot en la izquierda. Después de Varennes se aceleró el trabajo; el 13 de agosto Barnave resumió sus intenciones de esta manera: "Hemos tenido sólo dos puntos de vista: el primero, el mantenimiento de la Constitución, para que el gobierno tenga suficiente estabilidad y vigor y pueda moverse... De lo contrario, sólo prepararemos para Francia una sucesión de disturbios... Nuestro segundo punto de vista es que hace falta una Constitución duradera... Y para ello no debemos introducir detalles que, a no estar probados por la experiencia, no son evidentemente buenos y no podemos dar seguridad de que, en dos o tres años, la experiencia no los refute..." Barnave parecía decidido a ir muy lejos: restablecimiento de las dos cámaras, reafirmación del poder del rey, libertad religiosa, etc. Pero sólo creía poder triunfar con el apoyo de la derecha: unos trescientos votos. Ahora bien, todos los miembros de ésta, menos sensibles al peligro que a la indignación, ya no querían colaborar con la izquierda. Sus dirigentes, Malouet, d'André, Cazalès, se esforzaban vanamente por convencer a los otros. Fracasaron y hubo que contentarse con una revisión muy limitada.

Esta revisión lo fue aún más porque los Triunviros estaban exhaustos e inquietos; estos hombres querían cambiar su línea de conducta, pero no podían cambiar su clientela, ni su forma de razonamiento. Por hábiles que fuesen, los Triunviros, de espíritu enciclopedista, no podían dar vuelta sus mentes como lo hacían

con sus casacas; se mostraban vacilantes ante Robespierre, Pétion y Buzot cuando éstos los atacaban; resueltos en las conferencias que celebraban entre ellos, aflojaban en la tribuna.

Los debates comenzaron el 8 de agosto de 1791. Los Triunviros lograron que el rey, en vez de ser calificado de "primer funcionario público", fuera nombrado "representante hereditario de la Nación"; que los ministros pudieran presentarse ante la Asamblea; que los ciudadanos, para ser electores, poseyeran una mayor fortuna; que se efectuara una revisión de la Constitución tan minuciosa como fuera posible, pero no lograron restituir al rey el derecho de gracia, ni la abolición de los decretos que prohibían la reelección de diputados de la Convención, ni su ingreso al ministerio; también fracasaron en su tentativa de instalar un sistema bicameral. La abstención de la derecha y el encarnizamiento de la izquierda, pero sobre todo el daño que se hacían mutuamente al condenarse y contradecirse constantemente en tantos puntos importantes, los perjudicó gravemente y limitó su influencia. De estos debates salieron exhaustos, decepcionados y vencidos.

Mientras realizaban este trabajo procuraban mejorar la política internacional; obligaron al rey, a merced de ellos entonces, a que escribiera una carta a su hermano Artois, incitándolo a regresar a Francia y dar el ejemplo que debían seguir los otros emigrados; este mensaje, encomendado al caballero de Coigny, no dio ningún resultado. También lograron que la reina iniciara, por intermedio de Mercy-Argenteau, refugiado en Bruselas, una correspondencia con su hermano Leopoldo, exhortándolo a mantener la paz. Leopoldo y Federico Guillermo II acababan, a instancias de Monseñor y de Artois, de firmar en Pilnitz, en el mes de agosto, una declaración pomposa y vaga, en la cual se amenazaba a la Asamblea francesa con una intervención armada si no respetaba la libertad y la persona del rey, y también daban a entender que solamente se actuaría el día en que todos los reyes de Europa se unieran entre llos. Esto postergaba la intervención para las calendas griegas, pero fue suficiente para crear inquietud y discusiones en Francia. Los Triunviros suplicaron a la reina que confiara al avisar por otro conducto que estaba muy lejos de compartir los puntos de vista de sus consejeros; de todos modos, Leopoldo quería reinar en paz; acogió de buen grado los avances de los Triunviros; si se dejaba a Luis XVI la libertad de aceptar la Constitución, también él estaría dis-

puesto a reconocerla: "Añadiremos con placer —escribía— nuestros desvelos y nuestro apoyo a los verdaderos patriotas franceses que enderecen sus esfuerzos en el mismo sentido, y se puede contar con mi celo para lograr un acuerdo provechoso, si la intención de los propósitos enunciados responde al candor de los míos". A tal punto aceptó los puntos de vista de los Triunviros, que el 6 de setiembre aconsejó a su hermana que aceptara la Constitución, "negándose a compartir los peligros que se iban a correr".

La mañana del 5 de setiembre de 1791, por primera vez desde el 25 de junio, el oficial de servicio se presentó a recibir órdenes del rey; su cautiverio terminaba a fin de que pudiera examinar "en libertad" la Constitución y pusiera en ella su firma; al mismo tiempo se le ofrecía que se retirara al campo, a un lugar elegido por él, para meditar a su gusto; el rey no usó este derecho. Duport incluso deseaba que Luis XVI pudiera discutir la Constitución, artículo, por artículo, con un consejo de doce diputados y altos personajes designados por él, que habrían de permitirle, al aceptar, presentar sus objeciones y preparar una segunda revisión. Un comité que funcionó en casa de La Rochefoucauld discutió y rechazó este proyecto escabroso. El rey no ignoraba ninguna de las imperfecciones de la Constitución; lector atento y perspicaz, había seguido en los diarios las discusiones de la Asamblea día a día; durante la revisión, varios miembros de la Asamblea lo mantenían al corriente. No ignoraba el abismo que se abría ante él: un rey sin poder, rodeado de ministros sin poder, frente a una Asamblea desenfrenada, estaba destinado a la catástrofe; sobre la administración de la misma el rey no ejercía ningún control y las municipalidades y los departamentos, elegidos por el pueblo, disponían de toda la autoridad local; sólo le quedaba el nombramiento de los generales, embajadores y altos dignatarios, pero éstos tenían todo que temer de la Asamblea y nada de él. Los 25 millones de libras de su Lista Civil le permitían la beneficencia y la corrupción, armas peligrosas para los débiles.

Su cuñado Leopoldo lo incitaba a ratificar el documento que le presentaban; los diputados que lo veían en las Tullerías insistían en que lo hiciera sin tardanza, pues en caso de rechazo su suerte iba a ser aún peor que después de Varennes. Cuando hablaba con Montmorin, ministro fiel pero impotente, Luis XVI no le ocultaba que se consideraba un hombre perdido y que trabajaba úni-

camente por su hijo, su mujer y los suyos, por salvar al menos el futuro. La Constitución ya no incluía la Constitución Civil del clero, lo cual facilitaba su aceptación por el monarca. Clermont-Tonnerre, Malouet y Maury lo incitaron a provocar una nueva revisión, pero él sabía que ya no tenía los medios de hacerla. Se hizo redactar respuestas a algunas personas seguras: el abate de Montesquiou, Pellenc, el antiguo secretario de Mirabeau, el gobernador Morris, Thouret, Beaumets, Duport y Barnave. Inspirándose en estos diversos proyectos, el rey compuso su carta a la Asamblea: una aceptación cortés, serena, pero sin ilusiones: "Faltaría a la verdad —declaraba— si dijera que he notado en los medios de ejecución y de administración toda la energía que sería necesario imprimir al movimiento para conservar la unidad en todas las partes de un imperio tan vasto, pero admito que tan sólo la experiencia debe ser juez". Seguía solicitando el respeto de las leyes, el restablecimiento del orden y la unión de todos los ciudadanos. Exhortaba a los emigrados a volver a Francia y a todos los franceses a reconciliarse. El 13 de setiembre el rey firmó este documento y el 14 se presentó en la Asamblea.

En cuanto recibió la carta del rey, el 13 de setiembre, la Asamblea, embargada de alegría, votó la amnistía, que La Fayette se apresuró a apoyar para no hacerse odioso; realistas y revolucionarios iban a ser puestos en libertad; se suprimían los pasaportes y todos los obstáculos a la circulación; se iniciaba una nueva era, según se pensó. Una diputación se hizo presente al rey para expresarle los sentimientos de la Asamblea; Luis XVI respondió cordialmente y pronunció algunas frases sobre su deseo de servir a la nación; después, mostrando a su familia, añadió: "Aquí tenéis a mi mujer y a mis hijos, que comparten mis sentimientos". Una ocasión muy tierna y muy engañosa. Todos procuraban creer que había terminado la Revolución; al día siguiente, el 14, el rey se presentó en la Asamblea y fue recibido con más cordialidad que deferencia; se lo situó a la izquierda del presidente y al mismo nivel; el rey pronunció un discurso de pie y descubierto; después se sentó y se cubrió cuando vio que los diputados permanecían sentados y con el sombrero puesto. Juró mantener la Constitución y apeló una vez más a la unión; fue aclamado, el presidente le aseguró el afecto y la confianza de los franceses, fue conducido a su casa, en medio de un entusiasmo general y de buen tono,

pero él no podía olvidar que la Constituyente, al saludarlo como al mandatario de la Nación, le había subrayado que ya no veía en él al amo.

El domingo 18 se proclamó en todo París el acta constitucional y se invitó al pueblo a la alegría; desde la mañana hubieron salvas de artillería que despertaron a la población; a eso de las diez, los de la municipalidad, acompañados de varios destacamentos a pie y a caballo, partieron para repetir en la plaza del Carrousel la proclamación que acababa de hacerse en el Hôtel de Ville; saludos a la bandera, himnos cantados en coro, el entusiasmo de la multitud, nada faltó en estas ceremonias. Al atardecer, en la ciudad iluminada, los soberanos concurrieron a la Ópera, en donde se representó *Psyché*; después pasearon por los Campos Elíseos, ornamentados de guirnaldas de fuego, y por la plaza Luis XV, suntuosamente decorada; alrededor de ellos se gritaba: "¡Viva el rey!", "¡Viva la Nación!" No se sabía si estas exclamaciones se mezclaban o se oponían, y la inquietud dominó a la alegría.

Los Triunviros conocían mejor que nadie este sentimiento; antes de dejar disolverse a la Asamblea, a la cual hubieran querido mantener seis meses más, trataron de arrancarle algunas medidas protectoras; Duport fue el más entusiasta; los otros se dejaban ganar ya por la fatiga. Duport hizo restablecer el nombre del rey en el juramento militar, hizo decretar que los signatarios de toda protesta contra la Constitución quedarían excluidos de las funciones públicas y también hizo votar la creación de una política parisina de 24 oficiales de paz; Barnave logró inclusive que se retirara a los hombres de color libres los derechos políticos; el 26 y 27 de setiembre Duport insistió en la abolición de todos los suplicios, fuera de la pena de muerte, y la concesión de derechos civiles y políticos a los judíos; la Asamblea lo aprobó. El 29 de setiembre, finalmente, propuso una ley sobre los delitos de prensa, que hubiera permitido contener a los diarios extremistas, pero fracasó, como su compañero Le Chapelier cuando quiso hacer votar como "instrucción" —precediendo a un decreto anodino— un conjunto de reglas que hubieran sofocado a los jacobinos: prohibición de la correspondencia entre los clubes, de sus afiliaciones, de la publicidad de las sesiones, de la impresión de los debates y de la facultad de lanzar peticiones y proclamas. En setiembre de 1791 éste era el punto esencial del debate político; los Triunviros lo sabían,

pues habían puesto al día la gran máquina de guerra de la Revolución; antes de retirarse hubieran querido quebrarla, para que nadie más pudiera ya usarla: Robespierre se lo impidió. Y la Asamblea votó el decreto sin dar fuerza a la instrucción.

El 30 de setiembre, la Asamblea se disolvió. El rey concurrió a la última sesión; expresó su pena por la disolución; un extraño vínculo lo unía a aquellos diputados que tanto lo habían combatido; se daba cuenta que corrían el mismo peligro que él. Después se retiró; Thouret, que presidía, pronunció las palabras esperadas: "La Asamblea Nacional declara que su misión ha terminado". Después, cada cual se fue a su casa; unos, como Montlosier, directamente a Coblenza; otros, como La Fayette y Robespierre, a su ciudad o a su aldea para hacerse coronar de laureles y ser abrazados por las muchachas; pero la mayoría sólo pensó en esconderse y en que se olvidaran de ellos. Duport y los Lameth se quedaron en París: eran lo bastante lúcidos para darse cuenta que la tarea no estaba terminada y la Constitución tampoco; sabían que se habían limitado a liquidarla.

La Constitución de 1791 sigue siendo un documento imponente; los franceses de esa época sabían escribir; a todos sus pensamientos les conferían un tono lleno de majestad; pero no constituye un todo orgánico. Iniciada con la voluntad de poner al rey y a los ministros a merced de los diputados, terminaba con el deseo de dar a éstos el máximo de poder y autoridad posibles para enfrentar una situación crítica. Redactada alternativamente por hombres que dominaban la lógica enciclopedista, por admiradores de la Constitución inglesa y de los textos americanos, esta Constitución sigue siendo una especie de transacción, a menudo contradictoria.

La Declaración de los Derechos, que trata de crear una fe nueva y la convicción de que el Estado puede garantizar a todo hombre libertad política, protección a su propiedad, igualdad de posibilidades y el respeto a todas sus convicciones, choca con la ley electoral que restringe el derecho de voto y lo deja sólo a los electores lo suficientemente ricos como para pagar en impuestos tres jornadas de trabajo (o sea 4.500.000 habitantes sobre 7 millones de ciudadanos; además la elección se hacía en dos etapas y los electores de segundo grado, a quienes se exigía una fortuna aún mayor, eran menos de 50.000). Todos los ciudadanos activos podían ser elegidos como diputados. De hecho, en los clubes esta-

ban en mayoría los ciudadanos no activos que, privados del derecho de voto, ejercían sobre la opinión y sobre el poder una presión más fuerte que la de la misma Asamblea; de manera que entre la ficción constitucional y la realidad la oposición era flagrante; los Triunviros buscaron *in extremis* desarmar a los clubes, pero su fracaso mostró más claramente la gravedad del peligro; los jacobinos mantenidos gracias a la tenacidad y a la autoridad de Robespierre, gracias también a ese conjunto de "profesionales" que debían su existencia al Club, reconquistaron todas sus sociedades filiales y, con una grave decisión, abrieron sus sesiones al público de París, a todo ciudadano no elector. Llegaron a convertirse en una Asamblea popular frente a la Asamblea burguesa. Los benedictinos, por el contrario, casi todos ellos ciudadanos de fortuna y dedicados a mil ocupaciones e intereses, descuidaron su acción política; el día de la clausura de la Asamblea, los Triunviros sólo recibieron insultos; Robespierre y Pétion fueron aclamados por un pueblo que les ofreció coronas de roble y los llevó en andas.

Los Triunviros se consolaron pensando que, a partir de ahora, iban a dirigir al rey. La Asamblea, elegida por dos años, iba a deshacerse muy pronto; el rey quedaba. Pero el rey no podía proponer una ley a la Asamblea y su veto sólo servía para suspender una ley durante dos legislaturas; no podía fijar los efectivos del ejército, ni declarar la guerra, pues todos los poderes habían pasado a la Asamblea; sólo escogía el servicio diplomático y los seis ministros. Pero sus ministros debían aplicar las leyes y decretos votados por la Asamblea, que el rey no podía disolver ni clausurar; ella votaba, prorrogaba y regulaba los impuestos, así como su percepción; tan sólo ella podía lanzar al pueblo proclamas por encima de la cabeza del rey. Ni él ni la Asamblea tenían el control de los jueces, todos ellos elegidos sobre las administraciones municipales y departamentales, también elegidas; pero el rey podía anular los actos de ellos y suspender a los administradores, siempre que avisara a la Asamblea, facultada para impedir su acción. El rey debía velar por la seguridad del reino y el mantenimiento del orden si en un departamento había disturbios. Mantenía algunos poderes teóricos sobre las provincias, pero por falta de una administración centrada y organizada no tenía medios de ejercerlos.

La Constituyente, por odio a la arbitrariedad ministerial, frag-

mentó y dislocó a Francia y, por odio a la arbitrariedad real, desarmó al rey; confería a la Asamblea una autoridad muy amplia, pero sin órgano para imponerla, pues el rey, encargado de estas funciones, seguía desarmado e impotente ante las autoridades locales elegidas, que representaban al soberano de manera más directa que él. Se reconoce en esto que el rey seguía siendo una especie de supervivencia frente a un sistema, aún embrionario, pero ya viviente. Los constitucionales tenían la intención de crear un equilibrio en ellos, en torno de ellos y a pesar de ellos, y su lógica estableció el predominio absoluto del elector y del elegido sobre el funcionario, aunque fuera rey.

La creación de departamentos y la fragmentación de las provincias disminuían los peligros de disturbios regionales y de movimientos autonomistas; pero al quebrar los antiguos cuadros, la gente de las zonas rurales quedó desorientada, inquieta, accesible a todos los pánicos y a todas las cóleras. Habían sido liberados de la aristocracia feudal para entregarlos a las clases ricas y a las oligarquías políticas, organizadas bajo la forma de clubes a los que se llamaba "populares". En ellos habrían de residir ahora el poder y la iniciativa. Aquí se creaba una nueva moral, una nueva fe, una nueva religión; jacobinos y franciscanos proclamaron y difundieron, de manera a menudo inconsciente, el mito del "bajo pueblo", el único puro, el único sabio, el único digno de gobernar y destinado a ser el guía de la humanidad.

Creyendo forjar un arma cómoda para llegar al poder, los Triunviros habían creado un mecanismo que habría de suspender su ambiente, su género de vida, su superioridad, y hasta a ellos mismos, incluso también al rey.

La Revolución aristocrática, por su desconocimiento del soberano y del pueblo, llevaba directamente a la guerra civil.

Libro Sexto

LA REVOLUCION DE LOS REVOLUCIONARIOS

Capítulo Primero

LOS REVOLUCIONARIOS SE INSTALAN

El 1º de octubre de 1791 la Asamblea Legislativa entró en funciones. Desde hacía ya unos días, los diputados que habían llegado a París vagaban por las calles, tratando de instalarse. El pueblo los miraba sin entusiasmo; mal vestidos, con rostros menguados, con comitivas escasas, tenían un aire ramplón. Unos "desarrapados", se decía; y la gente recordaba las hermosas comitivas, los rostros rozagantes, las bolsas bien provistas de los diputados de los Estados Generales. "Todos juntos no llegaban a tener 300.000 francos", decía La Marck con desdén. Sin embargo, representaban la elección de electores censales y la gente se asombraba de que en un escrutinio restringido a 4.500.000 electores (en lugar del sufragio casi universal de 1789) eligieran a unos individuos de aspecto tan lamentable.

Todo se explica si se recuerda que la elección se produjo en agosto de 1791, poco tiempo después de la huida del rey, cuando el país atravesaba una crisis de violencia y los jacobinos habían logrado mantener una opinión sobreexcitada; para votar, era menester haber jurado la Constitución; esto excluía a todos los sacerdotes no juramentados, a todos los católicos y a la mayoría de los moderados. En los departamentos católicos este estado de cosas entregaba todos los lugares a los jacobinos. La intimidación hacía el resto, sobre todo al sur del Loire. En las provincias, las personas opulentas o en buena situación no se atrevían a ocupar funciones públicas por miedo a las denuncias; los jacobinos vigilaban a los magistrados elegidos tan atentamente que la vida de éstos se convertía en un infierno. Los ricos, siempre más temerosos que los pobres, ya no se atrevían a nada; en la nueva Asamblea se contaba con 400 abogados y hombres de leyes, y 50 sacerdotes ju-

ramentados sobre 750 diputados. En las primeras semanas, 135 de ellos se inscribieron en el Club de los Jacobinos, unos 250 en el de los Benedictinos, pero este club no logró reemplazar a su rival, al cual habían adherido las sociedades revolucionarias de provincias y que, de acuerdo con las secciones de París, dominaba la calle; hasta podía enviar bandas que insultaban al Club de Benedictinos cuando éste tenía sesiones; de tal modo seguía dominando a los tribunos de la Asamblea y lograba intimidar a los diputados.

La Guardia Nacional y la población de París empezaron por poner cara larga a los recién llegados; en las Tullerías se pudo creer que el rey había dado un paso adelante; pero sus consejeros más perspicaces temieron que una Asamblea tan débil y tan indigente iba a tratar de popularizarse y brillar, humillando a la corte. La Marck repetía a María Antonieta que la única salida era elegir un ministerio unido y fuerte. Los Triunviros también lo decían, y La Fayette lo pensaba; pero cada uno de estos tres grupos de consejeros quería llevar al poder a los suyos y denigraba a todos los otros. Luis XVI buscaba hombres leales y valerosos; contaba con uno: Arnaud de La Porte, a quien había otorgado toda su confianza y que le servía fielmente. Hacia los otros demostraba una benevolencia sincera pero limitada, como la confianza y el celo de ellos. Luis XVI se mostraba siempre discreto y secreto; no le gustaban las consideraciones ociosas ni las confidencias; así es que, en esta época llena de palabras, su manera resultaba chocante y la gente le guardaba rencor. Era más fácil tratar con la reina. Desde que Vermond había desaparecido y que Mercy, prudente, seguía fuera de Francia, el consejero constante y escuchado de la reina era Auguste de Arenberg, conde de La Marck. Éste soñaba con arrancar todo el poder al rey, y era lo bastante insensato para no confiar en él y confiar, en cambio, en la reina. Luis XVI no quería guerra civil ni invasión extranjera; trataba de llegar a un entendimiento con sus súbditos y persuadirlos antes de conquistarlos; María Antonieta, ofendida, indignada, no quería saber nada de la Constitución ni de las medidas tibias; su cólera estallaba en la intimidad; calificaba de "bribones" a los hombres cuyos consejos aceptaba, y su violencia fue a menudo perjudicial a la familia real. Sus amigos querían el poder para ella; en caso posible, la regencia. Tenía sus agentes, como Fersen, que seguía las órdenes de la reina cuando

él mismo no se las daba a ella, y se tomaba libertades en relación a las instrucciones del rey. Junto a la reina, madame Elisabeth sólo soñaba en una revancha y en gestos caballerescos; idealizaba a su encantador hermano, Artois, en quien veía al único salvador y soberano posible; todos estos deseos, todos estos esfuerzos, todas estas intrigas tendían en este sentido; es posible hacerse una idea de la soledad de Luis XVI.

Obligado a apoyarse en los constitucionales, los encontraba divididos; por un lado, los Triunviros y su clientela, por el otro La Fayette y la suya. A pesar de haberse reconciliado, La Fayette consideraba que los Triunviros eran unos aventureros; ellos lo veían a él como un ambicioso hipócrita que ocultaba una gran astucia detrás de su ingenuidad; sus maniobras, junto con las de la reina, al parecer, lograron hacer que fracasara la candidatura de La Fayette para el ayuntamiento de París, y como intendente fue elegido el jacobino Pétion el 10 de noviembre de 1791 por 6.700 votos sobre un total de 80.000 electores. Por espíritu de desquite, La Fayette hizo votar el texto que suprimía el comando en jefe de la Guardia Nacional, y disponía que el comando sería ejercido por cada uno de los jefes de la legión, de modo turnado. La animosidad reinaba entre él y sus antiguos amigos. La situación no permitía al rey romper con el uno ni con los otros; por lo tanto aceptó, como ministro de Guerra, al conde de Narbonne, por quien La Fayette abogaba, y madame de Staël, siempre diligente para promover a sus amantes, removía cielo y tierra. Ella deseaba que le dieran Relaciones Exteriores, cartera bien provista de fondos secretos; Luis XVI se negó y puso en este ministerio a Lessart, hombre honrado y laborioso, muy ligado a los Lameth; en Marina instaló a Bertrand de Molleville, ex intendente de Rennes, cuya inteligencia y devoción compensaban la insuficiencia de su valor y de su discreción; Montmorin se fue, a pesar suyo, pero el rey, si bien mantuvo hacia él una actitud amistosa, no toleraba el espionaje que ejercía sobre él a cuenta de la reina y de Mercy; Tarbé conservó Finanzas, donde había logrado poner orden, y el fiel La Porte la Lista Civil; Duport du Tertre, cliente de los Triunviros, conservó el Sello, y Cahier de Gerville obtuvo el Interior, pues tenía reputación de ser hombre excelente y bien visto por los jacobinos, a quienes convenía ganar o aplacar. Compuesto de esta

manera, el ministerio podía ser útil al país y al rey, siempre que sus miembros se entendieran entre ellos y se respetara la autoridad del soberano.

Nada de esto ocurrió. Ya en las primeras semanas la Asamblea encontró una manera de disminuir al rey; al crear comités consagrados al estudio de los distintos asuntos corrientes y convocar a los ministros, logró ejercer sobre ellos, por el miedo y el acoso, una influencia mayor que la del soberano. En un momento en que los asignados bajaban, en que faltaba el trigo, en que los campesinos se negaban a pagar las sumas que debían por la supresión de los derechos feudales y por sus impuestos, cuando Europa se agitaba y los emigrados hacían ruido a lo largo de las fronteras, gobernar era muy difícil.

A partir de octubre se empezó a distinguir en la Asamblea Legislativa un grupo que atacaba violentamente al Poder Ejecutivo; compuesto de elementos dispares, admitía como jefe a Brissot, al ex empleado de Orleáns, personaje blanduzco y vehemente, tan escaso de fondos como idealista, subvencionado por La Fayette, el Palais-Royal e Inglaterra, país por el cual sentía una viva admiración, Clavière, que utilizó su pluma, etc. A su lado se sentaban diputados de Burdeos y abogados del Sudoeste, muy elocuentes; todos estos hombres soñaban con una república romana, en la cual habrían sido los Catones; mientras esperaban, su sed de gloria, de poder y de popularidad los volvía accesibles a muchas tentaciones; ninguno de ellos, y Brissot menos que nadie, poseía experiencia política o conocía el manejo de los asuntos nacionales o internacionales. Estos diputados formaban en la Asamblea tan sólo una minoría, junto a un grupo de benedictinos, que ocupaba el medio del hemiciclo. Pero entre éstos no reinaba ninguna disciplina, y siempre temían que se los tomara por los servidores del rey. Los independientes seguían dominados por el miedo y decididos a plegarse a quienes hablaran más alto. Por otra parte, todos estos grupos carecían de jefes experimentados.

Brissot tenía sobre ellos la ventaja de redactar una publicación muy difundida en París, *Le Patriote Français*, y estar en contacto (gracias a ella y a su papel de agitador internacional desde 1780) con los principales políticos de Francia, de Suiza, de Inglaterra y de los Estados Unidos; esto le confería una autoridad que él usaba

para lanzar una gran campaña a favor de la guerra. Soñaba en una cruzada contra todos los reyes de Europa, que hubiera permitido republicanizar a Francia y al continente. A fin de lograrlo, anhelaba un conflicto con el emperador.

Este plan, discutido y preconizado en el Club de los Jacobinos por todos los jefes, inclusive por Robespierre, desde mediados de noviembre, recibió en un principio un apoyo entusiasta, pues hacía mucho tiempo que los filósofos y los enciclopedistas denunciaban a la Austria católica y predicaban a favor de la Prusia protestante; también se encontró con otro proyecto, proveniente de Narbonne, que soñaba en volver a poner en su montura a la monarquía, utilizando un ejército victorioso. Al mismo tiempo, esperaba encontrar un medio de imponerse. La Fayette, que obtuvo entonces el comando de uno de los tres grandes ejércitos reunidos con esta intención (noviembre de 1791) se complacía en imaginar la gloria que iba a lograr para sí combatiendo contra las despóticas monarquías de Europa, como lo había hecho en América. La guerra, por lo tanto, parecía conveniente a todos y el resultado de las mismas circunstancias, pero la Asamblea, después de haber requerido el regreso de Monseñor a Francia (11 de octubre de 1791) empezó a legislar contra los emigrados y contra quienes los alojaban.

El decreto del 9 de noviembre de 1791 declaraba a los primeros "sospechosos de conjuración contra la Patria, reclamaba la dispersión de los mismos antes del 2 de enero de 1792 y asimilaba a éstos los príncipes y los funcionarios residentes en el extranjero, amenazando a todos los emigrados con la confiscación permanente de sus entradas. Las propiedades de los príncipes iban a ser confiscadas sin perder tiempo. Se iba a castigar con la pena de muerte a cualquier francés que incitara a emigrar. Este decreto contravenía de manera formal la Declaración de los Derechos del Hombre y atentaba contra la libertad individual, pero los diputados la votaron entusiasmados, demostrando así a los constitucionales perplejos que, para ellos, la Constitución no significaba tanto la libertad garantizada a los ciudadanos cuanto la transferencia del poder del rey a la Asamblea, soberana a partir de ese momento.

Estos procedimientos llevaban a la guerra civil e internacional. En ese mismo momento Francia, amenazada por el hambre, dividida y afiebrada, carecía de armas; el decreto del 31 de mayo

de 1791, por el cual la Constituyente, de acuerdo con el ministro Duportail reconocía a los soldados el derecho de asistir a las sesiones de los clubes, siempre que concurriesen sin armas, terminaba de liquidar la disciplina y el espíritu militares. Para esta fecha el rey, que preparaba su huida, aún no había emitido su veto, pero en noviembre de 1791 vetó las medidas que se le proponían. Sus ministros y los Triunviros quedaron desolados: sólo veían los medios políticos, y los clubes no estaban imbuidos, como Luis XVI, de la pasión de defender al país y a sus intereses generales. El rey era bastante insensato, bastante "débil", como se decía entonces, para sacrificar todo a esta preocupación; por otra parte, consciente del peligro que la emigración creaba al país, se esforzaba por lograr el regreso de sus hermanos y de los otros nobles refugiados fuera de Francia; envió una proclama a estos últimos, y dos cartas secretas a Monseñor y a Artois, ordenándoles el regreso. Después presentó estos documentos a la Asamblea. Sincero en todos sus actos, el rey sabía que no era posible esperar un regreso en masa de los emigrados, mientras la agitación organizada por los clubes siguiera amenazándolos. Por lo tanto, se dirigía secretamente a los soberanos, instándoles a preparar un congreso armado, a fin de estar en condiciones de discutir con la Asamblea en mejores condiciones.

Leopoldo, por otra parte, no soñaba en utilizar la violencia; hombre sutil y astuto, imbuido de los principios enciclopedistas, no se sorprendía mucho de la Revolución y distaba mucho de querer lanzarse contra ella; aunque conservaba un sincero afecto por su hermana, y amistad por su cuñado, trataba de evitar un conflicto; se mostraba cortés con monseñor y Artois, pero no demostraba ninguna benevolencia a los emigrados. La decisión del ministerio inglés, resuelto a tolerar que la Revolución Francesa siguiera su curso sin intervenir oficialmente, el apartamiento de Catalina que, más perspicaz, husmeó el peligro, y la impotencia de Gustavo III, que se agitaba en el vacío para encontrar la manera de lograr un medio de desembarcar en Normandía y salvar a María Antonieta, todo esto aseguraba a los jacobinos la capacidad para maniobrar a su gusto todo el tiempo que quisieran. Luis XVI predicaba en el desierto, lo mismo que sus hermanos, y Brissot iba

a tener que hacer prodigios de ingenio para desencadenar una guerra.

Sin embargo, el curso normal de la Revolución traía consigo el conflicto entre franceses, del mismo modo que lo precipitaba entre franceses y extranjeros; en toda Francia las posiciones religiosas se agriaban; numerosas voces se elevaban a favor de los sacerdotes ortodoxos y la Iglesia; folletos, como *La gran conversión del padre Duchesne por su mujer*, procuraban conmover al pueblo, y la Jerarquía, bien secundada por la Aa y los sacerdotes fieles, lograba en muchos departamentos, particularmente en la Vendée, en Poitou, en Bretaña y en todo el Oeste, así como en Alsacia, advertir a las poblaciones que los sacramentos impartidos por los juramentados eran nulos; dirigirse a los "intrusos" para que los impartieran era un pecado mortal. Los juramentados se indignaban, discutían y apelaban a la Asamblea, en donde los girondinos y la gente de Brissot, llenos de odio contra la Iglesia y de volterianismo, se lanzaban de cabeza a la persecución; el 25 de noviembre de 1791 se decretó la formación de un Comité de Vigilancia, compuesto por los jacobinos más violentos; el 29 "todos los eclesiásticos fueron obligados a hacer el juramento cívico en un plazo máximo de ocho días", bajo pena de suspensión de salarios y pasar por "sospechosos", ser echados de sus domicilios y encarcelados; las iglesias no debían oficiar nada más que el culto oficial, y "la Asamblea hará imprimir, por cuenta del Estado y con recompensa nacional para sus autores, las obras que combatan el fanatismo de los habitantes de los campos". Así fue que la propaganda anticatólica se añadió a las amenazas y a las sanciones; la libertad religiosa y la libertad de pensamiento eran archivadas por voluntad de la Asamblea. A pesar del veto del rey y la desaprobación del departamento de París, la mayoría de la Asamblea Legislativa no se retractó.

Al mismo tiempo continuaba su esfuerzo encaminado a ir a la guerra; el 29 de noviembre reclamó, por intermedio del girondino Isnard, que se emplearan las armas contra los emigrados; en la misma ocasión el diputado atacó a los ministros, al rey y a Europa. "Digamos a Europa que si los gabinetes empujan a los reyes a una guerra en contra de los pueblos, nosotros lanzaremos a los pueblos a una guerra en contra de los reyes". La Asamblea votó a favor

de la impresión del discurso y su envío ulterior a las municipalidades, así como un mensaje al rey para que instara a los príncipes alemanes a apartarse de los emigrados. Luis XVI se hizo presente, pues, en el Circo Ecuestre (Manège) el 14 de diciembre con todos sus ministros y allí leyó un discurso equilibrado, en el cual, amenazando al elector de Tréveris con considerarlo enemigo de Francia si no disolvía los acuartelamientos de emigrados antes del 15 de enero de 1792, declaraba: "El emperador ha cumplido con lo que puede esperarse de un aliado fiel, defendiendo y dispersando todo agrupamiento en sus Estados". Después le escribió, pidiéndole que tranquilizara al elector, a quien, si todas estas medidas fracasaban, habría de declarar la guerra. Luego habló Narbonne, que satisfizo los deseos de los aficionados a la guerra; Narbonne prometió un ejército de 150.000 hombres que, conducidos por La Fayette, Luckner y Rochambeau habían de ser invencibles. Narbonne, los amigos de La Fayette y los de Brissot se presentaban así reunidos y reconciliados frente a Europa. Ségur, enviado como embajador a Berlín, recibió el encargo de distraer a Federico Guillermo para aislar a Leopoldo; al mismo tiempo Narbonne, con un golpe de audacia masónico, invitó al imponente masón Fernando, duque de Brunswick, a tomar el comando superior de los ejércitos franceses. Y se envió al masón Talleyrand a negociar a Londres, para obtener la neutralidad de Inglaterra.

Robespierre se inquietó al ver que Brissot, La Fayette y Narbonne marchaban hombro a hombro hacia la guerra; reaccionó con violencia, pero no logró detener la operación; el 29 de diciembre la Asamblea aprobó una declaración campanuda, dirigida a Europa y redactada por Condorcet; se votó también un crédito de 20 millones de libras para preparar la guerra, y el 1º de enero de 1792 se votó también favorablemente la iniciación de un proceso contra Monseñor, Artois, Condé, Calonne, etc. El 11 la Asamblea aclamó a Narbonne que de vuelta de su inspección describió al ejército como magnífico, compuesto de 240 batallones, de 160 escuadrones, dotado de una artillería soberbia y de abundantes víveres; el ejército esperaba con entusiasmo, dijo Narbonne, la orden de marchar; describió a la Guardia Nacional como palpitante de celo, las fortificaciones estaban en buen estado y el orden reinaba en todas partes. "Confianza, confianza", gritó, incitando a los diputados a practicar "la prudencia de la audacia". El único inconveniente de

esta arenga, aplaudida por la Asamblea entera, residía en la falsedad de todas las informaciones. Poco importaba a la gente de Brissot, que ni siquiera escuchaba ya a Robespierre; sin tener en cuenta los hechos, o la aquiescencia del elector de Tréveris a sus deseos, la actitud pacífica de Leopoldo o la falta total de razones valederas para tal acto, forzaron a la Asamblea a decretar, el 25 de enero de 1792, un texto arrogante y la ruptura de la alianza franco-austríaca: "Se invitará al rey a declarar al emperador, si quiere vivir en paz y buena inteligencia con la Nación francesa, que debe renunciar a todo tratado y convención dirigidos contra su soberanía, la independencia y la seguridad de la Nación". Se exigía del emperador una respuesta antes del 1º de marzo y el tono implicaba que se quería la guerra. Se cuenta que, al recibir esta nota, Leopoldo se encogió de hombros y declaró: "Ya que los franceses quieren la guerra, la tendrán, y verán que Leopoldo el Pacífico sabe pelear cuando es necesario. Pagarán los gastos, y no será en asignados". E inmediatamente firmó un tratado de alianza con Prusia. También se puso a preparar sus ejércitos. Brissot había trabajado bien en favor del rey de Inglaterra.

La decisión de la Legislativa parece tanto más insensata si se piensa que nunca el país había estado tan desgarrado y agitado como en ese mes de enero de 1792; en los departamentos, las aldeas luchaban para retener los cereales que poseían o apoderarse de los cereales del vecino. Se detenían las embarcaciones y los furgones que los transportaban. En Montlhéry se asesinó a un agricultor; en Étampes descuartizaron al alcalde; en los bosques se robaba madera y se talaban los árboles; en París, en el mes de febrero, la multitud se amotinó contra los almaceneros que vendían demasiado cara el azúcar de las Antillas, que se había vuelto escasa desde que la Constituyente, con sus medidas imprudentes y contradictorias en relación con los negros, había creado el desorden en el Caribe. Así fue que los disturbios de una región difundían el tumulto en las regiones vecinas. Todo era motivo de querellas; si la reina iba al teatro y la aplaudían, los jacobinos se sublevaban; los espectáculos se transformaron en arenas políticas, en donde los partidos se daban de golpes. En vano los constitucionales trataban de disminuir la influencia de los jacobinos con medidas indirectas, pero la mayoría se desentendía y enderezaba todas sus cóleras contra los emigrados, cuyos bienes fueron incautados (el 9 de fe-

brero), contra los sacerdotes no juramentados, que eran denunciados al pueblo (el 16 de febrero), contra los derechos feudales, que Couthon, el 29 de febrero, quiso hacer abolir en beneficio de los campesinos.

Iniciar una guerra en medio de estas luchas intestinas, sin contar con aliados, era una insensatez; el rey sabía también que el ejército estaba en mal estado, carecía de cuadros, de disciplina y de víveres; se enteró que Narbonne, no contento con practicar la propaganda más falaz, la demagogia más extremada, y pelearse con sus colegas, practicaba también estafas en el ejercicio de sus funciones; Luis XVI no quiso seguir cubriéndolo; a pesar de las instancias y la cólera de La Fayette, Narbonne fue destituido el 9 de marzo de 1791. Al mismo tiempo esperaba calmar la fiebre belicosa de la Asamblea y llamar a la reflexión a los más prudentes. Empleaba la única arma que aún tenía en mano para evitar al país el peor de los flagelos.

Capítulo II

LA GUERRA REVOLUCIONARIA

El mes de marzo se inició con un acontecimiento que sorprendió a la opinión en Francia y en el extranjero: Leopoldo II murió el 1º del mes. Tenía cuarenta y cinco años. María Antonieta perdía con él a un hermano inteligente y cariñoso; Luis XVI veía desaparecer al único entre los soberanos europeos que había sabido comprender sus dificultades y sus intenciones; Francia también debió lamentar la desaparición de este príncipe de espíritu independiente y mesurado, bien dispuesto a las innovaciones y poco inclinado a la guerra. No siempre es una ventaja tener enemigos estúpidos frente a sí. Estos enemigos tienen menos vacilaciones cuando se trata de arriesgarlo todo y perjudicarlo a uno. Gustavo III, que también murió asesinado el 26 de marzo en Estocolmo, nos da el ejemplo; pero su celo contra la Revolución Francesa siempre había sido frenado por la mediocridad de sus recursos y la mala voluntad de los otros reyes. Su muerte, que apenó mucho a la reina, cambió muy poco el curso de las cosas.

Esta muerte acrecentó el sentimiento de soledad, de abandono y de peligro con que vivía en las Tullerías. Luis XVI lo sentía desde hacía tiempo y, reducido a sus propias armas, procuraba emplearlas del mejor modo posible. Como se negaba a derramar sangre francesa y a halagar los delirios de la multitud, sólo disponía de pocos recursos: su Lista Civil, la devoción de algunos amigos seguros, como La Porte, el celo de algunos jefes benedictinos que se habían unido a él por despecho, por ambición o por patriotismo. El rey aceptaba a todos los que se ofrecían, siempre que demostrasen ser sinceros y no tuviesen un pasado de estafas, como Mirabeau, a quien siempre se negó a ver. Con La Fayette se esforzó por colaborar lealmente entre 1790 y 1792, con Mounier, los Lameth y

Barnave mantuvo relaciones amistosas desde fines de 1791 y durante 1792, sin prestar atención a su pasado. Semejante a Enrique IV, que se hizo católico en un movimiento sincero, en el cual la fe iba junto a la deferencia hacia sus súbditos, Luis XVI procuró hacer justicia a las intenciones y a las convicciones de los jefes revolucionarios que eran justos con él.

¿Podía ignorar, al mismo tiempo, el fracaso de la empresa de estos hombres? Su lucidez se lo prohibía. Los aristócratas, que llevaron adelante la Revolución desde 1787 a 1791, conocían bien a París y mal a Francia. Durante cinco años se dedicaron a destruir un orden establecido desde hacía ocho siglos sobre una fe espiritual. Como cristianos, todos los franceses, pero especialmente los de las zonas rurales, creían en Dios y servían al rey, que encarnaba para ellos a la autoridad de aquí abajo, garantizaba la justicia, casi sin recurrir a la fuerza, y los protegía con su sola presencia. Gracias a la consagración y al poder que éste le confería, el rey, inclusive desprovisto de medios materiales, imponía su voluntad y la hacía respetar. Entre 1787 y 1791, por primera vez desde 987, la alta nobleza y los parlamentos, luego los Estados Generales y la Asamblea, conducidos por la minoría de la nobleza, probaron al pueblo que la consagración ya no ungía al rey por encima de sus súbditos; destruyeron la obra de Juana de Arco, y al orden tradicional, que ellos consideraban una serie de "abusos", sustituyeron un orden "racional", según ellos. El espíritu de estos hombres, imbuidos de principios anglo-americanos, estableció un régimen incomprensible para las masas francesas. La Declaración de los Derechos del Hombre, difundida por todas partes, tenía un sentido muy claro; confería a cada ciudadano enormes prerrogativas y encargaba al Estado una tarea inmensa; además, la Constitución presentaba para el espíritu popular un problema insoluble.

Este texto daba el poder político a los ricos y suprimía todas las otras superioridades hasta entonces reconocidas: dignidad espiritual, valor intelectual, nobleza de nacimiento, etc. Todo esto el campesino lo comprendía fácilmente, aunque se sintiera algo incómodo. Pero, ¿cómo podía concebir que los clubes, de los cuales la Constitución nunca hablaba, se convirtieran en la única fuerza eficaz, capaz de intimidar al Poder Ejecutivo, es decir, al rey, y de arrastrar, asustándolo, al Legislativo, es decir, a la Asamblea?

El francés, "nacido pícaro", debía deducir que no le decían todo, que debía desconfiar, primeramente afiliarse al Club, después, en nombre de sus derechos, hacer lo que él considerara ventajoso para sí mismo, poniéndose de acuerdo con el Club. De esta manera resultaba imposible gobernar a Francia; los jacobinos, apoyados por Robespierre, Pétion, Antoine, Camille Desmoullins, etc., después de haber reunido a todas las filiales de provincia y haberse librado del control de los nobles demócratas, avanzaban hacia la conquista del poder.

Frente a ellos surgían dos obstáculos: el rey, que representaba al Ejecutivo y los molestaba directamente, y la Asamblea, órgano del Legislativo, a la cual había que dominar, intimidar o eliminar si se quería reinar. La Constituyente, nacida de una serie de amotinamientos, se había negado a pelearse con los clubes, organizadores de esas sublevaciones; y en esta situación de tira y afloja se llegó, el 17 de julio de 1791, a derramar sangre en el Campo de Marte por La Fayette y los constituyentes. Los clubes no perdonaron al marqués esta demostración de que aún era posible hacerlos retroceder. Se encarnizaron contra él. La Asamblea Lelislativa, formada por oscuros leguleyos, debía tratar de popularizarse, rivalizar en gloria e influencia con la Constituyente; nacida bajo la égida de los jacobinos, debía sufrir su influencia y buscar su alianza; compuesta por ciudadanos poco adinerados, nada la llevaba a respetar aquella Constitución de ricachos y aristócratas. Se sabía soberana y estaba decidida a proceder como la hermana mayor. Y tampoco se sentía inhibida por el respeto al rey. En vez de seguir los consejos de los constituyentes, habría de seguir sus ejemplos.

Luis XVI lo sabía y se preparaba a la muerte; quienes se acercaron a verlo, lo comprobaron; pero aún esperaba salvar a su mujer y a sus hijos. Para lograrlo, recurrió a los únicos medios que le quedaban: un estricto respeto de la Constitución, una gran prudencia en sus actos, contemporización y conciliación en todos los casos en que su conciencia se lo permitía. Finalmente hizo un esfuerzo por agrupar en torno de sí a todas las buenas voluntades. Forzado a dar un crédito limitado a la reina y a madame Elisabeth, como hemos dicho, obligado a temer los espías en todas partes, sólo disponía de un amigo y un ayudante seguro: Arnaud de La Porte. Carácter enérgico, inteligencia superior, La Porte descendía de un

linaje de grandes comerciantes. Intendente del puerto de Brest antes de cumplir treinta y cinco años, gracias a sus méritos se le debía la construcción de la flota que permitió lograr la victoria de Yorktown e independizar a los Estados Unidos. Todo lo señalaba para el ministerio de Marina, y hubiera llegado a él en 1789 de no haber ocurrido el 14 de julio, que impidió al rey realizar esta intención; más aún, la carta en que se lo nombraba ministro cayó en manos del "pueblo", y si La Porte no hubiera sido masón, esto habría representado la "linterna"; pero sus hermanos lo protegían; "se" evaporó la carta a tiempo, "se" le advirtió y La Porte se refugió en España; más aún, "se" aniquiló tan bien la historia que en 1790 el rey pudo hacerlo regresar de España y lo nombró "intendente de la Lista Civil", con rango de ministro de Estado y funciones de ministro de la Casa del Rey. En julio de 1791 el rey lo dejó en París, con intenciones de negociar con la Asamblea por su intermedio; su condición de masón y su dignidad personal lo salvaron una vez más. Demasiado dinero había pasado por sus manos y había desembocado en las de los jefes revolucionarios para que su presencia no los intimidara. Pero también era molesto. En el verano de 1791 los diarios revolucionarios lo atacaron y La Porte estuvo a punto de retirarse. Sin embargo, el rey no contaba con otro servidor fiel y su abatimiento ante la resolución de La Porte decidió a éste a mantenerse fiel hasta el fin.

En 1792, la Porte era el único que gozaba de la total confianza de su señor y la merecía. Tan sólo con él Luis XVI pudo fijar los planes para la última resistencia que iba a ofrecer. Los Lameth, Duport, Barnave, sirvieron de puntos de apoyo exteriormente y Bertrand de Molleville, demasiado cobarde y charlatán para que se pudiera confiar enteramente en él, pese a su entera fidelidad, se convirtió en el ejecutor de estas medidas. Como no ignoraba de dónde venían los ataques contra la Iglesia y contra su poder, el rey hizo redactar una gaceta a fin de difundirla en las logias, en las cuales el banquero Laborde, amigo de los Lameth, la hizo circular. A la vez, trataba de llegar hasta los escritores de los diarios revolucionarios y los dirigentes de los clubes; muchos de ellos resultaron sensibles a la venalidad, pero se requerían intermediarios muy valerosos y muy hábiles para obligar a los vendidos a actuar de acuerdo a sus ganancias, y el rey nunca tuvo estos intermediarios.

Desde los comienzos de la Revolución, Montmorin había em-

pleado como contacto con los jacobinos a un tal Durand que, en 1792, mantenía relaciones permanentes con los girondinos y Danton. Este último no vaciló en aceptar dinero de Luis XVI, como ya había recibido de Orleáns y de los Lameth. Entre el 13 de abril y el 3 de agosto de 1792, 323.000 libras pasaron por las manos de Durand, que distribuyó una parte y guardó algo para sí, "como" propina. Junto a él, otra red, fundada por Alexandre de Lameth, funcionaba, en un principio bajo control de monsieur de Lessart, y después bajo la dirección de Bertrand de Molleville: un equipo de unos treinta y cinco agentes que eran pagados a razón de 3, 5 y 10 francos diarios, según sus capacidades y sus bríos, y que debían frecuentar los clubes, tomar nota de lo que allí se decía, presentar a veces mociones o apoyar las mociones de los moderados; en la Asamblea debían aplaudir los discursos de los diputados monárquicos y constitucionales y espiar todo lo que allí ocurría; también se los enviaba a las tabernas, los apeaderos y los fumaderos, donde se reclutaba a los "patriotas" profesionales. El jefe, que se llamaba Gilles, tenía el apoyo de "Clermont". Gracias a las informaciones que proporcionó, fue posible redactar un boletín muy exacto y muy secreto para el rey. El soberano también recibía otras informaciones que le eran enviadas por realistas convencidos. Finalmente los Lameth fundaron, con dinero de la Lista Civil, un importante diario, *Le Logographe*, que transcribía en forma completa y bien orientada las sesiones de la Asamblea; el principal redactor era Pellenc, el antiguo secretario de Mirabeau, a quien se pagaba por este servicio la suma de 12.000 libras anuales.

Por lo tanto, Luis XVI no ignoraba las maniobras y las intenciones de los jacobinos. Podía medir la debilidad de los medios de que disponía y, para evitar una guerra europea, y para restablecer el orden en Francia, deseaba siempre que se formara a la brevedad posible un "Congreso armado" de los principales reyes europeos, en las cercanías de Francia. Esto era para él la única manera de evitar un conflicto sangriento en Francia y en toda Europa. Una vez destruida la monarquía francesa, los jacobinos no iban a vacilar en atacar a los otros reyes de Europa. Por el contrario, si se adelantaban a toda declaración de guerra, reunían suficientes fuerzas sobre la frontera e imponían el respeto al rey de Francia, apoyándose en los franceses monárquicos, los emigrados de vuelta en Francia y las masas campesinas, todo podía terminar, sin dema-

siados inconvenientes, pues Luis XVI no vacilaría entonces en conceder una Constitución razonable, en respetarla y en perdonar a los revolucionarios apaciguados. Tal es el plan que surge de la larga carta que escribió a sus hermanos en setiembre de 1791, y de su mensaje a Mercy del 8 de setiembre de 1791, donde decía en especial: "Si sobreviene una oposición de las potencias, si el lenguaje de las potencias es razonable, si sus fuerzas reunidas son imponentes, y si no hay guerra civil, es posible asegurar que en todas las ciudades se producirá una revolución general y que la vuelta al orden no ofrecerá dificultades. Pero si hay una guerra civil, las potencias con todas sus fuerzas sólo podrán dominar en los lugares en que estén sus ejércitos... Habrá masacres para vengarse, y también para ganar veinticuatro horas y huir. Todo el mundo está en armas; esto será el estado más deplorable, el que trae el crimen y el asesinato dentro de las casas y que impedirá a cualquier ciudadano estar seguro de vivir un día más. Esto es algo que el rey debe evitar a su pueblo a riesgos de su Corona y de su vida... Toda la fuerza armada de las potencias no podrá prevenir los furores de un pueblo en armas, cuyos jefes de partido fomentan los errores mediante los temores y que servirá sin saberlo a los odios y a las venganzas personales". Después de estas palabras tan lúcidas, concluía diciendo: "El rey no quiere la guerra civil solo, ni la guerra civil con guerra extranjera... no sólo se trata de la salvación de Francia; también se trata de la tranquilidad de Europa". Es en este mismo sentido que escribió al rey de Prusia el 5 de diciembre de 1791, instándolo a actuar.

Por su parte, las jacobinos tampoco perdían tiempo. Robespierre, que los conducía, se atrevió a decir (25 de enero de 1792): "El único recurso que nos queda es que la Nación, fatigada por los continuos atentados de la tiranía, esclarecida sobre sus pérfidas intenciones, despierte, ayudada por la energía de sus representantes, reasuma sus derechos y termine con sus sufrimientos". Para esto, el 6 de febrero de 1792, expuso su programa: reunir a los soldados expulsados de los regimientos como insubordinados y formar con ellos legiones especiales; acrecentar la actividad de las secciones de París para que vigilen el espíritu de la población; federar a todos los guardias nacionales del país, no alrededor de La Fayette, como en 1790, sino con una consigna: "¡Libertad o Muerte!" También preveía una toma del poder por la fuerza, de

acuerdo con la Asamblea, pero, mejor informado que Brissot y sus amigos, procuraba evitar la guerra en el exterior, siempre peligrosa; Robespierre adivinaba que los soberanos de Europa no se iban a molestar en socorrer a Luis XVI si no se los atacaba, y le parecía que la victoria de la Revolución era más segura de esta manera. En cuanto al papel que intentaba desempeñar, guardaba silencio, pero no confiaba en ningún otro tribuno para llevar a cabo la operación. Brissot y sus amigos, a los que sermoneaba sin romper del todo con ellos, nunca lograron su aprobación franca y total.

Ellos le guardaban rencor y conducían la operación a su manera. Brissot deseaba una guerra exterior para liquidar a la realeza, tomar el poder y establecer la República; pero su gran preocupación era el triunfo mundial de la filosofía, del deísmo. Menos hombre político que apóstol, pensaba al nivel del universo, mientras que Robespierre, más inteligente y más concreto, pensaba ante todo y sobre todo en Francia. Instigado por el ambiente que lo rodeaba, formado por extranjeros muy atentos a la ganancia, Brissot era poco escrupuloso en materia financiera, aunque demostraba un celo muy escrupuloso en el servicio de la ambición de sus amigos: la ruina de los Habsburgo después de la ruina de los Borbones, a quienes se tenía agarrados por el pescuezo. Con él arrastraba a la mayoría de los medios revolucionarios parisienses, en los cuales predominaba el elemento cosmopolita. Al mismo tiempo muchos monárquicos, partidarios de La Fayette, constitucionales, deseaban el conflicto, pues contaban con que el ejército iba a meter en vereda a los clubes y a la Asamblea. Este "amok" hacia la guerra prueba la influencia inmensa de los agentes extranjeros en la Revolución, en particular los agentes ingleses, cuyos intereses fueron tan favorecidos con la ruptura del Pacto de Familia y de la alianza franco-austríaca. La guerra franco-austríaca convertía a Inglaterra en árbitro de Europa y del universo.

La muerte de Leopoldo II hizo más grande el peligro de un conflicto, pues Francisco II, hombre joven y sometido a la influencia del mariscal Lascy, podía ser arrastrado fácilmente. Luis XVI, que conocía bien el estado caótico del ejército francés, se dio cuenta claramente de la gravedad del acontecimiento. Acababa de destituir a Narbonne. La Fayette, que lo creía amigo suyo, se enojó intensamente. Y no vaciló en defender ruidosamente a Narbonne frente al rey, a quien escribió una carta insolente. Hizo que esta carta

fuera apoyada por dos mensajes análogos de Luckner y Rochambeau. Y fue a París para discutir con los ministros. El rey no cejó y le reprochó su falta de corrección. Entonces, sin poder contenerse, La Fayette desencadenó en la Asamblea una tormenta contra Lessart, acusándolo de ser flojo en sus negociaciones con Austria; los partidarios de La Fayette y los de Brissot unidos lograron que se emitiera un decreto de acusación contra éste, y que lo enviaran a la cárcel de Orleáns. Los tres generales despacharon entonces a la Asamblea un memorial cuyo preámbulo, según Pellenc, tenía "como objeto probar que los males del reino provenían de la desconfianza que seguían inspirando las intenciones del rey". Una vez más, La Fayette se volvía contra la monarquía.

Abandonado por todos, Luis XVI escuchó la propuesta de La Porte, que estaba en tratativas con Dumouriez; el ministro veía en este general un remedio desesperado en una situación trágica. Después de una larga entrevista de tres horas, en que el general juró fidelidad al rey y le expuso sus intenciones, recibió al ministro de Relaciones Exteriores. Aunque era un ambicioso y un bajo intrigante, no carecía de inteligencia ni de audacia: antes había servido lealmente a Luis XV en el "Secreto del Rey". Además, conocía bien a Europa y no creía en la democracia. Capaz de fidelidad, cuando su interés no se oponía a ello, estaba tomado por el gusto del poder, pero mantenía un respeto instintivo a Luis XVI. El ministro acababa de pasar por todos los clubes y frecuentaba a los amigos de Brissot, a quienes despreciaba tal vez demasiado, como imbéciles, pero cuyos ardores trataba de calmar, pues podían llamarlo a compartir el poder con ellos.

Dumouriez se puso entonces a la tarea de reconciliar al rey con la Asamblea; él veía para esto un solo medio: tomar un conjunto de ministros que gustaran a Brissot y a sus amigos, pero el jefe debía seguir siendo él, para guiarlos y orientarlos. Por lo tanto, confió la cartera de Guerra a monsieur de Graves, hombre distinguido, amigo de Barnave y conveniente para el cargo. En Marina nombró a Lacoste, que el rey conocía y que seguía siéndole fiel; los tres otros cargos recayeron en criaturas de Brissot: Roland de la Platière, tan nulo como pomposo, pasó al Interior; Clavière, republicano ginebrino que se dedicaba desde hacía cinco años a especular con la baja del franco y el derrumbe de las finanzas francesas, fue nombrado para Finanzas, cargo que merecía, dado que

desde hacía muchos años financiaba a Brissot; Duranton recibió la cartera de Justicia. Dumouriez, habituado a los negocios, no dudaba de que iba a poder dominar a estos hombres, aunque Roland tenía demasiadas pretensiones y Clavière no carecía de una inteligencia abierta y audaz. Podía ser útil, si no hubiera estado la mujer de Roland, Manon Philipon, muchacha apasionada, insatisfecha, enamorada del apuesto Barbaroux y decidida a utilizar a su estúpido marido como una máquina de guerra. Ella daba de comer todas las noches a los ministros y oficiaba, sino de conciencia, por lo menos de voluntad.

Dumouriez la irritaba mucho con sus modales de aristócrata y su aire de no tomarla en serio: lo combatió. Supo volver muy movida la vida del ministerio (del 15 de marzo al 13 de junio).

La Asamblea misma no se tranquilizaba; el 6 de abril decretó que quedaba prohibido llevar ropas eclesiásticas. Y, ante todo, buscaba guerra. El 17 de marzo se enteró del contenido de la carta que había enviado el emperador a Francia en respuesta al mensaje del rey, y se mostró muy encolerizada. A pesar de la resistencia de Robespierre en el Club, a pesar de los esfuerzos de los Lameth, a pesar de la oposición del rey, se iba derecho a un conflicto; el salón de madame de Staël, donde se encontraban la gente de La Fayette y la de Brissot, servía de centro de esta campaña. A nadie le preocupaba el lamentable fracaso de la misión que se había enviado a Londres para negociar la neutralidad inglesa. Los dos delegados, Talleyrand y Biron, habían sido evitados por todas las personas importantes o distinguidas de Londres (el primero) y los habían metido en la cárcel por deudas (el segundo); a pesar de todos los signos de advertencia, los hombres de La Fayette y los girondinos querían la guerra. Luis XVI pedía vanamente a los soberanos que la evitaran, recomendaba un Congreso armado; Francisco II no lo escuchaba y caía en la trampa. Con tono amenazador escribía al gobierno francés, condenando las confiscaciones de Alsacia y la anexión de Avignon. También exigía la suspensión de la propaganda revolucionaria. Dumouriez leyó la carta a la Asamblea, que ardió de furia, y después fijó una visita del rey para el día siguiente. El 20 de abril, Luis XVI debió presentar a los diputados la declaración de guerra que sus ministros le habían impuesto. La leyó en voz baja; no ignoraba que esta declaración presagiaba para Francia y Europa una época sangrienta, para su familia, para

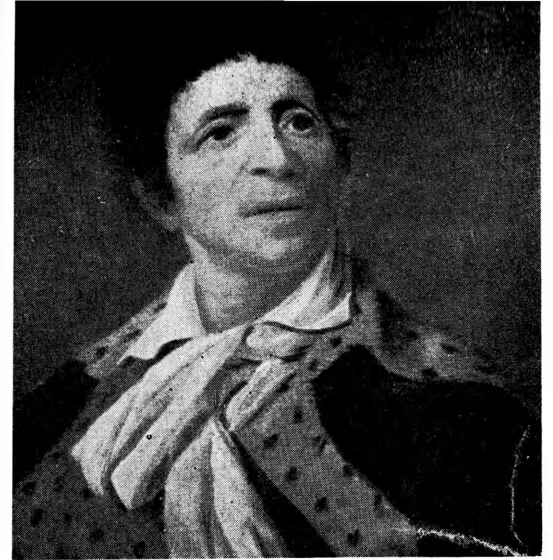
él, para la reina, una muerte casi segura. En caso de que lo hubiera olvidado, los Lameth se lo repetían desde hacía varios meses. A partir de ahora, los jefes jacobinos veían en María Antonieta nada más que una espía austríaca en Francia y la denuncia constante del "Comité Austríaco", que la corte trataba de ocultar, según los periodistas revolucionarios, habría de convertirse en una obsesión; un inmenso clamor vociferaba en torno a la reina.

Esta reina desdichada, víctima desde su infancia de las combinaciones de su madre y de Choiseul, luego de las de José II y de Mercy, víctima también de las adulaciones del clan que la rodeaba, víctima finalmente de su propia ligereza, sólo podía salvarse con una victoria rápida y brillante de los ejércitos franceses, victoria que le habría atravesado el corazón, protegiéndola a la vez. Los girondinos y los partidarios de La Fayette no dudaban del éxito. Todos los diputados, salvo siete, votaron a favor de la guerra (20 de abril de 1792). Desconocían el estado del ejército, en el cual reinaba la indisciplina, pasaban por alto la baja de los asignados, que había disminuido los sueldos, y las intrigas jacobinas, que sublevaban a los soldados contra los jefes. Cuando una tropa procuraba portarse bien, se la castigaba. Los jacobinos no vacilaron en rodear en sus cuarteles al regimiento de Ernst, unidad compuesta de suizos alemanes del cantón de Zurich, impermeable a la propaganda republicana, obligándolos a deponer las armas (fin de febrero del 1792). En toda Francia, las tropas suizas se sentían en peligro; los soldados de lengua alemana habían concebido un intenso odio contro los jacobinos, pero los elementos de idioma francés, y algunos oficiales, se dejaban seducir. En los ejércitos, La Fayette prodigaba una viva actividad, buscaba en todas partes rodearse de oficiales que compartieran sus ideas y su culto por La Fayette; apartaba a los tibios y no dejaba de hacer nada a fin de popularizarse entre los soldados; sin tomar en cuenta el reglamento, él mismo decidía destituir a los oficiales de la intendencia si éstos no le obedecían en todo; actuaba como un dictador. Cuando llegaron al poder los ministros girondinos, les envió una nota en la cual enunciaba sus condiciones: "Una especie de tratado —dice— que proponía al gobierno y por el cual éste debía comprometerse, por todos los medios a su alcance, a hacer respetar las leyes, la dignidad real, las autoridades constituidas, la libertad religiosa, y oponerse a las intrigas aristocráticas", etc. Este



Carlota Corday, de 25 años, que apuñala a Marat en el baño, el 13 de julio de 1793. El retrato fue hecho poco antes del proceso, en el que Carlota declaró haber matado a un hombre para salvar cien mil. Había llegado a París desde Caen, después del arresto de los girondinos, y asistido a una reunión de la Convención, luego de la cual decide suprimir a Marat para poner fin al terror.

Marat asesinado. Cuadro de David.



Juan Pablo Marat, de 45 años, médico del cuerpo de guardia del conde de Artois (hermano del rey), comienza a publicar en septiembre un diario llamado *El Amigo del Pueblo*, que adquiere plena influencia revolucionaria, como vehículo de su ideología. Marat no es diputado, sino que forma parte del comité electoral de un distrito, y su exigencia en momentos de terror es que "la dictadura del absolutismo se sustituya por la dictadura de la libertad".



Louis de Saint Just. Nacido en 1793, cuenta 24 años y sólo le queda uno de vida. Es el inspirador de la Nueva Constitución, es el guía y el númen de la lucha contra los girondinos, es el reorganizador de los ejércitos de la frontera, y combate la corrupción con despiadada energía.



→Jorge Danton. No tomó parte de la Asamblea Constituyente ni de la Legislativa, pero domina la Comuna de París. Luego de la fuga del rey exige enérgicamente su deposición. En abril de 1794 es guillotinado por orden de Robespierre, junto con otros quince acusados de traición. Gran orador y dirigente, tenía la pasta de gran estadista y organizó la lucha frente al ataque exterior. El dibujo del grabado fue tomado por David mientras se lo conducía al patíbulo.

promotor de constituciones no comprendía la disciplina que éstas imponen; este general actuaba como un *condottiero*. Por su parte, cada jefe y cada club hacían lo mismo; el ejército francés no era más que un vasto cuerpo político en fermentación.

Se contaba, sin embargo, con lograr la victoria sin combate y la acogida entusiasta del pueblo de los Países Bajos. Innumerables espías franceses trabajaban en Bélgica desde 1788, unos por cuenta de Orleáns, los otros por cuenta de La Fayette, otros por Dumouriez, otros por Brissot, etc. Antes de partir a la guerra, La Fayette escribió a Latour-Maubourg en enero de 1792: "...Mi primera tarea es conseguir un ejército bueno y activo. En cuanto lo tengamos, Narbonne y yo nos encasquetaremos el sombrero y, con un buen juego, revolucionaremos todo lo que podamos. Cuento con grandes medios en Holanda; el Partido Demócrata es mío sin resistencias; también tengo partidarios en Lieja y no soy desconocido en los Países Bajos y de este lado del Rin. Los guardias nacionales me consideran su jefe; estoy absolutamente seguro de un ejército que he de comandar personalmente. De hecho, también cuento con ciertos talentos naturales, especialmente para la guerra. Tengo la actividad de la juventud, una salud imperturbable, mucha sangre fría y un trabajo fácil. Hace quince años que me ocupo del oficio revolucionario..." También contaba con emplear otras armas además del cañón, y se lo recordó a Latour-Maubourg el 23 de enero: "Hay un artículo que considero de tanto valor como las primeras balas y que coloco casi antes que la artillería: los pequeños escritos que tan bien nos han servido en Francia para hacer la Revolución, y con los cuales pienso llenar los bolsillos de los húsares y cazadores, del mismo modo que las marcas del ejército, sin contar los que distribuiremos entre los soldados extranjeros... Le he pedido a Dietrich que los componga en Estrasburgo. Pero él piensa, como yo, que el centro debe estar en mi cuartel general, y para ello necesitamos una suma considerable..." Deseaba añadir una imprenta a su cuartel general y veía en esto la garantía de la victoria. Se equivocaba.

El comienzo de las operaciones lo demostró: Narbonne, de acuerdo con tres generales, decidió en marzo que La Fayette, con 40.000 hombres, iba a entrar en los Países Bajos y revolucionar toda la región, en tanto que Luckner y Rochambeau, actuando en el Rin, marchaban sobre Maguncia. Esta región de Alemania, poco pro-

vista de fortificaciones y de tropas, ofrecía buenas posibilidades de ataque. Dumouriez no apoyó el plan. No quería librar los Países Bajos a La Fayette, ni echarse encima a toda Alemania. Deseaba ocuparse tan sólo de Austria y limitar el ataque a los Países Bajos: el ejército de Rochambeau recibió órdenes de atacar Bélgica; Biron, que había partido hacia Valenciennes con 10.000 hombres, debía apoderarse de Mons y de Bruselas; Théobald Dillon, con un destacamento del mismo ejército, haría una demostración contra Tournai; otro cuerpo, comandado por Delbeck, marcharía sobre Furnes, en el extremo oeste, mientras que La Fayette habría de cubrir esta operación marchando sobre Namur y amenazando las líneas de comunicación de los austríacos; finalmente, Luckner atacaría a Porrentruy. Es posible imaginar el descontento de los generales al enterarse de que París, a último momento, les imponía una maniobra que nada tenía que ver con lo que estaban preparando desde hacía semanas; tan sólo Biron, amigo y cómplice de Dumouriez, se alegró; su patrón, el duque de Orleáns, estaba a punto de ganar para sí —¡finalmente!— una corona.

La operación fracasó lamentablemente. Rochambeau carecía de pujanza; viejo, agriado, difícil de manejar, consideró que la orden de ataque era precipitada; pero como se le anunciaba una operación fácil, que iba a ser apoyada por las multitudes de Brabante, dio órdenes a Biron de marchar el 28 de abril; éste se apoderó de Quiévrain, luego, el 29, marchó sobre Mons; la población conservó una actitud reservada, las tropas se pusieron nerviosas y Biron vaciló; en la aldea de Boussu hubo una escaramuza; los austríacos ocupaban una buena posición defensiva en las alturas; Biron no se consideró con fuerzas suficientes para lanzar sus tropas al asalto; se retiró; el desorden cundió en sus columnas, que perdieron tiendas, cañones y prisioneros; gracias al socorro que prestó Rochambeau, y a la falta de empuje de los austríacos, logró volver a Valenciennes, pero no en triunfador. Dillon fue de Lille a Bézieux; allí una carga de caballería austríaca sembró el desconcierto entre sus soldados mal ejercitados e imbuidos de espíritu jacobino. Asediados por los austríacos, huyeron hasta Lille, tomándose sólo el tiempo necesario para masacrar, descuartizar y quemar a Dillon; de vuelta a Lille, en donde cesó la persecución, continuaron las atrocidades: ahorcaron uno tras otro a un oficial, a seis prisioneros austríacos y a un sacerdote; monsieur de Chaumont, edecán de

Dillon, escapó por muy poco. Por supuesto, después de este comienzo, ya ninguno de los ejércitos intentó atacar a fondo.

Mientras Rochambeau, furioso, enviaba su dimisión, estas noticias llegaron a París y suscitaron una enorme tempestad. Todo lo hacía prever: desde noviembre de 1791, *Le Patriote Français* publicaba artículos en los que se amenazaba a la burguesía con el furor del pueblo; en enero la multitud, refunfuñando, reclamó pan, vino, carne, demasiado caros y escasos. El 20 de febrero se levantaron barricadas en París, al mismo tiempo que la provincia se agitaba; sublevaciones en la región de Oise, disturbios en la Beauce, etc.; la baja de los asignados provocó hambre e indignó a los obreros de los grandes puertos, que saquearon los almacenes. Entre ellos, los marselleses fueron los más violentos. Pero no se lograba parar el alza constante de los productos: Hébert y Marat echaban aceite al fuego.

La noticia de las primeras derrotas, por insignificantes que fueran los encuentros, terminó por inflamar los espíritus. Robespierre, convertido ya en franco enemigo de Brissot, denunció a éste y a su partido como responsables de la aventura criminal; también acusó a los jefes militares y disculpó a los soldados, mal dirigidos, mal preparados, que no podían confiar en generales aristócratas. Brissot y los suyos se defendieron, acusando al rey, a la reina y, sobre todo, al "Comité Austríaco" que, según ellos, presionaba a Francia a beneficio del emperador. Esta acusación, repetida en todas partes, se convirtió en un arma tremenda contra María Antonieta; aún en nuestros días se le reprocha la carta que escribió a Mercy el 26 de marzo, en la cual la reina explicaba el plan de ataque de Dumouriez. Que haya procedido mal, comprometiendo así su dignidad de reina, no puede ser puesto en duda; pero tampoco es posible pensar que tal acto haya sido un crimen. El 19 de abril de 1792, Montmorin le escribió a La Marck, a la sazón en Bruselas, para dar a Mercy y al ministerio austríaco las mismas informaciones, y La Fayette declaró: "El nuevo plan de ataque fue anunciado en París con tanta imprudencia que los generales en jefe no tuvieron tiempo de leer sus instrucciones y éstas ya habían sido anunciadas por oficiales que, enterados de ellas por el público, supieron llegar al cuartel general antes que los correos del ministro". En un París lleno de espías, la noticia no podía tardar en llegar a Bruselas. El error de la reina consistió, por lo tanto, no en un acto

que en sí carecía de gravedad, sino en el espíritu que la animaba a la sazón; la reina no sabía, como Luis XVI, sacrificar nada a su odio; víctima de una política tan cruel como absurda, se debatía con aspereza y en vano: sólo logró perjudicarse a sí misma.

La situación se agravaba en todas partes: en la noche del 1º de mayo todos los oficiales del Real Sueco se pasaron al enemigo; otros oficiales perdieron la cabeza, sembraron el pánico y uno de ellos se suicidó. Los generales enviaban agrias notas a de Graves, que, tomado entre los jacobinos y sus subordinados, dimitió; Roland lo hizo reemplazar por Servan. Éste dividió a las tropas en dos ejércitos; el occidental, comandado por Luckner, debía atacar el litoral de Flandes; el de La Fayette, extendido hasta Maubeuge, debía vigilar la frontera; fuera de algunas escaramuzas, el frente no se movió. En París, la gente de Brissot, furiosa por un fracaso que los comprometía, se dio cuenta finalmente del peligro, porque Francia y ellos se encontraban ahora rodeados de naciones hostiles, y estaban amenazados por la invasión de los ejércitos austro-prusianos, comandados por Brunswick. Vencidos en el exterior, sólo pensaron en vencer en el interior, echando al rey. Esto no les impidió apoderarse de todos los puestos oficiales que podían birlar, al mismo tiempo que rechazaban una diputación de franciscanos que había ido a gritar "traición" en el recinto de la Asamblea, echando la culpa a Marat. ¿Acaso su suerte no estaba vinculada a la de La Fayette, Narbonne y de los benedictinos, que favorecían la guerra desde hacía seis meses? La mezcolanza y los giros bruscos de los partidos en esta época llegan a lo fantástico: giraban como monigotes agitados por el miedo. En los ambientes revolucionarios los dos grupos rivales, el de Robespierre y el de Brissot, se denunciaban, se combatían, pero coincidían en su voluntad común de instaurar un régimen nuevo. Su oposición los estimulaba más y acrecentaba el peligro del rey. En los medios de los constitucionales se daba la misma oposición entre el grupo de La Fayette y el de los Triunviros. Desconfiaban los unos de los otros y ya no se veían más en el salón de madame de Staël, frecuentado también por la gente de Brissot. La Fayette cambió una vez más de planes. Asustado por los resultados de la ofensiva y no queriendo meterse en una guerra con un ministerio que lo odiaba a sus espaldas y los jacobinos que lo acechaban, y en la seguridad de recibir castigos humillantes ante el menor fracaso, se dedicó a molestar a los clu-

bes con todos los medios que aún le quedaban: presión sobre la Asamblea, utilización de los guardias nacionales, inclusive el ejército. Los Triunviros conocían mejor París y veían la situación de cerca; querían trabajar la opinión, unir a propietarios y burgueses; con el dinero de Luis XVI fundaron un diario que debía reemplazar a *Le Logographe*, en plena decadencia: *L'Indicateur*. Debía ser una hoja de combate y doctrina para luchar contra los jacobinos, pero también contra la guerra y la Constitución. Los Lameth retiraron toda su confianza a La Fayette, cuya bobería los exasperaba. Más lúcidos, disponían de menos fuerza que él; el club de ellos, el de los benedictinos, ya no se reunía más; privados de funciones públicas, se los empezaba a olvidar; ya el mismo Barnave se había retirado de la lucha.

Cada día esta lucha se volvía más brutal: Carra, en sus *Annales Patriotiques*, tomó la iniciativa de denunciar con sus nombres a Montmorin y Bertrand como miembros del "Comité Austríaco". Bertrand, gracias a Buob, el mejor agente de su red secreta, logró hacer comparecer a Carra, personaje muy equívoco, ante un honesto juez de paz, Larivière. Carra nombró a Merlin, Bazire y Chabot, que le habrían proporcionado sus informes. Los tres eran miembros de la Asamblea; Larivière, imprudentemente, no vaciló en hacerlos detener por un gendarme. Al enterarse de la noticia, la Asamblea, llena de indignación, decidió lanzar un acta de acusación contra Larivière, que fue despachada a Orleáns; inmediatamente Brissot, el 23 de mayo, denunció en la tribuna al "Comité Austríaco"; al día siguiente la Asamblea votó una nueva ley contra los sacerdotes no juramentados; el 29 decidió que quedaría licenciada la guardia del rey y el duque de Brissac, su comandante, fue acusado; el 28 la Asamblea se declaró en sesión permanente.

El rey rehusó aceptar el licenciamiento de su guardia; los ministros lo obligaron a ceder. Pero nada logró convencerlo de que firmara la ley en contra del clero ortodoxo. Para doblegarlo le dieron un nuevo golpe, proveniente ahora de uno de sus ministros; Servan, antiguo subgobernador de los pajes del rey, propuso a la Asamblea que convocara en una zona del norte de la capital (4 de junio) a 20.000 federados. La medida fue votada el 8 de junio. Por este medio el grupo de Brissot esperaba a la vez asustar al rey y protegerse de Robespierre, cuyo poder lo inquietaba. Así fue que este último, en el Club de los Jacobinos, se pronunció en contra

del decreto, que Dumouriez y los benedictinos combatían con toda su fuerza, e inclusive hicieron firmar una petición por 8.000 ciudadanos que protestaban. La decisión se mantuvo y se fortaleció con la cláusula siguiente: "Tan sólo los inscriptos (en el Club de los Jacobinos) habrán de reunirse para elegir a los que quieran marchar". De esta manera, los 20.000 federados iban a ser elegidos por los militantes del Club y no por los partidarios de Brissot. Al fin de cuentas, Robespierre triunfaba. Como es natural, el rey se negó a sancionar el decreto.

A medida que aumentaba el peligro, tanto más se aferraba a su deber. Nadie podía doblegarlo. Se han comentado demasiado las intrigas y habladurías que rodeaban a María Antonieta, como suele ocurrir a las mujeres. Los intrigantes sabían que la reina era el punto débil de la monarquía; todos, uno tras otro, trataron de servirse de ella: Choiseul, Necker, Loménie de Brienne, Mirabeau, La Marck, Dumouriez... Pero la influencia de estos complots sobre los acontecimientos no fue grande; del mismo modo se ha prestado demasiada atención a los relatos de madame Campan, falsos por lo general. Otras preocupaciones más concretas retenían al rey: todo se volvía ocasión de disturbios: la fiesta que los benedictinos hicieron votar a la Asamblea en honor del alcalde de Étampes, Sauvageot (muerto en el cumplimiento del deber) respondía a la que había sido celebrada por los suizos sublevados de Chateauvieux (15 de abril), y se convirtió en una manifestación política. En los carteles escribieron "Libertad, Igualdad, Propiedad", en vez de "Libertad, Igualdad, Fraternidad", y la gente se amenazaba con la mirada; el día de Pascua, durante las tradicionales procesiones, se llegó a los golpes entre católicos y no creyentes, que provocaron incidentes para lograr que prohibieran la procesión. En el Club de los Jacobinos, los hombres de Brissot y los de Robespierre discutían ruidosamente; y cosa aún más grave, el ministerio se fragmentaba; Roland y sus amigos buscaban los puntos débiles de Dumouriez: el dinero, las mujeres, el placer; le reprochaban que gastara en su persona los 6 millones de fondos secretos del Ministerio de Relaciones Exteriores, y en los consejos de gabinete hubo escenas groseras.

En estas condiciones Roland, alentado por su mujer, creyó que iba a dar un golpe maestro leyendo al rey, en una sesión del Consejo de Ministros, el 10 de junio, una epístola magistral, redactada

por la dama en su estilo más hermoso, imitado de Rousseau. Madame Roland decía: "Señor: esta carta quedará eternamente sepultada entre vos y yo... La Patria no es una palabra que la imaginación se haya complacido en embellecer: es una criatura por quien se hacen sacrificios, que nos es cada día más querida por las solicitudes que suscita; que ha sido creada con grandes esfuerzos, que se educa en medio de inquietudes, y que amamos tanto por lo que nos cuesta como por lo que de ella esperamos..." Todo esto para incitar al rey a ratificar las leyes votadas por la Asamblea y a prestarse a los deseos de monsieur Roland, encarnación de la patria. Dumouriez cuenta que Roland leyó la carta con satisfacción. El rey no dijo palabra; pero hizo llamar a Dumouriez a los aposentos de la reina y le dijo: "Quiero que os quedéis vos, lo mismo que Lacoste y el buen Duranton. Pero hacedme el favor de librarme de esos tres facciosos (Roland, Clavière y Servan), porque mi paciencia está agotada". Dumouriez aceptó, pero insistió en que el rey debía firmar el decreto sobre los sacerdotes y el de la convocatoria de federados. Por lo tanto, el 13 de junio Servan, Roland y Clavière fueron destituidos; Dumouriez tomó el Ministerio de Guerra, entregó a un tal Naillac la cartera de Relaciones Exteriores y a uno de sus amigos, Mourgues, de Montpellier, el Ministerio del Interior, y el de Finanzas con carácter interino.

Esta combinación duró poco. Dumouriez, brutalmente insultado en la Asamblea cuando se presentó ese mismo día, fue arrastrado por el fango en el diario de Brissot, quien le reprochó sus enjuagues, los 6 millones gastados en mujeres y en fiestas, sus agentes equívocos, su política turbia. Dumouriez contestó haciendo pegar carteles en los cuales anunciaba que iba a publicar las sumas recibidas por la gente de Brissot. Sin embargo, cuando el rey, decidido a resistir en ese momento en que lo arrinconaban contra la pared, y alentado por los Triunviros, le anunció la resolución de no firmar los dos decretos pendientes, y de enviar una carta al presidente de la Asamblea para explicar su actitud, Dumouriez, presa de pánico, prefirió irse y dimitió. Quería provocar, no combatir.

Una vez más, el rey debió buscar ministros; los Triunviros consiguieron a Lajard (Guerra), a Terrier de Monciel (Interior), a Chambonas (Relaciones Exteriores), y a Beaulieu (Finanzas), hombres desconocidos y sin crédito, algunos de los cuales demostraron su lealtad, pero que no representaban una fuerza. Entonces sobre-

vino un socorro inesperado, que no dejó de crear nuevas dificultades. La Fayette, finalmente, se había dado cuenta que estaba en peligro; heroico, como siempre, sólo pensó en salvarse, salvando a Luis XVI; alegando su derecho de petición, envió el 16 de junio una epístola a la Asamblea en la cual, en su lenguaje pomposo y torpe, reclamaba para el rey el poder intacto e independiente que le garantizaba la Constitución y un castigo ejemplar para los clubes, que debían dejar de hacer daño. Esta carta cayó en la Asamblea como un adoquín en un pantano. Incomodó e irritó, y se apresuraron a enviarla en seguida al Comité de Vigilancia para su verificación. La gente de Brissot se veía atenaceada entre dos miedos, el del ejército, al mando de La Fayette, y el de las secciones, manejadas por los jacobinos de Robespierre. Para salir del aprieto procuraron asustar al rey.

El 18 de junio éste había contestado a la Asamblea que vetaba la ley que preveía la deportación de los sacerdotes no juramentados y la que convocaba a París a los federados para el 14 de julio. Inmediatamente, todos los jacobinos unidos, los hombres de Brissot y de Robespierre, organizaron una gran manifestación popular destinada a obligar al rey a llamar al ministerio partidario de Brissot y a firmar las dos leyes. El pretexto se presentó solo: celebrar el aniversario del juramento del Juego de Pelota, plantando delante de las Tullerías un árbol de la libertad. Toda la jornada del 19, bastante tranquila en el centro de la ciudad, pasó en medio de preparativos en los suburbios; Santerre, gracias a su cerveza (pues era cervecero), a unas propinas bien distribuidas y a la excitación de la ciudad, logró reunir una considerable multitud que el 20, después de haber visitado la Asamblea a eso de las tres de la tarde, forzó las puertas del palacio. La Guardia Nacional no las protegió e inclusive dejó que el populacho rompiera algunas de las puertas interiores. Así, la multitud invadió los aposentos del rey; una comitiva vociferante e insultante, que enarbolaba armas, desfiló ante Luis XVI; trepado sobre un baúl, en la primera antecámara, para cerrarle el paso hacia las habitaciones de la reina y de los niños, el rey consintió en ponerse el rojo gorro frigio, y escuchó los alaridos con que reclamaban el retorno de los ministros y la sanción de las leyes, pero no accedió. Su sangre fría, su valor, la devoción de algunos granaderos, el prestigio y la popularidad de que gozaba, a pesar de todo, lo salvaron. Vergniaud pro-

nunció un discurso lamentable y vano. A las seis llegó Pétion; éste hizo retirar a los manifestantes en nombre de la dignidad del pueblo y la autoridad del rey. La multitud se fue, dejando tras ella puertas destrozadas, manchas de vino tinto y el hedor de la humanidad sucia.

La operación terminó en un fracaso. Una oleada de indignación sacudió a los franceses ante la bajeza del procedimiento; los guardias nacionales de París insultaron a los camaradas cómplices del disturbio; en los departamentos, los directorios, al enterarse de la noticia, rivalizaron en celo por el rey; los de Aveyron, de Indre y Somme reclamaron castigos severos; los pocos diarios que aún se atrevían a manifestar sentimientos realistas, como la *Gazette Universelle*, el *Mercure de France*, y el periódico de Royou, subrayaron el odioso carácter de aquella extorsión. La Asamblea, la gente de Brissot, molestos, dejaron pasar una ley que prohibía a los ciudadanos armados hacer peticiones. Ese mismo día Luis XVI reprendió a Pétion, que se mostró dócil. Al día siguiente lanzó una proclama: "Los franceses se enterarán con dolor que una multitud extraviada por algunos facciosos entró a mano armada en las habitaciones del rey... El rey sólo ha opuesto a las amenazas y a los insultos de los facciosos su conciencia y su amor por el bien público... Si los que quieren derrocar la monarquía necesitan un crimen más, pueden cometerlo. El rey ordena a todos los cuerpos administrativos que velen por la seguridad de las personas y de las propiedades". Este lenguaje vigoroso produjo mucho efecto en las provincias, y de ellas llegaron cartas de aprobación; setenta y cinco departamentos siguieron la línea que indicaba la carta del rey y el mensaje de La Fayette; en todas partes se firmaron petitorios a favor del rey, y en Normandía 20.000 personas dieron sus nombres; se enviaron 40.000 ejemplares de la proclama de Luis XVI al ejército de Luckner. El departamento de París, en donde la mayoría seguía siendo partidaria de La Fayette, abrió una información contra Pétion y Manuel y después los suspendió en las funciones de alcalde y de procurador general de la Comuna. El diputado Delfau solicitó a la Asamblea la clausura del Club de los Jacobinos. En contestación, Pétion cubrió las paredes de París con carteles en los cuales se invitaba, un poco tarde, a la calma y al respeto de las leyes.

En esto se estaba cuando el 28 de junio la gente quedó cons-

ternada al enterarse que La Fayette, de regreso a París, había presentado a la Asamblea para reclamar, en nombre de su ejército, el respeto de la Constitución, la libertad de la Asamblea y la del rey. La Fayette también había exigido que se castigara a los instigadores de la manifestación como "criminales de lesa Nación", la clausura del Club de los Jacobinos y la imposición de paz en la retaguardia cuando los ejércitos estaban luchando. La audacia de esta intervención, su carácter imprevisto, el aire desenvuelto de La Fayette, sorprendieron a la Asamblea y los benedictinos se apresuraron a concederle los honores de la sesión. Los girondinos ensayaron vanamente reunir una mayoría contra él; La Fayette fue llevado en triunfo por una masa de granaderos, oficiales y artilleros, que escoltaron su carroza hasta las Tullerías. Esta vez el marqués había expresado con sinceridad el deseo de la gran mayoría del pueblo y del ejército. El rey y su familia le dieron las gracias y Luis XVI aceptó que concurriera al día siguiente a un desfile de la Guardia Nacional. La Fayette contaba con levantar a la Guardia Nacional y obligar a la Asamblea a la acción; pero Pétion, prevenido por sus espías (o por la reina, como lo creyó, basándose en una evidencia muy leve, La Fayette) suprimió el desfile. La Fayette reunió en su casa a los jefes de la Guardia Nacional; consiguió su aprobación, logró promesas... pero no exigió ninguna acción. Al día siguiente partió vencido, con la muerte en el alma, no sin enviar un último mensaje a la Asamblea, insistiendo en la clausura del Club jacobino y el castigo del crimen del 20 de junio.

Nada ni nadie impedía ya el desenvolvimiento del programa revolucionario. La noche del 28 de junio, en el Club de los Jacobinos, Brissot, asustado por la iniciativa de La Fayette, se acercó a Robespierre, y todos los revolucionarios reunidos, al comprobar que la opinión pública se alejaba de ellos, se pusieron a preparar el asalto final. El 2 y el 3 de julio hubo sesiones afiebradas, en las cuales la Asamblea decidió convocar a los federados a París el 14 de julio; desde la capital debían dirigirse a Soissons; el rey, reducido a la impotencia, cedió. Vergniaud, en términos virulentos, reclamó que se declarara que la "patria estaba en peligro", que se hiciera responsable a los ministros de los disturbios internos y de la invasión, y que se examinara la conducta de La Fayette. Su discurso, aclamado, se envió a los 83 departamentos y al ejército; después, la Asamblea examinó la propuesta. El miedo se apoderaba

de todos los partidos; en medio de la locura, se multiplicaban la intriga y los proyectos vanos. El 15 de julio, Torné propuso prescindir de la Constitución y asumir la dictadura; se había adelantado en varias semanas; la derecha lo hizo callar. El 7, una histeria sentimental se apoderó de los diputados; por influjo de un azucarado discurso de Lamourette, obispo constitucional de Lyon, se reconciliaron, se abrazaron y se solicitó la presencia del rey, que concurrió y bendijo a la Asamblea, pues estaba decidido a prestarse a sus juegos, cuando no eran sangrientos. De todos modos, esa tarde, en el Club de los Jacobinos, se ridiculizó esta comunión sin contrición.

Entre bastidores se intrigaba; La Fayette propuso al rey organizarle una huida por Compiègne. Luckner, luego de internarse en el Brabante, ocupó Ypres, Menin, Courtrai, y juzgó prudente retirarse, no sin haber quemado previamente los suburbios de Courtrai. Después el ministro, trastornando todos los planes, envió a La Fayette al ejército del Oeste y a Luckner al del Este, que éste prefería (ya que se encontraba en países de lengua alemana). Esto, y los tejes y manejes consecuentes, facilitaron la operación propuesta. Pero el rey ya no confiaba en La Fayette y se negó; incluso se negó a las sugestiones de Liancourt, que quería llevarlo a Rouen; a las de madame de Stäel, a las de Montmorin, a las de los benedictinos, que querían hacerlo salir de París con la protección de los regimientos suizos desplazados. El rechazo del rey trajo la renuncia de los ministros. Todos estos planes apresurados y precarios parecían igualmente frágiles a Luis XVI. Los suyos, es decir, el grupo de benedictinos valerosos que seguían siendo fieles, recurrieron entonces a un plan desesperado: comprar a Danton y al grupo selecto de los marselleses, para ponerlos contra la Revolución. Terrier de Monciel y el gobernador Morris, encargado de negocios de los Estados Unidos, fueron el gozne de la operación, junto con un señor Brémond, que establecía los contactos. Se apresuraron a constituir una fuerza popular realista.

Todos los espías de las Tullerías tenían barruntos de estos proyectos; una noche la Guardia Nacional pretendió que la reina se iba a escapar al instante. Por su parte, los elementos revolucionarios no perdieron el tiempo; cada uno tenía su papel; en el Club de los Jacobinos, Robespierre fulminaba contra la corte y pedía el derrocamiento del rey. Peticiones en el mismo sentido, provocadas

por los jacobinos de París, llegaban de los departamentos, y especialmente del Sur. Danton trabajaba en la Comuna y en las secciones. En la Asamblea, la gente de Brissot y los jacobinos obtuvieron, el 11 de julio, una declaración de que "la Patria estaba en peligro". El 12 el rey anunció que iba a aprobar el decreto del departamento referente a Pétion y a Manuel. Ese mismo día Pétion se presentó en la Asamblea, que lo aclamó y lo reintegró a sus funciones. Empezaban a llegar los primeros federados, junto con las turbas revolucionarias de París, cansadas y escépticas, como ya se había notado el 20 de junio, pero con un añadido valioso de cólera y de violencia; se oyó que se referían a la Constitución como a "la Caja de Pandora" y que reclamaban el derrocamiento del rey. Danton azuzaba y guiaba a sus jefes. Robespierre les daba consejos solemnes: "No os alejéis de este recinto sin haber decidido antes, en vuestros corazones, la salvación de Francia y de la especie humana". Se pensaba que el rey iba a ser asesinado el 14 de julio.

Sin embargo, el rey y la reina fueron los primeros en llegar al Campo de Marte, adornado con 83 carpas y 83 árboles de la Libertad. Detrás del altar había un árbol cubierto de panoplias, escudos, cascos y que emergía de una piara, hecha de guirnaldas, coronas, gorros de doctor, etc. El cortejo fue una apoteosis para Pétion, pero algunos se atrevieron a gritar "¡Viva el rey!", y Luis XVI respondió con una débil sonrisa, la única de la jornada; prestó juramento con una voz firme, pero se negó a incendiar el árbol del feudalismo: "Ya no hay más feudalismo", respondió, y volvió sano y salvo a su palacio. El 15 de julio, para desarmarlo aún más, la Asamblea decidió alejar de la ciudad a los cinco regimientos de línea y a las tropas suizas de los suburbios; el 17 recibió una delegación de federados que reclamaba: "Padres de la Patria: suspended el Poder Ejecutivo en la persona del rey. Someted a juicio a La Fayette. Destituid y castigad a los Directorios". Y sobre todo, como constante amenaza, se quedaron en París.

Ante tanta violencia, los hombres de Brissot vacilaban. Se asustaban de los riesgos que corrían y del peligro que representaba Robespierre para ellos en caso de implantarse la República; por lo tanto, procuraban aproximarse a Luis XVI. Desgraciadamente, el rey no podía fiarse de ellos; el miedo manifiesto que los movía los desprestigiaba tanto como la impotencia que tenían para ejercer el poder. La única esperanza de salvación estaba en la ayuda

exterior, si llegaba antes de la gran revuelta. Las numerosas y bien armadas columnas de los austro-prusianos se acercaban a la frontera; si los soberanos seguían los consejos que se les había dado muchas veces, y que Mallet du Pan debía repetir en nombre de ellos, todo se podía salvar aún: había que declarar que iban a respetar la integridad del territorio francés y que nada tenían que reprochar a los buenos ciudadanos, sino tan sólo a los jacobinos y a los facciosos, que no iban a intervenir en los problemas de la política francesa y se iban a contentar con exigir el restablecimiento de la autoridad real, que considerarían a la Asamblea, los cuerpos administrativos y las municipalidades como responsables en sus cuerpos y en sus bienes de todo atentado perpetrado contra el rey, la reina, la familia real y los ciudadanos pacíficos. Luis XVI les recomendaba sobre todo que no utilizaran a los emigrados, que no hicieran "la guerra de los reyes contra los pueblos", y que anunciaran a todos los vientos sus deseos de paz.

¡Ay! En cuanto estuvo en Alemania, Mallet se encontró prisionero dentro del inmenso odio que había despertado Francia con su sangrienta Revolución. Sus consejos no tranquilizaron a los soberanos aliados, cuyo Manifiesto, preparado por un antiguo agente de Orleáns, Limon, junto con Fersen y otros emigrados, reunía todas las imprudencias posibles. Los aliados y Brunswick se jactaban de que iban a poner punto final a la anarquía que reinaba en Francia, a salvar el trono y a defender el altar; y prevenían a la población que "cualquier habitante que se atreviera a defenderse" iba a ser castigado como rebelde, su casa sería arrasada, etc. París era amenazado con su nombre: si la ciudad no ponía al rey en libertad y el palacio llegaba a ser atacado, los aliados iban a entregar la capital a un saqueo total. Por el contrario, si la ciudad y sus habitantes eran obedientes, ¡prometían intervenir ante Luis XVI para lograr su clemencia!

París se enteró de este texto demencial el 28 de julio, en plena agitación, en el momento en que, en todas las plazas, los jóvenes se enganchaban en el ejército y por todos lados ardía la fiebre del patriotismo. El manifiesto exasperó a la multitud y dio a los jacobinos la ocasión buscada para destruir la monarquía en nombre de la Patria.

Capítulo III

EL SACRIFICIO EXPIATORIO

Robespierre desaprobaba el movimiento del 20 de junio; demasiado lúcido y demasiado interiorizado de la acción revolucionaria para no conocer sus profundidades, condenó las ambiciones mezquinas de los hombres de Brissot y calculó el peligro que significaba una sublevación que, en caso de fracasar, hubiera frustrado a la opinión pública y hubiera permitido al rey reunir a su alrededor a toda la gente de orden, junto con el ejército. Robespierre quería un levantamiento; pero quería un levantamiento poderoso, decisivo. Resignado, si la voz del pueblo y su conciencia se lo imponían, a ocupar inmediatamente el primer puesto, aunque fuera la dictadura, no le parecía de acuerdo con su dignidad o con su carácter intervenir en estas refriegas.

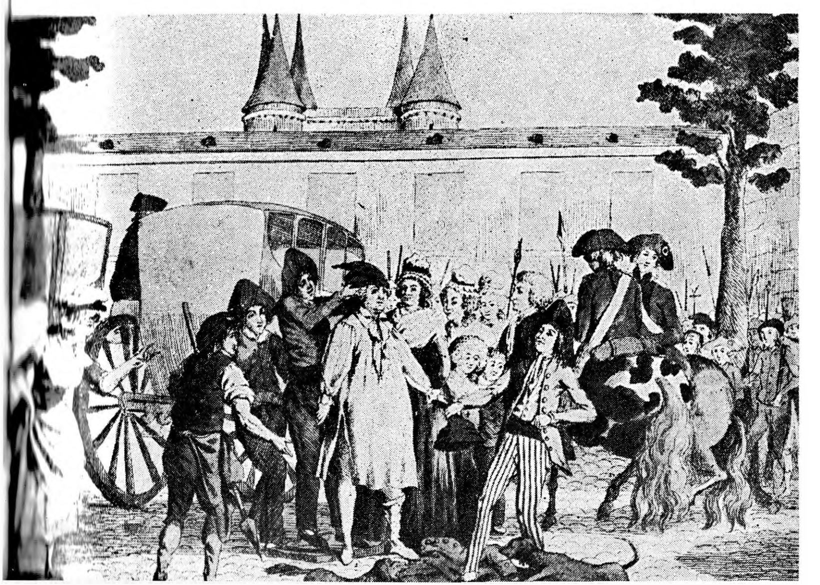
Danton, que se mantuvo apartado del 20 de junio, aprovechaba los escrúpulos y la altivez que demostraba el Incorruptible. Confinado a un papel subalterno desde hacía cinco años, por lo menos había recibido mucho dinero y había logrado conocer a los elementos activos de las turbas de París. Para la sublevación se contaba, en el verano de 1792, con un personal mucho más numeroso que en 1787, o inclusive en 1789. La desocupación, la miseria, la deserción en los ejércitos, la concurrencia de obreros sin trabajo, de mendigos y caminantes más o menos ladrones, la excitación y la irritación de una plebe que estaba cansada de promesas vanas, sobreexcitada por cinco años de Revolución, empobrecida por ella y dispuesta a cualquier cosa para salir de su miseria, todas estas circunstancias permitían encontrar en París, sobre todo en los suburbios, amplios efectivos para un movimiento; los cuadros no faltaban, gracias a los miembros de las 48 secciones, que se habían convertido desde 1789 en profesionales del levantamiento. De todos

modos, hay que reconocer que estos elementos, inflamados por los discursos de Marat, entibiados luego por los agentes y el dinero de todos los partidos, seguían siendo dudosos y vacilantes. La aparición oportuna y bien concertada de los federados jacobinos, que llegaban de provincias con una doctrina pura y un celo intacto, aseguraban el apoyo decisivo. Gracias a ellos, fue posible derrocar a la monarquía.

El rey se encontraba entonces en una situación muy extraña y muy trágica. Los nobles demócratas, autores de la Revolución, acudían a él y no cesaban de aportarle consejos y ayuda. Dispuesto a perdonarlos, Luis XVI no podía poner la suerte del reino en sus manos. Desde hacía cinco años los había visto acumular errores, imprudencias y maniobras contradictorias. Con mucha más capacidad que ellos, podía medir el peligro y la extinción del problema. Los Triunviros eran hombres muy inteligentes, que practicaban principios democráticos y parlamentarios, como suele ocurrir cuando se trata de ideas razonables y justas que se modifican de acuerdo a las circunstancias y a la experiencia. La Fayette era un creyente, profesaba las doctrinas masónicas en su conjunto: soberanía del pueblo, Libertad-Igualdad-Fraternidad, eran dogmas absolutos, y La Fayette seguía con la boca abierta ante el éxito americano. Ahora bien, aunque odiaba a la monarquía, mantenía una lealtad personal a Luis XVI, a quien debía mucho, y a quien su mujer y sus queridas seguían teniendo por "el rey". Brissot y los girondinos también profesaban la fe democrática, pero eran espíritus poco consistentes y hubieran admitido una monarquía en la cual no hubieran sido ignorados, a la espera de encontrar algo mejor. Robespierre, desde 1789, seguía el camino al cual lo llevaban su lógica y sus deseos: la dictadura del "pueblo", es decir, la plebe que él iba a guiar. Alma esencialmente religiosa, veía en los humildes al soberano legítimo y virtuoso en el cual se reflejaba la Divinidad, pero que no podía actuar sin guía. Él se sentía digno de ser ese guía y aspiraba a serlo, sin preocuparse mucho de las formas constitucionales, sin aceptar el mecanismo complicado, artificial y plutócrata de 1791. Danton veía las cosas más sencillamente; pueblo él mismo, quería servir al pueblo y servirse de él para llegar al poder, pues sabía que el pueblo no puede gobernar ni gobernarse. Poco escrupuloso, ávido de dinero, seguía la Revolución y, en ese momento en que todos los poderosos habían

El rey Luis XVI
En el esplendor de los atributos de soberanía. Ha reinado dieciocho años cuando es conducido al cadalso, momento en que cuenta treinta y nueve años. De inteligencia no muy viva, estuvo siempre dotado de dignidad. Sus últimas palabras, que repite María Antonieta en carta a sus hijos, es que "jamás traten de vengar su muerte".





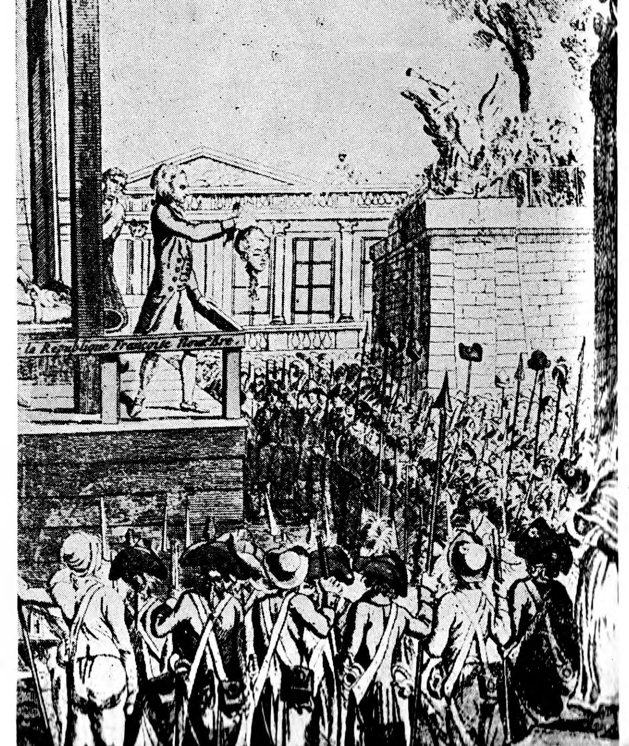
Trágico destino. Estampa satírica del apresamiento del rey. Mientras los perros hacen jirones sus ropas, alguien le quita el gorro frigio para ponerle el gorro verde, propio de los condenados a trabajos forzados. La custodia de los prisioneros reales se confía a la Comuna, la fuerza revolucionaria más extrema de París.



María Antonieta. En el esplendor de su reinado, con todos los atributos de la realeza y del boato de la Corte.

Boceto del pintor David, realizado mientras María Antonieta era conducida al patíbulo.





El 25 Brumario del año II de la República Francesa, Nueva Era, la reina María Antonieta sube dignamente la escalera que la conduce al patíbulo, y su cabeza es expuesta al escarnio de la multitud. Ha llegado ante la guillotina en un carromato abierto (a Luis XVI se le había concedido en cambio una carroza cerrada).

agotado su poder, juzgaba que había llegado su hora, puesto que él, con su conocimiento de las multitudes y de sus dirigentes, por su habilidad y su audacia, era el único que poseía las palancas del poder real.

El 25 de julio, cuando los federados bretones entraron en París, se creyó que el golpe no podía tardar. Esa mañana, en su diario, Carra sugería que Brunswick podía ser un buen rey de Francia. Los jefes de los federados y los jefes de París: Santerre, el polaco Lazuski, el americano Fournier, Carra, Westermann, Camille Desmoulins, decidieron enviar contra las Tullerías a secciones y federados. Ya en el suburbio de Saint-Antoine había agitación; ya la corte, alerta, reunía apresuradamente tropas alrededor del palacio. Pero Pétion, como los hombres de Brissot, sus amigos, deseaban que la Asamblea depusiera al rey, para realizar la operación con las manos libres, y detuvo la maniobra. Cinco días más tarde llegaban los marselleses, con la piel quemada, vestidos de cualquier modo, sucios e inspirando miedo con sus atroces rostros. Cantaban a todo pulmón una canción que había compuesto Rouget de Lisle, y a la cual dieron su nombre. Esta canción evocaba sonoramente la "sangre impura" que debía correr. Al parecer, Danton los esperó para ponerlos en contacto con sus jefes. Después, el 31 de julio, partió para Arcis. En esos días madame Elisabeth declaraba a sus íntimos: "Podemos contar con monsieur Danton". En política, sólo podemos contar con lo que compramos, pero a veces uno se equivoca. Danton era hombre capaz de aceptar una fuerte suma; después, aparentemente fiel a lo tratado, desaparecía pero hacía trabajar a sus emisarios. Menos confiado que su hermana, Luis XVI medía el peligro. Su negativa a abandonar las Tullerías provenía de su lucidez; Montmorin, muy al corriente, escribía a Mercy el 10 de julio: "Desde que el rey ha licenciado su guardia, me parece imposible que se vaya de París, y muy peligroso que se quede". Vigilado noche y día por los jacobinos y los espías de todas clases que abundaban en la Guardia Nacional, ninguno de sus movimientos escapaba a su odio, y el primer gesto de evasión hubiera suscitado un tumulto, en el cual hubiera encontrado la muerte, o la prisión, o en todo caso el derrocamiento y el fin de las débiles esperanzas que aún subsistían.

La disparatada declaración de Brunswick hizo aumentar infinitamente los peligros, pues vinculaba la causa del rey a la de los

soberanos enemigos e invasores, en vez de mostrarlo como un árbitro bienhechor. No bien fue conocida en París, suscitó una oleada de indignación, de cólera y de resentimiento. Morris resume de esta manera la impresión producida: "Poneos todos contra mí, pues yo estoy contra todos vosotros; y resistid vigorosamente, pues no hay ninguna esperanza para vosotros". Inmediatamente, en toda la ciudad, los jóvenes empezaron a enrolarse en el ejército, el tambor resonó en las diversas secciones y la fiebre todo lo dominó. Imprudentes y torpes, los diarios benedictinos y monárquicos defendieron el Manifiesto. Por ambos lados aumentaba el odio. Montmorin pensaba ansiosamente en el peligro: "No hay un solo día en que no tiemble por el rey y, cuando llega la noche, doy gracias a la Providencia, pues sólo a ella debo agradecer". Luis XVI no lo ignoraba y recurría a las últimas medidas: comprar dirigentes que conocía bien, pues según Morris, ya tenía en sus manos las pruebas de "la conspiración que se tramaba contra él". Como no tenía dinero, sus súbditos fieles se lo dieron. El duque de Châtelet le dio un millón, Liancourt otro tanto, y varios otros. Gracias a estos recursos (cerca de tres millones) se pudo formar rápidamente un ejército realista entre los mismos sublevados. El gobernador Morris, que oficiaba de tesorero, recibió 547.000 libras el 22 de julio, y 449.750 libras el 2 de agosto. Bajo la dirección del ex ministro Terrier de Monciel, un monárquico leal y buen jacobino a la vez, Brémond, político provenzal que frecuentaba a los revolucionarios y mantenía en su corazón la fe al rey, reclutaba marselleses y otros federados para colocarlos, en el momento crítico, en puntos cruciales de París y combatir y subyugar la insurrección republicana. Se preparaban 250 bolsas de 20 luises de oro para ponerlas en manos de los jefes, con encargo de no pagar a sus hombres hasta que el trabajo estuviera terminado. A la vez, Bertrand creaba el Club Francés para reunir a los nobles, a los oficiales, a los soldados realistas y a varios millares de obreros de las manufacturas Périer, a quienes se sabía fieles. Rodeado de numerosos consejeros, aunque desprovisto de fuerza, el rey jugaba la única partida en la cual conservaba una posibilidad de ganar, si sus agentes se apresuraban.

Pero el levantamiento fue más rápido. El 30 de pulio los marselleses, en una reyerta de borrachos, mataron a un guardia nacional de una de las secciones realistas e hirieron a otros, que sus

camaradas no se atrevieron a vengar. A partir de entonces, en París, los marselleses tuvieron la sartén por el mango. La familia real no podía mostrarse en público: era silbada en todas partes; en la terraza de las Tullerías se veían dos grandes carteles que rezaban: "Tierra de Libertad" y "Tierra de Coblenza", para marcar los límites de los paseos reservados a la corte. El 3 de agosto Pétion fue a la Asamblea y en nombre de 47 secciones (sobre 48) reclamó el derrocamiento de la monarquía; en la noche del 4 al 5 de agosto, hubo tumultos en París; los federados se mudaban de cuarteles y se acercaban al centro de la ciudad. Dos revoluciones, la parlamentaria y la violenta, se preparaban. La gente de Brissot, asustada, retrocedió. Por medio del pintor Bose y de Thierry, el criado de Luis XVI, se le hizo saber a éste que preparaban un ataque violento contra él, pero que habría de ser protegido si volvía a tomar a Roland, Clavière y Servan como ministros. Rogaron a Malesherbes que los apoyara en su pedido al rey. Para ganar tiempo, el 24 de julio Vergniaud había logrado que la Asamblea rechazara la cuestión del derrocamiento; el 26, Brissot amenazó a los republicanos con "la espada de la ley"; todavía el 8 de agosto lograron descargar a La Fayette de toda culpa por 408 votos contra 224. De todos modos, en la Asamblea y en el Club de los Jacobinos la maniobra era conocida, pero los insultaban y perdían prestigio. Un calor agobiante reinaba en la ciudad. Todos tenían miedo.

El 9, en las Tullerías silenciosas, nadie entró, salvo la embajadora de Inglaterra; el palacio parecía bloqueado. El rey sabía que se preparaba un ataque contra él y tomó las precauciones que aún podía tomar. El comandante de la Guardia Nacional era entonces Mandat de Grancey, un hombre probo, valeroso y constituyente; Grancey distribuyó sus tropas y sus cañones cuidadosamente para proteger todos los accesos a las Tullerías; fuera de sus propios hombres, disponía de 950 suizos, de algunos elementos de gendarmería de a pie y a caballo, de unos cuantos cañones y se contaba con la llegada de unos 2.000 oficiales nobles. Sólo llegaron 130, muy mal armados. La mayor parte de estas tropas, salvo los suizos, los nobles y un batallón de la Guardia Nacional, no ofrecían ninguna garantía; frente al levantamiento, no se podía contar con ellas.

Danton, de vuelta de Arcis, tenía entre sus manos todos los hilos de la maniobra; mientras que Marat, verde de terror, se es-

condía y Robespierre se hacía invisible con mucha dignidad, la cosa se seguía preparando. Una excitación sombría reinaba en casa de Danton, pues todos sabían que se lanzaban a la aventura más peligrosa de sus vidas; con la muerte del rey arriesgaban la propia muerte. A medianoche Danton dio la orden de repicar las campanas de los franciscanos. Otras campanas respondieron. A continuación todo se desenvolvió de acuerdo a sus órdenes y sus esperanzas; llamaron a la generala en varios barrios; las secciones acababan de nombrar, cada una, a tres ciudadanos dotados de poderes ilimitados para llevar a cabo la operación. Los delegados concurrieron al Hôtel de Ville, donde el Consejo municipal se evaporó ante ellos, muy contento de evitar responsabilidades. Los recién llegados, casi todos oscuros miembros de las secciones, no eran nada más que ejecutores. De la antigua Comuna sólo quedaban Pétion, Manuel y Danton; Pétion fue citado en su casa; después se mandó buscar a Marat, con orden de matarlo si no obedecía. Obedeció, a pesar de las instancias del ministro de Guerra, y fue "asesinado" en el momento en que por orden de la nueva Comuna era llevado a la prisión de la Abadía. Sin él, el único que conocía las medidas tomadas y tenía legítima autoridad, la defensa del palacio era imposible. En las Tullerías una parte de la Guardia Nacional había desertado y los cañoneros se negaban a tirar. El departamento despachó a Roederer para que fuera a ver al rey y lo ayudara en la defensa, pero Roederer compartía las convicciones de Robespierre y detestaba a la monarquía. Por lo tanto, se negó a proclamar la ley marcial. Entonces el rey envió dos ministros para solicitar la protección de la Asamblea. Ésta, impotente y aterrada, no hizo nada.

Después de haber descansado un rato, hacia las seis de la mañana, Luis XVI pasó revista a sus tropas. Las exclamaciones le probaron claramente que sólo los suizos y algunos guardias nacionales seguían siendo fieles. Se había logrado desarmar a los hombres. Sin duda no se había logrado crear una fuerza real contra él. Los dirigentes habían tenido dificultades para suscitar el levantamiento; los 12.000 hombres que marchaban siguiendo las órdenes de la Comuna revolucionaria se mostraban vacilantes y divididos, pero los jefes, que se jugaban la cabeza, querían llegar al último extremo, dispuestos a suscitar los incidentes que desencadenan la furia de las multitudes.

En medio del tumulto que se preparaba, el asesinato podía realizar fácilmente lo que no podía un ataque vigoroso. Roederer, al instar al rey y a la reina a irse, no obedeció a un sentimiento de lealtad a los monarcas, pero tuvo razón; en muy poco tiempo una marea de sangre amenazaba con sumergir las Tullerías y crear una escena indigna de un pueblo civilizado. Cuando decidió partir hacia la Asamblea, el rey realizó el acto más penoso y el más patriótico de su vida; hasta el fin se negó a derramar sangre francesa, que nunca le pareció "impura". La ruina de la monarquía no fue el resultado de haberse refugiado él en la Asamblea, sino del disturbio sangriento que se produjo en las Tullerías después de su partida, disturbio suscitado por el artificio de los agitadores, que querían derramar sangre para intimidar a los diputados, Santerre y Westermann, resueltos a entrar al palacio, trataban de corromper a los guardias suizos, a quienes sus acólitos apuntaban con picas; los oficiales suizos dieron entonces orden de tirar; inmediatamente los atacantes retrocedieron y los suizos se apoderaron de cuatro cañones; pero tomados entre dos fuegos, sin municiones, excedidos en número, sucumbieron. El rey trató de detener la carnicería, dio orden de cesar el fuego. Algunos suizos lograron refugiarse en la Asamblea; otros fueron masacrados y despedazados como animales vencidos en una lucha entre fieras.

Vergniaud, presidente de la Asamblea, declaró al rey en cuanto llegó: "Señor: la Asamblea considera que uno de sus deberes más caros es el mantenimiento de todas las autoridades constituidas, y todos sabremos morir en nuestros puestos para cumplir con nuestro deber". Luego se instaló al rey y a los suyos en el palquito que ocupaba normalmente el representante del diario *Le Logographe*, cuando tomaba notas. Esta tranquilidad y esta dignidad duraron poco. Las bandas que asaltaban las Tullerías intimidaron a la Asamblea enviando delegaciones armadas; al mismo tiempo, el ruido de la metralla, del cañón, los aullidos que acompañaban a la masacre de los suizos y de los realistas, organizadas por Théroigne de Méricourt, perturbaron los nervios de los diputados. La noche sobrevino y todos los terrores se acrecentaron. Seiscientos suizos y doscientos defensores del palacio fueron descuartizados, las Tullerías quedaron enteramente saqueadas, noventa y ocho muertos entre los asaltantes y unos doscientos o trescientos heridos: éstos fueron los resultados de una victoria que sus héroes celebra-

ron paseando por París las cabezas y las vísceras de los vencidos. La Asamblea, cuyos efectivos se habían reducido a una tercera parte, y dominada por la Comuna triunfante, votó "la suspensión provisional del rey" a quien quiso enviar al palacio de Luxemburgo; a la vez, en todas las esquinas se pegaron carteles que la gente leía a la luz de las antorchas: "El rey ha sido suspendido. Él y su familia quedan como rehenes". Bajo el dominio del terror, los diputados ya no resistieron; golpe tras golpe aprobaron unos decretos por los cuales se establecía un campamento a las puertas de París; otro, encargado de enviar comisarios a los ejércitos y vigilar y suspender a los generales, si se presentaba el caso; otro, que obligaba a los sospechosos a recibir visitas domiciliarias; también consagraron la propia destrucción, convocando a todos los franceses, salvo los criados, a elegir una nueva Asamblea: la Convención; finalmente instalaron a los vencedores en el poder y nombraron ministros (por 222 votos sobre 284 votantes y 750 diputados), a Clavière, Roland y Servan; Monge, en la Marina; Lebrun, en Relaciones Exteriores; Danton, en el Ministerio de Justicia, desde el cual podía dominar a sus colegas y a la agonizante Asamblea Legislativa. Danton triunfaba.

Así cayeron la monarquía, que había durado doce siglos, y la Constitución, que había durado diez meses, junto con la Asamblea Legislativa, que no había durado un año. En su lugar se instaló un poder débil, dividido pero violento; la Asamblea, elegida antes por una minoría de electores, que eran a su vez una minoría en el país, se componía tan sólo de una minoría de diputados; usurpaba las funciones del ejecutivo, al cual reemplazaba por un "Comité Ejecutivo" compuesto de dos facciones que se detestaban: los partidarios de Brissot (Roland, Servan, Clavière) y los montañeses (Danton, Monge y Lebrun). Este comité no podía gobernar sin el apoyo de la Comuna revolucionaria. Ésta, cuyo nombre y composición variaban incesantemente, sólo mantenía su poder por las secciones, minoría activa en la vasta población de París, y a la cual el temor, la indiferencia o la torpeza mantenían apartada de la política. Esto se había visto ya en noviembre de 1791, en ocasión de las elecciones municipales. Pétion había sido elegido entonces por 8.000 votos sobre 160.000 electores, y el 11 de agosto fue privado de sus funciones por la Comuna, del mismo modo que lo fue de derecho por la Convención más adelante. Danton, ministro

de Justicia, no poseía en verdad ningún poder sobre los tribunales, todos elegidos, en los cuales se acababa de suprimir a los representantes del Ejecutivo (los "comisarios" de la Corona). Pero maniobraba a sus colegas como quería.

Un gobierno semejante no podía prescindir de la fuerza. Acababa de destruir a la monarquía por medio de la sangre; las provincias lo aceptaron temblando y los hombres en el poder temblaban también ante una posible vuelta ofensiva de los benedictinos, una marcha de La Fayette sobre París, pues el marqués tenía a su mando un ejército importante, una invasión extranjera. Los recursos que tenían a mano para enfrentar tantos peligros eran débiles y frágiles; ejércitos divididos y en retirada, guardias nacionales vacilantes y a menudo hostiles, milicias populares mal armadas y más jactanciosas que decididas a pelear, un tesoro vacío, una administración desorganizada. Por falta de fuerza, no era posible recurrir más que al terror; había que torturar a los débiles para asustar a los fuertes. Este método, preconizado, practicado, probado por los Treinta y el partido orleanista desde 1788, y que permitió hacer el 14 de julio, el 5 y 6 de octubre, el 20 de junio de 1792 y finalmente el 10 de agosto de 1792, se imponía a los vencedores por la insuficiencia de sus medios y la mediocridad de sus tropas. Si son responsables de la sangre francesa entonces derramada, no hay que olvidar que los Treinta, La Fayette, Orleáns, Laclos, el partido de ellos y los Triunviros, utilizaron sucesivamente los mismos medios y que Barnave fue el primero en hablar de "la sangre impura". La patria no era ya la reunión y el amor comunes de todos los que habitan una misma tierra, sino la federación apasionada de todos los que profesan el mismo ideal y que, para imponerlo, no retroceden ante la masacre, la tortura y el terror. Los combatientes, reclutadores y hombres para todo servicio que constituían la mayoría de la Comuna revolucionaria, seguían un impulso y unos consejos que recibían desde hacía cinco años. No inventaron nada, pero practicaron vigorosamente los métodos inventados por otros. Estos combatientes eran dueños de París y Danton mismo palidecía ante ellos, pues mientras Marat, Robespierre y Danton, sus inspiradores e iniciadores, se ocultaban, sólo ellos habían expuesto sus vidas.

Ellos eran los únicos que profesaban hasta el delirio la nueva religión que se imponía, el culto del pueblo, la fe en su sabiduría

infalible y en sus infinitos destinos. Así, desde un principio, su cólera cayó sobre los sacerdotes, a pesar de que el clero de Francia había suscitado, alentado y facilitado la Revolución. Todo esto se olvidó y tan sólo se recordó su "vinculación" fanática con Cristo y el Dios de amor, también Él proscripto. En este terreno, la Comuna y la Asamblea se entendían; en cuanto cayó la monarquía, esta última votó la supresión de todos los conventos de hombres y de mujeres, hasta entonces respetados, la de los conventos dedicados a la enseñanza y todas las asociaciones de sacerdotes que recibían el nombre de "congregaciones seculares" (como el Oratorio, que había educado a tantos revolucionarios, los Hermanos de la Doctrina Cristiana, los de las Escuelas Cristianas, etc.); quedó prohibido el uso del hábito religioso y el 26 de agosto se decidió que todos los sacerdotes no juramentados debían abandonar Francia dentro de los ocho días, bajo pena de ser deportados a la Guayana. Al mismo tiempo, la Asamblea decidió que todas las autoridades debían ser reemplazadas mediante nuevas elecciones, y que un "Tribunal Revolucionario" habría de juzgar "los crímenes en relación con la jornada del 10 de agosto, o vinculados a ella". Para este tribunal las secciones de París eligieron a los revolucionarios más puros, en particular a Robespierre, a quien su delicadeza no permitió aceptar, pues se negaba a condenar a sus enemigos. ¡Había otros dispuestos a hacerlo tan bien como él! El 21 de agosto este tribunal funcionó por primera vez; se juzgó durante la tarde y se empezó a decapitar al atardecer, a la luz de las antorchas. Se empezó con los enemigos que no habían sido liquidados el 10 de agosto y con los testigos molestos. Arnaud de La Porte, de quien tantos revolucionarios habían recibido dinero, compareció y fue eliminado el 24 de agosto. Se defendió con una inteligencia que ya no tenía sentido y murió con una unción que hubiera bastado para condenarlo. Danton no tenía interés en prolongar el proceso.

Sin embargo, la guerra empezaba de nuevo y por un buen rato. El 19 de agosto 60.000 prusianos, comandados por el rey de Prusia y el duque de Brunswick, y 40.000 austríacos, mandados por Clairfayt, invadieron Francia. Frente a ellos reinaba el desorden. La Fayette, tras haber intentado federar los departamentos del Este y arrastrar a su ejército contra las turbas del 10 de agosto, huyó en compañía de 20 oficiales. Para su gran sorpresa, los aus-

tríacos lo detuvieron y lo encarcelaron. Olvidaba que el papel de carcelero implica diversas suertes. Dejaba a su ejército en desorden. Los comisarios de la Asamblea supieron intimidar, asustar y adular hábilmente; apoyados por los grupos jacobinos, numerosos en la tropa, reunieron al conjunto de los soldados, pero fue menester improvisar a los jefes; Dumouriez ocupó el lugar del Héroe de los Dos Mundos y llevó este ejército desbandado hacia Sedán, con el propósito de rehacerlo. El avance de los aliados, por lo tanto, no encontraba obstáculos: Longwy se rindió casi sin pelear el 23; y Verdún, por otra parte mal equipado, tampoco se defendió y cayó el 2 de setiembre. Pero las poblaciones, lejos de recibir a los soldados extranjeros con alegría, les mostraban ese antagonismo instintivo que siente todo campesino ante el invasor y que la Proclama de Brunswick, la actitud de las tropas prusianas, siempre aficionadas a saquear y a devastar, y las amenazas de los emigrados reforzaban. Todo esto no impidió que la ruta de París quedara abierta a los invasores, si deseaban tomarla.

Ante la amenaza, Brissot y sus amigos, especialmente Roland, pensaron que el primer deber de un patriota es conservarse para la patria y, en consecuencia, se "replegaron" hacia el sur para preparar allí una resistencia heroica. Danton se opuso. Vio con perspicacia que abandonar París era perder, ya que la Comuna podía erigirse como gobierno nacional, o que la población harta podía encontrar jefes moderados y llamar a los invasores. Reclamó la resistencia hasta el fin en París. Conocía bien la capital y tenía los hilos de todas las intrigas. Quedándose en París seguía dominando el juego. Aconsejó el heroísmo a la población; después de la fiesta del 27 de agosto, en honor de las víctimas del 10, que fue solemne y suntuosa, pronunció el 2 de setiembre un discurso sonoro para ganar a los diputados; pero también se las arregló para hacer escapar a los hermanos Lameth, que se refugiaron en el extranjero, y sustraer a las encuestas judiciales a Duport, detenido en su castillo de Bignon. También mantuvo contactos, como lo ha probado Mathiez, con el marqués de la Rouairie, que preparaba en Bretaña un levantamiento realista, y a quien Danton alentaba por intermedio de su amigo, el médico Chévetel. Su famosa audacia poseía un doble fondo de astucia.

Danton no tenía dificultades en maniobrar a una Asamblea vencida y asustada. El 24 de agosto, al enterarse de la capitula-

ción de Longwy, el terror lo lanzó al heroísmo; la Asamblea decidió que Longwy debía ser arrasada, y sus habitantes privados por diez años del derecho de ciudadanía. Cualquiera que hablara de rendición en una ciudad asediada sería castigado con la muerte, y se ordenó el reclutamiento de otros 30.000 soldados. En este momento, cuando todos los soberanos llamaban a sus representantes diplomáticos en Francia, cuando el rey de Inglaterra protestaba y toda Europa parecía dispuesta a apoyar a Prusia o a Austria, la Asamblea decidió ganar a la opinión internacional reconociendo como ciudadanos franceses a todos los que profesaran las doctrinas democráticas, desde Paine, Priestley, Wilberforce y Clarkson entre los anglosajones, hasta Kosciusko, Klopstock y Clootz entre los eslavos y germanos. Los mismos sentimientos contrastados le hicieron aplaudir a Danton cuando solicitó, el 26 de agosto, que se procediera a realizar visitas domiciliarias en todo París para descubrir a los "30.000 traidores" y a los "80.000" fusiles que éstos escondían. La noche entre el 29 y el 30, elegida para esta tarea, aterró a la población, pero sólo se encontraron 2.000 fusiles y 3.000 sospechosos. Por otra parte, poco importaba, la Comuna había logrado amordazar y asustar a la inmensa masa de los habitantes de París que, esa noche, comprendieron que no debían moverse.

La Asamblea se inquietó; se encontraba a merced de la Comuna; el *Patriote Français*, órgano de la gente de Brissot, lo dijo claramente y esto trajo la agravación de las relaciones entre la Asamblea y la Comuna; en vano los girondinos hicieron votar un decreto que prescribía la elección de una nueva municipalidad (30 de agosto). La "Montaña" logró inmediatamente que se revocara esta decisión. Frente a tanta debilidad, unida a tanto odio, la Comuna comprendió que debía imponerse o desaparecer; Danton también lo comprendió. Las prisiones, llenas de sospechosos, de sacerdotes en particular, ofrecían un medio simple y no peligroso de dar a la Asamblea una terrible lección. La noticia del asedio de Verdún, que llegó a París el 2 de setiembre, acrecentó la ansiedad general. A la sazón el tribunal de Orleáns, encargado de juzgar a los ministros y a los altos funcionarios, acababa de absolver al gobernador de Fontainebleau, Montmorin; una banda obligó al presidente a detenerlo de nuevo y someterlo a un nuevo juicio.

Desde el 19 de agosto, Marat azuzaba para "ir en armas a la

Abadía, sacar de allí a los traidores, especialmente a los suizos y a sus cómplices, y degollarlos a filo de espada". Gorsas, un girondino notable, en su *Courrier des Départements*, anunciaba que "los revolucionarios irían al suplicio", si permitían que el enemigo invadiera Francia (1º de setiembre); ese mismo día un cartel de los ministros, pegado en las paredes de París, declaró: "...En vuestro seno hay traidores. ¡Ah, si no fuera por ellos, el combate terminaría muy pronto!" Todas estas incitaciones, todos estos terrores, transformados en furores, dieron a la Comuna y a Danton el pretexto que buscaban para hacer reinar el terror y lograr sus fines. Lo mismo que el 10 de agosto, Danton preparó la operación y luego desapareció, dejando actuar a las comparsas. Su gran discurso del 2 de setiembre fue el toque de diana. Exclamó: "Todo se consume, todo se quema, todo arde con el deseo de luchar... Una parte del pueblo quiere correr hacia las fronteras, otra se pone a cavar trincheras y otra, con picas, habrá de defender el interior de nuestras ciudades. París habrá de secundar estos grandes esfuerzos... El clarín que sonará no es señal de alarma: anuncia la carga contra los enemigos de la Patria. Para vencerlos necesitamos audacia, más audacia, siempre audacia, y Francia se salvará". La Asamblea lo aclamó y votó dócilmente un decreto que ordenaba la muerte para todos aquellos que, en cualquier forma, molestaran al Ejecutivo.

Mientras sonaba el cañón de alarma y las campanas a rebato, las bandas de federados fueron a las prisiones y presentaron un decreto del "Comité de Vigilancia de la Comuna": "En nombre del pueblo, camaradas, se os encarece juzgar a todos los prisioneros de la Abadía sin distinción, salvo el abate Lenfant, a quien debéis guardar en lugar seguro. Firmado: Panis, sargento". Después de un simulacro de juicio, las bandas masacraron a 23 sacerdotes; desde allí fueron hasta el Convento del Carmen, que albergaba a unos 150; la mayoría de los sacerdotes fue ultimada; después volvieron a la Abadía, aún llena de prisioneros civiles; Maillard, un "héroe del 14 de julio de 1789", presidía la operación. Más de 300 prisioneros, entre ellos Montmorin, el ministro de Luis XVI, Thierry, su ayuda de cámara, y muchos otros nobles estaban entre ellos; 43 lograron salir con vida, para su gran sorpresa: entre ellos, monsieur de Sombreuil, el gobernador de los Inválidos, salvado por el heroísmo de su hija. Todos los otros perecieron. La masacre

se extendió a todas las prisiones y duró seis días. En la Force, la desdichada, ingenua y encantadora princesa de Lamballe no escapó a la muerte, a pesar de ser Gran Maestra de la Masonería, y su frágil cuerpo, desnudo y despedazado, sirvió de juguete al odio y los vicios de las energúmenos femeninos revolucionarios: querían mostrársela a María Antonieta. Unas 1.400 personas —se dice— fueron muertas de esta manera, sin que interviniera ninguna autoridad. La Asamblea, avisada por Fauchet, envió una delegación, que fue acogida por los verdugos con risas y silbidos, y debió retirarse con aire pomposo y cabizbajo. Santerre se lavó las manos, la Guardia Nacional no se movió; Danton, ministro de Justicia, rechazó las tímidas protestas de Roland; los jefes girondinos denunciados por Robespierre, amenazados por la Comuna que acababa de lanzar una orden de arresto contra Roland y Brissot, sólo pensaron en la propia seguridad. Algunos, como Anacharsis Clootz, aprobaron la operación; Pétion dio de beber a los asesinos; el Comité de Vigilancia, finalmente, invitó a los departamentos a que "imitaran estos actos de justicia, que son indispensables para contener por medio del terror a la legión de traidores que se esconde dentro de sus muros. . ." Fabre d'Églantine, en nombre de Danton, puso a esta circular el sello del ministro de Justicia. La provincia, hay que reconocerlo, se mostró tibia; hubo en ella más asesinatos privados que asesinatos en masa, salvo cuando las bandas parisienses decidieron trabajar. El duque de La Rochefoucauld, que tanto había hecho por la Revolución, recibió en Gisors los golpes mortales que le impidieron morir de vergüenza; el americano Fournier y Lazuski, enviados por Danton, se apoderaron de los prisioneros de Orleáns, que debían comparecer ante el alto tribunal, y que poseían muchos secretos. Los mataron en Versalles, ayudados por una banda de degolladores, y después colgaron sus despojos sanguinolentos de las rejas del palacio. Al volver de París, Fournier fue cumplimentado por Danton y obtuvo una suma considerable como pago de su labor; Lazuski recibió un cheque de Orleáns (que estuvo en poder del coleccionista Charavay).

En medio de estos horrores se efectuaron las elecciones a la Convención, pues se había adoptado un término angloamericano para designar a esta Asamblea; debía redactar una nueva Constitución en reemplazo del Acta de setiembre de 1791, de la cual sólo quedaban jirones; después del 10 de agosto la Asamblea se

había adjudicado, además de sus poderes legislativos, los que correspondían al Ejecutivo (rey y ministros); los había confiado al "Consejo Ejecutivo", aunque no le había reconocido el derecho de veto sobre las decisiones legislativas. Se llegó así a la dictadura de la Asamblea, que estaba limitada en París tan sólo por el poder de hecho de la Comuna. Poco importaba, en estas condiciones, que los otros artículos de la Constitución de 1791 siguieran teóricamente en vigor. De hecho la Convención decidía lo que se le antojaba sobre cualquier cosa. Las elecciones, que nombraban a los miembros, adquirieron pues una extrema importancia, y sólo el temor explica la abstención general de los electores. Todos los franceses, de veintiún años cumplidos, en principio, tenían derecho al voto, salvo los criados; todo ciudadano de veinticinco años o más era elegible. Como en 1791, la elección fue indirecta: elecciones primarias el 26 de agosto, y elecciones secundarias el 2 de setiembre. Sobre 7 millones de electores votaron menos de 700.000.

En París, la Comuna dominó las elecciones e imprimió una lista de electores realistas que debían eliminarse; vigiló el escrutinio, pues cada individuo debía emitir su voto públicamente y en voz alta, tras prestar juramento de ser fiel a la libertad y a la igualdad. En la capital, como en todas las ciudades y aldeas en donde los jacobinos poseían una organización, sólo fueron elegidas sus criaturas. Los burgueses fueron elegidos en masa, pues la Revolución, lejos de ser una lucha de clases, aparecía como una "Cruzada", lo cual explica la idea de los electores jacobinos de Orne, que eligieron al inglés Priestley, a quien nunca habían visto, y que se negó a aceptar el cargo, pues no entendía ni hablaba el francés; se explica también así lo que ocurrió a los jacobinos de Oise y de Pas-de-Calais, que eligieron a A. Clootz y a Thomas Paine, a pesar de que tampoco ninguno de ellos entendía el francés. En París la Comuna logró hacer elegir a todos sus amigos, inclusive Marat y Robespierre; la gente de Brissot fracasó lamentablemente, pero la provincia, especialmente los de Burdeos, los reeligieron en masa; ganaron unas 160 bancas y, muy animados en contra de la Comuna, se sentaron a la derecha; la "Montaña", donde se sentaban los furibundos, sólo contaba con 140 diputados. La gran masa de los elegidos se instaló en los bancos de abajo, el "Pantano", como se le llamó, y recibieron el apodo de "escuerzos". Algunos, en efecto, daban con su docilidad a los jacobinos suficiente garantías como

para gozar de la confianza de éstos; otros, provenían de regiones hostiles al nuevo régimen, aunque estaban asustados; todos estaban resueltos a seguir a los jacobinos mientras su seguridad lo exigiera y querían encontrar la manera de salir de aquella servidumbre y de la Revolución. Las dos quintas partes de estos diputados eran leguleyos, y sólo había entre ellos dos obreros.

Sobre un efectivo total de 749 representantes, 190 aproximadamente habían participado en la Constituyente o en la Legislativa; 390 provenían de administraciones locales; los constituyentes no carecían de formación parlamentaria, como los miembros de la Legislativa. Esta Asamblea no carecía de jefes; en la Montaña, detrás de los tribunos más conocidos, como Robespierre, Danton, Camille Desmoulins, Marat que inspiraban recelo, surgían jóvenes ambiciosos: Tallien, un ex empleado de imprenta, con un físico agraciado; Saint-Just, que llegaba de su aldea, imbuido de espíritu espartano; Barras, capitán de marina, aventurero y cínico; la Gironda, pues así denominaban al antiguo grupo de partidarios de Brissot, contaba con los espíritus más cultivados y los mejores oradores: Vergniaud, Condorcet, Pétion, y con tácticos hábiles, como Rabaut-Saint-Étienne, Guadet, Gensonné, Buzot... El Pantano, al cual todavía llamaban "el Llano", no carecía de talentos: Sieyès quería pasar inadvertido y que no se derramara sangre, sobre todo la suya; Cambacérès, jurista astuto y sutil, esperaba su hora... La Asamblea, por lo tanto, hervía de odios encontrados; sin duda no existía ya más que un partido organizado: el jacobino, que tenía su tropa de choque en la Comuna, pero varios grupos dividían a la Convención y los girondinos despreciaban a la Montaña tanto como la detestaban; la recíproca se cumplía. Finalmente, desde la Montaña, en donde la gente se sentaba para difundir la Revolución en Europa y volar hacia la gloria, hasta el Llano, en donde uno se escondía para evitar lo peor, había muchas tendencias contradictorias. Aunque todos se mostraban dispuestos a ejercer en común la dictadura patriótica, había algunos que la soportaban como una triste necesidad, y otros que la practicaban voluptuosamente.

La Convención se reunió el 21 de setiembre y subrayó su carácter al declarar: "No puede haber más Constitución que la aceptada por el pueblo". Anunció luego un plebiscito popular que habría de sancionar su trabajo; sin embargo, según una propuesta

de Collot d'Herbois, un "montañés", y de Grégoire, un jansenista, se decidió votar que "la monarquía queda abolida en Francia". Todos aprobaron; por otra parte, ¡nadie se atrevió aún a pronunciar la palabra República! Al día siguiente tan sólo se decretó que "El Año I de la República" se inicia el 21 de setiembre de 1792. Finalmente, el 25, Danton hizo votar que "la República Francesa es una e indivisible". Grégoire se atrevió a declarar el 21 de setiembre: "Los reyes son en el orden moral lo que son los monstruos en el orden físico". Sin embargo, la nación no fue consultada sobre este punto; al parecer, en su mayoría, seguía siendo realista. La Convención, como cuerpo e individualmente, arriesgaba su cabeza si el régimen no lograba rechazar al enemigo exterior y establecer en Francia un sistema viable. Este sentimiento debía pesar sobre todos ellos durante su mandato y explica, junto con el énfasis de sus poses, la violencia de sus actos.

En una coyuntura tan peligrosa, la lucha por el poder adquirió una brutalidad trágica. En un principio pareció que la Gironda, instalada a la derecha, y que representaba los grandes intereses burgueses del Sudoeste, en especial los de los comerciantes de vinos, iba a unirse a la mayoría; se eligió a Pétion presidente de la Asamblea y se lo rodeó de sus camaradas como secretarios: Brissot, Camus, La Source, Rabaut, Vergniaud; se proclamó sin demora: "La Convención Nacional declara que la seguridad de las personas y de las propiedades queda bajo la salvaguardia de la Nación". Después de tantos textos echados al olvido, esta frase inspiró poca confianza, pero era, por lo menos, una lección dada a la Comuna. Los girondinos, asustados por las masacres de setiembre, temblaban aún más ante el terrible trinvirato: Robespierre, Danton, Marat. De modo que se lanzaron contra ellos inmediatamente y sin habilidad; Brissot denunció el 23 de setiembre a los "montañeses" en su diario como desorganizadores, y su amigo Kersaint, al día siguiente, en la Asamblea, reclamó patíbulos para los asesinos. Esta actitud los presentó como agresores en un momento en que Danton, después de tanta audacia, procuraba retirar su atizador del juego, abandonar el ministerio y reintegrarse a la Asamblea, ya que las dos funciones eran incompatibles; Robespierre, consciente de los peligros de la hora, se mostró conciliador, y Marat, demasiado ridículo para mantener el prestigio dentro de una Asamblea, se volvió menos peligroso. La cobardía de estos hombres gi-

rondinos en setiembre no les dio derecho a increpar a los hombres de la Montaña, como lo hicieron, y si Buzot, al denunciar la atmósfera asfixiante de París, donde imperaba el miedo, obtuvo una votación favorable y la promesa de una guardia para custodiar la Convención, La Source, que denunció el "despotismo de París" y la dictadura que se preparaba, sólo recibió insultos; Danton con más habilidad, Robespierre con más autoridad, Marat con más fuego, les mostraron que no pensaban retroceder. La lucha por la autoridad se entabló con más encono.

Mientras esperaba el resultado, Danton seguía dirigiendo la política exterior de Francia y sus ejércitos, que sus colegas Lebrun y Servan comandaban de acuerdo a los deseos del tribuno. Danton deseaba frenar la Revolución y la guerra; por intermedio de su amigo Noël, a quien envió a Londres, ofreció a los ingleses la isla de Tobago y vía libre en las colonias españolas a cambio de su mediación. Soñaba con una alianza con Gran Bretaña, Prusia y Holanda, para combatir conjuntamente al catolicismo. En un principio el destino le fue favorable. Prusianos y austríacos avanzaban en Francia sin encontrar mucha resistencia. Con Verdún tomado y Thionville sitiado, esperaban una victoria fácil; llenos de desprecio por el adversario, permitieron que los soldados y los oficiales se saciaran con manjares, sobre todo la fruta, tan abundante y tan sabrosa en Francia en esa época. El ejército aliado se relajaba (Dumouriez se dio cuenta); sin escuchar las órdenes del ministro, que le demandó retirarse detrás del Marne, permaneció en un principio en Sedán, y después se colocó, mediante una audaz maniobra, en Argonne, entre el Aisne y un pantano. Kellermann se había unido a él con su ejército y tomó posiciones en la colina de Valmy, sin escuchar las instrucciones. Los dos ejércitos enemigos se enfrentaron. El 20 de setiembre por la mañana, en medio de una densa neblina, Brunswick lanzó su infantería contra la colina de Valmy, mientras la artillería de Dumouriez atacaba a los prusianos. Éstos, molestos por el ataque imprevisto, por el tiempo húmedo y por el mal estado de sus tropas, no lograron nada; Brunswick ordenó la retirada. A partir de este momento, París estaba salvada. La habilidad diplomática de Dumouriez, servida por las combinaciones de Brunswick y su avidez, hizo el resto. Ambos pertenecían a la masonería; a Brunswick le importaba muy poco la monarquía francesa. Restablecer la monarquía en París era servir

a Austria católica; por lo tanto, solicitó negociar; el rey de Prusia, sorprendido y poco lúcido, se dejó maniobrar. Dumouriez y Danton realizaron entonces una negociación audaz y compleja. Danton, mientras negociaba con Inglaterra, ofreció al rey de Prusia la alianza junto con la paz. El saqueo del guardarropas real, que se produjo entonces, permite creer que ofreció a Brunswick una propina sustanciosa.

Un misterioso ir y venir de emisarios unió durante este mes de setiembre al cuartel general prusiano con el de Dumouriez y con París: Westermann servía de correo. El rey de Prusia exigió comprobantes de que Luis XVI y su familia eran bien tratados; le fueron dados y esto bastó; sin embargo, cuando se le habló de alianza, se puso difícil y exigió, como condición previa, la libertad de Luis XVI, único con quien habría de discutir, y el cese de toda propaganda (23 de setiembre). Pero en este ser inestable, una idea expulsaba a la otra; la campaña de Francia lo importunaba, y pensaba en Polonia, en donde Catalina acababa de obtener un triunfo decisivo al obligar a Estanislao Poniatowski a entregar su último ejército y adherirse a la política rusa (21-24 de julio). En lugar de procurar reagrupar y reformar sus divisiones, llenas de enfermos, aunque todavía muy superiores a las tropas francesas, sin experiencia de guerra, se dejó manejar por Brunswick y sólo decidió dejar Francia y aprovechar los aprietos polacos. Hizo publicar por intermedio de Brunswick un manifiesto vigoroso en contra de la Convención y los crímenes del 10 de agosto. Después, el 1º de octubre, inició la evacuación de Francia.

Dumouriez se prestó al juego; después de haber lanzado también él un manifiesto insultante contra los reyes, se guardó de atacar o inquietar a los prusianos en su retirada. Así fue que Brunswick volvió a su país con la cabeza en alto, y los bolsillos llenos de oro para reedificar su castillo, gracias a los chanchullos masónicos que Danton y Dumouriez urdieron para maniobrarlo. En el siglo XVIII y en el XX algunos se han indignado, en particular Mathiez; pero olvidan la anarquía en que se encontraba Francia y la costumbre que habían tomado los principales jefes revolucionarios de negociar con los agentes y las potencias extranjeras, como si cada uno de ellos representara al gobierno francés. En este caso concreto, Dumouriez y Danton ahorraron a Francia sangre y serios peligros.

El país entero, y París en particular, quedaron estupefactos.

El 10 de agosto y la primera semana de setiembre llenaron de horror a los burgueses, a los guardias nacionales, a los almaceneros y a los comerciantes, y una plebe violenta y bandoleros se apoderaron de la calle. Los bandidos robaban a los transeúntes las cadenas de oro de los relojes y las hebillas de los zapatos; en las noches del 15 al 17 de setiembre unos bandoleros, protegidos por patrullas de falsos policías, saquearon el guardarropas del rey; finalmente, se detuvo a los ladrones, que salvaron sus vidas denunciando a algunos cómplices y a ningún político, a pesar de que Fabre d'Églantine, auxiliar de Danton en el Ministerio de Justicia, había participado en la empresa. Semejantes desmanes suscitaban una marea de denuncias y difundían entre los revolucionarios el odio, que hasta entonces había estado reservado a los realistas; Marat no se cansaba de atacar a los girondinos y a Danton; y los girondinos no cesaban de buscar armas contra la Montaña, que los acechaba. El Comité de Seguridad General (heredero del antiguo "Comité de Investigaciones de la Constituyente") reunía y utilizaba todos los archivos. Formado por treinta, y después por nueve miembros, espiaba a cada uno y a todos.

Mientras en Inglaterra y en América se aplicaban reglas muy estrictas en los debates parlamentarios, los de Francia parecían una lucha libre, en la cual todos los golpes están permitidos. Los girondinos cometieron el error de atacar con ligereza. Después de la elección de un buró girondino, la Convención eligió, el 29 de setiembre, un Comité de Constitución con mayoría girondina; alentado por estos triunfos, Barbaroux denunció a la Comuna y a su dictadura (30 de setiembre). Decía la verdad, pero como no poseía ningún medio para remediar la cosa, hubiera sido mejor pasarlo por alto. Al día siguiente llegó la respuesta: Marat y el Comité de Vigilancia de la Comuna, que poseían los papeles de La Porte, denunciaron a los "vendidos" de la Asamblea; nombraron ante todo a Richard y a algunos otros girondinos que respondieron con violencia, atacando al Comité de Vigilancia; éste, unos días más tarde, presentó cuentas, que nadie se atrevió a poner en duda, a pesar de sólidas razones para que así fuera. Dándose cuenta, finalmente, del peligro que corrían, los girondinos quisieron crear una Guardia Constitucional para la Asamblea, pero la Comuna, los jacobinos y Robespierre no lo permitieron. Este último, en un discurso lleno de piadosa doblez, declaró que la Asamblea no tenía

ninguna necesidad de guardia, ya que la totalidad del ejército francés y de la población estaba allí para defenderla; crear una guardia era insultarla.

Este argumento irrefutable, apoyado por las amenazas de la Comuna, no persuadió a todos los diputados, pero los intimidó; la guardia murió antes de nacer. La Comuna y la Montaña obtuvieron así una gran victoria. Desde entonces los girondinos conservaron audacia para combatirlas, pero ya no lograron la mayoría para atacar a fondo, pues los diputados medían bien los peligros. De todos modos, sus esfuerzos por resistir a los jacobinos los favorecía entre el público; Pétion fue reelegido alcalde de París el 15 de octubre por 13.899 votos sobre un total de 15.454. A fin de permanecer en la Asamblea, renunció al cargo; otro girondino, Chambon, lo reemplazó.

Los jacobinos respondieron a los éxitos girondinos con medidas llamativas; el 11 de octubre crearon en sus clubes un Comité de Constitución; el 12, borraron solemnemente a Brissot de sus registros; la Asamblea, temerosa, parecía escapar a los girondinos; el 10 de octubre, cuando Danton presentó sus cuentas, verdaderas cuentas de boticario, se le dio mano libre, a pesar de los girondinos. Éstos no entendían que la única posibilidad de mantenerse en el poder residía en llegar a un acuerdo con los jefes de la Montaña, o en una división de ésta. Tal fue la maniobra que Dumouriez, siempre clarividente, intentó realizar en París a mediados de octubre, mientras, de vuelta del Este, preparaba la invasión a Bélgica. Dumouriez fue al Club de los Jacobinos, abrazó a Robespierre, después honró con su presencia una fiesta en casa de madame Talma, en la calle Chantereine, y procuró reconciliar a los girondinos con Danton, su cómplice. Al proceder así sólo ganó el odio de Marat que, perspicaz en su delirio, adivinó la maniobra que se preparaba. De esta manera, por todas partes germinaba la discordia. En un solo punto eran unánimes los diputados: cuando Manuel y Cambon sugirieron que había llegado la hora de pedir la aprobación del pueblo para la implantación de la república, Brissot, Danton y toda la Asamblea decidieron abstenerse. Si este voto unánime prueba el espíritu práctico de los convencionales, no demuestra en absoluto que hayan creído que la mayoría del país era favorable a la república.

Los girondinos se sentían en peligro; alentados por madame

Roland, en cuya casa se reunían todos los días, los jefes preparaban una ofensiva. Uno de ellos logró traer a París a una nueva banda de marselleses que, en un principio, se proclamaron defensores de la Gironda. Frente a este golpe, la Comuna respondió sin tardanza; Marat concurrió al cuartel de los marselleses para conquistárselos; Barbaroux y Kersaint lo denunciaron en la Convención como "agitador perverso", repitiendo así las palabras que empleaban los realistas dos años atrás. Al mismo tiempo, para terminar, la Gironda lanzó a Rebecqui contra Danton, para que señalara sus incorrecciones financieras como ministro. Especialmente se lanzó un ataque contra Robespierre, a quien Louvet, un hombrecito oscuro y ardiente, denunció como aspirante a la dictadura en un largo discurso en el cual analizó minuciosamente todos sus actos en el año transcurrido (29 de octubre de 1792). Al día siguiente Barbaroux volvió al ataque; pero fue en vano, pues la Asamblea, más asustada del silencio amenazador de Robespierre que de los discursos girondinos, se negó a seguir oyéndolo.

Sin embargo, los amigos de los girondinos, que gobernaban, podían mostrar numerosas victorias como prueba de su celo patriótico: una división del ejército de Biron, comandada por Custine, tomó una tras otra Maguncia, Spire y Francfort, mientras que Montesquiou se apoderó casi sin lucha de Saboya, y Niza "se dio" a Francia. En todas estas regiones, penetradas desde hacía siglos por la influencia francesa, los clubes y los agentes jacobinos habían preparado la invasión. Ésta se hizo después fácilmente. Así fue que la política de Luis XIII, de Luis XIV, de Luis XV y de Luis XVI sirvió de preámbulo al golpe de audacia que la masonería y los jacobinos llevaron a buen término. En Bélgica, Dumouriez obtuvo el 6 de noviembre, en la llanura de Jemmapes, una victoria decisiva sobre Clairfayt. Dumouriez tenía condiciones de jefe: intuitivo, valiente, audaz, era buen conductor de soldados y los franceses, después de haber sufrido la invasión, peleaban bien; dirigidos por un general inteligente, dominaron a cualquier otra tropa; ese día, los 30.000 hombres y la excelente artillería creada por la monarquía aplastaron a 20.000 austríacos bien pertrechados; de golpe, Bélgica quedaba a merced de Francia; una semana bastaba para ocuparla. País rico, próspero, lleno de trigo, de ganado y de ciudades comerciales, constituía una presa excepcional para una nación que carecía de todo. Pero Dumouriez deseaba evitar pe-

nurias a estas provincias, tenía miramientos con la nobleza y el clero, pues conocía la influencia que tenían sobre las poblaciones y quería crear un ducado, un principado independiente, que sería confiado a Orleáns, o a él en persona. Conocía demasiado bien la política europea para ignorar que Inglaterra jamás iba a tolerar una anexión de Bélgica hecha por Francia.

La Constituyente albergaba otras intenciones. Reclamó dinero para llenar sus cajas y también quería "revolucionar a Europa", empezando por Bélgica. Danton quería emplear medidas extremas: "¡Que la pica del pueblo quebrante el cetro de los reyes!", exclamó el 14 de octubre, y se declaró el 17 favorable a la ocupación eventual de Ginebra; el 28 de octubre reclamó en la Asamblea la anexión de Saboya; el 19 de noviembre y el 15 de diciembre sostuvo dos decretos, uno que prometía "Fraternidad y socorro a todos los pueblos que deseen recobrar su libertad", y otro que daba una organización revolucionaria a los países conquistados. La Convención adoptó una política brutal y dejó de lado las precauciones que Luis XV y Luis XVI habían creído necesarias para acrecentar en Europa el patrimonio y el ascendiente de Francia, sin suscitar en contra de ella una coalición peligrosa. En efecto, los varios soberanos del continente empezaban a preocuparse. Cada uno de ellos, en particular Inglaterra, consideraba que los desórdenes de Francia, la desintegración de su flota y de su ejército, la anarquía interior, eran circunstancias favorables y que había que alentar. La conquista de Bélgica, de las provincias del Rin y del Ródano, mostraba en el pueblo francés la misma voluntad que en sus reyes, mientras que la masacre de realistas daba un ejemplo que las cancillerías consideraban funesto. A partir de entonces, la Francia republicana pareció un peligro público.

A la Montaña poco le importaba. Las mismas razones que impedían un plebiscito, obligaban a matar al rey. No se contaba con el pueblo, ante quien Luis XVI seguía siendo tanto más popular, puesto que el estado de Francia era atroz y las provincias sufrían más que nunca la penuria económica, los enconos políticos y la anarquía. Si el rey se hubiera mostrado cruel, corrompido, tiránico o estúpido, si hubiera fracasado en su administración y en su política exterior, se lo hubiera podido perdonar; pero había dado a Francia una resplandeciente victoria, un período de gloria y de brillante civilización, que lo había visto bueno, honrado, clemente, ge-

neroso y noble. Por lo tanto, seguía siendo un peligro permanente para la república; su muerte, por el contrario, presentaba esenciales ventajas; podía unir con un vínculo indestructible a todos los que la votaran; la cosa aparecería ante los protestantes, los israelitas, los filósofos, frente a todos a quienes la monarquía de los Capetos había rechazado durante ocho siglos, como un sacrificio expiatorio que los reconciliaba con el Estado francés y los reintegraba a Francia. La muerte de Luis XVI habría de dar a la joven república ese carácter grandioso y terrible de "vengadora del pueblo", que un Robespierre había querido conferirle. ¿Acaso la víctima más pura no era la más apropiada para expiar las culpas en las cuales no había participado? La Gironda, espantada, resistía; la sangre la asustaba, lo mismo que a sus electores; además, Luis XVI sabía demasiadas cosas de Roland, de Vergniaud y de los otros. ¿Si le daba por hablar? Los girondinos sentían también que esta medida daría a los "montañeses" un gran ascendiente en Francia y en la Convención. Finalmente, muchos sentían remordimientos y algunos eran sinceros.

Pero les faltó el valor para defender abiertamente al rey, a quien atacaban desde hacía un año, y recurrieron a mil ardides para evitar el proceso, la condena y la muerte. Garat, ministro de Justicia, postergaba de semana en semana la iniciación de las acciones; finalmente, el 16 de octubre, el Comité de la Legislatura trató la cuestión y eligió como relator a un hombre de la Montaña: Mailhe. Éste presentó, el 6 de noviembre, sus conclusiones; en un estilo enfático declaró que la Convención debía juzgar al rey y que podía hacerlo, dado que la reunión de una nueva Asamblea abolía la antigua Constitución y la inviolabilidad del soberano, que había violado a su vez la Constitución. Mailhe añadió que la prudencia aconsejaba sacrificarlo. La Convención decidió expedir su informe a todos los departamentos, todas las comunas, todos los ejércitos; después, el 13 de noviembre, se inició la discusión sobre la decisión a tomar. En este momento, la causa del rey, ya tan comprometida, se volvió desesperada por la denuncia del cerrajero Gamain; este hombre había ayudado al rey a esconder, el 22 de mayo, en una pared de las Tullerías, un cofre de hierro que contenía la correspondencia secreta de Luis XVI con sus agentes políticos y los revolucionarios que colaboraban con él: Mirabeau, Barnave, Talon, etc. Gamain se presentó el 19 en casa de los Roland;

a partir del 20 la Convención fue informada y nombró una comisión de doce miembros, con el "montañés" Ruhl como relator, para examinar los papeles, en los cuales algunos esperaban encontrar el medio de aplastar a sus rivales. Una vez más las secciones, soliviantadas por la Montaña, reclamaron un juicio rápido del rey y vociferaron contra Roland. Entonces los girondinos fueron presa del pánico; uno de ellos, Barbaroux, propuso iniciar el proceso sin más demora. Respiraron aliviados cuando el 3 de diciembre Ruhl les comunicó el resultado de su trabajo: la prudencia de Luis XVI, o la de Roland, les ahorraba la defensa: no había ningún documento que los comprometiera. Pero estos papeles, que probaban los esfuerzos realizados por el rey, en Francia y en el extranjero, para resistir a la Revolución, parecieron un crimen. Aprovechando la impresión causada, Robespierre pronunció el discurso que habría de sellar el destino del rey. "Aquí no hay ningún proceso que hacer —declaró—; Luis XVI no es un acusado y vosotros no sois jueces... No tenéis que pronunciar una sentencia a favor o en contra de un hombre: sólo tenéis que tomar una medida de salud pública..." "Luis XVI —añadió— fue rey y la República está fundada, por lo tanto es rebelde; Luis XVI no puede ser juzgado: ya está condenado". Y reclamó que la cosa terminara rápidamente para evitar las intrigas; además, confundió a los girondinos con un razonamiento imbatible: "Al derrocar la monarquía, vosotros habéis violado la Constitución; hoy, si queréis aplicar la excepción a favor del rey y declararlo inviolable, al mismo tiempo os reconocéis culpables".

El discurso conmovió profundamente a la Asamblea. Buzot, sin embargo, tuvo la fuerza suficiente para responder ¡que algunos querían acelerar el proceso del rey porque tenían miedo que hablara! Los girondinos se pusieron en guardia; pero Marat los desarmó reclamando que todos los escrutinios del proceso se realizaran por votación nominal y pública. La Convención votó a favor de este texto. Los "montañeses" contestaban de este modo a todos los esfuerzos desplegados en favor de Luis XVI, cuyo alcance sospechaban o adivinaban. Efectivamente, con peligro de su vida, Théodore de Lameth fue a París a mediados de octubre, se presentó en casa de Danton y quiso convencerlo de salvar a Luis XVI. "Sea mediante un golpe de audacia, sea... encontrando una manera de hacerlo escapar". Y obtuvo del tribuno la promesa de "hacer con

prudencia y audacia" todo lo posible. Pero Danton añadió: "Me voy a arriesgar si veo una posibilidad de éxito; pero si pierdo toda esperanza, os lo digo desde ya, como no quiero que mi cabeza caiga junto con la del rey, estaré entre quienes lo condenen". Para la empresa, buscó la ayuda de Delacroix e intentó utilizar a los franciscanos, que accedieron. A la vez, en Londres y en Madrid algunos constituyentes, en particular Talon y los ministros españoles, trataron de salvar al rey de la muerte; en diciembre el caballero de Ocariz, en un gesto extremo, ofreció a Lebrun, en nombre del rey de España, el alejamiento de las tropas españolas de la frontera y un tratado de neutralidad si Luis XVI y los suyos eran enviados a España. Al mismo tiempo, en Londres, por orden del primer ministro Godoy, la diplomacia española trató de lograr que Pitt emprendiera una acción común en favor del prisionero del Temple. Con 4 millones en las manos, Danton tenía posibilidades, incluso en esta última hora, de arrancar a Luis XVI del poder de sus enemigos; Chabot y él negociaron la operación con Ocariz, mientras que en Londres, Talon suplicaba a Pitt que redondeara la suma; se cuenta que cayó de rodillas frente al ministro inglés. Nada consiguió: Pitt no veía ninguna razón de evitar la masacre del soberano francés que había asestado a Inglaterra el más duro de los golpes, ni de evitar a la Convención un acto repugnante, que la haría odiosa a todos los hombres.

Cuando fracasó este proyecto, por falta de dinero, la Gironda concibió otro más honorable: después de haber condenado a Luis XVI, y haber dado así satisfacción a Robespierre, se podía lograr que la pena fuera conmutada, y después el nuevo ministro de Francia en los Estados Unidos, Genet, llevaría al condenado a América y lo entregaría a Washington, en testimonio de la humanidad, de la generosidad, de la grandeza de alma de los franceses. Thomas Paine sirvió de gozne en esta operación, que le reportaba ganancias, pues hacía mucho tiempo que se prestaba a estos procedimientos que le permitían satisfacer su afición al vino y al ocio. Numerosos indicios prueban que los amigos del rey contaban con este medio para evitar lo peor. Mientras por todos lados se conspiraba de esta manera, Luis XVI compareció el 11 de diciembre ante la Convención, a la cual logró dominar pese al odio de que estaba rodeado, y pese a la dificultad de defenderse sin papeles ni archivos. Solicitó abogados y le fueron concedidos. Luis XVI quería

a Target, cuyo talento admiraba; pero el abogado, más preocupado por su seguridad que por su honor, rehusó. Entonces se ofrecieron varios hombres con el corazón bien puesto, entre los cuales el más distinguido, Malesherbes, fue elegido por el rey. Tronchet quedó como adjunto. Los abogados empezaron a reunir los elementos de la defensa cuando Robespierre y sus amigos, poco seguros en relación a la opinión pública, decidieron acelerar la operación. Los girondinos, en efecto, trataron de cambiar de frente y solicitaron el destierro para los Orleáns, inclusive para Felipe-Igualdad (16 de diciembre de 1792). La Montaña y la Comuna se las arreglaron para esquivar la cosa, y después lograron imponer el 26 de diciembre como fecha para iniciar el proceso. Los defensores protestaron contra la brevedad de los plazos y obtuvieron la colaboración de un joven abogado ya famoso, monsieur de Sèze. El 26 de diciembre Sèze pronunció un discurso noble y enérgico; sin tratar de apiadar a los diputados, porque el rey se lo había prohibido, rechazó el conjunto de los alegatos, que convertían a Luis XVI en un enemigo del pueblo, de la Constitución, y del Estado francés. Después, Luis XVI se puso de pie para recordar, en una breve y poderosa alocución, su amor al pueblo y su respeto por la sangre francesa. Estas palabras, de una sinceridad profunda, conmovieron a la Asamblea; Lanjuinais quiso aprovecharlas para retirar la acusación; Vergniaud buscó el medio de detener el proceso alegando la inviolabilidad constitucional del rey; Brissot y Salles demostraron el horror que despertaría tal condenación en todo el mundo; Lebrun, finalmente, leyó una carta de Ocariz que confirmaba las palabras de Brissot. Subsistía la esperanza de una decisión humana.

Los "montañeses" velaban; gracias a sus cuidados el mensaje español fue devuelto al comité diplomático y enterrado. Después se aplicaron a sacar a luz la maniobra girondina: adivinando que se podía evitar así la condenación, los girondinos procuraron obtener que el género de la pena fuera dejado a la decisión del pueblo soberano. Al tratar este llamamiento al pueblo, los dos partidos se lanzaron a un violento combate: Robespierre lo rechazaba en nombre del orden público; Vergniaud lo reclamaba en nombre de la soberanía popular. Un "montañés" logró intimidar a los girondinos, particularmente a Vergniaud, revelando sus negociaciones con la corte (agosto de 1792), que conocía por intermedio del pintor Bose. Aterrada, la Gironda retrocedió. Las derrotas sufridas por

el ejército del Rin, de las cuales se responsabilizaba a los ministros, pesaba también sobre ellos. No pudieron impedir la votación de fondo, el 14 de enero, ni hacer que se aceptara el llamamiento al pueblo, rechazado por 424 votos contra 287. El escrutinio decisivo duró treinta y dos horas y señaló el triunfo del miedo; se votó la culpabilidad unánimemente, fuera de algunas abstenciones; después, 365 diputados votaron por la muerte; 334 por la prisión; 26 por la muerte con aplazamiento; estas cifras provocaron tantos gritos y protestas que se debió proceder a un nuevo escrutinio; esta vez hubo 361 votos por la muerte y 360 en contra. Bastaba un voto para mandar a Luis XVI a la guillotina. Con el análisis de estos votos se comprende mejor las esperanzas de Malesherbes; se comprendería mejor aún si se conocieran las distribuciones de dinero, de promesas, de amenazas que hicieron los amigos conocidos o desconocidos del rey. Hasta último momento estos defensores contaban con Danton. Parece que Bertrand de Moleville, con una falsa maniobra, lo había exasperado. Este antiguo ministro creyó hábil transmitir al gobierno revolucionario los documentos que probaban la venalidad del tribuno y sus compromisos con la corte. Gracias a sus amigos de los burós, Danton fue prevenido en seguida, hizo desaparecer los papeles comprometedores y se presentó como uno de los enemigos más encarnizados del rey.

París, o por lo menos los parisienses que aún conservaban el sentido de la justicia, se pronunciaron a favor de la víctima. En los teatros la más leve alusión que pareciera favorable a esta causa era aplaudida; al enterarse de la negativa de Target, numerosos abogados y particulares de Francia e Inglaterra se ofrecieron para defender a Luis XVI; una mujer ligera, Olympe de Gouges, hizo pegar en las paredes carteles a favor del rey; los diputados más republicanos recibían súplicas de sus familias; el padre de Camille Desmoulins, la madre y la mujer de Barère, una actriz menor, conocida de Marat, que fue a suplicarle la gracia: todos, en todas partes, se rebelaban contra este sacrificio, esta sangre que iba a caer sobre Francia.

Esto permite comprender la violencia de Robespierre, de Marat y de sus amigos, que querían oponerse al clamor popular, su apuro por terminar. En ese París encrespado, exasperado por medidas imbéciles, como la supresión de la Misa de Gallo, o la fiesta de los Reyes Magos, anunciada por Manuel (a quien una turba

de mujeres enfurecidas trató de ahorcar en consecuencia), en esa gran ciudad sombría y tensa a la vez, la Convención adivinaba que era menester apresurarse. Unos días, acaso unas horas, hubieran podido salvar a Luis XVI. Los diputados ingleses Fox, Sheridan y Grey rogaron a Pitt que interviniera; el rey de España importunó a sus emisarios de París, encareciéndoles la acción. Hasta los mismos girondinos, al parecer movidos por Malesherbes, intentaron una última operación: solicitaron un plazo de la ejecución y Paine leyó un mensaje en el cual "en nombre de todos sus hermanos de América" reclamaba un aplazamiento. Ocariz hizo un último intento en nombre de Carlos IV. Todo fue en vano: por 380 votos contra 310 la Convención votó la pena de muerte en el *término de veinticuatro horas*. Los "montañeses" lograron su victoria gracias a la indisciplina de los girondinos, que no se pusieron de acuerdo, y al impulso que supo dar Sieyès a los independientes. Presa de un miedo incontenible, y convencido que la Revolución iba a exigir aún más sangre, Sieyès quería dar esta víctima a los violentos y evitar con esta muerte la suya propia. Muchos hicieron como él. Otros, como Felipe-Igualdad, cedieron a la presión y a la necesidad de mostrarse bravos.

Luis XVI recibió la noticia con serenidad; desde hacía más de cinco meses, separado de los suyos en una de las torres del Temple, llevaba una vida atroz, llena de vejaciones; la muerte no lo sorprendía; su dolor tenía que ver con el amor a su familia y a su país. El 21 de enero, después de una confesión y una comunión llenas de unción, fue decapitado en la Plaza de la Revolución (Plaza de la Concordia). En el instante que precedió a la ejecución, vuelto hacia la multitud, gritó: "¡Muero inocente de todos los crímenes que se me atribuyen! ¡Perdono a los autores de mi muerte y ruego a Dios que la sangre que derramáis no caiga jamás sobre Francia!" El redoble de los tambores tapó su voz y muy pronto Sansón, el verdugo, pudo mostrar al pueblo la cabeza y gritar: "¡Viva la República!" Una parte de la multitud repitió estas palabras; unos fanáticos se acercaron y mojaron sus manos en la sangre del "tirano", mientras la masa, abrumada, empezaba a dispersarse.

En la Convención, la muerte del rey creó una nueva situación. Un vínculo más sólido que el amor o el interés unía ahora a los regicidas entre ellos. Con la frente manchada de sangre, cada uno

de ellos experimentaba un doble sentimiento de malestar y de alivio, de temor y de exaltación. Al romper con la justicia, la prudencia y la humanidad, acababan de suscitar contra ellos, en todo el universo, una marea de reprobación y de odio, al mismo tiempo que atraían, en todas partes, y sobre todo en Francia, a los hombres a quienes fascina el horror y que encuentran en la crueldad una respuesta a sus necesidades más profundas. Diderot lo había adivinado en el momento en que escribió: "El pueblo nunca debe, por ningún motivo, ver correr la sangre real. El suplicio público de un rey cambia para siempre el espíritu de una nación".

Esto se sintió en Francia. A partir de entonces todas las violencias parecieron naturales y la Revolución ya no se mostró como una divinidad bienhechora, con las manos llenas de espigas doradas y frutos maduros, sino como una diosa terrible, que exigía a sus fieles un don absoluto de sí mismos, una disciplina sin compasión y una severidad sin misericordia.

Después de esto Robespierre se convirtió, inevitablemente, en el amo de la Revolución.

Capítulo IV

LOS HERMANOS ENEMIGOS

La muerte del rey todo lo transformó en Francia y alrededor de Francia. Todas las potencias civilizadas la hicieron a un lado; Catalina II se puso luto e hizo que su corte se lo pusiera, expulsó de sus Estados a todos los franceses y propuso a Inglaterra un entendimiento para bloquear a Francia. Pitt, satisfecho de su obra, preparó la guerra, y los Comunes, asqueados de la barbarie jacobina, hicieron pasar un "bill" contra los extranjeros, que equivalía a marcar como infames a los revolucionarios. La flota se armó con toda premura. España alertó a sus tropas. Cerdeña se aproximó a Austria. El rey de Nápoles abrió sus puertos a los navíos ingleses; el imperio de Alemania, dirigido por su Dieta, se asoció a Austria y a Prusia en contra de Francia. Fue la "primera coalición". La indignación de los reyes coincidía con la oleada de horror y asco que embargaba a los pueblos, sobre todo a los más próximos a Francia.

En Francia, el terror, la cólera sorda y enconada, la miseria reinaban en las provincias, en donde las destrucciones delirantes, realizadas por los jacobinos con el pretexto de suprimir los vestigios del despotismo y de la superstición, engendraban la indignación. Ese invierno duro, sin abastecimiento, sin comercio, sin más actividad que la política, era pesado para todos. Se sobrevivía y se esperaba. En París especialmente la tensión se acrecentó después del 21 de enero. En efecto, esta fecha señalaba una ruidosa derrota de la Gironda y de todos los que preconizaban una "Revolución razonable", conducida por la burguesía. Los girondinos estaban enterados del apego de sus electores a este ideal; sentían el descontento crecer en las provincias y rondarlos; por eso renovaban constantemente, a fines de 1792 y comienzos de 1793, la discusión

sobre las masacres de setiembre. En esa ocasión no habían actuado como héroes; pero muy pronto comprendieron el horror de la carnicería y constataron la reprobación general. Querían ahora limpiarse y, como no podían hacer nada mejor, proyectaron el odio sobre los principales responsables: los "montañeses". El juego era peligroso; pero la Gironda, apoyada en los independientes, estaba en mayoría en la Asamblea y se creía fuerte en el país.

Hubiera sido fuerte si los cinco años transcurridos y la muerte del rey no hubiesen dejado a Francia trastornada, aterrorizada, contraída en un espasmo casi general, que reducía cada ciudad y cada aldea a la existencia que tenía la Galia a fines del Imperio Romano. Ni la notoriedad, ni la virutd, ni la importancia social, ni el talento, ni la fortuna contaban ya; la violencia y la delación, organizadas por los jacobinos, envolvían al país en una red tan apretada que pocas veces se elevaron y cada uno procuraba esconderse; sólo se gritaba para pedir pan o para salvar la vida; y en París las amas de casa, exasperadas por la miseria, y furiosas por no poder encontrar ni siquiera jabón, ni azúcar, ni café, que los disturbios de Santo Domingo hacían escasear, saquearon los almacenes (25 de febrero) y el populacho, dirigido por los agitadores, vibraba como una fiera azuzada. En Lyon, en Burdeos, en Dijon, en la Vendée las multitudes perseguidas se armaban para resistir a la crueldad.

Por esta época, Felipe-Igualdad consideró necesario llamar a la francmasonería a cuarteles de invierno. Cerró el Gran Oriente, y en el *Journal de Paris* del 22 de febrero de 1793 publicó una carta explicativa: "...En una hora en que nadie podía prever otra Revolución, yo me vinculé a la francmasonería, que ofrecía una especie de imagen de la igualdad, del mismo modo que me había acercado al Parlamento, que ofrecía una especie de imagen de la libertad. Después he sabido abandonar el fantasma y quedarme con la realidad..." Esta gran institución, a la cual no había cesado de servir para llegar al poder, era abandonada por él para no despertar sospechas; la suspendía para que ni él ni ella tuvieran responsabilidad en los acontecimientos que se sucedían. Creación de Inglaterra, la masonería no podía ser insensible al conflicto franco-inglés que se insinuaba. Su función de vínculo entre los innovadores ingleses y franceses era ya imposible; dejando a los jacobinos la tarea de mantener el espíritu masónico, la masonería se evaporaba. Este acontecimiento revela un nuevo clima

político; ya no se quiere discutir, sino actuar: todos se preparan a la violencia. En estas condiciones la Gironda, elocuente, mal organizada, aterrada ante la idea de recibir golpes, corría peligro mortal.

Dumouriez seguía siendo su mejor carta. Gracias a él, desde la primavera de 1792, la Gironda y Danton unieron sus intereses. Muy poco republicano, Dumouriez tomó parte en la Revolución tan sólo para llegar al poder y poner en el trono a un Orleáns, o establecerlo como regente. A fines de 1792 prefiere a Luis Felipe, príncipe joven, inteligente y valeroso, a quien el general cree dominar, después de haberle conquistado la popularidad y haberlo reconciliado con el ejército; el príncipe, efectivamente, lucha muy bien en Bélgica. Este plan conviene a Danton que, desde los comienzos de su carrera se apoya en los Orleáns y que ha presentado a Luis Felipe y Dumouriez; los girondinos también podían aceptar esta solución. Desde Londres, Talleyrand y sus amigos se interesaron en una combinación que los traería de vuelta a París. Pero Dumouriez, centro de estas intrigas, debía defenderse en París, en el Club de los Jacobinos, ante el cual fue denunciado por Hassenfratz en enero; también debía mantener su situación en Bélgica, amenazada por Coburgo y trabajada por la propaganda austríaca; finlmente, debía reorganizar su ejército raleado por la decisión de la Convención (que permitía a los voluntarios volver a sus casas después de seis meses de servicio). A fines de enero y principios de febrero tuvo negociaciones con Inglaterra y Holanda para salvar la paz. Mientras tanto, la Convención declaró la guerra a estos dos países.

Dumouriez sólo piensa entonces en invadir Holanda, país rico y que representa un botín atractivo para él, para Danton y para la Convención. Al mismo tiempo, negocia con los emigrados y con Mercy-Argenteau, que está al acecho en Wesel. La insurrección, desatada por los jacobinos el 10-11 de marzo en París, en la cual Danton mete la mano, según dijeron los contemporáneos, parece dirigida contra la Gironda y el Consejo Ejecutivo dominado por ella; en realidad, las intenciones de los agitadores amigos de Danton y de Dumouriez los llevaban a derrocar la Convención para apoyar los planes del general o, por lo menos, restablecer el orden en nombre de la legalidad. La empresa fracasó gracias a la oposición de Santerre y de la Comuna, dirigida por los amigos de

Robespierre. Las turbas se contentaron con destruir la imprenta del diario de Brissot y de otro diario girondino. Sin embargo, en los ejércitos, los acontecimientos se precipitaron. Coburgo había atacado por sorpresa a Miranda, cuyo ejército sitiaba a Maestricht y cubría el flanco oriental de Dumouriez, que avanzaba hacia el norte, había tomado Breda y amenazaba a Rotterdam. Las tropas de Miranda huyeron hasta Lovaina y dejaron las líneas de comunicación de Dumouriez al descubierto; éste sólo pensó en atacar, pero la Convención, el 8 de marzo, le ordenó batirse en retirada. Por lo tanto volvió furioso a Bruselas; allí empezó por dar vuelta a la política que había ordenado la Convención (15 de diciembre); devolvió a los conventos y a las iglesias el oro, la plata y los tesoros que les habían sido confiscados, cerró los clubes y detuvo a varios comisarios del Consejo Ejecutivo. Más aún: escribió a la Convención una carta en la cual denunciaba al ministro de Guerra, Pache, como responsable de las últimas derrotas y al jacobino Hassenfratz, que lo había atacado, como instigador de las últimas sublevaciones; también reprochó a la Convención que tratara a los belgas como el duque de Alba había tratado a los holandeses. Esta carta hubiera perdido a Dumouriez si Danton no hubiese logrado que el Comité de Defensa General, que la recibió, no la comunicara a la Asamblea; después, Danton se dirigió a Bélgica con Delacroix para hacer entrar en razón al general.

Dumouriez, presionado por el ejército austríaco y resuelto a obtener una gran victoria como preludio a su gran golpe, libró batalla el 18 de marzo contra el ejército de Coburgo, que contaba con 55.000 hombres y el estímulo de sus triunfos, mientras que el ejército francés se componía de 32.000 hombres abatidos por la derrota. Miranda, general mediocre que comandaba el ala izquierda francesa, se hizo derrotar una vez más y comprometió al resto del ejército, hasta entonces en mejor situación, y que había sido comandado brillantemente por Luis Felipe. Vencido, Dumouriez se apresuró a romper totalmente con la Convención e hizo un acuerdo con los austríacos; debía evacuar Bélgica y marchar sobre París para "imponer allí el orden" (éste era su programa y el de Mercy), es decir, una monarquía constitucional con Luis Felipe como regente... Calculaba mal sus fuerzas. La Convención se endurecía contra los rebeldes; siguiendo una propuesta del mismo Danton, creó el 10 de marzo el Tribunal Revolucionario, que habría de fun-

cionar como Consejo de Guerra o Alto Tribunal y aterrorizar, y después aniquilar, a los enemigos del régimen. El 21, al enterarse del desastre, decretó la pena de muerte contra todo rebelde detenido con las armas en la mano, y su ejecución dentro de las vinticuatro horas, así como la pena de muerte contra todos los sacerdotes, los nobles y sus allegados que tomaran parte en una rebelión; finalmente, la confiscación de sus bienes y la creación de "Comités de Vigilancia" en toda Francia; en el mismo París la Comuna obligó a los habitantes de cada casa a pegar un papel en la puerta con los nombres, las edades y las profesiones de los que la habitaban. En Francia ya no quedaban más que policías, denunciadores y sospechosos. Preocupada por conquistar a los pobres y tranquilizar a los ricos, la Convención decidió dar a los pobres todo lo que se encontraba en los castillos de los emigrados, implantar un impuesto progresivo a todas las propiedades e infligir la pena de muerte a quien propusiera leyes agrarias (18 de marzo).

La decisión más importante fue la reorganización del Ejecutivo. La Convención se atribuyó la dictadura y la hizo eficaz, reemplazando al antiguo Comité de Defensa General, demasiado numeroso (instituido el 1º de enero de 1793), por el "Comité de Salud Pública", compuesto de nueve miembros, y constituido por diputados enérgicos de la Montaña, incluido Danton (abril). Este Comité tenía plenos poderes para preparar y disponer todo lo que se refería a la defensa interior y exterior de la república. Reelegido cada mes, debía rendir cuentas de sus actos a la Asamblea, a la cual servía al mismo tiempo que conducía. Francia, tras un largo período de anarquía, encontraba al fin un poder tiránico, totalitario, pero eficaz. Dumouriez ya no podía luchar. El desbande de una división en Mons, la evacuación prematura de Namur, lo habían desarmado frente a los austríacos; cuando tres enviados de los jacobinos, Proly, Pereire y Dubuisson se reunieron con él en Tournai, Dumouriez se desató contra la Convención y la República. "Nos hace falta un rey —gritó—; poco importa que se llame Luis o Jacobo". Los tres hombres se eclipsaron rápidamente y redactaron en seguida la denuncia, que la Convención recibió el 1º de abril. Con el propósito de cubrir a sus amigos, La Source se apresuró a denunciar a Danton y su turbia amistad con Dumouriez; el 26 de marzo, ¿no había impedido acaso que Robespierre destituyera al general? Maniobra torpe, que lanzó a Danton

a la Montaña y acrecentó el peligro para los girondinos. Para colmo de imprudencia, en el deseo de probar su pureza, éstos se apresuraron a reclamar y votar la abolición de la inviolabilidad parlamentaria. Esto los puso a merced de la Montaña y del Comité de Salud Pública.

Privado de todo apoyo parlamentario, Dumouriez intentó apoderarse de Lille, de Valenciennes y Condé; fracasó, pues ya circulaba, gracias a los jacobinos, el rumor de que había traicionado. El 2 de abril, Beurnonville, nuevo ministro de Guerra, acompañado de cuatro comisarios de la Convención, fue a comunicarle que se presentara ante la Asamblea. Dumouriez se negó, alegando que su ejército no podía prescindir de él; al cabo de dos horas de discusión, se llamó a los húsares de Berchenyi, que arrestaron al ministro y a los comisarios y los entregaron a los austríacos; pero Dumouriez, no más que La Fayette, fue incapaz de movilizar a su ejército contra la Convención; estos soldados franceses acababan de combatir al enemigo y no aceptaban hacer causa común con él cuando quería invadir el territorio patrio; al fin de cuentas, Dumouriez, amenazado por sus propios hombres, pasó a las líneas austríacas; lo acompañaron Chartres, algunos oficiales del estado mayor, los húsares de Berchenyi y un escuadrón de húsares de Sajonia. Su empresa había fracasado lamentablemente y arrastraba en su caída a sus amigos de la Gironda; el 2 de abril, Brissot aún lo apoyó en un artículo del *Patriote Français*. Tremenda imprudencia, pues nadie ignoraba los vínculos estrechos que los unía desde la primavera de 1792. Por el contrario, Marat, enemigo encarnizado de Dumouriez, hizo figura de profeta, y Robespierre, siempre muy reservado en relación al general, vio una vez más que su crédito aumentaba.

Pero no perdió tiempo en sacar conclusiones de estos acontecimientos; ya el 3 de abril denunció a Brissot ante la Asamblea, recordando que él y sus amigos habían querido impedir el derrocamiento del rey el 10 de agosto, que habían defendido a La Fayette y a Narbonne, que habían votado a favor de la guerra y habían asignado 6 millones de fondos secretos a Dumouriez; también les reprochó sus sucias tratativas de agosto de 1792, su deseo de escapar de París en el momento de peligro, su blandura en la acción y sus vínculos con los moderados. Terminó diciendo: "Declaro que la primera medida de salud pública que debe tomarse es de-

cretar la acusación de todos los que están en complicidad con Dumouriez, especialmente Brissot". Vergniaud fue capaz de refutarlo con un discurso brillante, y la Convención retrocedió ante la terrible decisión que asustaba al Pantano, pero a partir de ese día la Gironda sintió que pesaba sobre ella una amenaza de muerte. Sin apoyo en los ejércitos, con la Comuna y los jacobinos en contra, atacada por la mayoría de las secciones, veía poco a poco que la mayoría de la Asamblea se le escapaba y que en las provincias se extendía el poder de la Montaña. En estas condiciones sus jefes, animados por madame Roland, en cuya casa seguían reuniéndose, sólo pensaron en tomar la ofensiva y juntar a todos sus partidarios.

Por su parte, los "montañeses" preparaban una nueva jornada revolucionaria; algunos diarios, como el *Journal Français*, preveían una insurrección para Pascua; el hermano menor de Robespierre circulaba en el Club de los Jacobinos, entre los grupos, tratando de provocar un movimiento contra los "maniobreros de la Convención". "Es menester que todos los buenos ciudadanos se reúnan en sus secciones... que concurran a la barra de la Convención para forzarla a arrestar a los diputados infieles" (5 de abril).

Desde el 8, una delegación de la sección de Mauconseil reclamó que se iniciara el acta de acusación de los girondinos. A iniciativa de Marat, los delegados recibieron los honores de la sección; al día siguiente, la sección del Mercado de Trigo invitó a París a sublevarse contra "los diputados infieles"; se creyó que esto había sido inspirado por Marat; el 12 de abril los girondinos se levantaron a su vez contra éste, en quien veían a su enemigo principal. ¿Acaso no había firmado, como presidente de los jacobinos (lo era desde el 5 de abril), una circular de éstos a los departamentos, en la cual se declaraba que París iba a defender sólo la Revolución y que amenazaba con la muerte a los traidores? Armados de esta pieza de convicción y a pesar de una hábil defensa de Danton, siempre dispuesto a socorrer a Marat, los girondinos lograron ese día, sin dificultades, una mayoría para votar la detención provisional de Marat y, al día siguiente, por 220 votos contra 92, se lo hizo comparecer ante un tribunal. El asunto hizo mucho ruido; después de una discusión larga y tumultuosa, los jacobinos enviaron una declaración a los parisienses. En toda

la capital, Marat, cuya popularidad había descendido desde hacía unos meses, volvió a convertirse en el héroe de la Revolución.

Los "montañeses" se aprovecharon; el 15 de abril treinta y cinco secciones presentaron a la Asamblea una petición firmada por la Comuna de París para obtener el decreto de acusación contra los 22 girondinos más notorios, en particular los que acababan de "perseguir" a Marat. Se seguía el programa fijado por Robespierre en el Club de los Jacobinos la noche del 10 de abril: para realizar "este gran acto necesario de salud pública" fue menester, según él, convocar a asambleas extraordinarias en todas las secciones "para deliberar sobre las maneras de denunciar a toda Francia la trama criminal de los traidores". De esta manera el pedido reclamaba que unos correos extraordinarios llevasen a los departamentos interesados la lista de los 22 felones; así votaría cada uno sobre la suerte de su diputado y, en cuanto estuvieran desautorizados por sus electores, los girondinos podrían ser expulsados de la Convención. Este procedimiento respetaba, más o menos, la legalidad de la Convención. Pero los diputados aún no tenían bastante miedo para juzgar de esta manera y rechazaron la sugestión. De todos modos, los girondinos empezaban a sentirse cercados. Considerando que el peligro venía de la Comuna, la atacaron; al fin de la sesión del 15 de abril se envió a los departamentos un decreto concebido en estos términos: "La Convención Nacional considera calumniosa la petición que le ha sido presentada por treinta y cinco secciones de París adoptada por el Consejo General de la Comuna".

Después, como podía esperarse, el Tribunal Revolucionario, que seis días antes había condenado a muerte a una criada, acusada de haber "dicho frases aristocráticas", no vaciló en absolver con todos los honores a Marat, cuyas declaraciones sólo merecieron elogios, ya que siempre había pedido la masacre de los aristócratas. El proceso se desarrolló como si fueran los girondinos los culpables y tuvieran que defenderse: Marat los atacó; la sala, llena de descamisados y jacobinos, le aseguró la absolución, y finalmente el triunfo; abrazado, coronado de laureles, fue llevado por la multitud desde el palacio hasta la Convención, en medio de una gran muchedumbre que lo aclamaba; la Asamblea discutía entonces la futura Constitución, los proyectos de Condorcet y de Robespierre para una Declaración de los Derechos, realmente revolucionaria. El "pueblo" y Marat recibieron permiso para desfilar ante la Asam-

blea, mientras las tribunas, delirantes, aullaban de entusiasmo. La misma exaltación se produjo en el Club de los Jacobinos cuando apareció Marat. Éste estaba eufórico y se jactó de "haber echado la soga al cuello de los girondinos". El círculo se cerraba alrededor de ellos y el tono subía. La insurrección católica y monárquica que, después de haber fermentado largamente, acababa de estallar en el Poitou marítimo y en el Anjou Meridional, acrecentó el celo revolucionario de la Montaña y el tumulto. Los campesinos, exasperados al ver que se destruían todas las instituciones que los sostenían, preferían matarse entre sí por su fe, en vez de combatir por un país que no hacía más que oprimirlos. La nobleza local, que no se había movido de sus tierras, y algunos sacerdotes enérgicos, los apoyaban. Eran excelentes en los combates de emboscada, en ese país cortado por barrancos elevados, cubierto de estanques, de canales y de pantanos; muy pronto toda la región al sur del Loire y al norte de la línea de Thouars hasta Sables fue un incendio. El límite oriental era más bien vago. Durante los meses de marzo y abril los hombres de la Vendée lograron apoderarse de Machecoul, de Cholet, después de Bressuire, de Thouars y de Fontenay. La Francia revolucionaria, tomada por la espalda, corría grandes peligros.

La Convención, que el 10 de mayo acababa de instalarse en la gran sala de máquinas de las Tullerías, husmeó el peligro, que estimulaba la violencia de los "montañeses" y alentaba a los girondinos en su lucha contra la Comuna de París. Así fue que, cuando Isnard fue elegido el 16 de mayo de 1793 presidente de la Convención, pareció que había llegado el momento de reaccionar contra los ataques de los jacobinos; irritados por mil incidentes —como la instalación en Lyon de un Tribunal Revolucionario ilegal, la paliza que dieron, en pleno jardín de las Tullerías, a Théroigne, partidaria de Brissot y a otras mujeres más fuertes y más jacobinas, la medida tomada en Orleáns, por orden de Bourbotte y Julien, contra los diarios girondinos locales, etc.—, los girondinos recurrieron al recurso supremo; Isnard anunció que Inglaterra quería destruir la Convención con sus maquinaciones, que tendían a la disolución de la Asamblea y un desembarco en Francia; lo apoyaron Vergniaud y después Guadet, quien reclamó la supresión de las autoridades parisienses y la reunión de los suplentes de la Asamblea en Bourges. Barère protestó y, para contemporizar, sugi-

rió la creación de una comisión de doce miembros "encargada de tomar todas las medidas necesarias para lograr la tranquilidad pública". Los girondinos se apresuraron a aceptar y la comisión creó, en esa misma sesión, la "Comisión de los Doce", casi enteramente formada por girondinos, donde colocaron a algunos desconocidos, con excepción de Rabaut y de Boyer-Fonfrède. A todos los partidos les gustaba dar posiciones de combate a las comparsas.

Los girondinos tenían un instrumento en sus manos, aunque imperfecto, pues no poseían en París, fuera de algunas secciones, un organismo capaz de imponer por la fuerza las decisiones de los Doce, mientras que frente a ellos los jacobinos, que ya funcionaban como una logia masónica y un estado mayor, disponían de la mayoría de las seciones de Santerre y de toda una red bien probada de dirigentes populares. Sin embargo, la hora parecía favorable a la Gironda; ya no se veía en la Asamblea a Robespierre, sin duda enfermo; y privado de su jefe, la Montaña languidecía. La Comisión de los Doce trabajó activamente, pero no llegó a encontrar el complot que le hacía falta para imponerse. Desde hacía un año, los complots abundaban en París, pero los girondinos participaban en la mayor parte de ellos. De acuerdo con el procedimiento normal, denunciaron finalmente el complot que se perpetraba contra ellos; los Doce declararon en París, el 24 de mayo, un estado de alarma (todo ciudadano debía concurrir a su batallón, las asambleas de sección debían levantarse a las diez de la noche, etc.); después hicieron detener a Hébert, que acababa de publicar en el *Père Duchêne* un artículo crapuloso, lleno de amenazas contra la Gironda, y a Varlet, uno de los autores del levantamiento del 10-11 de marzo. Dieron en el blanco y la Comuna reaccionó, difundiendo una circular virulenta por las 48 secciones y despachando una delegación a la Asamblea para que protestara. La Montaña la recibió cordialmente, pero Isnard, indignado, tomó la palabra y amenazó a París con la destrucción si se llegaba a atentar contra la representación nacional. La Gironda y el Llano aplaudieron. Frente a frente, el poder parlamentario y el poder revolucionario se desafiaron.

No podía dudarse a quién correspondía la victoria; Robespierre, restablecido, pronunció el 26 de mayo en el Club de los Jacobinos un discurso-programa y dio sus últimas instrucciones: "Invito al pueblo a rebelarse en la Convención Nacional contra los

diputados corrompidos... He recibido del pueblo el derecho de defender sus deberes y considero como mi opresor a quien me interrumpa o me niegue la palabra; declaro que yo, por mi cuenta, estoy en rebelión contra el presidente y contra todos los miembros que están sentados en esta Convención". Poco después corrigió esta frase e insistió en la distinción entre "los diputados corrompidos" y los otros, los "montañeses". Fatigados por el esfuerzo y fiel a su método, guardó después silencio por dos días, dejando que las cosas siguieran su curso; de todos modos volvió el 29 al Club de los Jacobinos para incitar a la insurrección; después se eclipsó, declarándose "agotado por cuatro años de Revolución", dejando al pueblo el encargo de actuar de acuerdo a sus directivas.

Como respuesta, los Doce, que acababan de exigir que se les dieran los registros de las secciones, ordenaron a tres secciones, con las que contaban, que se armaran y custodiaran los alrededores de la Convención (27 de mayo); el alcalde Pache les escribió diciendo que no poseían el derecho de requisición. En la Asamblea, la sesión fue tumultuosa y larga; la Gironda negó la palabra a Robespierre; pero el ministro del Interior, Garat, tomó posición contra la Montaña, condenó la acción de los Doce y les endilgó la responsabilidad del desorden; las tribunas aplaudieron a rabiar; las delegaciones llegaron en oleadas para exigir la libertad de Hébert y de Varlet; uno a uno los girondinos se eclipsaron; durante la noche, se votó a favor de la liberación de los prisioneros y la supresión del Comité de los Doce. Triunfaba la Comuna; a través de París las secciones se agitaban.

Al día siguiente, 28, los girondinos empezaron logrando una votación contraria a la del día anterior y restablecieron a los Doce. Después recibieron a una delegación que protestaba contra la licencia revolucionaria. Entonces Hébert, liberado, reapareció en la Asamblea, y en la ciudad circularon rumores aterradores. La situación se agravaba: el ejército del Norte acababa de sufrir una derrota, lo mismo que el de la Vendée; Nantes, Rennes, el Jura, Lozère, Burdeos, se agitaban contra la Montaña; en Lyon, el 29, una insurrección había entregado a la ciudad, harta de las crueldades de Chalier, a una mayoría girondina y realista; en Marsella, igualmente. Los jacobinos y los miembros de las secciones veían que la provincia se levantaba contra ellos; mañana tal vez asediarían París o la invadirían para tender la mano a los girondinos de la Asam-

blea. Circulaba el violento libelo de Camille Desmoulins, *Histoire de Brissotins*, que mostraba los vínculos de los partidarios de Brissot con los Orleáns; entre los papeles de Roland se encontró la prueba de que se utilizaba a gente de bajo fondo para maniobrar al pueblo. Y se actuó.

El 28 de mayo, las secciones eligieron un "Comité de Seis" que debía llevar a cabo la operación. El 29, los representantes de treinta y seis secciones se reunieron en el obispado, o sea unas 500 personas (entre las que había 100 mujeres), que escucharon a los Seis. Éstos propusieron que la Comuna designara un comandante provisorio de la Guardia Nacional, y que se pidiera justicia a la Convención contra Isnard, calumniador de París. El tono se mantuvo tranquilo, pero el asunto, dirigido por Hanriot, Varlet, Maillard, Hassenfratz y Dobsent, puestos en libertad hacía poco, siguió su curso. El 30 casi todas las secciones se anexaron a la Asamblea del obispado y se adoptó el nombre de "Club Central". Entre tanto, ni los Doce ni la Convención actuaban; por miedo o por torpeza dejaron que se preparara la tormenta. Esa noche los principales girondinos tomaron las armas y se ocultaron.

A partir de las 3 de la mañana se tocó a rebato en Notre-Dame. Siguiendo el método acostumbrado, el Club Central había declarado la insurrección; Dobsent, enviado por el Club, exigió la renuncia de la Comuna y del Departamento, que accedieron, aunque después volvió a instalarlos; el alcalde Pache aprobó todo; se nombró a Hanriot comandante general provisional de la fuerza armada de París: era un hombre brutal y una cabeza vacía, pero capaz de ejecutar consignas claras. La Convención, enterada, convocó a Pache y a Garat. Ellos dijeron que estaban cerrando las barreras de París y que el "pueblo" tomaba las armas y se congregaba. Todas las antiguas tropas de las insurrecciones de junio y de agosto se reunieron una vez más. Se produjo una lucha entre varias decenas de millares de hombres armados de fusiles y cañones y unos centenares de diputados desarmados o con escasas armas. La Gironda pareció perdida; sin embargo, le quedaban tres recursos: la repugnancia mezclada de miedo y humillación que sentían los otros diputados, inclusive los "montañeses", ante la idea de enviar a la muerte a diputados como ellos y crear un precedente que podía volverse contra ellos en el día de mañana; el peligro que hacía correr a la República esa lucha a muerte, públicamente confesada,

entre los dos grupos principales de la Convención; finalmente, los celos que dividían a sus adversarios. Si maniobraban bien, todavía podían salvar la vida; pero desprovistos de una organización sólida, sin un jefe vigoroso que los dirigiera, se condujeron como una manada de terneros que va sin pensar al matadero.

El 31 de mayo la Asamblea se reunió desde temprano; la Gironda vacilaba cada vez más, mientras que en la Comuna reinaba una febril actividad y se convocaba a las 48 secciones. En medio del debate de la Convención, que discutía el mantenimiento o la supresión de la Comisión de los Doce, se presentó una primera delegación que vino en nombre de la Comuna; después de entrar a la sala e instalarse en medio de los aplausos de las tribunas, se leyó una petición imperiosa y violenta contra los girondinos; poco después otra delegación, que dijo tener el mismo origen, la reemplazó e hizo las mismas reclamaciones en un tono más cortés: se comprobó que las opiniones estaban divididas. Con el propósito de apoyarla, Couthon, con su voz demasiado suave, insinuó que para hacer la paz ¡bastaba con suprimir a los Doce! En medio del nuevo tumulto que suscitaron sus palabras, se presentó una tercera delegación. Ésta, la más violenta, exigió la formación de un ejército de descamisados; un salario de 2 francos diarios para todos los obreros que servían en las secciones; la detención de Lebrun, de Clavière y de los Doce. En vez de expulsar a esta delegación, la Convención, aterrada, la admitió a la sesión, y Vergniaud, delirante de miedo, o por un ardid demasiado sutil, ¡propuso que se enviara a los departamentos aquel hermoso texto! La cosa recibió un voto favorable inmediato. Más hábil y temiendo por sí mismo, Barère sugirió que quedara abolida la Comisión de los Doce, y que se pusiera a la fuerza armada de París a disposición de la Convención. De esta manera se podía salvar aún a los girondinos, impotentes y vencidos.

La puerta se abrió de nuevo y la multitud dejó entrar a los miembros de la Comuna, mezclados con los del Departamento. En nombre de la ciudad de París, calumniada por ellos, solicitaron sanciones contra los girondinos. Ante esta nueva y terrible amenaza, Vergniaud intentó levantar la sesión y llevar fuera a sus colegas; pero fracasó y regresó muy pronto, avergonzado como un colegial a quien se castiga. Juzgando que su hora había llegado, Robespierre se levantó para rematar a los Doce y a la Gironda. En pocas pala-

bras resumió las culpas de los vencidos y dijo: "Mi conclusión es un decreto de acusación contra todos los cómplices de Dumouriez y todos los que han sido designados por los peticionarios". Retrocediendo aún ante la sangre, la Convención decidió que el Comité de Salud Pública hiciera, en el término de tres días, una investigación sobre el complot denunciado por la Comuna y que el Comité de los Doce desapareciera. La Gironda perdió, con su única arma, todo su prestigio; pero había logrado un aplazamiento.

Robespierre, la Comuna y los sublevados se indignaron. Esa noche se retiraron y las tropas reunidas en torno a la Asamblea desaparecieron por la oscuridad; pero en la tranquila mañana del 1º de junio se oyó tocar la generala en todos los barrios; infatigable en sus odios, Marat vigilaba y acababa de tomar la iniciativa; el Comité Revolucionario, al mismo tiempo, convocaba al pueblo armado con una proclama dirigida a las secciones. La Comuna preparaba una petición más violenta para la Asamblea; esta vez se quería la cabeza de los girondinos. Seis miembros del Comité Revolucionario y Doce de la Comuna llevaron la petición a la Convención. Para asegurarse la fidelidad de las secciones, ya alentadas por los 2 francos diarios y por cabeza votados el día anterior, se ordenó en cada una de ellas traer carros llenos de víveres y distribuirlos entre los combatientes; a cada barrio fueron oficiales municipales con el encargo de estimular el celo del pueblo. Éste respondió a la tentadora invitación. Una inmensa multitud armada rodeó las Tullerías. Ya madame Roland acababa de ser llevada a la prisión de la Abadía, ¡y ya los jefes girondinos renunciaban a la lucha! A las 9 de la noche la Asamblea se reunió, es decir, ¡un centenar de diputados (sobre 748) ocuparon sus bancas! Inmediatamente admitieron a la delegación de la Comuna, escucharon la lectura de su petición y la enviaron al Comité de Salud Pública para que informara antes de tres días; después se fueron a dormir.

Lentamente, por orden de la Comuna, la multitud armada se disolvió; pero el rebato continuó sonando toda la noche y los agitadores actuaron. Al amanecer la multitud bloqueaba de nuevo el palacio; la Convención, reunida desde temprano, se enteró que los vendeanos acababan de tomar Fontenay, prefectura entonces del departamento de la Vendée, que otros rebeldes se habían apoderado de Marvejols, en Lozère, y que Lyon, sublevado, aclamaba a los girondinos... Éstos callaban, consternados; tan sólo Lanjui-

nais quiso dar la cara, pero amenazado por las pistolas de Augustin Robespierre debió abandonar la tribuna. La mayoría dudaba aún, inquieta y molesta. Después de unas vanas discusiones, el presidente Hérault de Séchelles, ansioso por terminar, llevó a todos sus colegas a la plaza; allí se encontraron con Hanriot y su estado mayor empenachado. Hérault quiso hacerlo arrestar por los soldados. "No tenéis órdenes que dar", contestó Hanriot, interrumpiéndolo. "Volved a vuestro puesto y liberad a los diputados que el pueblo exige". Aplicaba así la irrefutable lógica del 14 de julio, del 6 de octubre y del 10 de agosto; con la cabeza baja, los convencionales desfilaron ante el pueblo, que los recibió a los gritos de: "¡Viva la Convención! ¡Viva la Montaña! ¡Brissot, Vergniaud, Guadet a la guillotina!" La multitud ganaba honradamente su dinero; Barère acababa de ver a unos "militares" que distribuían asignados de cinco libras. Ante esta clase de argumentos, la Convención nada podía oponer.

Volvió a la sala, y Couthon, siempre juicioso, exclamó: "Los miembros de la Convención pueden tener ahora seguridades sobre su libertad; habéis marchado hacia el pueblo; por todos lados lo habéis visto generoso, bueno, incapaz de atentar contra la seguridad de sus mandatarios..." El chiste pareció fuera de lugar y se apresuraron a leer la lista de los convencionales que debían ser proscritos: 29 diputados y 2 ministros, Lebrun y Clavière; el decreto pasó gracias a las abstenciones del Llano. Un "montañés" tuvo la cortesía de decir: "Nos vamos con el alma deshecha". Al parecer, para ponerse en regla con la Comuna y Robespierre, aprobaron apresuradamente el "máximo" precio para los cereales, la entrega de armas a los ciudadanos, un empréstito forzado y la formación de un ejército revolucionario. Al perder a la Gironda, la burguesía perdía a sus defensores titulados.

La Gironda pagó, no su falta de patriotismo, o de devoción a la República, sino su oposición a Robespierre, el único jefe de la Revolución. Fue él quien quiso, dirigió, organizó e impuso el sacrificio de la Gironda. No lo había realizado con el corazón ligero, pero se había resignado a él, una vez que estuvo seguro de que se negaba a seguirlo. Se ha dicho que la lloró. Sin duda. Robespierre nunca fue sanguinario; pero tampoco retrocedió jamás ante el "deber" de suprimir a todos los que lo contradecían.

Francia, por su parte, veía en Robespierre a un tirano y ya no

percibía la unidad nacional desde la muerte del último Capeto. La nación se disolvía. Hartos de las extravagancias delirantes de Chalier, alcalde y después juez, y de las amenazas del Club de los Jacobinos, que controlaban, como en París, el Ayuntamiento, los moderados y los realistas de Lyon, dirigidos por un preparador de telas, Madinier, lograron crear un ejército de 400 hombres armados de cañones; estos hombres tomaron el Ayuntamiento el 29 de mayo y organizaron una república libre. En la Vendée sólo se sentía la exasperación de los campesinos y de los nobles, maltratados desde hacía cuatro años e indignados por todo lo que ocurría en París; las ciudades, en manos de las logias masónicas y de los jacobinos, no los siguieron, pero en esta región rural bastaba con que se entendieran curas, nobles y campesinos para que nadie pudiera resistirles. Agrupados en bandas, con efectivos variables y armas primitivas, los campesinos de la Vendée, del Bajo Anjou y del Poitou marítimo presentaban un problema difícil de resolver para unos generales que no conocían la guerra de guerrillas. Los primeros ejércitos republicanos no pudieron hacer nada. Otros levantamientos (Lozère, Marsella, Normandía) expresaban la cólera de la gente a quien se le había prometido felicidad, libertad, riqueza, y que encontraba una dura esclavitud, una existencia miserable, bajo el yugo de sus conciudadanos más despreciados.

Los girondinos proscritos, vigilados continuamente, pero dueños aún de una latitud muy amplia, podían utilizar estos movimientos. Pero no los conocían bien y no los comprendieron. Con la obsesión de sus propias suertes y demasiado poco disciplinados para formar un bloque en medio de la adversidad, se dispersaron. La mayor parte de ellos se quedaron en París, resignados a su destino; otros, como Brissot, huyeron a la buena de Dios; los más valientes buscaron en Normandía un punto de apoyo que les permitiera organizar una resistencia eficaz contra la Montaña. Esta provincia, que hubiera seguido a Luis XVI, abandonó a estos diputados fugitivos y fuera de la ley.

Robespierre quedó en París, dueño de la situación. Marat, que lo había ayudado tan eficazmente, parecía a su lado un gran tribuno. Cuando se conocieron en Francia los acontecimientos de principios de junio, la impresión de horror que, desde el asunto de Révillon, pesaba sobre el país, aumentó aún más. Esta sensación alcanzó en algunos un paroxismo que la volvió intolerable. Se

comprende así que una joven seria y piadosa, aunque muy nerviosa, Carlota Corday d'Aumont, haya querido, a costa de su vida, librarse de esta obsesión y haya creído legítimo asesinar a Marat en la tarde del 17 de julio de 1793. Carlota se engañaba: su sacrificio cruel y su muerte heroica en la guillotina no cambiaron el curso de los acontecimientos: convirtió a Marat en el primer "santo" del calendario revolucionario, pero no hizo mella en el verdadero jefe, Robespierre. De todos modos, la joven anunció el despertar en las masas profundas de la nación de un nuevo sentimiento: una repugnancia frente a la Revolución que llegaba casi hasta la furia.

En Robespierre, el más intuitivo de los jefes revolucionarios, se hacía también sentir este cansancio y este desagrado. Ya en mayo, en el Club de los Jacobinos, declaró que estaba cansado, que se sentía agotado por la Revolución. Sin embargo, su destino lo empujaba hacia adelante; la Convención, asustada por lo que acababa de realizar, volvió a la tarea; Danton, disminuido por la desaparición de los girondinos, no se movía; Couthon, Saint-Just y el estado mayor de la Montaña rodeaban al Incorruptible de un culto piadoso y éste ya entreveía la aurora de su apoteosis; pero era menester antes rechazar a los enemigos de afuera y de adentro; así fue que, después de los cambios en el Comité de Salud Pública del 13 de junio, que sancionó la victoria de la Montaña, Robespierre ingresó a él el 27 de julio y se reunió con sus amigos. Por primera vez, después de haber orientado a los espíritus y a los partidos, Robespierre iba a dirigir el Estado.

Capítulo V

LA SANGRE IMPURA

Después de la derrota de los girondinos, Robespierre quedó en libertad para hacer tomar a la Revolución el rumbo que él quería. Francia, a su merced, esperaba sus órdenes.

Sin embargo, una serie de circunstancias y de condiciones limitaba su iniciativa. La imprudencia de los girondinos, al desatar la guerra, había suscitado en Europa un levantamiento casi general contra Francia; ya la ocupación de Bélgica por Dumouriez había puesto a Inglaterra dentro del campo de los enemigos de Francia. Inglaterra jamás iba a aceptar la ocupación de las costas flamencas, tan próximas a las suyas, por parte de Francia. A partir de este momento la combatió sin descanso y sus subsidios no cesaron de suscitarle nuevos enemigos. La desdichada Polonia servía de distracción, afortunadamente, a los Estados rapaces de Europa Central que, atentos ante todo a dividirse esta suculenta presa, descuidaban los asuntos occidentales. Por lo tanto, Rusia no intervino y Prusia y Austria lo hicieron blandamente. Pero la amenaza, tremenda, subsistía.

En el interior, reinaba una anarquía sangrienta. Todo el valle del Ródano y todo el Oeste sublevados creaban un peligro mortal para la República; tanto más si se piensa que, en el resto del país, estas sublevaciones encontraban numerosos cómplices. No podía escaparse a la necesidad de hacer la guerra en el interior y el exterior. También era menester llevar a cabo una propaganda infatigable; en 1788 y 1789 los revolucionarios, preocupados ante todo por destruir los restos feudales y el régimen de la monarquía absoluta, habían prometido libertad, independencia y la cancelación de todos los deberes incómodos: sistema fiscal, intendentes, poder ministerial. Todo esto acababa de desaparecr, en efecto, dejando al país

dislocado, a las multitudes ávidas y a los espíritus inquietos, de modo que se volvía difícil mandar, imposible hacerse obedecer.

Robespierre, ferviente por la "libertad", no quería volver a las instituciones del pasado, que aseguraban la obediencia sin dificultades; quería reemplazar esto con un nuevo espíritu: el fervor patriótico y republicano en el pueblo, en los que creían en la República; para los otros, los aristócratas y sus amigos, a quienes comparaba con los "ilotas", sólo quería el terror: la obediencia o la muerte. Gran filántropo y alma sensible, juzgaba que el pueblo merece que, a fin de protegerlo, se sacrifique a todos los que impiden o estorban este advenimiento, y que esta "sangre impura" honra a quienes la derraman con un espíritu realmente republicano.

Una vez depurada Francia, creada de una vez la República en la realidad y en los espíritus, Robespierre no dudaba de la victoria, pero la inmensidad de la tarea lo abrumaba; desde 1788 estaba en la brecha, infatigable y vehemente. ¡Cuántos combates! ¡Cuántos esfuerzos! Y, a pesar de las victorias, ¡cuántas desilusiones! El apoyo constante de su hermano Augustin, la veneración que le tenían algunos jóvenes tribunos como Saint-Just, Le Bas, Panis, ¿qué era esto frente a la inmensa masa de los indiferentes y ante esos rumores de odio, de envidia, de complot que él adivinaba en la Convención, en la Comuna, en las secciones mismas, en todas partes en donde debía encontrar admiración y apoyo? Robespierre sufría por esto tanto más cuanto que, si bien poseía un instinto apostólico, si era capaz de dominar, entusiasmar y controlar a las multitudes, carecía en cambio de condiciones para el trabajo de oficina. Su alma siempre se elevaba por encima de estas pequeñeces. En consecuencia, ¡cuánta repugnancia, cuánta fatiga en las horas huecas!

En el proyecto de Declaración de los Derechos y en la Constitución nueva había puesto lo mejor de sus aspiraciones; en la primera decía: "La garantía de los Derechos descansa en la soberanía nacional. Esta soberanía es una, indivisible, imprescriptible e inalienable. Reside esencialmente en el pueblo entero y cada ciudadano tiene un derecho igual para su ejercicio... Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección de todo este pueblo y de cada fragmento del pueblo es el más santo de los deberes... Supeditar a formas legales la resistencia a la opresión es el último refinamiento de la tiranía. En todo Estado libre, la ley

debe ante todo defender la libertad pública e individual contra los abusos de la autoridad de los que gobiernan. Toda institución que no supone al pueblo bueno y al magistrado corruptible es viciosa". Es en este espíritu que Robespierre pensaba encarar la Constitución de 1793, que debía proporcionar a los patriotas, en esas horas de combate y de sufrimiento, el objetivo ideal hacia el cual tendían. Después del 2 de junio, la Montaña victoriosa encargó al Comité de Salud Pública que redactara sin tardanza una Constitución; se le unieron cinco convencionales puros (entre ellos, Saint-Just y Hérault de Séchelles); el 10 de junio Hérault, como informante, la presentó a la Convención. La Constitución se iniciaba con esta fórmula solemne, en la cual se reconoce la influencia de Robespierre: "En presencia y bajo los auspicios del Ser Supremo, el pueblo francés declara..." Consagraba la soberanía del pueblo, atribuía a todos los ciudadanos la igualdad de derechos, la libertad de pensamiento, de prensa, la seguridad, el libre ejercicio de los cultos, el derecho de petición y el de formar sociedades populares. "La sociedad debe la subsistencia a los ciudadanos infelices, sea procurándoles trabajo, sea asegurando los medios de existir a quienes no están en condiciones de trabajar", decía, empleando una fórmula que muestra la orientación de sus preocupaciones. El pueblo elegía directamente a los diputados, reunidos en una sola Cámara y encargados, por su parte, de elegir a veinticuatro ministros, presentados por los miembros de las asambleas departamentales. En principio, el pueblo recibía el poder de "deliberar sobre las leyes" (artículo 10), pero de hecho, sólo podía votar sí o no en las declaraciones de guerra y al tratarse de los impuestos; todo el resto caía dentro de la jurisdicción única de la Asamblea.

A pesar de las frases religiosas y populares, insertas por influencia de Robespierre, se llegaba así a un gobierno de Asamblea que, dejando al pueblo una gran libertad y una gran influencia, podía de todos modos convertirse, por impulso de una mayoría vigorosa, en un gobierno autoritario. Robespierre deseaba una discusión más profundizada para alejar el peligro de traición o el abuso del poder por parte de los diputados; no lo logró; ellos querían apresurarse, querían evitar las fórmulas demasiado audaces en un momento en que Francia sangraba por todos lados; en vez de decir, como Robespierre en su proyecto de Declaración de Derechos: "La propiedad es el derecho que tiene el ciudadano de

gozar y disponer de la porción de sus bienes que le es garantizada por la ley", la Constitución declaró: "El derecho de propiedad es el que pertenece a todo ciudadano y que consiste en gozar y disponer *a su gusto* de sus bienes, sus entradas, del fruto de su trabajo y de su industria". Se percibe aquí una concesión a los diputados del Llano. Del mismo modo, en vez de proclamar: "Los hombres de todos los países son hermanos y los diferentes pueblos deben ayudarse unos a otros, en la medida de sus poderes, como los ciudadanos de un mismo Estado. El que oprime a una sola nación se declara el enemigo de todas", la Constitución se limitó a decir: "El pueblo francés es amigo y aliado de los pueblos libres. No se entromete en los gobiernos de las otras naciones. No tolera que las otras naciones se entrometan en el suyo". Por lo tanto, la nueva Constitución parecía un manifiesto destinado a impresionar al pueblo, sin inquietar a los ricos ni exasperar a las potencias extranjeras.

Por otra parte, no correspondía en nada a la realidad política de la hora. El poder revolucionario creado por la Comuna del 10 de agosto, con su justicia brutal y partidaria, sus detenciones en masa, la red de sus "Comités de Vigilancia", sus requisiciones de víveres y sus distribuciones a los pobres, había desaparecido después de Valmy, gracias a los esfuerzos de los girondinos. Pero a partir de enero de 1793, la Montaña, apoyándose en la Comuna y en las secciones de París, lo restableció. Estimulada por Robespierre, la Convención había creado, el 1º de enero de 1793, el Comité de Defensa General para vigilar y estimular el Comité Ejecutivo; la situación se agravó y el 9 de abril este comité se había convertido en el "Comité de Salud Pública" que, en el plano de la guerra, de la diplomacia y de los asuntos extranjeros, gobernó a Francia bajo el control de la Asamblea, a la cual rendía cuenta todos los meses. El Comité de Seguridad General reglamentaba las cuestiones de policía y de política internas; el de Finanzas se encargaba de todo lo referente a impuestos, Tesoro, presupuesto, etc. Finalmente, a partir del 14 de marzo de 1793, un Tribunal Revolucionario juzgó en París, sin apelación, a todos los sospechosos. Los tribunales criminales de toda Francia debían enviar los casos de su jurisdicción. También los recibían otras grandes ciudades. Los "Comités de Vigilancia Revolucionaria" de provincia, apoyados por las sociedades populares (jacobinas) informaban al gobierno y perseguían a sus enemigos; a veces eran ayudados por un "ejército

revolucionario local". Así es que el arnés que los descamisados habían ajustado al cuerpo de Francia parecía estar en buenas condiciones. Para volverlo más sólido, la Convención hizo aprobar el decreto del 4 de diciembre de 1793, que trataba sobre todo de acelerar y mejorar la aplicación de las leyes, frenando la iniciativa de los cuerpos revolucionarios provinciales, y el del 1º de abril de 1794, que suprimió los ministerios y atribuía todos los poderes de éstos al Comité de Salud Pública y a los otros comités de la Convención; se crearon doce "comisiones ejecutivas" de orden técnico, destinadas a facilitar el trabajo del Comité de Salud Pública y del Comité de Finanzas.

Los convencionales en misión o los comisarios enviados por el Comité de Salud Pública debían velar por la ejecución de las leyes, los decretos de la Asamblea y las órdenes de los comités. Al cabo de cinco años, la Revolución volvía a esa centralización del poder que los Capetos a lo largo de ocho siglos habían buscado incesantemente, a través de muchos obstáculos, como la única manera de crear una Francia fuerte y respetada. Desde 1787 las fuerzas de división triunfaban sobre ellos y destruían su obra. Que la Montaña retomara esta obra, en nombre de la dictadura del pueblo y de la salud pública, fue la paradoja del año 1793 y también la salvación del territorio y de la unidad francesa. Los grandes comités experimentaron, por otra parte, muchas dificultades para imponer su voluntad; fuera de los rebeldes del Sudoeste y del Oeste, muchos departamentos protestaron contra esta intromisión de la Convención en sus poderes; en Haute-Saône se llegó hasta detener a los convencionales enviados. En muchos lugares no se respetaron las leyes votadas en París; en otros no se llegó a conocerlas. Sin embargo, se alega para excusar las masacres de la Convención este estado de anarquía; pero uno se hace obedecer más cuanto más razonables y equilibradas son las órdenes que da, y las sanciones son tanto más eficaces cuanto más raras y más justificadas.

La época del Terror, a partir del 31 de mayo, no se diferencia tanto de las otras épocas de la Revolución, como se suele decir. Desde el incendio de la casa Révillon, en la primavera de 1789, los orleanistas y los Treinta trataban de asustar. En junio de 1789 se habló del "gran miedo". A partir de ese momento el miedo reinó en muchos lugares, como dan prueba las emigraciones, tan abundantes después del 14 de julio. En consecuencia, los clubes de los

jacobinos, las secciones de París, las bandas revolucionarias no cesaron de amenazar a los realistas y a los moderados. Si La Fayette trató de reaccionar, si en algunas partes, por cierto tiempo, lograba hacerlo, su éxito duró poco. También se alejó La Fayette, corrido por el miedo. El Terror constituyó tan sólo un colmo, un grado más. En principio, según la ley del 9 de mayo de 1793, eran responsables delante del Tribunal Revolucionario los autores de empresas contrarrevolucionarias, de atentados contra la libertad, la igualdad y la unidad de la República, la seguridad interior y exterior del Estado. A partir del 27 de marzo de 1793 bastó al acusador público en este tribunal la denuncia de un solo ciudadano para hacer detener y juzgar a quien fuera. El trabajo se volvió tan agobiante que, el 5 de setiembre de 1793, debieron aumentar el personal y elevarlo a dieciséis jueces, sesenta jurados y cinco sustitutos, el personal de cuatro secciones. La Convención, en octubre, autorizó al Tribunal a limitar los debates a tres días. En el invierno de 1793-1794 la clientela aumentó aún más; se crearon seis comisiones populares de criba, que debían elegir a los sospechosos que debían presentarse ante el Tribunal. El susto, reconocido como medio legítimo de gobierno, se ejercía de arriba a abajo y de abajo a arriba. ¿Acaso no era el arma ordinaria de los agitadores que hicieron el 20 de junio, el 10 de agosto de 1792, el 29 de mayo y el 2 de junio de 1793? En este ambiente se encontraban a gusto. Reclutados para producir miedo en los comienzos de la Revolución, los agitadores ejercieron desde entonces sobre los jefes una presión constante a fin de que no les quitaran su arma suprema: el miedo; por otra parte, los regímenes creados por sorpresa y contra los deseos de los pueblos no pueden prescindir del resorte del miedo. Los dirigentes de la Revolución no ignoraban que era menester imponer su régimen a una nación que lo rechazaba; por lo tanto, utilizaron el miedo tan lejos como les fue posible, hasta el terror, hasta el horror.

Esta política siempre lleva más lejos de lo que se quiere ir. Los "montañeses" concebían todos los inconvenientes que comportaba la proscripción de los girondinos, sus camaradas de combate en la Constituyente, sus aliados en la Legislativa. Presentían el peligro de acostumbrar al pueblo a ver sangre de diputados derramada, y el daño que esto causaba a la Convención en su totalidad y a los ojos de los franceses y los extranjeros; de tal modo, la acusación

presentada el 8 de julio en la Asamblea por Saint-Just, fue más vehemente que amenazadora; si bien enumeraba ásperamente todas las quejas de los jacobinos contra sus enemigos —incitación a la guerra civil, conspiración para asesinar a los "montañeses", intriga para traer a Luis XVII, etc.—, añadía: "Todos los diputados detenidos no son culpables; el mayor número está formado por extraviados". Y terminaba: "Sea como fuere, la libertad sólo será terrible para aquellos a quienes ha desarmado. Proscribid a los que han huido de nosotros y han tomado las armas... Juzgad a los otros y perdonad al mayor número. El error no debe confundirse con el crimen. Es tiempo que el pueblo espere al fin días felices y que la libertad sea algo más que el furor del partido... He descrito la conjuración, ¡quiera el cielo que hayamos visto los últimos huracanes de la libertad! Los hombres libres han nacido para la justicia. Poco se gana perturbando la tierra". El asesinato de Marat por Carlota Corday, al suscitar el miedo y el furor de los admiradores del Amigo del Pueblo y al probar la exasperación de las masas profundas del país, debió volver imposible ese apaciguamiento deseado por Saint-Just. Por lo menos, se pudo ver que el mismo Robespierre manifestaba disposiciones análogas. Aunque él y sus amigos, descontentos de Danton, de sus vínculos con Dumouriez y de ciertos girondinos, de sus intrigas con las naciones extranjeras para obtener la paz y de su política tenebrosa, lo expulsaron del Comité de Salud Pública, algunos patriotas quisieron ir más lejos; el *Journal de la Montagne*, el 3 de julio, atacó con violencia a la mayoría de los miembros del Comité de Salud Pública, dirigido entonces por Danton. Dispuestos a ir más allá, los dos jefes extremistas, Jacques Roux (un antiguo sacerdote) y Leclerc (un noble), denunciaron a Danton como enemigo del pueblo, pues había propuesto que se asignaran 50 millones de fondos secretos al Comité de Salud Pública. Gracias a los jacobinos, se levantó una tormenta contra Danton y fue insultado de todos lados. Robespierre tomó entonces su defensa con una vehemencia teñida de desdén. Como hombre público, lo escudó: "Danton siempre ha servido con celo a la patria". Después añadió: "Pero acaso me equivoque sobre Danton". En suma, exigía que terminara la campaña contra éste, pero no daba garantías sobre él. Como deseaba el orden, quería impedir las proscripciones apresuradas.

Tuvo algo más importante que hacer en ese mes de julio de 1793,

Lyon, Burdeos, Provenza y el valle del Ródano se habían levantado contra la República, la Vendée seguía victoriosa, a pesar de algunos reveses, los austríacos estaban en Alsacia, en el Flandes francés, en Lorena, y amenazaban con invadir París; el país estaba dividido, inquieto, irritado, mal alimentado, sin equipos. Todo esto reclamaba una actividad poderosa, sistemática, encarnizada. En las apresuradas notas que redactó después del 2 de junio, Robespierre trató de hacer el recuento de la situación y definir su deber. "Todo esto estaba preparado para poner al pueblo bajo el yugo de los burgueses y hacer perecer a los defensores de la República en el patíbulo. Han triunfado en Marsella, en Burdeos, en Lyon, y habrían triunfado en París de no mediar la actual insurrección". Él quería detener este peligro con medios enérgicos. En el exterior: "Poner generales republicanos a la cabeza de nuestros ejércitos y castigar a los que nos han traicionado". En el interior: "Es menester que continúe la actual insurrección... Hay que castigar a los traidores y a los conspiradores... Hay que dar ejemplos terribles con todos los malvados que han ultrajado a la libertad y han derramado la sangre de los patriotas". Pero esta vez ya no se trataba únicamente de los "realistas"; otra categoría de ciudadanos suscita ahora el resentimiento del Incorruptible: "Los peligros interiores provienen de los burgueses... Es necesario que el pueblo se una a la Convención y que la Convención utilice al pueblo... Hay que exaltar el entusiasmo republicano por todos los medios posibles". Por lo tanto, su programa comporta, junto con una lucha encarnizada contra el enemigo de afuera y el mantenimiento del Terror, nuevas medidas para entusiasmar al pueblo, intimidar a la burguesía e instaurar la dictadura de la Convención sobre una base tan sólida como sea posible.

En el verano de 1793 concurrió asiduamente al Comité de Salud Pública. Durante estas semanas el Comité tomó una serie de medidas enérgicas, violentas y teatrales, a fin de galvanizar a los revolucionarios: Custine fue guillotinado, Bouchotte, revocado durante cierto tiempo de su cargo de ministro de Guerra, después restablecido; se cerraron las barreras de París para tener bajo control policial a todos los habitantes de la ciudad; confiscación de los bienes de los que estaban fuera de la ley; se destruyen las tumbas reales de Saint-Denis; se inició el juicio a María Antonieta. Se envió a Carteaux a Provenza con el encargo de tomar Marsella; a Du-

bois-Crancé al Ródano, para someter a Lyon; se decidió arrasar sistemáticamente a la Vendée para doblegarla. A fin de salvar la República, no se le perdonaba nada a Francia. Se trató de unir a todos los franceses, declarando a Pitt "el enemigo del género humano". Pero estas grandes fórmulas, demasiado usadas, ya no llegaban. Por temor, se toleraba al gobierno; pero por más interés que hubiera en apoyarlo, no era posible vencer el desagrado que inspiraba. Un hecho muestra el alejamiento de los franceses por el horror que se les imponía: sobre un total de 7 millones de electores, tan sólo 1.891.918 aprobaron la Constitución de 1793 en el referéndum popular y 17.610 se atrevieron, a riesgo de su vida, a decir "no". Menos de una tercera parte de los ciudadanos adoptó la fórmula aprobada por Robespierre y patrocinada por los jacobinos, a pesar de la presión de las sociedades revolucionarias, los Comités de Vigilancia y otros organismos de intimidación difundidos por todo el país. Sensibles a esta sorda hostilidad y bastante lúcidos para comprender que la adoración prodigada a las cenizas de Marat por los descamisados (que saludaban a su corazón, colgado en el Club de los Jacobinos, "como a los restos preciosos de un dios"), sólo podía indisponer a los espíritus vacilantes, los jefes revolucionarios organizaron, el 10 de agosto de 1793, una fiesta en la cual reinó la concordia junto con la igualdad. David la dirigió; sobre las ruinas de la Bastilla se cantó, desde los primeros rayos de la aurora, un himno a la naturaleza; unos cortejos simbolizaron la paz, el amor y la fraternidad; se vio a jóvenes ciegos, coronados de laureles, algunos niños expósitos fueron cubiertos de honores y unos adolescentes fueron ungidos a una carreta que llevaba a sus viejos padres. Alrededor de ellos desfilaron los convencionales, cada uno de ellos con un haz de espigas de trigo en fruto. Se había reemplazado la guillotina con una inmensa estatua de la libertad. Todos concurieron al Campo de Marte y juraron defender la República y la Constitución (¡que nunca iba a ser aplicada!) Este esfuerzo por poner un poco de armonía, de entusiasmo y de serenidad en la vida pública era demasiado aislado para ejercer influencia real.

La oposición seguía siendo poderosa, aunque oculta, y abrió una brecha: el diputado Delacroix invitó a la Convención a declarar que su misión estaba terminada, dado que había redactado la Constitución; se evitarían así las peores responsabilidades. Pero unas

elecciones en 1793, un interregno, en el momento en que los austríacos ocupaban la frontera del Este y la frontera del Norte, cuando la rebelión cundía por el Oeste y el Sudoeste, amenazaba con hacer el juego a los enemigos de la Revolución; en un violento discurso en el Club de los Jacobinos, Robespierre atacó esta propuesta escandalosa y nadie se atrevió a mencionarla de nuevo. Pero Robespierre quería más. Una vez más, el impulso vino de los jacobinos, el mejor instrumento de Robespierre. El 16 de agosto redactaron una petición a la Asamblea solicitando el enrolamiento en masa. El Comité de Salud Pública captó inmediatamente la onda y propuso la medida a la Convención, que la votó favorablemente el 25 de agosto de 1793. "A partir de este momento, hasta el momento en que los enemigos hayan sido expulsados del territorio, todos los franceses quedan en requisición permanente para el servicio de las armas. . . Nadie podrá hacerse reemplazar. Los funcionarios públicos se mantendrán en sus puestos. El enrolamiento será general; los ciudadanos no casados o viudos sin hijos, de 18 a 25 años, serán los primeros en partir. . ." Esta medida, aplaudida por los revolucionarios, irritó aún más a los campesinos contra la Convención; pero era capaz de salvar al país. Todo dependía de la ejecución; tomada en medio del desorden, la medida agravaba la situación; tomada en medio del orden, podía permitir aplastar a un enemigo que seguía utilizando los métodos y los efectivos del siglo XVIII. Carnot, favorecido por Barère, acababa de ingresar al Comité de Salud Pública el 14 de agosto; Robespierre lo veía con malos ojos y no ocultó su descontento, pues lo consideraba moderado. Sin embargo, al verlo trabajar, le hizo justicia. Carnot, en efecto, tomó en sus manos los asuntos militares del Comité y, gracias a él, gracias a los 50 millones que se pusieron a su disposición el decreto se aplicó con velocidad y competencia. Carnot añadió 300.000 hombres a los 450.000 que ya tenía la República; este formidable conjunto de 750.000 hombres representaba una masa capaz de aplastar a los ejércitos profesionales, bastante poco numerosos, a disposición de los enemigos de Francia.

De todos modos, había que saber utilizarlos. Hasta esa fecha, la guerra, declarada con tanta imprudencia, había sido llevada a cabo por rachas, con poca continuidad y método; se prodigaba hombres sin obtener resultado duradero; por primera vez desde 1787 el Comité de Salud Pública disponía de un poder real y total y, como

todas las dictaduras en sus comienzos, lo usaba con vigor. El Comité funcionaba de manera casi continua en el pabellón de Flore (entonces llamado "de la Igualdad") en las Tullerías, muy cerca de la Asamblea, con la cual mantenía un constante contacto. Estos nueve (después doce miembros) trabajaban juntos en una gran sala; sin embargo, con un tácito acuerdo, se especializaban: Robespierre se ocupaba de los problemas de conjunto, la política general y de las relaciones con la Asamblea; Couthon lo secundaba y lo apoyaba en todo (desde su regreso de Lyon); Saint-Just atendía a la policía y al ejército; Hérault de Séchelles y Barère tenían Relaciones Exteriores; Billaud-Varenne y Collot d'Herbois se ocupaban del Interior y de los representantes en misión; Jean Bon Saint-André tenía la Marina; Prieur de la Côte-d'Or, Robert Lindet y Carnot se consagraron a la organización de los ejércitos, a sus movimientos y abastecimientos. Cada uno de ellos poseía un gabinete y oficinas junto a la sala común, y la mayor parte de sus empleados no eran otros que los antiguos empleados de los ministerios del reino. Una imprenta, instalada en el subsuelo, les permitía difundir rápidamente sus decretos y decisiones. Estaban protegidos por baterías de artillería y sus estafetas tenían derecho de prioridad sobre todas las rutas y todos los puestos de relevo de caballos. Estos hombres, hayan sido cuales fueren sus pensamientos ocultos, sabían y sentían que se iban a salvar ellos y el país tan sólo por la unión y por un trabajo tan encarnizado como inteligente. De este modo, todas las cualidades del espíritu francés podían actuar nuevamente: nitidez, prontitud, valor y audacia.

Sus enemigos les facilitaban el triunfo: mal visto por todos los reyes de Europa, especialmente por el de Austria, Monseñor, que se había proclamado "Regente" a la muerte de Luis XVI, sólo contaba a su alrededor una minoría de emigrados; instalado en cualquier forma en Hamm, sin recursos, sin influencia, sin autoridad, se agotaba en vanos intentos ante las diversas potencias. De la Vendée no sabía nada claro y la abandonaba a su suerte; conocía a Précy y deseaba ayudarlo a defender Lyon, pues lo consideraba un buen realista; ordenó a d'Autichamp que reuniera a los emigrados en Ginebra y que se lanzara con ellos contra Lyon para sostener la causa contrarrevolucionaria; pero, para esta operación, le hacían falta fondos e Inglaterra no los daba. Inglaterra quería llevar la guerra a su manera y sin apurarse. Por lo tanto, dejó que los

rebeldes de la Vendée, más heroicos que organizados, y menos envidiosos los unos de los otros que indignados contra la Revolución, se consumieran en victorias sin resultado y en hazañas ineficaces.

Separados por el espacio, y más aún por la discordia, los diferentes centros de resistencia contrarrevolucionaria reunían a baluartes asediados y no abastecidos. Burdeos, hambrienta, se rindió el 19 de agosto; Marsella fue tomada, pese a la heroica resistencia de los defensores, el 25 de julio; después cayó Avignon y el valle bajo del Ródano; Carteaux, general hábil, supo aprovechar las disensiones de sus enemigos, pero no pudo impedirles que entregaran Tolón a los ingleses, dispuestos esta vez a aprovechar la ocasión y destruir aquella formidable flota, construida por Luis XV y Luis XVI, a la cual América debía su independencia y Francia su única victoria sobre Inglaterra; quemaron 24 navíos, se apoderaron de 15 y, durante un siglo, Inglaterra dominó los mares sin discusión. Pero de los asuntos terrestres se ocupaba poco y mal. York, que tenía a su mando el ejército del Norte, se obstinó en tomar Dunkerque, muy bien defendido, en vez de unirse a Coburgo y marchar sobre París para terminar la guerra con una victoria que entonces era posible. Coburgo, después de haber tomado Condé el 12 de julio, Valenciennes el 28, vacilaba, lo mismo que Wurmser, frente a las líneas de Wissenburg, mientras que el rey de Prusia, satisfecho finalmente con el trozo de Polonia que acababa de adjudicarse, se disponía a sitiar Maguncia, en donde la guarnición francesa, mal abastecida, apenas podía resistir, pero resistió de todos modos.

El Comité de Salud Pública, gracias a estas demoras y estas divisiones, se adelantó a sus adversarios; en la Francia aterrada, se hizo obedecer; Carnot reunió a su alrededor los mejores técnicos de la artillería, reforzó el ejército del Norte, aumentó las manufacturas de armas y presionó a los sabios Berthollet, Chaptal y Fourcroy para que hicieran progresar el armamento; utilizó a Monge para que dirigiera la fundición de cañones con el bronce obtenido de las campanas arrancadas a las iglesias; a Chappe para que pusiera al día el telégrafo óptico y los globos cautivos de observación. Sobre todo, reorganizó el ejército mismo: se suprimieron los regimientos, se crearon 250 semibrigadas, en las cuales los soldados de la monarquía, voluntarios de 1792 y conscriptos de 1793,

habrían de combatir hombro a hombro, utilizando en la medida de lo posible los antiguos cuadros y los antiguos medios del ejército francés. En este terreno la tradición se renovaba de manera brutal e incompleta, pero suficiente para galvanizar a las tropas, alentadas por su propia superioridad numérica y el vigor del mando.

Sin embargo, seguían resistiendo con nerviosidad y eran susceptibles al pánico en la vanguardia y en la retaguardia, cosa por otra parte disculpable, pues los esfuerzos de Carnot no dieron resultados inmediatos en todos los terrenos: demasiados reclutas, muy poca disciplina, desconfianza entre soldados y oficiales, un abastecimiento inseguro, insuficiente, en manos de malandrines o de los descamisados que especulaban con los víveres en vez de alimentar a los hombres, a medias hambrientos y calzados con escarpines de suela de cartón, mientras los enfermos y los heridos agonizaban sin medicamentos en granjas desguarnecidas y los caballos morían a millares por falta de forraje. Finalmente, ¿qué cohesión podía tener una tropa en la cual una noche, un convencional en misión (en este caso Billaud-Varenne) detuvo a 22 ayudantes generales, todo el estado mayor del ejército del Norte, e hizo abrir todos sus registros junto con su correspondencia? Tan sólo se podía contar con actos heroicos: como el de Hondschoote (8 de setiembre de 1793) que hizo trastabillar a los holandeses y llevó a York a levantar el sitio de Dunkerque, pero que fue seguido por un pánico irrazonable; el de Menin (15 de setiembre), ante el ejército de Beaulieu. Coburgo, fiel a las viejas máximas militares austríacas y tímido ante la Revolución, quería llevar a cabo una guerra prudente de fronteras y de fortalezas, en vez de marchar sobre París, como le suplicaba Mercy-Argenteau y varios de sus generales. Esto dio tiempo al Comité de Salud Pública para aplastar a Lyon, que terminó rindiéndose el 9 de octubre, y vencer a Clairfayt en Wattignies (16 de octubre), victoria obtenida bajo la dirección de Carnot por Houchard y que liberó el Norte de Francia. Finalmente la Convención logró acumular contra los rebeldes de la Vendée ejércitos y artillería en número suficiente para que, después de varias derrotas, se aplastara al principal ejército de la Vendée cerca de Cholet (octubre de 1793). Esto suprimía el peligro para París sin asegurar la fidelidad del Oeste, siempre hostil y cada vez más indignado. Anjou, Bretaña, la Vendée, a pesar de los impostores como el arzobispo de Fulda, los falsos hermanos como el abate Brottier,

los espías jacobinos que husmeaban en los rangos, no cesaron de dar trabajo a los revolucionarios.

A partir de este momento, para Robespierre el peligro vino del exterior. El éxito de los matones y de los conductores de bandas, desde 1789, les daba un apetito creciente, que era estimulado por el espectáculo de tantos despojos suntuosos al alcance de los hábiles y la facilidad de reclutar elementos entre la inmensa chusma armada que circulaba por París y sus alrededores. Provenientes de todos los rincones de Francia y de toda Europa Occidental, ansiosos de participar en los despojos que dejaba la muerte de la sociedad más suntuosa y más refinada de Occidente, se prestaban a cualquier cosa. La doctrina profesada desde 1787, y de la cual Robespierre siguió siendo hasta el fin uno de los apóstoles, les daba un buen pretexto: "Nunca la vigilancia de los ciudadanos en relación al Poder Ejecutivo será demasiado grande; el primer deber del pueblo es vigilar al Ejecutivo y rebelarse si éste interfiere en sus derechos". A una hora en que el pueblo, al cual todo se le había prometido en 1788, carecía de todo, y cuando la Revolución ocupaba el poder desde hacía doce meses, es posible imaginar las ocasiones y las oportunidades que podían encontrar los grupos extremistas. Detrás de Robespierre, de Danton, de Saint-Just, de Fabre d'Églantine y de otros tribunos en el poder, surgía una generación ávida, que les aplicaba las máximas que ellos habían aplicado a los constituyentes, y que por su parte éstos habían aplicado a la monarquía. Hébert, descontento de que lo sacaran del ministerio, a pesar de los eminentes servicios cumplidos el 10 de agosto y después, apareció como jefe de este partido nuevo, que procuraba desbordar al gobierno.

Como siempre ocurre en las épocas de devaluación y de muerte, el excesivo número de los que aún ganaban dinero se divertía gozando apresuradamente y con violencia. Por acá y por allá reaparecía el lujo; los teatros estaban llenos; se representaban piezas de estilo inglés (*Pamela*), dramas que evocaban las desdichas de la reina (*Adèle de Sacy*), y los felices del instante se conmovían con miserias que no compartían. Estas imprudencias de algunos ricos sirvieron de pretexto a los jacobinos para reclamar, y a los ambiciosos les dio una ocasión para quejarse. A partir de las siete de la mañana del 4 de setiembre la gente de Hébert sacó a algunos obreros de sus talleres, los lanzó sobre el bulevar y les hizo

gritar: "¡Pan, pan!" La revuelta creció; bien conducida, llegó a la plaza de Grève; allí se instaló una mesa y se redactó una petición que exigía pan a la Convención; uno de los cómplices, Chaumette, corrió a la Asamblea a fin de anunciar la manifestación e impresionar a los diputados. Después fue al Hôtel de Ville y pronunció un discurso-programa, ya preparado; era necesario el "máximo" (precio fijado por el gobierno para los artículos de primera necesidad), un ejército revolucionario que recorriera los campos e intimidara a los agricultores ricos, forzándolos a entregar trigo, ganado, etc.; finalmente, denunciar a los ricos. Hébert añadió que era menester que este ejército contara con una guillotina. La idea pareció digna de un auténtico jefe, y lo aclamaron. El Consejo General de la Comuna abundó en este sentido. Después los jacobinos enviaron una delegación, que aseguró al pueblo su aprobación. Lanzado de este modo, el movimiento llegó a ser formidable; al día siguiente, 5, la multitud invadió la Asamblea temblorosa que presidía Robespierre. Se instalaron en el piso y por toda la calle. En nombre de la gente, Chaumette y después Moyse Bayle reclamaron que la Convención votara los derechos solicitados. Varios diputados quisieron abundar en este sentido. Drouet, en medio de un delirio, exclamó: "¡Ha llegado el momento de derramar la sangre de los culpables. . .!, ¡seamos asesinos para bien del pueblo!" Se votó, en medio del pánico, todo lo que querían los manifestantes y más: el Terror, un ejército revolucionario de 6.000 hombres y 1.200 artilleros, comandados por Ronsin, un aumento del Tribunal Revolucionario, dividido en cuatro secciones; las visitas domiciliarias nocturnas; el juicio inmediato de los jefes girondinos; la depuración de los comités revolucionarios, un salario de 3 francos diarios para los miembros de éstos y de 2 francos para los miembros de las secciones que trabajaban manualmente; la expulsión de todas las mujeres de mala vida; la prohibición del acceso a las oficinas policiales de las "solicitantes jóvenes". . . ¡Hasta tal punto desconfiaban entonces de la belleza! Finalmente, la tarea quedó completada ordenando la detención inmediata de todos los sospechosos, y se extendió esta categoría de ciudadanos, en la cual se hizo entrar indiscriminadamente a nobles, sacerdotes, benedictinos, partidarios de Brissot, almaceneros, agiotistas, procuradores, húsares, criados, etcétera. La ley del 17 de setiembre intentó, sin lograrlo, dar un poco de claridad a esta palabra "sospechoso", y

las autoridades la interpretaron como se les dio la gana. Incluso varios departamentos se adelantaron al decreto.

Robespierre sólo podía aprobar estas medidas; pero veía apenado que la iniciativa se le escapaba y, adivinando las intenciones de Hébert, las detestaba. Él pensaba que ya había llegado el momento de dar crédito a los que gobernaban. Lo creía tanto más cuanto que la situación interior era más trágica: el abastecimiento fue ese otoño y ese invierno de 1793 insuficiente para la población de París. El "máximo" sólo servía para que desaparecieran los artículos de consumo corriente; ya no se los encontraba en ninguna parte fuera del mercado negro; delante de las panaderías y las carnicerías había siempre colas y reyertas; ni manteca, ni huevos, ni frutas, ni legumbres. Los que podían y se atrevían robaban para alimentarse; los otros se las rebuscaban. Por falta de materias primas los talleres cerraban; se extendía la desocupación; en los lugares en donde aún se trabajaba, estallaban huelgas exigiendo salarios más altos. La producción llegó a ser casi nula; reinaban la cólera y la indignación. Se gritaba incendiariamente contra los ricos, que escondían y soterraban su oro. Los asignados, desvalorizados en un 50 % en diciembre de 1793, eran la ruina de la gente modesta. Las rentas del Estado y de las colectividades no valían ya casi nada; los rentistas se encontraban sin recursos; se los despojaba aún más con el pretexto de crear un "gran libro de la deuda pública", pues inscribían las rentas reduciendo los intereses.

La Bolsa había sido cerrada el 27 de junio de 1793, las sociedades anónimas el 24 de agosto, y los bancos y las casas de cambio el 8 de setiembre; los pagarés-oro sobre el extranjero debían ser entregados al Estado, ¡que los pagaba en asignados! El 13 de noviembre se votó la confiscación de las especies monetarias, lingotes y objetos preciosos. De esta manera, el Comité de Salud Pública establecía la miseria y marchaba hacia el socialismo. La ley del 27 de julio sobre los acaparadores volvió imposible cualquier comercio de artículos y cualquier almacenamiento. Los cultivadores debían declarar sus cosechas y vender sus cereales en el mercado público, al precio oficial. El máximo, fijado en un tercio por encima del antiguo precio, cuando la baja de los asignados llegaba a un 50 %, significaba la expropiación de los productores. Después de haber proclamado la libertad y el respeto de la pro-

piedad, la Revolución, a fines de 1793, estableció la dictadura más estricta que Francia conociera jamás, y un comunismo creciente.

Una situación tal sólo se podía sostener por medio de la sangre. Por turno perecieron María Antonieta (a quien no pudieron salvar ni Mercy-Argenteau, a pesar de sus llamamientos patéticos a los generales y dirigentes austríacos, ni Fersen, a pesar de su dolor y sus súplicas, ni el barón Batz, con Jarjayes, Rougeville, la bella madame de Charry y Osselin, el amigo de Danton); los jefes girondinos, el 31 de octubre; Bailly, el 12 de noviembre; Barnave y tantos otros denunciados por su realismo, su federalismo o su dinero. Decapitaban a los mendigos por haber emitido una opinión indiscreta y a los banqueros por no haberla tenido. Los ujieres revolucionarios inscribieron los nombres de 22.938 víctimas en esos doce meses (julio de 1793 a julio de 1794). Entre ellos había un 14 % de nobles y de eclesiásticos, proporción bastante grande, ya que la nobleza y el clero constituían el 2 % de la población en 1788. Pero estas cifras dan una pálida idea de todos los que fueron muertos, asesinados, ahogados, forzados a morir o a suicidarse en esos años. En estos casos las piezas oficiales son totalmente falaces. Carrier, con sus ahogados de Nantes; Tallien, con sus masacres de Burdeos; las descargas de cañón con que Fouché y Collot d'Herbois mataron a moderados y realistas en Lyon; y, en cada ciudad, en cada aldea, en cada villorrio, el desencadenamiento de odios y de rivalidades individuales, liberadas de todo freno por ley de la violencia que reinaba en el país; todo esto es incalculable y hay que evocarlo sin debilidades para recordar a los hombres el precio de las guerras sociales o políticas, y sobre todo para medir hasta qué punto hacen retroceder a la especie humana y ensucian a las generaciones que se abandonan a ellas.

Como un símbolo, todo lo que constituía desde hacía siglos la gloria y la belleza de Francia: palacios, catedrales, iglesias, monasterios, castillos, bosques, jardines, todo, desde la sublime abadía de Cluny, la iglesia más bella del universo, hasta el exquisito palacio de Marly, fueron víctimas del odio o presa de bajas especulaciones; un pastor protestante profanó el Santo Cáliz; en Saint-Denis, estatuas y tumbas de reyes, reliquias y restos polvorientos fueron pisoteados y dispersados por los jacobinos; se quemaron las estatuas de madera, se fundieron las de metal, se estropearon los ornamentos de seda. Fue una inmensa destrucción de la cual apro-

vecharon los coleccionistas y los comerciantes que estaban al acecho; al destruir el tesoro del pasado francés, los descamisados ensuciaron y empobrecieron su futuro. Se calcula que una tercera parte de las riquezas artísticas de Francia desapareció a consecuencia de la Revolución. Robespierre lo sentía, pero no hallaba la manera de luchar contra este delirio. Las mascaradas ateas, organizadas por los "iracundos" de Hébert y de Chaumette, a los cuales se unían, en su odio a Dios, el "Orador del Género Humano", el barón A. Clootz, y muchos protestantes, ávidos de vengar antiguas persecuciones y de volver a los tiempos en que ellos mismos perseguían, los secundaron; más de un jansenista los imitó. Finalmente, los antiguos sacerdotes eran los más desatados y los más destructivos. A pesar del establecimiento de una Iglesia constitucional, que ninguna ley había suprimido, esta campaña tomó un carácter oficial, pues los convencionales que se enviaban en misión, Fouché a Nantes, Laplanche al Cher, A Dumont al Somme, Baudot al Alto Garona, Cavaignac a Gers, etc., confiscaron las campanas de las iglesias, abolieron el culto, secuestraron vasos sagrados y ornamentos, denunciaron a los sacerdotes como a "exhibidores de fantoches", etcétera.

La operación tuvo gran éxito: el 6 de noviembre Léonard Bourdon hizo votar en el Club de los Jacobinos la supresión de los salarios eclesiásticos; al día siguiente, en la Convención, el arzobispo constitucional de París, Gobel, debidamente asesorado por los conjurados que lo rodeaban, Pache, Chaumette, Momoro, se presentó a la barra seguido de sus grandes vicarios y abdicó solemnemente su condición de obispo, de sacerdote y de cristiano. Los aplausos fueron ensordecedores. El obispo de Lisieux, Lindet, el ministro protestante Julien y otros lo imitaron. Grégoire fue el único que resistió; sin atreverse a nombrar a Cristo, aludió a la libertad y se mantuvo firme. No insistieron. Para coronar esta maniobra bien orquestada, el presidente de la Convención anunció que "como el Ser Supremo no quiere más culto que el de la Razón, esta religión ha de convertirse en la religión nacional", y Chaumette, inmediatamente, logró que se organizara para el 10 de noviembre, en Notre-Dame, una gran fiesta cívica, a fin de iniciar el culto. En dos días se erigió en el coro de la Catedral una montaña adornada con bustos de filósofos; una mujer bonita, mademoiselle Aubry, de la Ópera, vestida de blanco y azul, personificó a la Libertad desde

un trono; se cantó en su honor un himno compuesto por Gossec; se bailó un ballet; después fueron a la Convención, donde la sesión continuó. A partir de entonces muchas iglesias se convirtieron en templos de la Razón y fueron teatro de orgías más o menos groseras, condimentadas con fuegos artificiales en los que quemaban antiguas estatuas y libros de oraciones. Después todos rodaban bajo las mesas, borrachos. El calendario republicano, establecido por Fabre d'Églantine de acuerdo al modelo que su hermano masón S. Maréchal había redactado, y adoptado por la Convención el 5 de octubre de 1793, procuró hacer olvidar los nombres de los santos, las fiestas de la Iglesia y la antigua semana, querida por los cristianos, reemplazándola por "decadias", más lógicas, pero demasiado largas para el gusto general. Robespierre contemplaba con malos ojos estas payasadas que lo escandalizaban, que ofrecían un flanco demasiado vulnerable a los enemigos del régimen y que consagraban el fracaso de una de las mayores empresas revolucionarias: la anexión sistemática de la Iglesia.

El abismo se ahondaba entre el Incorruptible y los partidarios de Hébert. Robespierre conocía la fuerza de su adversario; Hébert, salido de la nada, dispuesto a todo, ladrón, asesino, intrigante, estaba a la cabeza de un partido temible: los republicanos descontentos e impacientes que controlaban la Comuna, el ejército revolucionario y las secciones; con su diario, que tiraba a veces hasta 600.000 ejemplares, distribuido en el ejército y los departamentos, en las comunas, y leído por el populacho, lograba movilizar a la opinión. Las primeras jornadas revolucionarias le habían proporcionado los fondos necesarios para este diario y para otras operaciones populares; el Ministerio de Guerra, donde reinaba su amigo Bouchotte, no le negaba nada y servía de refugio a sus secuaces y de cuartel general a sus operaciones; en el Club de los Jacobinos siempre podía hacer aprobar una moción por sorpresa y conocía la manera de intimidar a la Asamblea. La campaña de descristianización hizo aumentar su crédito y sus riquezas. El Incorruptible calculó el peligro que este hombre representaba y decidió actuar. El 17 de noviembre de 1793 ya, en un gran discurso-programa de política exterior, incluyó esta frase amenazadora: "El pueblo odia todos los excesos: no quiere ser engañado ni protegido; quiere que se lo defienda honrándolo". El 21 de noviembre, en el Club de los Jacobinos, a propósito de la descristianización, que se guardó

de condenar, fulminó a "esos hombres que han sido desconocidos hasta ahora en la carrera de la Revolución" y que "vienen a buscar en medio de estos acontecimientos los medios para usurpar una falsa popularidad", y denunció a Hébert, al elogiar al Ser Supremo. Finalmente nombró a "una "facción del extranjero", que agitaba a las sociedades populares. Al mismo tiempo, el Comité de Salud Pública se ocupó de obstruir la política internacional extremista que Hébert y su secuaz Hérault de Séchelles preconizaban: propaganda revolucionaria en todos los países vecinos de Francia, guerra sin cuartel a los tiranos, llamamiento a todos los pueblos y esfuerzos para suscitar disturbios en todas partes. Hérault quería apoderarse de Mulhouse por un golpe de mano; pero esta ciudad, a la sazón bajo jurisdicción suiza, no podía sucumbir sin acrecentar a la vez en toda Europa la cólera y el odio contra Francia. El Comité de Salud Pública impidió la operación y sostuvo a Barthélemy, embajador en Soleure, en su política de apaciguamiento.

Mientras la lucha armada continuaba con toda violencia, fuera y dentro de Francia, la crisis interior tomó de repente un giro crítico. Robespierre, tomado entre dos fuegos, supo utilizarla debidamente. Danton, que se sentía amenazado desde la caída de Dumouriez, se replegaba sobre sí mismo y acababa de pasar seis semanas en su casa de Arcis-sur-Aube, volvió a aparecer con el permiso de la Asamblea. Un doble motivo lo atraía a París: quería la paz, como la quería entonces toda la burguesía rica que, tras haber aprovechado de la Revolución, estaba harta de soportar una dictadura brutal y comunista; la quería tanto más cuanto que las potencias extranjeras, de las cuales era el agente desde hacía tiempo, en particular de Inglaterra, la deseaban. Gran Bretaña, España, Prusia, la misma Austria esbozaban a la sazón sordas negociaciones para liquidar un conflicto costoso, que no les reportaba nada. Danton quiso servirlas una vez más y, a la vez, promoverse; la ocasión le pareció favorable, ya que Robespierre y el Comité de Salud Pública se oponían a los rabiosos, a los belicistas enloquecidos, y parecían dispuestos a limitar el conflicto. Sus agentes en los comités, en la Asamblea, en la Comuna y en los clubes trastabillaron; Camille Desmoulins empezó a publicar sus famosos números del *Vieux Cordelier*, donde, adulando a Robespierre, solicitaba la paz internacional, el apaciguamiento interno y la clemencia. Él y Danton esperaban sin duda aprovechar

el movimiento de opinión hostil a los excesos de Hébert, que debían ser tomados en cuenta por el Comité.

El otro motivo que empujó a Danton fue la inquietud; acababa de descubrirse un asunto grave. Él y sus amigos, irritados por la importancia que adquiría Hébert en el Club de los Franciscanos, en la Comuna y en las secciones, en donde reemplazaba a Danton como tribuno, organizaron una emboscada contra este energúmeno. El partido de Hébert contaba con muchos extranjeros turbios, que habían ido a Francia para aprovechar la Revolución y estimularla; Danton los conocía muy bien, pues en otros tiempos los había utilizado; en 1793 ya no le servían para nada; pero el nuevo decreto referente a los extranjeros, así como la ley contra los sospechosos, permitían ponerlos en mala situación, y a Hébert con ellos. Un amigo de Danton, Dufourny, presidente del departamento de París, hizo detener al más notorio de estos agitadores: el banquero austríaco Proli. Al mismo tiempo, otro amigo de Danton, Fabre d'Églantine, en una denuncia secreta, atacó a Hérault de Séchelles y a Chabot como jugadores fulleros en tren de crear dificultades a Francia (octubre de 1793). La operación dio buen resultado: Hérault fue expulsado del Comité de Salud Pública y Hébert moderó su tono. Hacia la misma época, los jacobinos atacaron a Chabot, cuyas costumbres y relaciones dejaban que desear. Éste, a los gritos, denunció a otros diputados: mencionó al conspirador Batz, cuyos vínculos con los partidarios de Hébert y con varios convencionales pudo demostrar. El barón de Batz esperaba, al parecer, gracias a Hébert, quitarle popularidad a la Asamblea y luego eliminarla mediante una insurrección que proclamaría rey al delfín. Basire confirmó las afirmaciones de su amigo Chabot. Los dos fueron detenidos y se quiso arrestar también a los denunciados, pero Batz logró huir. Danton, antiguo amigo de Chabot, y que tenía relaciones indirectas con Batz, husmeó el peligro. En el Club de los Jacobinos sus enemigos lo atacaron violentamente el 3 de diciembre de 1793 (13 frimario). Robespierre, que aún no estaba preparado para la reyerta, lo defendió. Pero Danton, asustado, no encontró más salida que insistir en la paz, ya que esto le permitía tomar nuevamente el poder y sofocar las historias fastidiosas. Cada cual preparaba sus armas.

El 4 de diciembre de 1793 el Comité de Salud Pública, siguiendo directivas del Incorruptible, logró que la Asamblea votara un

decreto que fortalecía al gobierno. Cada vez más se imitaba el sistema de los Capetos: las centralizaciones; por lo pronto, se organizaba cuidadosamente el envío de leyes a todos los departamentos; únicamente el Consejo Ejecutivo debía aplicar y vigilar la ejecución de las leyes administrativas; los distritos debían obrar del mismo modo en lo referente a las leyes revolucionarias; pero debían presentar cuentas cada diez días a los dos grandes comités; se suprimía una parte de los dignatarios de los departamentos y se limitaba tan sólo a finanzas, obras públicas y dominios nacionales las atribuciones de los "departamentos", puntos de apoyo de la burguesía; los "distritos" recibieron nuevas prerrogativas, pero en cada uno de ellos y en cada municipalidad, un "agente nacional", nombrado por el gobierno, habría de vigilar y guiar a la Asamblea, y como disponía del Terror, iba a imponer su voluntad. Cada diez días debía enviar un informe a los comités. Al mismo tiempo se abolieron las formaciones que, desde hacía tres años, surgían por todas partes y usurpaban el poder: comités revolucionarios centrales, ejércitos revolucionarios locales, tribunales revolucionarios de provincia, etc. El gobierno no quería más legalidad que la suya, más fuerza que la suya, y las secciones, a partir de ahora, debían obedecer al gobierno y no a la Comuna. Partieron 58 representantes en misión, el 29 de diciembre de 1793, para imponer a Francia esta nueva disciplina; la Convención, merced a su dictadura, había recreado un ejecutivo enérgico, eficaz y temible. Renegaba así de los métodos, si no de los principios, a los cuales debía su existencia, y gracias a esta ley Francia pudo salir de la anarquía y luchar eficazmente contra el extranjero. Al mismo tiempo, el poder de Hébert empezó a flaquear y la maniobra de Danton se hizo más difícil.

Sin embargo, la campaña de Camille Desmoulins tuvo un gran éxito; el pueblo, harto de sufrir, los restos de los moderados, de los girondinos y benedictinos, cansados de persecuciones, aplaudieron la idea de una paz y de una vida normales. Danton quiso tomar la pelota al vuelo. El 12 de diciembre (22 frimario), Bourdon de l'Oise pidió que se renovara el Comité de Salud Pública, eliminando a los furibundos. Merlin y Cambacérès hablaron en el mismo sentido; el Llano pareció dispuesto a seguirlos. Obtuvieron la victoria en principio; pero al día siguiente los partidarios de Hébert y de Robespierre, unidos esta vez, reconquistaron la mayo-

ría; se prorrogó el Comité de Salud Pública sin cambio y sin escrutinio. La paz, el apaciguamiento y Danton eran condenados.

Robespierre, siempre político sutil, hizo crear entonces un "Comité de Justicia", que habría de verificar la legitimidad de los arrestos y las detenciones. De esta manera, sin sacrificar nada, hacía concesiones a la opinión. Desmoulins, imprudente, reclamó aún más y en su cuarto número (20 de diciembre) proclamó: "La Libertad no es una ninfa de la Ópera, no es un gorro frigio, la camisa sucia y los andrajos. La Libertad es la dicha, es la razón, es la igualdad, es la justicia, ¡es la Declaración de Derechos!" A pesar de elogiar a Robespierre, reclamó una vez más el apaciguamiento. El Incorruptible reaccionó: el 25 de diciembre hizo en la Convención un gran elogio del Terror, y empezó a acechar a Danton y a sus amigos, como ya había acechado a Hébert y sus partidarios. La ocasión no tardó en presentarse. Chabot, al verse denunciado, no se privó de revelar una operación turbia que habían llevado a cabo numerosos diputados con la Compañía de las Indias. En los papeles encontrados en casa de Delaunay, al romperse los sellos de su cofre fuerte, se encontraron documentos autógrafos de Fabre d'Églantine, que probaban su complicidad (26 de diciembre de 1793, 15 nivoso). Robespierre lo hizo detener en seguida; y, aunque mantenía relaciones íntimas con Danton, éste, después de haber esbozado una defensa en favor de su amigo, no insistió más. Danton se sintió a merced de Robespierre y prefirió ocultarse en Arcis mientras el Incorruptible atronaba contra "los bribones que tratan de hacernos creer que la libertad no tiene más enemigos que los agentes que el extranjero les designa como tales. . ." Unos días después presentó un informe al Comité de Salud Pública contra "todos esos hombres que tienen un interés particular y culpable en derrocar al gobierno republicano". Según él, Fabre y sus amigos querían entregar el poder a los moderados y obtener una amnistía general, de la cual habrían de aprovechar, atenuando "la energía revolucionaria". Dicho esto, no insistió más.

Con las victorias del otoño y del invierno, con las apreturas de los beligerantes para lograr la paz (enero-febrero de 1794), el Comité de Salud Pública y Robespierre recobraron todo su ascendiente. Por el momento, el Comité no quería paz; según Barère, en su discurso del 22 de enero de 1794, no era posible detenerse antes de exterminar a los déspotas; en contestación, en su séptimo

número del *Vieux Cordelier*, Camille Desmoulins respondió que Barère le hacía el juego a Pitt y reforzaba el bloque de los enemigos de Francia. Por el contrario, el *Père Duchêne* triunfaba. Vanas polémicas; el Comité, seguro de sí mismo, se disponía a golpear. La operación se vio sin duda demorada un poco por una enfermedad de Robespierre que lo retuvo en casa cierto tiempo. El 26 de febrero de 1794, Saint-Just declaró a la Convención que el Terror había salvado al país y a la Revolución, que debía ser mantenido como justo e indispensable. Volviéndose hacia Danton exclamó: "¡No puede haber impunidad para los grandes culpables, quieren terminar con el patíbulo porque tienen miedo de subir a él!" Después, sin decir más, propuso completar la Revolución distribuyendo a los patriotas indigentes los bienes de los enemigos de la República. Los grandes comités recibirían poderes en este sentido. Este golpe maestro debió servir de advertencia a los burgueses ricos y maravillar a Hébert y a los suyos, dándoles más de lo que se les había prometido.

Nadie se llamó a engaño; Danton no tenía ya armas ni coraje; sin duda poseía aún amigos dispersos y asustados; pero juzgó que su única posibilidad de salvación estaba en el silencio y en la inmovilidad: había que hacer que Robespierre lo olvidara. Notable organizador de sublevaciones, buen urdidor de intrigas financieras y políticas, ¿qué podía hacer ahora, cuando Hébert lo había reemplazado en el Club de los Franciscanos y en las secciones? Un idealista puede ir hacia la muerte. Danton no se jactaba de serlo. Hébert, que valía menos que él, poseía más valor físico. Sus amigos y él, el 4 de marzo, intentaron soliviantar a la turba de París, empezando por los franciscanos. Carrier reclamó una "santa insurrección" y lanzó apóstrofes contra Camille Desmoulins, Carnot y Westermann, sin nombrar a Robespierre. El 5 de marzo los partidarios de Hébert hicieron levantar a las secciones, pero una sola los siguió. Chaumette retrocedió y el alcalde de París, su amigo Pache, los abandonó. En seguida, el Comité de Salud Pública hizo que la Convención decretara el arresto de los conspiradores. Hébert, después Carrier, balbucearon desmentidos y la cosa quedó ahí; pero el 13 de marzo Robespierre, restablecido, los atacó; el Comité convocó a Fouquier-Tinville y esa misma noche Hébert, Momoro, Ronsin y Vincent fueron detenidos. Hérault de Séchelles se unió a ellos dos días más tarde. En el proceso, se los acusó de haber tra-

bajado en favor de la monarquía; por esto fueron guillotinados el 24 de marzo de 1794. Anacharsis Clootz, a quien decapitaron junto con ellos, estaba indignado de morir en tan mala compañía. ¿Acaso no era barón y prusiano?

Siempre prudente, Robespierre limitó la redada a lo esencial; tuvo consideraciones con Carrier, Pache, Hanriot, a pesar de su complicidad manifiesta con los condenados. Temía, acertadamente, diezmar al estado mayor revolucionario y arrojar a los vacilantes en brazos de sus enemigos. Por lo mismo, en esas semanas de principios de primavera, no se decidía a perder a Danton. El cálculo de éste parecía acertado. Parecía olvidado. Pero la gente que rodeaba a Robespierre odiaba a Danton; como los doctrinarios desprecian y ven con malos ojos a los logreros, como los partidarios también tienen entre ojos al rival de su patrón, Saint-Just, Couthon y los otros robespierristas veían en Danton al vendido —lo era— y también al único tribuno capaz de reemplazar a Robespierre —lo era. Mientras tanto, Danton ganaba tiempo: "...¿No te das cuenta que Robespierre te quiere liquidar?", le decía su amigo Thibaudeau. "Si creyera —respondió Danton— que la idea le ha pasado por la cabeza, le comería las entrañas". Y se aferraba a su pasividad.

Finalmente Saint-Just, que quería la cabeza de Danton, logró que Robespierre se la regalara. ¿Qué jefe no desea complacer a su lugarteniente? Basándose en notas enconadas y minuciosas de su patrón, Saint-Just redactó una denuncia enfática. Convocados por sorpresa el 10 de mayo por la noche, los comités se enteraron del hecho; algunos protestaron. Carnot declaró: "Pensadlo bien: una cabeza como esa arrastra muchas otras". Los violentos, seguidos por los cobardes, ganaron la votación. Detenido en su casa al amanecer del día siguiente, Danton no se defendió. En la Asamblea que vacila, Robespierre toma la palabra y soterra a los amigos que Danton aún conserva. Camille Desmoulins se une a Danton y soporta menos bien que éste los horrores que había suscitado alegremente para otros. El 3 de abril son "juzgados", es decir, se quiere hacerlos callar, pero Danton habla más alto que todos, vocifera durante horas, durante días. La turba lo escucha y Fouquier-Tinville se alarma; se inventa una falsa denuncia, se acusa a los reos de conspirar y se logra así liquidar el proceso en unas horas.

Condenado el 5 de abril (16 germinal), Danton muere valien-

temente, mientras que Desmoulins flaquea. Cuando pasan en la carreta fatal ante la casa de Duplay, donde vive Robespierre, Danton grita: "¡Es inútil que te escondas, Robespierre! ¡Me vas a seguir! ¡Tu casa será arrasada, y echarán sal encima!" Fue el último del grupo en ser guillotinado.

En la Asamblea reinaba un pesado malestar. Si Robespierre ha sacrificado a aquel hombre a quien había tantas veces elogiado, defendido, promovido, ¿a quién va a respetar? Danton tenía pocos amigos, pero numerosos cómplices. Un ladrón hábil y jovial siempre es simpático. La incomodidad que Robespierre crea a su alrededor se convierte en alejamiento. Se le teme demasiado para que corra ningún peligro inmediato. Pero ha llevado el miedo hasta un punto en que amenaza con darse vuelta contra él. Saint-Just, demasiado dogmático, lo ignora. Si Robespierre sigue también ignorándolo, ya no le quedará mucho tiempo de vida.

Capítulo VI

LA DICTADURA DE LA VIRTUD

Una vez depurada de los principales ladrones y de los bandidos más violentos, parecía que Francia iba a acatar alegremente y sin trastornos la dictadura de la virtud republicana, tal como la encarnaba Robespierre. Ante él, el Comité de Salud Pública, la Convención, los jacobinos, junto con todos los clubes afiliados, los ejércitos mismos y los agitadores de la calle se inclinaban con tanto entusiasmo como reverencia. Francia tenía ahora un jefe, y este jefe disponía de todos los recursos del país.

Sin embargo, para afirmar su dictadura, necesitó constituir un estado mayor sólido y competente, llevar a buen fin los asuntos normales, muy delicados, y reagrupar detrás de sí a una nación dividida, inquieta y desdichada. Contaba con esa "bondad del pueblo" en la cual creía, y sin duda también con esa inteligencia infalible y espontánea con que Montesquieu honraba a la Nación. Ayudado por sus lugartenientes Saint-Just y Couthon, todo lo vigilaba, velaba sobre todo y conducía los asuntos de Francia con extremado vigor. Sin embargo, muchas veces se lo veía melancólico y preocupado. Se aislaba y hacía largas caminatas solitarias. ¿Era éste el romanticismo natural de las grandes almas, que se despegan siempre de sus victorias, o era la angustia de un hombre poco hecho para el supremo poder en una hora en que debía ejercerlo?

Sin embargo, veía florecer los primeros resultados de su obra en esa primavera de 1794. Después de las derrotas de los rebeldes de la Vendée en Angers (4 de diciembre de 1793), en Mans (18-19 de diciembre de 1793) y en Savenay, los vendeanos cesaron de representar un grave peligro. La retoma de Tolón, el 18 y 19 de diciembre, permitió a Agustín Robespierre y a su protegido, el joven coronel de artillería Bonaparte, participar activamente en

la victoria e incrementar la popularidad de su gran patrón. Dos hombres elegidos por Carnot, Hoche y Pichegru, al rechazar a Wurmser en el Geisberg (diciembre 26 de 1793) liberaron a Alsacia y permitieron al ejército francés instalarse en Alemania, en el Palatinado, de donde habría de dar un salto para internarse aún más. Saint-Just y Le Bas, los fieles de Robespierre, no contribuyeron poco a la reorganización y al impulso de este ejército. Sin duda Coburgo tomó Landrecies el 30 de abril de 1794, y Ricardo, después de haber ocupado los puertos de la Costa de Roussillon, avanzó hacia Perpiñán, pero la flota, galvanizada por Jean Bon Saint-André, y sobre todo el ejército, organizado por Carnot, habían vuelto a ser sólidos instrumentos de combate. Este último había agrupado a cerca de 300.000 soldados para la defensa del Este y del Norte, bajo las órdenes de los generales Michaud (ejército del Rin), Jourdan (ejército del Mosela), Charbonnier (ejército de las Ardenas), Pichegru (ejército del Norte). Estos jefes conocían a Carnot; y a partir de ahora, el vínculo entre París y los diversos ejércitos fue satisfactorio. Los representantes en misión comprendían también mejor lo que debían hacer; el nuevo organismo parecía dispuesto a asestar golpes tremendos al enemigo. Las oportunidades de éxito eran tanto más grandes cuanto que, en esta guerra de nuevo cuño, Francia utilizaba generales jóvenes, más flexibles y más vigorosos que los jefes extranjeros, viejos reumáticos como Coburgo o Brunswick, obsesionados con sus recuerdos de la Guerra de los Siete Años, que se negaban a lanzarse a fondo en ninguna batalla. La caballería de los aliados poseía aún superioridad sobre la francesa, pues en Francia esta arma "noble", era privativa de la mayor parte de sus oficiales, que habían emigrado. Pero la artillería y el genio no habían emigrado, pues los cuadros profesaban "la filosofía", hermana de la ciencia. Merced a ocho manufacturas de armas, heredadas de Luis XVI, o creadas recientemente, los ejércitos dispusieron de todas las municiones necesarias, así como de una superioridad en artillería (que se remontaba a Luis XVI). En Grenelle, Francia contaba con la fábrica de pólvora mayor de Europa; el abastecimiento se realizaba por medio de un sistema bien controlado. Se habían requisicionado tantos zapatos que las tropas ya no andaban descalzas. Sobre todo, mejoraba la disciplina. Ya no se veía a los soldados elegir a sus jefes, o cada vez menos; todo se hacía por elección del gobierno.

o por méritos de antigüedad. Finalmente, Carnot adivinó la clase de guerra que debía hacerse: la ofensiva, sostenida por buenas armas técnicas y el empleo de grandes masas. Retomó así las ideas de monsieur de Guibert y rindió el máximo servicio a Francia.

Fue recompensado por una serie de victorias: en Fleurus, el 26 de junio de 1794, Jourdan, gracias a una ofensiva inteligente que se supo transformar en ataque, venció a Coburgo y logró reconquistar Bélgica en unas semanas. Frente al Piamonte, Dumerbion, un oficial competente, rechazó al enemigo y dominó los pasos de los Alpes; después Dugommier, en los Pirineos, rechazó a los españoles. Este conjunto de operaciones devolvió a las tropas francesas su valor ofensivo y desanimó al adversario. España empezó a suspirar por la paz; Prusia rechinó los dientes frente a los nuevos esfuerzos requeridos; hasta Austria vaciló. Únicamente Pitt, el maestro de coro y el proveedor de fondos, reunió a sus vacilantes aliados. Inglaterra, al destruir el comercio marítimo francés y las colonias francesas, tan prósperas entre 1763-1788, había ganado tanto y estaba tan enriquecida que podía aguantar una guerra prolongada.

Robespierre no se equivocó. Siempre evocaba con indignación la actitud de Albión y la acción personal de Pitt. Francia debía estar lista para un conflicto prolongado. Siempre lo había pensado. Su política de terror constituía uno de los medios que consideraba indispensables para arruinar en Francia al partido del extranjero, y su método dictatorial tendía a dar a las instituciones de Francia, a sus iniciativas, a sus empresas, más fuerza y eficacia. Por desgracia, se equivocaba en un punto esencial: el hombre, la criatura viva, y sobre todo los que lo rodeaban, no eran todos "buenos". Este período conoció en cantidad inconcebible denuncias falsas, actos de extorsión, de saqueo, de crueldad, la explotación desvergonzada de los débiles por los fuertes, de dilapidaciones de los bienes del Estado por los mismos que se jactaban más estentóreamente de patriotismo, etc. Todo parece probar que Robespierre jamás robó, ni recibió "propinas"; pero el régimen que encabezaba y del cual era responsable ante la posteridad unía a la hipocresía más sonora el cinismo más extremado en los actos. La doctrina, reconocida por la Convención: "Sólo los buenos demócratas, sólo los jacobinos tienen el derecho de recibir funciones, salarios y prebendas", iba lejos; desde el 9 de setiembre de 1793,

los descamisados cobraban 40 sueldos cuando asistían a las reuniones de sus secciones; los jacobinos, encargados de vigilar a los aristócratas, una jornada y media de trabajo por día, además de los pequeños beneficios usuales; de tal modo, los patriotas entusiastas veían por todas partes sospechosos que debían ser vigilados, siempre que la cosa rindiera. Los clubes sólo se ocupaban de "crear empleos para los patriotas", afirmó Baudin de Ardennes el 24 germinal del año V. Los miembros de los Comités de Vigilancia recibían 3 francos diarios, gracias a una imposición sobre los ricos; según Cambon, ¡sólo estos comités contaban con 540.000 miembros! Y costaban 591 millones al año. De grado en grado, todos querían recibir: los consejeros municipales, las víctimas de la invasión cuya asignación fue más módica que los sueldos de los comisarios encargados de ocuparse de ellas, los hospitales, las familias pobres, los defensores de la patria, elegidos con una fantasía muy extraña y muy lucrativa por los comisarios. De hecho, los pobres y los desdichados recibieron muy poco y casi todo quedaba en manos de los intermediarios.

El gobierno consagró, de todos modos, mucha atención y mucho dinero al abastecimiento de París, la gran capital revolucionaria, a la cual tanto debía la democracia y que seguía siendo tan peligrosa para cualquier gobierno. El famoso ejército revolucionario, creado por las leyes del 2 de junio y 9 de setiembre de 1793, debía permitir a los descamisados de París apoderarse por la fuerza de los productos agrícolas que necesitaban y efectuar un verdadero saqueo "patriótico" de la región que explotaban. A la dictadura del Comité de Salud Pública y de la Convención se añadió la de París y su ejército, que ningún reglamento, ninguna ley moral o política restringían. Es posible imaginar que en estas condiciones los campesinos, privados de sus cosechas por las requisiciones a bajo precio, pagadas con asignados, debían estar hartos de una Revolución que tanto les había prometido y que los reducía a la miseria, al hambre y a la servidumbre. El máximo general, votado el 29 de setiembre de 1793, constituyó para los agricultores, los industriales y los productores una carga insoportable que debía terminar por sofocar toda producción. Los precios se fijaron al nivel de 1790, más un tercio. En cuanto esto se promulgó por toda Francia, se sabe que los alimentos, la ropa y todos los objetos desaparecieron de las tiendas, que se cerraban, y sólo se obtenía

algo por medio del miedo o del mercado negro. En París el gobierno hacía distribuciones que aseguraban la vida de los que, por no ser descamisados, no gozaban de ningún privilegio. Los ejércitos se encontraban en la misma situación; los funcionarios, muchas veces deshonestos y por lo general incapaces, no proporcionaban lo que debían y decían proporcionar; todo el personal competente había sido echado de las administraciones, sobre todo el Ministerio de Guerra, dominado por Bouchotte, un jacobino ferviente, que no se cansaba de "patriotizar" y "descamisar" sus oficinas, con el feliz resultado de que, donde diez personas capaces realizaban el trabajo, se ponían cincuenta que nada sabían y nada hacían; en 1792, Servan manejaba este ministerio con 140 empleados; en 1793, el número empleado llegó a 1.200; Marat, el 26 de junio de 1793, escribió en el *Ami du Peuple*, que nunca las dilapidaciones del antiguo régimen habían llegado al punto de las del nuevo y que el agotamiento de las finanzas llevaba el cuerpo político hacía la disolución.

En efecto, cada vez los impuestos rendían menos, los bienes de los emigrados, que eran liquidados velozmente, se vendían a veces bien, pero se pagaban en asignados y a largos plazos, y el Estado no recibía aquí casi beneficios; muchas veces, por otra parte, bandas negras lograban hacer bajar los precios y se adjudicaban los mejores terrenos por sumas insignificantes. Así fue que, en 1794, en el mes de floreal (20 de abril a 19 de mayo), las entradas llegaron a los 44 millones 255.000 francos frente a 283 millones 400.000 francos de gastos; en messidor (del 19 de junio al 18 de julio) hubo 39 millones de entrada frente a 265 millones de gastos. El déficit de germinal (del 10 de marzo al 8 de abril) llegó a los 260 millones. De nada sirvió que se emitiera 800 millones de asignados en febrero de 1793: el Estado seguía sin dinero y no conocía exactamente su situación, pues era imposible hacerse una idea en medio de la inextricable complicación de las autoridades revolucionarias centrales, locales y arbitrarias. La Convención votaba siempre gastos nuevos, sin preocuparse por los recursos y sin querer acudir a los generales: "No hay por qué ocultaros que estamos perdidos si no entráis en seguida en países enemigos y no conseguís subsistencias y efectos de todas clases, pues Francia no puede sostener mucho tiempo la situación forzada en que se encuentra en este momento", (11 germinal, año II). Así fue que se

sacó del Palatinado lana, telas, cueros, metales, ganado, forraje; el 26 ventoso Baudot dijo a la Convención: "El Palatinado ha sido tratado como una tienda abierta a las necesidades de la Nación. Independientemente de las requisiciones, que están en los depósitos del ejército, aún es posible retirar en el Palatinado, según un informe de los comisarios, dos mil bolsas de cereales, cuatro mil bueyes o terneras, cuatro mil caballos, un millón de pintas de vino, ciento veinte mil raciones de heno, seiscientas mil raciones de paja, trescientos carros de hierro, treinta de estaño, dos mil quintales de metal para fabricar campanas y cerca de ciento cincuenta carros de muebles grandes. Y, de este modo, tendremos la ventaja de dejar un desierto entre nosotros y el enemigo". Baudot olvidó los innumerables cálices sagrados y los ornamentos eclesiásticos robados en Alemania y en Francia, con pretexto de la "descristianización", pero en realidad para llenar los bolsillos de los "valientes descamisados". Europa Occidental, lo mismo que Francia, perdió de este modo un número inmenso de obras de arte, ¡que no reportaron a los ladrones nada más que una centésima parte de lo que valían! Bélgica, el país más rico, fue el que más sufrió; a fines del año II las 48 ciudades belgas principales habían tenido que pagar 60.290.000 libras, ¡de las cuales 13.360.000 tan sólo llegaron al Tesoro nacional!

Las bellas artes no eran descuidadas. Carnot, el 21 messidor, dio las siguientes instrucciones: "...Enviad aquí las magníficas colecciones de cuadros que abundan en el país; sin duda se sentirán muy felices de poder pagarnos con imágenes". Inclusive se creó, el 24 floreal del año II, anexas a los diversos ejércitos, agencias "encargadas de elegir y enviar al interior los objetos... que puedan ser útiles al progreso de la agricultura o de las artes o a la subsistencia del pueblo". El programa era vasto y mostraba más eclecticismo que idealismo. En cambio, Francia difundía en los pueblos "liberados" de esta manera sus asignados y su miseria. Se comprende que, en estas condiciones, si el celo revolucionario no disminuyó en los medios estudiantiles y filosóficos alemanes, húngaros y rusos, las poblaciones se negaran a participar de esta embriaguez. Al cabo de cierto tiempo el empobrecimiento y el odio de las regiones ocupadas fueron tales, que el Comité de Salud Pública se asustó y suspendió las multas, devolvió los rehenes y declaró abolido el régimen de requisiciones.

En Francia, el pueblo, aunque conservaba la fe republicana, se estaba cansando de estos saqueos y estos asesinatos legales, cuyo único objeto parecía ser procurar dinero al Tesoro. Las ejecuciones de algunos notarios opulentos, y de algunos administradores de granja, de Dietrich, alcalde de Estrasburgo, etc., estaban destinadas, en el espíritu de los jueces, a aportar gruesas sumas y servir a la patria. Por este motivo era menester castigar a miserables como Roland, que se suicidaban antes de ser guillotinados, y de este modo robaban al Estado, privándolo de sus bienes; un decreto del 29 brumario ordenó la confiscación de los bienes de los suicidas. Los ricos veían caer sobre ellos las proscripciones y, si lograban escapar, las confiscaciones; Bonaparte se indignó, después de tomar Tolón, de la conducta feroz de los representantes enviados en misión desde París, que se desataron en contra de algunos burgueses opulentos y los enviaron al patíbulo para apoderarse de su dinero, pese a que no habían cometido ningún crimen o pecado contra Francia. El asco de Bonaparte fue tan grande que lo curó para siempre de todo amor por las revoluciones populares. Más adelante el general Bonaparte declaró que Augustin Robespierre y su hermano compartían este asco. ¡Cuánto debieron sufrir! La guillotina, en esos meses de la primavera y del verano de 1794 no dejó de funcionar y cada día parecía aumentar la violencia; desde el 7 de abril de 1793 hasta la muerte de Robespierre, el Tribunal revolucionario envió oficialmente a la muerte a 2.625 personas y, en los cuarenta y cinco días que precedieron al 9 termidor, el ritmo se aceleró hasta tal punto que el número de víctimas llegó a 1.400. El Tribunal revolucionario, lleno de celo y del deseo de satisfacer a los grandes comités, logró verdaderas maravillas, como la de arrestar en su cama, al amanecer, a un ujier de dicho Tribunal, que había sido denunciado la noche anterior; a las 7 de la mañana fue llevado a la Conserjería, a las 9 recibió la notificación de su inculpación; a las 10 compareció ante el Tribunal, a las 2 de la tarde se lo condenó junto con todo un grupo y, a las 4 de la tarde fue guillotinado. A veces se daban cuenta que se había cometido un error. El joven Saint-Pern fue guillotinado en vez de su padre por haber participado en el 10 de agosto, siendo lo cierto que entonces contaba 17 años y no estaba ese día en París.

En las cárceles de París se amontonaban a la sazón unas 8.000 personas, que vivían en horribles condiciones en la Conserjería,

en Sainte-Pélagie, en Madelonnettes, en la Force, en Plessis, edificios sucios, atiborrados y cubiertos de mugre fétida; en cambio en el Luxemburgo, en Port-Libre, en los Carmelitas, en los Benedictinos ingleses, en Saint-Lazare, en la "Cárcel de las Inglesas del barrio Saint-Antoine se gozaba de cierta comodidad y, con la ayuda de la juventud, se podía olvidar por momentos el horror de la propia condición, gracias a alguno que otro versito y a algún amorío, también breve por lo general. Port-Libre pasaba por ser la cárcel más suntuosa, pues algunos personajes importantes que allí estaban alojados habían logrado asegurarse buena alimentación y llevar una especie de vida mundana que los carceleros, ablandados por generosas propinas, no pensaban en interrumpir, cuando de pronto, el 14 de junio de 1793, la situación se convirtió en la de las otras cárceles. El gran número de detenidos, la bajeza moral de sus guardias, el apresuramiento de todas estas operaciones permitían a los presos y a sus familias, cuando contaban con alguna habilidad, recursos financieros y un valor real, entrar en relaciones e intercambiar mensajes. De todos modos esto, como la vida de cada uno, seguía siendo precario; por todos lados había "carneros" que se mezclaban a los presos, espiaban sus menores gestos y, a la primera ocasión, los denunciaban; en Bicêtre un pintor, Valagnos, oyó una conversación relativa a un proyecto de evasión y denunció a los imprudentes; la cosa cayó en manos de un administrador de policía, ávido de sangre, Dupaumier, que decidió convertir este proyecto en una vasta conspiración contra la Convención y encaminada a asesinar a sus miembros. Inmediatamente intervino Fouquier-Tinville e hizo enviar a París 37, y luego 38 prisioneros (14 y 25 de junio). La "Conspiración de las Prisiones", permitió acelerar las operaciones; Hermann aprovechó la ocasión para lograr que el Comité de Salud Pública le diera permiso para "purgar las cárceles". Se logró así una "carretada" magnífica que incluyó al príncipe de Hénin, al duque de Gesvres, al presidente Nicolay, al abate Fénelon, a 39 nobles, 3 sacerdotes, 3 generales, 7 oficiales, 5 periodistas, 3 banqueros, un criado, un comerciante en vinos, un peluquero, etc. A pesar de estos notables resultados, Fouquier-Tinville no estaba satisfecho; decía que, para el Comité de Seguridad General, "la cosa no marchaba con la celeridad requerida". Se llegó a hablar de establecer cuatro tribunales ambulantes, provistos de su correspondiente guillotina.

Se comprende que Robespierre, en esta atmósfera de robo, de violencia y de sangre, haya sentido la necesidad de evocar para sí y recordar al pueblo el ideal que quería alcanzar, el objetivo hacia el cual llevaba a la Revolución y el programa que él definió de esta manera el 17 pluvioso (5 de febrero1794): "1º Todas las pasiones bajas y crueles serán desconocidas, todas las pasiones bienhechoras y generosas serán despertadas por las leyes. 2º La única ambición será el deseo de merecer la gloria y servir a la patria. 3º Las distinciones nacerán tan sólo de la misma igualdad. Por lo tanto, el ciudadano estará sometido al magistrado, el magistrado al pueblo, y el pueblo a la justicia. 4º La patria asegurará el bienestar de cada individuo, y cada individuo gozará con orgullo de la propiedad y la gloria de la patria. 5º Todas las almas se agrandarán por la comunicación continua de los sentimientos republicanos. 6º Las artes serán la decoración de la libertad que las ennoblece. 7º El comercio se convertirá en la fuente de riqueza pública y no sólo de la opulencia monstruosa de algunas casas particulares". Y añadió, precisando su pensamiento: "Queremos, en nuestro país, sustituir la moral al egoísmo, la probidad al honor, los principios a los hábitos, los deberes a las conveniencias, el imperio de la razón a la tiranía de la moda, el desprecio del vicio al desprecio de la desdicha, el orgullo a la insolencia, la grandeza de alma a la vanidad, el amor de la gloria al amor del dinero, la gente buena a la gente elegante, el mérito a la intriga, el genio al ingenio, la verdad al brillo, el encanto de la dicha a los hastíos de la voluptuosidad, la grandeza del hombre a la pequeñez de los grandes". Robespierre mostraba en la República el reino de la virtud, como ya lo había enseñado Montesquieu y, por encima de las inevitables luchas del presente, enunciaba el resultado sublime: "En el sistema de la Revolución Francesa lo que es inmoral es impolítico, lo que es corruptor es contrarrevolucionario". Por lo tanto, en tiempos de crisis, se veía forzado a suprimir a aquellos monstruos, los enemigos de la República, que mostraban su inmoralidad en sus mismas opiniones, pero no debía olvidarse nunca que el objeto verdadero de la lucha era la mejora de los hombres y de su suerte por la República.

Vencedor de Danton, de Hébert y de las facciones, Robespierre juzgó que había llegado la hora de agrupar en torno de él a todos los hombres virtuosos, es decir, republicanos, que en la crisis sólo

habían buscado esta sublimación de la patria y no los intereses personales. Al mismo tiempo, el tribuno seguía el instinto que lo guió durante toda la Revolución: la necesidad de seguir enlazado al principio divino y creer en un Ser eterno y perfecto, modelo y guía del hombre. Su odio por Danton, por Hébertt, sobrepasaba la animosidad personal y se parecía al que tiene un devoto que ve mancillar su culto por unos blasfemos demoníacos. El retorno a lo divino correspondía en él a un movimiento espontáneo, al mismo tiempo que constituía un acto de sabia política. Las victorias militares, las vacilaciones del adversario y su agotamiento permitían esperar la paz, que la ruina de los enemigos interiores de la Revolución volvería perfecta. De todos modos era menester dar al pueblo, privado de sus antiguos cánones, nuevas consignas, nuevos puntos de apoyo; el deísmo piadoso que, desde 1717, encontraba su expresión en las logias masónicas y que de nuevo, al terminar la guerra, podrían volver a enseñar, era apropiado para la República que Robespierre preveía. Sin duda esperaba así ampliar su clientela y preparar el advenimiento de su autoridad moral sobre una Francia pacificada.

El 7 de mayo de 1794 (18 floreal), el Incorruptible expuso su programa ante la Convención. Ya el 14 de abril (25 germinal) ésta había decidido que los restos de Rousseau debían ser llevados al Panteón (Rousseau seguía siendo el guía de Robespierre); pero en el mes de mayo fue menester un plan de conjunto para preparar al pueblo a sus nuevas dignidades. Robespierre lo ofreció: "El único fundamento de la sociedad civil —dijo— es la moral. Todo lo que es útil al mundo y bueno en la práctica es la verdad". Quería "una religión universal de la Naturaleza", en la cual todas las sectas se fundirían, sin violencia ni persecución. Nada de retornar al fanatismo, claro está, sin un culto digno de los hombres libres: "El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma. Se instituirán fiestas para recordar al hombre la poesía de la divinidad y la dignidad de su ser". Este fue el texto del decreto que propuso a la Convención, que lo votó entusiasmada. Al terminar cada "decadia" se celebraría una virtud; las grandes fechas republicanas —14 de julio, 10 de agosto, 21 de enero, 31 de mayo— darían ocasión a celebraciones; a partir del 20 pradial (6 de junio), se estableció una fiesta dedicada al Ser Supremo, que llenaría a París de alegría santa y purificadora. Couthon pro-

puso que se tradujera a diversos idiomas este discurso inmortal y se difundiera por toda Europa; la Convención, maravillada, lo votó. David organizó la ceremonia del 6 de junio y se sobrepasó; una mañana resplandeciente de primavera las campanas doblaron en todas las secciones a las 5; a las 8 el cañón del Pont Neuf llamó al pueblo al jardín de las Tullerías; en las calles ornamentadas con follaje y guirnaldas salpicadas de flores, desfilaron hombres llevando ramas de roble, y mujeres y doncellas vestidas de blanco, con los brazos cargados de rosas; se había construido un anfiteatro donde esperaron los diputados con sus casacas azules, sus cuellos y solapas rojos, el cinturón tricolor y los grandes sombreros empenachados en la cabeza.

Después de una austera merienda en casa de su amigo Vilate, jurado del Tribunal revolucionario, Robespierre partió. La gente notó sus ropas, más cuidadas que las de los otros: calzón de batista, casaca azul tirando al violeta, pechera y puños de encaje y cabellos empolvados. Fue aclamado. En la tribuna pronunció un gran discurso invocando al Ser Supremo y pidió a la asistencia que le rindiera homenaje. Hizo un esfuerzo, si se tiene en cuenta su glacial altanería y su rígido celo; pero más que las palabras de veneración, los oyentes notaron la frase final: "Mañana, al volver a nuestras tareas, seguiremos combatiendo los vicios y los tiranos". La multitud, que esperaba palabras de alegría y felicidad, se fue decepcionada; pero Robespierre ya estaba hablando a la *élite* que quería formar y se fue muy contento porque ese día se había sentido a sí mismo como lo que él quería y siempre había buscado ser: un maestro de las almas. Los cantos, la procesión de las Tullerías en la Plaza de la Revolución, en donde figuró sosteniendo en la mano un gran ramillete de flores y de espigas, el himno al Ser Supremo cantado sobre la simbólica montaña erigida en la Plaza de la Revolución, la bendición de las doncellas y de los jóvenes por sus padres, todo se desenvolvió majetuosamente, en una atmósfera romana...

Fatiga de un director de escena, cansado de un espectáculo logrado pero demasiado absorbente, o reacción natural de un alma altiva, consciente de haber logrado su propósito, el Incorruptible declaró esa noche a sus amigos Duplay, en cuya casa vivía: "¡Ya no me tendréis mucho tiempo entre vosotros!"

Capítulo VII

SE LIQUIDA LA REVOLUCIÓN DE LOS REVOLUCIONARIOS

Tras haber invocado solemnemente a Dios, Robespierre empezó a buscar un medio de liberar a Francia, a la Revolución y a sí mismo de aquella turba de políticos venales y ladrones, que se interponían entre él y aquel pueblo, tan bueno naturalmente, tan espontáneamente inteligente y al cual él quería servir. Se sentía cansado, cerca del momento en que sus fuerzas iban a abandonarlo y, en un último esfuerzo, como preludio al fin del Terror y al establecimiento definitivo de la República, decidió hacer votar una ley terrible; sin consultar al Comité de Salud Pública, sin consideraciones por el Comité de Seguridad General ni por los planes de su amigo Saint-Just, a quien esta medida trastornaba, se las arregló para que su confidente Couthon, levantado sobre la tribuna por dos ujieres de la Convención, la propusiera: el Tribunal revolucionario iba a dividirse en cuatro secciones para juzgar más velozmente, de acuerdo a los deseos de Fouquier-Tinville: nada de defensores para los acusados, no habría testigos ni procedimiento escrito. Bastarían las pruebas morales; y serían sospechosos "todos los que hayan tratado de extraviar a la opinión e impedir la instrucción del pueblo, todos los que hayan corrompido las costumbres y la conciencia pública". El texto de la ley no parecía excluir a los convencionales de la competencia del Tribunal. El texto decía: "La prueba necesaria para condenar a los enemigos del pueblo es cualquier especie de documento, sea material, moral, verbal, o escrito, que pueda, naturalmente, lograr el asentimiento de cualquier espíritu justo y razonable. La regla de los juicios es la conciencia de jurados esclarecidos por el amor a la patria; su fin es el triunfo de la República y la ruina de sus enemigos; el procedimiento: los

simples medios que el buen sentido indique para acceder al conocimiento de la verdad en las formas que la ley determina".

La Convención no se atrevió a rechazar la ley, pero una emoción profunda se difundió por todos los medios políticos. La sesión del día siguiente en el Comité de Salud Pública presenció una violenta disputa entre Billaud-Varenne y Robespierre, quien exclamó: "¡Estoy rodeado de complots! ¡En la Convención hay una facción que quiere perderme...! ¡No, no quiero hacer guillotinar a la Convención Nacional! ¡Vosotros sois testigos! He hablado de esos facciosos, de esos hombres impuros, de esos malvados que se envían en misión a los departamentos. Son estos bribones, son estos hombres peligrosos y rebeldes a nuestra autoridad, quienes son mis enemigos. Tú has hecho causa común con ellos, Billaud... ¡Ahora te conozco!" "Y yo también te conozco!", contestó Billaud, dejándose llevar por la cólera. "Me doy cuenta que eres un contrarrevolucionario". Robespierre, enervado, tartamudeante, estalló en sollozos. Esta vez había podido medir el odio que le profesaban los mismos hombres con quienes había estado trabajando íntimamente a lo largo de los meses. Pudo medirlo aún mejor al enterarse que la Convención, instigada por Merlin de Douai y por Bourdon, acababa de especificar con una votación que la ley de la víspera no autorizaba a atentar contra el privilegio de los diputados. Esa misma noche Robespierre llevó el debate al Club de los Jacobinos, presidido a la sazón por Fouché, que había desplegado en Nièvre una crueldad de bestia feroz. Robespierre lo increpó públicamente, lo forzó a confesar, a temblar de miedo y a echarle la culpa a Chaumette. Pero Robespierre no lo soltó fácilmente: "No se trata ahora de echar barro sobre la tumba de Chaumette, ya que ese monstruo ha perecido en el patíbulo: había que librar combate con él antes de su muerte". Fouché, fulminado, se vio perdido. Al día siguiente, en la Convención, Robespierre logró aterrar a Bourdon y consiguió que los diputados se desdijeran de la votación del día anterior; de paso, fulminó a Tallien, que intrigaba contra el Comtié de Salud Pública. Habló como un ángel exterminador y todos, aterrados, retrocedieron.

En la reunión de los dos comités, el 25 pradial (13 de junio), no ocultó que quería librar a la Convención y a Francia de nueve impuros: Bourdon de l'Oise, Dubois-Crancé, Fouché, Tallien y otros cinco.

Esta vez sus colegas lucharon denodadamente para evitar esta proscripción y se separaron sin haber decidido nada.

Estaba lleno de odio y se apartaban de él. Adivinaban su juego; así como La Fayette, después de octubre de 1789, había querido detener la Revolución y librarse de sus propios cómplices, así como los Triunviros en octubre de 1791 trataron de imponer para siempre la Constitución y eliminar a todos los secuaces que, hasta ese momento, habían constituido su poder; del mismo modo Robespierre, en ese verano de 1794, después de haber vencido a todas las facciones y basándose en las victorias de los ejércitos franceses, quería guillotinar a todos aquellos, entre sus compañeros de lucha, que habían deshonrado la victoria común con el derramamiento de sangre, con la infamia, con la venalidad. En esto estaba de acuerdo con Saint-Just, que anotó en su carnet: "¡La Revolución está congelada! Todos los principios están debilitados; ya no vemos más que gorros rojos manejados por la intriga... El ejercicio del Terror ha fatigado al crimen, como los licores fuertes fatigan el paladar..." De acuerdo con su jefe sobre el objetivo que habría de alcanzarse, Saint-Just no lo seguía en su método; su estadía en el ejército, las victorias a las cuales había contribuido, el medio viril, realista y patriota que había frecuentado, le inspiraban una repugnancia invencible hacia cualquier medida que llevaba a los franceses a matar franceses, legalmente o no. No aprobaba la ley de pradial, tanto más si se toma en cuenta que contrariaba y estorbaba la ejecución de "su" propia ley, la de germinal, la que debía atribuir a los ciudadanos pobres los bienes de los condenados; para ello acababa de crear comisiones populares, designadas por los grandes comités, a fin de elegir a los detenidos que, después de juzgados, serían deportados y cuyos bienes confiscados podían distribuirse. Saint-Just veía aquí un medio poderoso, esencial, para constituir una clase nueva, pura, cuya vinculación con la República habría de garantizar la duración, la estabilidad, el triunfo final. Anhelaba que nada pudiera contrariar esta maniobra, y escribió en sus *Notas sobre las Instituciones*: "Es menester disminuir el número de miembros de las autoridades constituidas. Es menester examinar el sistema de las magistraturas colectivas, como municipalidades, administraciones, comités de vigilancia, etc., y ver si la distribución de las funciones de estos cuerpos a un magistrado único no constituye el secreto del establecimiento sólido de la Revolu-

ción. . ." Por lo tanto, su espíritu seguía un camino distinto del camino del Incorruptible, y los dos amigos empezaban a alejarse; esto pudo verse el 9 mesidor (29 de junio), cuando Robespierre habló en un tono desdeñoso de los "éxitos del exterior" y cuando, en consecuencia, Saint-Just, sin manifestarse en contra, marcó su frialdad frente al jefe mediante una serie de decisiones que lo asociaron a los opositores del gran hombre.

Robespierre se aislaba más y más. Recibía en secreto emisarios de Inglaterra que, al parecer, le proponían servir de intermediarios para el retorno de los Borbones, ¡y de regente para la restauración de Luis XVII! Según el mismo autor, Lamothe-Langon, sin negarse, Robespierre habría respondido: "No tengo ningún hombre seguro con quien contar. . . Estoy solo". Verdad es que en ese momento la antipatía de las masas francesas contra los jefes revolucionarios y contra su obra era patente para todos; los ricos, después de haber aprovechado de los bienes nacionales, anhelaban una época tranquila para gozar de sus adquisiciones sin correr a cada momento el riesgo de la guillotina o la confiscación. Los pobres, hartos de privaciones, de miserias y de humillaciones, ya no recordaban las ventajas que les había traído la Revolución; sin duda no pagaban más impuestos, sin duda la gabela, los servicios provinciales y los diezmos habían desaparecido, pero también había desaparecido el dinero y resultaba más duro vivir sin dinero que tener que pagar una parte de ese dinero para conservar el resto. El contraste infinito sobre las promesas de 1788, las grandes frases de todos esos años y los resultados, llevaba a los campesinos a la oposición; la partida de sus hijos y de todos los mozos capaces representaba para el campo una pérdida tan terrible, una situación tan cruel que el régimen apenas podía sobrevivir a estas medidas impopulares. Esta irritación se adivina un poco en todas partes en 1794, a pesar de la policía y de los espías: un débil mental, Amiral, atacó a Collot d'Herbois, pues lo tenía más a mano, aunque hubiera preferido matar a Robespierre. La policía no tuvo dificultad en dominar el asunto; ese mismo día (2-3 de mayo) una mujer muy joven e ingenua, Cécile Renault, se presentó en casa de los Duplay y pidió ver a Robespierre a las nueve de la noche. Como insistió con terquedad, la interrogaron: "¿Qué queréis hacer en casa de Robespierre?" "Quiero ver cómo está hecho un tirano". La detuvieron: la muchacha tenía encima dos cuchillitos. Es dudoso que haya que-

rido o haya podido asesinar a nadie con ellos, pero no ocultó que detestaba a Robespierre, y guillotinaron a Amiral y a Cécile Renault. El Incorruptible sintió que la carga que pesaba sobre él se volvía más agobiante.

Toda esta multitud, que con sus deseos, sus aclamaciones o su indiferencia, desde 1787, alentaba la Revolución, le daba la espalda ahora, harta. Lo que era aún más grave, los organismos, los grupos, los elementos que desde 1787 arrastraban a la masa se disolvían uno tras otro. Los nobles revolucionarios, primeros promotores de la empresa, habían desaparecido, así como Felipe-Igualdad, decapitado el 6 de noviembre de 1793; La Fayette estaba en las cárceles de Prusia y muchos otros, Duport, los Lameth, los Broglie, los Noailles, habían huido, estaban en el destierro, en la emigración, y se multiplicaban para encontrar los medios de aplastar y reducir a esta Revolución de la cual tanto habían esperado. El clero revolucionario, que con su celo permitió la victoria del Tercer Estado, que había sido el elemento más activo en los Estados Generales y después en la Constituyente, renegado ahora por los jacobinos, los descamisados y todos los verdaderos revolucionarios, no existía más; la campaña anticristiana de Chaumette, las decisiones de los convencionales en misión por las diversas provincias multiplicaban las empresas de mancillar, rebajar, humillar a obispos y sacerdotes; algunos habían cerrado todas las iglesias de sus comarcas; en todas partes se había obligado a obispos y sacerdotes a soportar en sus catedrales el culto de la Razón y las borracheras. Amenazados, perseguidos, un gran número de eclesiásticos siguieron a Gobel, "colgaron la sotana" y se casaron, pues ésta era la única acción decisiva que les aseguraba la vida y la tranquilidad; muchos otros se soterraron; algunos, más valerosos, como Grégoire, resistieron. Recibieron una imprevista ayuda de Robespierre quien, de acuerdo con Danton, logró hacer votar en la Convención una ley que prohibía toda violencia o amenaza contra la libertad de los cultos (6 de diciembre de 1793); sin suavizar en nada la suerte de los no juramentados, ni aportar una ayuda positiva a los juramentados, se les reconocía el derecho de vivir; esto no era suficiente; la Iglesia constitucional, arruinada por la desaparición de la Constitución, se disipó, y sus 28.000 sacerdotes dejaron de contar en el país, donde estaban ocultos, fugitivos y perseguidos, aunque justificados y triunfantes ante sus fieles, pues todos los no juramenta-

dos lo suficientemente valerosos para arriesgar sus vidas habían vuelto a un oscuro apostolado, de gran fecundidad. La Revolución acababa de malgastar una de sus mejores cartas.

Los ejércitos seguían siendo revolucionarios pero, victoriosos y conquistadores, empezaban a mirar con desprecio a ese gobierno incapaz de abastecerlos, incapaz de bastarse a sí mismo, ¡y que esperaba de ellos, junto con los triunfos, un buen botín! Robespierre ya había empezado a desconfiar de ellos y de sus victorias. Por amor al orden había suprimido el ejército revolucionario de París, había ligado las secciones al poder central, había reorganizado la Comuna y, si conservaba aún en estos diversos organismos numerosos amigos, no podía ignorar que el espíritu público cambiaba gradualmente. Había un elevado número de agitadores que yacían en la fosa común, decapitados: los Hébert, los Vincent, el mismo Danton y tantos otros, ejecutados por ser "exagerados" o "corrompidos". Mientras sostuvo con vigor las riendas del gobierno, mientras el Comité de Salud Pública le obedecía y la Convención acataba su voluntad, Robespierre dominó la situación, pero por todos lados surgía la resistencia a sus voluntades. Después de haber creado una oficina de policía vinculada al Comité de Salud Pública (26 germinal, abril de 1794), el Comité de Seguridad General, enfurecido por esta competencia, sintió por él una enemistad sin misericordia y acechaba sus pasos. En el Comité de Finanzas, Cambon, que representaba a los ricos, le hacía una oposición paciente y sorda. ¡El mismo Carnot no parecía muy seguro! Robespierre nunca refrendaba sus órdenes a los ejércitos.

Los hombres que lo rodeaban no eran capaces de enfrentarlo: él no lo ignoraba. Pero con la fatiga de un luchador que ocupa la arena desde hace demasiado tiempo, reconocía en todos los mecanismos de la República esta nueva tendencia: cada cual buscaba un lugar estable; los mismos jacobinos, depurados y que lo seguían fielmente, ya no poseían la energía y las iniciativas de antes; se preocupaban de la ayuda mutua y, aunque no lo aplaudían menos, no representaban para él la ayuda esencial de otros tiempos. Sus camaradas del comienzo entendían mal sus llamados a la moralidad, su fiesta del Ser Supremo; cuando los extranjeros, profundamente impresionados, veían ya en Robespierre al dictador fuerte y prudente, que hacía volver a Francia a una disciplina moral, a un orden social y un gobierno coherente, los revolucionarios fran-

ceses empezaron a murmurar; él no lograba ya ganarlos a su política nueva, que consideraba necesaria; por lo tanto, decidido a intimidarlos, recurrió a la ley de pradial, que le iba a permitir guillotinar a los más crueles, a los más venales, y hacer que los otros se soterraran. Después... ¿acaso podía pensar ahora en el después, cuando la lucha se había vuelto tan áspera? El Comité de Salud Pública mismo demostró frialdad ante la ley de Pradial, que la mayoría de la Convención aceptó refunfuñando y que su amigo Saint-Just detestaba.

Esta vez Robespierre, aunque siguió un método que le era familiar y que con frecuencia había logrado para él los resultados esperados, cometió un grave error: al añadir un grado de horror al Tribunal revolucionario, al extender aún más su acción, al formular amenazas terribles a la vez que vagas, suscitó en un amplio grupo de hombres un miedo agudo; por lo general, le bastaba hacerlos temblar de terror para que los más comprometidos quedaran aislados y para que cometieran el fatal error que los perdía. Entonces, sin hacer casi nada, la insurrección de sus amigos masacraba a estas víctimas tambaleantes; el 10 de agosto, el 31 de mayo, el 13 de marzo (23 ventoso), el 30 de marzo (10 germinal) todo había ocurrido tranquilamente, de acuerdo a este método. Pensaba actuar de la misma manera en el verano de 1794. Todo indica, todo lo prueba, su actitud, las acciones de sus íntimos, los esfuerzos de las víctimas designadas, que conocían bien los procedimientos y no descuidaban ningún medio para eludirlos. Como otras veces, quiso proceder por etapas, aniquilar a sus enemigos en la hora indicada, uno tras otro. Pero había esta única diferencia: en junio y en julio de 1794 el miedo que tenían era intenso y tan desesperado que engendró el coraje; y este miedo se había extendido a un número creciente de políticos, en vez de concentrarse en unos pocos, a medida que pasaban los días. Esto era el resultado de la actividad de Fouché, de Barras, de Lecointre.

En la Comuna, reorganizada en el otoño de 1792, Robespierre contaba con bastantes amigos para preparar una de esas maniobras que, entre 1789 y 1794, permitieron los grandes golpes revolucionarios: organizar, imponer y hacer reconocer autoridades temporales que, al librar a las autoridades constituidas de la necesidad de proscribir y entregarse a violencias, las reemplazaban un tiempo y, mediante un acuerdo tácito con ellas, cumplían la

faena sangrienta y se borraban luego. Robespierre, indignado por las vacilaciones de la Convención ante la ley del 22 pradial, se irritó contra el Comité de Salud Pública, que no se mostraba bastante dócil, y decidió asestarle un golpe terrible. Payan, uno de sus discípulos más fervorosos, convocó en los últimos días de junio a la Comuna a los miembros de los comités revolucionarios y empezó a adoctrinarlos a fin de crear uno de esos "comités insurreccionales", que formados por secuaces, a la manera de los comités de agosto de 1792 y de mayo de 1793, debían arrastrar a las secciones y obligar a la Convención y a los Comités a entregar los miembros que habrían de ser denunciados como "podridos", "contrarrevolucionarios", etc. Al mismo tiempo Hanriot, incitado por el ambiente robespierrista que lo rodeaba, logró reunir en torno de París un número suficiente de tropas. Para arrastrarlas se contaba con los "Alumnos de la Escuela de Marte", estimulados por el diputado Le Bas y el doctor Souberbielle, "oficial en jefe de Sanidad" y robespierrista convencido. Dumas, otro fiel, y acusador público en el Tribunal revolucionario, visitaba asiduamente las secciones y despotricaba contra los intrigantes y los impuros que arruinaban a la República. Se daba a la multitud banquetes al aire libre, adornados de declaraciones incendiarias. Barère, que veía la cosa de cerca, declaró que "todo parece listo para un movimiento popular determinado por los agentes de la Comuna de París"; ésta había apartado ya para esta operación "las mismas sumas que le había dado el Comité de Salud Pública para subsistencias y abastecimientos de París". En pocas semanas la maquinaria, bien concebida, estaría lista para funcionar cuando Robespierre se hiciera presente y pronunciara las palabras fatales.

Pero el Comité de Salud Pública conocía también la maniobra y esta vez ya no la toleró, pues temía por sí mismo; las leyes votadas desde hacía seis meses le daban poder para impedir la reunión revolucionaria y el miedo le daba el valor. El Comité prohibió la reunión de los miembros de los comités revolucionarios preparada por Payan, apartó de París y envió a las fronteras varias compañías de artilleros, cuyo celo descamisado era bien conocido; el diputado Pessard recibió la misión de vigilar y calmar a los jóvenes de la Escuela de Marte; en una palabra, se echó agua en todas las partes en donde los partidarios de Robespierre preparaban el incendio. Mejor aún, se atacó al Incorruptible y se inició

una vasta ofensiva contra él. Ésta partió en el principio del Comité financiero, donde Cambon, bien pertrechado, ocultaba sus armas, y del Comité de Seguridad General. El 27 pradial (13 de junio) Vadier, en nombre de ese mismo Comité y del Comité de Salud Pública al que pertenecía, denunció ante la Convención una "gran conspiración" que se reunía en la calle Contrescarpe, en torno a una "profetisa", Catherine Théot, a quien llamaban "la madre de Dios". Había tal costumbre de conspiraciones que ésta, aunque menos grave que muchas otras, recibió la misma atención; la Convención, sin vacilar, votó el envío al Tribunal revolucionario de todos los sospechosos que fueran detenidos en este caso; también ordenó la impresión del informe, su envío al ejército y a todas las comunas de Francia. Ahora bien, Catherine Théot, una vieja profetisa muy pobre y delirante, y su coacusado Gerle, antiguo monje constituyente, estaban vinculados a Robespierre por tenues lazos, pero en un proceso bien llevado se podían poner de relieve cosas molestas para el Incorruptible; Robespierre había dado en otros tiempos a Dom Gerle una especie de certificado de civismo, diciendo que "siempre le había parecido, a pesar de ser sacerdote, un buen patriota". Y se difundió el rumor de que se acababa de descubrir, en el lecho de paja de Catherine Théot, una carta a Robespierre en la cual, felicitándolo por haber hecho resurgir la religión, lo llamaba "hombre divino" y "salvador del mundo". Su nombre, mezclado a este palabrerío clerical, debía quedar manchado. Al mismo tiempo, se esperaba lanzar el ridículo sobre la fiesta del Ser Supremo, que había desagradado profundamente a la mayor parte de los descamisados.

La comadre Théot no era más que una vieja exaltada, Gerle un hombre gastado, pero Vadier y sus colegas denunciaron en ellos "la malicia inconmensurable de los sacerdotes", de quienes eran instrumento. Esto bastó para suscitar el celo revolucionario y masónico. Robespierre resultó de esta manera castigado por haber sido clemente, como lo fue a veces con personas a quienes juzgaba inofensivas y que respetaba oscuramente a causa de su pasado religioso. Sintió por ello con más viveza la perfidia del ataque y, sin vacilar, esa misma noche, convocó al acusador público Dumas, y después a Fouquier-Tinville, presidente del Tribunal revolucionario; hizo que le entregaran las piezas del proceso y se las llevó consigo. Luego se puso a redactar una respuesta aplastante. Su

primer deseo fue dar un golpe a los hombres que acababan de maquinar esta intriga, en particular a los traidores del Comité de Salud Pública que habían consentido en asociar este Comité a la iniciativa del Comité de Seguridad General. Sin perder tiempo, exigió del Comité de Salud Pública un nuevo informe, redactado por él, sobre este asunto, y que se desautorizara al Comité de Seguridad General. Luego, indignado contra sus colegas del Comité, y fiel a su método corriente, se metió en su cueva. (Desde el 30 de pradial [19 de junio], hasta el 8 termidor [26 de julio]); sin embargo , volvió al Comité con largos intervalos; el 9 mesidor, en ocasión de una sesión de los dos comités reunidos, reclamó la revocación de Fouquier-Tinville, a quien consideraba un falso hermano, un enemigo suyo y demasiado vinculado al Comité de Seguridad General. Esto le fue negado. Y algunos miembros del Comité de Seguridad General se atrevieron a reclamar la anulación de la ley del 22 pradial; la mayoría del Comité de Salud Pública se guardó bien de defenderla y, según Barère, pretendieron no haber tenido nada que hacer en su redacción. Al ser contradicho por unos y abandonado por otros, Robespierre fue presa de una ira inusitada: "¡Salvad a la patria sin mí!", gritó. Finalmente se levantó y se fue dando un portazo. En medio de esta batahola, se sintió solo, pues Saint-Just, de vuelta de los ejércitos, no lo apoyó, salvo en su desprecio hacia los "podridos", y los "aristócratas" de los Comités. Más aún, en los días que siguieron, Saint-Just actuó ya no como partidario de Robespierre, sino independientemente; dejó que su subordinado Lejeune, jefe de la Oficina de Policía General, volviera a enviar a Fouquier-Tinville la carpeta de Catherine Théot; incluso refrenó el arresto de Naulin, a quien Robespierre acababa de nombrar vicepresidente del Tribunal revolucionario de acuerdo a la ley del 22 pradial.

Todo esto indignó al Incorruptible; en su soledad, confiaba en sus queridos jacobinos; el 12 mesidor declaró: "Si me obligan a renunciar a una parte de mis funciones, aún me quedaría la condición de representante del pueblo y en esta condición haré una guerra a muerte contra los tiranos". Hasta el 4 termidor (22 de julio), sin hacerse presente en los Comités ni en la Convención, intentó desde la tribuna del Club de los Jacobinos, como tantas veces lo había hecho, encontrar apoyo para su política en los convencionales y miembros del Comité de Salud Pública. "Mi finalidad, declaró aquí

el 21 mesidor (7 de julio de 1794) es prevenir a todos los ciudadanos contra las trampas que se les tienden y la nueva antorcha de discordia que se trata de encender en la Convención... Se trata de persuadir a cada miembro que el Comité de Salud Pública lo ha proscrito. Este complot existe... Todos los buenos ciudadanos deben unirse para sofocarlo..." Bien informado, denunció aquí una maniobra intentada por Fouché, Tallien, Bourdon de l'Oise, Dubois-Crancé, Lecointre y todos los que él había designado claramente para la guillotina el 25 pradial. Durante todo el comienzo de julio los conjurados se agitaron furiosamente y en secreto para lograr una mayoría en la Convención; maniobraron con el miedo sobre los grupos de partidarios de Hébert y de Danton que aún quedaban; también solicitaron el apoyo de los moderados, del Llano, el único que podía darles los efectivos suficientes para ganar; pero aquí reinaba la masonería y la fiesta del Ser Supremo había ganado a todos los masones fieles, como Boissy d'Anglas, Durand-Maillane, etc., para la política y la persona de Robespierre, en quien reconocían a su maestro. No lo iban a abandonar sin razones serias, y el miedo que hacía temblar a los conjurados no les parecía un motivo suficiente.

Por su parte, los Comités vacilaban en romper con el Incorruptible; pasaba por ser el emblema y la encarnación de la Revolución, se conocía su inmensa reputación en Francia y fuera de Francia; además, había la costumbre de obedecerle. Con cierta habilidad él era capaz de reunir a todos los vacilantes; pero, si bien era un tribuno y un político genial, carecía de las cualidades del jefe de Estado: ni las finanzas, ni el ejército le interesaban; había dejado que se le escapara de las manos la dirección de una y otra cosa, que ahora estaban en poder de dos enemigos temibles, ya que su valor suscitaba la estima de todo el mundo: Cambon y Carnot. Tampoco tenía con él sólidamente a la policía, que seguía siendo controlada por el Comité de Seguridad General, por lo menos en parte, ni a la Oficina de Política General, de la que no se ocupaba bastante y que el mismo Saint-Just había dejado un poco bajo la influencia del Comité de Seguridad General: por este lado también había peligros. Uno tras otro, las cartas de triunfo en el tremendo juego se le escapaban, mientras meditaba su gran golpe y reflexionaba en la posibilidad de negociar una paz general que, a través de emisarios secretos, le era sugerida por Austria e Inglaterra (y tal vez

por Prusia). Se le atribuían ideas de restauración; no ha dejado ninguna confidencia en este sentido, pero muchas veces dio muestras de su preferencia por un poder fuerte que se ejerce sobre un país disciplinado. Seguía meditando, pues, tomado entre el entusiasmo de sus esperanzas, el furor de sus repugnancias y la dulzura de dejarse llevar por su destino.

Sus enemigos actuaban: el 9 de julio, Vadier, en nombre de los dos grandes Comités, hizo votar un decreto que ponía en libertad provisional a "los labriegos, los peones, los sembradores, los cerveceros y artesanos de profesión" detenidos en las cárceles de las aldeas, decreto que contravenía la ley del 22 pradial. De este modo, los enemigos de Robespierre señalaban concretamente al público francés su voluntad de retornar a condiciones más normales; al mismo tiempo, se le adelantaban en el efecto sobre la opinión pública. Irritado por esta infracción a las leyes votadas y por esta triquiñuela, Robespierre se quejó en el Club de los Jacobinos: "Se quiere desprestigiar al Tribunal revolucionario para que los conspiradores respiren en paz", exclamó. Poco después hizo expulsar del Club a Dubois-Crancé, y lanzó una amenaza directa contra Barère, que se apresuró a reconciliarse con él, no sin preguntarse antes si no había otra solución. Entonces empezaron a circular por la Convención y entre el público mil rumores, que testimoniaban estas luchas sordas; los espías y agentes extranjeros que pululaban en París, pese a la policía, contrapolicía y anexos de todo tipo, informaban a sus gobiernos; todos cifraban sus esperanzas en Robespierre, pues él era el único capaz de establecer una dictadura, y la totalidad de Europa (salvo Inglaterra) sólo esperaba, como hemos dicho, que Francia tuviera un gobierno sólido para reconciliarse con ella.

Los días pasaban y la atmósfera se volvía cada vez más tensa; en París se había festejado la victoria de Fleurus, que apartaba cualquier peligro de la frontera Norte y nos entregaba Bélgica. Se respiró, pero hubo entonces mucha más irritación contra el insoportable yugo que imponían los revolucionarios y su horrible Tribunal a todos los franceses. En la Asamblea y en los Comités la tensión había llegado a un paroxismo insoportable. Había indignación contra Robespierre; los más prudentes pensaban con Barère: "Este Robespierre es insaciable y, como no se hace todo lo que él quiere, es necesario que rompa con nosotros. Si nos hablara

de Thuriot, Guffroy, Rovère, Lecointre, Panis, Cambon, de Monestier, que ha vejado a toda mi familia y a toda la secuela dantonista, podríamos entendernos; que pida las cabezas de Tallien, Bourdon de l'Oise, Legendre, Fréron, es comprensible; pero Duval, Audoin, Léonard Bourdon, Vadier, Vouland, es imposible aceptar esto. . ." Robespierre había olvidado que por lo general se puede lograr de los mediocres que sacrifiquen alegremente a aquellos que consideran sus superiores, pero que los mediocres se indignan de que se decapite a hombres como ellos, de su nivel y de su medio: esto los afecta muy de cerca y se sienten amenazados de modo directo. Los enemigos de Robespierre, por una parte, y él, por la otra, pasaron días atroces, pues la Revolución había destruido todos los vínculos naturales, y los hombres ya no sabían a quién unirse en esta hora en que tenían que sacrificar a sus enemigos o a su jefe; él mismo se hallaba en el fondo de un abismo de ansiedad, en el momento en que habría de cometer el acto que determinaría para siempre su suerte. Tanto sufría que demostraba una acritud torpe y una pasividad peligrosa.

Había que terminar; el Comité de Salud Pública, deseando al parecer un acercamiento con Robespierre, lo convocó para una reunión de los dos Comités; se quería enviar a la Convención un informe "sobre los medios de hacer cesar la calumnia y la opresión que se han querido utilizar contra los patriotas más ardientes". Se trataba aquí de una mano tendida en dirección a Robespierre, y Saint-Just anhelaba servir de intermediario, tal vez de árbitro. Robespierre no concurrió. Al día siguiente, 5 termidor, se hizo al fin presente; Saint-Just, en medio de un silencio incómodo, rogó a sus colegas "que se explicaran con franqueza". Billaud-Varenne tuvo un gesto amistoso: "Somos tus amigos —dijo a Robespierre—; siempre hemos marchado juntos". No parece que esto haya convencido al Incorruptible, ni que se haya franqueado, pero al menos se logró ponerse de acuerdo para confiar a Saint-Just, que así lo deseaba, el encargo de redactar un informe para la Convención. Saint-Just quiso hacer algo mejor; en un discurso franco, puso a sus colegas ante la realidad: "Ciudadanos: tengo siniestros presagios. . . El mal ha llegado al colmo; estáis en la más completa anarquía de los poderes y de las voluntades; la Convención inunda a Francia con leyes que no se ejecutan y que a menudo son inejecutables. Los representantes que se envían a los ejércitos disponen

a su arbitrio de la fortuna republicana y de nuestros destinos militares. Los representantes en misión usurpan todos los poderes, hacen las leyes y acumulan oro, al cual sustituyen con asignados. ¿Cómo regularizar este desorden político y legislativo?" Ante el silencio de los oyentes, sugirió dos remedios y únicamente dos: la dictadura, o unos censores que habrían de dominar y guiar a los gobernantes. La propuesta molestó a todos los oyentes y en primer lugar a Robespierre. Saint-Just había tocado el punto justo que habría de hacer que estos hombres divididos le respondieran. Se separaron un poco más inquietos, un poco más irritados; a partir de ese día el conflicto fue inevitable.

Enfurecido contra los dos Comités, el tribuno no ocultó ya su cólera, que reveló a Barras y a otros; pero éstos le respondieron aislándolo; dos veces decidieron enviar a los ejércitos, como representante, a su mejor amigo, Couthon, que se negó a obedecer; lo que es aún más grave, la decisión del 19 mesidor (7 de julio), suprimiendo el Comité de Vigilancia de París, destruyó el órgano que coordinaba las actividades de las secciones y les servía de intérprete ante el gobierno. Las armas de este Comité fueron entregadas al Comité de Salud Pública por una orden del 2 termidor (18 de julio), que firmó Saint-Just junto con Carnot y Billaud-Varenne. En ese momento corrió el rumor que el Comité de Salud Pública negociaba la paz con el enemigo. Robespierre ya no pudo retroceder; el peligro de ser eliminado, aherrojado, reducido a la impotencia fue demasiado grande. El 8 termidor (26 de julio) la Convención estaba en pleno cuando el Incorruptible subió a la tribuna para pronunciar el discurso decisivo. ¡Ay!, su larga exposición se parece más a una homilía agriada que a un discurso sensato. Se queja de no haber sido consultado desde hace seis semanas, ataca a varios miembros del Comité de Seguridad General, después denuncia con violencia a Cambon, culpable de haber "desolado a los ciudadanos poco afortunados... y multiplicado los descontentos"; y finalmente, después de haberse expresado altaneramente sobre el caso de Catherine Théot y el culto del Ser Supremo, invocó al pueblo: "Pueblo, recuerda que si en la República la justicia no reina junto con un imperio absoluto, ¡la libertad no es más que un nombre vano...! ¡Recuerda que existe en tu seno una coalición de bribones que luchan contra la virtud pública...! ¡Recuerda que tus enemigos quieren sacrificarte a esta caterva de bri-

bones!" Al hablar así se tuvo la impresión de que apelaba a los suburbios contra los diputados, y como la gente empezó a preguntarse: "¿Contra quién se las ha tomado?", Robespierre exclamó: "¿Cómo es posible soportar el suplicio de asistir a esta horrible sucesión de traidores que tienen más o menos habilidad para ocultar sus repugnantes armas bajo el velo de la virtud e incluso de la amistad?" Su requisitoria lo lleva a solicitar el castigo de los traidores, la depuración del Comité, su subordinación al Comité de Salud Pública, la depuración de éste y el establecimiento de una unidad de gobierno bajo la autoridad suprema de la Convención.

Ha hablado dos horas. Lo aplauden; los numerosos hombres que ha amenazado vacilan antes de contestar. Se vota la impresión del discurso y su envío a todas las comunas. Después Vadier hace su exposición con incomodidad y se refiere de nuevo al caso de Catherine Théot. Entonces, bruscamente, Cambon lo interrumpe: "Yo también pido la palabra... Antes de ser deshonrado, hablaré a Francia". Se defiende con precisión; después, extendiendo el brazo, señala con el dedo a Robespierre y exclama: "¡Ya es hora de decir toda la verdad: un sólo hombre paraliza la voluntad de la Convención Nacional, este hombre es el que acaba de pronunciar un discurso, es Robespierre! Juzgad, pues". A su vez, el Incorruptible habla, pero con cierta inhibición; aquella agresión lo trastorna; repite, con voz apagada, lo que ya ha dicho. Billaud-Varenne aprovecha para atacar a su vez, y después Panis lo interroga sobre sus "listas de proscripción". Indignado al verse interpelado por uno de sus antiguos secuaces, Robespierre responde con altanería, pero el hechizo está roto; de todos lados se vuelven contra él; Bentabole, Charlier, Amar, Thirion, el mismo Barère, que siente que cambia el viento, lo atacan; la Convención deja sin efecto el decreto de envío del discurso a las comunas y la sesión termina con el primer fracaso parlamentario de Robespierre.

Esa noche corre al Club de los Jacobinos; allí triunfa fácilmente sobre Collot y Billaud, que han ido a disputarle su feudo y el Club entero aplaude a Couthon cuando propone citar a la barra del Club a los conspiradores, enemigos del maestro, juzgarlos, convencerlos y eliminarlos. El llamado al pueblo se precisa. Se grita: "¡Los conspiradores a la guillotina!" A medianoche se separan, llenos de entusiasmo, sin haber hecho nada. Pero en las calles la multitud grita: "¡Queremos un treinta y uno de mayo!" Payan y

Hanriot están trabajando. Se ordena armarse a las secciones fieles y estar preparadas; se echa mano de todos los cañones disponibles y en la noche de verano, mientras los diputados amenazados asedian en vano el Comité de Salud Pública, que se reserva, Saint-Just, silencioso todo el día, redacta un gran discurso-informe, con el cual espera salvarlo todo, dominarlo todo. Saint-Just se niega a mostrar ninguna parte de éste a sus colegas que, suspicaces, se alejan de él para siempre. A las 5 de la mañana desaparece y se va a andar a caballo. El Comité delibera sobre las medidas a tomar; quiere privar a Robespierre del apoyo de las secciones y prepara una proclama a los parisienses, denunciándolo. Llegan mientras tanto informes inquietantes y ofrecimientos de colaboración. Toda la noche los diputados señalados para la muerte circulan, sacuden a sus colegas, les juran que también ellos están en la "lista". En casa de Sieyès, finalmente, se celebra un pacto entre los enemigos de Robespierre y el Llano, a condición de abolir el Terror —que el país ya no quiere— y las leyes de ventoso, que amenazan a los ricos.

Todos sus amigos rodean a Robespierre —los Payan, los Fleuriot-Lescot, los Coffinhal—, lo incitan a atacar, a dar un golpe de Estado; los soldados de Hanriot bastan para clausurar los Comités e intimidar a la Convención. Robespierre se niega; quiere proceder con legalidad; nunca ha hecho o dirigido directamente un movimiento revolucionario; antes le ha bastado con ordenarlos; hoy no quiere ponerse a la tarea, y sin duda no puede hacerlo. Esto le parece una claudicación indigna. Vuelve a la calle Saint-Honoré, a casa de sus amigos Duplay, y duerme tranquilamente.

El 9 termidor por la mañana, en la Convención, Saint-Just, vestido con un hermoso traje de gamuza y argollas de oro en las orejas, sube a la tribuna y se dispone a leer su informe, pero la sala tumultuosa rumorea. Inmediatamente comienza la obstrucción: Tallien, después Billaud-Varenne, a quien Collot, el presidente ese día, da la palabra, le impiden hablar. Billaud denuncia a los jacobinos, después a Robespierre, y exclama: "¡Abajo el tirano!" En la Convención resuena el grito. Tallien grita más alto que todos y trata de que aumente la tormenta. Hace votar la detención del comandante robespierrista de la Guardia Nacional, Hanriot; se añade la de Dumas; Robespierre trata vanamente de hacerse oír; le niegan la palabra; la Montaña y el Llano lo acosan; finalmente, después de una larga y sórdida escena de confusión, se vota la de-

tención de Maximilien, de su hermano Augustin y de sus amigos Couthon, Saint-Just y Le Bas. Son las 2 de la tarde. Se los llevan, mientras que un ujier los acompaña, llevando sobre la espalda a Couthon, seguido por su perrito, el único que se mantiene en forma.

Le queda a Robespierre, vencido por la Convención y en los Comités, la esperanza de una sublevación instigada por la Comuna. Un año atrás esto se hubiera logrado; a fines de julio de 1794 ya es demasiado tarde. Las turbas de París han comprendido y ya no están dispuestas a arriesgar sus vidas en una aventura política. Tan sólo algunos funcionarios, fieles al amo, se agitan: el alcalde Fleuriot-Lescot y el agente nacional Payan declaran a la Comuna en estado de insurrección, exhortan a sus colegas a la batalla, redactan una proclama para levantar al pueblo; finalmente ordenan la clausura de las barreras, hacen tocar las campanas a rebato y llaman a alarma en las secciones. También advierten al Club de los Jacobinos para que use todas sus fuerzas en favor del tribuno. Hanriot, por su parte, convoca a los jefes de legión y les ordena que envíen a la plaza de Grève 400 hombres cada una y dos escuadrones de gendarmes a caballo. Los administradores policiales, buenos descamisados, prohiben a su personal aceptar a nadie en las cárceles.

Por su parte, los Comités ordenan el arresto de Hanriot. La Convención notifica a los jefes de sección una orden de presentarse ante la Asamblea y después levanta sesión a las cuatro. En la ciudad reina un desorden indescriptible; en nombre de la Convención detienen a Payan; Hanriot lo libera en nombre de la Comuna; se detiene a Hanriot en nombre del Comité de Salud Pública; entonces Hanriot hace poner presos a sus futuros carceleros. Robespierre, rechazado en todas las cárceles, termina por ir al Ayuntamiento, en donde es aclamado. Hanriot se esfuerza por sublevar a los suburbios, que no lo siguen; después, con una pequeña tropa, ataca al hotel de Brionne, en donde funciona el Comité de Seguridad General; quiere arrancar de allí a sus amigos, a quienes no encuentra, y se hace arrestar por los gendarmes de turno. Panis redacta una nota a favor de Robespierre y la Comuna se apresura a difundirla por todo París. Finalmente una columna armada, dirigida por el ruidoso juez Coffinhal, marcha contra los Comités; con los 400 hombres de la sección de los Amigos de la Patria, seis compañías

de artilleros y cincuenta gendarmes a caballo se apodera del hotel de Brionne, libera a Hanriot y se pone bajo sus órdenes.

Hanriot se conduce entonces como un imbécil —o como un agente doble; tiene la Asamblea a su merced; pero no la ataca y se dirige a la Comuna. La Convención, reunida desde las siete de la tarde, no se mueve. Después, advertida del peligro, declara estar dispuesta a morir por la Patria. Finalmente, tranquilizados por la partida de Hanriot y de sus tropas, los convencionales declaran fuera de la ley a él y a los oficiales municipales que se han rebelado contra los decretos; asimismo encargan a un determinado número de diputados, en particular a Barras y a Léonard Bourdon, que ataquen con las secciones el Hôtel de Ville, en donde se ha refugiado Robespierre. En un principio el Incorruptible se había negado a hacerlo, prefiriendo obedecer las órdenes de la Convención, pero sus amigos lo convencieron. Uno tras otro, los cuatro jefes robespierristas y su héroe llegan al Hôtel de Ville entre las nueve y las once de la noche.

En la Comuna, Coffinhal declama una queja contra el Comité de Seguridad General. Se habla, se hacen planes; Saint-Just se aísla, parece despreciar esta turba, este desorden y su propio destino, ya quebrado; Robespierre perora un discurso; después pasa a la sala del Comité ejecutivo, donde siempre se habla, mientras que, en la plaza, los hombres armados esperan órdenes. No se llega a un acuerdo. Payan, poco prudente, ha leído al Consejo General el decreto de la Convención que pone fuera de la ley a la Comuna y a todos los diputados presentes en la sesión; estas palabras producen el vacío en las tribunas y en la sala. Hacia las dos de la madrugada una delegación de jacobinos trae sus saludos y pregunta qué ocurre; ellos también hablan mucho. Se intercambian discursos.

Cansados de esperar, la caballería y la gendarmería cambian de sitio; así, la Comuna se ve frente a un gran peligro; y cuando Léonard Bourdon se aproxima con su columna, le es fácil introducirse en el Hôtel de Ville por una puertita, en compañía de algunos gendarmes. Después de un encontronazo bastante duro en el corredor, Bourdon y sus gendarmes llegan a la pequeña habitación en donde está Robespierre; se hace un disparo que lo hiere en la garganta. Después llega Barras con sus soldados y se produce el desbande: Robespierre el joven, al querer escapar, se tira del primer piso del Hôtel de Ville y se fractura la pelvis; Couthon, em-

pujado, cae por la escalera y se hiere en la frente. Coffinhal, que supone una traición de Hanriot, lo arroja por la ventana; el general cae sobre un montón de basura; lo encuentran finalmente: está jadeante.

Un representante lee los decretos de la Convención a la turba; las tropas gubernamentales ocupan el Hôtel de Ville, se detiene a Robespierre, que tiene dolores atroces, a Saint-Just, siempre impasible, y a todos sus partidarios. Llevan a Robespierre y a los otros tres réprobos (pues Le Bas se ha suicidado, al parecer) a la sala de audiencia del Comité; se los atiende un poco, a fin de poderlos decapitar. El destino quiso que estos hombres, fuente de tantos sufrimientos, conocieran el paroxismo del sufrimiento.

Son llevados esa mañana a la Conserjería; después, hacia mediodía, son "juzgados". A las seis de la tarde, en tres carretas mugrientas son conducidos al patíbulo con 18 de sus partidarios. El público, en masa, los mira, los injuria y los veja. ¿Ve ahora Robespierre a ese pueblo, "naturalmente tan bueno"? Couthon, Robespierre el joven, Hanriot, con un ojo que le cuelga sobre la mejilla, finalmente Maximilien, suben todos a la guillotina; antes de cortarle la cabeza el verdugo le arranca la venda y la mandíbula ensangrentada queda colgando: el dolor intenso le arranca un alarido. Después muere bajo la cuchilla.

Una inmensa alegría se propaga por París.

Libro Séptimo

EPILOGO

DE LA REVOLUCION DE LOS PODRIDOS A LA REVOLUCION MILITAR Y A WATERLOO

Robespierre sucumbió abrumado por los podridos, pero también por el odio que todo el país sentía por él. ¿Acaso no quería continuar la Revolución y mantener el Terror? Los termidorianos quisieron detenerlo para gozar en paz de los resultados adquiridos; las masas anhelaban respirar y trabajar.

Para aplastar al tirano, los termidorianos debieron unirse con el Llano, que ya no quería más sangre. De esta manera, por las buenas o por las malas, debieron transformar al Tribunal revolucionario, abrir las prisiones y abolir las leyes de proscripción; al mismo tiempo, por prudencia, se decapitó a los amigos de Robespierre, se desmanteló el Comité de Salud Pública, se clausuró el Club de los Jacobinos, que no resistió, y los clubes provinciales desaparecieron, barridos por el rencor general. Quedaron suspendidas las subvenciones votadas a los miembros de las secciones de París, que perdieron inmediatamente toda su influencia. Finalmente se abolió la Comuna de París y el máximo.

Todas estas medidas, bien vistas en el país, se realizaron sin dificultades, pero gobernar seguía siendo una tarea ardua. El Estado impotente y desorganizado, los consejos debilitados, la Convención dividida, la administración embrionaria no sabían qué hacer; en setiembre de 1794 los gastos fueron de 244 millones y las entradas de 43; el asignado bajó hasta la quinta parte de su valor nominal; las necesidades no dejaban de aumentar y los medios disminuían: todo anunciaba nuevas catástrofes. París, miserable y mal abastecido, prestaba un oído atento a las incitaciones de los antiguos jacobinos; se reclamaban legumbres secas, azúcar, aceite, leña, carbón; los amotinamientos de marzo de 1795 amenazaron al poder y la vida misma de los convencionales; el 1º de abril, después el 20 de mayo, la Asamblea fue invadida por las turbas. Y sólo pudo salvarse por la presencia de ánimo de algunos diputados, por las matracas de algunos petimetres, dichosos de golpear a los revolucionarios, y la torpeza de sus enemigos. Los jacobinos carecían de jefes y de dinero.

Los termidorianos, que acababan de castigar a los "montañeses" más crueles, se libraron de los últimos tribunos extremistas, Billaud-Varenne, Collot d'Herbois y sus secuaces; después suprimieron las instituciones jacobinas: la persecución religiosa (reemplazada en principio por la libertad de cultos, el 21 de febrero de 1795), el Tribunal revolucionario (el 31 de mayo de 1795). De esta manera se creía ganar a la clase media. Pero los termidorianos se apoyaban sobre todo en el ejército, siempre patriota y cuyas victorias permitían imponer armisticios ventajosos a Prusia (Basilea, 5 de abril de 1795), a Holanda (que rescataron, 16 de mayo de 1795), a España (obligada a ceder Santo Domingo y a convertirse en aliada de Francia en el verano de 1795). Únicamente combatían aún Austria e Inglaterra.

El país se regocijó con estos tratados, pero aún no veía los beneficios; la vida económica seguía en un estado caótico. Por otra parte, la Convención no podía contar más que con los compradores de bienes nacionales, los beneficiarios de la Revolución y la francmasonería. Ésta se reorganizaba, reabría sus logias y reagrupaba sus tropas, gracias a la actividad de uno de sus antiguos dignatarios, Roettiers de Montaleu, quien se expresaba y obraba principalmente por medio de la revista *La Décade Philosophique*, cuyos principales redactores pertenecían a sus cuadros y que servían de punto de encuentro de los revolucionarios termidorianos, que se reunían en el salón masónico de madame Helvetius, en Passy, donde pontificaban Cabanis, Daunou y todos esos masones-filósofos a los cuales empezaban a llamar "ideólogos".

Estos hombres dirigían la Convención, que votó casi sin debates el proyecto de Daunou relativo a la instrucción pública (creación de la Escuela Politécnica, de escuelas de servicios públicos, de un Instituto Nacional de Ciencias y de Artes y de un Museo de Arte y Arqueología). Este grupo trazó asimismo la Constitución de 1795, obra de espíritus ingeniosos, movidos por el odio contra la tiranía, el miedo al pueblo y la confianza en los ricos. Esta Constitución imponía un Ejecutivo formado por cinco directores encargados de elegir ministros irresponsables y de gobernar, sin ocuparse de las finanzas. Los Consejos los escogían, mientras que los propietarios elegían a los Consejos, los jueces, y los funcionarios municipales y departamentales. Cada año se elegía por suertes el nombre de un director, que debía retirarse. De los dos Consejos, elegidos por

tres años y renovables en un tercio, había uno, los Quinientos, que preparaba las leyes y otro, los Ancianos (en número de 150), que las aceptaba o rechazaba, pero sin poder modificarlas. Se habían tomado grandes precauciones para evitar las rivalidades, las interferencias y la dictadura.

Semejante sistema podía encantar a los teóricos, pero no era conveniente para un pueblo fatigado de política y que se había vuelto escéptico. Los realistas, que formaban la mayoría del país, fueron los más decepcionados. No poseían una fuerte organización, ni un partido centralizado; su pretendiente, Monseñor o Luis XVIII, como empezaban a llamarlo, no tenía dinero, ni tropas, que las potencias le negaban, ni popularidad, pues sus antiguas intrigas contra su hermano y su cuñada lo habían hecho odioso. La Vendée, después del esfuerzo de pacificación realizado por la Convención, acababa de emprender de nuevo un combate sin esperanzas. En Quiberon, el desembarco de emigrados terminó en un desastre (20 de julio de 1795), en el cual pereció el heroico Sombreuil. A pesar de todos estos fracasos, los realistas sabían que la obra absurda de la Convención no iba a durar. El abuso de poder de los termidorianos, que impusieron la reelección de dos tercios de su gente en los nuevos Consejos, terminó por volver la cosa intolerable.

Las secciones de París, armadas y dirigidas por un estado mayor realista, se sublevaron contra la Convención; en un primer momento ésta aflojó y luego, recobrándose, pidió socorro a las antiguas tropas jacobinas y a un amigo de Robespierre, el general Bonaparte. El diputado Barras organizó la resistencia y Bonaparte hizo cañonear a los insurrectos, que se desbandaron después de luchar valientemente (13 vendimiario, 4 de octubre de 1795). El orden revolucionario triunfaba y el desorden continuó reinando en Francia.

Los cinco directores, con sus penachos y sus colorinches, presidían; tres de ellos eran hombres mediocres, los otros eran Carnot, un gran organizador, dedicado a la guerra, y Barras, un cínico que no carecía de astucia ni de intuición y que las utilizaba para gobernar. Sus colegas tenían necesidad de todas sus cualidades y de todos sus defectos para salir de la situación intrincada en que se encontraban. Gobernaban para una minoría, que no quería comprometerse, y contra una mayoría católica y realista, pero también

contra los elementos activos, sinceros y valerosos del patrido revolucionario. Para mantenerse, el Directorio debió proceder a una serie de golpes de fuerza, tanto de izquierda como de derecha; vivía de las enormes redadas que operaban sus ejércitos en los países ocupados o conquistados: Italia, Holanda, Alemania Occidental en particular. Insultado por los diarios realistas, que renacían por todos lados, despreciado por los periódicos jacobinos y sostenido sólo por las gacetas que él mismo pagaba, el Directorio tuvo una existencia difícil y contrastada, la vergüenza del banquero en bancarrota, incapaz de pagar sus deudas, y la gloria del vencedor cuyos ejércitos dominaban Europa.

Algunos realistas constitucionales comprendieron la situación y la utilizaron astutamente en contra del Directorio; J. P. d'André (antiguo amigo de La Fayette) creó por todas partes "Institutos Filantrópicos", que bajo su nombre anodino y masónico agrupaban a realistas, contrarrevolucionarios y descontentos de toda clase. Un agente inglés en Berna, Wickham, les enviaba las sumas necesarias para la propaganda y sus actividades. En estas condiciones, las elecciones de la primavera de 1797 señalaron el triunfo de los "Institutos Filantrópicos", con una excepción: d'André no fue elegido. Esto bastó para echarlo todo a perder. A pesar de la entrada de Barthélemy en el Directorio, a pesar del sordo apoyo de Carnot y las combinaciones de Pichegru, los realistas, sin jefe, maniobraron mal y fracasaron el 4 de setiembre de 1797, cuando Barras envió al ejército, convocado a este efecto, que detuviera a los tribunos de la mayoría. Mezclados con los sacerdotes no juramentados se los envió a Sinamari (Guayana), en donde la mayoría pereció.

La operación produjo un mal efecto en Francia y en el extranjero, pero a los directores esto les importaba poco; de marzo de 1796 a abril de 1797, Barras fletó a Bonaparte a Italia para librarse de sus inoportunas ambiciones y obtener dinero para el Directorio, siempre necesitado de recursos. Bonaparte destruyó todos los ejércitos austríacos en una serie de brillantes victorias, ocupó el Norte de Italia, una de las regiones más ricas de Europa, colmó a sus tropas de placeres y al Directorio de millones. Finalmente franqueó los Alpes y obligó al emperador a pedir la paz (Paz de Léoben, 18 de abril). Una vez más el Directorio pareció inamovible. Sin embargo, tomó medidas para poner a Bonaparte a un lado. Éste, enriquecido y embriagado por el triunfo, quería ingre-

sar al Directorio, y ya se adivinaba que no iba a parar ahí. Barras, siempre oficioso, supo demostrarle que la pera aún no estaba madura, pero que el Oriente ofrecía ocasión de una nueva apoteosis, después de lo cual nadie iba a poder negarle nada. Gracias a los tesoros de Friburgo y de Berna, que fueron invadidas a este efecto, se le pudo dar un ejército bien equipado. Después, con un suspiro de alivio, lo embarcaron para Egipto (19 de mayo de 1798); Bonaparte llevaba con él las mejores tropas de la República y dejaba a los directores la esperanza de desembarazarse de él para siempre.

De todos modos les quedaba otra preocupación: la falta de dinero, su constante problema. Habían intentado todo: empréstito forzado (1796), nuevas emisiones de asignados por billones, bancarrota de los dos tercios (cortésmente llamada "Tercio consolidado", en 1797). En vano; la actividad industrial y comercial seguía disminuyendo, el dinero se escondía y todos los subterfugios de nada valían. Incluso se intentó una reforma fiscal, adoptando una serie de impuestos directos e indirectos, pero los impuestos no entraban; sin embargo, hacía falta fondos para sostener a la asistencia pública renovada y a las "Escuelas Centrales" (liceos), que acababan de crearse. En medio de estas dificultades fue menester falsear los resultados electorales para tener a raya a la mayoría republicana, demasiado emprendedora (primavera de 1797). Pero los consejos, dirigidos por jacobinos, reaccionaron y pretendieron tomar las riendas del Estado; con ayuda de Barras, expulsaron a dos directores impopulares y los reemplazaron por dos figurantes (fines de mayo de 1798). Mientras que los gobernantes franceses se peleaban de este modo, una nueva coalición se formaba contra el país entre las naciones que se habían indignado por la invasión de Suiza en plena paz y la escandalosa ruptura de las relaciones franco-americanas, debida a las bribonadas de Talleyrand, que intentaba extorsionar a todos los amigos y aliados de Francia para sacar dinero. La ausencia de Bonaparte envalentonaba a los enemigos de Francia. Se supo entonces, en diciembre de 1798, que Inglaterra, Austria, Prusia, Turquía y Nápoles se disponían a atacar. En un primer momento tuvieron éxitos en todos los terrenos; dirigidos por los generales de genio, Kutuzov y Suvarov, las tropas rusas rehazaron a los franceses fuera de Italia, mientras los ingleses desembarcaban en el Norte de Holanda.

Ante el peligro, los directores estaban impotentes y divididos;

como es sabido, tres de ellos eran unos imbéciles; Barras, a fuerza de astucias, ya no podía contar con nadie y nadie contaba con él. Inclusive llegó a no contar para nada. Sieyès era dueño de la situación. Elegido recientemente para el Directorio, participaba con el pueblo francés en su desprecio por este régimen de sangre, de lodo y de vergüenza, que además era lo bastante estúpido para no rendirle los honores que se le debían, según su opinión. Por lo tanto, Sieyès preparó un golpe de Estado, pero, como su naturaleza era muy cobarde, quiso esconderse detrás de un general que diera y recibiera los golpes. Eligió a Joubert, un muchacho simpático y un buen soldado, que se dejó vencer y matar en Novi (15 de agosto de 1799). Había que empezar de nuevo. Aunque la victoria de Brune en Bergen había rechazado a los ingleses hasta el mar, y aunque Massena logró vencer y desorganizar al ejército ruso en Zurich (25 al 29 de setiembre de 1799), París seguía inquieto, agitado, descontento.

Así, el regreso de Bonaparte, que desembarcó en Fréjus el 9 de octubre, pareció providencial. Olvidaron que su flota había sido destruida por Nelson y que su ejército había quedado en Egipto, donde estaba arrinconado y amenazado por la capitulación: dos duros fracasos para Francia. Sólo vieron las brazadas de banderas traídas por el general, sus boletines victoriosos y su mameluco. Desde su llegada a París todas las intrigas convergieron hacia él. Ayudado por sus dos hermanos, José y Luciano, cuya presencia en los consejos le era preciosa, y por el conjunto de generales, Bonaparte no tuvo ninguna dificultad ni peligro en derrocar al Directorio y ocupar su lugar (18 y 19 brumario, 9 y 10 de noviembre de 1799). En la ruta, cerca de Valence, había hecho monerías a los cardenales de la comitiva de Pío VI, víctima de las violencias del Directorio. En París se rodeó de francmasones: los del Instituto y los de *La Décade Philosophique*. Gracias a esta doble precaución, a la ayuda eficaz de los masones y al apoyo sordo de los católicos, logró instalarse como Primer Cónsul entre dos personajes descoloridos, tras haber arrojado a Sieyès y a Barras huesos bien dorados para roer. La Revolución, antes de llegar a la bancarrota, caía en manos del ejército. Robespierre había previsto acertadamente.

Y también Luis XVI, cuando predijo en 1787 a los prelados y a los grandes señores de la oposición que corrían a su pérdida. Al

aceptar los "principios filosóficos" y las consignas masónicas, la alta nobleza francesa se suicidó. Su doble maniobra: impedir en un primer tiempo, por interés, toda reforma, y luego, por ambición, exigir inmensas reformas y exagerarlas, desencadenó la Revolución, que la destruyó. Muchos burgueses, muchos masones perecieron al mismo tiempo, pero la burguesía sobrevivió, pues era necesaria para dar cuadros a la Nación, y la francmasonería triunfó, aunque debió inclinarse ante la suerte y después ante la grandeza de Bonaparte.

Éste desplegó un genio maravilloso; las ruinas dispersas en Francia, los partidos agotados, la fatiga del pueblo le permitieron actuar con libertad; lo aprovechó para reconstruir el Estado a su manera, siguiendo líneas que se parecieron a menudo a lo que deseaba hacer Luis XVI, pero el general insistió en su autoridad, que quería soberana, y en la obediencia de sus subordinados, que quiso ciega.

Con un lúcido golpe de vista, se dio cuenta lo que era posible desde el punto de vista de la opinión y lo que era necesario atendiendo a las circunstancias y a la realidad. De 1799 a 1804 reconstruyó el cuadro de la vida pública francesa; estableció el equilibrio entre la masonería, por una parte, a la cual dio vía libre en el terreno de la educación y en la vida intelectual, con medidas que prolongaron las de la Revolución, y colocando al masón Fontanes como Gran Maestre de la instrucción pública, y por otra parte con la Iglesia, a la cual, por el concordato de 1802, devolvió la libertad del culto y la autoridad en materia de moral y de espiritualidad. A la cabeza de la masonería puso a sus parientes y clientes; a la cabeza de la Iglesia de Francia colocó a su tío Fesch. En caso de conflicto, se reservó el arbitraje. Restableció también las antiguas instituciones de la Francia monárquica, pero en forma de administraciones. La Iglesia se convirtió en una rueda del Estado, así como la nueva nobleza fue un vivero para el ejército y un instrumento de gobierno. Lo mismo puede decirse de los Tribunales, supeditados a una estricta disciplina.

Siguiendo en esto las tendencias de los gobiernos de Luis XVI y de la Revolución, racionalizó y regularizó todo; volvió legal el sistema métrico (1801); ayudó a redactar el código que lleva su nombre; obró del mismo modo en lo que se refiere a la adminis-

tración del territorio, y los departamentos quedaron supeditados a la dirección de prefectos, herederos de los intendentes. De todos modos, en este punto no imitó a la monarquía. Cuando creó el Imperio, adoptó más bien la posición de un superprefecto nacional, no de un rey, cuyo papel religioso se guardó muy bien de retomar. Había comprendido que la secularización del Estado era el objetivo esencial de la Revolución y no se atrevió a renegar de él. Tampoco tocó sus leyes sociales, que garantizaban la propiedad, sea cual fuere su origen; finalmente retomó los impuestos del Directorio, mejorándolos. Sólo es posible admirar su trabajo de síntesis, tan lógico, tan eficiente, tan coherente, en el cual todo desembocaba en la persona del Amo.

La obra tenía sólidas cualidades; Francia ha vivido dentro de este cuadro hasta 1914. Sin embargo, Napoleón desapareció muy pronto; diez años después del establecimiento del Imperio, fue barrido. Su sistema, bien concebido, superiormente organizado, aplicado por revolucionarios ahítos y monárquicos ávidos de empleos, pudo prosperar mientras él fue el centro de todo y pudo vigilar, reglamentar y asegurar el funcionamiento. Pero sus guerras lo estorbaron y echaron todo a perder. Napoleón quería sinceramente la paz después de Marengo, pero nunca pudo obtenerla; debió pagar muy caro el error de 1792 y las "conquistas revolucionarias", pues Europa, tanto los pueblos como los soberanos, indignados por todos aquellos robos, todas las infracciones, todas las crueldades que habían mancillado a la Revolución, se prestó de buen grado al juego de Inglaterra, empeñada en rebajar a Francia. El abandono del sistema de Luis XVI había traído esta situación funesta; la desaparición de la flota francesa, consecuencia de los desórdenes de 1789 a 1794, no dejó arma para luchar contra Inglaterra; y la lucha contra las naciones europeas, que debía recomenzar siempre, fue un suicidio.

Obsesionado por el deseo de vencer, Napoleón tampoco respetó a la Iglesia, a cuyo Pontífice persiguió cruelmente (1808-1813), ni a la masonería, que terminó por considerar que su yugo era intolerable, ni al pueblo francés, harto de sus guerras, furioso al ver que perdía a sus hijos, consciente del callejón sin salida en que se encontraba. Una vez que Europa se unió contra él y la mayoría de sus súbditos lo abandonó, llegó Leipzig, derrota que señaló, en realidad, el fin del régimen imperial. Su retorno a Francia y los

Cien Días fueron un error que puede explicarse por su afición a la gloria, pero que no podía dar buen resultado. Waterloo fue menos un desastre nacional que el entierro de un gran capitán. El entierro costó muy caro a Francia; después de 23 años de guerra se encontró de nuevo con las fronteras de 1792, deterioradas; en una población de 25 millones, había perdido un millón y medio de hombres jóvenes y, tomada entre una Inglaterra enconada y una Europa hostil, ya no pudo crecer más.

Gracias a estos errores Gran Bretaña gozó durante el siglo XIX de una supremacía política, naval, económica y diplomática indiscutida, mientras que Francia continuó y continúa debatiéndose en los problemas que le ha legado la Revolución. Si las promesas de 1789 viven aún en el espíritu y en el corazón de las masas francesas, el curso de las circunstancias y la realidad vienen, a intervalos regulares, a mostrar su vanidad o a transformar su realización en un infierno insoportable, análogo al que han instalado los Soviets en Rusia. ¿Por qué razón? Después de quince constituciones, Francia se lo pregunta.

El historiador debe dejar aquí la palabra al filósofo, o al buen sentido.

FUENTES Y PRUEBAS

Dedicado desde hace cuarenta años al estudio de la Revolución, de las circunstancias y las condiciones que la han provocado, me haría falta escribir un volumen, de las mismas dimensiones de este libro, para dar una idea exacta de mi documentación. Revolucionarios y contrarrevolucionarios han escrito mucho, han discutido apasionadamente sobre este tema y han mostrado nuevos documentos, de modo que el tema se ha vuelto infinito.

De todos modos, el lector íntegro merece que se le informe sobre los métodos empleados y las fuentes utilizadas por un autor que le presenta un conjunto de hechos conocidos bajo una nueva luz, diferente de la que se suele dar normalmente. En algunos casos, he creído mi deber indicar en el texto el origen de un informe; debo aquí explicar la concepción que me ha guiado, las precauciones que he tomado y los recursos de que he dispuesto, en la medida en que tal cosa se puede hacer.

No he utilizado documentos oficiales, pues éstos mienten por lo general. La experiencia del tiempo que me ha tocado vivir me lo ha probado; en particular, un régimen que condena la moral cristiana y la búsqueda de la Verdad, que preconiza la búsqueda de lo útil, no debe ser creído: se llame jacobino o marxista. Lo mismo puede decirse de los discursos que se hacen en las asambleas. Estos discursos revelan la personalidad del autor, que no es siempre la de quien los pronuncia, pero se alejan impúdicamente de la realidad y de la honradez, inclusive cuando mantienen algún prurito de exactitud. Conocemos esto lo suficiente para no olvidarlo nunca. Los diarios, por sorprendente que parezca, son a veces más verídicos, no por lo que dicen, sino por lo que dejan entrever o adivinar. El periodista escribe tanto que le resulta difícil fingir todo el tiempo. Siguiéndolo de cerca, se vislumbran verdades.

Al fin de cuentas, la historia, hecha por los hombres, está hecha de hombres, y los papeles íntimos de los que han hecho o

soportado la Revolución me han parecido los más seguros. Me he dedicado a investigar y a veces he tenido éxito: papeles de Malesherbes, en casa del conde de Tocqueville, papeles de Montmorency-Luxembourg (el fundador del Gran Oriente de Francia), en casa de monsieur Paul Filleul, papeles de La Fayette en 20 importantes colecciones francesas y americanas (La Fayette falsificó abundantemente sus cartas y documentos cuando los publicó), papeles de Franklin, en las grandes publicaciones de Washington y en poder de sus descendientes, papeles de Luis XVI en los Archivos Nacionales, en los de Madrid y en los archivos del conde O. de Vergennes, papeles de Duport, encontrados en casa de monsieur Filleul (Duport fue amigo íntimo de Montmorency) y en todas las colecciones consagradas a La Fayette (que no cesó de ser su cómplice y su ayudante).

En lo que se refiere a Danton y Robespierre, los estudios de Mathiez y de G. Walter me han servido de guía y, gracias a monsieur Andrieux, tan amable en todas las ocasiones, he podido confirmar mis informaciones con piezas inéditas. Las notables colecciones inglesas (el inventario de ellas publicado en los *Reports of the Royal Historical Manuscripts Commission*) me han proporcionado originales informaciones, muchas veces seguras, sobre Orleáns, Danton y muchos jefes revolucionarios. Los Archivos Reales de Windsor, a los cuales tuve el honor de ser admitido, contienen piezas definitivas sobre Orleáns y pruebas de que Jorge III, mientras mantuvo la razón, siguió muy de cerca el transcurso de la Revolución en Francia y en Alemania. Napoleón, que supo rematar la Revolución, ha sido muy comentado; las publicaciones de Norvins, Las Cases, Gourgaud, lo demuestran. Los papeles de Napoleón en los Archivos Nacionales, en la Biblioteca Nacional, en los Archivos del barón Gourgaud, completan estas informaciones y permiten matizar.

Si tan sólo los hombres hacen la historia, sus acciones están encuadradas y condicionadas por las circunstancias; ellas limitan su actividad, y la dirigen como el cuerpo limita y fuerza a nuestra alma o nuestro espíritu. Las dificultades financieras dieron a los revolucionarios ocasión de tomar el poder, pero los obstáculos económicos los estorbaron; a fin de vencerlos, se esforzaron por crear administraciones nuevas, y la Revolución, que fue una guerra religiosa, se quebró frente a la resistencia heroica de los católicos.

Estos diferentes problemas, algunos de los cuales tienen un aspecto técnico muy impresionante, han sido estudiados a fondo: Marcel Marion, en su excelente libro *L'Histoire financière de la France* (9 volúmenes, 1919-1950), ha realizado un trabajo que aclara el problema con exactitud e imparcialidad; monsieur Labrousse, con su importante obra *La Crise de l'économie française à la fin de l'ancien régime* (París, 1941), etc., ha hecho una obra de la misma clase en lo referente al período preliminar de la Revolución. Las obras de César Moreau y las de E. Sée ayudan a completar un terreno que sigue aún inexplorado en parte. El voluminoso trabajo de Jacques Godechot, *Les Institutions de la France sous la Révolution et l'Empire* (París, 1951), constituye, por el contrario, un repertorio notable y suficiente. En lo que se refiere a la historia religiosa, que domina a toda la Revolución, los notables trabajos de Pierre de La Gorce, de E. Préclin, de Charles Ledré y de A. Lestra, conservan su importancia aun después del libro de A. Latreille y el trabajo del canónigo Leflon. En referencia a la historia del ejército, no he encontrado una obra de conjunto y he debido recurrir a publicaciones de archivos dispersos, así como a la gran erudición y a la amabilidad del comandante Lachouque.

Efectivamente, no es posible dejar de lado a los historiadores que han estudiado desde 1800 la Revolución en sus aspectos diversos; pero como la cantidad es tan enorme, me ha parecido necesario elegir a los que, movidos por pasiones o creencias diversas, han conservado al menos el sentido y el celo de la verdad, junto con la facultad de discernirla, don bastante más raro de lo que se cree en los historiadores; no se ha desatendido a los que, cercanos a los acontecimientos, sufrieron sus resonancias, como Montjoie y el abate Proyard, que entre tantas informaciones dudosas proporcionan a veces informes esenciales, como lo ha reconocido el mismo Mathiez. Entre los autores del siglo XIX, Louis Blanc, por la riqueza y la variedad de su documentación, por su honradez y su franqueza, merece una mención aparte. Sin duda es un apasionado, y su gran *Historie de la Révolution française* (1847-1862) es un acto de fe republicana. Pero su espíritu era muy honrado. Tocqueville también expone puntos de vista geniales en su célebre obra *L'Ancièn Régime et la Révolution* (París, 1857), que sobreabunda en hechos curiosos anotados exactamente. Entre los recién llegados, los trabajos perspicaces de Mathiez y de G. Walter, por

una parte, la síntesis tan sólida de P. Gaxotte, *La Révolution Française* (París, 1928), son libros indispensables. Desbrozan el terreno y arrojan una viva luz sobre muchos problemas olvidados o desatendidos por sus predecesores. Por mucha confianza que se tenga en estas guías, siempre se debe verificar todo y llegar a una visión personal de las escenas que uno quiere describir, a una concepción directa de los problmas que uno quiere exponer. En este sentido, nada reemplaza los documentos originales, manuscritos. Por lo tanto me he dedicado a estudiar, en Bruselas, los archivos de la antigua administración austríaca, muy ricos en detalles que se refieren a los acontecimientos de Francia, los Archivos Reales de Dinamarca en Copenhague, en los cuales la correspondencia con el barón Blome, en francés, informa del modo más inteligente sobre el período prerrevolucionario, los Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de España, que contienen una documentación abundante sobre la vida en Francia, la política y la familia real de 1760 a 1792, los Archivos del Nuncio del Vaticano, de 1780 a 1793, muy reveladores del estado de ánimo del clero francés y de la crisis por la que atravesaba. En Suiza, varios cantones han retenido mi atención, entre ellos Ginebra, cuyos archivos, ricos y bien clasificados, proporcionan indicios y numerosas piezas sobre el trabajo que antecedió a la Revolución Francesa, a la propaganda y al espionaje que permitió su extensión. En Friburgo he encontrado una serie de archivos sobre los regimientos suizos, su disciplina, el trabajo de los jacobinos y la lucha en el interior de cada unidad; un informe del abogado Blanc al gobierno de Friburgo sobre el 10 de agosto y las encuestas ordenadas por este gobierno sobre los acontecimientos del 14 de julio y del 5-6 de octubre de 1780 me han permitido apreciar claramente "estas jornadas". Finalmente, en los papeles de la familia de Tholozan, que estos archivos han heredado, aparece el cuadro más completo y más pintoresco del ejército francés en 1792, pues Tholozan dirigía, durante el antiguo régimen, la compañía encargada de abastecer al ejército francés. Los archivos de Valais, en Sion, contienen uno de los conjuntos más ricos de cartas de obispos y de sacerdotes franceses durante la Revolución, pues un gran número de ellos, refugiados en Saint-Moritz o en las montañas, mantenían contactos con Francia, y el abate de Rivaz había sido encargado por el príncipe obispo de Sion de centralizar y recoger todos los informes que los concernieran. El abate ha

dejado sus papeles al cantón. Debo añadir que la curiosa colección de folletos revolucionarios relativos a temas religiosos, que Boulay de la Meurthe reunió, se encuentra hoy en Harvard, y que me ha proporcionado muchas luces sobre puntos delicados. El impreso, en algunos casos, posee tanto valor y novedad como el manuscrito.

Dos encuestas, una antigua y la otra más reciente, me han permitido encontrar documentos masónicos, contemporáneos de la Revolución, que confirman de manera clara y formal el papel de primer plano desempeñado por Orleáns y por el Gran Oriente en los comienzos de la Revolución, en particular el 13-14 de julio y el 5-6 de octubre. Los archivos de la Academia Polaca de Artes y Ciencias en Cracovia poseían hasta 1939, y quizás todavía hoy, los papeles del canónigo Albertrandi, con las cartas de su amigo Joseph de Maisonneuve, Rosacruz y alto dignatario de la masonería polaca. Éste cuenta en detalle las desventuras de su compadre, el alcalde de Loras, que unos imprudentes manipuleos de Cagliostro hicieron arrestar. Esto trajo la confiscación de sus papeles, que contenían comunicaciones del Gran Oriente de Francia, probando el papel de iniciador y director desempeñado por este organismo en el primer año de la Constituyente. Estas informaciones me fueron confirmadas por los papeles y la correspondencia de Mazzei, otro alto dignatario de la masonería inglesa y enviado por Estanislao Poniatowski a París de 1788 a 1792. Su correspondencia, cuyos manuscritos se encuentran en la Biblioteca de Florencia —y con la cual ha publicado el señor Ciampini un tomo muy erudito, y que no representa nada más que la mitad del total— nos muestra a Mazzei como íntimo amigo de La Fayette, de los La Rochefoucauld, de Condorcet y de todo el clan de nobles revolucionarios que lo tienen al tanto de sus actos y sus intenciones, y también de las intrigas del duque de Orleáns.

Quien estudie la Revolución no puede dejar de leer los memoriales de la época, y sobre todo no puede dejar de conocer los diarios. La total franqueza de las *Mémoires Secrets de Bachaumont*, de la *Correspondance secrète de Métra*, del *Journal de Hardy* y de esa curiosa colección que lleva el nombre de *Lettres historiques et politiques* del caballero de Metternich, me han permitido llegar a curiosas constataciones al estudiar estos textos en forma paralela. Para el período revolucionario he leído principalmente el *Diario* de Marat, el de Hébert y, por otro lado, *Les Actes des Apôtres*,

además de *L'Accusateur Public*, de Richer Sérizy, y las publicaciones de Babeuf. Varios alumnos míos han realizado investigaciones, por cuenta mía, en otros diarios franceses, ingleses y americanos de esa época.

Dado que las circunstancias políticas no me permiten aún revelar los nombres de todos los que han puesto sus colecciones a mi disposición, ni agradecer públicamente a los hombres y mujeres que han aceptado trabajar conmigo y para mí, termino aquí estas notas y doy las gracias a todos los que, vivos o muertos, me han permitido con su generosidad escribir este libro. A ellos está dedicado.

INDICE

Pág.

Prólogo 9

Libro Primero

LA REVOLUCIÓN FILOSÓFICA

Capítulo Primero

La moda contra la monarquía 17

Capítulo II

El instrumento revolucionario de los filósofos 25

Capítulo III

La filosofía en el poder 31

Libro II

LA REVOLUCIÓN REAL

Capítulo Primero

El rey hace el balance 45

Capítulo II

El rey intenta una revolución 53

Capítulo III

Revolución filosfica o revolución regia 67

Capítulo IV

Fracaso de la revolución regia 79

Libro III

LA REVOLUCIÓN PARLAMENTARIA

Capítulo Primero

El alto clero dirige la revolución 95

Pág.

Capítulo II
Los parlamentos contra la monarquía 105

Capítulo III
El recurso de la anarquía 117

Libro IV

LA REVOLUCIÓN ORLEANISTA

Capítulo Primero
Monsieur Necker dirige el baile 135

Capítulo II
Necker frente a la intriga orleanista 139

Capítulo III
Orleáns desencadena al tercer Estado 153

Capítulo IV
El gran asalto revolucionario 171

Capítulo V
El fracaso de los moderados 185

Capítulo VI
Orleáns juega el gran juego 205

Capítulo VII
Derrota de la revolución orleanista 219

Libro V

LA REVOLUCIÓN ARISTOCRÁTICA

Capítulo Primero
Monseñor juega y pierde 231

Capítulo II
Los triunviros y su máquina de guerra 241

Capítulo III
Los triunviros se ponen a la obra 257

Capítulo IV
Los triunviros y el extranjero 279

Pág.

Capítulo V

La revolución religiosa 289

Capítulo VI

El rey rompe con la revolución 313

Capítulo VII

Se liquida la revolución aristocrática 331

Libro VI

LA REVOLUCIÓN DE LOS REVOLUCIONARIOS

Capítulo Primero

Los revolucionarios se instalan 349

Capítulo II

La guerra revolucionaria 359

Capítulo III

El sacrificio expiatorio 383

Capítulo IV

Los hermanos enemigos 413

Capítulo V

La sangre impura 431

Capítulo VI

La dictadura de la virtud 457

Capítulo VII

Se liquida la revolución de los revolucionarios 469

Libro VII

EPÍLOGO DE LA REVOLUCIÓN DE LOS PODRIDOS A LA REVOLUCIÓN MILITAR Y A WATERLOO

Fuentes y pruebas 501

Este libro se terminó de
imprimir el 21 de junio
de 1967, en los Talleres
"El Gráfico/Impresores",
Nicaragua 4462, Bs. Aires